

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA



LOS ADJETIVOS DIMENSIONALES EN
ESPAÑOL: ANÁLISIS SEMÁNTICO Y
PROPUESTA LEXICOGRÁFICA

CARLOS YNDURÁIN PARDO DE SANTAYANA
DIRECTOR: DR. SANTIAGO U. SÁNCHEZ JIMÉNEZ

2015

Agradecimientos

Aunque la elaboración de una obra de estas características resulta imposible sin el apoyo de muchas personas distintas, gran parte de los actos de generosidad que ayudan al doctorando en su labor son tan imprescindibles como sutiles, por lo que tienden a olvidarse o pasar desapercibidos entre los múltiples pasos que deben darse en el proceso. Por ello, me gustaría dar las gracias en primer lugar a todos aquellos que, a través de pequeños gestos, han participado, de un modo u otro, en la realización de esta tesis doctoral.

Más allá de los gestos pequeños, hay otros que, aunque son grandes, pueden también pasar desapercibidos si no se contemplan con la perspectiva necesaria. Esto suele ocurrir con aquel tipo de ayuda que no se dirige al desarrollo de una labor determinada, sino que se relaciona con un apoyo incondicional y constante a lo largo de la vida. En mi caso, aunque soy consciente de que hay familiares y amigos que también merecerían aparecer mencionados explícitamente, debo agradecer en especial el apoyo que en todo momento me ha proporcionado mi madre.

Entrelazando lo personal con lo académico, me gustaría dar las gracias también a mi padre y a mi abuelo, pues su recuerdo ha estado presente de muy diversos modos durante estos años invertidos en un tipo de labor a la que ellos dedicaron su vida.

Sin obviar la relación de amistad que nos une, en lo académico debo destacar, sobre todo, la ayuda de mi director de tesis, Santiago U. Sánchez, a quien debo agradecer su constante orientación lingüística y su permanente (y paciente) disponibilidad.

Además, debo dar las gracias también a mis excompañeros de la Real Academia Española, por mostrarse siempre dispuestos a responder a mis consultas, a Manuel y a Andrea, por ayudarme con las gestiones de última hora y los detalles bibliográficos, a Isabel, por sus correcciones, y a los compañeros doctorandos con los que durante los últimos años he compartido todo lo que supone tratar de llevar a buen puerto la elaboración de una tesis doctoral.

Índice

INTRODUCCIÓN	11
PRIMERA PARTE: ANÁLISIS SEMÁNTICO DE LOS ADJETIVOS DIMENSIONALES	23
CAPÍTULO 1. CARACTERIZACIÓN DEL ADJETIVO	25
1.1. El adjetivo como clase de palabra: la perspectiva interlingüística	25
1.1.1. Clases de palabras: una cuestión morfosintáctica propia de cada lengua	25
1.1.2. Clases de palabras: la cuestión semántica (y morfosintáctica) desde una perspectiva interlingüística	31
1.1.3. El adjetivo como clase de palabra: caracterización (morfosintáctica)	42
1.1.4. El adjetivo como clase de palabra: caracterización (semántica) interlingüística	59
1.1.5. Los adjetivos dimensionales	62
1.2. Los adjetivos en español	67
1.2.1. Caracterización morfosintáctica	67
1.2.2. Caracterización semántica	77
1.2.2.1. Adjetivo adjunto (<i>Attributive position</i>)	78
1.2.2.2. Adjetivo disjunto (<i>Predicative position</i>)	92
1.2.2.2.1. Oraciones copulativas	93
1.2.2.2.2. Construcciones con predicativo	95
1.2.3. Clases de adjetivos atendiendo a su significado léxico	98
1.2.3.1. Calificativos	98
1.2.3.2. Relacionales	100
1.2.3.3. Adverbiales	104
1.2.3.3.1. Los adjetivos adverbiales intensionales	105
1.2.3.3.2. Los adjetivos adverbiales modificadores del evento	108
1.2.4. El lugar de los adjetivos dimensionales	108
CAPÍTULO 2. LOS ADJETIVOS DIMENSIONALES: SUBSECTIVIDAD, GRADACIÓN Y POLARIDAD	113
2.1. Subsectividad, intersectividad e intensionalidad: los adjetivos dimensionales como adjetivos subsectivos	114
2.1.1. Adjetivos intersectivos, subsectivos e intensivos	114
2.1.1.1. Introducción	114
2.1.1.2. Adjetivos intersectivos	115
2.1.1.3. Adjetivos subsectivos	120
2.1.1.4. Adjetivos intensionales (o adverbiales) privativos	136
2.1.2. Subsectividad, intersectividad e intensionalidad: Cuestiones sintácticas	140
2.1.2.1. Intersectividad y subsectividad: cuestiones sintácticas	140
2.1.2.2. Cuestiones sintácticas relativas a los intensionales	146

2.1.2.3. ¿Cómo afecta al nombre la función sintáctica del adjetivo? Restricción inmediata y sustantivo ‘libre’	147
2.1.2.4. Cuestiones semántico-comunicativas	149
2.2. Graduabilidad y polaridad. El concepto de ESCALA.	152
2.2.1. Introducción	152
2.2.2. Escalas	155
2.2.2.1. La estructura de la escala	158
2.2.2.2. El parámetro dimensional	172
2.2.2.3. La relación de orden	173
2.2.2.3.1. Antónimos polares	177
2.2.2.3.2. Antónimos superpuestos (<i>overlapping antonyms</i>)	182
2.2.2.3.3. Antónimos equipolentes	183
2.2.2.3.4. Predicados totales y parciales	184
2.3. Problemas	187
2.3.1. Problemas con la intersectividad. Colores y formas.	187
2.3.2. Problemas con la subsectividad	197
2.3.3. ¿Cuáles son los verdaderos adjetivos subsectivos e intersectivos?	201
2.3.3.1. Intersectivos prototípicos	202
2.3.3.2. Subsectivos prototípicos	203
2.4. Caracterización de los adjetivos dimensionales	204
2.4.1. Los adjetivos dimensionales son subsectivos	204
2.4.2. Los adjetivos dimensionales son graduables: tipos de escalas	205
2.4.2.1. La estructura del conjunto de grados	206
2.4.2.2. El parámetro dimensional	206
2.4.2.2.1. Organización conceptual del espacio	208
2.4.2.2.2. Los modelos de organización conceptual del espacio y los adjetivos dimensionales	214
2.4.2.2.2.1. Modelo absoluto	214
2.4.2.2.2.2. Modelo intrínseco: Objetos orientados y posiciones relativas	217
2.4.2.2.2.3. Modelo relativo: Influencia de la perspectiva del observador	223
2.4.2.2.2.4. Objetos ‘vacíos’ y el caso de <i>amplio</i>	226
2.4.2.2.2.5. Objetos laminares y objetos bidimensionales	231
2.4.2.2.2.6. Objetos en que una de sus dimensiones es totalmente preponderante y objetos unidimensionales	235
2.4.2.2.2.7. Algunas consideraciones sobre la forma de los objetos	238
2.4.2.2.2.8. No todo lo que tiene un ‘arriba’ y un ‘abajo’ tiene <i>altura</i>	240
2.4.2.2.2.9. El caso de <i>grande</i> y <i>pequeño</i>	241
2.4.2.3. La relación jerárquica (‘de orden’) entre los grados	242
2.5. Recapitulación	252
CAPÍTULO 3. LA INTERPRETACIÓN DE LOS ADJETIVOS SUBSECTIVOS (DIMENSIONALES)	253
3.1. La clase de referencia	253
3.1.1. Lo adjetivado como elemento de una categoría	253

3.1.1.1. ¿Cómo se establece la <i>comparison class</i> ? Determinación de la clase de referencia de los adjetivos cuantitativamente subsectivos.	254
3.1.1.1.1. El significado del nombre como una cuestión contextual	257
3.1.1.1.2. Explicatura, inferencia y relevancia	260
3.1.1.1.3. Categorías jerarquizadas y nivel de base	276
3.1.1.2. Conclusión de los apartados precedentes	285
3.1.1.3. Un aspecto del español: El caso de <i>ser</i> y <i>estar</i> .	286
3.1.1.4. ¿Qué supone pertenecer a una determinada subclase dentro de una categoría de referencia?	290
3.1.1.4.1. Del prototipo al estereotipo	304
3.1.1.4.2. ¿Puede emplearse el concepto de PROTOTIPO de alguna (otra) forma?	307
3.1.1.5. Lo relevantemente distinto	309
3.1.2. Adjetivos dimensionales que refieren a la forma de los objetos	315
3.2. Expresiones de grado y de medida (en lo interlingüístico y en español)	317
3.2.1. Expresiones de grado	317
3.2.1.1. La expresión del grado en que se supera el valor del prototipo	318
3.2.1.1.1. Superación del valor del prototipo en español	321
3.2.1.1.1.1. Las expresiones de grado cuantitativas	321
3.2.1.1.1.2. Elativos	326
3.2.1.1.1.3. Cuestiones sintácticas relativas a las expresiones de grado cuantitativas y a los elativos del español	330
3.2.1.2. La comparación	334
3.2.1.2.1. La comparación en español	337
3.2.1.2.2. Los superlativos	343
3.2.2. Expresiones de medida	347
3.2.2.1. Expresiones de medida en español	349
3.3. La vaguedad	351
3.4. Conclusión: ¿Cómo se interpreta un adjetivo dimensional?	357
SEGUNDA PARTE: PROPUESTA LEXICOGRÁFICA	361
CAPÍTULO 4. SIGNIFICADO Y LEXICOGRAFÍA	363
4.1. El “análisis semántico”	363
4.2. Concepción del significado	366
4.3. El significado y los diccionarios	372
4.4. Polisemia	375
4.4.1. La metáfora	376
4.4.2. La metonimia	379
4.5. Polisemia y significados	382
CAPÍTULO 5. JUSTIFICACIÓN DE LA PROPUESTA LEXICOGRÁFICA	395
CAPÍTULO 6. PROPUESTA LEXICOGRÁFICA	411
ALT-	413

BAJ-	421
ANCH-	429
ESTRECH-	437
LARG-	443
CORT-	449
PROFUND-	455
SOMER-	463
SUPERFICIAL	467
GRAN / GRANDE	471
PEQUEÑ-	479
 CAPÍTULO 7. EXPLICACIÓN DE LA PROPUESTA LEXICOGRÁFICA	 485
7.1. Introducción	485
7.2. Cuestiones generales	486
7.2.1. Las definiciones de las acepciones dimensionales	486
7.2.1.1. Características básicas de los adjetivos dimensionales	486
7.2.1.2. Cómo recogen normalmente los diccionarios estas características y cómo las hemos recogido nosotros.	487
7.2.1.3. Cómo se tratan en nuestra propuesta otras cuestiones generales relativas a los adjetivos dimensionales	491
7.2.1.3.1. Usos ‘absolutos’ o relativos a lo humano	491
7.2.1.3.2. La expectativa de proporcionalidad	492
7.2.1.3.3. Estructuras ‘marcadas’	492
7.2.2. Objetos, entidades y eventos	493
7.2.3. El tratamiento de las asociaciones sintagmáticas	495
7.2.4. El tratamiento de los adjetivos afines	496
7.2.5. Cuestiones sintácticas generales	499
7.2.6. Adjetivos ‘metafóricos’ y adjetivos ‘metonímicos’	499
7.3. Cuestiones relativas a cada artículo	500
7.3.1. El artículo <i>alt-</i>	501
7.3.1.1. <i>Alto/a</i> (adjetivo): dimensión (física)	501
7.3.1.2. <i>Alto/a</i> (adjetivo): ubicación	505
7.3.1.3. <i>Alto/a</i> (adjetivo): desplazamiento-ubicación	507
7.3.1.4. <i>Alto/a</i> (adjetivo): ubicación de una parte respecto a un todo	508
7.3.1.5. <i>Alto/a</i> (adjetivo): tono	510
7.3.1.6. <i>Alto/a</i> (adjetivo): volumen	510
7.3.1.7. <i>Alto/a</i> (adjetivo): ubicación temporal de una parte dentro de un todo	511
7.3.1.8. <i>Alto/a</i> (adjetivo): cantidad o intensidad	513
7.3.1.9. <i>Alto/a</i> (adjetivo): altura (sentido figurado)	517
7.3.1.10. <i>Alto</i> (sustantivo): dimensión	520
7.3.1.11. <i>Alto</i> (sustantivo): distancia-ubicación	520
7.3.1.12. <i>Alto</i> (sustantivo): accidente geográfico	520
7.3.1.13. <i>Alta</i> (sustantivo): membresía	521
7.3.1.14. <i>Alto</i> (adverbio): ubicación	521
7.3.1.15. <i>Alto</i> (adverbio): desplazamiento-ubicación	522

7.3.1.16. <i>Alto</i> (adverbio): orientación	522
7.3.1.17. <i>Alto</i> (adverbio): tono	523
7.3.1.18. <i>Alto</i> (adverbio): volumen	523
7.3.1.19. <i>Alto</i> (adverbio): altura (sentido figurado)	523
7.3.2. El artículo <i>baj-</i>	524
7.3.2.1. <i>Bajo</i> (sustantivo): accidente geográfico	524
7.3.2.2. <i>Bajo</i> (sustantivo): parte de un todo	524
7.3.2.3. <i>Baja</i> (sustantivo): desaparición	525
7.3.3. El artículo <i>anch-</i>	525
7.3.3.1. <i>Ancho/a</i> (adjetivo): dimensión (física)	525
7.3.3.2. <i>Ancho/a</i> (adjetivo): espacio (físico)	528
7.3.3.3. <i>Ancho/a</i> (adjetivo): espacio (sentido figurado)	529
7.3.3.4. <i>Ancho</i> (sustantivo): dimensión	530
7.3.4. El artículo <i>estrech-</i>	530
7.3.4.1. <i>Estrecho/a</i> (adjetivo): espacio (físico)	530
7.3.4.2. <i>Estrecho/a</i> (adjetivo): espacio (figurado)	531
7.3.4.3. <i>Estrecho/a</i> (adjetivo): adecuación (figurado)	532
7.3.4.4. <i>Estrecho/a</i> (adjetivo): condición humana	532
7.3.4.5. <i>Estrecho</i> (sustantivo): accidente geográfico	533
7.3.5. El artículo <i>larg-</i>	533
7.3.5.1. <i>Largo/a</i> (adjetivo): dimensión (física)	533
7.3.5.2. <i>Largo/a</i> (adjetivo): desplazamiento-distancia	535
7.3.5.3. <i>Largo/a</i> (adjetivo): forma	536
7.3.5.4. <i>Largo/a</i> (adjetivo): aproximación	538
7.3.5.5. <i>Largo/a</i> (adjetivo): duración	538
7.3.5.6. <i>Largo/a</i> (adjetivo): cantidad o intensidad	545
7.3.5.7. <i>Largo/a</i> (adjetivo): condición humana	546
7.3.5.8. <i>Largo</i> (sustantivo): dimensión	546
7.3.5.9. <i>Larga</i> (sustantivo): dimensión	547
7.3.5.10. <i>Largo</i> (adverbio): ubicación	547
7.3.5.11. <i>Largo</i> (adverbio): desplazamiento-distancia	548
7.3.5.12. <i>Largo</i> (interjección)	549
7.3.6. El artículo <i>cort-</i>	549
7.3.6.1. <i>Corto/a</i> (adjetivo): condición humana	549
7.3.7. El artículo <i>profund-</i>	550
7.3.7.1. <i>Profundo/a</i> (adjetivo): dimensión	553
7.3.7.2. <i>Profundo/a</i> (adjetivo): ubicación	554
7.3.7.3. <i>Profundo/a</i> (adjetivo): ubicación de una parte respecto a un todo	554
7.3.7.4. <i>Profundo/a</i> (adjetivo): ubicación de una parte respecto a un todo (sentido figurado)	555
7.3.7.5. <i>Profundo/a</i> (adjetivo): desplazamiento-ubicación	555
7.3.7.6. <i>Profundo/a</i> (adjetivo): sonido (ubicación en sentido figurado)	556
7.3.7.7. <i>Profundo/a</i> (adjetivo): profundidad (sentido figurado)	556
7.3.7.8. <i>Profundo/a</i> (adverbio): desplazamiento	557
7.3.8. El artículo <i>somer-</i>	558

7.3.8.1. <i>Somero/a</i> (adjetivo): dimensión (física)	558
7.3.8.2. <i>Somero/a</i> (adjetivo): profundidad (sentido figurado)	558
7.3.9. El artículo <i>superficial</i>	559
7.3.9.1. <i>Superficial</i> (adjetivo): dimensión (física)	559
7.3.9.2. <i>Superficial</i> (adjetivo): ubicación de una parte respecto a un todo	559
7.3.9.3. <i>Superficial</i> (adjetivo): profundidad (sentido figurado)	559
7.3.10. El artículo <i>gran/grande</i>	559
7.3.10.1. <i>Gran(de)</i> (adjetivo): dimensión (física)	559
7.3.10.2. <i>Gran(de)</i> (adjetivo): dimensión (sentido figurado)	561
7.3.10.3. <i>Gran(de)</i> (adjetivo): edad	562
7.3.10.4. <i>Gran(de)</i> (adjetivo): adecuación física	563
7.3.10.5. <i>Gran(de)</i> (adjetivo): adecuación (sentido figurado)	563
7.3.10.6. <i>Gran(de)</i> (adjetivo): duración	563
7.3.10.7. <i>Gran(de)</i> (adjetivo): cantidad o intensidad	564
7.3.10.8. <i>Gran(de)</i> : adjetivo: condición humana	565
7.3.10.9. <i>Gran(de)</i> (sustantivo): dimensión (sentido figurado)	566
7.3.11. El artículo <i>pequeñ-</i>	566
7.3.11.1. <i>Pequeño/a</i> (adjetivo): dimensión (sentido figurado)	566
7.3.11.2. <i>Pequeño</i> (adjetivo): condición humana	567
7.4. Conclusión	567
CONCLUSIONES	573
BIBLIOGRAFÍA CITADA	585

Introducción

Existen diversos estudios que, desde diferentes perspectivas y con mayor o menor exhaustividad, han tratado de arrojar luz acerca del comportamiento léxico-semántico de los adjetivos dimensionales¹. Sin embargo, el español —aunque deben tenerse en consideración las investigaciones llevadas a cabo en el último cuarto de siglo XX por Corrales Zumbado (1977) y Galeote (1994)—, no cuenta con una aproximación sistemática que ofrezca una visión de conjunto sobre el significado de los adjetivos dimensionales desde los parámetros teóricos y metodológicos de la lingüística actual.

Nuestra investigación tiene por objetivo, por lo tanto, cubrir en la medida de lo posible esa carencia y ofrecer una aproximación a los adjetivos dimensionales del español, fundamentalmente, desde un punto de vista cognitivo (y también pragmático). Con ello, además de contribuir a comprender el comportamiento de estos términos en nuestro idioma, pretendemos también proporcionar información relevante para la organización sistemática del significado, útil para el desempeño de las tareas lexicográficas. Asimismo, en esta investigación se atenderá a otras cuestiones relacionadas con el funcionamiento de este grupo de palabras, como puede ser el estudio interlingüístico de los adjetivos dimensionales como categoría universal.

El análisis del grupo de palabras que hemos denominado *adjetivos dimensionales* supone prestar atención a aspectos que van desde lo puramente psicológico hasta lo más propiamente relacionado con los estudios lingüísticos². A priori, tres son las

¹ Entre los estudios dedicados a los adjetivos dimensionales debemos destacar Greimas (1966) [adjetivos dimensionales del francés], Bierwisch (1967) [adjetivos dimensionales del alemán], Lyons (1977) [inglés], Vogel (2004) (sueco), Bosque (1985) (sobre los usos figurados de los adjetivos dimensionales en varias lenguas), Vandeloise (1988) (inglés), Dirven y Taylor (1988) (inglés), Lang (1989, 2001) (inglés y otras lenguas), Stolz (1996) (yucateco), Wienold y Rohmer (1997) (estudio comparativo de varias lenguas), Gecklet (1997) (francés), Weydt y Schlieben-Lange (1998) (alemán) Linde-Usiekniewicz (2000, 2002) (adjetivos dimensionales del polaco), Goy (2002) (italiano), Galeote (1994), Galeote *et al.* (1999), Corrales Zumbado (1977), Mulier (2009) (español), Rakhilina (2000), Tribushinina (2010) (adjetivos dimensionales del ruso), Athanasiadou (2001) (inglés) y Syrett *et al.* (2005) (inglés).

² Una muestra de la vigencia del interés por estos campos de estudio es el congreso celebrado en Madrid los días 28 y 29 de mayo de 2015 con el título *Gradability, Scale Structure and Vagueness: Experimental perspectives*. En este congreso (organizado por el Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del CSIC y dirigido por Elena Castroviejo, Louise McNally y Galit W. Sasson) se presentaron propuestas encaminadas a poner de manifiesto cómo el análisis teórico de carácter semántico y pragmático de

características fundamentales que, de manera más o menos intuitiva, pueden resultar relevantes en un examen superficial de adjetivos como *alto, bajo, ancho, estrecho*, etc.:

(1) Son adjetivos cuya interpretación dimensional resulta claramente condicionada por el tipo de objetos con que se relacionan. Así, por ejemplo, el concepto de PROFUNDIDAD ‘activo’ en asociaciones como *hoyo profundo* presenta propiedades muy distintas a las del concepto PROFUNDIDAD que se activa al hablar de un *sofá profundo*.

(2) Decir de un objeto que es *grande, estrecho, largo*, etc. implica poner dicho objeto en relación con otras entidades. Los adjetivos dimensionales en enunciados como *Este sofá es muy grande* o *He visto un pozo pequeño* solo cobran sentido a través de un proceso implícito de comparación que ‘sitúa’ unos objetos con respecto a otros según una propiedad física.

(3) A pesar de que lo que permite agrupar estas palabras es su asociación directa con lo dimensional, todas ellas cuentan con extensiones semánticas alejadas de la catalogación estrictamente física: *un profundo sueño, una gran mentira, una persona muy corta, una relación muy estrecha...*

La primera parte de nuestra investigación tiene por objetivo describir el conjunto de procesos inferenciales, más o menos automatizados, que supone el proceso de codificación e interpretación de un enunciado en que interviene un adjetivo dimensional. Esta labor implica tratar, entre otros, los dos primeros aspectos que hemos supuesto como “intuitivamente relevantes”. Será imprescindible, en primer lugar, sistematizar con qué tipo de propiedades dimensionales se relacionan los usos de los adjetivos, dependiendo de las características (inherentes o puntuales) de las entidades con que se asocien. En segundo lugar y, una vez fijado este aspecto, resultará necesario tratar de esclarecer cuáles son y cómo se determinan los objetos con que debe compararse el referente de un sustantivo adjetivado y, también, qué implica en su confrontación respecto a dichos objetos la atribución de una propiedad dimensional al referente en cuestión.

En la segunda parte, basándonos en los resultados derivados del análisis semántico previo y a través del desarrollo de una propuesta lexicográfica, abordaremos cuestiones

fenómenos como la vaguedad, la graduabilidad o la escalaridad pueden enriquecerse a través de técnicas experimentales basadas fundamentalmente en el estudio de los procesos cerebrales. Así, por ejemplo, se indaga en la percepción de esas nociones semánticas a través de la interpretación de determinados elementos lingüísticos y en el análisis estadístico de tiempos y tipos de respuestas a preguntas que implican ‘enfrentarse’ a esas nociones.

relativas a su carácter polisémico y a su capacidad de servir como base metafórica y metonímica para procesos de extensión semántica. A continuación, explicamos, de manera algo más detallada, los aspectos que se abordarán en cada una de las dos partes en que se divide nuestra investigación.

Para dar cuenta de las cuestiones que se tratarán en la primera parte, aportaremos un ejemplo. Si se diese la situación de que en una tienda de alfombras alguien pidiera una que fuera *más ancha que larga*, seguramente provocaría en el dependiente un momento de duda seguido de una pequeña reflexión acerca de los conceptos con que se relacionan estos adjetivos y el modo en que se aplican a distintas entidades. Como todos tenemos un conocimiento intuitivo acerca de estas cuestiones, el análisis consciente de una petición como la señalada hace aflorar ese conocimiento: lo que se entiende por la LONGITUD de una alfombra se asocia, por definición, con su lado más largo, y que su ANCHURA, en cambio, se vincula, necesariamente, con el más corto.

Por tanto, el vendedor deberá explicarle al cliente aquello que ya sabía de manera inconsciente: una alfombra más ancha que larga es, en principio, conceptualmente imposible. Sin embargo, si en la tienda de alfombras el cliente especificase que lo que quiere es una especie de ‘alfombra roja’ como aquellas que marcan el camino a los actores en los festivales de cine, entonces la petición podría empezar a tener sentido para el vendedor: este entendería que la dimensión paralela al movimiento de los actores podría identificarse con la LONGITUD de la alfombra, y la perpendicular a dicho movimiento, con su ANCHURA. Así, al basarse entonces los conceptos de LONGITUD y ANCHURA en cuestiones que no son dependientes de los tamaños relativos de la alfombra, podría concebirse una alfombra que fuera más ancha que larga: sería una alfombra (bastante extraña, eso sí) que marcaría un recorrido que sería más corto que lo que podríamos llamar su *amplitud*.

Con este ejemplo queremos poner de manifiesto que el uso de los adjetivos dimensionales presenta una serie de particularidades relativas a la identificación de la parte de los objetos con que se relaciona cada adjetivo. Esta identificación se produce en el intercambio lingüístico a través de procesos inferenciales inconscientes en los que se ponen en juego cuestiones relativas a la orientación de los objetos (como en el caso de la alfombra roja), a su posible posición de equilibrio puntual, a la perspectiva del observador, a la forma de los propios objetos (como en el caso de la alfombra ‘normal’)...

Los adjetivos dimensionales pueden expresar, por lo tanto, más de un tipo de relaciones espaciales y el hecho de que expresen unas u otras depende tanto del objeto al que se apliquen como del contexto comunicativo general en que aparezcan.

Qué factores específicos entran en juego en cada caso particular y por qué son esos y no otros los que deben ser tenidos en consideración son algunos de los aspectos teóricos que trataremos de recoger y sistematizar durante la primera parte de nuestra investigación. Para esta labor será fundamental analizar las aproximaciones a esta cuestión llevadas a cabo por Bierwisch (1967, 1989), Clark (1973), Lang (1989), Goede (1989) y Vogel (2004), sobre los adjetivos dimensionales del inglés, el alemán y el sueco, además de por los ya mencionados Corrales Zumbado (1977) y Galeote (1994), sobre los adjetivos del español. La información aportada por estos autores se pondrá en relación con una cuestión que creemos relevante tanto por su importancia conceptual como por su capacidad de explicar los fenómenos estudiados: la existencia de tres modelos (denominados *absoluto*, *relativo* e *intrínseco*) a través de los que se codifican las relaciones espaciales entre figura y fondo presentes en las distintas culturas humanas³.

Por otro lado, aunque en un contexto dado pueda resultar evidente a qué parte de los objetos se hace referencia con el uso de un adjetivo dimensional determinado, el análisis de estas palabras presenta otras ‘complicaciones’ interpretativas que los hablantes deben resolver en el proceso comunicativo. Al hacerse referencia, por ejemplo, a una *alfombra (roja) muy larga* lo que se entiende por *larga* es, en términos dimensionales absolutos, muy distinto a lo que se entiende por *larga* al hablar de una *autopista muy larga*. Aunque en ambas entidades la longitud sea un concepto cuya ‘concreción’ venga marcada por su direccionalidad y su forma, el ‘modo’ como se aplica el adjetivo (*larga*) a cada una de esas entidades presentará características muy diferentes desde el punto de vista cuantitativo.

La asociación de un sustantivo y un adjetivo dimensional supone un proceso de relativización cuantitativa de la cualidad, expresada por el segundo, respecto a una categoría de cosas de la que forma parte el referente del primero: podemos decir que una autopista es *larga* porque lo es dentro de una categoría de cosas. Esa categoría puede ser una categoría relativamente estandarizada, como lo sería la categoría de las AUTOPISTAS

³ Para la aplicación de estos modelos a los adjetivos dimensionales, nos basamos en los estudios llevados a cabo por Mühlhäusler (2001) y Levinson (2003).

ESPAÑOLAS ACTUALES, o una categoría cualquiera surgida puntualmente por las peculiaridades de un contexto determinado: CARRETERAS CUYA EXTENSIÓN PODRÍA RECORRER SIN NECESIDAD DE RECARGA UN COCHE ELÉCTRICO EN EL AÑO 2021, por ejemplo.

En cualquier caso, resultaría bastante extraño un contexto en que una autopista larga no fuera bastante más larga que una alfombra (roja) larga, ya que, en circunstancias normales, si una autopista tuviera la misma longitud que la alfombra roja de un festival, sería una autopista tremendamente corta. Vemos, por lo tanto, que la atribución de propiedades dimensionales a una entidad depende de cuál sea la clase de objetos con que se ponga en relación en un momento dado. Para que el intercambio comunicativo entre dos hablantes se dé con éxito, estos deben compartir esa categoría que actúa como fondo de contraste, y esto, aunque a veces se haga de manera explícita (*Es muy larga para ser una autopista menorquina*), normalmente es resultado de mecanismos inferenciales de carácter pragmático cuya naturaleza y funcionamiento serán también objeto de estudio de la primera parte de esta investigación.

La necesidad (o no) de una clase de referencia respecto a la que relativizar algunos adjetivos es una cuestión que ha generado mucha discusión en la lingüística de la segunda mitad del siglo XX, especialmente en la parte de esta más relacionada con la lógica. Así, autores como Montague (1970), Kamp (1975), Klein (1980), Siegel (1980), o Åqvist (1981) han tratado de establecer cómo deben interpretarse los enunciados en que aparecen adjetivos como los que nos ocupan y qué implicaciones lógicas subyacen a estos. Nosotros, aunque trataremos algunas de las principales aproximaciones desarrolladas en este ámbito de discusión, nos basaremos en la distinción entre adjetivos *subsectivos*, *intersectivos* e *intensionales* que recogemos de Chierchia y McConnell-Ginet (1990) y estudiaremos los adjetivos dimensionales como pertenecientes a la clase de los subsectivos: adjetivos en los que las características de la propiedad expresada por el adjetivo depende de la categoría de cosas con la que se ponga en relación al referente del sustantivo adjetivado.

Podemos entender esta idea recuperando alguno de los ejemplos que hemos empleado hasta el momento: mientras que una autopista y una alfombra pueden, en principio, SER NEGRAS de una ‘forma’ bastante similar, el ‘modo’ de SER LARGA de una alfombra es muy distinto a la ‘manera’ en que es larga una autopista. Trataremos de establecer cómo se

elige la clase de cosas respecto a la que se concreta (en lo cuantitativo) el ‘modo de darse’ de estos adjetivos (que podemos denominar *relativos*). Para ello, recurriremos fundamentalmente a las recientes aportaciones teóricas de Tribushinina (2008), así como a nociones completamente ‘asentadas’ en la psicolingüística actual como el concepto de NIVEL DE BASE desarrollado fundamentalmente en los trabajos ya clásicos de Berlin (1974) y Rosch *et al.* (1976).

Supongamos que la última cuestión abordada no resultara problemática y en un contexto determinado quedara claro que, por ejemplo, se está considerando que una autopista es *larga* porque lo es respecto a las AUTOPISTAS DE MENORCA ACTUALES. Cabría, en ese caso todavía, la posibilidad de preguntarse qué supondría que, dentro de dicha categoría de entidades, un elemento particular formase parte del subconjunto de lo que se podría calificar como *largo*. En el contexto sugerido, ¿sería larga toda autopista más larga que la longitud media de las autopistas de Menorca?, ¿sería larga solo una autopista que fuera claramente más larga que la mayoría de ellas?

Aunque tengamos un conocimiento intuitivo sobre cuándo se emplea esta clase de adjetivos, la reflexión acerca de los criterios que subyacen a su uso natural deberá tratar de hacer transparentes los procesos cognitivos que permiten la inclusión o exclusión de entidades en determinados subgrupos a través de criterios dimensionales. Para esta labor, recurriremos al concepto de ESCALA desarrollado fundamentalmente por Kennedy (1999b), poniéndolo en relación con los *COGNITIVE REFERENCE POINTS* de Tribushinina (2008) y la ya clásica aproximación al sistema de categorización humano basada en los PROTOTIPOS de Rosch (1975).

Los aspectos relativos a la interpretación de los adjetivos dimensionales que hemos apuntado hasta el momento no podrán abordarse sin que se preste la debida atención a los principios pragmáticos que guían la comunicación humana; en especial la teoría de la relevancia, desarrollada por Sperber y Wilson (1986). El doble proceso de codificación y decodificación que interviene en cualquier intercambio lingüístico solo puede explicarse si existe un ‘pacto’ básico entre los participantes: lo que se dice debe tener cierto interés (o, haciendo uso del lenguaje propio de la pragmática, alcanzar un grado suficiente de relevancia). Como veremos, únicamente si se presupone un compromiso con la relevancia de los actos comunicativos pueden explicarse los procesos psicológicos a través de los cuales se infiere la interpretación correcta de los enunciados.

En definitiva, la atención a las propiedades inherentes a los adjetivos dimensionales, el estudio de las características de las entidades que son ‘adjetivables’ y el análisis de los mecanismos pragmáticos que subyacen a los procesos inferenciales son tres factores fundamentales que nos aportarán la información necesaria para explicar, a lo largo de la primera parte de nuestra investigación, cómo contribuyen los adjetivos dimensionales a que los hablantes puedan codificar y descodificar de manera exitosa contenidos comunicativos a través de los enunciados en que estos aparecen.

Hemos preferido, en esta primera parte, emplear la etiqueta de *análisis semántico* de los adjetivos dimensionales en lugar de *análisis del significado* de los adjetivos dimensionales. Tradicionalmente, se considera que los adjetivos son propiedades que se aplican a los sustantivos (entidades). Asumiendo esta perspectiva tradicional, un estudio acerca del significado de los adjetivos dimensionales podría limitarse a señalar a qué propiedad concreta hace referencia cada uno de los adjetivos integrados en la clase de los dimensionales. Aunque, como ya hemos señalado, este aspecto constituye una parte fundamental de nuestra investigación, al manejar la expresión de *análisis semántico* ponemos de manifiesto que nuestro enfoque va más allá de una simple asociación entre palabras (sustantivos) y propiedades (adjetivos dimensionales). Lo que corresponde a esta primera parte de nuestro estudio es —repetimos— el análisis de cómo se interpretan en el lenguaje real aquellos enunciados que incluyen un adjetivo dimensional.

Aunque la mayor parte de los factores relativos a la interpretación de los adjetivos que expondremos pueden contemplarse desde una perspectiva interlingüística (universal), nos centraremos en el caso concreto del español sobre todo al establecer conexiones entre cuestiones semánticas y aspectos de naturaleza sintáctica. Por un lado, trataremos de dar cuenta de un modo sistemático de cómo influyen en el proceso de interpretación semántica el orden (antepuesto o postpuesto) en que aparece el adjetivo al combinarse con el sustantivo y la función sintáctica que desempeña el adjetivo dentro de un enunciado-oración. Por otro lado, prestaremos atención a algunas de las particularidades sintácticas y semánticas del español (la presencia de expresiones de grado y de medida, la posibilidad de emplear elativos y superlativos, la distinción entre dos verbos copulativos como *ser* y *estar*, etc.) que resultan relevantes en lo que atañe a la interpretación particular de los adjetivos dimensionales en esta lengua.

Las explicaciones relativas a cómo se interpreta un adjetivo dimensional en español se llevarán a cabo, como no puede ser de otro modo, tras una detallada exposición acerca de qué entendemos por *adjetivo dimensional* en dicho idioma. Clarificar esta cuestión nos llevará, en primer lugar, a tratar los criterios interlingüísticos que posibilitan dividir el léxico de una lengua en distintas categorías y etiquetarlas, posteriormente, según la tradición gramatical instaurada por Dionisio de Tracia. Una vez resueltas estas cuestiones, situaremos el subgrupo de los adjetivos dimensionales (del español) dentro del espacio lingüístico del que forma parte.

El análisis lingüístico que proponemos se asienta en unos planteamientos de naturaleza cognitiva (y también pragmática). Como es de esperar, el resultado de estos planteamientos han de falsarse a partir de los datos: no solo aquellos que se extraen de la introspección basada en nuestra competencia lingüístico-comunicativa (referencia fundamental para el desarrollo de esta investigación), sino también de los derivados del análisis de exhaustivo y sistemático de un corpus y de los recabados a partir de encuestas ‘informales’. Aunque estos análisis, concebidos de acuerdo con la propuesta teórica, son, sin ninguna duda, decisivos para la comprobación de las hipótesis formuladas, esta investigación —insistimos en este aspecto— se basa especialmente en la introspección. Por otro lado, se acude en ocasiones a diversos conceptos lingüísticos o filosóficos que sirven de apoyo a muchas de nuestras reflexiones. En muchas ocasiones, la referencia a estas nociones lingüísticas y filosóficas no solo cumple la función de dar solidez a un planteamiento, también se recurre a ellas para dotar de más claridad al texto.

Uno de los aspectos a los que se prestará más atención en la segunda parte de esta investigación es la polisemia. Como es sabido, el interés por el estudio de este fenómeno (característica propia de las lenguas naturales o reflejo del desarrollo de una serie de principios cognitivos subyacentes) no solo no ha decrecido con el paso del tiempo, sino que, con el desarrollo de la lingüística cognitiva, se ha visto renovado y fortalecido en las últimas décadas. Simplificando las cosas, puede decirse que, a diferencia de los estudios tradicionales que se acercan a la polisemia considerándola un fenómeno lingüístico externo al individuo, la lingüística cognitiva entiende que la polisemia es un fenómeno fundamentalmente mental, que tiene, eso sí, su manifestación tangible en el lenguaje. Desde nuestro punto de vista no hay, por lo tanto, una preocupación ‘taxidermista’ por las palabras y sus significados como objetos de estudio aislados, el interés reside también

en los procesos mentales que condicionan estos usos lingüísticos. Las palabras polisémicas son, para nosotros, el reflejo de una realidad de carácter mental y, precisamente por ello, también un punto de partida a partir del cual inferir los principios que subyacen a los procesos cognitivos de los hablantes.

En la segunda parte de este estudio trataremos de mostrar de manera sistemática las extensiones semánticas que experimentan los significados básicos de un conjunto de adjetivos que hemos decidido tomar en consideración para nuestro análisis por contar con al menos un significado dimensional. Estas extensiones se recogerán en una propuesta lexicográfica que, acompañada de explicaciones de diversa índole, constituirá el núcleo de esta segunda parte de la investigación. El desarrollo de la propuesta lexicográfica supondrá tomar decisiones ‘tangibles’ relativas a la agrupación y separación de los significados vinculados con la serie de adjetivos dimensionales propuesta. De esta manera, el carácter difuso y continuo que, en principio, se puede atribuir a la polisemia deberá ser moldeado (desde un punto de vista teórico y práctico) para que pueda adaptarse a las exigencias que lleva consigo recoger los significados de una palabra en una lista de acepciones claramente definidas y delimitadas. A pesar de que desde un punto de vista cognitivo solo tiene sentido hablar del SIGNIFICADO de una palabra cuando este ‘forma parte’ de los usos reales del lenguaje, la elaboración de diccionarios (por lo menos, desde el punto de vista tradicional) obliga a tomar de entre los significados potenciales (o sentidos contextuales) de un lexema una serie de significados básicos (convencionales). Será, por tanto, decisivo precisar cuáles son aquellos significados que, relacionados con un adjetivo dimensional, pueden considerarse relevantes desde un punto de vista lexicográfico y cómo deberían agruparse dichos significados a la hora de formar el conjunto de acepciones que se puede asociar en una misma entrada a un lema. En este sentido, la propia relación entre el concepto de significado y el modo en que este debe ser tratado en los diccionarios, ocupará también gran parte de la investigación. Asimismo, cada una de las acepciones establecidas deberá ser definida de manera que se imbriquen la claridad que requiere un diccionario y la coherencia en la aplicación de las cuestiones teóricas derivadas de la exposición hecha en la primera parte de la investigación.

En nuestra propuesta las entradas lexicográficas se organizan de acuerdo a un esquema previo: en primer lugar, según la clase de palabra a la que pertenezcan, y, en segundo término, según espacios semánticos basados en el modo como estos adjetivos

remiten a la realidad. Si bien una simple lista de significados permitiría cierto nivel de análisis y comparación entre unas y otras palabras, la ordenación y agrupación de las acepciones según la ‘dirección’ de su desplazamiento semántico permitirá, en apartados destinados al estudio de la propuesta, establecer generalidades y sugerir patrones de evolución para la clase de los adjetivos dimensionales en general.

Así pues, nuestra propuesta lexicográfica ofrece un modo de separar acepciones, un modo de agrupar las acepciones, según criterios semánticos y sintácticos, y una serie de definiciones elaboradas conforme a un sistema homogéneo (que se completarán, cuando se considere oportuno, con ejemplos y figuras). Aunque en gran medida la base teórica de la propuesta se habrá desarrollado a lo largo de la primera parte de la investigación, resultará imprescindible recurrir a obras de carácter lexicográfico y lexicológico, fundamentalmente a *The Oxford Guide to Practical Lexicography*, de Atkins y Rundell. (2008), para solucionar y explicar diversas cuestiones de orden práctico o naturaleza teórica que plantea la labor que venimos describiendo. Se habrá de prestar atención en todo momento, además, a las decisiones asumidas por diccionarios de distintas lenguas, especialmente diccionarios (españoles) como el *Diccionario de uso del español (DUE)*, el *Diccionario del español actual (DEA)* o *Diccionario de la Real Academia Española (DRAE)*, a la hora de abordar conjuntos de palabras similares a las que nos ocupan.

Más allá de la propuesta en sí, en los apartados que la complementan, se atenderá a los procesos de cambio semántico, fundamentalmente metafóricos y metonímicos, que subyazcan a los desplazamientos de cada red polisémica. Aunque no nos detendremos en cuestiones etimológicas ni otras relativas a la historia de las palabras, cada acepción contará con una explicación acerca de su particularización como una entidad semántica suficientemente diferenciada del sentido dimensional básico (que, en principio, consideramos el significado central de cada red semántica). Estas explicaciones, que se aplicarán a cada evolución semántica particular, se sustentan en los principios psicolingüísticos generales que sirven de motor al cambio lingüístico. Aunque serán las extensiones polisémicas de los adjetivos dimensionales del español las que constituyan nuestro foco de interés, trataremos también de buscar similitudes y diferencias relevantes respecto al modo como los principios universales de cambio semántico se han concretado en otras lenguas o en otras etapas del español. Los principios básicos que subyacen a los procesos metafóricos se explicarán recurriendo, fundamentalmente, a los desarrollos

teóricos derivados de las propuestas —ya clásicas en el ámbito del paradigma cognitivo— de Lakoff (1993) y Lakoff y Johnson (1980) acerca de la metáfora y la metonimia. En términos generales, podemos anticipar que tanto los procesos metafóricos como los metonímicos privilegian las entidades concretas y tangibles a la hora de llevar a cabo ‘aproximaciones’ a realidades de carácter más abstracto. Es de esperar, por lo tanto, que los significados básicos de los adjetivos dimensionales, asociados necesariamente a objetos físicos y, por lo tanto susceptibles de ser ‘privilegiados’ en los procesos mencionados, presenten una adaptación semántica paralela a la de las propias entidades que sirven de base para metáforas y metonimias. Así, el adjetivo *largo*, que, en principio se relaciona con las dimensiones de los objetos, puede encontrarse relacionado con realidades de carácter más abstracto (como el TIEMPO: *un rato largo*) que se conciben a partir de una metáfora de naturaleza espacial. El significado de los adjetivos —repetimos— adaptará en estos casos su significado a la evolución conceptual experimentada por las entidades con que se relacionen en cada caso concreto.

A lo largo de esta investigación trataremos, por tanto, de realizar un recorrido por el significado de los adjetivos dimensionales entendiendo a dicho concepto desde dos perspectivas complementarias y, en cierta medida, opuestas: analizaremos primero la ‘participación’ de los adjetivos dimensionales en los enunciados que sustentan el intercambio comunicativo como puntos de partida para operaciones cognitivas de las que los hablantes deben extraer un resultado significativo; después, abandonaremos lo pragmático y la atención a los enunciados como representantes de los ‘usos reales’ del lenguaje para llevar a cabo una abstracción consistente en considerar las palabras como entidades independientes cargadas por sí mismas de significados que pueden ser recogidos y clasificados a través de una obra lexicográfica más o menos tradicional.

PRIMERA PARTE: ANÁLISIS SEMÁNTICO DE LOS ADJETIVOS DIMENSIONALES

CAPÍTULO 1. CARACTERIZACIÓN DEL ADJETIVO

1.1. El adjetivo como clase de palabra: la perspectiva interlingüística

En una tesis dedicada al análisis de los adjetivos dimensionales del español resulta imprescindible que precisemos, en primera instancia, qué se entiende por *adjetivo* desde una perspectiva interlingüística y, en segundo término, qué se entiende por *adjetivo* dentro del sistema lingüístico concreto (el español) en que nos centramos.

Una vez resuelta la cuestión de qué es un adjetivo (desde los postulados de la lingüística general) y de cuál es la perspectiva que nosotros adoptamos para abordar su estudio, habremos de pasar a precisar de qué se habla cuando nos referimos a *adjetivos dimensionales* y cómo consideraremos dicho concepto. Para encarar este doble proceso, a su vez, acudiremos primero a lo interlingüístico para afrontar después lo específico de una lengua (el español) en particular.

Con el fin de acometer estas tareas empezaremos abordando el concepto de CLASE DE PALABRA⁴ y, posteriormente, nos detendremos en la clase concreta del adjetivo.

1.1.1. Clases de palabras: una cuestión morfosintáctica propia de cada lengua

Desde que Dionisio de Tracia (217–145 a. de C.) dividiera las palabras del griego en *nombre, verbo, participio, artículo, pronombre, preposición, adverbio y conjunción* en su *Arte Gramática (Tékhne Grammatiké)*, la que resultó ser la primera obra dedicada a la

⁴ Resulta tremendamente complejo definir interlingüística y ‘científicamente’ lo que se entiende por *palabra* y son muy numerosas las definiciones que se han propuesto a lo largo de la historia de la lingüística. Como señala Piera (2009, pág. 25), Juilland y Roderick (1972) llevaron a cabo una bibliografía anotada de 118 páginas en la que recogían “siglos de intentos de caracterizar la noción de palabra, todos los cuales resultaban insatisfactorios”. Para nuestro estudio podríamos recurrir, por ejemplo, a Bloomfield (1933, pág. 178): “A free form which is not a phrase, is a *word*. A *word*, then, is a free form which does not consist entirely of (two or more) lesser free forms; in brief, a *word* is a *minimum free form*”. Sin duda alguna, aceptar que la *palabra* es la “unidad libre mínima” nos obligaría a hacer muchas precisiones y a dar cuenta de una serie de excepciones. En cualquier caso, aprovecharemos que el de PALABRA es un concepto que los hablantes de una lengua manejan de manera intuitiva para utilizarlo del mismo modo de aquí en adelante, pues este nivel de conceptualización (‘precientífica’, si se quiere) será suficiente para los objetivos que perseguimos en este trabajo.

gramática en Occidente⁵, el trabajo taxonómico de establecer clases en que agrupar las palabras ha sido una labor constante a lo largo de la historia de la lingüística, tanto desde aproximaciones más estrictamente formales (gramaticales) como desde planteamientos más apegados al significado de las palabras (objeto de estudio de la Semántica)⁶.

El ejercicio de esta labor lleva consigo, por un lado, afrontar el problema de cómo se establece en cada lengua cuáles son las distintas categorías en que se divide su léxico (y su gramática) y, por otro, responder a la cuestión de si pueden denominarse del mismo modo las categorías resultantes en las distintas lenguas, en el caso de que se reconozca en dichas categorías una esencia interlingüística común. Explicando cómo se han abordado estos problemas y cuáles son en la actualidad las soluciones más aceptadas, nos aproximaremos a una noción que nos permita establecer criterios para clasificar las palabras.

⁵ A pesar de que en Mesopotamia, Egipto, China o en la América precolombina hay indicios de ciertas reflexiones sobre la lengua, no se han encontrado documentos que reflejen con claridad una perspectiva metalingüística. De la antigua India sí ha llegado a nuestros días una obra como el *Aṣṭādhyāyī* de Pāṇini (que vivió en los siglos V y VI antes de Cristo), “la más antigua gramática del sánscrito —y de cualquier lengua— que se ha conservado hasta nuestros días”, (Černý, 1998, pág. 62). Pāṇini, quien en su obra hace referencia a estudios anteriores, describe las características fonéticas y gramaticales del sánscrito. En el ámbito lingüístico los hindúes “alcanzaron unos resultados sorprendentes, descubriendo conceptos importantes tales como *raíz*, *sufijo*, *desinencia* y otros, que suponen un perfecto análisis morfológico. También estos términos constituirían unos dos mil años más tarde un impulso importante para el desarrollo de la lingüística científica europea. Los hindúes distinguían también *sustantivos*, *verbos*, *preposiciones*, *partículas*, al igual que los griegos”, (Černý, 1998, pág. 63). En época romana debemos destacar las aportaciones de Marco Terencio Varrón (116–27 a. de C.) quien, aplicando la gramática griega al latín y centrándose sobre todo en las categorías de *caso* y *tiempo*, distinguió cuatro partes de la oración: *nombres*, *verbos*, *participios* y *adverbios*. Prisciano (a finales del siglo V y principios del siglo VI), en Constantinopla, “aprovechó las teorías de sus predecesores latinos, pero ante todo trataba de adaptar de la manera más completa posible las ideas de los gramáticos griegos, ante todo las de Dionisio de Tracia y las de Apolonio, a la lengua latina. Lo demuestra, por ejemplo, su clasificación de las partes de la oración latinas, en la que emplea la división de Dionisio y las definiciones de Apolonio”, (Černý, 1998, págs. 69-70). Prisciano distinguirá *nomen*, *verbum*, *participium*, *pronomem*, *adverbium*, *praepositio*, *interiectio* y *coniunctio*. Para una visión de conjunto del pensamiento lingüístico en la época clásica (Grecia y Roma), véase Robins (2000, págs. 12-79).

⁶ Además de *clases de palabras*, se emplean frecuentemente muchas otras expresiones para hacer referencia al mismo concepto: *categorías gramaticales*, *partes del discurso*, *partes de la oración*, *partes del enunciado*, *partes de la expresión*... En este sentido, “[...] a problem that unfortunately cannot be ignored in this context, but must be discussed immediately, is that of terminology: what should the categories that adjectives traditionally belong to be called? The suggestions are many: *parts of speech*, *word classes*, *lexical categories*, *grammatical categories*, etc. Today, there does not seem to be any clear consensus on this matter, and scholars choose terms after preference”, en (Hollonsten, 2009, pág. 6).

Tradicionalmente, desde una perspectiva que integra ontología y lingüística, se ha considerado que las palabras de las lenguas se dividen en tres categorías principales, en función del tipo de realidades que designen.

[...] los estudios gramaticales [tradicionales] no estaban diferenciados de los filosóficos. [...] Se entendía que la estructura de la lengua reflejaba la estructura del mundo, es decir, que existía una correspondencia entre la manera del ser y la del significar. Así, el sustantivo designaba la sustancia, el adjetivo, las propiedades y el verbo, los procesos, acciones o relaciones que se establecían entre las cosas.

(Di Tullio, 2010, pág. 48)

Como señala Di Tullio (2010), efectivamente, las tres categorías ontológicas se identificaban con las clases de palabras denominadas *nombre*, *verbo* y *adjetivo*, como representantes de tres clases de entidades o fenómenos presentes en la realidad: los objetos, las acciones y las propiedades, respectivamente⁷:

Traditionally, *adjectives* are defined as words that denote properties or qualities, and are differentiated from *nouns* and *verbs* by the fact that *nouns* denote persons, places and things, and *verbs* denote events or actions.

(Bhat, 1994, pág. 1)

Esta concepción⁸ puede servir como aproximación a las distintas clases de palabras y, sin duda, ofrece algunas claves para entender cómo es cada categoría, pero es, como veremos, una clasificación excesivamente simplificada.

A very simple definition of comparative concepts for major word-classes is a semantic one:

- a. a noun is a word that denotes a thing or place
- b. a verb is a word that denotes an action or process
- c. an adjective is a word that denotes a property

Typologists have in fact generally worked with this kind of definition.

(Haspelmath, 2012, pág. 115)

⁷ A esta misma tradición hace referencia Demonte (1999, pág. 134) cuando señala que “[si] concebimos una realidad constituida ontológicamente por tres clases de entidades: objetos físicos o mentales (cosas que tienen ‘existencia’), acontecimientos (cosas que ‘tienen lugar’ en el espacio y en el tiempo) y propiedades o ‘características’ de esos objetos o acontecimientos, podemos pensar que los sustantivos, los verbos y los adjetivos junto con los adverbios representan en el lenguaje a esos tres tipos de entidades”.

⁸ Báez y Garcés (1998, pág. 32) consideran que las categorías fenomenológicas resultantes de esta clase de distinciones “no responden a ninguna realidad fuera de la mente del hablante”. Objetivamente, señalan, “la realidad es un continuo, y el conjunto que pueden tener esos contenidos categoriales son unidades discretas” que se corresponden “solo a nuestro modo de concebir”.

Como apunta Demonte (1999), haciéndose eco de las reflexiones de Lyons (1977a, pág. 429), hay factores que es necesario tener en cuenta y no es conveniente aceptar sin más las correspondencias señaladas entre las clases de palabras y las realidades ontológicas:

[...] a esta triple distinción le corresponden solo ‘típicamente’ ciertas clases de palabras, pues esa correspondencia no es absoluta. Así, hay nombres que designan propiedades: *belleza*, nombres que expresan acciones o estados: *carrera*, *paz*, o adjetivos que designan conjuntos de propiedades, esto es, clases naturales: *rural*, *gallego*.

(Demonte, 1999, pág. 134)

También Bhat (1994) advirtió la insuficiencia del criterio tradicional al que alude Demonte, ya que palabras que gramaticalmente asociamos con los sustantivos (como *height* ‘altura’ o *whiteness* ‘blancura’) no se ajustan a la consideración de que solo sea el adjetivo el término que exprese cualidades. Además, el lingüista indio se detiene, por ejemplo, en la proximidad semántica que se entabla en inglés entre el verbo *like* y el adjetivo *fond*: “verbs like *like* which are not very different semantically from adjectives like *fond*”, (Bhat, 1994, pág. 1).⁹

El criterio ontológico-semántico, como vemos, presenta varios inconvenientes, y ya el propio Dionisio de Tracia había sentido la necesidad de recurrir a otras pautas que, combinadas con el criterio estrictamente nocional, proporcionaran un modo más refinado de clasificar la palabra, en tanto que pieza lingüística. En palabras de Bisang (2011, pág. 280), “[e]ven Dionysios Thrax did not base his definitions exclusively on semantics. [...] he also integrates criteria associated with morphological form like case and other morphologically expressed grammatical categories”.

⁹ Por otro lado, ha de tenerse en cuenta el hecho de que el criterio tradicional, basado en consideraciones nocionales, solo sirve para caracterizar las palabras con significado pleno (léxicas). De esta forma, podría fijarse una primera división entre categorías léxicas (nombres, adjetivos y sustantivos) y categorías funcionales (determinantes, cuantificadores o pronombres). Las categorías léxicas expresan conceptos integrados dentro del esquema proposicional, a diferencia de lo que sucede con las categorías funcionales (o procedimentales). La diferencia entre estos dos tipos de palabras (léxicas y funcionales) no es nítida; por ejemplo, de algunas de las preposiciones podría decirse que se comportan como predicados que expresan conceptos. Para una breve aproximación a las diferencias entre categorías léxicas (conceptuales) y categorías funcionales (procedimentales), véase Espinal, Macià, Mateu y Quer (2014, págs. 60-69).

Parece claro, por todo lo visto hasta el momento, que una aproximación puramente semántica no resulta suficientemente satisfactoria a la hora de establecer las clases de palabras. En este sentido, la mayor parte de los estudios actuales se desmarca de la mera identificación entre lo semántico y lo tipológico. Como observa Bisang (2011, pág. 280), resulta bastante fácil comprobar la inadecuación de este tipo de definiciones, ya que “a noun like *movement* does not refer to an object” y no encaja, por lo tanto, en las caracterizaciones tipológicas como las que hemos visto.

No obstante, a pesar de que Croft (2000, págs. 65, 66 y 73) y Wierzbicka (2000, pág. 295) recogen esta idea —que la perspectiva semántica (o nocional) resulta difícil de aplicar (y, en efecto, reconocen tal dificultad)—, ambos autores precisan que ningún otro criterio que permita rechazar de plano el criterio tradicional, por muy discutible que este resulte, se ha aplicado de manera generalizada en el ámbito de los estudios gramaticales y tipológicos:

Traditional definitions based on vague notions such as “qualities” or “attributed” are not much help in cross-linguistic investigations, but as noted, for example, by Schachter (1985:13), “no obviously better notional definition has been proposed”.

(Wierzbicka, 2000, pág. 295)

It has long been noted that the notional definition is inadequate because it is based on the semantic class of lexical items rather than their morphosyntactic behavior (cf. for example Radford 1988:57). In fact, words of any of the semantic classes in (C1-3) can be found as nouns (1a), adjectives (1b), or predicates (1c – they can be outright verbs in other languages, as seen below in example (21) from Makah):

1a. *movement, eruption, kiss, strength, whiteness, size.*

1b. *waste (incinerator), electrical (appliance), sleeping (child), broken (mirror).*

1c. *(be) happy, (be a) doctor.*

[...]

C 1. Nouns denote, persons, places or things.

2. Adjectives denote properties/qualities.

3. Verbs denote actions/events.

[...]

(21) *babaldis*

White man: INDIC ISG

“I’m a white man

(Croft, 2000, págs. 65, 66 y 73)

Casos como los que muestra Croft son el motivo por el que, en su opinión, “the notional analysis has been rejected” (Croft, 2000, pág. 66). No obstante, este rechazo no

ha llevado consigo que esa clase de análisis haya sido reemplazada por otro método que pueda considerarse más adecuado, si bien la tendencia es aceptar el criterio morfosintáctico.

It is merely assumed that morphosyntactic behavior of some sort will establish parts of speech in a particular language, and in many if not all languages we may label those parts of speech with the terms Noun, Verb and Adjective.

(Croft, 2000, pág. 66)

Efectivamente, como indica Croft (2000) (sin manifestar excesivo entusiasmo, es cierto), parece que el criterio morfosintáctico es el más conveniente para determinar, dentro de cada lengua específica, las distintas clases de palabras de que dicho sistema lingüístico consta. Esta es la idea que a lo largo de estas últimas décadas ha venido manteniendo también Dixon (1982, pág. 1): “The recognition of word classes within a language depends on morphological and syntactic criteria”. Sin embargo, en una obra de colaboración, más reciente, alude de un modo más genérico a los criterios gramaticales:

The recognition of word classes in a language must be on the basis of internal grammatical criteria for that language. Certain types of criteria recur, but the exact justification for a class is particular to each language.

(Dixon, 2004, pág. 2)

La cuestión relativa a qué (y cuáles) son las clases de palabras —cuestión que planteábamos al comienzo de este apartado— podría zanjarse, al menos provisionalmente, de este modo: son las distintas categorías en que podemos agrupar las palabras de una lengua acudiendo a criterios morfosintácticos. Por tanto, en una lengua concreta, serán criterios morfológicos (la capacidad de cada palabra para aceptar distintos tipos de afijos) y criterios sintácticos (las reglas combinatorias que explican la coincidencia en el discurso de estas palabras con otros elementos de la lengua) los factores que determinen la existencia de categorías diferentes, es decir, de distintas clases de palabras¹⁰.

¹⁰ Di Tullio (2010, pág. 48), apuntando la necesidad de diferenciar las funciones sintácticas de las categorías en sí, señala que, desde su perspectiva, toda expresión lingüística “se identifica por su estructura interna y por su potencial funcional. La estructura interna depende de cómo está constituida: los formantes morfológicos (sobre todo, los afijos flexivos y derivativos) en la palabra; los constituyentes que la

Una vez aceptada esta afirmación, tampoco parece que el establecimiento de los criterios necesarios y suficientes que en cada lengua hayan de aplicarse para llevar a cabo ese proceso de categorización lingüística sea una tarea sencilla y, como señala Dixon, “linguists have devoted considerable attention to discussion of suitable criteria”, en (Dixon, 1982, pág. 1). No es nuestra intención realizar un análisis de cuáles son esos criterios y cómo se aplican a cada lengua concreta¹¹. Consideramos suficiente dejar claro la idea de que, como hemos señalado antes, las distintas capacidades combinatorias de las palabras (su sintaxis) y su capacidad derivativa o flexiva (su morfología) es lo que permite agrupar unas y separar otras.

En este sentido, podemos decir que en una lengua habría una clase diferenciada si, por ejemplo, un grupo de palabras fuese el único que aceptase una variación morfológica determinada (como, pongamos por caso, las marcas morfológicas de género o número). También podríamos agrupar las palabras de una lengua basándonos, por ejemplo, en su capacidad para situarse inmediatamente después de otra clase ya delimitada (como sucede en el caso de una palabra-modificador con respecto a otra palabra-núcleo). Habríamos reconocido, de esta forma, dos categorías dentro de una lengua concreta. De la cuestión de si a esas categorías se les debería dar un nombre específico, propio de esa lengua, o si podrían incluirse dentro de categorías interlingüísticas generales (como serían, por ejemplo, *nombre* y *adverbio*) es de lo que trataremos a continuación¹².

1.1.2. Clases de palabras: la cuestión semántica (y morfosintáctica) desde una perspectiva interlingüística

Una vez que hemos adoptado un criterio para agrupar las palabras de una lengua (el criterio gramatical o morfosintáctico que se superpone al criterio tradicional o nocional), es el momento de plantearse si las clases de palabras son específicas de cada lengua o si se pueden etiquetar con el mismo nombre general las clases de palabras que resultan de cada lengua concreta.

conforman, en el sintagma. El potencial funcional corresponde a las funciones sintácticas que puede desempeñar”.

¹¹ Más adelante sí nos detendremos en cómo se aplican algunos criterios morfosintácticos para aislar la clase del adjetivo de las del verbo o el nombre en determinadas lenguas.

¹² Como veremos, algunos autores rechazan la existencia de categorías interlingüísticas y proponen que se hable únicamente de las categorías propias de cada lengua de manera aislada.

Hasta fechas bastante recientes se consideraba que las clases de palabras heredadas de la tradición grecolatina eran universales y se buscaban en toda lengua analogías a través de las que establecer correspondencias con esas ‘clases universales’. Es decir, se tomaban las distintas categorías resultantes de la división dentro de unas lenguas modelo como plantilla a partir de la cual establecer divisiones similares en el resto de las lenguas¹³. En el ámbito de las lenguas románicas este modo de proceder era muy claro: la gramática latina era la plantilla y, por supuesto, la lengua modelo era el latín.

La clasificación de Aristarco en el siglo II antes de Cristo es la que heredó su discípulo — mucho más conocido— Dionisio de Tracia. Es también la que heredó Apolonio Díscolo, de quien la tomó Prisciano y otros gramáticos romanos. Es asimismo la que, con modificaciones relativamente leves, encontraremos en cualquier gramática romance y en muchas germánicas. Esta clasificación consta de ocho partes: nombre, verbo, participio, artículo, pronombre, preposición, adverbio y conjunción.

(Bosque, 2014, pág. 23)¹⁴

Evidentemente, la lingüística del siglo XX fue consciente de que, sobre todo desde una aproximación interlingüística, la validez de esta clasificación había de ponerse en entredicho¹⁵.

Terms such as “noun” and “verb”, which are found in almost any recent linguistic theory as well as in any descriptive grammar, are rooted in this tradition. Given the ubiquity of these terms, it is a fundamental task of linguistics to analyze them and to define them in a way that fits into our present-day knowledge about the range of cross-linguistics variation.

(Bisang, 2011, pág. 280)

Aunque esa búsqueda ‘universalista’ ha sido ya abandonada, el tratamiento interlingüístico de las clases de palabras sigue siendo hoy en día una cuestión no

¹³ “La clasificación tradicional [elaborada en el marco del sistema filosófico aristotélico] se mantuvo, con ligeras variaciones, a lo largo de los siglos como una construcción aplicable a todas las lenguas y representativa de los rasgos universales del lenguaje humano”, en (Di Tullio, 2010, pág. 48).

¹⁴ En la clasificación a la que hace referencia Bosque el adjetivo se incluye dentro de la clase del nombre y por ello no aparece de manera independiente entre las partes mencionadas.

¹⁵ Di Tullio (2010) señala como una de las críticas más frecuentemente esgrimidas contra enfoque tradicional el carácter no universal de su clasificación: “Se ha planteado que la clasificación tradicional es un claro reflejo de las lenguas para las que fue propuesta: el griego y el latín; su aplicación a lenguas de estructura diversa obliga a modificaciones. Por lo tanto, esta clasificación carecería de validez, al no distinguir las definiciones correspondientes a las gramáticas particulares de las que se corresponden a la gramática general”, Di Tullio (2010, pág. 49).

totalmente resuelta que presenta no pocas dificultades. El universalismo eurocentrista ha dejado paso a un relativismo extremo¹⁶, y algunos autores se plantean si tiene sentido hablar de categorías comunes a distintas lenguas o si, tal vez, sería más adecuado hablar en cada lengua de una serie de categorías no necesariamente compartidas con otras:

The history of Word class research is characterized by two extreme positions. Up to the 19th century it was believed that word classes were invariably of the Latin or Greek type and universal. [...] In contrast to that, in the 20th century the view prevailed that every language had its own specific and unique word class system.

(Vogel y Comrie, 2000, pág. IX).

El primero de los planteamientos (recogido en la cita anterior) señalado por Vogel y Comrie (2000) sobre la universalidad de las clases de palabras ‘tradicionales’ está hoy prácticamente olvidado, al menos en su concepción más radical, puesto que parece evidente que hay lenguas en las que, por ejemplo, no encontramos nada similar a las adposiciones o a los artículos... Hay que aclarar, eso sí, que, en la actualidad, cuando se habla de categorías interlingüísticas universales, normalmente se toman en consideración tres clases de palabras léxicas (términos con significado conceptual): el sustantivo o nombre, el verbo y, con más reticencias, el adjetivo.

La segunda perspectiva a la que hacen referencia Vogel y Comrie (2000) —aquella que considera que cada lengua específica dispone de sus categorías particulares y no admite correspondencias con otros sistemas lingüísticos— tampoco responde al paradigma totalmente dominante en la actualidad¹⁷. Como vemos a continuación, Croft (2000) manifiesta su rechazo a esa “visión ampliamente aceptada”:

¹⁶ Bosson (1992) considera que la historia del estudio de las clases de palabras ha oscilado constantemente entre el universalismo y el particularismo. Así, mientras que en la Antigüedad y el Renacimiento primaba el particularismo, en la Edad Media y el Renacimiento la visión dominante era la universalista. El siglo XIX sería de nuevo particularista y en el siglo XX se reconoce una primera mitad particularista y una segunda universalista.

¹⁷ Haspelmath (2007, pág. 109) sostiene que las categorías interlingüísticas “do not exist”, ya que representan “language-particular generalizations and cannot be carried over from language to another one”. Sin embargo, sí considera la posibilidad de agrupar las particularidades de unas y otras lenguas a través de constantes conceptuales, por lo que, finalmente, su concepción no es muy diferente al proceso de separación morfosintáctica y unificación semántica que venimos señalando como el más apropiado. Para él, el problema reside en la confusión de “universal categories and universal trends”, en Haspelmath (2007, pág. 126).

There appears to be a widely accepted view, among typologists and also many other syntacticians, that the two assertions in (A1-2) about parts of speech — the major syntactic categories noun, verb and adjective — should be part of syntactic theory:

A 1. Noun, verb and adjective are categories of particular languages.

2. But noun, verb and adjective are not language universals — that is, they are not found in some languages.

In this paper, as in previous work (Croft 1984, 1986, 1991), I argue that the diametrically opposed assertions in (B1-2) should be part of syntactic theory:

B 1. Noun, verb and adjective are not categories of particular languages.

2. But noun, verb and adjective are language universals — that is, there are typological prototypes [...] which should be called noun, verb and adjective.

(Croft, 2000, pág. 65)

En el marco de las lenguas de origen europeo, a las que la mayoría de la literatura lingüística se enfrenta, establecer correspondencias entre qué consideramos nombre, adjetivo o verbo en una lengua o en otra no parece, en principio, una cuestión especialmente problemática. Sin embargo, a partir de algunos ejemplos aportados por Dixon (2004) sobre los diferentes modos de hacer referencia a distintos conceptos en algunas lenguas ‘lejanas’, podemos comprobar que los conceptos de NOMBRE, VERBO y ADJETIVO no son tan intuitivamente adaptables como pudiera parecer:

a) Kin terms such as ‘mother’ and ‘father’ are nouns in most languages but verbs (‘be mother of’ and ‘be father of’) in others (including the Yuman languages of southern California);

b) the number ‘two’ is an adjective in many languages but a verb in others (for example — fama — in Jarawara);

c) the concept ‘beauty’ is a noun in some languages (including English) but a verb in others (for example totoka in Fijian).

(Dixon, 2004, pág. 2)

Decíamos en el apartado 1.1.1. (*Clases de palabras: una cuestión morfosintáctica propia de cada lengua*) que el criterio fundamental para establecer las distintas categorías dentro de una lengua debía ser un criterio morfosintáctico. Lo que debe plantearse ahora es, repetimos, cuáles serían las pautas para establecer analogías entre las categorías. Dicho de otro modo, desde una perspectiva europea, deberemos plantear si hay criterios válidos que permitan emplear las etiquetas de *adjetivo*, *nombre* o *verbo* para designar algunas de las categorías establecidas en una lengua concreta. A pesar de que cada lengua cuenta con sus propias reglas morfosintácticas, es razonable suponer también que puede haber algo

subyacente, al menos en algunas lenguas, que nos permita incluir sus categorías específicas dentro de categorías generales interlingüísticas:

Similarities can be recognized between word classes in different languages — for instance, the term Noun can be used for major classes in two different languages, even though these classes may have rather different morphological and syntactic properties.

(Dixon, 1982, pág. 1)

La cuestión de qué es aquello que nos permite (o no) establecer clases interlingüísticas, más allá de la morfosintaxis específica de cada lengua, se plantea (y responde) no solo en Dixon (1977/1982 y 2004)¹⁸, también en Wierzbicka (2000) de forma explícita:

But if Word classes are set up on language-internal formal grounds, on what basis can correspondences between them be established across languages? Obviously, not in formal grounds (for these may differ from language to language), but on semantic grounds.

(Wierzbicka, 2000, pág. 285)

Por consiguiente, la respuesta a la cuestión sobre los criterios a partir de los que establecer categorías interlingüísticas es en Wierzbicka (2000) puramente semántica; en cambio, Dixon (1977/1982 y 2004) combina lo semántico con lo sintáctico. Hay que recordar una vez más que lo semántico se tiene en consideración para lo interlingüístico tras haberse determinado previamente las categorías de palabras específicas de cada lengua y que, en el establecimiento de dichas categorías específicas de cada lengua, lo semántico había quedado totalmente al margen¹⁹.

El criterio semántico no puede ser el fundamento de la clasificación cuando se trata de adscribir las palabras de una lengua particular a clases específicas ya que no existe una correspondencia entre las clases de entidades extralingüísticas y las palabras. Sin embargo, en combinación con los criterios formales, puede contribuir a delimitar una clase y establecer

¹⁸ A la hora de establecer correspondencias interlingüísticas, Dixon (1977/1982, pág. 1) reconoce que estas se basan en el significado, y quizá en la sintaxis: “involves semantic, and perhaps universal-syntactic, criteria”. Es mucho más categórico cuando señala que “word classes can be identified between languages (and assigned the same names) on two criteria — similarity of syntactic function and similarity of meaning” (Dixon, 2004, pág. 3), puesto que basa el reconocimiento de las clases de palabras en ambos criterios, sin matices: el semántico y el sintáctico.

¹⁹ Como veremos, en cierto modo, una vez establecidas las categorías propias de cada lengua sí puede recuperarse, al menos en parte, el criterio ontológico del que hablábamos en el apartado 1.1.1. (*Clases de palabras: una cuestión morfosintáctica propia de cada lengua*).

correspondencias entre las clases reconocidas en lenguas diversas que no comparten los rasgos formales.

(Di Tullio, 2010, pág. 53)

Presentamos, a continuación, con más detalle los criterios que emplean Wierzbicka y Dixon para establecer clases de palabras desde una perspectiva interlingüística, así como los de otros autores que consideramos relevantes en este campo.

Wierzbicka (1996) y (2000) se basa en una serie de primitivos semánticos que resultan de las investigaciones interlingüísticas llevadas a cabo en su proyecto *Natural Semantic Metalanguage* (MNS). Estos primitivos semánticos serían significados irreducibles (o básicos) que aparecen en todas las lenguas a través de expresiones o palabras concretas:

Research on a wide range of languages suggests that semantic primes have linguistic exponents, as words or word-like elements, in all languages.

(Goddard y Wierzbicka, 2007, pág. 108)

Los primitivos semánticos lo serían de la expresión de eventos, de la expresión de descriptores, de evaluadores, de relaciones espaciales, de distancias... (Wierzbicka, 1996, págs. 35-110); es decir, de cuestiones semánticas abstractas, relacionadas a veces con funciones discursivas. Al mismo tiempo, estos conceptos semánticos básicos nos ayudarían también a establecer una serie de representantes prototípicos de las distintas clases de palabras interlingüísticamente: podríamos establecer unos prototipos de nombre, verbo o adjetivo, por ejemplo, cuyo significado se concretaría en cada lengua a través de diferentes formas léxicas.

How can we, then, match any word classes across languages? In my view, this can only be done on the basis of empirically established linguistic universals, that is, concepts which can be found in an identifiable form in all languages, and which can also be accepted as intuitively intelligible (non-technical) conceptual primitives.

(Wierzbicka, 2000, pág. 287)

Wierzbicka (2000, págs. 291, 294 y 297) sugiere los siguientes exponentes del inglés como representantes de los primitivos semánticos universales prototípicos de las tres clases principales de palabras²⁰:

Nombres: PEOPLE, THINGS

Verbos: DO, HAPPEN (verbal prototypes) and SEE, HEAR, SAY, MOVE (other lexical universals).

Adjetivos: BIG and SMALL²¹, secondarily GOOD and BAD.

Dixon (2004, págs. 1 y 2) considera que las distintas clases de palabras se pueden relacionar interlingüísticamente porque existen bases conceptuales prototípicas que les son comunes y, además, porque cada clase de palabra (adjetivo, nombre, verbo...) desempeña también funciones gramaticales prototípicas comunes a todas las lenguas.

Three Word classes are, I maintain, implicit in the structure of each human language: nouns, verbs, and adjectives. Each has (a) a prototypical conceptual basis; and (b) prototypical grammatical functions²².

(Dixon, 2004, pág. 1)

La tipología lingüística de Croft es, en cambio, una combinación de factores pragmáticos y semánticos universales. Según Croft (1991), son tres las funciones comunicativas básicas: la *predicación*, la *referencia* y la *modificación*. La *predicación* se define de este modo: “[...] what the speakers intends to say about what he is talking about (the referent)”, (Croft, 1991, pág. 52). La función de la *referencia* “is to get the hearer to identify an entity as what the speaker is talking about”, (Croft, 1991, pág. 52). Se considera que *modificación* es “an accessory function to reference and predication”, (Croft, 1991, pág. 52), ya que actúa como ayuda para la identificación cuando modifica de manera especificativa a un núcleo o como un instrumento que añade un comentario extra cuando la modificación no es especificativa.

²⁰ Es importante señalar que algunos de los exponentes del inglés de esta lista tienen significados que no son compartidos con otras lenguas y que, al ser usados como exponentes del *Natural Semantic Metalanguage*, solo deben considerarse sus significados universales.

²¹ Los adjetivos dimensionales aparecen, por lo tanto, como primitivos semánticos universales.

²² Respecto a los adjetivos, Dixon (2004, pág. 44) apuntan que hay una serie de universales semánticos relacionados con estos (DIMENSIÓN, EDAD, VALOR y COLOR), y que en lo sintáctico funcionan típicamente como (1) predicados intransitivos o como cópulas o (2) como modificadores del nombre en el ámbito del sintagma nominal.

Estas funciones comunicativas (o pragmáticas) se asocian con las clases ontológicas *objeto*, *propiedad* y *acción*. Algunas de estas asociaciones (entre los elementos de un grupo y los de otro) se pueden considerar *naturales* y, desde un punto de vista lingüístico, se presentan como combinaciones no marcadas. Cuando una palabra sirve para establecer una referencia —para señalar qué es aquello a lo que estamos aludiendo— y, además, aquello de lo que estamos hablando es un objeto, nos encontramos ante un nombre prototípico. Cuando una palabra se utiliza para modificar aquello de lo que estamos hablando y esa modificación se hace mediante la atribución de una propiedad, nos hallamos ante un adjetivo prototípico. Por último, estaremos ante un verbo prototípico cuando una palabra predique algo de aquello de lo que estamos hablando y ese algo de lo que estemos hablando desarrolle algún tipo de acción:

In the case of parts of speech, I argue that there are unmarked combinations of pragmatic function and lexical semantic class (Croft, 1984, 1986, 1991):

- noun: reference to an object
- adjective: modification by a property
- verb: predication of an action

Any other combination of pragmatic function and semantic class is marked.

(Croft, 2000, pág. 67)

Las combinaciones que hemos considerado son aquellas a las que hemos llamado *naturales* (*unmarked*), pero como muestra la siguiente tabla (Croft, 1991, pág. 67), pueden darse todas estas combinaciones entre las funciones pragmáticas y los elementos ontológicos:

	REFERENCE	MODIFICATION	PREDICATION
OBJECTS	Object reference: UNMARKED NOUNS	Object modifier: genitive, adjectivalizations, PP's on nouns	Object predication: predicate nominal copulas
PROPERTIES	Property reference: deadjetival nouns	Property modifier: UNMARKED ADJECTIVES	Property predication: predicative adjectives, copulas
ACTIONS	Action reference: action nominals, complements, infinitives, gerunds...	Action modifier: Participles, relative clauses	Action predication: UNMARKED VERBS

Tabla 1. Funciones pragmáticas y elementos ontológicos, según Croft (1991).

Cuando Croft (1991) alude a palabras marcadas o no marcadas, lo hace tomando como referencia los afijos morfológicos y la combinación con otras clases de palabras (como las preposiciones) que funcionan como marcas. Estas marcas son, según se aprecia en la tabla, más frecuentes cuando en una palabra no se asocia una función pragmática con el tipo de entidad ontológica que le correspondería²³.

Así, por ejemplo, si una palabra realiza la función de *referir*, pero aquello a lo que refiere no es un objeto sino una acción o una propiedad, esa palabra no será un nombre prototípico y, en ese caso, nos encontraremos ante una palabra marcada. Podemos comprobar que en español, por poner un caso, hay nombres que hacen referencia a acciones (*concepción, realización, división, descubrimiento...*) y a propiedades (*debilidad, blancura, brillantez*) y que son, por lo general, nombres que incorporan una marca morfológica en forma de sufijo: sufijos de acción (*-ción, -sión o -miento*) y sufijos de cualidad (*-idad, -ura, -ez*). Los nombres que hacen referencia a objetos —los nombres prototípicos, conforme a Croft— raramente llevan una marca morfológica derivativa. Paralelamente, cuando lo que se hace con las acciones es predicarlas de algo (y no hacer referencia a ellas, como en el caso anterior sucedía con *concepción, realización, división o descubrimiento*), esta operación se lleva a cabo a través de una palabra menos marcada: un verbo prototípico. El verbo *descubrir* en *Colón descubrió América* sería menos marcado que el sustantivo *descubrimiento*. Del mismo modo, si se emplea una propiedad para su labor ‘natural’ (la modificación de objetos), la palabra empleada será un adjetivo prototípico: el adjetivo *blanco* en *El caballo blanco* es menos marcado que el sustantivo *blancura*. En este caso, se trata de una palabra que combina la acción pragmática de referir (*la blancura*) con la clase ontológica propiedad (‘cualidad de blanco’), y esa combinación, al ser menos natural, precisa de una marca: el sufijo *-ura*.

Walter Bisang (2011, pág. 289) advierte que, en inglés, efectivamente, los lexemas que denotan objetos (como *house*) tienden a manifestarse en términos relativamente menos marcados que cuando aparecen como modificadores (*of the house*, por ejemplo) o como predicados (cópula: *is a house*). Lo mismo podría decirse, evidentemente, de las *property modifier constructions* y de las *action-predication constructions*. Al no necesitar

²³ Esta idea es similar a la que presenta Hengeveld (1992, págs. 58 y 59) en un estudio que el propio Croft tiene en cuenta —“the most detailed and systematic exploration of a ‘lumping’ approach to the typology of parts-of-speech systems” (Croft, 2000, pág. 68)— y al que aludiremos más adelante.

estos lexemas en su uso prototípico ningún tipo de ‘añadido’, se estima que ese uso prototípico es menos marcado.

Para Bhat (1994), esta correlación entre las clases de palabras y las funciones discursivas es solo aplicable a lenguas en que la distinción de estas clases sea clara, ya que él considera que hay lenguas donde las categorías se neutralizan y hacen que la situación sea “rather more complex”, (Bhat, 1994, pág. 20):

[...] adjectives, in the case of languages in which they form a distinct category, show characteristics of other categories like nouns and verbs mainly in contexts in which they have to carry out the functions of those other categories. [...] lexical items belonging to other word classes like nouns, verbs and adverbs show a similar tendency of losing their own categorical characteristics (decategorization) and manifesting characteristics of other categories (recategorization) when used in functions which are not their own.

(Bhat, 1994, pág. 119)

Por todo ello, a propósito de las afirmaciones de Croft (1991), el lingüista indio afirma que “we can only regard correlation of the above type to be applicable to languages in which the relevant word classes are kept distinct”, (Bhat, 1994, pág. 20).

Hopper y Thomson (1984, pág. 703) creen que el nombre y el verbo son lexicalizaciones universales de las funciones discursivas prototípicas “of ‘discourse manipulable participant’ and ‘reported event’, respectively”. Estas lexicalizaciones no solo están asociadas a unas funciones discursivas, también, en lo ontológico, presentan unas entidades típicamente asociadas: “the major classes N and V have semantic correlates corresponding very approximately to perceived entities in the real world”, (Hopper and Thomson, 1984, pág. 705).

De manera similar a como Cruse (2004) recurre al concepto de MARCA para asociar la ausencia de estas marcas (morfosintácticas) en una palabra con su prototipicidad discursiva, Hopper y Thompson (1984) señalan que cada categoría cuenta con unos morfemas que le son típicos, y que, cuanto más cercana esté una palabra a su función discursiva prototípica, más tendencia mostrará a presentar esos morfemas propios de la clase:

[...] the closer a form is to signaling this prime function, the more the language tends to recognize its function through morphemes typical of the category – e.g. deictic markers for N, tense markers for V.

(Hopper y Thomson, 1984, pág. 703)

Aunque Hopper y Thompson (1984) dejan al adjetivo algo al margen de esta teoría general, sí señalan que, en contraste con el verbo —aunque tanto el adjetivo como el verbo predicen algo de un nombre (que este realiza una acción o que este tiene alguna propiedad)—, los adjetivos están más asociados a lo estable o esencial (y los verbos a lo temporal o transitorio).

Further, Dixon 1977 has shown that, cross-linguistically, the properties most likely to be lexicalized as adjectives are the most durable and least event-like ones, e.g. size, width, length, color, gender etc.; and that less durable properties are more likely to be lexicalized as Vs.

(Hopper y Thomson, 1984, pág. 703)

Cuanto más estativo e inherente sea un adjetivo, más facilidad tendrá para dejar de ‘predicar’ y mostrarse como un adjetivo atributivo que forme parte del sintagma nominal, tal y como señalan Hopper y Thomson (1984, pág. 728): “The more stative the inherent meaning of the lexical item, the more easily it can abandon its predicate role, and be incorporated into an NP as an attribute”.

Givón (1984, pág. 55) y (2001, pág. 50), precisamente, considera que lo que diferencia unas categorías de otras son las propiedades temporales de las ‘cosas’ a las que hacen referencia: los verbos hacen referencia a eventos, que son dinámicos, y, temporalmente, representan estados de cosas de extensión muy limitada en el tiempo. Los adjetivos denotan estados o propiedades, que son estados de cosas de duración media. Los nombres, por último, denotan cosas, que son realidades de gran permanencia temporal.

[...] the so called Time Stability Hypothesis claims that (classes of) semantic predicates, as well as their prototypically corresponding lexical classes, can be ordered as to whether they denote states that are, to a greater or lesser degree, “permanent” or “stable over time”. According to Givón (1984: 55), the major predicate classes of verbs, adjectives and nouns form a time-stability scale, in that verbs tend to denote states that can be subject to (often rapid) change, nouns tend to denote the most permanent or time-stable states, while adjectives denote states that are somewhere intermediate between these extremes.

(Keffer and Van der Auwera, 1992, pág. 194)

1.1.3. El adjetivo como clase de palabra: caracterización (morfosintáctica)

Comparado con el nombre y el verbo, el adjetivo ha recibido mucha menos atención en la literatura lingüística²⁴ y ya en la gramática de Dionisio de Tracia a la que hacíamos referencia al inicio de este capítulo, la clase del nombre contenía también al adjetivo, es decir, no era considerado de manera independiente, debido a que tanto el nombre como el adjetivo presentaban el mismo tipo de flexión²⁵.

Baker (2003), siguiendo de cerca a Robins (1989)²⁶ en este aspecto, recuerda que el empleo de las marcas flexivas como criterio determinante a la hora de categorizar las clases de palabras ha sido una tendencia “that goes all the way back to Dionysius’s Tékhne, and has been influential throughout the history of linguistics in the West”, (Baker, 2003, pág. 4).

No fue hasta la época de los gramáticos medievales como Peter Helias o Thomas de Erfurt cuando se empezó a establecer una diferenciación entre nombres sustantivos y nombres adjetivos:

Both the ancient grammar of Sanskrit by Panini and the early grammars of Greek and Latin — which began the western tradition — failed to make any distinction between noun and adjective. It was only about 1300 CE, in the scholastic grammar of Thomas de Erfurt, that the criterion of gender was invoked — each noun has one inherent gender, whereas as adjective has no gender in itself but may show any of the genders, by agreement with the noun it relates to. On the basis of the European languages they knew, it became the accepted

²⁴ En los últimos años esta tendencia parece estar cambiando: “In the past decade, the amount of work published on adjectives has increased, as debate as to the universal nature of the adjective class has become more widespread following major publications by Baker (2003a) and Dixon and Aikhenvald (2005). Studies in this area include works by Beck (2002), Teodorescu (2006), Trusswell (2009), Cinque (2010), and Hansen (2011)”, en Flanagan (2014, pág. 18).

²⁵ Esta identificación aparece también en las gramáticas de la India: “Indian grammarians like Pāṇini and Patañjali [...] found it unnecessary (or rather impossible [...]) to differentiate between modifiers (viséṣaṇas) and the modified (viséṣyas) in the noun phrase of the language they were describing, namely Sanskrit”, (Bhat, 1994, pág. 245). Por otra parte, como es bien sabido y ya hemos señalado, la tradición gramatical latina influyó decisivamente en el diseño de las gramáticas romances. Así, por ejemplo, en la *Gramática* de Fernández Ramírez (1986), elaborada a mediados del siglo XX, dentro del apartado dedicado al nombre se aborda el estudio del adjetivo y se pone de manifiesto esa relación con la gramática latina y el recurso al criterio morfológico como factor decisivo que explica esta agrupación: “Lo mismo que en latín, no existen en general diferencias en las variaciones formales de género y número entre sustantivos y adjetivos”, (Fernández Ramírez, 1986, págs. 13-14).

²⁶ Esta es la edición de *A Short History of Linguistics* (Robins) que sigue Baker. Nosotros seguimos la cuarta edición de la obra (1997), así como la traducción de esta edición realizada por María Condor y publicada en Cátedra (2000). (La primera edición del original de Robins es de 1967).

doctrine among linguists that adjectives are a class with similar morphology to nouns, differing from nouns in terms of gender possibilities.

(Dixon, 2010, pág. 68)

A pesar de la escasa atención que el adjetivo como clase de palabra ha merecido (a diferencia del interés que han acaparado el sustantivo y el verbo), es, curiosamente, la propia tradición grecolatina la que muestra, a través del término que se corresponde con nuestro actual *adjetivo*, su especialización sintáctica respecto al nombre:

La tradición gramatical grecolatina fundaba la definición de las clases de palabras en categorías semánticas de base ontológica. Conforme a este criterio, los sustantivos denotaban ‘sustancias’, mientras que los adjetivos aportaban los ‘accidentes’ que precisaban o modificaban esas sustancias. Esta caracterización se traducía gramaticalmente en la capacidad del sustantivo de “subsistir” sin el adjetivo, así como en el carácter independiente de este último. Esta relación se refleja en la etimología misma del término. En efecto *adīectivum* (derivado verbal del latín *adiicēre* ‘añadir, poner al lado’) significaba en latín ‘adjunto, vecino, arrimado’

(Real Academia Española [NGLE], 2009, pág. 906)

En lo semántico, efectivamente, “traditional definitions of adjectives [...] usually involve some reference to ‘description’, ‘properties’ or ‘qualities’”, (Flanagan, 2014, pág. 18). No obstante, de nuevo, este tipo de caracterización debe ser tomado con precaución y ha de supeditarse a las restricciones morfosintácticas, ya que, como señala Trask (1995, pág. 6), “the meaning of an adjective is most often a quality, but there are lots of exceptions [...] it is very difficult to guess what word class a particular word belongs to merely by looking at its meaning”²⁷.

Pues bien, la búsqueda de aspectos morfosintácticos que, combinados ‘posteriormente’ con lo semántico, puedan caracterizar adecuadamente al adjetivo en lo interlingüístico ha sido una constante a la hora de abordar muchos aspectos de la gramática. Como se evidencia en la última cita de la Real Academia [NGLE] (2009) aportada, frecuentemente se ha considerado que la característica definitoria de la clase

²⁷ Dentro de la tipología lingüística actual, el adjetivo, en lo semántico, puede decirse que se presenta, a grandes rasgos, como una clase algo más ‘conflictiva’ que las del nombre y el verbo. Se trata de una categoría híbrida que, como recogíamos de Croft (1991, pág. 52), ocupa espacios intermedios entre la referencia y la predicación: podría decirse que presenta rasgos del sustantivo (referencia) y, al mismo tiempo, se asemeja al verbo (predicación). Esta naturaleza híbrida del adjetivo a la hora de caracterizar el adjetivo frente al verbo y al sustantivo se pone en evidencia en Baker (2003), que define el adjetivo como una palabra en que conviven los rasgos verbales (+Verbo) y los rasgos del sustantivo (+Nombre).

que posteriormente ha acabado por denominarse *adjetivo* en todas las lenguas es su capacidad sintáctica para unirse (o *adjuntarse*) a un sustantivo (funcionando como modificador de este en construcciones atributivas²⁸).

Así, por ejemplo, Baker (2003) señala que “the most obvious distinctive characteristic of adjectives is that they modify nouns directly, in the so-called attributive construction” sin que el nombre y el verbo puedan hacerlo. Esta circunstancia permite defender que esa característica (la adjunción al sustantivo) sea “indeed the most common way for descriptive grammar to recognize a distinct class of adjectives”, (Baker, 2003, pág. 192). Hengeveld (1992), en la misma línea, afirmaba que el uso atributivo es “the criterion that most reliably distinguishes adjectives from other word classes”, (Hengeveld, 1992, pág. 59)²⁹.

Esa ‘dependencia’ que parece presentar el adjetivo respecto al nombre no pasó tampoco inadvertida para los gramáticos medievales³⁰. La concepción del adjetivo como modificador directo aúna cuestiones sintácticas y cuestiones semánticas. Al referirnos a lo semántico, se presta atención al papel modificador del adjetivo. Si nos centramos en la sintaxis, en cambio, como ya hemos visto, se incide en el hecho de que esta modificación

²⁸ En el ámbito anglosajón se denomina *attributive position* a la posición del adjetivo cuando este es un modificador directo, es decir, cuando aparece ‘pegado’ al nombre (*big fish*); y *predicative position*, a la aparición del adjetivo como cópula (*the fish is big*). Nosotros, tal y como hacen también otros lingüistas del ámbito hispano, mantendremos esta terminología y diremos que los adjetivos están en *posición atributiva* (adjuntos) cuando aparezcan como modificadores (*pez grande*, *gran pez*) y en *posición predicativa* (disjuntos) cuando aparezcan ‘tras la mediación’ de un verbo (*El pez es grande*). En otras ocasiones, tal vez de forma inapropiada, hablaremos, directamente, de *adjetivos predicativos* y *adjetivos atributivos*, aunque, realmente, estemos refiriéndonos a su comportamiento sintáctico-funcional (función sintáctica: atributo, complemento predicativo, adyacente...), y no a una característica intrínseca de los propios adjetivos. Al adjetivo en posición atributiva se le denomina también *atributo*, *adjunto*, *modificador directo* y *adyacente del sustantivo*. En posición predicativa, recibe el nombre de *adjetivo conexo*, *cópula* o *atributo*. Nótese, en suma, que con la voz *atributo* unos autores se referirán a una cosa (*El pez grande*) y otros, en cambio, a otra bien diferente (*El pez es grande*).

²⁹ También en Bhat (2000), por ejemplo, encontramos un tratamiento similar: “by assuming that languages in which adjectives form a distinct word class make use of modification as a strategy in the structuring of noun phrases, we are able to regard (modification of a noun) as the categorical function of adjectives”, Bhat (2000, pág. 52).

³⁰ “The distinction between noun and adjective assumed [between the *modistae*] a position of greater importance. [...] Peter Helias referred to a primary division of the *nōmen* into *nōmen substantivum* and *nōmen adiectivum*, and Thomas of Erfurt, in describing the *nōmen* distinguished *nōmen substantivum* from *nōmen adiectivum* by their *modi essentiālēs* of syntactic independence (*per se stantis*) and of construction with a noun (*adiacentis*)”, (Robins, 1997, pág. 99).

se produce cuando el adjetivo ocupa una posición contigua al nombre (ya sea antepuesto al sustantivo o pospuesto, dependiendo del idioma).

No todos los autores, sin embargo, consideran que la capacidad de modificar directamente a un nombre sea la característica identificativa de la clase que tradicionalmente llamamos *adjetivo*. Baker (2003), por ejemplo, considera “that it is wrong to make the ability to modify nouns the defining characteristic property of the category adjective”, en (Baker, 2003, pág. 94). Sin ir más lejos, en inglés, como ya señalaron Bolinger (1967) y Siegel (1980), hay adjetivos que no pueden ser usados como modificadores (esto es, atributos) y otros solo pueden serlo sufriendo ciertos cambios de significado. Veremos a continuación algunos casos en los que se advierte la manifestación de este fenómeno:

- a *The dog is asleep*
 **The asleep dog.*
- b *Mary is ready.*
 #*The ready woman.*
- c *John is responsible* (e.g. for losing the report).
 ≠*The responsible man.*

Such purely predicative adjectives are not uncommon across languages. The Athapaskan language slave is an extreme case, in which all adjectives are restricted to predicate position, as complement to the copular verb; adjectives are never used as attributive modifiers in direct construction with a noun (Rice 1989: ch. 21).

[...]

This suggests that it is wrong to build a theory of adjectives around the property of noun modification.

(Baker, 2003, págs. 94-95)

Por lo tanto, como hemos visto, ni siquiera en inglés, lengua de la que parten la mayor parte de los estudios en este campo, puede sostenerse que la característica de comportarse como modificador directo del nombre se aplique a todas esas palabras que habitualmente llamamos *adjetivos*. Esta circunstancia lleva a Siegel (1980) a la conclusión de que el inglés no cuenta con una categoría unitaria de adjetivos, sino con dos categorías distintas (aunque los miembros de una y otra a veces coincidan).

Vemos de nuevo, en otros ejemplos de Baker (2003, pág. 206), que algunas combinaciones son gramaticales, otras claramente agramaticales y otras, cuando menos, problemáticas:

The main idea escaped Chris.

**This idea is main.*

The woman is ready now

*?*The ready woman waited impatiently for her husband.*

En otros casos esta alternancia es gramaticalmente posible, pero lleva consigo un cambio de significado. Así, decir de alguien *That person is responsible* (e. g. *for the fiasco*) no nos permitiría referirnos a ese ‘alguien’ como *the responsible person*, en (Baker, 2003, pág. 206)³¹.

Además, Siegel (1980, pág. 13) muestra cómo, aunque en inglés esa característica pudiera ser considerada marginal³², en otras lenguas sí nos encontramos con el hecho de que algunas palabras que incluimos con frecuencia en la nómina de los *adjetivos* no pueden ser empleadas como modificadores directos del nombre. No tendría sentido, por tanto, siempre que considerásemos correctas dichas nóminas, considerar que en la capacidad de actuar como modificador directo reside la ‘esencia adjetival’. Para superar esta contradicción habría que, o bien adscribir la esencia de los adjetivos a otra función sintáctica que estos pudieran desempeñar en cualquier lengua, o bien dejar de considerar adjetivos muchas de las palabras que actualmente se considera que sí lo son.

Siegel’s point can be extended to other typological facts. Some languages use adjectives only in attributive environments. [...]

Other languages use adjectives predicatively but not attributively. [Slave] [Ika].

(Baker, 2003, pág. 206)

Según Siegel (1980), por lo tanto, desde una perspectiva (morfo)sintáctica estricta, habría que dividir lo que tradicionalmente hemos llamado *adjetivo* en el idioma inglés³³

³¹ Huddleston y Pullum (2002, pág. 428) reconocen otros ejemplos del inglés en que se da esta circunstancia: la diferencia existente entre *My old school* y *The school is very old* o entre *My old friend* y *My friend is old*. Veremos casos muy similares a estos cuando nos detengamos en el análisis de los adjetivos del español.

³² Matthews (2014, págs. 2 y 3) trata el tema de si en inglés estos casos son excepcionales o algo frecuente, recogiendo las opiniones al respecto recogidas por otros investigadores.

³³ Algunos autores, como Quirk (Quirk *et al.*, 1985, págs. 403 y 404) hablan de adjetivos del inglés que son elementos centrales de la categoría (como *tall*) y de otros que se pueden considerar periféricos (*affraid* y *utter*, por ejemplo).

(y en otras lenguas similares)³⁴ en dos categorías: la de los adjetivos atributivos y la de los adjetivos predicativos. Esta distinción se basaría en que en este idioma, “adjectives do not form a unified syntactic-semantic category”, (Siegel, 1980, pág. VI). Los adjetivos atributivos se combinarían con los nombres para formar nuevos sintagmas nominales complejos, mientras que los predicativos serían similares a los verbos intransitivos: predicarían algo sobre una entidad, el sujeto, y ese ‘algo’ podría ser considerado verdadero o falso.

English and similar languages can thus give the impression that there is a unified class of adjective, but this is an illusion, according to Siegel.

(Baker, 2003, pág. 207)

The theory of adjectives that I have presented includes two basic syntactic-semantic categories for adjectives. One [...] for adjectives that actually modify the extensions of noun phrases, in closely allied in intransitive verbs. The other [...] for adjectives that modify the intensions of common nouns, can only be called adjectival.

(Siegel, 1980, pág. 150)

En cierto sentido, esta es la postura que defiende, por ejemplo, López García (1998, pág. 172) —dentro del ámbito específico del español y al hacer referencia a los adjetivos atributivos (o adjuntos)— cuando advierte que, a pesar de que muchos adjetivos pueden aparecer antepuestos y pospuestos, en ocasiones, el hecho de que ocupen una u otra posición supone “diferencias de significado tan marcadas que tal vez haya que hablar de términos léxicos homófonos diferentes (*un hombre pobre / un pobre hombre*)”.

Baker (2003), sin embargo, no se muestra partidario de actitudes ‘separatistas’ como la de Siegel (1980).

While it is true that not every adjective can be used both predicatively and attributively, I believe that the English situation is the rule and Siegel’s cases are the exception, not vice versa. There are several reasons for this. First, the large majority of adjectives can be used both predicatively and attributively in a majority of languages.

(Baker, 2003, págs. 206 y 207)

Aunque no podamos considerar esta capacidad para ser un término adjunto de un nombre una característica suficiente para ‘independizar’ al adjetivo de otras clases de

³⁴ Siegel (1980) especifica que no considera que necesariamente todas las lenguas deban tener ambas clases de adjetivos: “I do not claim that all languages must have both [classes]”, (Siegel, 1980, pág. 151).

palabras, sí podemos sostener, como hace Dixon (2004, pág. 44), que es (junto a la de aparecer como cópula) una de sus dos funciones gramaticales prototípicas: como predicado intransitivo o como modificador del nombre, en sintagmas nominales complejos.

Otro de los criterios morfosintácticos a los que se ha recurrido para caracterizar al adjetivo se basa en su comportamiento ante la categoría gramatical del grado: el adjetivo puede ser graduable y puede, por lo tanto, ir acompañado de elementos *graduadores* (como *muy*, *un poco*, *bastante*...).

Just as some researchers take modification to be the defining property of adjectives, others take “gradability” to be the defining property. [...] If all and only adjectives were semantically gradable in this sense, then it would follow that only adjectives can combine meaningfully with degree words.

(Baker, 2003, pág. 213)

Las palabras que expresan grado especifican (de forma más o menos precisa) el punto hasta el que el sujeto presenta la cualidad expresada por el adjetivo. La *gradación* sería, por lo tanto, un criterio gramatical que permitiría en cada lengua separar una serie de palabras del resto³⁵.

A pesar de que pudiera parecer un criterio semántico, el hecho de que una determinada clase de palabra sea la única capacitada para aparecer junto a otras que cumplen la función de expresar grado hace que esta propiedad pueda considerarse, en realidad, un criterio morfosintáctico.

Gradability is often taken to be a prototypical property of adjectives (see e.g. Jackendoff 1977): degree expressions of the type of *too* or *very* combine with adjectives but not with other categories.

(Cabredo Hofherr, 2010, pág. 4)

Otras capacidad morfosintáctica del adjetivo (que es, en gran medida, consecuencia de su *gradación*) que también ha sido interpretada como rasgo definitorio de la clase es

³⁵ Considerar la graduabilidad como criterio suficiente para caracterizar la clase del adjetivo es “a fairly common view in the formal semantics literature (see, for example, Larson and Segal [1995]); it also plays a role in characterizing the difference between adjectives and other categories in some functionalist discussions, including Croft (1991) and Bhat (1994)”, en (Baker, 2003, pág. 213).

la de aparecer integrado en construcciones comparativas o la de ser susceptible de admitir afijos morfológicos que indiquen esta noción (de manera relativa o absoluta)³⁶. Esta propiedad (la capacidad de expresar la comparación, y también la superlación), en algunos sistemas lingüísticos, está reservada exclusivamente al adjetivo, como pone de manifiesto Cabredo Hofherr (2010, pág. 4).

Estos dos últimos criterios tampoco parecen aceptarse, por lo general, como rasgos determinantes a la hora de establecer interlingüísticamente una clase de palabra diferenciada. Así lo manifiesta Cabredo Hofherr (2010, pág. 6) cuando alude específicamente a las propiedades universales del adjetivo: “gradability [...] and superlative and comparative morphology cannot be taken to characterize adjectives as a class crosslinguistically”.

Si nos detenemos en el fenómeno de la gradación, por un lado, esta propiedad no parece ser una característica exclusiva del adjetivo, ya que hay otras clases de palabras que aceptan la variación de grado. Se trataría de una característica intercategorial, ya que un adverbio como *cerca* podría admitir la gradación (y la comparación): *cerca, bastante cerca, más cerca*; y un verbo de estado como *sufrir* también podría aceptar estas variaciones: *sufrir, sufrir mucho o sufrir más que nadie*. Por otro lado, tampoco todos los adjetivos aceptan la gradación³⁷. Así, por ejemplo, podemos aplicar al sustantivo *revista* el adjetivo *interesante* y señalar que esa *revista es interesante, bastante interesante o más interesante que otras*; sin embargo, aunque podamos aplicar el adjetivo *mensual* a ese mismo referente nominal (*una revista mensual*), no parece aceptable decir que estemos ante **una revista muy mensual*, ni ante **una revista más mensual que otras*. En este sentido, Baker (2003) examina con detalle la posibilidad de que la gradación sea un criterio suficiente para caracterizar al adjetivo y señala lo siguiente tomando como ejemplo el inglés:

First, gradability does not extend to the class of adjectives as a whole. Some adjectives express absolute, ungradable properties, and thus cannot appear with degree heads:

(39)

³⁶ Bierwisch (1989, pág. 2) señala como una de las características de los adjetivos dimensionales que, sintácticamente, estos “are characterized by the fact that they systematically combine with a Degree Phrase, though which they participate in the full range of Measurement and Comparative constructions”.

³⁷ “La mayor parte de los adjetivos no graduables suelen establecer relaciones entre dominios o ámbitos referenciales, y por eso se llaman ADJETIVOS DE RELACIÓN o ADJETIVOS RELACIONALES”, en (Bosque y Gutiérrez-Rexach, 2009, pág. 530).

- a) **Seven is as prime as two is*
- b) *#Mary is too pregnant to go on the trip*
- c) **How three-legged is that stool?*

Nevertheless, prime, pregnant and three-legged are still clearly adjectives. Second, there is reason to think that some nouns and verbs are gradable, corresponding to properties that can hold to different degrees. There are different levels of being a genius, for example, just as there are different levels of being smart, and one can hunger to different degrees, just as one can be hungry to different degrees. The degree parameter can even be expressed linguistically for nouns and verbs, although not with one of the degree heads:

(40)

- a) *Chris likes scuba-diving a lot*
Chris likes scuba-diving as much as Pat does.
- b) *Chris is a great genius.*
Chris is as much (of) a genius as Einstein was.
- c) *Chris is extremely smart.*
Chris is smart as much as he is kind

(Baker, 2003, pág. 213)

Lo expresado por Baker (2003) nos puede llevar a coincidir, respecto al concepto lingüístico de gradación, con lo que sostiene Cabredo Hofherr (2010, pág. 4)³⁸: “*Gradability* [...] seems to be a more general property of a subclass of predicates that are associated with a scale, be they nouns, verbs or adjectives”. Dicho de otro modo: ni todos los adjetivos admiten el grado ni todo lo que es graduable ha de ser necesariamente un adjetivo.

Respecto a la capacidad del adjetivo para aparecer en estructuras comparativas o superlativas, encontramos el mismo rechazo a la hora de considerar que esta sea, desde el punto de vista interlingüístico, la capacidad definitoria de la clase denominada adjetivo. Tal y como sucedía con las expresiones de grado, tampoco las construcciones comparativas (o superlativas) se reducen al ámbito propio del adjetivo, (Cabredo Hofherr, 2010, pág. 5). Asimismo, y de manera complementaria a lo indicado, conforme a las investigaciones de Dixon (2010, pág. 71), podría mantenerse (con las prevenciones oportunas) la universalidad del adjetivo, si bien no todas las lenguas incorporan en su gramática construcciones comparativas.

Sin muchas dificultades, podemos inferir una doble conclusión con respecto al alcance de la comparación como criterio gramatical, dejando provisionalmente aparte la

³⁸ En el apartado 2.2. (*Graduabilidad y polaridad. El concepto de escala*) profundizaremos en el concepto de GRADUABILIDAD, y lo pondremos en relación con la noción de ESCALA.

apreciación de Dixon (2010) referida a la universalidad del adjetivo y la no universalidad de la comparación. En primer lugar, no todos los adjetivos pueden estar integrados en estructuras comparativas (*¿Este animal es más cuadrúpedo que ese o ¿Esta revista es muy mensual*); en segundo lugar, no solo los adjetivos pueden formar parte de estas estructuras:

In some languages (for example, Russian and Papantla Totonac [...]) only an adjective can occur as the parameter of a comparison in a comparative construction, and this serves to distinguish adjectives from nouns. However, in other languages nouns and adjectives share this property and it is thus not a relevant criterion; this applies for Portuguese, for Sanscrit (Bhat 1994: 181-2), and also for Dyirbal (Dixon: 226-8).

(Dixon, 2004, pág. 26)

En Cabredo Hofherr (2010, pág. 5) se utilizan para ilustrar estas mismas ideas unos ejemplos precisamente del español, tomados de Dixon (2004), en los que también sustantivos se encuentran inmersos en estructuras comparativas: *Muy filósofo estás, Sancho* y *En este lugar del sur me encuentro con el más escritor de nuestros cineastas o con el más cineasta de nuestros escritores, Gonzalo Suárez*.

Habíamos descartado ya la capacidad de modificar inmediatamente al nombre como un rasgo exclusivo y, por tanto, como criterio caracterizador del adjetivo, desde una perspectiva interlingüística. En esta oportunidad, como acabamos de ver, parece que también nos vemos obligados a desechar la posibilidad de que lo sea su gradación (y lo que esta lleva consigo)³⁹:

[...] gradability and its reflexes in degree expressions and superlative and comparative morphology cannot be taken to characterize adjectives as a class cross-linguistically.

(Cabredo Hofherr, 2010, pág. 6)

³⁹ Como señala Sobejano (1970, pág. 82), “con todo, desde la antigua rudimentaria gramática de Prisciliano hasta la actualidad, se ha venido destacando la importancia de la comparación como nota peculiar del adjetivo, y de hecho lo es, pero más desde el punto de vista semántico que desde el morfológico”. Resulta especialmente interesante la siguiente reflexión ontológica respecto a la presencia, al menos como concepto subyacente, de lo ‘adjetivable’ en toda comparación: “Lo esencial aquí es el hecho de que todos los seres sean comparables solo por sus cualidades y nunca sean ellos estas mismas, sino solo partícipes, en menor o mayor grado, de ellas. Siendo el adjetivo la palabra portadora de la cualidad, no como idea o sustancia abstracta (*blancura*), sino como tal cualidad o accidente concreto relacionado a un ser (*blanco*), es evidente que solo respecto del adjetivo designador de la cualidad pueden establecerse comparaciones y gradaciones, o respecto a aquellas palabras que, sin ser adjetivos, se comporten sintácticamente como tales”, (Sobejano, 1970, págs. 82 y 83).

Llegados a este punto, tal vez sea el momento adecuado para recordar que algunos autores han negado la existencia del adjetivo como clase universal, ya que se consideraba que en algunas lenguas no habría ningún criterio morfosintáctico capaz de establecer una categoría diferenciada a la que después se pudiese denominar *adjetivo*.

De hecho, Hengeveld (1992, pág. 58) cuestiona incluso que todas las lenguas cuenten con clases de palabras diferenciadas. Este autor comienza por definir cuatro partes del discurso: nombre, verbo, adjetivo y adverbio:

Definitions for four categories of predicates:

A *verbal* predicate is a predicate which, without further measures being taken, has a predicative use only.

A *nominal* predicate is a predicate which, without further measures being taken, can be used as the head of a term.

An *adjectival* predicate is a predicate which, without further measures being taken, can be used as a modifier of a nominal head.

An *adverbial* predicate is a predicate which, without further measures being taken, can be used as a modifier of a non-nominal head.

(Hengeveld, 1992, pág. 58)

Al comparar, como hace el propio Hengeveld (1992, págs. 58-59) el modificador de *the intelligent detective* con los de *the singing detective*, *the detective who is singing* y *the detective from London*, se hace explícito que los modificadores de *sing* y *London* necesitan aquello a lo que Hengeveld (1992) se refiere en la cita superior como “further measures”. Estas *further measures* son lo que Croft denomina “function-indicating morpho-syntax” (Croft, 2000, pág. 68), es decir, marcadores de la función morfosintáctica.

Atendiendo a estos indicadores de función, Hengeveld (1992, págs. 58-60) llega a la conclusión de que de algunas lenguas no puede decirse que tengan clases de palabras, pues, como recogemos también en la siguiente cita, en ellas no son necesarias “further measures” para que sea posible emplear un mismo elemento léxico desempeñando distintas funciones:

Hengeveld uses these criteria to determine what parts of speech a language has. In many instance according to him, languages lack parts of speech distinctions, that is, further measures need-not to be taken to use lexical items in certain uses.

(Croft, 2000, pág. 68)⁴⁰

No es habitual que se niegue la existencia de distintas clases de palabras en las lenguas, pero sí ha sido algo bastante frecuente que se niegue⁴¹ o, al menos, se cuestione⁴², la existencia del adjetivo como categoría universal:

It is widely believed that not all languages have a class of adjectives.

(Wierzbicka, 2000, pág. 295)

It is generally conceded that there do occur some languages in which adjectives do not form a distinct word class.

(Bhat, 2000, pág. 48)

Aunque puede sostenerse que esa ha sido la opinión dominante hasta el siglo XXI⁴³, en la actualidad sí parece haber cierto consenso a la hora de aceptar que una clase a la que se puede llamar *adjetivo* existe en todas las lenguas conocidas:

⁴⁰ El propio Croft (2000) cuestiona las conclusiones obtenidas por Hengeveld (1992) una vez presentadas y señala que en su estudio “Hengeveld is applying his own criteria inconstantly from one language to another”, (Croft, 2000, pág. 70). Además, apunta que este, en su modelo, no presta atención a las “conventional lexical semantic differences in classifying lexical items into parts of speech” ni a las “whole small syntactic categories”, (Croft, 2000, pág. 72). Este hecho, el de desatender los datos gramaticales y semánticos es —concluye Croft— “empirically unacceptable”, (Croft, 2000, pág. 72).

⁴¹ Tomemos como ejemplo el siguiente texto de Bosque (2014, pág. 38): “existen [...] lenguas sin adjetivos. ¿Cómo expresarán entonces las nociones que nosotros expresamos con ellos? Hasta donde las equivalencias son posibles, unas veces utilizan nombres (como en hausa o en quechua), otras verbos (como en chino y en algunas lenguas alcoquianas y nilóticas) y otras, perífrasis diversas que equivaldrían a nuestras oraciones de relativo o a nuestras frases prepositivas”.

⁴² Tomaremos como ejemplo a Givón (2001): “Adjectives may or may not appear in all languages as a distinct word-class”, (Givón, 2001, pág. 49).

⁴³ Así se pone de manifiesto en Cabredo Hofherr (2010, págs. 1 y 2): “In earlier research on adjectives as a word class it was claimed that some languages do not have an adjective class at all (Dixon 1977; Schachter 1985: 13-20) and that predicates typically corresponding to adjectives in other languages are either nouns or verbs in these languages”.

More recent research on adjectives as a word class, however, has defended the idea that an adjective class can be identified in all languages. The detailed studies of adjectives in Baker (2003:328-63) and Dixon (2004:14-28) have both given evidence for a lexical category distinct from noun and verbs in languages that had been analyzed as lacking an adjective class.

(Cabredo Hofherr, 2010, págs. 1 y 2)

Las investigaciones de Dixon han sido fundamentales tanto en la defensa primero de una idea, la no existencia de la categoría en algunas lenguas, como en la generalización después de la otra: la universalidad del adjetivo. Puede decirse que este autor ha sido el que, en gran medida, ha marcado el debate sobre la existencia o no de adjetivos en todas las lenguas durante las últimas décadas. En sus estudios de los años setenta y ochenta se encontraban afirmaciones como esta:

[...] not all languages have the major word class Adjective. Either they have no Adjective class at all, or else there is a small non-productive minor class that can be called Adjective.
(Dixon, 1982, pág. 3)

Ya en el siglo XXI, más de veinticinco años de investigación después, Dixon se retracta de lo dicho en obras anteriores y, tanto en 2004 como en 2010, defiende la idea de que los adjetivos son una clase presente en todas las lenguas:

In an earlier study (Dixon 1977a: 20; 1982: 2), I opined that ‘some languages have no adjective class at all’. The present chapter — building on a further quarter-century of research — puts forward the hypothesis that an adjective class can be recognized for every language [...].

(Dixon, 2004, pág. 9)

It has occasionally been suggested that some languages lack a distinction between classes of noun and verb. [...] For a greater number of languages, it has been suggested that it is impossible or inappropriate to identify and adjective class. (Indeed, I was one of those who promulgated this view, in Dixon 1977c/1982). But detailed examination (over the past thirty years) of languages for which this claim had been made suggests that, once again, when all relevant facts are taken into account an adjective class can be (and should be) recognized for every language, distinct from noun and verb classes.

(Dixon, 2010, pág. 62)

Esta tendencia a la negación de la existencia de la clase del adjetivo como clase diferenciada interlingüísticamente se debe, según Dixon, a que la clase del adjetivo no es fácilmente particularizable respecto al nombre o al verbo en algunas lenguas:

[...] just as all languages have distinguishable classes of noun and verb, so all languages have a distinguishable adjective class. However, the adjective class differs from noun and verb classes in varying ways in different languages, which can make it a more difficult class to recognize, and a more difficult class to put forward generalizations about.

(Dixon, 2004, pág. 9)

La consideración de que algunas lenguas no tenían adjetivos se basaba precisamente en el hecho de que, en muchos casos, la función que en las lenguas europeas tenían los adjetivos era desempeñada por palabras que se identificaban como nombres o verbos.

Many linguists claim that there are languages that lack adjectives or even lack the noun-verb distinction. The alleged absence of adjectives is particularly widespread: word denoting qualities are described as (stative) verbs or as nouns, depending on their morphosyntactic properties.

(Croft, 2000, pág. 67)

La búsqueda de adjetivos se llevaba a cabo partiendo de criterios propios de las lenguas europeas, y eso es lo que, según Dixon, impedía a muchos investigadores encontrar esta clase de palabras en otro tipo de contextos:

The modern discipline of linguistics has been centered on the study of European languages, and is generally undertaken by speakers of European languages. There has, as a consequence, arisen the idea that if a language has an adjective class, then it should be similar to the adjective class in European languages [...] This has undoubtedly played a role in the failure to recognize an adjective class for languages in which adjectives show a rather different profile [...].

(Dixon, 2004, pág. 13)⁴⁴

Dixon, como hemos dicho, defiende en sus últimas obras la universalidad del adjetivo, es decir, sostiene que en todas las lenguas “adjective classes can be categorized in terms of their gramatical properties”, (Dixon, 2004, pág. 14), sorteando los problemas de identificación del adjetivo con el nombre o con el verbo, que hemos mencionado anteriormente. Dixon considera que hay lenguas en las que existen lo que él llama *verb-like adjectives* y otras que cuentan con lo que él denomina *noun-like adjectives*⁴⁵, pero, a

⁴⁴ Se mantiene la misma idea en Dixon (2010, pág. 69).

⁴⁵ Dixon (2010) considera que, además, hay también lenguas en las que los adjetivos “combine some of the gramatical properties of nouns with some of those of verbs”, (Dixon 2010, pág. 63), y otras en las que los

Los *verb-like adjectives* son los adjetivos que pueden funcionar como predicados intransitivos. A pesar de que los conceptos de *transitivo* e *intransitivo* se aplican generalmente a los verbos, desde esta perspectiva podemos aplicarlos también al adjetivo, ya que este lleva consigo “some of all of the morphological processes and/or syntactic modifiers which can apply to a verb when it functions as intransitive predicate”, (Dixon, 2004, pág. 14).

Fijiano: *E balavu a tama-qu*
 [e balavu]_{intransitive predicate} [a tama-qu]_{subject}
 3sgS *tall* ARTICLE *father*-1SG. POSSESSOR
 Traducción: *My father is tall*

Para distinguir estos *verb-like adjectives* de los verbos verdaderos Dixon (2004) señala una serie de criterios:

(Dixon, 2004, pág. 15)

adjetivos “have gramatical properties different from those of nouns and from those of verbs”, (Dixon 2010, pág. 64).

clases diferentes: una que permanecerá identificada como verbal y otra que podrá considerarse adjetival.

Stassen (2008, pág. 1), en su estudio sobre los adjetivos predicativos, también divide la clase de los adjetivos en *verbal* y *nonverbal*: “[t]he basic distinction is between those languages in which predicative adjectives are encoded in a way that is parallel to predicative verbs, and those language in which the encoding of predicative adjectives and verbs is different”. Conforme al planteamiento de Stassen (2008, págs. 3 y 4), serían tres los criterios para considerar verbal un adjetivo:

1. *Criterio de concordancia*: si una lengua tiene concordancia de persona, género y/o número en los verbos predicativos y los adjetivos predicativos presentan esas mismas marcas, entonces puede decirse que en esa lengua los adjetivos son verbales, a no ser que la aplicación de los siguientes dos criterios muestren lo contrario.

2. *Criterio de cópula*: si los adjetivos predicativos requieren una marca (cópula), entonces no son del tipo verbal.

3. *Criterio de negación*: si el modo de realizar oraciones negativas es distinto en verbos y adjetivos predicativos, entonces los adjetivos en cuestión deberán ser considerados no verbales.

Los *noun-like adjectives* (que pueden, a su vez, ser o no ser también *verb-like adjectives*) son aquellos que, dentro de un sintagma nominal, asumen algunas o todas las características morfológicas del nombre al que acompañan. De nuevo, Dixon (2004) proporciona una serie de criterios que permiten separar los auténticos nombres de los adjetivos con apariencia de nombres:

There are a number of kinds of criteria for distinguishing adjectives from nouns, where these share grammatical properties: (1) the internal syntax of NPs; (2) morphological possibilities; (3) the comparative construction; and (4) adverbial use.

(Dixon, 2004, pág. 22)

Dixon (2004), como hemos visto, muestra que existen unos criterios morfosintácticos que permiten separar en dos categorías el grupo de palabras que en algunas lenguas se consideraba un grupo homogéneo identificado con la clase del nombre.

Los criterios de separación que hemos señalado se aplican a los casos específicos en los que el adjetivo puede confundirse entre las clases del nombre o del verbo. En cada

lengua concreta, como dijimos al principio de este capítulo, deben determinarse unos criterios morfosintácticos para establecer distintas clases de palabras. Partiendo de las conclusiones a las que llegan Dixon (2004) y Baker (2003), Cabredo Hofherr (2010, pág. 1 y 2) enumera una serie de criterios, que podemos considerar prototípicos, con los que aislar la clase del adjetivo también en esas lenguas que, según los lingüistas, carecían de adjetivos⁴⁶:

The criteria invoked by Baker [2003: 328-363] and Dixon [2004: 14-28] to set apart a class of adjectives include the following:

(1)

a) Adjectives allow direct modification of nouns. (Baker 2003: 252-5, Dixon 2004:19-20)

b) Adjectives differ from other predicates in the comparative construction. (Dixon 2004:11-21)

c) Adjectives do not have their own gender, they agree in gender with the modified noun (Baker 2003: 247), (Dixon 2004:23).

d) Adjectives can appear without preposition in resultative predications.

(Baker 2003: 219-30)

En este apartado hemos tratado de examinar los criterios morfosintácticos que permiten establecer en las lenguas una clase diferenciada que posteriormente podríamos identificar, a través de criterios semánticos, con la clase del adjetivo. En primer lugar, hemos presentado algunos criterios que se han venido considerando universales para caracterizar morfosintácticamente al adjetivo en todas las lenguas, pero la universalidad de estos criterios se ha visto cuestionada, como muestran los estudios de algunos autores que hemos ido citando. Esto hace que ningún rasgo se pueda considerar inequívocamente determinante para la clasificación que nos ocupa, aunque sí pueda decirse de algunos de ellos que son rasgos prototípicos de la clase adjetival.

A continuación, hemos señalado cómo la ausencia de estos criterios universalmente aplicables y la tendencia a identificar el concepto general de adjetivo con el concepto ‘europeo’ de adjetivo explican que, en algunas ocasiones, se plantee la posibilidad de que algunas lenguas no cuenten con esta clase de palabra. A través de Baker y, sobre todo, de Dixon, hemos comprobado que en la actualidad sí parecen haberse encontrado criterios

⁴⁶ “As Baker and Dixon point out, the criteria proposed need not distinguish adjectives from verbs or nouns in all languages, as independent cross-linguistic differences can interfere with the criteria”, en Cabredo Hofherr (2010, págs. 1 y 2).

con los que desligar del nombre (sustantivo) y del verbo la clase del adjetivo en lenguas en que estas categorías parecían formar grupos homogéneos.

A pesar de dificultad para encontrar criterios universales característicos de la clase, el modo concreto en que el adjetivo se separa de otras categorías en las distintas lenguas específicas nos permite sostener que, como era condición necesaria, la clase de palabras a la que llamaremos *adjetivo* puede identificarse en cada una de ellas a través de criterios morfosintácticos propios. Encontrar criterios morfosintácticos universales podría haber aportado una valiosa información al estudio de la categoría en cuestión; sin embargo, como dijimos en la primera parte de este capítulo —cf. El apartado 1.1.1. (*Clases de palabras: una cuestión morfosintáctica propia de cada lengua*)—, la separación de las palabras de una lengua en diferentes clases puede hacerse a través de las características morfosintácticas específicas de esa lengua, y el hecho de que no se puedan establecer criterios universales no ha de suponer un impedimento para la categorización del adjetivo como clase universal.

Llegados a este punto, debemos plantearnos cuáles son los criterios que permiten denominar con un mismo nombre (*adjetivo*) a esa clase de palabra que parece ser singularizable morfosintácticamente en cada lengua⁴⁷. Recordaremos una vez más que esto debe hacerse aplicando (aunque no necesariamente de forma exclusiva) criterios semánticos.

1.1.4. El adjetivo como clase de palabra: caracterización (semántica) interlingüística

Respecto a los criterios semánticos⁴⁸ que nos pueden permitir llamar *adjetivo* a distintas clases de palabras de lenguas diferentes, Dixon (en Dixon, 2004, pág. 11 y

⁴⁷ Recordemos que, aunque lo hemos hecho al referirnos a algunas lenguas y más adelante lo haremos detalladamente al centrarnos en el español, no es nuestra intención, en modo alguno, recoger los criterios empleados en todas las lenguas del mundo para aislar una clase de palabras que pueda ser identificable con el adjetivo.

⁴⁸ Podría dudarse de si el restringir (o *determinar*) y el predicar una propiedad (o *calificar*) son cuestiones de carácter semántico o solo se puede considerar verdaderamente semántico el estudio de qué es aquello que los adjetivos ‘significan’ por sí mismos. Nosotros mantendremos ambas cuestiones dentro de lo semántico, aunque aceptaremos que en unos casos pueda estarse hablando de semántica oracional y, en otros, de semántica léxica: “La semántica léxica trata sobre el significado de las palabras individuales. La semántica oracional (también llamada proposicional o relacional [o composicional]) se refiere a cómo las

Dixon, 2010, pág. 70) señala las siguientes dos características como las prototípicas de la clase:

Adjectives typically fill two roles in the grammar of a language:

In the statement that something has a certain property. There are two syntactic techniques for coding this: (a-i), the adjective functions as intransitive predicate [...]; or (a-ii), the adjective functions as a copula complement [...]

As a specification that helps focus on the referent of the head noun in a NP that relates to a predicate argument [...].

However, the ways in which an adjective may be used to modify a noun vary [...].

(Dixon, 2004, pág. 11)⁴⁹

Según Dixon, por lo tanto, las dos funciones básicas del adjetivo son (1) predicar de algo que tiene una determinada propiedad y (2) contribuir a especificar el referente de un sintagma nominal.

Kamp (1975) también recogía estas dos funciones al referirse a los adjetivos en posición atributiva:

One of the main purposes of the use of an adjective in attributive position is to contribute to the delineation of the class of objects that the complex noun-phrase of which it is part is designed to pick out — or, alternatively, to help determine the particular individual which is the intended referent of the description in which the adjective occurs.

(Kamp, 1975, pág. 153)

Es necesario advertir que, aunque las dos funciones típicas de los adjetivos sean predicar que una entidad tiene una propiedad y ayudar a fijar de qué elementos se está hablando en un contexto determinado, esto no implica que en todas las lenguas los adjetivos desempeñen ambas funciones:

palabras transmiten significados nuevos o modificados por el hecho de agruparse y de establecer dependencias entre ellas”, (Serra, 2013, pág. 266). En ningún caso, creemos, podría decirse que estas funciones (la de restringir un referente y la de ‘explicar’) sean de carácter sintáctico, pues son conceptualmente independientes de cómo se relacionen los adjetivos formalmente en las gramáticas concretas de las distintas lenguas y es de funciones significativas (semánticas) de lo que realmente estamos hablando.

⁴⁹ Esta idea se mantiene en Dixon (2010, pág. 70).

In most languages all adjectives have functions (a) and (b). In some, just a few adjectives may be confined to one of these functions. [...] There are also languages in which the entire class of adjectives only has function (b); and there may well be others where it only has function (a).

(Dixon, 2004, pág. 11)

Con estas dos funciones se apuntan los modos a través de los cuales el adjetivo puede contribuir al significado de unidades significativas superiores. Sin embargo, además de esto, cabe preguntarse si hay un significado (léxico) que pueda asociarse a la categoría adjetivo *per se*, más allá de las asociaciones con elementos ontológicos⁵⁰, con primitivos semánticos⁵¹, con funciones discursivas⁵² o con características temporales⁵³; asociaciones que presentábamos al indagar en los criterios para el establecimiento de clases de palabras desde una perspectiva interlingüística.

Como señala Bosque (2014), las investigaciones de Dixon sí parecen llevar a la idea de que hay unos significados típicamente asociados a esta categoría:

Las investigaciones de Dixon muestran que las propiedades que se asocian con adjetivos en lenguas no relacionadas históricamente coinciden con frecuencia sorprendentemente, lo que viene a significar que la noción de “concepto asociable a la categoría de adjetivo” no es en absoluto disparatado.

(Bosque, 2014, págs. 39 y 40)

En el siguiente apartado, al hablar de los adjetivos dimensionales, profundizaremos en esta idea de SIGNIFICADOS TÍPICOS vinculándola con la clase adjetival.

⁵⁰ Como ya hemos visto, se trata de la idea de que el adjetivo se relaciona, tradicionalmente, con las propiedades, cualidades o características.

⁵¹ Como hemos señalado, Wierzbicka (2000) establece una serie de prototipos semánticos con los que caracterizar la clase del adjetivo: “What are, then, the universal lexical exemplars of the word classes usually linked with the term ‘adjective’? I suggest that there are only four plausible candidates for this role: BIG and SMALL and GOOD and BAD (all well-attested lexical universals)”, en Wierzbicka (2000, pág. 297). Según Wierzbicka, los adjetivos dimensionales *grande* (BIG) y *pequeño* (SMALL) son, pues, adjetivos universales.

⁵² Recordemos que en Croft (1991) cuando una palabra se utiliza para modificar aquello de lo que estamos hablando y esa modificación se hace mediante la atribución de una propiedad, esta palabra es un adjetivo prototípico. La modificación es concebida, además, como “an accessory function to reference and predication”, (Croft, 1991, pág. 52).

⁵³ Recuérdese que Givón (1984 y 2001) y Hopper y Thomson (1984) entienden que la temporalidad ‘media’ de los adjetivos es su característica definitoria frente a la temporalidad fugaz de los verbos y la invariada permanencia de los sustantivos.

1.1.5. Los adjetivos dimensionales

La clase del adjetivo presenta la particularidad de que, como veremos con más detalle en los ejemplos aducidos, en algunas lenguas esta consta de muy pocos miembros, en comparación con las clases del nombre y el verbo.

[...] whereas noun and verb classes are almost always large and open, the adjective class shows considerable variation in size. Many languages have an open class of adjectives (although this is always considerably smaller than the noun class, and generally also much smaller than the verb class), but others have a small, closed class. The smallest classes may have just 3 or 4 members. Typically, there may be 10-20 monomorphemic adjectives. Other languages have larger classes — with several score or even several hundred members — but they are closed: that is no new lexemes, in the form of loans, may be added to them.

(Dixon, 2004, págs. 9 y 10)

Por muy pequeña que sea la clase de los adjetivos en una lengua, los llamados *adjetivos dimensionales* siempre están presentes, por lo que podemos afirmar que la existencia de adjetivos dimensionales es un universal lingüístico:

According to Dixon (1977/1982:46-59), small adjective inventories typically include adjectives of dimension (*big, small, short, wide*), age (*new, young, old*), value (*good, bad*), colour (*black, white, red*), while only bigger adjective inventories typically also contain adjectives describing physical property (*hard, soft, heavy, wet*), human propensity (*jealous, happy, kind, clever*) and speed (*fast, slow*) (see also Dixon 2004:4).

(Cabredo Hofherr, 2010, pág. 3)

De hecho, Dixon considera que una de las características definitorias de la clase del adjetivo como tal es que “includes words from some or all the prototypical adjective semantic types — DIMENSION, AGE, VALUE, and COLOUR”. (Dixon, 2010, pág. 104).

Dixon (1977/1982, pág. 7) analiza en 20 lenguas la presencia de determinados adjetivos y obtiene los siguientes datos:

<i>large</i> → presente en 20 idiomas	<i>red</i> → 8 idiomas
<i>small</i> → 19 idiomas	<i>raw, green, unripe</i> → 7 idiomas
<i>long</i> → 14 idiomas	<i>heavy, light</i> → 5 idiomas
<i>short</i> → 15 idiomas	<i>sharp</i> → 4 idiomas
<i>new</i> → 15 idiomas	<i>strong</i> → 3 idiomas
<i>old</i> → 14 idiomas	<i>thin</i> → 3 idiomas
<i>good</i> → 13 idiomas	<i>strong</i> → 3 idiomas
<i>bad</i> → 14 idiomas	<i>beautiful</i> → 2 idiomas
<i>black</i> → 13 idiomas	<i>blunt</i> → 2 idiomas
<i>white</i> → 14 idiomas	<i>wet</i> → 2 idiomas

Tabla 2. Presencia del adjetivo en 20 lenguas (Dixon 1977/1982, pág. 7).

Tal y como señala Bosque (2014, págs. 39 y 40), el cuadro pone de manifiesto que cuando la categoría del adjetivo cuenta con pocos miembros, estos se agrupan en torno a conceptos recurrentes. Así, si supiéramos de una lengua que cuenta con solo cuatro adjetivos, sería probable que estos fueran los equivalentes a los pares *grande-pequeño*, *nuevo-viejo*, *blanco-negro* o *corto-largo*: “Desde luego es seguro que no estarán entre los pares “tacaño-desprendido” o “barato-caró””, en Bosque (2014, pág. 40).

Aunque Bosque, al menos en la obra que citamos, considera que no todas las lenguas cuentan con adjetivos, la conclusión que nosotros podemos extraer de los datos mostrados es que, si se considera que en todas las lenguas hay adjetivos, debemos aceptar también necesariamente que todas las lenguas cuentan con adjetivos dimensionales:

A priori cabría esperar en lenguas en las que existieran adjetivos, pero en las que no se pudiera decir “es grande”, sino únicamente “tiene tamaño” o “abulta”. Sin embargo, parece que tales idiomas no existen, según se deduce del estudio de Dixon. Es decir, si una lengua tiene adjetivos, tendrá algunos que expresen dimensiones físicas como las mencionadas”.

(Bosque, 2014, págs. 39 y 40)

Los adjetivos dimensionales o, al menos, parte de ellos son, por lo tanto, los representantes más básicos de la categoría adjetival y todas las lenguas poseen al menos

uno de estos adjetivos⁵⁴. Inmediatamente después de esta clase, en cuanto a su frecuencia distributiva, se sitúan los adjetivos de edad, valoración y color:

There are four core semantic types which are associated with large and with small adjective classes: DIMENSION, [...], AGE, [...], VALUE, [...] and COLOUR.

(Bisang, 2011, pág. 299)

Dixon (1977/1982, págs. 3 y 4) pone el ejemplo de una lengua como el igbo, que tiene exclusivamente un par de adjetivos de cada una de las clases básicas que hemos visto: *grande-pequeño*, *nuevo-viejo*, *bueno-malo* y *negro* (u *oscuro*)-*blanco* (o *claro*). Al respecto, en Dixon (2004) se añade lo siguiente:

A slightly larger class (say, 12-20 members) is likely to include more words from the four core types (for example, ‘long’, ‘short’, ‘red’) and also some physical property items (for example, ‘raw’, ‘green’, ‘unripe’, ‘heavy’, ‘light’, ‘sharp’, ‘hot’). Only when an adjective class is much bigger (with at least a few score members) is it likely to include terms referring to human propensities (for example, ‘happy’, ‘jealous’, ‘clever’).

(Dixon, 2004, pág. 9)

Las propiedades que expresan esas otras categorías que están fuera de los cuatro *core types* pueden seguir presentes en una lengua aunque estas no se expresen a través de adjetivos:

[Following Dixon] If a language has a small adjective class, human propensity is usually found in the noun category, and physical property in the verb category.

(Hollosten, 2009, pág. 20)

El motivo por el que los dimensionales son adjetivos siempre presentes en las lenguas puede estar relacionado con la idea de TEMPORALIDAD que presentamos más arriba —cf. el apartado 1.1.2. (*Clases de palabras: la cuestión semántica y morfosintáctica desde una perspectiva interlingüística*)— a través de Givón (1984, pág. 55 y 2001, pág. 50):

⁵⁴ Bierwisch (1989, pág. 2) considera que el conjunto (limitado y casi cerrado) de los adjetivos dimensionales está formado por unos elementos que son “basic in several aspects” y que, claramente, pertenecen al “core of the lexical system of the language”.

[...] as Dixon (1982) has noted, if a language has the lexical category adjective at all, it tends to include at least the most durable physical properties of prototype nouns: size, shape, color, consistency, texture, weight, smell, taste.

(Givón, 2001, pág. 52)

Los adjetivos prototípicos surgen de la experiencia perceptiva de las entidades a las que se refieren los nombres prototípicos. Estas entidades, señala Givón (2001, pág. 51), son estables en el tiempo, complejas (“multi-featured bundles of experience”), concretas (“and made out of relatively-durable materials”), compactas en el espacio (“rather than scattered all over the perceptual space”) y contables (“against non-prototypicam *mass* nouns”).

[...] prototype adjectives are not experienced directly *qua* adjectives. They are, rather, single properties of prototype noun entities, analytically abstracted from those more complex bundles of experience.

(Givón, 2001, pág. 52)

Los adjetivos prototípicos serían, desde esta perspectiva, los de mayor ‘durabilidad’ y, dentro de estos, destacarían como máximo exponente los de tamaño o dimensión (“size”), ya que, además, hacen referencia a cualidades concretas, relativamente inherentes a las cosas y directamente perceptibles:

One may divide adjectives into the more prototypical ones that code inherent, concrete relatively stable qualities of entities; and the less prototypical that code more temporary or less concrete states.

(Givón, 2001, pág. 81)

Hasta aquí hemos examinado el carácter universal de los adjetivos dimensionales tratando de aportar una explicación a esta ‘universalidad’. Sin embargo, no hemos abordado la cuestión, fundamental, de *qué es un adjetivo dimensional*. Podemos decir, de manera tautológica, que los adjetivos dimensionales son los adjetivos que predicen una cualidad dimensional de aquello a lo que hace referencia el nombre al que acompañan. La cuestión decisiva sería entonces establecer a qué nos referimos con *dimensional*. Lo *dimensional* es lo relativo a las dimensiones, por lo tanto, de nuevo tautológicamente, cabría decir que los adjetivos dimensionales serán los adjetivos que predicen una cualidad relativa a las dimensiones de aquello a lo que hace referencia el nombre al que se aplican.

Entendemos las *dimensiones* como las distintas magnitudes de un objeto en el espacio. Dejando aparte conceptos teóricos como el de *punto* o *plano* en geometría, todos los objetos físicos de la realidad se ajustan a tres dimensiones (aunque alguna de ellas pueda tener un carácter marginal y ser por ello desatendida).

La dimensión es cada una de las magnitudes que se consideran en el espacio para determinar el tamaño de las cosas; tomadas sobre una línea para medir las cosas lineales, sobre dos líneas perpendiculares entre sí para las superficies, y sobre tres, también perpendiculares entre sí, para los cuerpos.

(Becerra Hiraldo, 2000, pág. 391)

En cuanto a los adjetivos dimensionales, el término ‘dimensión’ denota principalmente las tres dimensiones espaciales de los objetos físicos, a saber, la largura/altitud, la anchura y el volumen o profundidad.

(Mulier, 2009, pág. 12)

Los adjetivos dimensionales hacen referencia, por lo tanto, (y esta no es ya una definición tautológica), a las magnitudes de un objeto en el espacio. Un adjetivo dimensional concreto puede hacer referencia solo a una de estas magnitudes o a un conjunto de ellas al mismo tiempo.

Básicamente, hay acuerdo en considerar que estos adjetivos son usados para describir y cuantificar las dimensiones de diferentes objetos, concebida una estructura tridimensional de la dimensión espacial.

(Galeote, 1994, pág. 40)

ADJETIVOS DE DIMENSIÓN. Con el término ‘dimensión’ (o tamaño) se designa ante todo las tres dimensiones espaciales de los objetos físicos (largo/alto, ancho y volumen o profundidad). Pertenecen a esta clase, por lo tanto, formas como *largo, corto, alto, bajo, ancho, amplio, angosto, estrecho, grueso, fino, delgado, pequeño, grande, enorme, inmenso, diminuto, mínimo, profundo* (o *alargado, estirado, estrechado, ensanchado*), en el sector de los participios adjetivales.

(Demonte, 1999, pág. 176)

Debemos aclarar que, hasta ahora, estamos teniendo en cuenta únicamente el significado dimensional (físico) de los adjetivos dimensionales, ya que, como veremos a lo largo de la segunda parte de esta investigación, es interlingüísticamente muy frecuente que estos adjetivos desarrollen significados relacionados con la ubicación de objetos y eventos, lo temporal y lo evaluativo.

Si nos limitamos a lo estrictamente dimensional, los modos en que este tipo de palabras hacen referencia a unas u otras magnitudes de un cuerpo en el espacio son muy variados, dependiendo de la forma de esos cuerpos, de su posición habitual, de su ubicación en un momento concreto, de la situación de los hablantes respecto al objeto, del uso prototípico de este, etc. Estas cuestiones relativas al significado recto de los adjetivos dimensionales se tratarán con detalle en el apartado 2.4.2.2. (*El parámetro dimensional*).

1.2. Los adjetivos en español

1.2.1. Caracterización morfosintáctica

Una vez analizado qué son las clases de palabras y qué es un adjetivo dimensional desde un punto de vista interlingüístico, daremos cuenta de cómo se puede caracterizar la clase de palabra del español que denominamos *adjetivo* y, dentro de esta clase, cuál es (y cómo es) la subclase de los *adjetivos dimensionales*⁵⁵.

Mostraremos en primer lugar cómo aparece caracterizada la clase del adjetivo en los tratados gramaticales actuales del español, centrándonos en las cuestiones morfosintácticas que permiten aislar la clase como tal y diferenciarla del nombre y el verbo. Posteriormente, buscaremos los criterios semánticos a través de los cuales estemos en condiciones de afirmar que esa clase aislada puede (o no) llamarse *adjetivo* y relacionarse, por lo tanto, con otras categorías de igual denominación en otras lenguas.

Empezaremos la caracterización morfosintáctica por esta presentación del adjetivo realizada por Violeta Demonte en el primer volumen de la *Gramática descriptiva de la lengua española* (Bosque y Demonte (dirs.), 1999, vol. I, pág. 133):

⁵⁵ Como apunte de historiografía lingüística, debemos señalar que la RAE no aceptó el adjetivo como clase independiente de palabra hasta la duodécima edición de su gramática, en 1870. En las ediciones anteriores los nombres se subdividían en la clase de los sustantivos y en la de los adjetivos: “[...] los adjetivos [...] pertenecían a la clase de los nombres para los alejandrinos y gran parte de la tradición posterior, que la RAE mantuvo”, (Bosque, 2014, pág. 105). Esto se explica porque en la categorización de Dixon (2010), apuntada más arriba, el español pertenecería a las lenguas que cuentan con *noun-like adjectives* (ya que, como veremos, comparte con el sustantivo muchas características morfológicas): “For languages [...] where adjectives show similarities to nouns, grammars not infrequently maintain that adjectives are nouns. For example, Bright (1957:56), writing on Karok (isolate, north-west California), has adjectives as one of four subclasses of noun”, (Dixon, 2010, pág. 64).

El adjetivo es una categoría gramatical: una clase de palabras cuyos miembros tienen unas características formales muy precisas [...]. Como categoría gramatical puede ser un atributo [⁵⁶] o modificador del nombre sustantivo; unido a él, y a sus determinantes y cuantificadores, forma una frase nominal en la cual ha de concordar en género y número con el nombre modificado:

(1) a. Me gustan [estas soleadas mañanas].

b. *Me gustan [estos soleado mañana].

El adjetivo comparte con los determinantes y cuantificadores la obligación de concordar con el sustantivo. Se diferencia de ellos, sin embargo, en que su sola presencia no es suficiente para capacitar al nombre como expresión referencial, apta para ocupar en la oración las posiciones de sujeto, complemento directo y demás. Compárese *Entró una clásica señora discreta* con **Entró clásica señora discreta*.

El adjetivo puede aparecer también en la posición, o función, de predicado de una oración copulativa caracterizadora (2a), o como complemento predicativo bien obligatoriamente escogido por el verbo, (2b), bien opcional, (2c):

(2) a. Ese gesto es *inoportuno*

b. Considero ese gesto muy *inoportuno*

c. Sírvenme la leche *fría*. / El capitán venía *parado*, rígido, con las piernas abiertas. [J. Saer, *El entonado*, 15]

(Demonte, 1999, pág. 133)

Si prestamos atención al aspecto sintáctico del adjetivo, hemos de advertir que Demonte caracteriza esta clase de palabra a través de tres funciones⁵⁷ (dos de las cuales ya habían aparecido cuando rastreábamos características interlingüísticas de este tipo):

(1) La función de modificación del nombre sustantivo (en posición atributiva),

(2) la función de predicado en una oración copulativa y

⁵⁶ Demonte emplea *atributo* como sinónimo de *modificador del nombre*, no como sinónimo de *cópula*, cf. nota 27.

⁵⁷ En la *Nueva Gramática de la lengua española [NGLE]* (2009) el adjetivo aparece también caracterizado por las mismas tres funciones sintácticas (o dos, si no consideramos de manera independiente la función de predicativo), pero, en esta gramática, no se hacen explícitas las características peculiares que lo diferencian de otras categorías gramaticales en cada caso concreto: “El ADJETIVO es una clase de palabras que modifica al sustantivo o se predica de él [...]. Los adjetivos pueden ser modificadores o atributos, en función de la función sintáctica que desempeñen, y [...] ambas alternativas constituyen manifestaciones gramaticales de una misma noción semántica, que se suele denominar predicación”, (NGLE, 2009, págs. 905 y 909). Por su parte, Alarcos (1999, pág. 78), en el marco de la escuela funcionalista española, considera que los adjetivos son “palabras que funcionan como adyacentes del sustantivo” y que también pueden aparecer “aisladamente cumpliendo por sí solos la función de atributo”. Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009, pág. 624) incluyen también la clase del adjetivo en español señalando que estas palabras “pueden ser predicados nominales (*Pepe es alto*), complementos predicativos o predicados secundarios (*Luis suspiró emocionado*)” y, además, constituyentes de sintagmas nominales determinados, que son, en su mayoría, “modificadores o atributos del nombre (*el coche rojo*)”. Igualmente, Di Tullio (2010, pág. 185) observa que “las funciones básicas del adjetivo son: 1. La atributiva: modificador de N’. 2. La predicativa: como predicación primaria o secundaria (los predicativos subjetivos u objetivos obligatorios y no obligatorios, respectivamente)”.

(3) la función de complemento predicativo⁵⁸.

La primera de las funciones puede ser realizada, como señala Demonte (1999) en la cita textual aportada, también por otras clases de palabras (determinantes y cuantificadores), que se diferenciarían de lo que llamamos *adjetivo* en que este (frente a las otras) no es capaz de, con su sola presencia, “capacitar al nombre como expresión referencial”. A esto se refiere Marcos Marín (1980, pág. 196) cuando destaca que los adjetivos “no pueden figurar como actualizadores⁵⁹ del nombre para la función de sujeto”. Los adjetivos “se unen a un nombre que ya está actualizado (bien porque lleva actualizador, bien porque es nombre propio), para completar la imagen del ser presentado”, en Seco (1994, pág. 138).

La segunda de las funciones puede describirse como la capacidad de la palabra para aparecer después de un verbo copulativo, predicando una característica del nombre que aparece como sujeto de la oración. Cabría preguntarse si, dejando de lado cuestiones semánticas, en las llamadas *oraciones identificativas* o *ecuativas*⁶⁰ no estaríamos ante la

⁵⁸ Como es sabido, la tradición gramatical llama *predicativo* a un empleo cuasi-adverbial del adjetivo o del participio: *las alumnas, atentas, le escuchaban* y *las alumnas le escuchaban atentas* serían predicativos de sujeto; *lleva estropeada la suspensión del coche* sería predicativo de objeto directo. Por otro lado, como veremos más adelante, es frecuente, en la actualidad, considerar el predicativo una subclase del atributo. Algunos autores ya venían agrupando estas dos funciones con la etiqueta de *conexo* (frente a *adjunto*). Así lo hace, por ejemplo, Lamíquiz (1973, pág. 291), que dice seguir en esto a González Sobejano y a Jespersen. Ya Bello [1847] (2004, pág. 56) apreciaba que realmente no hay motivos convincentes para separar la función del adjetivo en las copulativas y en las del tipo *Las estrellas brillan altas*: “El verbo *ser* se junta con adjetivos que lo determinan y que, ejerciendo este oficio, se refieren al mismo tiempo al sustantivo. Pero esta no es una particularidad que distinga a *ser*, pues como se dice *es bueno, es malo*, se dice también *está ciego, está sordo, nació enfermo, murió pobre, duerme tranquilo, corre apresurado, anda triste, se muestra esforzado*, etcétera”. La función que Demonte denomina *complemento predicativo* recibe también los nombres de *predicado de complemento*, *predicativo adverbial*, *predicativoide*, *atributo-adverbio*, *aditamento* o *complemento atributivo*.

⁵⁹ Los actualizadores son “un tipo de palabras cuya misión principal es trasladar a la realidad el concepto representado por el nombre. Estas palabras ‘actualizadoras’ expresan la aplicación a un ser preciso (o a varios) del nombre que sirve para designar a cualquiera, indiferenciado, de los que pertenecen a esa especie”, (Seco, 1994, pág. 137). Esta labor la pueden desempeñar los artículos o lo que Seco considera (pero nosotros, no) adjetivos: palabras como *sus, ciertas, qué, dos...*

⁶⁰ Se clasifican como *ecuativas* o *identificativas* las oraciones copulativas en las que, mediante el verbo *ser* (único posible en estas oraciones) o sus equivalentes en otras lenguas, se establece la identidad entre los referentes de dos expresiones nominales. Es, por ejemplo, ecuativa la oración “el marido de Lola es ese hombre que nos mira”. En ella se afirma que el individuo al que alude el sintagma nominal *el marido de Lola* es el mismo al que hace referencia el sintagma *ese hombre que nos mira*, véase Alcaraz Varó y Martínez Linares (1997, pág. 403). Se consideran *caracterizadoras* o *adscriptivas*, en cambio, las oraciones como *Su pelo era oscuro* o *El camino era angosto*, (NGLE, 2009, pág. 2798).

misma situación. Es decir, si, por ejemplo, no serían también una muestra de la capacidad del sustantivo de aparecer tras verbos copulativos casos como *Aquello es agua*, *Aquello es un perro* o *Aquel es el perro*. Morfosintácticamente, podemos señalar que, tras un verbo copulativo, el adjetivo, al contrario de lo que ocurría cuando aparecía en posición atributiva, no necesita (como en los ejemplos anteriores le ocurre a la palabra *perro*) ni determinantes ni cuantificadores. Además, el adjetivo debe adaptar su género y su número al del sustantivo que actúa como sujeto⁶¹ (algo que no puede hacer la palabra *agua* en el ejemplo propuesto un sintagma nominal escueto ya que el núcleo es un sustantivo continuo de género femenino). Los determinantes y cuantificadores, que sí ‘saben’ concordar con el sujeto, no pueden, sin embargo, como ya hemos dicho, aparecer por sí solos en estas situaciones.

La tercera de las propiedades funcionales es aparecer como complemento predicativo. Un complemento predicativo, que “hoy se viene considerando una variedad del atributo”⁶² (Gómez Torrego, 2011, pág. 276), difiere de este (del atributo) en que el verbo al que sigue no es un verbo copulativo. La función de predicativo la pueden desempeñar, además de los adjetivos, otras clases de palabras:

Es fácil ver, sin embargo, que resulta bastante caprichoso restringir la función “predicativo” a la categoría adjetivo-participial. También pueden caracterizarse por la función predicativa muchas frases preposicionales: *presumen de listos*, *tienen fama de sabios*, según notó ya Bello. Asimismo, es frecuente encontrar predicativos que son sustantivos: *eligieron diputado a Juan*; *Barcelona, sede de los Juegos Olímpicos de 1992*, *mejoró notablemente sus infraestructuras urbanísticas*. Asimismo, similar a estos usos es el del gerundio (*dejaba durmiendo a la niña*), el del infinitivo (*oigo sonar las campanas*) y el del participio (*dejaron escrita la carta*).

(López García, 1998, pág. 139)

⁶¹ Esto es algo que el adjetivo hace en cualquier posición: “El género y el número de los adjetivos no aportan por sí mismos información semántica, porque dependen de los requisitos de la concordancia con el sustantivo”, (Di Tullio, 2010, pág. 54). Podemos mantener que “las variaciones de género y número que presentan [los adjetivos] son siempre repercusión (por la llamada concordancia) de los morfemas que afectan al sustantivo con que se pone en relación el adjetivo”, (Alarcos, 1999, pág. 78).

⁶² Gómez Torrego (2011) se refiere a atributo no en el sentido de la denominada *attributive function* (cf. nota 27), sino como cópula en una oración del tipo *Luis es alto*. Efectivamente, la Real Academia considera que el complemento predicativo es “una de las manifestaciones del atributo”: “Los adjetivos ejercen la función de ATRIBUTO cuando la relación predicativa que caracteriza su modo de significar se establece a través de un verbo, generalmente copulativo. [...] Una de las manifestaciones del atributo es el COMPLEMENTO PREDICATIVO. [...]”, (NGLE, 2009, págs. 905 y 909).

El adjetivo se diferencia en estos casos de infinitivos y gerundios porque, otra vez, a diferencia de estos concuerda en género y número con el sujeto. Frente a las frases preposicionales, el adjetivo no precisa de una preposición. De los sustantivos (*eligieron diputado a Juan*) puede distinguirse el adjetivo, como predicativo, por el hecho de que el sustantivo, en esta posición, es un elemento siempre exigido por un verbo, mientras que el adjetivo, aunque en ocasiones también pueda aparecer exigido por un verbo (*considero ese gesto inoportuno*), ‘encuentra’ contextos en los que su aparición es opcional (*respondió inoportuno a su madre*).

A través de estas tres funciones sintácticas, combinadas con otros aspectos (morfosintácticos) relacionados con la concordancia y con la necesidad o no de preposiciones, puede mantenerse que el adjetivo en español es ‘aislable’ como clase independiente. Podríamos sostener, resumiendo, que el adjetivo en español es una clase de palabra que puede aparecer como modificador del nombre (pero que no capacita con su sola presencia al nombre como elemento referencial), como cópula (concordando en género y número con el nombre) y como predicativo (concordando con el nombre, sin necesidad de ir acompañado por una preposición y sin estar necesariamente exigido por el verbo)⁶³.

No obstante, no todos los adjetivos cumplen las tres funciones que hemos señalado. Algunos, como *presunto* o *presidencial*, solo pueden (por distintos motivos) aparecer modificando directamente a un nombre⁶⁴:

El presunto asesino fue detenido / **El asesino es presunto*.

La producción automovilística / **La producción es automovilística*

⁶³ Gómez Torrego (2010, pág. 50) señala, además, como propio de la clase del adjetivo que sean “palabras tónicas” y que pertenezcan a “una clase abierta”. Independientemente de que podamos considerar o no estas características como morfosintácticas, es evidente que la del adjetivo no es la única clase de palabras tónicas en castellano ni la única clase abierta, por lo que, si bien ambas son características que podemos asociar al adjetivo, no son características determinantes a la hora de establecer la clase adjetival como tal.

⁶⁴ Más adelante (cf. los apartados 1.2.2. —*Cracterización semántica*— y 1.2.3. —*Clases de adjetivos atendiendo a su significado léxico*—) nos detendremos en analizar los tipos de adjetivos del español según su significado y su comportamiento sintáctico.

Otros cambian de significado al aparecer con una u otra función sintáctica (o, dentro de una misma función sintáctica, en diferentes posiciones), lo que puede suscitar la duda de si nos encontramos ante el mismo adjetivo en todos los casos⁶⁵:

Juan es un viejo amigo.

Juan es un amigo viejo.

Juan es un amigo y [Juan] es viejo.

Juan se tumbó viejo y cansado.

Deberíamos plantearnos, pues, si, tal como sugería Siegel (1980) a propósito del inglés —y recogíamos en el apartado 1.1.3 (*El adjetivo como clase de palabra: caracterización morfosintáctica*)— no sería adecuado fragmentar la categoría del adjetivo en una serie de subcategorías con características morfosintácticas homogéneas. Es decir, si tiene sentido hablar de una gran clase del español llamada *adjetivo* cuando algunas de las palabras que se consideran de esta clase no pueden aparecer en posición predicativa y otras sí, y cuando algunos cambios de posición en construcciones atributivas llevan consigo un cambio semántico de la (supuestamente única) palabra.

Aplicando estrictamente los criterios interlingüísticos de identificación de clases dentro de un idioma, sí podríamos defender que nos encontramos ante más de una clase de palabras. No es nuestra intención, sin embargo, llevar a cabo una ‘revolución’ acerca de lo que debe o no debe entenderse por *adjetivo* en español, y aceptaremos la idea de que, aunque la mayoría de los adjetivos cumple las tres funciones señaladas más arriba, existen casos excepcionales en que palabras que entran dentro de lo que se entiende normalmente por *adjetivo* solo pueden desempeñar una o dos de esas funciones.

La aceptación de unas y otras palabras dentro de una u otra categoría no responde, en muchas ocasiones, a los estrictos criterios que hemos visto, sino más bien a inercias históricas y a la subjetividad de los gramáticos:

El problema que se ha repetido durante siglos en la clasificación de las categorías es el de determinar la importancia que el gramático debe dar a cada propiedad formal. Este problema

⁶⁵ Recordemos que López García (1998, pág. 172) señala que, aunque muchos adjetivos pueden aparecer antepuestos y pospuestos, a veces, el hecho de que ocupen una u otra posición supone “diferencias de significado tan marcadas que tal vez haya que hablar de términos léxicos homófonos diferentes (*un hombre pobre/un pobre hombre*)”.

permanece en gran parte en la lingüística actual, pero el que tenga algo de nominalista atenúa en cierto sentido parte de su relevancia.

(Bosque, 2014, pág. 28)

La cuestión es, como ya hemos advertido, si ciñéndonos de forma estricta —como hace Siegel, (1980)— a los criterios señalados en apartados anteriores, encontramos motivos para romper la clase general del adjetivo en clases más pequeñas. No obstante, si prestamos atención a la posible existencia de estas subclases y a cuáles son sus características específicas, el mantenerlas o no bajo la misma etiqueta sería en el fondo, tal y como señala Bosque, una cuestión puramente “nominalista”.

El peso de la tradición y de la subjetividad en este tipo de decisiones lo pone de manifiesto Bosque (2014, págs. 27 y 28) en los siguientes ejemplos⁶⁶, que, si bien se refieren a otras clases de palabras, resultan muy ilustrativos en lo que a la consideración del adjetivo se refiere:

El hecho de que *estupendamente* pueda predicarse de individuos en las oraciones copulativas (*Juan está estupendamente*), mientras que *lentamente* no pueda hacerlo (**Juan está lentamente*) será para unos gramáticos razón suficiente para excluir este uso de *estupendamente* de la clase de los adverbios. Para otros gramáticos será por el contrario muestra de que ciertos adverbios, sin dejar de serlo, se predicen de individuos porque la ‘adverbialidad’ se determina por otras pruebas que se consideren más importantes.

[...] Nebrija hacía ver en su gramática que la forma *amado* que aparece en *he amado* no es la misma que tenemos en *soy amado*, fundamentalmente por razones flexivas (“*no dirá la muger io e amada, sino io e amado*”) y por lo tanto han de asignárseles, en su opinión, dos categorías distintas. *Amado* en *soy amado* es “participio”, pero en *he amado* es “nombre participial infinito”, que para nuestro primer gramático es una clase diferente de palabras. Como sabemos, además de las diferencias morfológicas que apunta Nebrija, su distinción se apoya en otras pruebas sintácticas. El que la tradición posterior sancionara el uso de “participio” para ambas categorías no puede aplaudirse como un acierto indiscutible.

(Bosque, 2014, págs. 27 y 28)

⁶⁶ Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009, pág. 104) admiten que, a pesar del peso de la tradición, “las clases de palabras que se usan en la lingüística contemporánea son a menudo más restrictivas que las tradicionales, en el sentido de que introducen distinciones necesarias en ellas cuando resultan ser demasiado abarcadoras”. Como ejemplo de ello señalan el hecho de que, tradicionalmente, la clase del adjetivo era la “formada por las [palabras] que pueden modificar al nombre”, y, en la “interpretación clásica” de *adjetivo* se incluían “palabras como *mi*, *grande*, *parlamentario*, *vigésimo* y *otro*”.

Vamos a abordar a continuación el análisis de otros posibles criterios que, al margen de los ya considerados, pudieran emplearse para la caracterización morfosintáctica del adjetivo en español.

Aunque la presencia o no de adverbios de grado pueda servirnos, como veremos más adelante, para diferenciar una clase de adjetivos de otras, la sola posibilidad de ir acompañado de estos adverbios no es en sí exclusiva de la clase adjetival ni de ninguna de sus subclases. El *Manual de la Nueva Gramática de la Lengua Española* (2010), que sigue de cerca la *NGLE* (2009), se refiere a esta clase de palabras, a la que denomina *adverbios cuantificativos indefinidos*, del siguiente modo:

[...] se corresponden con los adjetivos y pronombres indefinidos: *algo, bastante, cuán(to), demasiado, harto, más, menos, mucho-muy, nada, poco, un poco, suficiente, tan(to)*. La mayor parte de estas expresiones pueden usarse como adjetivos que modifican a sustantivos y grupos nominales (*más casas, bastante dinero, unas pocas monedas*), pero son adverbios cuando modifican a otras categorías (*más inteligentes, bastante probable, demasiado rápido, muy lentamente, hablar mucho, divertirse un poco*).

(Real Academia Española [*NGLE, Manual*], 2010, págs. 579 y 580)

Como podemos comprobar, esta clase de palabras no acompaña exclusivamente a adjetivos, por lo que no podemos recurrir a su empleo como criterio morfosintáctico a través del cual aislar la clase adjetival como tal. Sí podemos anticipar, sin embargo, que mientras unos adjetivos permiten la graduación por medio de estos adverbios (*Una chica algo tímida / Era una chica muy mona*), otros no lo permiten (**Una roca algo volcánica / *Un muy presunto asesino*). Como veremos más adelante, tanto *volcánico* como *presunto* pertenecen a otras subclases de adjetivos diferentes de aquella a la que pertenecen los que sí suelen aceptar estos adverbios: los calificativos. Sin embargo, debemos señalar que dentro de la clase de los calificativos, tampoco todos ellos se comportan por igual a este respecto. Los llamados *elativos léxicos*, que son adjetivos de grado extremo que no presentan esa propiedad en su estructura morfológica, “tienden a rechazar los adverbios de grado, lo que se explica porque esa combinación daría lugar a expresiones redundantes o contradictorias: si *excelente* equivale, aproximadamente, a

‘muy bueno’, la combinación **muy excelente* es redundante y **poco excelente*, contradictoria”, (NGLE, Manual, 2010, pág. 241)⁶⁷.

La capacidad para aparecer en estructuras comparativas no es tampoco una característica morfosintáctica exclusiva de los adjetivos⁶⁸:

Las CONSTRUCCIONES COMPARATIVAS establecen una comparación entre dos valores de carácter CUANTITATIVO. Así, en *Ahora llegan más turistas que antes* se compara el NÚMERO de dos conjuntos de personas; en *Tiene más trabajo que su marido* se compara la CANTIDAD de trabajo que tiene una persona con la que se atribuye a otra, y en *El concierto resultó menos espectacular de lo que esperábamos* se compara el GRADO de espectacularidad alcanzado por un concierto con el que se suponía que había de alcanzar.

(NGLE, Manual, 2010, pág. 855)

En el primero de los casos se está comparando el número de un referente al que se menciona a través de sustantivos concretos; en el segundo, la cantidad de un concepto al que se hace referencia a través de un sustantivo abstracto. En el tercer ejemplo sí nos encontramos ante una comparación de algo que se expresa por medio de un adjetivo, pero el grado no es tampoco un concepto que solo se manifieste con los adjetivos, por lo que esta, por sí misma, no es una característica definitoria de la clase:

Se comparan GRADOS de una propiedad cuando el cuantificador incide sobre adjetivos (*más dura, menos sonoro, tan lejano*) o sobre adverbios (*más arriba, menos plácidamente*).

(NGLE, Manual, 2010, pág. 856)

De nuevo, eso sí, encontraremos que no todos los adjetivos aceptan formar parte de este tipo de estructuras comparativas de naturaleza gradual (**Este asesino es más presunto que ese / *Esta roca es menos volcánica que aquella...*).

Si prestamos atención a la dimensión morfológica, debemos señalar que el adjetivo posee (normalmente) flexión de género y número, pero esta característica no lo aísla como clase, pues la comparte con el sustantivo. Sí podríamos decir que la flexión de género y

⁶⁷ Sánchez Ferlosio (2009, pág. 24), en este sentido, hace referencia a la similitud entre *utilísimo* y *excelente* que “consiste en que ambos están afectados por la prohibición funcional de la construcción con “muy”: ambos son superlativos, el uno formalmente caracterizado, el otro solo funcionalmente manifiesto”, ya que se trata de un superlativo (o elativo) léxico.

⁶⁸ En todo caso, sería una característica puramente sintáctica, ya que, “la capacidad de admitir grados de comparación, si bien morfológicamente características en idiomas como el latín y el alemán, no afecta a la estructura morfológica del adjetivo en español”, (Sobejano, 1970, pág. 82).

número es en el sustantivo independiente del contexto gramatical (inherente) y que la del adjetivo “se limita a reproducir los rasgos de género y número del sustantivo” (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 243)⁶⁹, ya que está exigida por la del nombre al que acompaña (directa o mediadamente), pero tampoco es esta una característica exclusiva del adjetivo⁷⁰:

El NÚMERO en los sustantivos y los pronombres proporciona información cuantitativa sobre las entidades que se designan (*casas, ideas*), pero el de los determinantes (*los, esos*), el de los adjetivos (*altos, libres*) y el de los verbos (*los pensamientos vuelan*) solo está presente por exigencias de la concordancia.

(NGLE, *Manual*, 2010, pág. 6)

El género también aparece solo “por exigencias de la concordancia” en adjetivos y determinantes y, como sucede también en muchos sustantivos, carece de carácter informativo⁷¹.

En cuanto a la derivación, podemos decir que sí es propio de la clase adjetival el aceptar “los prefijos de grado extremo (*re-, requete-, super-, hiper-, mega-, o ultra-*) y los sufijos que expresan esa misma noción (*-ísimo, -érrimo*)”, (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 240). Mediante estos afijos se forman los llamados *elativos morfológicos*⁷². Como sucede en los casos anteriores, esta característica no es aplicable a la clase en su conjunto. No se puede hablar de **Un pantalón vaquerísimo / *Un pantalón hipervaquero* ni de **Un presuntísimo asesino / *Un asesino megapresunto*, por lo que si tomásemos esta

⁶⁹ Di Tullio (2010) señala que “si bien desde el punto de vista semántico el adjetivo se asemeja al verbo por ser una expresión predicativa, tradicionalmente se lo agrupó con el sustantivo en la clase de los nombres atendiendo a su flexión: el adjetivo se flexiona en género y número en concordancia con el núcleo del sintagma nominal al que modifica o del que se predica”, (Di Tullio, 2010, pág. 185).

⁷⁰ Gonzalo Sobejano (1970, págs. 79 y 80) ve en “el hecho de poder presentar dos *terminaciones ad genera* (*bueno, buena*), sin que, por sí mismo, sea un semantema de género fijo y determinado y sin que al concepto designado por él corresponda un género real” el “único factor” “que singulariza al adjetivo como una parte de la oración distinta de todas las demás”. Sin embargo, Sobejano considera que el que “el adjetivo sea susceptible de la categoría gramatical del número no distingue al adjetivo de otras partes de la oración que también la poseen (sustantivo, pronombre y artículo, verbo).”

⁷¹ Los adjetivos sí cumplen una función informativa respecto al género y al número cuando acompañan a sustantivos o pronombres que carecen de marcas (de género y número) explícitas: *crisis profunda / crisis profundas / estudiantes vagos / estudiantes vagas / ¿Tú también estás cansado? / ¿Tú también estás cansada?*

⁷² También conocidos como *superlativos absolutos* o *adjetivos de grado extremo*.

característica como definitoria de la clase adjetival, estaríamos obligados a no considerar adjetivos muchas de las palabras que normalmente tratamos como tales.

Hemos visto, pues, los criterios morfosintácticos a través de los que se puede individualizar la clase del adjetivo en español, además de otros criterios que, aunque estén muy relacionados con esta clase, no sirven para llevar a cabo de manera estricta su caracterización como clase independiente. A continuación, nos centraremos en los criterios semánticos que permiten adscribir la clase que hemos aislado a una clase interlingüística llamada adjetivo. Una vez caracterizado el adjetivo, tanto morfosintácticamente como semánticamente, nos detendremos en los distintos tipos de adjetivos que se pueden establecer en español y sus características.

1.2.2. Caracterización semántica⁷³

Creemos conveniente comenzar este apartado recordando cuáles eran, según Dixon (2004), las dos funciones semánticas características de la clase universal del adjetivo:

Adjectives typically fill two roles in the grammar of a language:

In the statement that something has a certain property. There are two syntactic techniques for coding this: (a-i), the adjective functions as intransitive predicate [...]; or (a-ii), the adjective functions as a copula complement [...]

As a specification that helps focus on the referent of the head noun in a NP that relates to a predicate argument [...].

However, the ways in which an adjective may be used to modify a noun vary [...].

(Dixon, 2004, pág 11)

A continuación, analizaremos si, efectivamente, estas dos funciones corresponden a la categoría que habitualmente denominamos *adjetivo* en español, y si, por lo tanto, es adecuada la adscripción de esta clase (aislada previamente por criterios morfosintácticos) como parte de la clase (establecida por criterios semánticos) interlingüística del adjetivo.

Como ya hemos visto, los (por ahora, supuestos) adjetivos del español, pueden aparecer (1) acompañando directamente al nombre, (2) refiriéndose al nombre a través de un verbo copulativo o (3) apuntando al nombre por medio de otro tipo de verbo.

⁷³ Recordamos que, como aclaramos ya en la nota 48, estamos hablando de semántica oracional: de cómo puede contribuir el adjetivo al significado de los enunciados. Esta cuestión, evidentemente, se relaciona con el aspecto sintáctico, el modo de ‘materializarse’ en las distintas lenguas, pero no debe considerarse en sí una cuestión sintáctica.

Analizaremos en cada uno de los casos si el adjetivo cumple con las funciones especificativa y explicativa, y cómo se relacionan estas funciones con unas y otras posiciones.

1.2.2.1. Adjetivo adjunto (*Attributive position*)⁷⁴

A propósito de la función semántica del adjetivo modificador directo del nombre en español, Demonte (1999, vol. I, pág. 134) señala que “adscribe propiedades cuya especificación sirve para definir o delimitar con mayor precisión la entidad mentada [...], para caracterizarla e identificarla entre varias similares [...], para clasificarla o establecer taxonomías culturales y científicas [...] y [...], para indicar relaciones genéticas o meronímicas (a saber, relaciones parte-todo) [...]”. Así, en *La verde orilla* o *El apasionado músico* definimos o delimitamos con mayor precisión la entidad mentada; y en cambio en –¿Qué lápiz quieres? –*Dame el lápiz azul* caracterizamos la entidad entre varias similares⁷⁵.

El adjetivo en español, como adjunto, cumple, por tanto, las dos funciones que pueden considerarse básicas de la clase universal del adjetivo. El cómo se realicen una y otra depende, fundamentalmente, de cuestiones sintácticas.

En sintagmas definidos podemos mantener, aunque con muchos matices (como explicaremos más adelante), que es la posición prenominal o posnominal⁷⁶ la que determina que el adjetivo contribuya⁷⁷ a fijar cuál es exactamente el elemento particular del que se está hablando o se limite a atribuir una característica de un referente ya fijado⁷⁸.

⁷⁴ “Cuando el adjetivo incide directamente en el sustantivo (*libro blanco, hermosa plaza...*), sin que exista ningún verbo como intermediario, tal adjetivo se ha llamado atributivo, atributo, atributo inmediato, adjetivo atributivo, unión atributiva, atribución asindética, predicado, epíteto, adjunto...”, en Almela Pérez (2000, pág. 297). Recuérdese, con respecto al uso del término *atributo* lo señalado en la nota 28.

⁷⁵ Sintagmas como *el acuerdo legal, la ballena patagónica y el cuadro japonés* son algunos de los ejemplos que emplea Demonte para las otras tres funciones mencionadas.

⁷⁶ Como señalan Hernanz y Brucart (1990, pág. 179), los adjetivos calificativos, “en su posición no marcada siguen al nombre” y su anteposición es “uno de los problemas gramaticales del español con mayor caudal bibliográfico”.

⁷⁷ Decimos que *contribuye*, pues, como señalábamos más arriba, no puede por sí mismo actuar como actualizador del nombre.

⁷⁸ A esta misma alternancia ‘modificadora’ del adjetivo según su posición se refiere ya Bello [1847] (2004, pág. 44), aunque, evidentemente, con otras palabras, en su *Gramática*: “De dos maneras puede modificar el adjetivo al sustantivo, o agregando a la significación del sustantivo algo que necesaria o naturalmente no está comprendido en ella, o desenvolviendo, sacando de su significación, algo de lo que en ella se

Demonte (1999 y 2000) cita, precisamente, a Kamp (1975) para señalar cómo una u otra posición del adjetivo supone que este lleve a cabo una u otra de sus dos funciones fundamentales:

Kamp (1975: 153) encuentra dos objetivos para el empleo de un adjetivo acompañando a un nombre: «contribuir a la delineación de la clase de objetos para cuya aprehensión está diseñada la frase nominal compleja de la que forma parte el adjetivo y, alternativamente, ayudar a determinar el individuo particular que constituye el pretendido referente de la descripción en la que aparece el adjetivo». [...] Caracterizamos a los adjetivos posnominales [...] como expresiones que se unen a extensiones (nombres comunes) para configurar nuevas extensiones (nuevos nombres comunes); los adjetivos prenominales, en cambio, son funciones que actúan sobre la referencia o intensión sin que su aplicación afecte a la extensión del término modificado (los adjetivos posnominales, pues, son extensionales y modificadores del referente, mientras que los prenominales son intensionales y modificadores de la referencia). En este sentido, los prenominales corresponden a la primera definición de Kamp y los posnominales a la segunda.

(Demonte, 1999, pág. 192)

Tomando como base una distinción hecha por Kamp (1975:153), aseveraré que los adjetivos calificativos prenominales “contribuyen a la delineación de la (clase) de objetos para cuya identificación (*pick out*) ha sido diseñado el SN complejo del que forman parte” mientras que los postnominales “ayudan a determinar el individuo particular que es el pretendido referente de la descripción en la que concurre el adjetivo”.

(Demonte, 2000, pág. 264)

De un modo general, podemos decir, por lo tanto, que, en sintagmas definidos, el adjetivo antepuesto cumple con la función de predicar “that something has a certain property” —tal y como hemos visto en Dixon (2004, pág. 11)— o, en palabras de Kamp (1975, pág. 153), “contribute to the delineation of the class of objects that the complex noun-phrase of which it is part is designed to pick out”. Dicho de otro modo, en una oración como *La blanca paloma surcaba los cielos* el adjetivo antepuesto *blanca* se aplica a un nombre cuyo referente ya está claro. Si no apareciera el adjetivo, y la oración fuera simplemente *La paloma surcaba los cielos*, el referente se mantendría invariado. La paloma en cuestión es una paloma ya ‘seleccionada’ y el adjetivo *blanca* solo sirve en el

comprende, según la idea que nos hemos formado del objeto... Si decimos, pues, *los animales mansos*, indicaremos especies particulares de animales; pero si decimos *las mansas ovejas*, no señalaremos una especie particular de ovejas, sino las ovejas en general, atribuyéndoles, como cualidad natural y propia de todas ellas, el ser mansas. En el primer caso el adjetivo *particulariza, especifica*, en el segundo *desenvuelve, explica*”.

enunciado anterior para predicar una característica de esa paloma: la paloma pertenece al conjunto de las cosas que son blancas. El adjetivo en estos casos ayuda a determinar cómo es la paloma, pero no cuál es, porque esa información ya es conocida.

Aunque no debemos confundirlos con los llamados *adjetivos intensionales* (del tipo de *presunto*, en *presunto asesino*) —de los que hemos hablado ya en el apartado 1.2.1. (*Caracterización morfosintáctica*) y volveremos a hablar en el 1.2.3.3 (*Adverbiales*) y en el 2.1.1.4. (*Adjetivos intensionales o adverbiales*)— en cierto sentido podría considerarse el uso de *blanca* en la *blanca paloma*, un uso intensional del adjetivo, ya que no parece actuar sobre la extensión del nombre⁷⁹:

[...] la posición prenominal se caracteriza porque alberga a los adjetivos NO RESTRICTIVOS, mientras que la posnominal o las posnominales dan cabida a los RESTRICTIVOS. [Los posnominales] se llaman también EXTENSIONALES porque recortan la extensión del nombre. [...] En cambio, los adjetivos prenominales son intensionales porque no efectúan tal segmentación.

(Bosque y Gutiérrez-Rexach, 2009, pág. 626)

Estos usos de los adjetivos podrían parafrasearse por medio de una oración de relativo explicativa: *La paloma, que era blanca, surcaba los cielos* o mediante la ‘suma’ de dos informaciones independientes (*La paloma surcaba los cielos* + *La paloma era blanca*).

El adjetivo antepuesto en sintagmas nominales definidos sirve, pues, en términos generales, para hacer más claras las particularidades del individuo designado por el nombre, para identificar mejor al referente del objeto [...]

(Demonte, 1999, vol. I, pág. 193)

⁷⁹ Lo que diferencia este uso intensional respecto a lo que llamaremos más adelante *adjetivos intensionales* es que en casos como *La blanca paloma*, se puede entender que hay una intersección entre las cosas que pertenecen a la clase de [las palomas] y la de [las cosas que son blancas]. Incluso, en *El frío hielo* puede entenderse que se está señalando que [el hielo] es un subconjunto de las [cosas que son frías] y seguir considerándose que lo que se ‘activa’ es una clase de intersección entre ambos conjuntos y que, por lo tanto, *frío*, aun usado como epíteto, es un adjetivo intersectivo. [Véase el apartado 2.1.2.4. (*Cuestiones semántico-comunicativas*) y el ejemplo de *Los misteriosos gatos*]. Sin embargo, no podemos hacer la misma operación entre [asesino] y [presunto] en *El presunto asesino*, ya que el presunto asesino no pertenece necesariamente al conjunto de los [asesinos] y sería bastante cuestionable que pudiéramos considerar la existencia del conjunto de [lo presunto]. La idea de que *frío* en *El frío hielo* es intensional responde a que no sirve para seleccionar un subconjunto dentro del [hielo]. Nosotros, mantendremos únicamente la idea de que tiene carácter explicativo y (aunque, como veremos, los adjetivos de temperatura son más problemáticos de lo que a primera vista pudiera parecer) consideraremos, simplemente, que este es un uso intersectivo especial (cuyo referente se determina a través de una intersección-subconjunto entre el nombre y el adjetivo) de un adjetivo calificativo. (Véase la nota 168).

Spitzová (1977, pág. 143) destaca tres casos en que el adjetivo antepuesto cumple una función explicativa:

1) ANTEPOSICIÓN GENÉRICA. La cualidad que expresa el adjetivo es inherente a toda la clase designada por el nombre. Esto es lo que ocurre en, por ejemplo, el sintagma *El frío hielo* donde la cualidad que se predica de *hielo* es intrínseca al significado de este sustantivo. Hablar de *El hielo frío* podría hacer suponer que hay también algún tipo de hielo que no es frío, pero lo más habitual es, realmente, que estas cualidades inherentes⁸⁰ a la categoría referida por el sustantivo se consideren siempre explicativas y, más concretamente, epítetos⁸¹, independientemente de su posición. *El hielo frío*, por lo tanto, también sería un caso de adjetivo explicativo.

2) ANTEPOSICIÓN CONTEXTUAL. El adjetivo designa una cualidad que se considera inherente a un referente que no es simplemente la clase expresada por el nombre, sino que ha sido especificado por el contexto (lingüístico o extralingüístico). Es lo que ocurre, por ejemplo, en *Las largas noches del invierno ártico* o en *Estábamos cansados del invierno ártico y de sus largas noches*. La cualidad de ser *largas* no es inherente al referente general de *noches*, pero sí al referente especificado en los ejemplos. Podríamos decir que, en estos casos, estamos ante epítetos que lo son solo si tenemos en cuenta los

⁸⁰ Hernanz y Brucart (1990, pág. 181) señalan que “la utilización del adjetivo epíteto implica también un cierto grado de valoración, pues, en definitiva, se trata de elegir la que se considera más relevante de entre todas las cualidades del objeto que se describe”.

⁸¹ Podemos decir que con *epíteto* se “suele designar un tipo de adjetivo explicativo usado con intención estilística y que enfatiza los componentes centrales del significado del nombre”, (Rodríguez Ramalle, 2005, pág. 168). Su función, “eminente expresiva” (Ynduráin Muñoz, 1971, pág. 27), restringe su uso a determinados ámbitos en los que, con el adjetivo, se trata de comunicar “al lector u oyente el *Sentimiento*, el *Tono* o la *Intención* del autor, con independencia de su funcionamiento como comunicador de *Sentido*”, (Ynduráin Muñoz, 1971, pág. 28). En el ejemplo que empleamos (*El hielo frío*), *frío* encajaría dentro de esa definición. Sin embargo, es también cierto, y esto alejaría un tanto el ejemplo de *El hielo frío* de un epíteto ‘tradicional’, que normalmente los epítetos “se localizan en posición prenominal, aunque también son posibles en posición posnominal, si van entre pausas sin cambio sustancial de significado”, (Rodríguez Ramalle, 2005, pág. 168). Pese a esta tendencia general, podemos decir que, como señalan Hernanz y Brucart (1990, pág. 181, nota 30), “la obligatoriedad de la anteposición del epíteto queda debilitada precisamente cuando el adjetivo denota una cualidad consustancial al sustantivo. Como en tales casos no es posible atribuirle función restrictiva a tal unidad, la colocación pierde su papel distintivo. Lapesa (1975, pág. 336) documenta el uso de epítetos posnominales a lo largo de la literatura española. El ejemplo más claro es, tal vez, el siguiente, obtenido del *Quijote*: ‘Él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde’”.

factores que rodean al sustantivo y, nuevamente, ocurre que el carácter explicativo se mantiene tanto si hablamos de *largas noches* como si lo hacemos de *noches largas*.

3) ANTEPOSICIONES SUBJETIVAS. Lo designado por el adjetivo no es una cualidad inherente a lo referido por el nombre (ni de manera general, ni especificado por el contexto), pero tiene como función mostrar la subjetividad, a la hora de calificar algo, de quien lo emplea. En ocasiones (*El triste invierno*) se puede considerar, aunque sea de manera subjetiva, que una propiedad es inherente a algo, por lo que estaríamos también ante epítetos. Profundizaremos más adelante la dualidad subjetividad/objetividad relacionada con la posición del adjetivo y con las clases de los calificativos y los relacionales, respectivamente. Resulta interesante, por ahora, destacar que Spitzová (1977) identifica la subjetividad con lo explicativo, diferenciándola de lo objetivo-especificativo. Del mismo modo, Hernanz y Brucart (1990, pág. 181) señalan que “[...] cuando el adjetivo describe una cualidad objetiva, su uso más genuino consiste en especificar al núcleo nominal”⁸².

El adjetivo pospuesto de los sintagmas definidos, sin embargo, lleva a cabo (prototípicamente) ‘la otra’ función que señalaban tanto Kamp (1975) como Dixon (2004), y que ya hemos citado más arriba:

[...] help determine the particular individual which is the intended referent of the description in which the adjective occurs.

(Kamp)

[...] As a specification that helps focus on the referent of the head noun in a NP that relates to a predicate argument.

(Dixon, 2004, pág. 10)

Así, en una oración como *La paloma blanca surcaba el cielo* la función típicamente asociada al adjetivo pospuesto *blanca* será la de contribuir a seleccionar como referente a una *paloma* concreta ya conocida. El sustantivo determinado no tiene aquí, por sí

⁸² Como señalan Hernanz y Brucart (1990, pág. 182), “el recurso al concepto de valoración subjetiva para explicar la anteposición del adjetivo no es unánime entre la bibliografía que trata de este problema. Otros autores recurren a la oposición entre especificación y explicación”. Además, añaden que, tal y como creemos que estamos haciendo en este capítulo (con más de dos perspectivas), “[e]s probable, no obstante, que las dos teorías que intentan explicar la posición del adjetivo en español se complementen mutuamente [...]”.

mismo, un referente previamente fijado, y no es sino la presencia del adjetivo pospuesto lo que supone que lo tenga; seleccionando un subconjunto (un subconjunto con un solo miembro, en este y muchos casos, pero no necesariamente en todos) del conjunto de referentes potenciales evocados por el sustantivo en un contexto concreto.

Cuando en el sintagma nominal definido los nombres están modificados por adjetivos pospuestos, la cuantificación y la actualización de la referencia se realizan entonces sobre la unidad <N+A>, que pasa a designar bien un subconjunto general, una clase natural (*Me gustan las manzanas doradas*), bien un subconjunto contextualmente determinado de la clase designada por el nombre (*Me comí las manzanas doradas*) o, si el artículo es singular, simplemente un individuo específico, referencialmente considerado (*Dame la manzana dorada*), o presentado como un conjunto de atributos (*Búscame la manzana más grande que haya en el cesto*).

(Demonte, 1999, págs. 194 y 195)

Esta construcción restrictiva es similar a la expresada por las oraciones de relativo especificativas⁸³ del tipo *La paloma que era blanca surcaba el cielo*. El adjetivo pospuesto puede servir también, por lo tanto, “para especificar la referencia del objeto” (Demonte, 1999, vol. I, pág. 193), distinguiéndolo de otros objetos a los que también podría hacer referencia el sustantivo de no ser modificado.

Andrés Bello [1847] (2004) expresa esta idea de RESTRICCIÓN del siguiente modo:

Las cosas en que podemos pensar son infinitas, puesto que no solo son objetos del pensamiento los seres reales que conocemos, sino todos aquellos que nuestra imaginación se fabrica; de que se sigue que en la mayor parte de los casos es imposible dar a conocer por medio de un sustantivo, sin el auxilio de otras palabras, aquel objeto particular en que estamos pensando. Para ello necesitamos a menudo combinarlo con otras palabras que lo modifiquen, diciendo, por ejemplo, *el niño instruido, el niño de poca edad, los árboles silvestres, las plantas del huerto*.

(Bello [1847] 2004, pág. 44)

⁸³ En lo diacrónico, debemos señalar que algunos autores, como Luján (1980, pág. 79), Hadlich (1971) o D'Introno (1979), basándose en el presupuesto chomskiano de que los adjetivos derivan de las cláusulas relativas, consideran que los adjetivos en posición atributiva derivan de los adjetivos en posición predicativa dentro de oraciones de relativo. Sin embargo, “la observación de los gramáticos sobre la posibilidad de que el adjetivo prenominal se deriva de una cláusula apositiva y el posnominal de una restrictiva no ha sido justificada ni apoyada por ninguna hipótesis”, (Gelnarová, 2008, pág. 8). Además, como señalan Hernanz y Brucart (1990, pág. 182), “no siempre es posible parafrasear [estas estructuras] por medio de una subordinada de relativo (cf. *Su ciudad predilecta* / ??*Su ciudad que es predilecta*)”.

Muestra de esta tendencia es el caso en que los adjetivos se unen a nombres propios con un referente concreto y único. Al carecer totalmente de valor especificativo, los adjetivos, en estas situaciones, no aparecen nunca pospuestos. Hablaremos de *El bello Sergio*, pero no de *El Sergio bello*, a no ser que en el contexto comunicativo haya dos ‘Sergios’ que puedan ser nuestro referente y necesitemos dejar claro a cuál de los dos nos referimos. Si ‘nuestro’ Sergio está fijado, como suele ocurrir con los nombres propios, lo definiremos como *bello* solo con un adjetivo antepuesto. Del mismo modo, no hablaremos de *La Sirenita de Copenhague melancólica*, sino de *La melancólica Sirenita de Copenhague*.

Debemos hacer hincapié en que la relación entre las dos funciones señaladas y las dos posiciones posibles es únicamente una tendencia general⁸⁴, y que podemos fácilmente encontrar contextos en que estas normas generales no se cumplan. En primer lugar, puede interferir nuestro conocimiento del mundo. No es posible que entre *Los azules ojos de Matilde* y *Los ojos azules de Matilde* encontremos una diferencia semántica basada en la restricción/no restricción. Del mismo modo, en *La nieve blanca cubría los prados* o en *La luna blanca brillaba en el cielo* una interpretación restrictiva solo sería posible en contextos bastante poco habituales⁸⁵.

Además, como señala López García (1998, pág. 173), pueden también señalarse otras secuencias en las que “el adjetivo antepuesto resulta tan restrictivo y particularizador como el pospuesto”; por ejemplo, en “el doblete *los buenos electricistas empalman sin quitar la luz* / *los electricistas buenos empalman sin quitar la luz*, donde es evidente que los únicos que se atreven a manipular los cables sin interrumpir la corriente son el subconjunto de «los buenos» tanto si lo expresamos con *los buenos electricistas* como si lo hacemos con *los electricistas buenos*”. Por lo tanto, “solo podemos afirmar, pues, que

⁸⁴ Ya lo señala así Gili Gaya cuando apunta este respecto que “no se trata de leyes, sino de tendencias generales”, (1943, pág. 216). Además, como señala Almela Pérez (2000, pág.293), “la posición de los adjetivos no está condicionada por un solo tipo de causas. Ninguna función ni clase explica por sí sola el orden SA o el AS”.

⁸⁵ Como hemos comentado anteriormente, podríamos considerar *epítetos* también estos casos de adjetivos pospuestos que hacen referencia a propiedades básicas constitutivas de (o inherentes al) referente del sustantivo.

a veces la anteposición es explicativa y la postposición especificativa, pero no siempre”, (López García, 1998, pág. 173)⁸⁶.

Luján (1980, pág. 116), por su parte, considera, como hemos indicado en nota a pie de página (nota 82), que, efectivamente, los adjetivos pospuestos se derivaban de cláusulas restrictivas y los antepuestos de las no restrictivas. Sin embargo, esta generalización debe matizarse “en el sentido que permita asociar los adjetivos postnominales a los dos tipos de cláusulas relativas, y el adjetivo prenominal con acento contrastivo con la cláusula restrictiva”. Es en esta autora, por lo tanto, una cuestión entonativa la que permitiría explicar las claras variaciones interpretativas del adjetivo en posición posnominal. Aunque presenta menos ambigüedad, la acentuación contrastiva sería también la clave para la interpretación de los adjetivos antepuestos: “Los adjetivos prenominales, por su parte, son comúnmente apositivos, pero si están acentuados contrastivamente se interpretan como restrictivos”, (Luján, 1980, pág. 116).

Debemos recordar que, hasta ahora, hemos comprobado cómo el cambio de posición del adjetivo afecta a sintagma nominales definidos⁸⁷; sin embargo, la alternancia señalada entre especificación y no especificación no es aplicable cuando el adjetivo aparece en sintagmas nominales indefinidos:

La oposición restricción no restricción solo se verifica en sintagmas nominales definidos, en los indefinidos esa relación semántica no es posible.

(Demonte, 1999, pág. 148)

⁸⁶ En determinados tipos de textos la anteposición o posposición del adjetivo se basa en criterios muy distintos a los señalados. Así, por ejemplo, en *El Pelayo* (1827) de Espronceda (que a pesar de no ser una muestra lingüística actual, nos puede servir para aproximarnos a algunas de las particularidades del lenguaje poético), “el orden se produce según criterios fonéticos, totalmente independientes del sentido o categoría gramatical de los componentes del grupo”, (Ynduráin Muñoz, 1971, pág. 47). En *El estudiante de Salamanca* (también de Espronceda, 1839), mientras, Ynduráin Muñoz (1971, pág. 182) sugiere que “el orden del grupo Adjetivo/Sustantivo, depende en gran medida del ritmo general del verso en que se halla”.

⁸⁷ Podemos decir que esta alternancia es una tendencia que se da en sintagmas en los que el nombre aparece actualizado por determinantes no indefinidos: artículos determinados, demostrativos (*Quiero ese pastel grande* = *Quiero ese pastel que es grande* / *Quiero ese gran pastel* = *Quiero ese pastel, que es grande*), posesivos (*Quiero su pastel grande* = *De sus pasteles, quiero el que es grande* / *Quiero su gran pastel* = *Quiero su pastel, que es grande*), numerales cardinales (*Quiero cuatro pasteles grandes* = *Quiero cuatro pasteles que sean grandes* / *Quiero cuatro grandes pasteles* = *Quiero cuatro pasteles que son grandes*).

De manera similar se expresa Gili Gaya (1943, pág. 218) cuando, tras hacer referencia a la existencia de esta dualidad interpretativa en los sintagmas determinados, comenta que “bastaría dejar solo al adjetivo con el sustantivo para que, al quedar indeterminados, no rigieran los valores lógicos antedichos y se atenuase el significado explicativo o especificativo. La diferencia expresiva entre *blancas nubes asomaban en el horizonte*, y *nubes blancas*..., no es ciertamente de carácter lógico”.

Como señala Leonetti (1999, pág. 850), “la distinción entre modificadores explicativos y restrictivos es nítida en los sintagmas nominales definidos pero se desdibuja en los indefinidos”. En los indefinidos, “los modificadores no contribuyen a la modificación del referente de la misma forma en que lo hacen los definidos, es decir, definiendo subconjuntos dentro de la clase denotada por el núcleo nominal para establecer el dominio sobre el que actúa el determinante”. Es decir, en los sintagmas no definidos los adjetivos no contribuyen a determinar de qué entidad ‘preexistente’ se está hablando, sino de cómo es esta, ya que sobre los indefinidos no actúa un determinante. Es la presencia de un determinante, pues, lo que hace que exista la necesidad de particularizar un referente, y, para esta particularización, unas veces se requiere de la ‘ayuda’ de un adjetivo y otras, no⁸⁸.

Brucart (1999, pág. 417) —a propósito de las oraciones de relativo, que, recordemos, pueden también ser explicativas o especificativas— advierte que hay contextos en los que la diferenciación señalada puede mantenerse. Así, entre *Entró a casa a cerrar unas ventanas que dan al sur* y *Entró a casa a cerrar unas ventanas, que dan al sur* la diferencia está en que en el primer caso solo se hace referencia a un subconjunto de las ventanas de la casa y, en el segundo, a todas ellas. Trasladar esta diferenciación a enunciados con adjetivos adjuntos resultaría complicado. Como el propio Brucart (1999, pág. 417) reconoce, en muchos contextos (incluso para las oraciones de relativo) la oposición explicación / especificación queda con mucha frecuencia neutralizada.

Caviglia y Malcuori (2007, págs. 47 y 48), al abordar el estudio de las oraciones de relativo, siguen a Prince (1990, págs. 12-14) y señalan que, ante sintagmas no definidos, “la oración de relativo no contribuye a la identificación del referente”:

⁸⁸ En estos casos, como señalan Báez y Garcés (1998, pág. 38), “el artículo no determina al nombre, sino a la construcción ((nombre) adjetivo).

La información que aporta la relativa no participa en la actualización del referente porque el referente es una entidad nueva para la cual no se selecciona un “archivo” existente, sino que se abre uno nuevo.

(Caviglia y Malcuori, 2007, pág. 49)

En la misma línea, Báez y Garcés (1998, pág. 38) señalan que, mediante el artículo, se puede determinar referencialmente un elemento léxico existente en el diccionario mental del hablante. Esta determinación indicaría que está haciendo referencia a algo que ya ha sido nombrado o “que existe realmente fuera del hablar”. En las construcciones explicativas, sin embargo, la determinación referencial llega “hasta la pausa anterior al adjetivo, o eventualmente, a la llamada oración de relativo”.

Así, si trasladamos estas ideas a nuestro terreno, podemos decir que, ya que en estos sintagmas aparece “a ‘brandnew entity’” y los oyentes deben “add that entity or construct a new file card”, (Prince, 1990, pág. 12), los adjetivos adjuntos en sintagmas nominales no definidos se comportan como no especificadores.

Por tanto, si hablamos de *Una rosa blanca* o de *Una blanca rosa*, el adjetivo no está contribuyendo en ninguno de los casos a la especificación de cuál es el referente del que se está hablando, sino a explicar cómo es ese referente.

Cuando el sintagma carece de artículos, como en *Estuvo en el jardín cortando flores perfumadas* nos encontramos con que tampoco una interpretación alterna relativa a la especificidad (o no) de los referentes es posible, pues no se está hablando de entidades concretas⁸⁹.

Debemos precisar que —como veremos en el apartado 2.1.1. (*Adjetivos intersectivos, subsectivos e intensivos*)—, desde un punto de vista lógico, el adjetivo, a no ser que sea un epíteto o un adjetivo intensional, restringe siempre el conjunto de entidades a las que refiere el sustantivo como unidad de significado léxico. El adjetivo, en este sentido, siempre selecciona un subconjunto de la clase referida por el sustantivo, ya sea

⁸⁹ Sobejano (1970, pág. 123) señala que “[...] en un caso como *Estaba recogiendo rosas blancas* no sabríamos si *blancas* restringía al concepto *rosas* o exponía una nota cualitativa, ampliando la imagen representativa *rosas*. Tendríamos necesidad de saber en qué situación se había pronunciado la frase”. Desde nuestra perspectiva, esta oposición no es real, ya que, en ambos casos *blancas* restringe al concepto *rosas* (de entre todas las rosas, solo selecciona las blancas), pero en ninguno de los casos, al no ser un sintagma definido, el adjetivo está ayudando a especificar de qué rosas particulares (*de cuáles*) se está hablando.

intersectiva o subsectivamente⁹⁰. Es decir, tanto en *Las/Unas rosas blancas* como en *Las/Unas rosas son blancas*, el adjetivo *blancas* restringe el conjunto con el que se relaciona *rosas*⁹¹. Lo que en este apartado estamos comprobando, sin embargo, es si, mediante esa restricción, el adjetivo ayuda o no en lo comunicativo a especificar el referente concreto del que se habla en un enunciado determinado, es decir, si ayuda a saber de qué referente particular se está hablando. Tal vez fuera adecuado reservar los conceptos de *especificación* para estos casos que nos ocupan y reservar el de *restricción* para aquello que, desde un punto de vista lógico, hacen los adjetivos con el conjunto de entidades que se relacionan con un sustantivo.

En la figura 1⁹² vemos que al hablar simplemente de *Una estrella gris*, *La estrella gris*, *La gris estrella* o *La/Una estrella que era gris* estaríamos siempre activando un subconjunto de [estrellas]: el que forma intersección con [las cosas grises]. Sin embargo, al decir en un contexto comunicativo *Una estrella gris surcaba el cielo*, *La estrella gris surcaba el cielo*, *La gris estrella surcaba el cielo* o *La/Una estrella que era gris surcaba el cielo*, solo en los sintagmas definidos (y, prototípicamente, en los que el adjetivo está pospuesto) puede usarse el adjetivo para dejar claro cuál es la estrella particular de la que se está hablando: la estrella gris, y no la blanca. En cambio, en *Una estrella gris surcaba el cielo*, por ejemplo, solo se sabe que la estrella en cuestión es una estrella cualquiera de las que pertenecen a la intersección activada, pero no es una determinada. En *La gris*

⁹⁰ Estos conceptos aparecerán tratados con detalle en el capítulo 2.1.1. (Adjetivos intersectivos, subsectivos e intensivos), pero podemos apuntar, por ahora, que un *adjetivo intersectivo* es aquel del que es posible decir que la propiedad a la que hace referencia puede relacionarse con un conjunto general de cosas que presentan esa propiedad. Así, por ejemplo, *cuadrúpedo* se relaciona con la categoría de los [seres que tienen cuatro patas]. Estos conjuntos, al relacionarse con los sustantivos forman una intersección: al hablarse de *vertebrados cuadrúpedos* se está activando una intersección entre el conjunto de los [vertebrados] y el conjunto de los [cuadrúpedos]. Los *adjetivos subsectivos*, en cambio, no tienen por extensión una categoría general de cosas, sino que adaptan su significado al sustantivo con que se relacionan. Así, no existe el conjunto de [las cosas grandes] y el adjetivo *grande* forma en cada uso concreto un subconjunto dentro del conjunto de las cosas referidas por el nombre. Una *hormiga grande* y un *elefante grande* no son elementos del conjunto de [las cosas grandes], sino que son elementos del conjunto de las [hormigas] y de [los elefantes] y, dentro de estos, del subconjunto particular de las [hormigas grandes] y de los [elefantes grandes].

⁹¹ Como veremos en el apartado 2.1.1.2. (*Adjetivos intersectivos*), esa restricción puede ser inmediata (cuando el adjetivo es adjunto), y puede así mostrarse el adjetivo y el nombre como una unidad significativa, o puede llevarse a cabo (la restricción) tras la aparición ‘libre’ del sustantivo (cuando este actúa como cópula).

⁹² En este ejemplo hay una intersección entre dos conjuntos. Como veremos más adelante, una vez hayamos desarrollado los conceptos de adjetivo *intersectivo*, *subsectivo* e *intensional*, las diferencias semánticas en sintagmas definidos o no definidos son similares en todos los casos.

estrella surcaba el cielo la estrella es también una estrella particular, pero no gracias a la ‘ayuda’ del adjetivo, ya que este realiza una función explicativa.

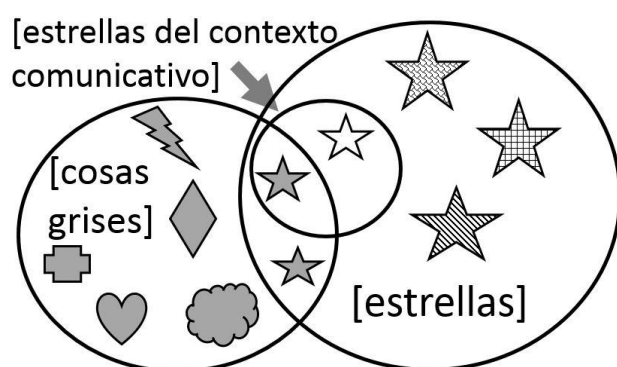


Figura 1. Estrellas y cosas grises.

Otra alternancia basada en la posición del adjetivo adjunto es la propuesta por Bull (1954), quien señala una diferencia interpretativa entre antepuesto-global y pospuesto-parcial. Conforme a Bull (1954), los adjetivos que admiten ambas posiciones sin cambiar de significado, cuando los nombres están precedidos de los artículos plurales *los* o *las*, se refieren, si están antepuestos, a toda la clase de la que es nombre el sustantivo y, si están pospuestos, solo a un subconjunto de esta. Así, *Los áridos desiertos* serían todos los desiertos, mientras que con *Las esposas fieles* se haría referencia a un subconjunto del conjunto de todas las esposas.

En nuestra opinión, esta alternancia realmente no es más que otro caso de alternancia explicativo/especificativo en que, por factores contextuales, el referente particular del nombre es toda la clase que puede ser referida por el sustantivo, es decir, el conjunto del contexto comunicativo y el conjunto potencial del sustantivo son coincidentes. Además, la posición pre o posnominal no se relaciona únicamente con las variaciones de significado que hemos visto, ni siquiera en el caso de los sintagmas nominales definidos, sino que también otros tipos de interpretaciones motivadas por la aparición del adjetivo en una posición u otra son posibles.

La oposición entre subjetivo y objetivo⁹³ (que ya se ha anticipado) se ha considerado también una posible alternancia interpretativa, consecuencia directa de la posición del

⁹³ Como señala Sobejano (1970, pág. 127), a esta oposición se suele hacer referencia también con los pares *afectividad-lógica* (Gröber y sus seguidores), o *síntesis-análisis* (Boer).

adjetivo respecto al nombre. López García (1998, pág. 173) señala que “esta oposición de tipo psicológico es común en la Romanística desde Gröber” y destaca las aportaciones de Lenz (1925), quien a este respecto se expresaba de la siguiente manera⁹⁴:

Como los adjetivos, atributivos, que hemos llamado determinativos, en su función propia siempre preceden al sustantivo (*estos libros, ambas manos, muchos niños, tal cosa, tres días, etc.*) yo resumiría todo lo dicho de la manera siguiente: el adjetivo antepuesto tiene valor subjetivo y encierra una determinación o una apreciación afectiva (moral o estética) del sustantivo; el postpuesto tiene valor objetivo y encierra una especificación lógica, distintiva del sustantivo.

(Lenz, 1925, pág. 116) [Citado en López García 1998, pág. 173]

Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009, pág. 626) señalan que los adjetivos calificativos “se posponen cuando expresan cualidades objetivas^[95] (*sombrero rojo; modelo morena; edificio alto*), mientras que los que expresan cualidades subjetivas aparecen antepuestos o pospuestos (*un bofetón sonoro / un sonoro bofetón*), muy especialmente los que denotan léxica o morfológicamente grado extremo: *un magnífico novelista / un novelista magnífico; un terrible calor / un calor terrible*”⁹⁶.

Resulta evidente que hay multitud de casos en los que esta alternancia interpretativa psicológica no se produce, aunque “[...] es cierto que en ocasiones, cuando una forma adjetiva toma valores distintos según la posición, la que precede al sustantivo es la subjetiva y la que le sigue, la objetiva (así en *un pobre hombre*, «desgraciado» / *un hombre pobre*, «sin recursos»”, en López García (1998, pág. 174). También es cierto que

⁹⁴ A esta línea de pensamiento hace referencia Sobejano (1970, pág. 127), cuando señala que “si tenemos en cuenta que los determinativos [relacionales] se posponen y los calificativos que lógica, analíticamente, restringen la extensión del sustantivo se posponen también; si tenemos en cuenta asimismo que los casos de diferente significación del adjetivo según su emplazamiento, es siempre el adjetivo emplazado después del sustantivo el que significa la cualidad del objeto y el adjetivo emplazado antes del sustantivo el que denota la apreciación del sujeto, y si, en fin, añadimos que todo adjetivo complementado o modificado — esto es, determinante en más matices y de manera más completa— suele posponerse también a sus sustantivo, comprenderemos fácilmente que en la postposición se haya visto siempre el signo de una actitud lógica, analítica, objetiva, y en la anteposición precisamente el signo de lo contrario: de una actitud afectiva, sintética, subjetiva por parte del hablante [...]”.

⁹⁵ Como ya se ha apuntado, siguiendo a Hernanz y Brucart (1990, pág. 181), “cuando el adjetivo describe una cualidad objetiva, su uso más genuino consiste en especificar al núcleo nominal. Por lo tanto, la posición que le corresponde habitualmente en el sintagma nominal es la postnominal”.

⁹⁶ Los propios Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009, pág. 626) admiten que estas generalizaciones, aunque útiles, “simplifican un tanto las cosas” y que “el concepto de ‘cualidad subjetiva’ es (paradójicamente) demasiado subjetivo”.

“ello no siempre sucede, por ejemplo, en *se ha comprado un nuevo coche*, «distinto del que tenía» / *se ha comprado un coche nuevo*, «sin usar», ambas posiciones proporcionan valores objetivos”, (López García, 1998, pág. 174).⁹⁷

Relacionado con esta variación entre lo objetivo y lo subjetivo está el hecho de que parece haber una tendencia a que ciertos adjetivos (llamados *relacionales* y cuyas características abordaremos más adelante) —que en la clasificación de Demonte (1999) mostrada al principio de este apartado se corresponderían con los ejemplos de *c* y *d* (*El acuerdo legal* / *El acuerdo ilegal*; *La ballena patagónica* / *La ballena azul*)— aparezcan pospuestos⁹⁸. Esta clase de adjetivos sitúan un elemento dentro de una ‘taxonomía’ (previamente existente o creada *ad hoc*), por lo que tienden a considerarse como objetivos. Tal vez pudiéramos pensar que *Una paloma blanca* es un tipo de paloma, igual que lo son la *paloma bravía* o la *paloma mensajera*, pero no podríamos realizar esta suposición al hablar de *Una blanca paloma*.

Otra de las alternancias interpretativas que se atribuyen a la posición del adjetivo respecto al nombre es la alternancia informativo / no informativo. López García (1998) hace referencia al fenómeno estudiado por Ringo (1954, págs. 50-72), conforme al cual los adjetivos antepuestos suelen ser menos informativos que los pospuestos, donde el grado de ‘informatividad’ es una cuestión matemática basada en la amplitud de distribución de un término. Esta alternancia en el grado de ‘informatividad’, a pesar de resultar interesante, no podemos considerarla un cambio semántico asociado a la posición del adjetivo, sino una tendencia estadística relacionada con adjetivos más o menos frecuentes (o informativos). A su vez, este hecho se relacionaría con lo apuntado por Fernández Ramírez (1986, págs. 18-19) acerca de que, generalmente, la anteposición

⁹⁷ En el segundo caso (el de *nuevo*), se aprecia que la anteposición del adjetivo puede desembocar en la creación de otra clase de palabra (un determinante), que precisamente tiende a ocupar en español posiciones prenominales con respecto al núcleo nominal. Así, *nuevo* antepuesto se asemeja a un determinante distributivo (‘otro’), *cierto* antepuesto deja de significar ‘verdadero’ y pasa a funcionar como un indefinido, *diferentes* deja de expresar falta de similitud de las cosas para indicar indeterminación (*amigos diferentes* no es lo mismo que *diferentes amigos*). Así, lo pone de manifiesto Elvira (2015, p. 145): “No son pocos los adjetivos calificativos que se utilizan como determinantes (v. gr. *cierto*, *determinado*, *tamaño*, etc.) cuando se insertan en la posición sintáctica del determinante de un sintagma con función nominal”. En Espinosa (2010) se plantea un completo estado de la cuestión de los procesos de formación de palabras que van desde las palabras léxicas (como los adjetivos) a las palabras gramaticales (como los determinantes).

⁹⁸ Hernanz y Brucart (1990, pág. 181) hablan de la “oposición de los adjetivos clasificadores a aparecer a la izquierda del nombre”.

‘prefiere’ adjetivos más cortos e, incluso, algunos adjetivos se acortan si van a ocupar dicha posición (*gran, buen...*)⁹⁹, ya que, “por la ley de Zipf, los términos más frecuentes son los de menor entidad fonética”, (López García, 1998, pág. 174).

Además de todo esto, aunque tal vez sea obvio, debemos señalar, respecto a la posición pre o posnominal del adjetivo, que existen también algunas agrupaciones “que podemos denominar indisolubles, es decir, LOCUCIONES que son CORRELATIVAS de un concepto y que no se pueden enunciar parcialmente sin alterar el objeto de la mención: *Semana Santa* (pero la *Santa Misa*), *pena capital*, *cielo raso* [...]”, Fernández Ramírez (1986, pág. 82).

Por último, hemos de mencionar —aunque lo explicaremos con detalle en el apartado 2.1.2 (*Subsectividad, intersectividad e intensionalidad: cuestiones sintácticas*)— que la posición del adjetivo también puede relacionarse con las interpretaciones subsectivas o intersectivas del mismo y que estas lecturas, en ocasiones, chocan con las otras posibilidades interpretativas vistas.

En resumen, podemos decir que la clase de palabras denominada *adjetivo* en español puede, efectivamente, llevar a cabo, como adjunto, las dos funciones semánticas básicas que le permiten recibir dicho nombre interlingüístico: la de ‘especificar’ y la de ‘explicar’¹⁰⁰. Estas dos funciones están relacionadas con la posición pre o posnominal del adjetivo en sintagmas definidos, pero esta no es una cuestión determinante para que se pueda considerar siempre una u otra lectura como la más adecuada. Por último, el cambio de posición puede tener otros efectos, además de los relacionados con los usos ‘especificativos’ y ‘explicativos’.

1.2.2.2. Adjetivo disjunto (*Predicative position*)

Los adjetivos del español, como ya señalamos, aparecen también en *predicative position*, es decir, en función sintáctica de atributo, en las llamadas *oraciones copulativas de caracterización*, en las que se “predica del sujeto algún tipo de característica [...]” —

⁹⁹ “En todos los casos, la forma apocopada solo aparece en posición anterior e inmediata al sustantivo de que depende”, (Fernández Ramírez, 1986, pág. 19).

¹⁰⁰ Marcos Marín (1980, pág. 192) habla de “ampliar o precisar [...] la significación del sustantivo” como el papel fundamental de esta clase de palabras dentro de la oración.

en (Fernández Leborans, 1999, pág. 2368)— o en función sintáctica de complemento predicativo (que, como señalamos, puede considerarse una modalidad de atributo).

1.2.2.2.1. Oraciones copulativas¹⁰¹

La función de atributo “no está restringida a las construcciones verbales con verbos copulativos”, (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 701). Si bien es cierto que *ser*, *estar* y *parecer* son los verbos que, típicamente, introducen la función de atributo, pueden llevar a cabo este papel de introducción (o cópula) también los llamados *verbos semicopulativos* o *pseudocopulativos*, “que han perdido su significado pleno (en el sentido de ‘no auxiliar’)”, (NGLE, *Manual*, 2010, págs. 702 y 703). Estos verbos “añaden a la oración diversas informaciones, generalmente aspectuales” y exigen la presencia del atributo, ya que “si este se suprime, el verbo pasa a tener su significado pleno”, (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 703). Pertenecen a esta categoría verbos como *andar* (en *Roberto andaba muy triste*), *quedar* (*Quedó muy contenta*), *resultar* (*Me resulta difícil hablar de ello*), *continuar* (*Continuó bastante preocupada*), *ponerse* (*Se puso muy triste*), *hallarse* (*Se halla enfermo*), *encontrarse* (*Se encuentra cansadísimo*) o *seguir* (*Sigue algo tocado*)¹⁰².

Debemos recordar que esta propiedad (predicar del sujeto algún tipo de característica) es también una de las propiedades distintivas de la clase universal del adjetivo y que Dixon (2004) considera que hay dos técnicas para codificar esa caracterización: que el adjetivo funcione como un predicado intransitivo o —y esto es lo que nos interesa ahora— que el adjetivo funcione “as a copula complement”, en (Dixon, 2004, pág 11).

Así, en oraciones como *Pedro es alto* o *María es guapa* estamos predicando una propiedad del nombre que cumple la función de sujeto. En esta clase de oraciones, la aparición del adjetivo presenta, por lo tanto, un carácter explicativo, por lo que, en lo semántico, estos contextos sintácticos están relacionadas con los casos en que el adjetivo figura como adjunto del sustantivo, y aquel se antepone a este. Sin embargo, no podemos identificar totalmente ambos usos pues, como hemos señalado con anterioridad, el

¹⁰¹ Cuando el adjetivo funciona como atributo forma parte de las llamadas *copulativas de caracterización* o *descripción* (NGLE, 2009, pág. 2798). (Véase lo comentado en la nota 60).

¹⁰² “Cuando el verbo no es copulativo ni semicopulativo, sino un verbo PRINCIPAL o PLENO, la expresión predicativa se suele denominar COMPLEMENTO PREDICATIVO [...]”, (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 703). Esto ocurre en casos como *Las estrellas brillan fuertes* o *El árbol crece orgulloso*, que veremos más adelante.

adjetivo antepuesto no siempre ha de identificarse con la función explicativa, aunque esta sea la prototípica.

Debemos recordar, además, que, como cópula, el adjetivo puede aparecer también integrado en oraciones subordinadas. Como dijimos antes, en determinadas oraciones de relativo especificativas (*La paloma que era blanca surcaba el cielo*) la cualidad expresada por el adjetivo se emplea como característica diferencial del referente que se quiere seleccionar frente a otros referentes potenciales, aunque en la oración subordinada en sí podamos mantener que posee un valor explicativo.

En el apartado 1.1.2. (*Clases de palabras: una cuestión morfológica propia de cada lengua*), recurriendo a Hopper y Thomson (1984, pág. 728), establecíamos una correlación universal entre la función atributiva o predicativa de un adjetivo y el grado de temporalidad de la cualidad expresada por este. Para ilustrar este fenómeno, podemos acudir a los ejemplos de Bolinger (1967, pág. 10): **The ready dinner* o **My afraid daughter*. En estas construcciones el carácter efímero de las cualidades expresadas por los adjetivos hace imposible que estos funcionen como atributivos y formen parte del sintagma nominal.

Al trasladar esto al español nos encontramos con que el adjetivo, por muy temporal que sea su significado, no manifiesta una tendencia a abandonar la posición predicativa, ya que, a diferencia del inglés, el español cuenta con el verbo *estar* que, precisamente, contrasta con *ser*, cópula que se usa para esta clase de cualidades¹⁰³. Como señala Di Tullio (2010, pág. 191), la diferencia básica entre los adjetivos que van acompañados por *ser* y *estar* “es de índole aspectual: los adjetivos que van acompañados por *ser* denotan una ‘propiedad permanente’, que caracteriza al individuo, mientras que los de *estar* se refieren a una ‘propiedad transitoria’, referida más bien a un cierto estado del individuo”.

En este sentido, no encontraríamos problema en decir *El niño está asustado* o *La cena está lista*. Sin embargo, sí consideraríamos poco o nada aceptables las estructuras en que estos mismos adjetivos aparecieran con adjetivos atributivos antepuestos que, recordemos, se relacionaban (a grandes rasgos) con los predicativos por su esencia predicadora: *?El asustado niño* y **La lista cena*. El segundo de los casos, incluso, resulta extraño con el adjetivo pospuesto (**La cena lista*). Lo más natural sería, en ambos casos,

¹⁰³ Hablaremos con más detalle de las diferencias entre *ser* y *estar* en el apartado 3.1.1.3. (*Un aspecto del español: el caso de ser y estar*).

decir *El niño, que estaba asustado,...* / *El niño que estaba asustado* o *La cena, que estaba lista,...* / *La cena que estaba lista*.

Podemos sostener, por lo tanto, que en español, efectivamente, como indicábamos más arriba, las propiedades menos temporales son más flexibles que las más temporales a la hora de formar parte de sintagmas nominales en posición atributiva (pos y, sobre todo, prenominal). Sin embargo, estas propiedades menos temporales no solo no pueden “more easily abandon the predicate rol” (Hopper y Thomson, 1984, pág. 728), además manifiestan una inclinación a mantener su posición predicativa a través del verbo *estar*.

1.2.2.2.2. Construcciones con predicativo

El adjetivo en *predicative position*, como ya hemos comentado, modifica al sustantivo a distancia, pero esta modificación el adjetivo no siempre la lleva a cabo a través de verbos copulativos o semicopulativos, sino que, a veces, son otros los verbos empleados. A este adjetivo que modifica a un nombre haciendo uso de un verbo principal o pleno lo denominaremos *complemento predicativo*. Esta es la función que desempeñan los adjetivos que aparecen en los siguientes ejemplos:

*Las estrellas brillan fuertes*¹⁰⁴

El árbol crece orgulloso

Los soldados caminaban desorientados

La madre miró severa a sus hijos

*Te veo muy delgado*¹⁰⁵

Vende fruta estropeada

Alquilé el apartamento amueblado

Considero ese gesto muy inoportuno

En esta posición, el adjetivo manifiesta en ocasiones un comportamiento próximo al de los adverbios: indica el modo, la manera de realizarse el contenido expresado por el evento verbal¹⁰⁶. Por ello, podemos decir que es una función semántica ‘extra’, más allá

¹⁰⁴ Los llamados *predicativos del sujeto* se atribuyen a la entidad designada por este.

¹⁰⁵ Los *predicativos del complemento directo* “se atribuyen a la entidad designada por este”, en (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 703).

¹⁰⁶ “Como el predicativo [...] se agrega a la predicación introducida por el verbo pleno o principal [...], esta relación atributiva es denominada a veces PREDICACIÓN SECUNDARIA”, en (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 703).

de las dos básicas, que, tal y como hemos indicado, se consideran propias de la clase universal del adjetivo.

En este caso, el adjetivo realiza una doble función: por una parte, atribuye una cualidad al referente del sustantivo, desarrollando así la función explicativa propia de los adjetivos; sin embargo, por otro, modifica también al verbo.

Es innegable, en efecto, que el atributo y el complemento predicativo comparten dos propiedades importantes: concuerdan [...] con un SN de la oración y aportan una predicación de la misma. Bajo esta aparente similaridad se esconden, no obstante, diferencias notables entre una y otra función sintáctica. Los atributos constituyen la única predicación aislable en una oración copulativa, mientras que los complementos predicativos representan una *predicación secundaria* (cf. Alcina y Blecua, 1975, p. 870), subsidiaria del verbo flexionado. (Hernanz y Brucart, 1990, pág. 225)

Así, en *Las estrellas brillaban fuertes* podemos decir que las estrellas a las que nos referimos *eran* (o *estaban*, o *parecían...*) *fuertes*, atribuyendo esa cualidad explicativa a las estrellas en cuestión. Sin embargo, también podemos decir que esas estrellas brillaban *con fuerza* o *fuertemente*, lectura en que se advierte la naturaleza adverbial de los adjetivos en esta función. Hernanz y Brucart (1990, págs. 224 y 225) señalan, además, como una diferencia entre las oraciones copulativas y las de predicativo, el hecho de que, en las primeras, la supresión del adjetivo provoca la agramaticalidad de la oración resultante (**Las estrellas son*). Esto, sin embargo, no ocurre al suprimir un complemento predicativo (*Las estrellas brillaban*) cuando este actúa sobre el sujeto de una oración¹⁰⁷.

Como ocurría en algunos casos vistos con anterioridad, los adjetivos en función de predicativo, también pueden formar parte de oraciones subordinadas y, de nuevo, encontraríamos, en determinadas oraciones complejas, una alternancia interpretativa entre lo explicativo y lo especificativo (*Las estrellas que brillaban fuertes iluminaban el río* o *Las estrellas, que brillaban fuertes, iluminaban el río*).

¹⁰⁷ En ocasiones los predicativos de objeto directo sí son *obligatorios* o *seleccionados*. (NGLE, Manual, 2010, pág. 730). Así, no se puede suprimir *inteligente* en *Considero a Luis inteligente*, ni *íntegra* en *Tengo al rey por una persona íntegra*, sin que el significado de los verbos se vea alterado. Por otro lado, en los verbos semicopulativos o pseudocopulativos, en los que se vincula “un sujeto con un atributo añadiendo algún contenido, a menudo aspectual o modal” (NGLE, Manual, 2010, pág. 719), el atributo también resulta “imprescindible”, (NGLE, Manual, 2010, pág. 719). Así, por ejemplo, si se suprime *enfermo* en *Se puso enfermo* cambiará el significado del verbo.

No siempre resulta sencillo establecer si uno de estos adjetivos está funcionando meramente como un adverbio (que afecta al evento verbal) o si presenta capacidad predicadora orientada al ‘sujeto’ (en el caso del predicativo de sujeto). En una oración como *El bombero llegó rápido* hay motivos para decantarse por cualquiera de estas dos posibilidades. Si atendemos a un criterio morfológico, basado en la concordancia, *rápido* se comporta como un adverbio (inmovilizado gramaticalmente): la oración puede llevar un sujeto en plural, sin que esa moción de número afecte a *rápido* (*Los bomberos llegaron rápido*). Además, *rápido* en este caso admite la sustitución por *rápidamente*¹⁰⁸. Sin embargo, siguiendo con el criterio de la concordancia, si *rápido* es sensible a la concordancia con el sujeto, nos encontramos ante un adjetivo que funciona como núcleo de una doble predicación (complemento predicativo): en *Los bomberos llegaron rápidos*, concuerda *rápidos* (adjetivo) y *los bomberos*¹⁰⁹.

Hemos visto en este apartado que aquello a lo que tradicionalmente denominamos *adjetivo* en español cumple con las dos características básicas de la semántica oracional que permiten relacionar interlingüísticamente clases de palabras de lenguas concretas: la función explicativa (llevada a cabo por el adjetivo como adjunto y como cópula) y la especificativa (llevada a cabo por el adjetivo como adjunto). Además, en español, lo que solemos llamar *adjetivo* puede adquirir una naturaleza adverbial¹¹⁰, pero esta pequeña diferenciación, que el español comparte con otras lenguas y que lo aleja ligeramente del concepto prototípico de *adjetivo*, no es motivo suficiente para, una vez identificados y señalados estos rasgos particulares, considerar que esta clase de palabras no pueda ser clasificada interlingüísticamente con la etiqueta universal de *adjetivo*.

Por otra parte, las cuestiones interlingüísticas relacionadas con la semántica del adjetivo como unidad independiente (es decir, al margen de cuestiones sintácticas) que señalábamos en el capítulo 1 —apartado 1.1.4. (*El adjetivo como clase de palabra*:

¹⁰⁸ *Rápido* pertenecería a los adverbios adjetivales o cortos, que “tienen la misma forma que la variante masculina de los adjetivos o participios correspondientes, pero, al igual que lo demás adverbios, carecen de flexión de género y número”, (NGLE, *Manual*, 2010, págs. 578 y 579). Estos adverbios no modifican a los adjetivos ni a los participios. Pertenecería a esta clase los términos subrayados en *No consigue caminar recto* o *Las estrellas brillan bajo*.

¹⁰⁹ Véase Luján (1980, cap. 5).

¹¹⁰ Esta proximidad entre adjetivo y adverbio se aborda en detalle en el capítulo 6 (*Adjetivos y adverbios: Relaciones y diferencias*) de *Las categorías gramaticales* (Bosque, 2014).

caracterización (semántica) interlingüística)—, se adaptan con facilidad al caso concreto del adjetivo español. Parece claro que, en lo ontológico, el adjetivo se relaciona típicamente con propiedades o cualidades, y que, estas, típicamente, modifican¹¹¹, ya sea para referir o predicar. Podría decirse, además que, con las particularidades vistas (*ser* y *estar*), el adjetivo se relacionaría en español típicamente con una temporalidad ‘media’ (entre la del verbo y la del sustantivo)¹¹². Sin embargo, resulta algo más complicado relacionar el adjetivo español con primitivos semánticos¹¹³ como los relacionados con *good*, *bad*, *big* y *small*, debido a que esta es una clase con muchísimos elementos de la que no puede decirse que haya un significado concreto típico¹¹⁴.

Debemos advertir, llegados a este punto, que los análisis acometidos hasta el momento, aunque en algunas ocasiones se han aproximado a otras categorías, se han basado, fundamentalmente, en el adjetivo calificativo, es decir, en aquel adjetivo que “se refiere a un rasgo constitutivo del nombre modificado”, (Demonte, 1999, pág. 136) y “cuya función es la de atribuir a las entidades propiedades que las describen y singularizan”, (Demonte, 1999, pág. 172). La clase del adjetivo, recordemos, es universal, pero los adjetivos que están presentes en todas las lenguas son exclusivamente los calificativos; en español, en cambio, aquello a lo que solemos llamar *adjetivo* no se limita únicamente a esta clase. A continuación, prestaremos atención a los tipos de adjetivos en que tradicionalmente se divide el adjetivo, como clase de palabra, y señalaremos (y retomaremos aspectos ya abordados) la relación específica de estas clases con las cuestiones semánticas y morfosintácticas examinadas hasta el momento.

1.2.3. Clases de adjetivos atendiendo a su significado léxico

1.2.3.1. Calificativos

Spitzová (2001) define los adjetivos calificativos como “palabras que expresan cualidades de las personas u objetos designados por los sustantivos con que se unen”,

¹¹¹ Siguiendo el planteamiento de Croft (1991, pág. 52).

¹¹² Tal y como señalan Givón (1984 y 2001) y Hopper y Thomson (1984).

¹¹³ Wierzbicka (2000, pág. 297).

¹¹⁴ Dixon (1977/1982, págs. 46-59) y Bosque (2014, págs. 39 y 40).

(2001, pág. 39)¹¹⁵. Estas cualidades, que pueden ser estables o transitorias, se refieren a un rasgo¹¹⁶ (y solo a uno) constitutivo del referente del nombre al que acompañan. Por su parte, Fernández Leborans (2003, pág. 51) subdivide los calificativos en *descriptivos* y *valorativos*, según expresen características objetivas o subjetivas, respectivamente. Similar es la división de Spitzová (2001, pág. 39) en *objetivos* y *valorativos*. Conceptualmente, como veremos más adelante, podemos decir que son típicamente calificativos los adjetivos que expresan velocidad, forma, propiedad física, color, edad, valoración, etc. Así, salvo en determinados contextos, que comentaremos en apartados posteriores, serán calificativos adjetivos como *pequeño, lento, bonito, alargado, metálico, viejo, amarillo o amarillento*.

Tal y como ha ido mostrándose a lo largo del apartado dedicado a la caracterización del adjetivo en español, son los calificativos los adjetivos que, morfosintácticamente, posibilitan con más claridad su aislamiento como clase de palabra independiente. Este aislamiento morfosintáctico se basa en las tres características que recuperamos a continuación:

- 1) Realizan la función de modificación del nombre sustantivo (en posición atributiva).
- 2) Cumplen la función de predicado en una oración copulativa.
- 3) Desempeñan la función de complemento predicativo.

Además, los calificativos llevan a cabo las dos funciones semánticas fundamentales (la explicativa y la especificativa) que se consideran definitorias de categoría interlingüística del adjetivo.

¹¹⁵ Del mismo modo, Di Tullio (2010, pág. 187) considera que los adjetivos calificativos “predican cualidades o propiedades de los sustantivos a los que modifican (atributiva o predicativamente)”. Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009, pág. 624) señalan que los adjetivos calificativos “o cualitativos” expresan “propiedades o cualidades de los sustantivos, como pueden ser las dimensiones, las características físicas, intelectuales, emocionales o de otro tipo (*casa grande, globo rojo, hombre alegre*, etc.)”. Hernanz y Brucart (1990, pág. 173) entienden que “los calificativos informan de cualidades (ya sean internas o externas, permanentes o accidentales)”.

¹¹⁶ Rodríguez Ramalle (2005, pág. 165 y 166) considera que el “rasgo constitutivo” del objeto que se relaciona con el adjetivo debe ser una “propiedad física”, aunque más adelante incluye en esta categoría adjetivos “de valoración o evaluativos” y “de actitudes y (pre)disposiciones humanas”.

1.2.3.2. Relacionales¹¹⁷

Mientras que los adjetivos calificativos atribuyen una única cualidad y esta es propia de las entidades a las que se aplican, los adjetivos relacionales¹¹⁸ expresan varias propiedades de las entidades, y estas propiedades “establecen conexiones entre esas entidades y otros dominios o ámbitos externos a ellas, y de acuerdo con las cuales sitúan o clasifican los sustantivos sobre los que inciden”, (Bosque 1993, pág. 10). Por eso, con frecuencia, en los diccionarios, la definición de estos adjetivos se inicia con un “perteneciente o relativo a...”¹¹⁹. Serían relacionales¹²⁰ adjetivos como los que aparecen subrayados en esta serie de grupos nominales: *vaca lechera, roca volcánica, barco pesquero o política municipal*. Cuando hablamos de, por ejemplo, *un partido amistoso* no estamos dando cuenta de cómo es el partido en cuestión, sino de qué tipo de partido es¹²¹.

No podemos decir que el partido fuera “muy amistoso” o “escasamente amistoso” a no ser que estemos empleando el adjetivo de modo no relacional. Esta posibilidad es lo que permite que frases aparentemente contradictorias no lo sean en realidad. En *Ha sido un partido amistoso nada amistoso* consideramos que el primer adjetivo (relacional) especifica el tipo de partido que ha tenido lugar, mientras que el segundo lo califica. Es

¹¹⁷ Bosque (1993, pág. 10 y 11) señala que *no predicativos, clasificatorios, denominales y referenciales* son algunas de las etiquetas empleadas para designar esta clase de adjetivos. *Relacional* —sostiene—, es su denominación dentro del ámbito de la lingüística francesa. En Sobejano (1970, págs. 119-121) son una subclase de los adjetivos determinativos, una subclase de determinativos *no pronominales*.

¹¹⁸ Bosque (1993, pág. 10 y 14) apunta que es “frecuente analizar los adjetivos ‘relacionales’ como una de las clases de adjetivos ‘calificativos’”, aunque ni este autor ni nosotros consideraremos que esto deba ser así.

¹¹⁹ Independientemente de que estén relacionadas con una o varias cualidades, Di Tullio (2010, pág. 189) ve en el hecho de que asocien (*relacionen*) al sustantivo con un “determinado ámbito” su característica definitoria: “Mientras que los adjetivos calificativos atribuyen cualidades a los individuos de los que se predicán, los adjetivos relacionales, en cambio, vinculan al sustantivo con un determinado ámbito (como indican los diccionarios ‘relativo o perteneciente a...’)”. Hernanz y Brucart (1990, pág. 169) clasifican estas palabras dentro de los “complementos de contenido objetivo” del sintagma nominal y, dentro de estos, en la subclase de los clasificadores: “La función de los clasificadores es la de caracterizar al sustantivo como miembro de una clase: *accidente aéreo, partido político, obra de literatura, tendido eléctrico*”.

¹²⁰ Se incluyen en los relacionales los gentilicios (*estudiante donostiarra, literatura cubana*) o los patronímicos (*el sueño bolivariano, la novela galdosiana*).

¹²¹ En la *NGLE, Manual* se establece la clase de los *descriptivos* que, “coinciden con los relacionales en su carácter clasificativo [...], pero se diferencian por su naturaleza morfológica, ya que no suelen derivar de sustantivos ni se asocian semánticamente con ellos. Suelen proporcionar denominaciones o clasificaciones de entidades, y muchos de ellos derivan de verbos, como en *rosal trepador, puente colgante*”, (*NGLE, Manual*, 2010, pág. 253).

decir, el partido, que era amistoso porque no era un partido de competición oficial, ha sido poco amistoso porque ha debido ser violento o porque los contendientes se han esforzado muchísimo para ganar. El adjetivo *amistoso* se emplea en el mismo contexto como relacional (o clasificador) y como calificativo. Cuando empleamos los adjetivos con su sentido relacional, no podemos construir enunciados a través de las siguientes perífrasis: a) **El partido de ayer fue más amistoso que el de hoy*, b) **El partido ha sido bastante amistoso*. c) **Ha sido amistoso, para ser un partido entre Madrid y Barça*.

No pueden, por lo tanto, servir para integrar estructuras de comparación, establecer grados ni relativizar este tipo de adjetivos respecto a una categoría. Morfosintácticamente, estos adjetivos se comportan de manera distinta a los calificativos. Demonte (1999, pág. 138), basándose en las pruebas sintácticas de Schmidt (1972) y Bache (1978), entre otros, recoge las que considera las tres diferencias fundamentales entre unos y otros adjetivos:

1) Ser usados predicativamente o no. Como señala Di Tullio (2010, pág. 190), los adjetivos relacionales “solo funcionan atributivamente”; es decir, “no funcionan como atributos en las oraciones copulativas, como **El viaje fue presidencial*, y tampoco pueden ser predicados en las cláusulas reducidas¹²²: no es viable la lectura relacional de *legal* en *Considero legal la información*”, (Bosque, 1993, pág. 34). Así, podemos decir *Quiero el diccionario verde* o *Ese diccionario es verde*; pero, aunque aceptamos un enunciado como *Quiero el diccionario médico*, no nos resultan aceptables **Ese diccionario es médico* o **Considero médico ese diccionario*.

Los adjetivos relacionales nunca actúan como predicados; por ello suelen ser extraños como predicados de una oración copulativa: **La obra de teatro es musical* (con el sentido de ‘es un musical’), **La reconstrucción es dental* (‘una reconstrucción de los dientes’).

(Rodríguez Ramalle, 2005, pág. 172)

En la *Nueva Gramática de la Lengua Española [NGLE, Manual]* se señala que, de esta generalización, se “exceptúan los que se emplean con interpretación contrastiva como *político* en *El problema es político* (es decir, *ni económico ni sociológico*”, (NGLE,

¹²² En español (y otras lenguas) existen unas “estructuras sintácticas con carácter de oración pero donde no hay flexión, aunque sí una relación de predicación”, (Gómez Torrego, 2010, pág. 273). Estas estructuras se suelen denominar *cláusulas* u *oraciones reducidas*. Así, en *Consideran a Juan simpático* no puede considerarse que *Juan simpático* sea un grupo nominal, sino una secuencia de carácter oracional en la que se predica que [*consideran que*] *Juan es simpático*. Para un análisis de este tipo de cláusulas reducidas o mínimas, véase (Bosque y Gutiérrez-Rexach, 2009, pág. 423-430).

Manual, 2010, pág. 252). Además, este tipo de adjetivo aporta ciertos matices relacionados con el tipo de entidad sobre la que actúan:

Usados como atributos, estos adjetivos aportan rasgos que caracterizan y permiten clasificar a los seres a los que se aplican, como en *El problema es político; Esta infección es renal, no gástrica*. Sin embargo, se percibe un marcado rechazo a estas construcciones con los adjetivos de relación que aportan información correspondiente al agente (*el viaje presidencial, la visita episcopal*). Así, el adjetivo *episcopal* en *La visita fue episcopal* aporta información clasificativa, ya que especifica el rango o clase que corresponde a cierta visita. Se obtiene, por tanto, una interpretación de naturaleza no agentiva.

(NGLE, *Manual*, 2010, pág. 704) ¹²³

2) Formar parte de comparaciones y admitir ser modificados por adverbios de grado. No puede hablarse de **El sabor muy mineral* de algo ni decir que **Este sabor es más mineral que aquel*. Estos adjetivos “no son graduables”, (Di Tullio, 2010, pág. 190). Lo que se gradúa normalmente es la cualidad denotada por un adjetivo, por lo que, como señala Bosque (1993, pág. 25), “es lógico que los adjetivos relacionales no acepten esta propiedad”, puesto que no denotan cualidades.

Obviamente, los adjetivos relacionales que pasan a funcionar como adjetivos calificativos adquieren la gradación como una de las marcas de la nueva clase (lo que se revela en contrastes conocidos como *temperamento muy francés* frente a **pasaporte muy francés*).

(Bosque, 1993, pág. 22)

Por otro lado, “los adjetivos calificativos admiten modificadores de grado (*hombre muy alegre, casa muy grande*), a menos que expresen grado extremo (*espléndido, maravilloso, sublime*)”¹²⁴. Además, los calificativos “pueden participar en construcciones comparativas y superlativas (*este globo es más rojo que aquel*)”, en (Bosque y Gutiérrez-Rexach, 2009 pág. 624).

3) Formar parte de sistemas binarios y ser, por tanto, términos de correlaciones de polaridad. Como señala Di Tullio (2010), los adjetivos relacionales “[no] se integran en pares antonímicos”, (Di Tullio, 2010, pág. 190). No hay, por lo general, un término que

¹²³ Hay construcciones del tipo *Esa revista es mensual* en que el adjetivo de relación ocupa ‘aparentemente’ la posición de predicado en una oración copulativa. En realidad, se ha de analizar como un modificador de un término nominal elidido por el contexto: *Esa revista es (una revista) mensual*.

¹²⁴ Se trataría, en el caso de *espléndido, maravilloso* o *sublime*, de elativos léxicos.

pueda ser considerado opuesto¹²⁵ a otro: el concepto de *POLÍTICA CULTURAL* no encuentra oposición en *política acultural*.

[...] los adjetivos relacionales no tienen antónimos. De hecho, dada la naturaleza semántica de los adjetivos relacionales, y en particular la ausencia de escalas en las que graduar propiedad alguna, es absolutamente esperable que no los tengan, o, para ser más precisos, que solo tengan opuestos de naturaleza “cultural” (*urbano-rural*, *humano-divino*, *septentrional-meridional*), que no son propiamente antónimos ni complementarios en los sentidos más restrictivos de estos términos (véase Cruse 1986).

(Bosque, 1993, pág. 22)

Por otro lado, los relacionales “no aparecen en posición prenominal” (Bosque, 1993, pág. 35)¹²⁶. Dicho comportamiento está probablemente ligado, según Hernanz y Brucart (1990, pág. 181), al “carácter obligatoriamente objetivo de este tipo de unidades¹²⁷”:

Lo que explica la obligatoria adyacencia y la posposición de los relacionales es la relación cuasimorfológica entre el nombre y el adjetivo relacional y la función semántica clasificadora propia de los adjetivos pospuestos.

(Gelnarová, 2008, pág. 46)

Además —tal y como indicábamos en 1.1.3. (*El adjetivo como clase de palabra: caracterización morfosintáctica*) y acabamos de retomar (parcialmente) en este mismo apartado a través de las pruebas de Schmidt (1972) y Bache (1978) a las que hace referencia Demonte (1999)—, estos adjetivos (que aparecen siempre como adjuntos posnominales sin admitir la interpolación de ningún elemento entre ellos y el sustantivo¹²⁸), carecen de otras de las características morfosintácticas que sí encontramos (aunque no exclusivamente) en los adjetivos calificativos:

¹²⁵ Profundizaremos en el concepto de OPOSICIÓN ENTRE ADJETIVOS en el capítulo 2.

¹²⁶ Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009, pág. 626) señalan que “los adjetivos calificativos gozan de mayor libertad posicional que los relacionales. Estos últimos no se anteponen (**la eléctrica instalación*), a menos que se usen como calificativos, con lo que dejan de ser relacionales, como *en su política decisión* (‘estratégica, calculada’). Di Tullio (2010, pág. 190) apunta que “los adjetivos relacionales [...], por su carácter restrictivo, siempre van pospuestos”.

¹²⁷ Ya Lapesa (1975, pág. 333) destaca que estos adjetivos “no expresan propiamente cualidad [...]. Su significación los hace refractarios a usos que no sean puramente conceptuales y objetivos, por lo que se posponen de ordinario al nombre”.

¹²⁸ A no ser, claro está, que haya dos adjetivos relacionales que se apliquen al mismo sustantivo como sucede en *Al principio se publicó como revista pedagógica mensual*. En este enunciado entre *mensual*

1. No admiten adverbios de gradación: **Un diccionario muy médico*
2. No admiten afijos de grado extremo: **Un diccionario megamédico*
3. No aceptan formar parte de estructuras comparativas: **Quiero un diccionario más médico*

Al presentar los (complementos) *clasificadores*, dentro de los que estarían los adjetivos que hemos estado llamando *relacionales*, Hernanz y Brucart (1990, pág. 169) resumen algunas de las características presentadas¹²⁹ e indican que dichas características “han llevado algunos autores a proponer para esta clase el nombre de pseudoadjetivos (cf. Ronat, 1975)”.

1.2.3.3. Adverbiales¹³⁰

Sintácticamente, los adjetivos adverbiales¹³¹ nunca aparecen tras el verbo copulativo ni funcionan como complemento predicativo y, en función atributiva, su posición es siempre anterior a la del nombre¹³². Se distinguen de los calificativos, además, en tres cuestiones básicas:

1. No admiten adverbios de gradación: **Un asesino muy presunto*.
2. No admiten afijos de grado extremo: **Un asesino megapresunto*.
3. No aceptan formar parte de estructuras comparativas: **Es el asesino más presunto que he visto*.

(adjetivo relacional) y *revista* (sustantivo y núcleo del SN) se inserta un elemento (otro adjetivo relacional: *pedagógica*), más próximo temáticamente al núcleo: *Se publica una revista de Pedagogía al mes* y no ?*Se publica una revista al mes de Pedagogía*.

¹²⁹ Hernanz y Brucart (1990, pág. 169) los introducen del siguiente modo: “Estos complementos son los que presentan un comportamiento sintáctico más nítido: aparecen siempre junto al nombre, se resisten a figurar como atributos en las oraciones copulativas (cf. *Una instalación eléctrica* / ??*Una instalación que es eléctrica*) y no admiten gradación (cf. ??*Una instalación muy eléctrica*) ni anteposición al nombre (cf. ??*Una eléctrica instalación*)”.

¹³⁰ No debemos confundir esta clase de adjetivos con los adjetivos que llevaban a cabo de función de complemento predicativo, de los que decíamos que adquieren un valor adverbial y que pueden llegar a estar inmovilizados morfológicamente hablando: *La ganadora salió rápido*.

¹³¹ Reciben este nombre porque “establecen vínculos semánticos y morfológicos con determinadas clases de adverbios”, (Rodríguez Ramalle, 2005, pág. 169).

¹³² “Estos adjetivos van siempre antepuestos al sustantivo y no pueden funcionar predicativamente”, en (Di Tullio, 2010, pág. 190).

Su función semántica, al contrario que la de los relacionales, es exclusivamente explicativa: no se emplean para restringir¹³³ unos referentes concretos del conjunto de referentes a los que podría aludir el sustantivo al que acompañan. Resultaría muy extraño que, por ejemplo, con *El presunto asesino* se distinguiera a un asesino particular de otro asesino (debido a que el presunto asesino no es necesariamente un asesino) o que con *Mi propio hijo* se contribuyera a separar al hijo en cuestión de otro. Dicho de otro modo, estos adjetivos nunca ayudan a responder ¿*Cuál de tus +SUSTANTIVO?*

Dentro de los denominados *adjetivos adverbiales* se establece una diferencia entre los *intensionales* y los *eventivos*. Veremos a continuación qué características semánticas concretas presentan y cómo, a su vez, se subdividen estos dos tipos de adjetivos adverbiales¹³⁴.

1.2.3.3.1. Los adjetivos adverbiales intensionales

Estos adjetivos no atribuyen propiedades a los nombres, no guardan relación con la extensión del sustantivo y “solo sirven para indicar la manera como el concepto o intensión de un término se aplica a un determinado referente”, (Demonte, 1999, pág. 139). Los adjetivos adverbiales intensionales pueden ser *modales* o *marcadores de la referencia*.

Los adjetivos adverbiales *intensionales modales* se emplean para “expresar la necesidad o la posibilidad de ciertas relaciones [...] y acontecimientos” —(Demonte, 1999, pág. 206)—, además de “la actitud del hablante frente a esas relaciones y acontecimientos”. Mientras que con *un asesino alto* estamos haciendo referencia a un asesino que tiene la característica de ser alto, con *un presunto asesino* indicamos que del referente no se puede predicar con seguridad que sea un asesino. Estos adjetivos, repetimos, no indican propiedades de entidades, sino que modifican el modo como el concepto expresado por el nombre puede aplicarse a una entidad. De manera similar,

¹³³ Como vimos anteriormente, en el caso de los adjetivos epítetos, más que para restringir, podemos decir que sirven para ‘situar’ al referente como un subconjunto de las cosas que poseen la propiedad expresada por el adjetivo.

¹³⁴ Al dividir esta heterogénea clase de adjetivos adverbiales, se consideran dos grandes grupos: los *intensionales* y los *modificadores del evento*. Los primeros, a su vez, se subdividen en *intensionales modales* (privativos o evasivos) e *intensionales marcadores de la referencia*. Los segundos (*modificadores del evento*) pueden ser *aspectuales* o *circunstanciales*.

posible novia haría referencia a la posibilidad (o necesidad) de una relación, *probable invasión*, a la probabilidad de que un acontecimiento ocurra y *feliz decisión*, a la actitud o valoración que a una persona le merece un evento.

Los adjetivos intensionales (o intensivos) modales se dividen en *intensionales modales privativos* e *intensionales modales evasivos*. A grandes rasgos puede decirse que los *evasivos* son adjetivos que acompañan al nombre creando sintagmas en los que el referente no tiene la cualidad expresada por el adjetivo de forma independiente ni puede mantenerse que ese referente sea *necesariamente* el tipo de entidad a la que haría referencia el nombre de forma aislada: *El presunto asesino de la mujer fue detenido*. En los *privativos* ya no es que el referente no sea necesariamente el tipo de entidad a la que haría referencia el nombre de forma aislada sino que, *necesariamente, no lo es*: *Condenaron al falso sacerdote shaolín con 38 años de cárcel*.

Non-subjective adjectives can be further divided into simple non-subjective adjectives where the adjective + noun combination implies neither the adjective nor the noun, and privative adjectives that license a negative inference for the noun [¹³⁵]:

(9) Non-subjective adjectives

Simple non-subjective

X is a Adj N -- / \rightarrow X is a N X is an alleged murderer --/ \rightarrow X is a murderer
X is Adj N --/ \rightarrow X is Adj X is an alleged murderer --/ \rightarrow X is alleged

Privative

X is Adj N \rightarrow X is not a N X is a fake diamond \rightarrow X is not a diamond
X is Adj N --/ \rightarrow X is Adj X is a fake diamond --/ \rightarrow X is fake.

(Cabredo Hofherr, 2010, pág. 7)

Para explicar los adjetivos adverbiales *intensionales modales privativos* recurriremos al ejemplo que emplean Chierchia y Mc Connell-Ginet (1990, pág. 372) sobre la situación del senado de los Estados Unidos en el año 1988. Por aquel entonces no había ningún senador que fuera jugador de baloncesto profesional. El conjunto de [los jugadores de baloncesto] era, dentro del universo del senado, un conjunto vacío. Dentro de este mismo

¹³⁵ Los *evasivos* son denominados en Cabredo Hofherr y Matushansky (2010) *simple non-subjective adjectives*.

universo, en cambio, la categoría [former basketball player]¹³⁶ sí contaba con un miembro: {Bill Bradley}.

Como se advierte, no podríamos representar lo denotado por “former basketball player” como una intersección entre el conjunto [basketball player] y el conjunto [former]. En primer lugar, porque el conjunto [basketball player] no consta de ningún elemento y, en segundo lugar, porque la categoría [former] por sí sola no tiene sentido referencial.

That is, not only does the set of former senators fail to be the intersection of the set of former things (whatever it might mean) with the set of senators; moreover, as (8b) asserts, it is not even true that the set of former senators is a subset of the set of senators.

(Kamp y Partee, 1995, pág. 138)

Como precisa Escandell (2004, pág. 219), “un antiguo novio no es un NOVIO que es ANTIGUO, ni tampoco un tipo particular de NOVIO; lo mismo ocurre con picasso falso”. Un *antiguo novio* no satisface la condición de ser novio, y un *picasso falso* no puede ser realmente un picasso, si asumimos que es falso. La intersección entre el conjunto [antiguo novio] y [novio] sería el conjunto vacío. Entre [picasso falso] y [picasso] estaríamos igualmente ante conjuntos disjuntos.

Lo que caracteriza el significado de estos sintagmas es, precisamente, que las entidades a las que se aplican no satisfacen las condiciones mínimas de pertenencia al conjunto denotado por el nombre. (Escandell, 2004, pág. 219)

Llamaremos *evasivos* a los “modificadores que no imponen ningún compromiso sobre la aplicación del predicado al que modifican”, (Escandell, 2004, pág. 220). Son similares a los privativos, ya que “manejan términos cuya denotación no se corresponde con la de la situación real”. Sin embargo, “mientras que en los privativos existe el compromiso de la no aplicabilidad del término en el mundo real (recordemos que *un falso picasso* no puede ser *un picasso*), en los evasivos cualquier compromiso queda en suspenso” (Escandell, 2004, pág. 220). Es decir, un *former basketball player* seguro que en el momento de enunciación NO es un basketball player y un *antiguo novio* tampoco es

¹³⁶ *Former* es un adjetivo que podemos traducir por *antiguo* (cuando se usa *antiguo* en posición prenominal) o por el prefijo *ex-*. *Former basketball player* significa, por lo tanto, ‘antiguo jugador de baloncesto’ o ‘exjugador de baloncesto’.

un novio. No obstante, si decimos que *El presunto asesino fue interrogado* o que *La cantante fue vista con un posible nuevo novio* no estamos negando por completo la posibilidad de que el presunto asesino sea un asesino ni de que el posible nuevo novio sea el nuevo novio de la cantante, simplemente, no nos comprometemos con la información ni en uno ni en otro sentido. Dejamos abiertas ambas posibilidades.

Por otro lado, el segundo tipo de adjetivos adverbiales intensionales es el de los *marcadores de la referencia* que “orientan la interpretación hacia la unicidad, singularidad y compacidad del referente [u] orientan en cambio la interpretación hacia la exhaustividad de la referencia, invitan a que la acepción correspondiente se aplique al referente con todas sus consecuencias, sin ningún género de dudas”, (Demonte, 1999, pág. 207). Así, en *mi propio hijo* el adjetivo pertenecería al primer tipo y en *un absoluto fracaso* el adjetivo pertenecería al segundo.

1.2.3.3.2. Los adjetivos adverbiales modificadores del evento

Estos adjetivos pueden ser de dos clases: *aspectuales* o *circunstanciales*. Los *modificadores del evento aspectuales* se emplean para aludir a la manera de estructurarse el evento expresado por el sustantivo de naturaleza verbal. Pertenecerían a esta clase adjetivos como el que aparece en el siguiente ejemplo: *Sus constantes faltas de respeto*. Los *modificadores del evento circunstanciales*, en cambio, “modifican los aspectos temporales y situacionales del nombre ([...] *el siguiente presidente / una breve jornada / el cercano puente*)” (Demonte, 1999, pág. 208) o señalan, como los adverbios de manera, “la manera como se presenta el nombre” (*su distante actitud, el brutal desenlace*), en (Rodríguez Ramalle, 2005, págs. 169 y 170).

1.2.4. El lugar de los adjetivos dimensionales

Podríamos mantener, aunque con matices, que los adjetivos dimensionales propiamente dichos son siempre calificativos (no son, por tanto, adverbiales ni relacionales) y, por tanto, están habilitados para cumplir las tres funciones sintácticas, ya examinadas, como propias de la clase adjetival del español: la de modificador directo del nombre, la de cópula y la de complemento predicativo.

Marta es una niña altísima

Marta es altísima

Marta llegó muy delgada de las vacaciones

Además, como consecuencia de su carácter calificativo, pueden también desempeñar las tres funciones propias de esta clase de adjetivos en español dentro de la semántica oracional: la explicativa, la especificativa y la adverbial (como predicación secundaria).

De entre todos los perros, a ella solo le gustan los delgados galgos (explicativa)

Solo me gustan los perros pequeños (especificativa)

Encontraron a los galgos más finos y veloces (predicación secundaria)

En la clasificación semántica o conceptual de los adjetivos calificativos establecida por Dixon (1977)¹³⁷, los dimensionales son una de las subclases de estos, junto a los de *velocidad, propiedad física, color, edad, valoración y propensión o capacidad humana*. Por su parte, Demonte (1999, pág. 175) opta por una división similar en la que las categorías resultantes de adjetivos calificativos son las siguientes: *dimensión, velocidad, propiedad física* (dentro de la cual están *forma y sabor*), *color, edad, valoración, aptitudes y predisposiciones humanas*.

Es cierto que muchos de los adjetivos que nos vienen a la cabeza como prototípicos de muchas de estas subcategorías de calificativos (de velocidad, de edad...) pueden comportarse también como adjetivos relacionales. Efectivamente, “existen ejemplos en los que un mismo adjetivo se puede interpretar como denotador de propiedades o de relaciones”, (Rodríguez Ramalle, 2005, pág. 171). Por ejemplo, en un supermercado una *caja rápida* es un tipo de caja, una caja por la que solo se puede pasar con menos de determinado número de productos. Evidentemente, estamos ante una metonimia y la caja no es en sí rápida, ya que esta no se mueve, pero tampoco el evento que está asociado a ella tiene por qué serlo necesariamente, ya que la interpretación normal adscribe la caja en cuestión a un tipo de cajas, pero no denota inequívocamente una propiedad de esta. Así, no sería contradictorio hablar de *una caja rápida muy lenta*.

De manera similar, al hablar de *la bandera roja de la playa* no estamos haciendo referencia a una cualidad que responda necesariamente al color de la bandera, sino al tipo de bandera que es y el significado que se le otorga como símbolo. Si en un municipio se

¹³⁷ Reelaborada para el español por Demonte (1999).

quedaran sin presupuesto para banderas de color rojo, podrían reutilizar las banderas de las fiestas y aclarar en un bando municipal que “a partir de mañana la bandera roja de la playa será de color gris”. Es decir, la bandera *roja* (relacional) no será *roja* (calificativo). Más claro sería el uso de *negro* y *blanco* en *hombre negro* y *hombre blanco* o el uso que en catalán se hace de *negre* en *vi negre*¹³⁸. En estos tres ejemplos, los adjetivos de color no están haciendo referencia directa a un color, sino a una clase de cosas.

Los adjetivos dimensionales también dejan abierta la posibilidad de ser interpretados como relacionales o como calificativos según el contexto. Por ejemplo, con *un pantalón corto* podemos estar haciendo referencia a un tipo de pantalón, y este puede ser más o menos corto (dentro de unos límites). Si el pantalón es especialmente corto, podremos decir que es *un pantalón corto corto*¹³⁹ utilizando el primer adjetivo como relacional y el segundo como calificativo¹⁴⁰.

Así, pues, en nuestro estudio, consideraremos adjetivos dimensionales prototípicos aquellos que sean calificativos, que sirvan para adscribir una propiedad a un referente y no sean, como es el caso de los relacionales, etiquetas que adscriban al referente a uno u otro subgrupo de una taxonomía.

Los adjetivos dimensionales son, además, como hemos dicho, *no adverbiales*. Aunque en ningún caso estos adjetivos cuando expresan dimensión podrían funcionar como intensionales modales, sí cabría preguntarse si algunos usos de adjetivos (antepuestos) como *gran* o *pequeño*, por ejemplo, funcionan como marcadores de la referencia, invitando a que “la acepción correspondiente se aplique al referente con todas sus consecuencias, sin ningún género de dudas”, (Demonte, 1999, pág. 207). En cualquier caso, si considerásemos el comportamiento de estos adjetivos en casos como *Pedro es un gran sinvergüenza* o *Pedro es un pequeño cabrón*, asimilándola a la función de *absoluto* en *un absoluto fracaso*, estaríamos ante usos metafóricos (o desplazados) del adjetivo, alejados de lo verdaderamente dimensional. Lo mismo ocurriría si consideramos la

¹³⁸ Literalmente: *Vino negro*. (Es la clase de vino que en español se llama *vino tinto*).

¹³⁹ Podría interpretarse, también, que se está repitiendo el adjetivo calificativo como un recurso para marcar el grado. La interpretación en uno o en otro sentido parece sustentarse en el lugar que ocupa la pausa entonativa: *un pantalón corto // corto* (adjetivo relacional – adjetivo calificativo), frente a *un pantalón // corto corto* (repetición del adjetivo calificativo como recurso para la intensificación del grado del adjetivo).

¹⁴⁰ Resulta interesante el hecho de que en el uso relacional es frecuente recurrir al término inglés *shorts* que, evidentemente, es de origen calificativo. Así, no resultaría extraño referirse a *unos shorts muy cortos* o a *unos shorts muy largos*.

posibilidad de que tomáramos como dimensionales los *adjetivos modificadores del evento circunstanciales* de carácter temporal. Al hablar de *Una corta jornada* el adjetivo *corto* estaría utilizándose de manera metafórica, sin un sentido dimensional propiamente dicho.

Como es sabido, aunque sería prolijo examinar aquí los diversos elementos de juicio, los significados de los adjetivos dependen también crucialmente de los sustantivos con los que se combinen (*largo* es cualitativo con *vestido* pero eventivo con *debate*, y *viejo* da la interpretación eventiva en una frase como *un viejo marinero* y la calificativa en *un marinero viejo*).

(Demonte, 2000, pág. 261)

CAPÍTULO 2. LOS ADJETIVOS DIMENSIONALES: SUBSECTIVIDAD, GRADACIÓN Y POLARIDAD

Una vez considerados en el capítulo anterior los adjetivos dimensionales como una clase independiente de palabras, en este vamos a profundizar en su descripción interlingüística, atendiendo sus propiedades semánticas y lógicas más relevantes. Presentamos, en primer lugar, (cf. el apartado 2.1.) los criterios que pueden emplearse para subdividir, por su significado léxico, la clase general de los adjetivos, atendiendo fundamentalmente a cuestiones de carácter lógico relacionadas con la Teoría de conjuntos. Aunque los adjetivos dimensionales en concreto se mostrarán como ejemplo y caso más representativo de algunas de las subcategorías empleadas, al final del capítulo nos centramos exclusivamente en recopilar la información relativa a estos.

En la segunda parte (2.2.) del capítulo prestamos atención a la graduabilidad y al carácter polar de los adjetivos que nos ocupan. Haciendo uso del concepto de ESCALA, examinamos diversas formas en que, en relación con este concepto, se puede dividir la clase adjetival. Los adjetivos dimensionales se mostrarán, de nuevo, como representantes típicos de algunas de las categorías establecidas, pero su estudio será abordado también de manera particularizada en un capítulo independiente.

En la tercera parte del capítulo (2.3.) se cuestionan y matizan algunos de los conceptos abordados previamente —en el primer capítulo (1.) y en los dos primeros apartados del segundo (2.1. y 2.2.)— a través de nuevas aportaciones teóricas.

En el último apartado (2.4.) se recogen finalmente todos los criterios clasificatorios examinados y se aplican directamente a una serie específica de adjetivos dimensionales del español.

2.1. Subsectividad, intersectividad e intensionalidad: los adjetivos dimensionales como adjetivos subsectivos

2.1.1. Adjetivos intersectivos, subsectivos e intensivos

2.1.1.1. Introducción

En este apartado vamos a establecer una división de los adjetivos basándonos en algunas de las propiedades que se derivan de su significado. Estas propiedades lógico-semánticas tienen también (al menos en español y en otras lenguas genéticamente afines) consecuencias de carácter sintáctico que podrían permitir establecer una división similar basada en criterios combinatorios. Sin embargo, como veremos más adelante, esta posible división sintáctica no sería sino el efecto de las propiedades semánticas que se encuentran en los términos (adjetivos) empleados.¹⁴¹ Además, aunque la división que vamos a establecer no tiene como objetivo abordar directamente los adjetivos dimensionales, veremos cómo las referencias a estos son frecuentes, ya que conforman un grupo muy representativo de una de las categorías que va a resultar de nuestra división.

A pesar de que, como señalan Ivonne Peters y Win Peters (2000, pág. 1), existe cierta falta de consenso respecto a cuál es el mejor modo de clasificar y describir el comportamiento semántico de los adjetivos, nosotros optaremos por la división establecida por Chierchia y McConell-Ginet (1990). Dicha división, además de ser la clasificación lógico-semántica más aceptada en la actualidad, es también aquella que mejor se adapta a los intereses de nuestra investigación lingüística, al marcar con nitidez algunas de las características básicas de los adjetivos dimensionales.

Las tres categorías fundamentales en las que podemos dividir los adjetivos calificativos, basándonos en (parte de) sus características semánticas, son las siguientes: *intersective adjectives* (adjetivos intersectivos), *subsective adjectives* (adjetivos subsectivos) y *non-predicative adjectives* (adjetivos no predicativos). Las dos primeras clases las podemos agrupar señalando que, en ambos casos, nos encontramos ante adjetivos *extensionales*, mientras que los adjetivos del tercer grupo son *intensionales*. Con esta diferenciación podemos evitar el empleo de la etiqueta *predicativo* de manera que no

¹⁴¹ La aparición de estos términos en una posición u otra sí parece tener cierta influencia a la hora de interpretar los adjetivos según los aspectos lógicos que veremos.

confundamos el término semántico *non predicating adjective* con la noción sintáctica de *adjetivo predicativo*¹⁴².

2.1.1.2. Adjetivos intersectivos

Los *adjetivos intersectivos* son aquellos en los que el conjunto de individuos denotado por el compuesto adjetivo-nombre es la intersección entre el conjunto denotado por el nombre y el denotado por el adjetivo.

An adjective like *carnivorous* is intersective, in that (5) holds for any noun N:

$$(5) \llbracket \text{carnivorous N} \rrbracket = \llbracket \text{carnivorous} \rrbracket \cap \llbracket \text{N} \rrbracket$$

(Kamp y Partee, 1994, pág. 137)

Es decir, si, por ejemplo, se dice que *Aquello es una nube gris* se podrá considerar que se está ante algo que pertenece simultáneamente al conjunto de las cosas que se agrupan bajo la categoría [nube]¹⁴³ y al conjunto de las cosas que poseen la propiedad de ser grises.

¹⁴² Recordemos que, desde el punto de vista sintáctico, consideramos que un adjetivo es *predicativo* cuando se relaciona con el sustantivo por mediación de un verbo copulativo o a través de verbos plenos, constituyendo el *complemento predicativo* al que ya aludimos en el capítulo anterior.

¹⁴³ Debemos aclarar que, en esta oportunidad, estamos considerando los nombres comunes como propiedades, no como conjuntos de propiedades. Cuando consideramos que algo es un *Cadillac* o que algo es una nube, es porque ese ‘algo’ contiene un conjunto de características que hace que lo podamos incluir dentro de dicha categoría ([nube] o [Cadillac]), pero lo que nos va a importar en estos casos es que habitualmente nos manejamos con esas categorías como un todo, sin tener presente el cómo, es decir, sin atender al modo a través del cual determinamos qué objetos pertenecen a determinada categoría y qué miembros quedan fuera de ella.

Por otra parte, es interesante estudiar la manera como determinamos los elementos que forman o no parte de las categorías y hay numerosos estudios de psicología y semántica que se ocupan de ello. Sin embargo, en nuestro estudio, lo que nos preocupa es que, de hecho, nos manejamos con esas categorías; que esas categorías, al menos en los casos más sencillos, parecen estar ahí para nosotros de forma natural. Damos por hecho que los hablantes saben manejarse con nombres comunes, saben lo que es una *silla* o un *coche*. Los procesos psicológicos que quedan debajo de esa capacidad se escapan a nuestro estudio. Lo que a nosotros nos preocupa son los efectos que se producen después; una vez hecha la categorización; una vez que SER UNA NUBE es propiedad común de todos los elementos de la categoría [nube] a la que nos referimos con la palabra *nube*. Que lleguemos a ese punto a través de condiciones necesarias y suficientes o a través de propiedades compartidas con un prototipo nos resultará, al menos por ahora, indiferente.

Al mismo tiempo, consideraremos que los adjetivos son propiedades que forman conjuntos (o categorías) cuyos elementos son todos aquellos que poseen la propiedad expresada por cada adjetivo concreto. *Azul* hace referencia a una propiedad que denota todo aquello que la posee. Si la categoría [nube] engloba a todo

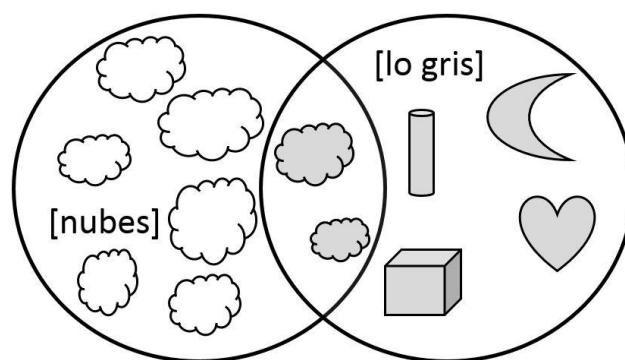


Figura 2. Nubes y cosas grises.

En la figura 2 aparece el conjunto de [todas las nubes] y el conjunto de [las cosas que son grises]. En la intersección de los dos conjuntos se encuentra la extensión de [las nubes grises].

En el universo del que tomamos estos conjuntos podemos encontrarnos infinitos subconjuntos y superconjuntos con los que se podrían formar todo tipo de intersecciones. Así, en *Ese coche es un Cadillac rosa*, la intersección se produce entre aquello que es un Cadillac y aquello que, además, es de color rosa; pero todo esto sucede dentro de un complejo entramado que solo trataremos de apuntar (recurriendo a un universo constituido fundamentalmente por entidades que son coches, flamencos, flores y/o cosas rosas), pues sería imposible representar de manera completa, en el esquema que recogemos a continuación:

aquello que tiene la propiedad de SER UNA NUBE, la categoría [azul] engloba a todo aquello que tiene la propiedad de SER AZUL. Aunque trataremos con detalle cuestiones relativas al color en el apartado 2.3.1. (*Problemas con la intersektividad. Colores y formas*), por ahora daremos por hecho que los hablantes se manejan con esta clase de atributos sin necesidad de que analicemos cómo se desarrolla el proceso de categorización.

Evidentemente, no estamos tratando de establecer una ontología con que señalar si el mundo se compone de propiedades o de entidades. Nuestra consideración de las categorías y de las propiedades es aquí únicamente un instrumento explicativo que encuentra, si acaso, conexiones con los fenómenos cognitivos señalados más arriba, pero nunca con una búsqueda abstracta de las entidades que puedan componer el conjunto de la realidad o de lo existente.

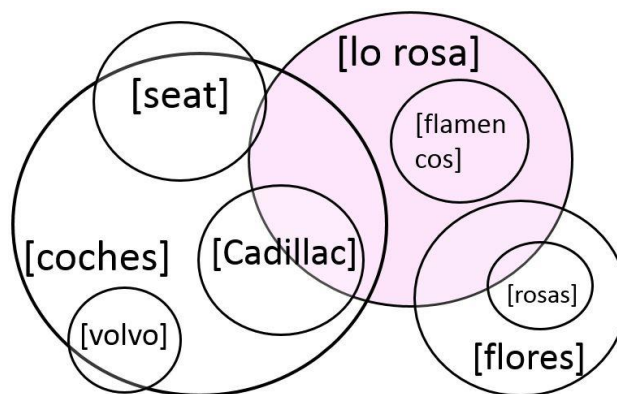


Figura 3. Coches, flores y cosas rosas.

Vemos en la figura 3 que dentro de la categoría [coches] tendríamos los coches de distintas marcas que, a su vez, podríamos subdividir en distintos modelos. Podríamos, incluso, establecer intersecciones entre unas marcas y modelos y otras, según fueran familiares o deportivos. Los coches pertenecen a la categoría [vehículos]¹⁴⁴, pero pueden pertenecer a infinitas categorías más, como [cosas que cuestan más de 97 euros], [cosas que se pueden ver si paseas por Estocolmo], [cosas que dan sombra], etcétera. Las categorías en las que podemos dividir el universo son, como vemos, infinitas, pero trataremos de simplificar la representación de la relación entre adjetivos y nombres de forma que la abstracción resulte comprensible, sin multiplicar de forma innecesaria las categorías que subyacen en potencia. Solo representaremos las categorías que sean activadas por las palabras que empleemos o por los factores contextuales en que tenga lugar un enunciado.

Así, volviendo al ejemplo anterior, desde un punto de vista lógico podemos decir que, si partimos de la premisa *Esto es un Cadillac rosa*, podemos inferir que *Esto es un Cadillac* y que *Esto es rosa*. Dicho de otro modo, *X es un Cadillac rosa si (y solo si) X es un Cadillac y X es rosa*. Esta inferencia es la inferencia fundamental permitida por los adjetivos para que se consideren intersectivos.

¹⁴⁴ Nos referimos a las categorías en singular o en plural (y con artículo o sin artículo) de forma indiferente. Con [manzana] nos referimos a la misma categoría que con [manzanas] o [las manzanas], por ejemplo.

Intersective adjectives: Licensed inferences

X is Adj N \rightarrow X is a N

X is a red house \rightarrow X is a house

X is Adj N \rightarrow X is Adj

X is a red house \rightarrow X is red

(Cabredo Hofherr, 2010, págs. 6 y 7)

En estos casos, la clave reside en el concepto de INTERSECCIÓN, de aspectos compartidos entre dos conjuntos¹⁴⁵: “[...] the core semantic rule for interpreting noun modification appears to be set intersection”, en Chierchia y McConnell-Ginet (1990, pág. 461).

Ya Pedro Hispano, en el siglo XIII, aunque sin diferenciar entre adjetivos subsectivos e intersectivos y con un lenguaje lejano a la Teoría de conjuntos, sí advierte que el nombre y el adjetivo se restringen mutuamente cuando uno acompaña al otro:

Se ha de saber [...] que lo menos común siempre restringe a lo más común. Como cuando se dice ‘hombre blanco’, porque el hombre se encuentra en los hombres blancos, negros y de color intermedio, pero lo blanco no; en cuanto a esto, ‘hombre’ es más común, mientras que ‘blanco’ es menos común. Y así ‘blanco’ restringe al hombre. Pero en cuanto que lo blanco se encuentra en los hombres, los brutos y las piedras, pero hombre no, lo blanco es más común y hombre menos común. Y así ‘hombre’ restringe a ‘blanco’ a la blancura que existe en los hombres, cuando se dice ‘hombre blanco’. Y así ‘hombre’ supone solo por los hombres blancos y ‘blanco’ se restringe a la blancura que está en los hombres. Y así uno y otro se coartan, pero según diversos aspectos.

(Pedro Hispano [c. 1230], 1986, pág. 180)

Es necesario explicar que Pedro Hispano diferencia entre *significación* y *suposición*. La primera es “la representación convencional de la cosa por la voz”, en Pedro Hispano [c. 1230] (1986, pág. 67), es decir, en abstracto, fuera de los usos concretos del lenguaje. La segunda es la “acepción del término sustantivo en lugar de algo” —en Pedro Hispano [c. 1230] (1986, pág. 67)— cuando se hace un uso ‘real’ del lenguaje.

La suposición y la significación difieren, porque la significación resulta de la imposición de la voz para explicar la cosa; en cambio, la suposición es la concepción del término mismo, que ya significa una cosa, en lugar de algo. Como cuando se dice ‘el hombre corre’, el término ‘hombre’ supone por Sócrates, o Platón, etc. Por lo cual la significación es anterior a la

¹⁴⁵ En el mismo sentido se expresa López García cuando señala que “un adjetivo es una intersección operada sobre un conjunto de objetos, es la cualidad que todos ellos tienen en común”, (López García, 2010, pág. 57).

suposición. Y no pertenecen a lo mismo, porque el significar pertenece a la voz, y el suponer pertenece al término como ya compuesto de voz y significación.

(Pedro Hispano [c. 1230], 1986, págs. 67 y 68)

Como podemos apreciar, una voz, a la que le corresponderían determinadas suposiciones potenciales, es restringida por otra que lo acompaña, y limita aquello a lo que nosotros podríamos denominar su referente: “La restricción es la coartación del término común¹⁴⁶ de una suposición mayor a una menor [...]”, en (Pedro Hispano [c. 1230], 1986, pág. 179).

La cualidad fundamental de los adjetivos intersectivos es expresar un tipo de propiedad que es independiente del tipo de objetos denotado por el sustantivo. [Lo rosa] o [lo gris] son unas categorías cuya composición, en principio, no resulta alterada por ser unas u otras las categorías de las que se predique su color¹⁴⁷.

Tradicionalmente, se ha abordado el estudio de los adjetivos considerando que todos eran siempre intersectivos y obviando análisis de otra naturaleza.

One simple and appealing hypothesis about adjective-noun semantics is that adjectives and nouns are both simple one-place predicates which denote sets and that their combinations the intersection of the two sets [...]; the adjectives for which it does hold are often called “intersective adjectives”.

(Kamp y Partee, 1994, pág. 137)

De hecho, en los intentos de la semántica vericondicional por establecer unos criterios lógicos de tratamiento de los adjetivos, el ir más allá de los adjetivos intersectivos (a los que, en un principio, se limitaba el análisis) supuso un cambio importante de perspectiva.

Como señala Paoli (1999, pág. 67), el enfoque ortodoxo funciona para ejemplos simples seleccionados *ad hoc*, pero se tambalea cuando los casos que se presentan (*big*, *wide*, *good*, etc.) no resultan tan sencillos:

According to Reichenbach (1947), an advocate of the traditional view, complex noun phrases consisting of an adjective in pronominal position and a common noun can be given to a ‘conjunctive reading’.

(1) and (2) below, for example, are equivalent:

(1) *Horses are four-legged animals*

¹⁴⁶ “El término común es el que por naturaleza es apto para predicarse de muchos, como ‘hombre’ de Sócrates, de Platón y de cada uno de los demás hombres”, (Pedro Hispano [c. 1230], 1986, pág. 8).

¹⁴⁷ Esta afirmación, como veremos, es muy matizable.

(2) *Horses are four-legged and horses are animals*

But this is no longer the case with the fore mentioned adjectives, sometimes called ‘relative’ (in contrast with four-legged and the like, termed ‘absolute’ since they involve a ‘reference class’).

(3) and (4) are by no means equivalent:

(3) *Dumbo is a small elephant*

(4) *Dumbo is small and Dumbo is an elephant.*

(Paoli, 1999, pág. 67)

Más adelante, al centrarnos en los adjetivos subsectivos, abordaremos este problema —o “pseudoproblema”, como dice Lyons (1977a, pág. 274)— con el que hubo de enfrentarse la semántica vericondicional desde épocas muy tempranas de su desarrollo:

Plato [...] was puzzled by the apparent possibility of opposite qualities [...] co-existing in the same object: if we can say X is taller than Y and shorter than Z we appear to be ascribing both tallness and shortness to X. More recently, logicians and linguists have discussed such obviously fallacious deductions as “This is a small elephant, therefore it is a small animal” (in contrast with “this is a red book, therefore it is a red object”).

(Lyons, 1977a, pág. 274)

2.1.1.3. Adjetivos subsectivos

Fue Montague (1970) uno de los primeros en tratar el problema que plantean los adjetivos denominados *subsectivos*. De este problema se puede dar cuenta a partir del siguiente ejemplo. En *X es un animal cuadrúpedo* podemos inferir lógicamente que el animal en cuestión tiene la propiedad de ser cuadrúpedo; sin embargo, a partir de *X es un animal pequeño* no podemos inducir que entre las propiedades del animal se encuentre la propiedad general de ser pequeño, ya que esa propiedad no es absoluta sino relativa. Un *animal pequeño* puede ser de muy distinto tamaño si se está hablando de, por ejemplo, elefantes y ratones. Esto, en efecto, tiene evidentes implicaciones lógicas.

Al relacionar *El elefante es cuadrúpedo* con *El ratón es cuadrúpedo* se puede llegar a la conclusión lógica de que uno y otro animal tienen el mismo número de patas. Sin embargo, desde las premisas *El elefante es grande* y *El ratón es grande* no podemos llegar a la conclusión lógica de que el elefante y el ratón son del mismo tamaño.

A partir de estos ejemplos se constata cómo, al tratar de formalizar un lenguaje natural en que aparece cierto tipo de adjetivos, los mecanismos de la lógica tradicional no funcionan. Montague trató de remodelar la lógica formal para superar este problema.

Montague concludes that adjectives cannot be treated as ordinary predicates. For traditional logic, adjectives, intransitive verbs and common nouns are nothing but one-place predicates. According to Montague, however, they fall under three distinct syntactic categories. In particular, adjectives are syntactical operators mapping noun phrases to other noun phrases; semantically, they correspond to functions from properties to properties.

(Paoli, 1999, pág. 68)

Las propiedades semánticas de los distintos tipos de adjetivos hacen que no puedan ser tratados de la misma forma dentro de la lógica formal, pues no ‘participan’ de igual modo a la hora de formar proposiciones que puedan ser analizadas según sus condiciones de verdad.

Como señala Paoli (1999, pág. 68), Montague opta por considerar semánticamente este tipo de adjetivos como funciones. No obstante, podemos decir que desde los años setenta, a partir sobre todo de los trabajos de Parsons (1968), Kamp (1975), Klein (1980) y del propio Montague (1970), existen dos planteamientos fundamentales a la hora de formalizar el valor semántico de los adjetivos: uno que considera que el adjetivo, independientemente de su aparición concreta en los enunciados, es, esencialmente, un modificador del nombre que los transforma en expresiones complejas (lo que es, en términos matemáticos, una función); y otro en el que se considera que en el uso de los adjetivos subyace siempre predicación que asocia una propiedad con los nombres.

In the NM-theories (Klein’s terminology) it is maintained that adjectives are to be considered as modifiers of common nouns, forming new, more complex nouns.

(Hoepelman 1986, pág.103)

In the P-theories (as we will call them following Klein) it is postulated that adjectives are formally to be considered as predicates, or, at least, that some of the adjectives, in particular the degree adjectives, are to be so considered.

(Hoepelman 1986, pág. 103)

Esta división de carácter semántico tiene su origen en una división sintáctica que se reconoce (entre otras lenguas) en el inglés, lengua de la que parten la mayoría de los estudios en este campo. Los adjetivos pueden aparecer como atributos en una oración copulativa (*predicative position*) y como modificadores del nombre al que se anteponen (en inglés) en cualquier tipo de oración (*attributive position*). Sin embargo, lo más frecuente es que un mismo adjetivo pueda aparecer en distintas oraciones cumpliendo ambas funciones, por lo que no puede decirse que el criterio sintáctico pueda aplicarse a

los adjetivos como algo totalmente independiente de una propiedad semántica inherente a ellos.

Most adjectives have in English both ‘attributive’ (prenominal) and ‘predicative’ occurrences, although a few only occur either as attributives (e.g. ‘former’) or as predicates (e.g. ‘asleep’). Does this syntactic dichotomy show up even on the semantic level? A number of authors who share this opinion (like Siegel, 1979) [¹⁴⁸] postulate indeed two different semantic classes, attributive adjectives and predicative adjectives. However, if this were correct, the same adjective, e. g. ‘good’, should belong to different classes according to circumstances. Hence, most writers agree that a more uniform treatment is needed.

(Paoli, 1999, pág. 69)

Los estudios de semántica basados en la lógica tratan de superar estas cuestiones sintácticas en busca de un criterio unificado, y consideran que, o bien todo adjetivo es un modificador del nombre, independientemente de que en una oración concreta aparezca como tal o como atributo; o bien todo adjetivo tiene un valor de atributo, independientemente de que en una oración concreta pueda aparecer sintácticamente como tal o como modificador del nombre.

There are two main families of uniform semantic theories of adjectives: attributive theories suggest that even syntactically predicative occurrences of a given adjective can be treated as semantic attributives, whereas predicative theories lay the opposite claim.

(Paoli, 1999, pág. 69)

Para los defensores de las *attributive theories*¹⁴⁹ (o *NM-theories*, donde *NM* responde a *noun modifier*), a pesar de que un adjetivo pueda aparecer en un enunciado como cópula, siempre subyace en él el carácter de modificador del nombre.

Montague accounts for the predicative use of adjectives introducing a dummy noun (‘entity’). (5) and (6) are thus claimed to be equivalent:

(5) *This is red*

(6) *This is a red entity*

(Paoli, 1999, pág. 69)

On the syntactic level we follow Montague (1970) in taking the so called attributive or noun-modifying use of adjectives to be the basic in comparison with the predicative one. The reason for doing so is that all predicative uses of adjectives can be explained as elliptic

¹⁴⁸ Nosotros citamos este trabajo según la edición de 1980.

¹⁴⁹ *Ad-common noun theory*, para Siegel (1980, pág. 56).

attributive uses (see, e.g. Kamp 1975 p. 123) [...] while is not true that, conversely, al attributive uses of adjectives can be reduced to predicative ones, unless one assumes that all adjectives are intersective [...]; who is prepared to endorse that assumption?

(Åqvist, 1981, pág. 1)

Montague (1970) considera que cualquier adjetivo, aunque aparezca como cópula, está, en el fondo, modificando al concepto primario ENTIDAD. Otros autores utilizan estrategias similares para defender la esencia ‘modificadora’ del adjetivo. Hoepelman (1986), por ejemplo, trata, tanto los adjetivos como los nombres, como funciones. Los nombres serían funciones que se aplicarían a “one basic predicate, T, to be read as ‘thing’ or ‘entity’. All other predicates will be formed by applying a common noun to T. On the other hand, adjectives will have the task of forming new common nouns out of already defined ones”, en (Hoepelman, 1986, pág. 200).

Mientras para la lógica tradicional *un hombre* sería el conjunto formado por los elementos del universo del discurso para los que al aplicar sobre ellos la función característica F (es decir, F_{hombre}) se obtendría el valor de verdad 1 (es decir, el valor de verdad que equivale a ‘verdadero’)¹⁵⁰, para Hoepelman, lo que hay en realidad es un predicado básico sobre el que se aplica una función (que sería un nombre) para dar como resultado otro nombre. Así, al aplicar la función F_{hombre} sobre el predicado básico *entity* obtendríamos HOMBRE: $F_{\text{hombre}}(\text{entidad}) \rightarrow \text{HOMBRE}$.

Hoepelman (1986) provides somewhat a different account. Adjectives are viewed as functions whose domain and range is the powerset of the universe of discourse. For example, $F_{\text{tall}}(\text{MAN})$ gives the set of tall men, $F_{\text{tall}}(\text{TALL MEN})$ yields the set of very tall men. Common nouns are themselves functions with the same domain and range. There is a single basic predicate, T (‘thing’); the remaining predicates result from the inductive application of common nouns to other predicates.

(Paoli, 1999, pág. 70)

Independientemente del recurso sintáctico-ontológico que utilice cada autor para explicar el carácter fundamentalmente modificador del adjetivo, lo esencial es que este es concebido como una función.

¹⁵⁰ En la *two-evaluated logic* un predicado puede ser definido así, a través de lo que se conoce como una *función característica*.

Within the Montague tradition, adjectives are typically treated as functions from properties to properties that take nouns as arguments. [...] This acts as a general semantic type which arguably covers different classes of adjectives.

(Fernández Rovira, 2011, pág. 3)

[...] el significado de un adjetivo es concebido como aquella función que, a cada propiedad (la expresada por el sustantivo) le asigna otra propiedad (la que expresa la frase nominal). Así, por ejemplo, el adjetivo ‘doctus’ es aquella función que nos envía del significado de ‘uir’ al significado de ‘doctus uir’. [...] opera de propiedades a propiedades (o, desde el punto de vista extensional, de conjuntos de individuos a conjuntos de individuos).

(Romero Sangüesa, 1994, pág. 736)

Como señala Åqvist (1981) en la cita anteriormente reproducida, es cierto que siempre se puede pasar de *Ese hombre es ADJ* a *Ese es un hombre ADJ*. Esto permite tratar todos los adjetivos como *noun modifiers*. Sin embargo, la transformación inversa no es siempre posible. Hoepelman (1986) explica este hecho del siguiente modo:

[...] it seems to me that there is some evidence in English that sentences with adjectives in predicative position have an underlying source which is more complex than their surface structure. Examples for this are sentences with conjunction reduction involving adjectives and cases of multiple modification by adjectives, in which the adjectives are obligatorily followed by a noun or by nouns. Compare the following examples:

**John is good and bad*
John is a good cobbler and a bad darts player

(Hoepelman, 1986, pág. 103)

Esta concepción ‘montagueana’ parece salvar la diferencia entre adjetivos subsectivos e intersectivos tratando a ambas clases por igual: como funciones de propiedades (asociadas al nombre) a propiedades (asociadas a la combinación de nombre y adjetivo).

Kamp (1975) y Klein (1980), defensores de la concepción de los adjetivos como predicados, señalan que el modelo de Montague falla, fundamentalmente, en que en la interpretación de las apariciones predicativas del adjetivo como atributivas no se especifica sobre qué propiedades debe aplicarse la función, ya que el sustantivo que aparece explícitamente no se relaciona necesariamente con el concepto que debe ser recuperado:

I will discuss two theories about adjectives. The first theory dates from the late 1960s. It is stated in Montague (1970) and Parsons (1968). According to this theory the meaning of an

adjective is a function which maps the meaning of noun phrases onto other such meanings; e.g. the meaning of ‘clever’ is a function which maps the meaning of ‘man’ into that of ‘clever man’ [...]. Predicative uses of adjectives are explained as elliptic attributive uses. Thus ‘This dog is clever’ is analyzed as ‘This dog is a clever dog’ or as ‘this dog is a clever animal’, or perhaps as ‘This dog is a clever being’. Which noun phrase ought to be supplied in this reduction of predicative to attributive use is in general not completely determined by the sentence itself, and to the extent that it is not, the sentence must be regarded as ambiguous.

(Kamp, 1975, pág. 123)

There is a well-known theory, first advanced by Montague (1970) and Parsons (1970), according to which adjectives are basically noun modifiers. On this approach, the predicative use of an adjective is to be analyzed in terms of its pronominal use. Thus, ‘Nat is big’ is taken to mean something like ‘Nat is a big entity’ or, in some context, ‘Nat is a big flea’. However, Kamp (1975) has defended the traditional idea that adjectives are one-place predicates, and suggested that some of the familiar difficulties encountered by this approach can be overcome in a semantics where contextual factors are accorded an important role.

(Klein, 1980, pág. 6)

En Kamp (1975), Klein (1980) y Kamp y Partee (1995) se defiende la idea de que los adjetivos funcionan siempre esencialmente como predicados, a pesar de los problemas que plantearían ciertos adjetivos. Se sitúan, pues, en las llamadas *P-theories*¹⁵¹ (donde *P* es *predicative*). Estos problemas —como indica Klein (1980) en la cita anterior en que remite a Kamp (1975)— serían superados por una semántica en la que los factores contextuales desempeñasen un rol importante.

It is my strong conviction that when we learn the meaning of an adjective we learn, as a part of it, with greater or lesser precision to what degree, or extent, the adjective applies to the various entities to which it applies at all.

(Kamp, 1975, pág. 123)

Más arriba vimos cómo los autores afines a Montague consideraban que en cualquier aparición del adjetivo subyacía una esencia de modificador del nombre. Kamp y Klein critican la ambigüedad con que habría que tratar las proposiciones en las que no se especificase cuál habría de ser exactamente el nombre modificado. Un enunciado como *El perro es grande* podría interpretarse como *El perro es un perro grande*, *El perro es un animal grande*, *El perro es una entidad grande...* o de infinitas otras formas. Kamp (1975), Klein (1980) y Kamp y Partee (1995) ven equivocada esta perspectiva y

¹⁵¹ *Predicate theory*, para Siegel (1980, pág. 56).

solucionan el problema de la relatividad de ciertos adjetivos considerando que el hecho de tener en cuenta los factores contextuales permite tratar todo adjetivo como intersectivo:

Kamp and Partee (1995), following up on earlier work by Kamp (1975) and Klein (1980), argue that relative adjectives, which at first sight appear to be subsective, are in fact intersective but context-dependent: their interpretation depends on a contextually provided *comparison class C* that does not be coextensional with the head noun. [...] The idea behind this view is that, once *C* has been fixed by the context, relative adjectives can simply be treated as intersective.

(Fernández Rovira, 2011, pág. 3)

Ambas perspectivas, desde nuestro punto de vista, muestran un excesivo empeño en unificar el modo de tratar los adjetivos al buscar una formulación general que englobe todas las clases y usos posibles de estos:

Montague (1970^a) presented a semantic treatment of adjectives which he credited to unpublished work done independently by Hans Kamp and Terence Parsons: that work, and similar independent work of Romaine Clark, was subsequently published (Clark 1970, Kamp 1975, Parsons 1970). The central claim in that work was that adjective meanings should be analyzed as functions from properties to properties. Among adjective meanings, some might satisfy further constraints such as intersectivity or subsectivity, but no such constraint can be imposed on the class as a whole, the argument goes, because of the existence of adjectives like ‘false’, ‘ostensible’, ‘alleged’.

The strategy of ‘generalizing to the worst case’, followed by Montague in order to have a uniform assignment of semantic types to syntactic categories, called for giving all adjectives, such as the subsective (*skillfull*, *good*) and intersective (*purple*, *carnivorous*) adjectives, might be indicated by the use of meaning postulates. In theories which allow type multiplicity and type-shifting, the intersective adjectives might indeed be assigned the simple type of one place predicates; this is now widely assumed.

(Partee, 2010, pág. 1)

Lo que Partee (2010) parece reclamar, conforme al texto arriba citado, es un tratamiento no generalizado del adjetivo como clase ‘irrompible’, una subdivisión de la clase dependiendo de cómo funcionen los distintos tipos de adjetivos. Por nuestra parte, consideramos adecuada esta diferenciación tipológica y, por ello, a continuación, presentamos lo que para nosotros son los adjetivos subsectivos, considerados estos como una clase distinta a la de los intersectivos (y, como veremos, también a la de los intensionales).

Desde la perspectiva que venimos adoptando en este capítulo podemos decir que los adjetivos subsectivos, al igual que los intersectivos, seleccionan un subconjunto de la

extensión del nombre al que atribuyen una cualidad. Recordamos que el subconjunto seleccionado por los intersectivos se formaba a través de la intersección del conjunto-nombre con el conjunto-adjetivo. Así, *coche rojo* denota la intersección entre el conjunto de [cosas que son coches] y el conjunto de [cosas que son rojas]. Con los adjetivos subsectivos esto no sucede así, pues no existe un conjunto asociado a [aquello que es grande] o a [aquellos que son hábiles]. Estos adjetivos no presentan un significado absoluto, no existen las categorías [lo grande], ni [lo hábil]. Estos adjetivos se denominan también, por ello, *adjetivos relativos*, en oposición a los *adjetivos absolutos*, que sí expresan propiedades aparentemente independientes de los objetos denotados por los nombres. Los relativos, en cambio, expresan cualidades dependientes del referente del nombre al que atribuyen una propiedad.

Si se dice, por ejemplo, que *El ratón es grande*, no se puede inferir que ese ratón sea grande como animal, como mamífero o como ser animado con orejas grandes. Depende del tipo de entidades con que se asocie el adjetivo que esa inferencia sea o no verdad. Igualmente, si se dice, por ejemplo, que *X es una araña grande*, puede inferirse que *X es una araña*, pero no que *X es grande (en general)*. En este caso, no hay un conjunto de [lo grande] que pueda formar intersección con [araña], ya que [lo grande], así, en absoluto, no existe. Una *araña grande* tiene un tamaño mucho menor que un *elefante pequeño*, por lo que parece claro que la propiedad de ser grande o de ser pequeño cobra sentido únicamente cuando está calificando a un nombre determinado y este debe ponerse en relación con una serie de elementos. En la figura 4 se recoge la idea de que cada categoría tiene su propio subconjunto de aquello que es grande o pequeño.

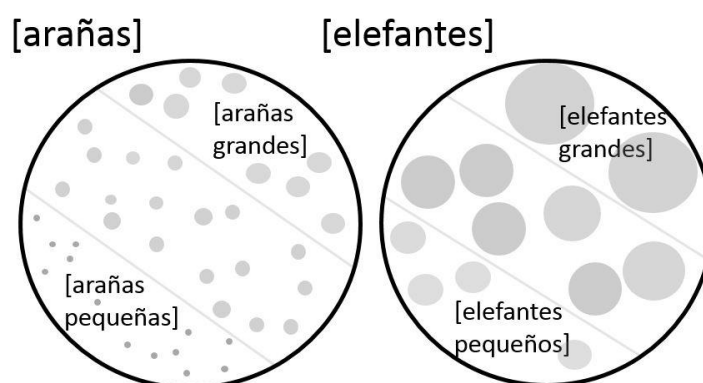


Figura 4. Elefantes y arañas.

No hay, por lo tanto, un conjunto de [lo grande] que forme intersección con [araña] y [elefante] y al que pertenezcan al mismo tiempo los elefantes grandes y las arañas grandes:

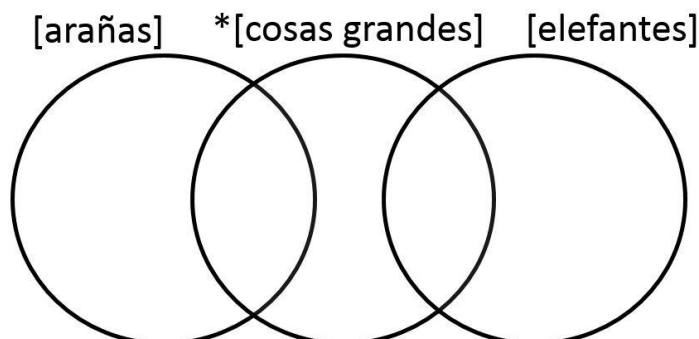


Figura 5. Elefantes y arañas II.

Lo mismo ocurre si se habla de un *cirujano hábil* y de un *futbolista hábil*¹⁵²: la propiedad de SER HÁBIL no es una propiedad general que sea compartida por cirujanos y futbolistas, sino que el conjunto de los [cirujanos] y el conjunto de los [futbolistas] tiene cada uno un subconjunto dentro del que están los [hábiles (como cirujanos)] y [los hábiles (como futbolistas)].

Las cualidades que debe reunir un profesor para ser calificado como *buen profesor* son muy diferentes a las que debe reunir un músico para recibir la calificación de *buen músico*: en ambos casos se hace imprescindible relativizar el significado del adjetivo con respecto a la clase indicada por el nombre.

(Escandell, 2004, pág. 216)

A propósito de la secuencia *Un abogado excelente*, en *NGLE* (2009) se señala que “se relativiza la denotación del grupo nominal circunscribiendo la cualidad significada a comportamientos, actividades o funciones que, según el conocimiento enciclopédico de los hablantes, desempeñan los seres que pertenecen a la clase de los abogados”, (*NGLE*, 2009, pág. 925).

¹⁵² “Los adjetivos no intersectivos se caracterizan por no proporcionar la denotación del grupo nominal a través de la intersección que se ha descrito. Así, la denotación del grupo nominal *un abogado excelente* no se obtiene escogiendo los individuos que pertenecen tanto a la clase de los abogados como a la de los seres excelentes, sino más bien seleccionando aquellos abogados que satisfacen de forma excelente determinados requisitos asociados con tal profesión”, (*NGLE*, 2009, pág. 924).

Este tipo de adjetivos suelen presentar un significado más general y asumen muchos otros significados particulares que dependen del referente del nombre al que acompañen. Decir que alguien sea un *buen violinista* no puede llevar a sostener que ‘ese alguien’ sea bueno de manera general. Hay un significado de *buen/o* relacionado con la categoría [persona] y otro con sus subcategorías que, aunque están conectados en cuestiones esenciales, no permiten ciertas inferencias lingüísticas:

This theory of adjectives is of course not new. The observation that *John is a good violinist* cannot be analyzed as *John is good and a violinist* is probably too old to be traced back with precision to its origin.

(Kamp, 1975, pág. 127)

En nuestra opinión, como consecuencia de los distintos tipos de subsectividad que presentan los adjetivos de los ejemplos precedentes, creemos necesario establecer una distinción dentro del ámbito general de la subsectividad, ya que, repetimos, esta puede manifestarse de dos formas bien diferenciadas:

1) SUBSECTIVIDAD CUALITATIVA: Aquella en la que los adjetivos se manifiestan como relativos porque el tipo de cualidades que estos expresan cambia en función del nombre con que se combinen. A esta clase de subsectividad es a la que hace referencia Baker (2003):

It is known that the meaning of an adjective is often filled out by the meaning of the noun that it modifies: a good pianist is good in a very different way that a good carpenter, and a good villain has quite different traits from a good hero.

(Baker, 2003, pág. 210)

En estas situaciones, como ya hemos señalado, hay ciertas inferencias que no pueden darse desde un punto de vista lógico:

[...] not all adjectives are intersective. *Skillful* is an instance of a non intersective adjective. As Parsons (1968) and Clark (1970) pointed out in the late 1960s, the invalidity of arguments like (6) is sufficient to establish this. For if (5) were true with *carnivorous* substituted by *skillful*, then (6) should be valid. But clearly it is not:

[(5) $\| \text{carnivorous } N \| = \| \text{carnivorous} \| \cap \| N \|$]

(6) *Mary is a skillful surgeon*

Mary is a violinist

Therefore Mary is a skillful violinist

Since *skillful* does obey to the principle expressed in (7) and instantiated in (7.1), it is called a “subsective adjective” [...]:

(7) Subsective: $\| \text{Skillful N} \| \subseteq \| \text{N} \|$

(7.1) Subsective: $\| \text{Skillful surgeon} \| \subseteq \| \text{surgeon} \|$

(Kamp y Partee, 1994, pág. 138)

Vemos que, aunque decir que alguien es un *buen pianista* no permite inferir que ‘ese alguien’ sea *bueno* (en términos generales), sí permite, sin embargo, mantener que ‘ese alguien’ es un pianista:

Subsective adjectives: Licensed inferences

$X \text{ is Adj N} \rightarrow X \text{ is a N}$ $X \text{ is a perfect typist} \rightarrow X \text{ is a typist}$

$X \text{ is Adj N} \nrightarrow X \text{ is Adj}$ $X \text{ is a perfect typist} \nrightarrow X \text{ is perfect}$

(Cabredo Hofherr, 2010, pág. 7)

Podemos decir que este tipo de adjetivos cambian el tipo de propiedades que expresan adaptándolas a categoría de la que predicen una característica. A este tipo de subsectividad sería a lo que Pustejovsky (1995) se estaría refiriendo al tratar el concepto de *COMPLEMENTARY POLYSEMY* en los adjetivos:

Complementary polysemy is also seen in other categories as well. For example, adjectives such as *good* have multiple meanings, depending on what they are modifying.

- (23) a. a good car
 b. a good meal
 c. a good knife

In some sense, the adjective *good* is merely a positive evaluator of the nominal head it is modifying. Unlike the nominal polysemies above, however, there does not seem to be an alternation or focusing effect, but rather a functional dependency on the head being modified.

(Pustejovsky, 1995, pág. 32)

Para entender esta idea de Pustejovsky debemos abordar, aun de modo somero, su teoría de los *qualia*. El objetivo de esta teoría es explicar el proceso de interpretación de las palabras dentro de su contexto de aparición. Lo fundamental de la perspectiva de Pustejovsky es que considera que cada palabra consta de un conjunto de propiedades o

eventos asociados a ella, que son las características que mejor definen el significado de dicha palabra, la entidad con la que está relacionada. Estas características son denominadas *qualia* y hay cuatro tipos de *qualia* que determinan la *qualia structure* de un elemento léxico:

Qualia structure specifies four essential aspects of a Word meaning (or qualia):

CONSTITUTIVE: the relation between an object and its constituent parts;

FORMAL: that which distinguishes it within a larger domain;

TELIC: its purpose and function;

AGENTIVE: factors involved in its origin or “bringing it about”.

(Pustejovsky, 1995, pág. 76)

Una palabra, por lo tanto, puede presentar cuatro valores: (1) la relación entre aquello a lo que hace referencia la palabra y las partes que lo forman, (2) aquellas características específicas de la entidad mentada que la hacen pertenecer a determinada categoría de cosas, (3) el propósito y la función de la entidad y (4) los factores relacionados con su creación y desarrollo.

Acudiremos al mismo ejemplo que utiliza Pustejovsky, comparando la *qualia structure* de una novela y un diccionario:

[...] the distinction between semantically related nouns such as *novel* and *dictionary* stems from what we do with these objects that is different. That is, although both objects are books in a general sense, how we use them differs: while one *reads* a novel, dictionaries are for *consulting*. Hence, the respective qualia values encoding this functional information for novel and dictionary are [TELIC: reading] and [TELIC: consulting].

(Pustejovsky, 1995, pág. 76)

Un diccionario se diferencia de una novela, fundamentalmente, en su *qualia* télico, es decir, en aquel que está relacionado con el propósito y la finalidad de la entidad referida: el diccionario es para ser consultado y la novela es para ser leída. El propio Pustejovsky (1995, pág. 77) señala que esta no sería, realmente, la única diferencia. En un diccionario nos encontramos con una lista de palabras, mientras que en una novela la estructura del texto es narrativa. Esto sería el *qualia* constitutivo de una y otra entidad. Además, mientras una novela llega a ser novela porque alguien la escribe, un diccionario llega a ser diccionario porque alguien lo compila: esto supondría una diferencia en el *qualia* agentivo. Respecto al *qualia* formal, en ambos casos estaríamos ante [LIBROS].

Cada palabra lleva consigo inherentemente la referencia a, al menos, alguno de los tipos de *qualia* apuntados, por lo que, como podemos suponer, es una teoría centrada principalmente en la semántica del sustantivo (y del verbo). Lo que nos interesa a nosotros es la relación de esta teoría con los adjetivos:

Thus far, I have restricted my discussion to verbal and nominal semantics, yet the utility of qualia-based representations extends to the other categories as well. To demonstrate how, consider the phenomenon of adjectival submodification [...] illustrated in (6) and (7).

- (6) a. a bright bulb
 b. an opaque bulb
- (7) a. a fast typist
 b. a male typist

The adjectives *bright* and *fast* in these examples are actually event predicates, modifying some aspect of the head noun. In fact, they each seem to make reference to a qualia-derived event associated with the noun.

(Pustejovsky, 1995, pág. 89)

Más que tener su propia estructura de *qualia*, podemos decir que un adjetivo, usado en el contexto real del lenguaje, se relaciona con uno u otro de los *qualia* del nombre al que acompaña. En los enunciados contenidos en la cita anterior, los adjetivos subrayados hacen referencia al *qualia* télico de los nombres a los que acompañan: una *bombilla* tiene como función iluminar y un *mecanógrafo* cumple la función de escribir. La primera entidad es brillante a la hora de iluminar y la segunda es rápida a la hora de escribir. Los otros dos adjetivos, en cambio, estarían haciendo referencia al *qualia* formal del nombre.

Un mismo adjetivo puede hacer referencia a distintos *qualia* de un nombre. Así, al hablar de *una novela larga* se podrá estar haciendo referencia a una novela que se tarda mucho tiempo en leer, ya que el evento típicamente relacionado con las novelas (o su *qualia* télico) es el de leerlas, o a una novela de forma alargada (*qualia* formal)¹⁵³.

Fauconnier y Turner (2003, pág. 15), para ilustrar la idea de que el significado de una palabra va más allá de su simple definición ‘de diccionario’, emplean como ejemplo un contexto en el que hay un niño jugando con una pala en la playa y respecto al que se producen los siguientes enunciados: *The child is safe, The beach is safe, The shovel is*

¹⁵³ Esto explica que resulte extraño hablar de *un diccionario largo*, a no ser que se esté haciendo referencia a sus características físicas.

safe. La interpretación normal del primer enunciado es que el niño no va a sufrir ningún daño. En el segundo enunciado no se interpreta, sin embargo, que la playa no vaya a sufrir ningún daño, sino que esta es un lugar en el que lo normal es que no se sufra ningún percance. De manera similar, en el tercero de los enunciados se interpreta que el uso de la pala no es peligroso.

These examples illustrate that there is no single fixed property that *safe* assigns to the words *child*, *beach* and *shovel*. In order to understand what the speaker means, we draw upon our encyclopedic knowledge relating to children, beaches and shovel, and our knowledge relating to what it means to be *safe*.

(Evans y Green, 2006, págs. 161 y 162)

La teoría de Pustejovsky sobre los *qualia* y la concepción del significado como un conocimiento enciclopédico, asunto sobre el que trataremos en la segunda parte de esta tesis —cf. el capítulo 4 (Significado y lexicografía)—, nos ayuda a comprender lo que hemos denominado *subsectividad cualitativa*, especialmente en lo relacionado con el rol télico. En los ejemplos de este apartado hemos hablado de *buenos pianistas*, *de buenos carpinteros*, *de cirujanos habilidosos* y *de violinistas habilidosos*. El *qualia* télico de los pianistas, los carpinteros, los cirujanos y los violinistas es, evidentemente, distinto, y con este *qualia* específico de cada categoría es con el que estaría relacionado el adjetivo que acompaña a cada uno de los nombres que los refieren¹⁵⁴.

Al mismo tiempo, podría plantearse si cabe la posibilidad de que esos mismos adjetivos se interpreten intersectivamente (en lo cualitativo), ya que parecen contar con un significado general independiente de su aplicación concreta a una u otra categoría. En inglés, por ejemplo, si se dice *Olga is a beautiful dancer*, puede interpretarse que Olga es *beautiful* como bailarina (es decir, que es una bailarina que ‘baila de un modo bello’) o que es una bailarina que tiene la característica de ser *beautiful* (es decir, de ser bella en sí misma). La primera interpretación consideraría *beautiful* como un adjetivo subsectivo

¹⁵⁴ En la *NGLE* (2009, pág. 928) se señala que, a la hora de interpretar los adjetivos no intersectivos (y, aunque no se mencionen, específicamente los cualitativamente no intersectivos), se puede recurrir (1) a una información morfológica (ya que de *un maravilloso bailarín* podemos inferir por cuestiones morfológicas que la actividad que realiza es bailar), (2) a una información léxica (ya que en *un maravilloso abogado*, las funciones propias del abogado son parte de la definición de *abogado*) y (3) a una información enciclopédica, puesto que hay interpretaciones que no están en la propia definición ni en la morfología de la palabra. Es lo que ocurriría si al hablar de *un libro muy difícil* nos refiriéramos a que es ‘muy difícil de vender’ y no de leer o de escribir.

cualitativo, pues sus cualidades serían relativas a la categoría de [las bailarinas]. La segunda interpretación podría considerar *beautiful* como intersectivo en lo cualitativo, ya que ese adjetivo recuperaría algo así como un valor neutro y general subyacente.

Desde nuestra perspectiva, aunque, efectivamente, existe la posibilidad de que estos adjetivos hagan referencia a una propiedad más o menos general, creemos necesario plantear (y así lo haremos más adelante al tratar cuestiones sintácticas) si al hablar de *la* belleza de la bailarina (como persona) no se estaría, simplemente, ‘elevando’ la categoría respecto a la que relativizar la propiedad, manteniéndose igualmente la subsectividad del adjetivo. Es decir, si en vez de estar retomando un valor *totalmente* general o neutro, no se estaría, simplemente, recuperando un valor *más* general, pero también adaptado a una categoría concreta.

2) SUBSECTIVIDAD DE GRADO: La subsectividad de grado es aquella subsectividad en que las cualidades expresadas por el adjetivo no cambian, pero se presentan en un grado mayor o menor dependiendo de cuál sea el objeto cuyo nombre aparece relacionado con un adjetivo y de cuál sea la categoría de referencia respecto a la que debe ser relativizado.

Esto es lo que ocurre con el ejemplo de la *araña grande* visto más arriba y con los adjetivos dimensionales en general. En estos casos las propiedades a las que se hace referencia pueden ser consideradas las mismas, pero se presentan en un grado mayor o menor según el elemento y la categoría de comparación que entren en juego. Estos dos tipos de subsectividad pueden darse, como ya hemos visto, simultáneamente en un mismo enunciado. Veamos otro ejemplo: *Michael es un jugador novato muy bueno*. En esta oportunidad, Michael puede ser considerado bueno como jugador de baloncesto (subsectividad cualitativa) o como persona (posible intersectividad cualitativa)¹⁵⁵. Al mismo tiempo, el jugador puede ser considerado bueno como [jugador novato] o como [jugador] en general, y esto determinaría el grado (pero no el modo) en que se daría la propiedad de SER BUENO. En un caso lo relativo sería la determinación de las propiedades concretas que harían bueno a Michael; en el otro, el grado en que se presentasen dichas propiedades. La categoría que nos aporta la interpretación cualitativa del adjetivo ([los jugadores de baloncesto]) puede ser distinta a la que nos aporta un fondo de comparación

¹⁵⁵ Como ya hemos señalado, de *bueno* podría decirse que es siempre subsectivo en lo cualitativo, incluso si evoca una propiedad de carácter abstracto y general.

cuantitativa ([jugadores de baloncesto novatos], [jugadores de baloncesto contrastados], [jugadores de baloncesto infantiles]...).

Los adjetivos dimensionales presentan una obvia subsectividad de grado, pero también pueden presentar una subsectividad cualitativa en el caso de que sean interpretados metafóricamente. Si se dice, por ejemplo, *Ese es un jugador de rugby muy grande*, puede ser necesaria una interpretación subsectiva en lo cualitativo: el jugador del enunciado realiza muy bien las labores relativas a su profesión.

El hecho de diferenciar entre SUBSECTIVIDAD CUALITATIVA y SUBSECTIVIDAD DE GRADO lleva necesariamente a ‘activar’ una diferenciación conceptual entre INTERSECTIVIDAD CUALITATIVA e INTERSECTIVIDAD DE GRADO, diferenciación cuya naturaleza es fácil inferir a través de los ejemplos que hemos empleado más arriba y de lo señalado acerca de esta misma separación dentro del ‘ámbito’ de la subsectividad.

La interpretación de los adjetivos subsectivos (cuantitativos) se abordará en profundidad en el capítulo 3; sin embargo, consideramos necesario aclarar en este apartado que una de las características fundamentales de esta clase de adjetivos es que necesitan una categoría de contraste respecto a la que relativizar la cualidad a la que hacen referencia. Así, si se dice que *un elefante es pequeño*, seguramente se está aseverando que este es pequeño para ser un elefante, pero no para ser un animal. Por el contrario, *una pulga grande* seguramente sea grande como pulga, pero no como animal.

La categoría respecto a la que relativizar se decide, y esto también se trata en el apartado 3.1. (*La clase de referencia*), a través de varios aspectos, entre los cuales el de la relevancia informativa juega, en nuestra opinión, un papel especialmente destacado. Además, una vez establecida la categoría que actúa como fondo de comparación, es necesario interpretar cómo son los subconjuntos que subsectivamente se establecen dentro de esta, es decir, qué necesita una entidad para ser considerada parte, por ejemplo, del subconjunto de lo [grande], de lo [muy grande] o de [lo pequeño] dentro de la categoría que las incluye.

Este proceso nos llevará, como veremos en el apartado 3.1.1.4. (*¿Qué supone pertenecer a una determinada subclase dentro de una categoría de referencia?*), a recurrir al concepto de PROTOTIPO COMPARTIDO y a indicar que debe ser la clase de referencia que se considere relevante respecto a dicho prototipo la que permita establecer subconjuntos subsectivos como los arriba mencionados.

Todo este proceso, como también explicamos en el capítulo 3 (*La interpretación de los adjetivos dimensionales*), debe tomar en consideración que, si bien el lenguaje puede presentar siempre cierta vaguedad semántica, esta es especialmente acusada cuando concierne a la interpretación de los adjetivos que nos ocupan.

2.1.1.4. Adjetivos intensionales (o adverbiales) privativos

En el capítulo 1 (cf. el apartado 1.2.3.3.1.) tratábamos la clase de adjetivos intensionales (adverbiales) al establecer subtipos de adjetivos en español. A continuación, nos detendremos en los aspectos interpretativos relacionados con la intersectividad y la subsectividad de los que denominamos entonces *modales privativos*.

Recordemos que al hablar de los intensionales privativos acudíamos al ejemplo que emplean Chierchia y McConnell-Ginet (1990, pág. 372) basándose en la situación del senado de los Estados Unidos en el año 1988. En ese caso, contrariamente a lo que sucedía con los adjetivos intersectivos, no podía representarse lo denotado por “former basketball player” como una intersección entre el conjunto [basketball player] y el conjunto [former]. En primer lugar, porque el conjunto [basketball player] no constaba de ningún elemento y, en segundo lugar, porque la categoría [former], por sí sola, carece de sentido. El hecho de que el conjunto [basketball player], dentro del conjunto de senadores estadounidenses de 1988, no constase de ningún elemento imposibilitaría también una lectura subsectiva del adjetivo *former*.

Adjectives like *former*, *alleged*, *counterfeit* are neither intersective nor subsective:

(8)

(a) $\| \text{former senator} \| \neq \| \text{former} \| \cap \| \text{senator} \|$

(b) $\| \text{former senator} \| \not\subseteq \| \text{senator} \|$

That is, not only does the set of former senators fail to be the intersection of the set of former things (whatever it might mean) with the set of senators; moreover, as (8b) asserts, it is not even true that the set of former senators is a subset of the set of senators.

(Kamp y Partee 1995, pág. 138)

La representación de esa supuesta intersección sería algo así:

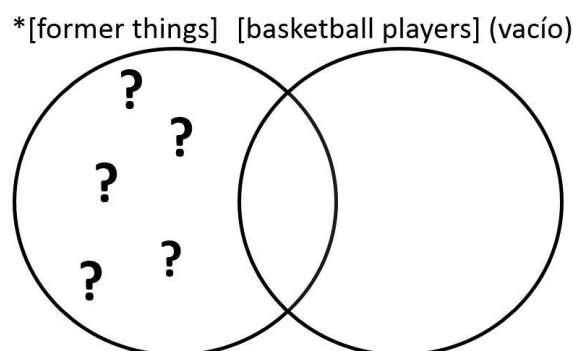


Figura 6.

También podría interpretarse que [former basketball player] fuera la imagen de una función¹⁵⁶ que tuviera origen en [basketball player], pero si esta segunda categoría es una categoría vacía, no podría dar lugar, fuera cual fuera la función que se aplicase, a un conjunto con algún elemento, ya que debemos asumir que, al menos en estos casos, de la nada nada sale.

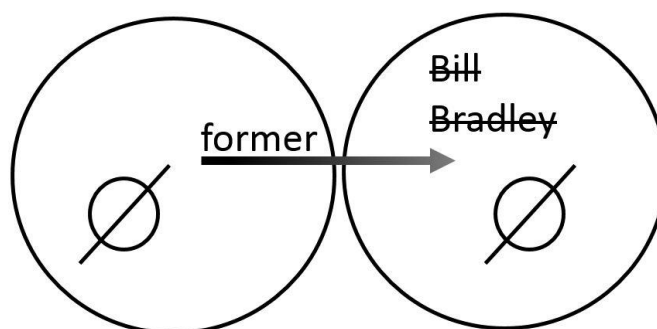


Figura 7. Bill Bradley.

Vemos, por lo tanto, que la extensión de *former basketball player* no resulta de aplicar la función *former* a *basketball player*, ya que en el conjunto origen no hay ningún elemento que podamos emplear como argumento de dicha función. Este tipo de modificadores que niegan la expresión nominal a la que se aplican son los adjetivos intensionales privativos. Un *former basketball player* no es un jugador de baloncesto, un

¹⁵⁶ El concepto de FUNCIÓN que manejamos es el siguiente: “A function is simply a systematic connection between specified inputs and outputs such that for any given input there is a unique corresponding output”, (Chierchia y McConnell-Ginet, 1990, pág. 80). Se llama *dominio de una función* al conjunto de valores de la variable independiente para los que existe la función. En las figuras 7 y 9, el dominio de la función es el conjunto de la izquierda. Se llama *imagen de una función* al conjunto de los valores que han sido modificados desde el conjunto dominio por una función. En las figuras 7 y 9, el dominio de la función es el conjunto de la derecha.

antiguo novio no es un novio y *un falso picasso* no es un picasso. Hay un ‘compromiso’ de la no aplicabilidad del nombre en la realidad o en el momento de la enunciación.

En los intensionales evasivos, recordemos, este compromiso no existe. No se puede estar seguro de que un *presunto asesino* sea un asesino o de que el *posible novio* de alguien sea el novio de esa persona: se muestra que esas posibilidades existen, pero no están confirmadas. En esos casos, tampoco se puede contemplar la opción de que los referentes pertenezcan a la categoría de [los presuntos] o de [los posibles]. El que pertenezcan o no a la de [novio de alguien] o [asesino] sí es una posibilidad. El hecho de que no sea algo confirmado nos impide tratarlos a efectos lógicos exactamente igual que los privativos, pues no podemos decir con seguridad que un presunto asesino pertenezca al conjunto de [los asesinos], pero tampoco que no pertenezca a él. En cualquier caso, su interpretación, como veremos a continuación, será similar a la de los privativos.

Si los adjetivos intensionales no pueden interpretarse como subconjuntos (al modo de los subsectivos) o como intersecciones (al modo de los intersectivos), ¿cómo se interpretan, entonces?

This seems to suggest that we should treat these non-predicative adjectives intensionally. This is, that the set of individuals that are now former astronauts depends on the intension of the predicate ‘astronaut’; more specifically, it depends on who had that property in the past.
(Chierchia y McConnell-Ginet, 1990, pág. 461)

Dicho de otro modo (y siguiendo con los ejemplos aportados más arriba), el adjetivo *former* no afecta a los elementos de la categoría [basketball player], sino al hecho de ser *basketball player* en sí. Los adjetivos intersectivos, como vimos en el apartado correspondiente, se relacionaban con los miembros de la categoría asociada con un nombre, seleccionando a algunos de ellos. Es decir, afectaban a la extensión de la categoría-nombre. La extensión de *black basketball player* se correspondería con la intersección de [black] y [basketball player].

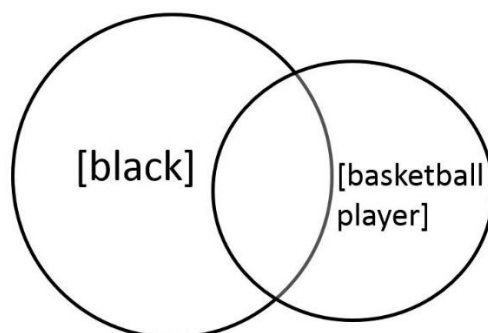


Figura 8. Black basketball player.

El significado del nombre acompañado por el adjetivo interseectivo permanece, como vimos, inalterado, viéndose afectada únicamente su extensión. La propiedad *former*, sin embargo, afecta a la propiedad denotada por el sustantivo al que acompaña, no a su extensión. En *former basketball player* no debe seleccionarse ninguno de los miembros de *basketball player* pues, repetimos, no es sobre la extensión del nombre sobre lo que actúa el adjetivo.

Algunos adjetivos [...] solo sirven para indicar la manera como el concepto o intensión de un término se aplica a un determinado referente. Cuando decimos [...] que alguien es un *falso amigo* o que es el *supuesto asesino*, lo que estamos aseverando es que, en realidad, el significado de ‘amigo’ o ‘asesino’ no se aplica (o es posible que no se aplique) al objeto mentado.

(Demonte, 1999, pág. 139)

Desde un punto de vista lógico, podemos considerar que estos adjetivos son funciones de propiedades a nuevas propiedades:

A very general way to incorporate this insight is to regard adjectives like ‘former’ as property operators, that is, as functions from properties to properties [...]. For example, *former* can be interpreted as a function that maps the property of being an astronaut to the property of being a former astronaut.

(Chierchia y McConnell-Ginet, 1990, 461)

En el siguiente esquema vemos la aplicación de la función *former* a un conjunto cuyos componentes son propiedades. El conjunto imagen es también un conjunto en el que sus miembros son propiedades, pero alteradas (de forma regular por una función) respecto a lo que eran en el conjunto origen.

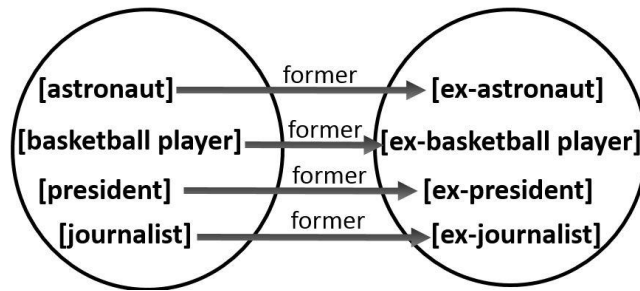


Figura 9. Función former.

Al aplicar la función *former* a las propiedades, estas se convierten en otras propiedades. Es decir, siendo f la función *former*, se obtendrían los siguientes resultados:

$$f_{(\text{astronaut})} = \text{ex-astronaut}$$

$$f_{(\text{basketball player})} = \text{ex-basketball player}$$

$$f_{(\text{president})} = \text{ex-president}$$

$$f_{(\text{journalist})} = \text{ex-journalist}$$

2.1.2. Subsectividad, intersectividad e intensionalidad: Cuestiones sintácticas

2.1.2.1. Intersectividad y subsectividad: cuestiones sintácticas

La relación entre la posición de un adjetivo y su tendencia a ser interpretado intersectiva o subsectivamente fue ya tratada por Siegel (1980):

Siegel (1980) shows that nonintersective interpretations are associated with attributive modification, not with predicative uses of and adjective. For example, *beautiful* in (125a) easily gets a special reading in which it is not assert ordinary physical beauty, but rather a special kind of beauty that is relevant only to being a dancer-the beauty of dancing well. In contrast, when used as a simple predicative adjective ((125b)), the salient reading of the adjective is the one of ordinary physical beauty.

- (125) a) She is a beautiful dancer
b) That dancer is beautiful

(Baker, 2003, pág. 259)

Siegel (1980) señala que, al menos en inglés, en posición atributiva, el adjetivo tiende a interpretarse subsectivamente, en relación con el nombre que lo acompaña. En posición predicativa, sin embargo, la tendencia es a interpretar el valor general o absoluto del adjetivo. De modo similar se expresa Cabredo Hofherr (2010) a este respecto:

The intersective/non-intersective distinction is partially correlated with the syntax of the adjectives: only attributive adjectives allow intersective and non-intersective readings, while predicative adjectives are always intersective.

(Cabredo Hofherr, 2010, pág. 7)

[...] only attributive adjectives can have non-intersective meanings.

(Cabredo Hofherr, 2010, pág. 18)

Centrándose en el español, Demonte (2008) señala que los adjetivos intersectivos y los no intersectivos tienen, siempre dentro del sintagma nominal, unas posiciones ‘preferidas’, aunque no tan rígidas y predeterminadas como se infiere de las afirmaciones que, respecto al inglés, hemos visto de Cabredo Hofherr (2010):

I will [...] assume that non-intersective and intersective adjectives have preferred positions within DP, namely prenominal and postnominal position, respectively:

El buen abogado

Lit. The good lawyer (good as a lawyer)

(Non-intersective reading)

El abogado bueno

Lit. The lawyer good (good as human being)

(Intersective reading)

(Demonte, 2008, pág. 72)

Lo que subyace a estas interpretaciones respecto al carácter intersectivo o subsectivo del adjetivo en función de su posición es que si la categoría de referencia no es aquella señalada por el nombre que está acompañado por el adjetivo, entonces el adjetivo es intersectivo. Es decir, si debe recuperarse un significado más general o más abstracto (del adjetivo) que aquel que tendría relacionándose exclusivamente con la categoría representada por sustantivo al que acompaña, entonces no se está ante subsectividad sino ante intersectividad.

Siegel (1980, pág. v)¹⁵⁷, precisamente, habla de una distinción entre los adjetivos dependiendo de si son relativos a los “common nouns they modify, or they may be free, absolute modifiers of individuals”:

¹⁵⁷ Siegel (1980, pág. 108) señala precisamente que su visión de lo que ella llama *relativity* depende de si la interpretación de un adjetivo es o no “relative to the meaning, or intension, of the modified common noun”.

The English sentence *Mayra is a beautiful dancer* provides a good example of the phenomenon, since it can mean either that Mayra is beautiful as a dancer (relative) or that Mayra herself is generally beautiful (absolute).

(Siegel, 1980, pág. v)

Para nosotros, respecto a la subsectividad de grado, resulta evidente que si decimos *She is a tall dancer* o *That dancer is tall* no podríamos afirmar en ninguno de los casos que *tall* dejara de ser relativo a una categoría de referencia, independientemente de que esta fuera la de [las bailarinas], la de [las mujeres] o la de [las personas]. En cualquiera de los casos, desde nuestro punto de vista, estaríamos ante un adjetivo subsectivo.

Del mismo modo, hay adjetivos que obligan, si es posible, a mantener siempre una interpretación intersectica independientemente de su posición:

El universo es infinito → No es ‘infinito respecto a X’. Simplemente, es infinito.

El universo infinito se mostraba ante nosotros → No es ‘infinito respecto a X’.
Simplemente, es infinito.

El infinito universo se mostraba ante nosotros → No es ‘infinito respecto a X’.
Simplemente, es infinito.

Respecto a la subsectividad cualitativa, consideramos que el hecho de que la categoría de referencia no sea la expresada por el nombre que aparece explícitamente en el enunciado no es razón para dejar de interpretar como subsectivos estos adjetivos, y que la subsectividad es, por lo tanto, un fenómeno más amplio de lo que indican estos autores. El adjetivo *beautiful*, aplicado a una bailarina, puede no ser relativo a esta como profesional del baile, pero sí deberá relativizarse respecto a la categoría [mujer], [mujer rusa], [persona], [mamífero] u otra de las infinitas categorías activables. En cualquiera de ellas, su significado sufriría la ‘adaptación’¹⁵⁸ que caracteriza a los adjetivos subsectivos.

Dentro del sintagma nominal, Demonte (2008, pág. 72) señala que adjetivos como *bueno*, *malo* o *grande*, que no son intersectivos en posición prenominal (y, para nosotros, como hemos señalado, tampoco en posición posnominal), pueden también interpretarse

¹⁵⁸ Para Siegel (1980), esta ‘adaptación’ convertiría los adjetivos en intensionales. Respecto al sintagma *a good car* en el que *good* se interpretase como ‘good as a car’, Siegel (1980, pág. 110) señala que “the reading of *good* is an intensional, CN/CN reading. To understand the meaning of *good* here, you must know the meaning of car, what, exactly, is expected of the car”.

así en posición posnominal. El enunciado *El abogado bueno pasea* resultaría, por lo tanto, ambiguo, ya que permitiría una interpretación en la que el abogado fuera bueno como abogado (subsectivo en lo cualitativo) o en la que lo fuera como persona (intersectivo, según Demonte, en lo cualitativo). Sin embargo, Demonte (2008) señala que, si examinamos un número significativo de datos, podremos llegar a la conclusión de que “non-intersective reading is standard in prenominal position [...] and it survives in postnominal position mainly when the alternative reading is not possible for independent reasons [...]”, (Demonte, 2008, pág. 72).

Aunque no consideramos que esto los convierta en intersectivos, sí aceptamos que, a pesar de que ambas interpretaciones sean posibles en posición pre o posnominal, en español la tendencia es que una interpretación más general o abstracta se dé con los adjetivos prenominales y la interpretación más concreta y relacionada con el significado del sustantivo con los adjetivos posnominales. Insistimos en que este aumento en el nivel de generalidad del adjetivo no lo convierte, desde nuestra perspectiva, en intersectivo, pues, independientemente de que un abogado sea bueno como abogado o lo sea como persona, siempre necesitamos una categoría de referencia que nos proporcione las características cualitativas concretas del significado de ese adjetivo.

En posición predicativa, podemos decir que, en español, la tendencia coincide, salvando las diferencias interpretativas que ya hemos señalado, con aquello que Siegel (1980) establece como norma del inglés, y que, por lo tanto, la aparición del adjetivo en esta posición hace que la interpretación más general sea la menos marcada. Es decir, en *El abogado es bueno* la lectura más habitual consiste en interpretar *bueno* con una categoría situada ‘por encima’ de la de [los abogados], aunque una interpretación relativa a [los abogados] también sería posible. En este aspecto, por lo tanto, coincidiría la lectura del adjetivo pospuesto en español con la del adjetivo en posición predicativa.

Aunque en lo cuantitativo (subsectividad de grado) esto sea muy evidente, el hecho de que un adjetivo deba adaptar su interpretación concreta en lo cualitativo dependiendo de la clase respecto a la que se relativice es, como veremos en el apartado 2.3.1. (*Problemas con la intersectividad. Colores y formas*), un fenómeno que se da muy frecuentemente. Desde nuestra perspectiva, la subsectividad podría ser una cuestión de grado, dependiente del carácter más o menos general de la categoría que actúe como fondo. Así, relativizar respecto a *bailarina* haría del empleo de *beautiful* un uso más

subsectivo que si en otro contexto este adjetivo tuviera que ser relativizado respecto a *persona*, pero en ningún caso llegaríamos a estar, al menos en este ejemplo concreto, ante un adjetivo interseectivo¹⁵⁹. Podría hablarse de un uso más o menos subsectivo de un adjetivo siempre que las categorías de referencia pudieran incluirse en una taxonomía ordenada. Así, si en un enunciado concreto como *Ese Cadillac es bonito*, relativizásemos *bonito* respecto a *Cadillac* y respecto a *coche*, sí podríamos decir que un uso es más subsectivo que el otro. Sin embargo, si, por motivos contextuales, las posibles categorías de referencia fueran [vehículos de cuatro ruedas] o [vehículos particulares], las relaciones taxonómicas jerarquizadas no resultarían tan evidentes y, por lo tanto, establecer cuál de los dos usos tendría más carácter subsectivo no resultaría factible.

Por otro lado, recordemos que, como vimos en el apartado 1.2.2.1., la posición pre o posnominal también estaba relacionada, en sintagmas nominales definidos, con las interpretaciones explicativas y especificativas. Por lo tanto ante el enunciado *A Juan le gustan los buenos vinos* puede decirse que, respecto a la alternancia restrictivo/explicativo, al estar ocupando el adjetivo una posición prenominal, debería considerarse que está actuando como explicativo. En cambio, respecto a la subsectividad, la posición prenominal favorecería una interpretación más subsectiva. Por lo tanto, suponiendo que deban activarse ambas alternancias semánticas relativas a la posición del adjetivo, el enunciado debería interpretarse de este modo: ‘a Juan le gustan todos los vinos y los vinos son un tipo de entidad que tiene la cualidad de ser buena, pero buena solo como bebida, no en un sentido más general de *bueno*’. Sin embargo, lo más probable sería que en ese enunciado el adjetivo *buenos* no se considerase explicativo (a pesar del orden prenominal) sino especificativo: ‘a Juan le gustan solo aquellos vinos que son buenos’. La interpretación más subsectiva (en lo cualitativo) sí se mantendría.

Por el contrario, en *A Juan le gustan los vinos buenos*, si cada una de las dos funciones semánticas del adjetivo fuera la que se relaciona prototípicamente con su posición, debería interpretarse de este modo: ‘a Juan le gustan solamente aquellos vinos que son buenos, pero los que son buenos en un sentido menos subsectivo, más general: no restringido a [los vinos]’. Esto sería así porque la posición posnominal privilegia, recordemos, una interpretación especificativa, por un lado, y menos subsectiva (en lo

¹⁵⁹ La existencia de significados puramente interseectivos será abordada en el apartado 2.3.3.1. (*Interseectivos prototípicos*).

cualitativo), por otro. Sin embargo, parece evidente que, en realidad, a Juan le gustan los vinos que son buenos como vinos, no los vinos que tengan algún tipo de ‘bondad’ general.

En los ejemplos relativos al vino que hemos visto, resulta sencillo encontrar la interpretación correcta. Sin embargo, las interferencias sobre el papel semántico que debe desempeñar la posición del adjetivo (activar interpretaciones relativas a la especificación/explicación o a la subsectividad cualitativa) pueden ser más sutiles y plantearnos más problemas. Así, en *Mi abuela adora a los buenos santos* la ambigüedad de este enunciado permite dos preguntas: ¿Solo a los buenos? ¿Buenos en qué sentido? Estas preguntas podrían parafrasearse como ¿Utilizas el adjetivo de forma especificativa o explicativa? y ¿Cuán subsectivo es tu uso del adjetivo? Estas dos cuestiones duales permiten cuatro posibilidades combinatorias para determinar una posible interpretación:

- 1) Mi abuela adora a todos los santos, y los santos son buenos como santos. (Cumplen con las características necesarias para la santidad: son muy ‘milagrosos’ ...) ¹⁶⁰.
- 2) Mi abuela adora solo a los santos que son buenos, y estos santos son buenos como santos.
- 3) Mi abuela adora a todos los santos, y los santos son buenos de una manera más general (¿Como seres humanos?)
- 4) Mi abuela adora solo a los santos que son buenos y estos santos son buenos en general.

La primera interpretación no supondría ninguna ruptura de las posiciones prototípicas respecto a las dos cuestiones semánticas que entrarían en juego. La última, en cambio, rompería con las dos. Por suerte, no solemos encontrarnos con situaciones en las que las cuatro interpretaciones estén tan ‘igualadas’ respecto a su grado de validez. Además, la anteposición con fines explicativos es menos frecuente y, en muchas ocasiones, su uso se restringe al lenguaje literario. Así, si en el lenguaje ‘normal’ aparece un adjetivo antepuesto, la tendencia natural será priorizar una interpretación de esa posición relativa al grado de subsectividad (cualitativa).

¹⁶⁰ Evidentemente, el que todos los santos fueran buenos como santos supondría un problema en las implicaciones cuantitativas de *bueno*, aunque podemos pasar por alto, en este ejemplo concreto, esta cuestión.

2.1.2.2. Cuestiones sintácticas relativas a los intensionales

A pesar de que esta clase de adjetivos no es relevante a la hora de describir las características de los adjetivos dimensionales (cuando estos funcionan, de acuerdo a su significado recto, expresando una dimensión física), sí señalaremos algunas de sus particularidades sintácticas. Estos adjetivos no pueden aparecer (ni en español ni en inglés, entre otras lenguas) como adjetivos disjuntos con verbos copulativos. Además, en español, y en otras lenguas romances, la posición prenominal o postnominal favorece la interpretación intensiva o extensiva (respectivamente) de algunos adjetivos.

Comprobamos que ante a) *El viejo amigo* y b) *El amigo viejo*, “[t]he pronominal adjective modifies the reference or intension of the noun, while the post-nominal adjective modifies the referent or extension denoted by the expression”, en Martín (2009, pág. 1). Es decir, el adjetivo *viejo* tiene un significado extensional en el segundo caso propuesto (b), ya que selecciona un subconjunto (la intersección de un conjunto con otro es siempre un subconjunto de ambos) de los miembros de la clase [amigo]; en concreto aquellos que pertenecen, además, a la clase de las cosas que son viejas.

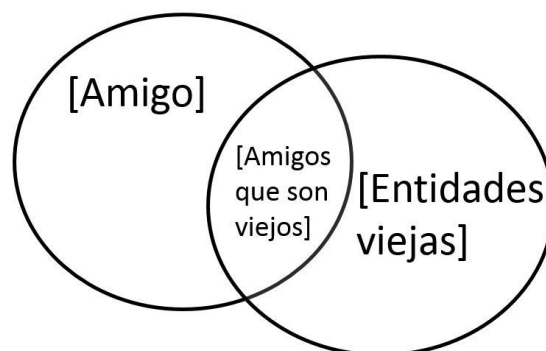


Figura 10. Amigos viejos.

En el primer caso (a), *viejo* modifica el significado de *amigo*, es una propiedad que actúa sobre otra propiedad, por lo que en este caso el significado del adjetivo podemos decir que es una función entre propiedades: $\text{Viejo}_{(\text{amigo})} \rightarrow \text{Amigo que lo es desde hace mucho tiempo}$.

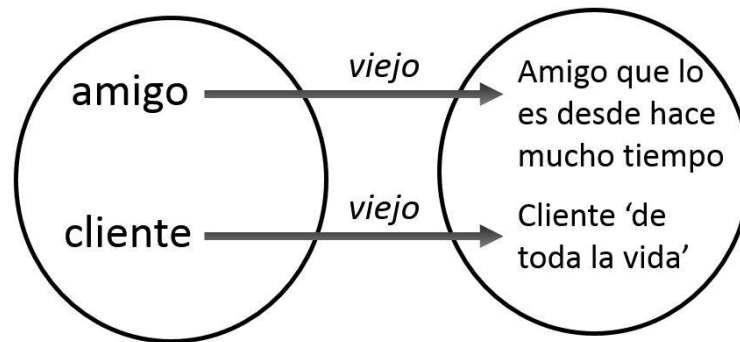


Figura 11. Viejo amigo y viejo cliente.

En español, si se emplea el adjetivo *viejo* como atributo (*El amigo es viejo*), solo se puede reconocer una interpretación extensional. La interpretación intensional, en cambio, es sintácticamente exclusiva de la posición prenominal. El enunciado *El amigo es viejo* expresa que aquel que tiene la propiedad de ser [amigo] y también la de ser [viejo] (intersección). Por el contrario, con *el viejo amigo* nos referimos al que no tiene la propiedad de ser solo [amigo], sino de ser [un tipo determinado de amigo] (aquel que lo es desde hace mucho tiempo). La propiedad de ser amigo se ve alterada antes de asumir su propia extensión.

2.1.2.3. ¿Cómo afecta al nombre la función sintáctica del adjetivo?

Restricción inmediata y sustantivo 'libre'

El modo como se nos presenta el nombre cuando resulta modificado por un adjetivo adyacente y la manera como se nos presenta cuando se le atribuye con la mediación de un verbo la propiedad asociada con el adjetivo son diferentes. El sentido de los enunciados *Eso es un Cadillac rosa* y *Ese Cadillac es rosa* pueda ser ligeramente distinto en cada caso; desde un punto de vista lógico las ocasiones en que las proposiciones serían verdaderas habrían de ser las mismas en ambos casos. Sin embargo, la cuestión que ahora nos ocupa es el hecho de que el nombre (*Cadillac*) solo en el segundo de los casos se nos presenta 'libre': no restringido, sino calificado. Pedro Hispano recoge claramente esta idea cuando en una de sus reglas sobre la restricción señala lo siguiente:

Nada puesto en la parte del predicado puede restringir al término común puesto en la parte del sujeto en cuanto a la significación principal¹⁶¹.

Porque cuando se dice ‘el hombre es blanco’, el término ‘blanco’, puesto en el predicado, no puede restringir a ‘hombre’, que está puesto en el sujeto, a los blancos. Porque si se restringiera a los blancos, entonces [...] si un signo universal¹⁶² se le allega, únicamente lo distribuye por los blancos. Y así en ‘todo hombre es blanco’ el término ‘hombre’ se toma solo por los blancos; y así el sentido es: todo hombre blanco es blanco. De donde se sigue que estas dos son equipolentes: ‘todo hombre es blanco’ y ‘todo hombre blanco es blanco’. Luego si una es verdadera, la otra también es verdadera, y si una es falsa, la otra lo es. Pero esta es verdadera: ‘todo hombre blanco es blanco’. Luego también esta lo será: ‘todo hombre es blanco’. Pero esto es falso. Luego también lo anterior. Luego cuando se dice ‘el hombre es blanco’, el término ‘hombre’ no se restringe a los blancos. Y así resulta manifiesta esta regla.

(Pedro Hispano [c. 1230], 1986, pág. 181)

Una idea muy parecida maneja López García (2010):

[...] en la oración, cuando atribuimos un adjetivo a un sustantivo, este último sigue evocando todos los objetos que tienen la cualidad del adjetivo: como es muy raro que haya otro adjetivo que convenga a dichos objetos y solo a ellos, no es posible sumarlo a la calificación anterior. ‘La mesa roja’ comparte la cualidad roja con varios objetos y ‘la mesa valenciana’ comparte esta nueva cualidad, valenciana, con un conjunto diferente: ‘la mesa roja valenciana’ se refiere a objetos del conjunto intersección. En cambio *‘la mesa es roja valenciana’ resulta imposible porque el conjunto de objetos rojos no coincide con el de objetos valencianos.

(López García, 2010, pág. 60)

Mientras Pedro Hispano señala que el nombre sigue estando por todos los miembros de la categoría que representa (podría *suponer* por cualquiera de ellos), López García hace hincapié en que el adjetivo atributo evoca la propiedad como característica presente en el conjunto total de objetos que la poseen, es decir, sin limitarse a la aparición de esa propiedad en lo designado por el nombre de forma concreta. La restricción de significado no parece, por lo tanto, darse en ninguno de los dos sentidos (ni el adjetivo restringe al nombre ni viceversa) y, aunque, a efectos prácticos no parece que esto lleve consigo una distinción entre el significado final expresado por enunciados como *Este cadillac es rosa*

¹⁶¹ “Y digo ‘en cuanto a la significación principal’, porque el predicado restringe al sujeto en cuanto a la consignificación. Como cuando se dice ‘el ciudadano es blanco’, el término ‘ciudadano’ se restringe a los varones y no a los blancos, y así ‘blanco’ lo restringe en cuanto a la consignificación, que es el género, y no en cuanto a su significación”, (Pedro Hispano [c. 1230], 1986, pág. 181).

“Género es lo que se predica de muchos diferentes en cuanto a “aquello que” [de manera quiditativa o a modo de substancia]; como el animal se predica del caballo, del hombre y del león, los cuales difieren en especie”, (Pedro Hispano [c. 1230], 1986, pág. 18).

¹⁶² El signo universal es en este caso *todo*.

y *está roto* y *Este cadillac rosa está roto* sí parece haber, sin embargo, una sutil variación en el modo como se presentan, tanto el nombre como el adjetivo, en el proceso de construcción del significado.

Podemos decir, por lo tanto, que en el caso del adjetivo como elemento integrado en el sintagma nominal, la limitación-intersección entre un término y otro se presenta de forma inmediata, sin que antes sea evocado cada uno de ellos con todo su potencial: constituyen (sustantivo y adjetivo) una unidad significativa. En el caso del adjetivo como cópula, a pesar de que lo que se dice finalmente es que el objeto representado por el nombre pertenece al subconjunto de estos objetos que poseen determinada propiedad (y, por lo tanto, se llega, de nuevo, a la restricción de un conjunto), la diferencia reside, precisamente, en que esto se dice explícitamente. La restricción no se efectúa desde el momento de la aparición del nombre, pues, como sujeto de una oración copulativa sin adyacente, este se muestra ‘libre’ y se erige en representante de toda la categoría a la que designa (da nombre)¹⁶³. Al mismo tiempo, el adjetivo-atributo (en *predicative position*) es representante de ‘todo lo que es blanco’, y atribuye al nombre su pertenencia a dicha categoría de cosas. En este caso la categoría de [lo blanco] no aparece limitada por el nombre al que acompaña, como sí lo hace cuando es adyacente.

2.1.2.4. Cuestiones semántico-comunicativas

Hasta ahora hemos establecido una división lógica de carácter abstracto de la que han quedado al margen las intenciones comunicativas que condicionan el uso (e interpretación) de adjetivos y sustantivos en los contextos lingüísticos reales. En este apartado, aunque esta es una cuestión que ya anticipamos en el capítulo 1, vamos a tratar cómo se relacionan los dos aspectos (el lógico y el comunicativo),

Vimos en el apartado 1.2.2 que la subdivisión (a través de un adjetivo) de la clase de entidades que se relaciona con un sustantivo puede desempeñar en lo comunicativo la función semántica de (1) contribuir a seleccionar cuál es el referente del que se habla o (2) la de atribuir una propiedad a un referente que, o bien está previamente fijado (*La*

¹⁶³ Esto no impide que el nombre pueda aparecer ‘limitado’ por otra clase de palabras como los determinantes, por ejemplo.

blanca paloma) o que, por el motivo que sea, no se fija (*Una blanca paloma* / *Una paloma blanca*).

Efectivamente, a través de la figura 1 señalábamos que la intersección entre una propiedad y una categoría de cosas puede relacionarse tanto con un simple enriquecimiento informativo-descriptivo como con la especificación del elemento particular al que se está haciendo referencia en un contexto determinado. Lo primero se llevaba a cabo en sintagmas definidos y no definidos; lo segundo, solo en los definidos.

Aunque en el ejemplo aportado no se contemplaba, cuando en los enunciados intervienen adjetivos subsectivos, las consecuencias semánticas son las mismas que las señaladas entonces. Así, en el enunciado *Ayer vi una estrella pequeña* se está diciendo que se vio una entidad cualquiera que pertenecía al conjunto de las [estrellas], y se informa ‘explicativamente’, además, de que pertenecía, en concreto, al subconjunto de las [(estrellas) pequeñas]. En los sintagmas definidos esta restricción lógica puede dar lugar a repercusiones semánticas distintas: si se dice *De las dos estrellas que vi ayer, la que brillaba más era la*¹⁶⁴ *(estrella) pequeña* el adjetivo contribuye a la particularización (especificación) del ‘protagonista’ del enunciado. Sin embargo, si una vez particularizado este, se dijera que *La pequeña estrella se empezó a mover*¹⁶⁵ se estaría haciendo, como en los sintagmas no definidos, un uso explicativo del adjetivo¹⁶⁶.



Figura 12. Estrellas que vi ayer.

¹⁶⁴ “El papel fundamental del artículo consiste, en efecto, en especificar si lo designado por el sustantivo o el grupo nominal constituye o no información consabida. La diferencia que se aprecia entre *Hoy he recibido una carta* y *Hoy he recibido la carta* ilustra el contraste entre esas dos formas de referir”, en NGLE (2009, pág. 1023).

¹⁶⁵ En el apartado 3.2.1.2.2. (*Los superlativos*) ahondaremos en cuestiones relativas a la particularización de elementos dentro de un contexto determinado.

¹⁶⁶ En el uso ‘normal’ del lenguaje se suele prescindir de los adjetivos explicativos por su carácter superfluo: *La estrella empezó a moverse* sería un enunciado menos marcado estilísticamente.

Como vimos en el apartado 1.2.2.1. (*Adjetivo adjunto* (Attributive position)) puede suceder que el adjetivo actúe de forma no restrictiva y que se aplique a todas las entidades designadas por el sustantivo. Eso ocurriría en, por ejemplo, enunciados como *Me gustan los misteriosos gatos* o *Los gatos son misteriosos*. En estos casos nos encontraríamos con que [los gatos] se consideran un subconjunto de [lo misterioso]. Esta situación es la que se da siempre ante un epíteto: se adscribe (en posición atributiva¹⁶⁷) una propiedad al referente del sustantivo que se considera inherente a este.



Figura 13. Los misteriosos gatos.

En cualquier caso, se podría mantener que se trata de la intersección de un conjunto con otro conjunto que lo contiene, por lo que podríamos seguir hablando de intersektividad¹⁶⁸ en estas situaciones. Es cierto que también podríamos hablar de subsectividad, pero sería necesario tener en cuenta el hecho de que en este caso es la categoría relacionada con el nombre la que es un subconjunto de la clase de objetos que poseen la característica expresada por el adjetivo (y no al revés), y que, por lo tanto, la extensión del sustantivo permanece en todo momento inalterada.

¹⁶⁷ Como vimos en la nota 81, solo suele hablarse de *epítetos* cuando el adjetivo está en posición atributiva (junto al sustantivo).

¹⁶⁸ La intersección de un conjunto B con un conjunto A que lo contenga, deja a B inalterado: $B \subseteq A$ implica $A \cap B = B$. Desde esta perspectiva, también podríamos decir que los subsectivos son (un tipo de) intersectivos.

En estos casos, una función semántica especificativa no sería posible y, por ejemplo, con *misterioso*, nunca se podrá contribuir a la particularización de un gato concreto entre un grupo de gatos que podrían ser el referente de *El gato* en un contexto determinado.

Con los adjetivos intensionales no pueden aplicarse restricciones como las señaladas, ya que no se asocian con extensión alguna: no hay un conjunto de [lo presunto] que pueda restringir a [los asesinos]¹⁶⁹. Esto nos lleva a que no puede hablarse de distintas funciones comunicativas asociadas con la restricción como hemos hecho en este apartado con las otras dos clases en las que hemos dividido los adjetivos desde un punto de vista lógico.

2.2. Graduabilidad y polaridad. El concepto de ESCALA.

2.2.1. Introducción

La clase de los adjetivos dimensionales se caracteriza por hacer referencia a un tipo de propiedades que se pueden dar en mayor o menor grado. No solo los adjetivos dimensionales expresan propiedades de este tipo: aquellas a las que apuntan *listo*, *fuerte* o *simpático* presentan la misma condición. Otros adjetivos, sin embargo, como *municipal* en *policía municipal*, o *cuadrúpedo* en *animal cuadrúpedo* hacen referencia a propiedades cuya ‘presencia’ en una entidad es una cuestión, simplemente, ‘de sí o no’. Mientras se puede ser *más o menos alto* (y tenerse un grado mayor o menor de ALTURA) o ser *más o menos simpático* (y tenerse un grado mayor o menor de SIMPATÍA), un policía no puede ser *más o menos municipal* (y tener un grado mayor o menor de ‘MUNICIPALIDAD’) ni un animal ser *más o menos cuadrúpedo* (y tener un grado mayor o menor de ‘CUADRUPICIDAD’).

A los adjetivos que hacen referencia a cualidades que se pueden dar en distinto grado los llamaremos *adjetivos graduables*.

Adjectives are gradable if they denote a property that can be present in an object to a greater or lesser degree.

(Tribushinina, 2008, pág. 78)

¹⁶⁹ De hecho, al hablar de *presuntos asesinos*, como vimos en su momento, tampoco se puede decir que se esté hablando de ASESINOS.

Kennedy (1999b, pág. XIII) ya caracteriza los adjetivos graduables semánticamente del mismo modo que Tribushinina (2008), pero, de cara a su formalización lógica, relaciona sus propiedades con una representación ordenada de grados:

Semantically, gradable adjectives can be informally defined as predicative expressions whose domains can be partially ordered according to some property that permits grading. For example, the domain of the adjective *tall* can be ordered according to a measure of *height* [...]

(Kennedy, 1999b, pág. XIII)

Podemos anticipar, aunque trataremos esta característica más adelante con mayor profundidad, que los adjetivos graduables suelen formar pares de antónimos: “Many (though not all) gradable adjectives come in antonymous pairs”, en Kennedy (1999b, pág. 17). Los adjetivos graduables son, además, subsectivos, ya que en la propia naturaleza de la graduabilidad está la necesidad de la comparación. A partir de la siguiente cita de Lyons (1977a) puede establecerse de manera bastante nítida un paralelismo entre la graduabilidad y la subsectividad, por un lado, y la no-graduabilidad y la intersectividad, por otro:

Grading involves comparison. When we compare two or more objects with respect to their possession of a certain property (this property being denoted typically in English by an adjective), it is usually, though not always, appropriate to enquire whether they have this property to the same degree or not. For example, we might ask *Is X as hot as Y?* The fact that we can say *X is as hot as Y* or *X is better than Y* depends upon the gradability of ‘hot’. A lexeme like ‘female’ (unlike ‘feminine’), on the other hand, is ungradable: we would not normally say *X is as female as Y* or *X is more female than Y* [...]

(Lyons, 1977a, pág. 271)

El hecho de que el conjunto-referente de los adjetivos subsectivos sea el mismo que el de los adjetivos graduables (es decir, que unos y otros sean los mismos) no debe llevar a inferir que la propiedad que subyace en el concepto GRADUABILIDAD sea la misma que la que subyace en el de SUBSECTIVIDAD, sino que ambas propiedades se relacionan con un mismo hecho: la necesidad de establecer una comparación (explícita o implícita) para interpretar estos adjetivos (subsectivos y graduables). Esta comparación tiene como base el grado en que se da una propiedad, por lo que los paralelismos deben hacerse exclusivamente entre la subsectividad que habíamos denominado *cuantitativa* (o *de grado*) y la graduabilidad, y no entre la subsectividad (en general) y la graduabilidad.

Vemos a continuación cómo se relacionan las dos propiedades (subsectividad cuantitativa y graduabilidad) con el fenómeno de la COMPARACIÓN.

Por un lado, en la subsectividad (cuantitativa), la comparación (cuantitativa) se manifiesta en el hecho de que, desde un punto de vista lógico, se deban establecer conjuntos y subconjuntos al representar el modo como uno de estos adjetivos se aplica a un referente como miembro de una categoría concreta. Al hablar de *una mujer alta*, por ejemplo, el adjetivo *alta* puede suponer una comparación con el grado de altura de todas las personas o solo con el propio de las mujeres: debe buscarse una categoría de referencia dentro del cual situar el subconjunto de [las altas]. Por otro lado, una propiedad graduable, por definición, puede darse en mayor o menor grado o, incluso, no darse. Una mujer que es alta como persona lo será también, *pero en mayor grado*, como mujer. Esta sería la relación de la graduabilidad con las comparaciones implícitas.

En la siguiente cita de Lyons se puede apreciar cómo, por el contrario, podemos establecer paralelismos entre la no graduabilidad de pares de opuestos y la intersectividad:

Ungradable opposites, when they are employed as predicative expressions, divide the universe-of-discourse [...] into two complementary subsets. It follows from this not only that the predication of either one of the pairs implies the predication of the negation of the other, but also that the predication of the negation of the either implies the predication of the other. For example, the proposition “X is female” implies “X is not male”; and “X is not female) (provided that ‘male’ and ‘female’ are predicable of X) implies “X is a male”.

(Lyons, 1977a, pág. 271)

Así, suponiendo que solo hubiera animales cuadrúpedos y bípedos, resultaría que si un animal no fuera cuadrúpedo sería necesariamente bípedo, y viceversa. Este hecho sería una manifestación del fenómeno de la INTERSECTIVIDAD, ya que CUADRÚPEDO y BÍPEDO son propiedades que no necesitan una clase de referencia. También lo sería del fenómeno de la NO GRADUABILIDAD, ya que SER CUADRÚPEDO o BÍPEDO es un rasgo pertinente, no gradual. Por el contrario, *mujer alta* era, como vimos, un caso de subsectividad, ya que debía determinarse una clase de referencia para poder interpretar el adjetivo (subsectividad) y, además, la cualidad expresada por este podía darse con mayor o menor ‘intensidad’ en uno u otro contexto (graduabilidad).

Puede decirse, por lo tanto, que todos los adjetivos subsectivos son graduables y que todos los adjetivos graduables son subsectivos, pero la graduabilidad es un fenómeno que corre paralelo únicamente a la subsectividad cuantitativa, pues es en los distintos grados

en los que puede manifestarse una cualidad, y no en sus modos de manifestarse, en lo que radica su graduabilidad. Ocurre, sin embargo, que todos los adjetivos subsectivos en lo cualitativo (*Un cirujano hábil como cirujano, Un abogado bueno como persona*) lo son también en lo cuantitativo (presentan posibles variaciones de grado: *Un cirujano más o menos hábil como cirujano, Un abogado más o menos bueno como persona*), por lo que puede decirse que todos los adjetivos cualitativamente subsectivos son también graduables, aunque debe quedar claro que no es su subsectividad cualitativa en sí lo que les hace coincidir con los graduables.

2.2.2. Escalas

A la hora de tratar este tipo de adjetivos (subsectivos y graduables) seguiremos a Kennedy (2003, 2005), quien, dentro de una perspectiva lógico-formalista, propone concebirlos como predicados que sitúan sus argumentos (las entidades de las que predicán algo) dentro de representaciones de medida abstractas¹⁷⁰. Estas representaciones serían *escalas*, y los puntos o intervalos ordenados que las formarían serían los *grados*¹⁷¹.

¹⁷⁰ Otras perspectivas lógicas, como aquella a la que Kennedy (1999b) denomina *The vague predicate analysis*, consideran que los adjetivos graduables son semánticamente iguales a otros tipos de predicados en el sentido de que denotan “functions from objects to truth values” (pág. 5). Desde esta perspectiva se considera que el dominio de la función es el (sub)conjunto de las cosas similares al miembro del que se predica algo en un contexto concreto (su *clase de referencia*) y que este (sub)conjunto está ordenado en función del grado de ‘posesión’ de la propiedad expresada por el adjetivo. Este (sub)conjunto-dominio ordenado se divide en dos partes de acuerdo a la *norma* de posesión de la cualidad. Del adjetivo-función se llegará a unos valores de verdad para los elementos que quedan a un lado de la norma y a otros para aquellos que quedan al otro lado: “[...] it is first necessary to focus attention on a subset of the domain that contains objects that are in some way similar to x [en *x is ADJ*], and to check to see whether x falls “at one end or the other” of the ordered subset”, (Kennedy, 1999b, pág. 6).

Klein (1980, 1982) ya había señalado, además, que estas funciones no tienen solo los dos valores de verdad básicos, sino que hay también un *indeterminate middle* para los casos que no son verdaderos ni falsos. Por otro lado, según Bochnack (2013, pág. 2): “There is [...] a line of work that denies the existence of degrees [...] and treats scalar predicates simply as vague predicates, a subset of the <e,t> predicates. Notable examples of this line of work include Kamp (1975), Klein (1980), and more recently van Rooij (2011)”.

Beck *et al.* (2009), basándose en sus estudios de la lengua motu, cuestiona la aplicabilidad del sistema de escalas a todas las lenguas. Bochnack (2013, pág. 12) rechaza directamente su aplicabilidad a la lengua washo: “Washo is a language that lacks measure phrases, has only implicit comparison, has no true degree modifiers, and whose scalar predicates always receive a norm-related interpretation. This set of properties forms a grammatical system whose behavior can best be explained by assuming that Washo makes no reference to degrees in both its lexical items and inventory of functional meanings”.

¹⁷¹ Aunque intuitivamente se tienda a concebir las escalas y los grados en términos numéricos, resulta evidente que esto no es necesario, ya que no siempre se puede encontrar un valor numérico con el que

The following assumptions are shared by most approaches to the semantic analysis of gradable adjectives (see e.g. Seuren 1973; Barstch and Vennemann 1973; Cresswell 1977; Hellan 1981; von Stechow 1984a; Heim 1985; Bierwisch 1989; Klein 1991; Kennedy 1999[b] and others):

Gradable adjectives map their arguments onto abstract representations of measurement, or DEGREES.

Degrees are formalized as points or intervals totally ordered along some DIMENSION (e.g. height, cost, etc.); the set of ordered degrees corresponds to a SCALE.

Propositions constructed out of gradable adjectives express relations between degrees on a scale.

(Kennedy, 2003, pág. 3)

Aunque no abordaremos el estudio de los adjetivos desde la semántica formal, este modo de concebir el significado de los adjetivos graduables (a través del concepto de ESCALA) resulta un recurso (formal) útil que facilita la comprensión de determinados fenómenos y que, por cuestiones que veremos más adelante, parece ser la concepción que subyace al uso de esta clase de adjetivos por parte de los hablantes¹⁷²:

This approach to gradable adjective meaning has provided the formal basis for comprehensive and explanatory accounts of antonymy, the logical properties of comparative constructions, the semantic of measure phrases, and the distribution and interpretation of degree modifiers [...].

(Kennedy, 2000, pág. 4)¹⁷³

Así, en enunciados como *Juan es más listo que Miguel*, *Antonio es alto* o *La botella está vacía*, se considera que, en el primer caso, se quiere decir algo así como que ‘el grado de inteligencia de Juan es superior al de Miguel’; en el segundo, que ‘el grado de altura de Miguel es superior a algún tipo de estándar de comparación’; y, en el tercero, si

ponderar la presencia de una propiedad (en una entidad) en una escala. Los grados deben concebirse como puntos o intervalos ordenados, pero sin necesidad de que estén numéricamente ordenados.

¹⁷² Las características de las escalas relacionadas con los adjetivos es, como veremos, lo que permite que se empleen, por ejemplo, junto a unos (y no junto a otros) adjetivos graduables adverbios como *completamente* o *totalmente*.

¹⁷³ Kennedy (1999b, págs. 31-42) considera que el *vague predicate analysis* no representa un instrumento útil para que la semántica formal dé cuenta de determinados fenómenos de los adjetivos graduales (*incommensurability*, *cross-polar anomaly*, *the distribution of measure phrases*, y *comparasion of deviation*). Aunque no entraremos en cómo resuelven (o tratan de resolver) una perspectiva y otra estos problemas, sí señalaremos que, según Kennedy, la diferencia que hace preferible el *scalar analysis* del *vague predicate analysis* “is that the former introduces scales and degrees into the ontology”, (Kennedy, 1999b, pág. 47).

estamos empleando *vacía* en sentido estricto, que ‘el grado en que la botella está llena es el mínimo posible’. En el primer caso se relacionan dos grados entre sí directamente; en el segundo se relaciona uno que aparece de forma explícita con otro que está implícito y cuyo valor, como explicaremos más adelante, está contextualmente determinado; en el último, el significado del adjetivo se relaciona con un valor absoluto concreto dentro de una escala.

Once scales and degrees are introduced into the ontology, gradable adjectives can be analyzed as relational expressions; specifically, as expressions that relate objects in their domains to degrees on a scale [...]¹⁷⁴

(Kennedy, 1999b, pág. 43)

Kennedy y McNally (2005, pág. 13) consideran que las escalas¹⁷⁵ responden a tres tipos de parámetros (que entran en juego cuando se utiliza un adjetivo graduable particular):

1) LA ESTRUCTURA DEL CONJUNTO DE LOS GRADOS —“(ordered) set of degrees”— es la estructura de propia escala: si la escala es infinita o finita, si es continua o discreta, si consta o no de elementos máximos y/o mínimos.

2) LA DIMENSIÓN (O EL PARÁMETRO DIMENSIONAL) —“dimensional parameter”— es aquella magnitud con que se relaciona el uso de un adjetivo: la DURACIÓN de un evento, la LONGITUD de un objeto, etc.

La dimensión con la que se vincula un adjetivo (altura, coste, peso, etc.) permite distinguir un buen número de adjetivos. Los adjetivos *gordo* y *caro*, por ejemplo, se diferencian en que el primero expresa una propiedad asociada a una dimensión de peso, mientras que la propiedad denotada por el segundo se relaciona con una dimensión de coste o precio.

(González Rodríguez, 2010, pág. 12)

3) LA RELACIÓN DE ORDEN que se establece entre los distintos grados —“ordering relation”—. Dentro de una misma estructura del conjunto de grados (parámetro 1) y de

¹⁷⁴ Mientras, en la lógica formal, los adjetivos no graduables son funciones de individuos a valores de verdad. Igualmente lo serían, para el *value predicate analysis*, como ya hemos visto, los graduables.

¹⁷⁵ Como es de esperar, nuestra mente no funciona con escalas en el sentido real, nuestro pensamiento funciona de manera más abstracta, pero transportar ese pensamiento abstracto a la idea de ESCALA ayuda explicar algunas características del ‘funcionamiento’ de este tipo de adjetivos.

una misma dimensión (parámetro 2), determinados adjetivos se relacionan con una parte de las escalas y otros, con otras.

La relación de orden que se establece entre los distintos grados de la escala permite distinguir entre los denominados adjetivos positivos y los adjetivos negativos, es decir, entre los adjetivos polares (*alto-bajo, gordo-flaco, rápido-lento*, etc.). Estos pares de adjetivos se diferencian en que, a pesar de estar asociados a la misma dimensión y a los mismos grados, se orientan hacia extremos distintos de la escala: los adjetivos positivos se orientan hacia la parte alta de la escala; los adjetivos negativos lo hacen hacia la baja. De este modo, los pares polares de adjetivos [...] expresan perspectivas complementarias en lo que respecta a la proyección de un adjetivo sobre la escala.

(González Rodríguez, 2010, pág. 12)

Estos tres parámetros forman parte de la carga de significado con que se relacionan los adjetivos graduables y determinan las posibles combinaciones de estos con otros elementos lingüísticos:

Adjectival scales have three crucial parameters, each of which must be specified in the lexical entry of any particular gradable adjective: a set of degrees which represent measure values; a dimension, which indicates the kind of measurement (cost, temperature, speed, volume, height, and so forth); and ordering relation. [...] scales may in principle be distinguished from each other — with linguistic consequences — in three different ways: in terms of properties of the set of degrees, in terms of the dimensional parameter, or in terms of the ordering relation.

(Kennedy y McNally, 2005, pág. 13)

A continuación entraremos con más detalle a examinar cada uno de los tres aspectos de las escalas.

2.2.2.1. La estructura de la escala

Kennedy y McNally (2005, pág.15) se centran en si las escalas son abiertas (si no cuentan con un elemento máximo o mínimo) o cerradas (disponen de un elemento mínimo y uno máximo). Así, *lleno, cerrado o invisible* se relacionan con escalas que tienen valores máximos y mínimos, esto es, con *escalas cerradas*. *Grueso, caro o viejo*, por el contrario, se relacionan con escalas que no cuentan con los dos valores (aunque puedan contar con uno) y que, por lo tanto, se consideran *abiertas*.

Unos y otros adjetivos, según se relacionen con escalas abiertas o cerradas, aceptan o no lo que Kennedy y McNally (2005, pág. 15) llaman *proportional modifiers*. Así,

manejando escalas cerradas, son aceptables enunciados como *la botella está medio llena*, *la puerta está cerrada al 100%* o *el aire es completamente invisible*. Sin embargo, los adjetivos de escalas abiertas no aceptan con tanta naturalidad este tipo de modificadores, a no ser que, en vez de con un valor literal, se interpreten como expresiones atenuantes o enfatizantes: *¿La cuerda es medio gruesa*, *¿El ordenador es caro al 100%* o *¿El templo es completamente viejo*¹⁷⁶.

A partir de los criterios que hemos establecido podemos considerar, siguiendo a Kennedy y McNally (2005), que hay cuatro clases de pares de adjetivos, dependiendo de si

1) se relacionan con escalas totalmente cerradas (algo puede estar *completamente lleno* o *completamente vacío*);

2) se relacionan con escalas abiertas por arriba pero cerradas por abajo (un espacio puede ser *completamente silencioso*, pero no *¿completamente ruidoso*);

3) se relacionan con escalas abiertas por abajo, pero cerradas por arriba (un lugar no puede ser *¿completamente inseguro*, pero sí *completamente seguro*);

4) o se relacionan con escalas abiertas por arriba y por abajo (en teoría, no hay un límite en lo *agudo* o *grave* que puede ser un sonido).

A propósito de esta clasificación hemos de apuntar que la diferenciación entre positivo y negativo (o *parte de arriba* y *parte de abajo*, siguiendo a Kennedy y McNally) en casos como los de (2) y (3) resulta, en nuestra opinión, un tanto arbitraria. Desde la perspectiva de Kennedy y McNally (2005), en (2) hay una propiedad X que está muy presente cuando hay ruido y ausente cuando hay silencio total. Igualmente, en (3) la propiedad Y está presente (hasta su grado máximo) cuando hay seguridad, y ausente cuando hay inseguridad. La presencia de las propiedades (a las que podemos referirnos como “the dimensional parameter”) se identifica con lo positivo y su ausencia con lo negativo. Sin embargo, esta afirmación se sostiene solo si consideramos que las

¹⁷⁶ Además, si aplicamos el adverbio *bien* a adjetivos de escala cerrada (*La puerta ya está bien cerrada* o *La botella está bien vacía*) el adverbio refuerza el carácter perfectivo (aspectualmente acabado del término de la escala); por el contrario, con adjetivos de escala abierta el adverbio indica simplemente la ponderación, la intensificación no limitada (aspectualmente imperfectiva): *Luis está bien gordo*, *Esta almohada es bien cómoda*.

propiedades X e Y son algo así como la ‘RUIDOSIDAD’ y la ‘SEGURIDAD’. Esta perspectiva estaría haciendo uso de lo que Varo (2007) llama “el enfoque cualitativo de la antonimia”:

El enfoque cualitativo de la antonimia nos depara una relación asimétrica entre un elemento “lleno” de sustancia y otro “vacío” de ella.

(Varo, 2007, págs. 148 y 149)

No obstante, aunque sea menos intuitivo, en el caso (3) podríamos decir, por ejemplo, que la cualidad que está poniéndose sobre la mesa es la ‘PELIGROSIDAD’, y esta estaría más presente cuanto más aumentase la inseguridad. ¿Haría esta perspectiva de la inseguridad el polo positivo y de la seguridad el negativo? Todo dependería, por tanto, de cuál se considerase que es la propiedad de la que se predica que está más o menos presente, es decir, de cuál se estime que es el *dimensional parameter*. En (3) podría mantenerse, incluso, que la propiedad presente es la ‘SILENCIOSIDAD’ o la ‘TRANQUILIDAD’ y sostenerse que esta aumenta cuanto menor es el ruido y que, por lo tanto, ‘silencioso’ es positivo frente a ‘ruidoso’.

A este respecto, reconocemos que, si nos limitamos a un concepto estructural de antonimia en cuanto oposición polar entre los significados de dos elementos léxicos, la definición mediante negación de una cualidad es inadecuada, desde el momento en que el miembro de la oposición definido negativamente desde otra perspectiva es positivo.

(Varo, 2007, pág. 149)

La cuestión es, por lo tanto, si encontramos algún método objetivo, más allá de la intuición, para, en casos como (2) y (3), establecer cuál es el *dimensional parameter* y, a partir de ahí, determinar cuál es el polo positivo y el negativo. Nosotros, por ahora, entenderemos que, desde un punto de vista estrictamente lógico, en estos pares de adjetivos concretos su característica fundamental es, únicamente, que constan de un extremo de la escala abierto y otro cerrado, pero no estimamos necesario entrar en si uno es el positivo y otro el negativo. En otros casos similares, como el de los adjetivos dimensionales, veremos que sí asumimos la existencia de una base lógica para establecer una distinción entre un ‘cierre positivo’ y un ‘cierre negativo’.

Más allá de la lógica, acercándonos a cómo conciben los hablantes este tipo de escalas (adoptando un criterio cognitivo de base perceptiva), podríamos mantener que hay ciertos factores que propician que se asuma una perspectiva concreta, es decir, que

una propiedad determinada sea tomada como parámetro de la escala. En primer lugar, cuanto más destaque sensorialmente una propiedad, más posibilidades habrá de que sea considerada parámetro: “A property such more of it is more salient is preferentially chosen as the basis of a scale”, en Cruse y Croft (2004, pág. 171).

Además, el hecho de que una propiedad esté acotada (tenga límite) hace que dicho punto suela ser considerado como el ‘origen’ de la escala, por lo que la propiedad que se tome como parámetro será habitualmente la que ‘crezca’ en dirección opuesta a ese ‘punto cero’: “If there is a definite end point, this is preferred as a zero value”, en Cruse y Croft (2004, pág. 171). Asimismo, Cruse y Croft (2004) señalan que las propiedades medibles en unidades convencionales tienden a ser las empleadas como parámetro dimensional, por encima de las que no lo son: “A calibratable property (in terms of conventional units) is preferred to a non calibratable property as the basis for a scale”, (Cruse y Croft, 2004, pág. 171).

Así, por ejemplo, en una escala en la que se pudiera dudar de si se está midiendo el ruido o el silencio, lo ‘natural’ será medir el ruido, ya que (1) el ruido ‘destaca’ más que el silencio, (2) la escala ‘crece’ desde el punto en que no hay ruido, pues es donde hay un valor cero y, (3), hay unidades convencionales con las que medir el ruido, pero no hay unidades con las que medir el silencio. En otras escalas, sin embargo, al hablante no le resultará tan sencillo encontrar criterios para considerar un polo como el positivo y otro como el negativo: ante una escala que tuviera *fácil* y *difícil* como adjetivos podría dudarse si esta mide la DIFICULTAD o la FACILIDAD de algo y, de hecho, como señalan Cruse y Croft (2004, pág. 190), distintos hablantes optan indistintamente por uno u otro término (*fácil* o *difícil*) para determinar cuál es el positivo cuando se les plantea explícitamente el problema.

Estas cuestiones cognitivas aportadas por Cruse y Croft (2004) sobre los motivos que llevan a los hablantes a considerar intuitivamente que un término de un par de antónimos sea el positivo y otro el negativo resultan, sin duda, muy ilustrativas. Sin embargo, desde un punto de vista puramente lógico, mantendremos la idea de que hay escalas que están abiertas en uno de sus polos, sin darle a esta apertura una orientación basada en criterios cognitivos ni de ningún otro tipo.

Por otro lado, respecto al punto (4) (“Se relacionan con escalas abiertas por arriba y por abajo”), debemos señalar que Kennedy y McNally (2005, pág. 19) —y así lo recoge

González Rodríguez (2010, pág. 128)—, ponen como ejemplo de esta clase los pares *alto* / *bajo* y *entusiasmado* / *disgustado*, ya que (dejando al margen sentidos enfáticos de los modificadores) no son aceptables enunciados como *¿Es completamente grande* o *¿Es completamente pequeño* ni *¿Está completamente entusiasmado* o *¿Está completamente disgustado*. Realmente, el primer par de ejemplos no sería muy distinto del par *ruidoso* / *silencioso*, si no fuera porque, mientras que se puede predicar de algo que tiene existencia, pero que en esa entidad la propiedad de la ‘RUIDOSIDAD’ no está presente (o que la de la ‘SILENCIOSIDAD’ está presente de manera total), no se puede predicar que algo tiene existencia física (cuestión que se presupone al hacer referencia a las dimensiones de una entidad) pero carece de tamaño.

Aunque desde un punto de vista teórico se puede sostener que el tamaño de algo es en ocasiones identificable con el valor cero¹⁷⁷ (del mismo modo que la ‘ruidosidad’ de algo puede ser cero), en lo lingüístico, el empleo de un *proportional modifier* de naturaleza télica (perfectiva) permite decir que *X es totalmente silencioso*, pero no que *¿X es totalmente pequeño*¹⁷⁸.

Esto es así, repetimos, porque la presuposición de la existencia física de una entidad implica también que esta esté dotada de alguna dimensión, dependiendo del parámetro dimensional concreto activado por cada adjetivo. Si al decirse de un lago que *no es nada profundo* o que es *totalmente somero* se estuvieran empleando los adjetivos de manera literal (y no expresiva), entonces, realmente, no se estaría hablando de un lago. De manera análoga, *una caja de zapatos totalmente estrecha* no sería una caja de zapatos, sino un objeto bidimensional. La activación lingüística de este tipo de parámetros dimensionales presupone su presencia y el valor con que se relacione debe ser un valor siempre distinto de cero.

The value of slow, although it ‘tends towards’ zero speed, never actually reaches it, but approaches it, as mathematicians say, asymptotically. This is not a physical fact, but a linguistic one: we cannot say completely slow when we mean ‘stationary’

(Cruse, 1986, pág. 206)

¹⁷⁷ Imaginemos que queremos medir la altura de una flor, siguiendo el ejemplo de Tribushinina (2008, pág. 125). Podríamos considerar que, antes de nacer, cuando todavía está desarrollándose bajo la tierra, su tamaño (tomando como referencia la superficie terrestre) es cero... o, incluso, un tamaño negativo.

¹⁷⁸ Siempre se puede encontrar (o imaginar) un objeto que es más pequeño que otro, del mismo modo que algo puede ser cada vez menos ruidoso sin llegar nunca a ser totalmente silencioso.

As suggested by Cruse (1986: 206), the values of sub terms, such as *short* and *slow*, never actually reach that absolute zero, but approach it asymptotically (cf. Lehrer 1985:420; Paradis & Willners 2006). This is a linguistics, rather than physical fact. In extra-linguistic reality, we may, of course, imagine a situation of maximal shortness flowing into the absolute zero of the property. For instance, when a plant is fading and dying, it gradually becomes shorter till it is no longer visible.

(Tribushinina, 2008, pág. 121)

Por otro lado, debemos señalar que en casos como el del par *grande / pequeño*, sí es posible hablar de manera objetiva de *polos positivos* y *polos negativos*: resulta bastante lógico considerar que, en los adjetivos dimensionales, la propiedad que se emplea como *dimensional parameter* es determinado tipo extensión espacial¹⁷⁹ y que lo que se podría denominar *polo positivo* implicaría la presencia de esa propiedad (la extensión espacial) en mayor medida de lo que lo estaría en otros elementos (contextualmente seleccionados) que actuaran como referencia. Lo que se llamaría *polo negativo*, en cambio, sería el adjetivo que implicase la presencia de la misma propiedad en un grado menor que los elementos que actuaran como referencia en un contexto determinado. En estos casos sería la presencia de un punto ‘neutro’ contextualmente determinado lo que delimitaría de un modo objetivo¹⁸⁰ en carácter positivo o negativo de los adjetivos¹⁸¹.

En el segundo de los ejemplos que señalábamos antes (*¿Está completamente entusiasmado / ¿Está completamente disgustado*) también se advierten, creemos, algunos problemas relacionados con el concepto de ESCALA y con la clase de polaridad que subyace. El origen de estos problemas está en que nos encontramos ante predicados subjetivos, que son —si seguimos a Kennedy (2012, pág. 2)— aquellos en los que la afirmación de que algo posee una propiedad y a la vez la negación de eso mismo, no supone que uno de los dos predicados sea falso:

1a. Anna: “Trippa alla romana is tasty”.

1b. Beatrice: “Trippaa alla romana is not tasty”

¹⁷⁹ A qué tipo de extensión espacial se refiere cada adjetivo es una cuestión que abordaremos en el apartado 2.4.2.2. (*El parámetro dimensional*).

¹⁸⁰ Y eso es algo que, recordemos, no puede hacerse, al menos a través de criterios lógicos, con pares como *bueno-malo* o *ruidoso-tranquilo*.

¹⁸¹ También sería válido el recurso de considerar que el adjetivo que expresa una propiedad más alejada del punto cero de la escala es el positivo y el que refiere a una propiedad más cercana a este es el negativo.

Beatrice's utterance in (1b) is understood as contradicting Anna's utterance in (1a), and so represents a kind of disagreement, yet we have a clear sense that both Anna and Beatrice could (in some sense) be right, and so the disagreement is "faultless".

(Kennedy, 2012, pág. 2)

El hecho de que estos enunciados puedan ser considerados como verdaderos en ambos casos obedece a que el predicado está siendo "relativized to a 'judge', which is typically the speaker", (Kennedy, 2012, pág. 3). Desde una perspectiva a la que Kennedy llama *relativista*, el significado de estos enunciados es uno lingüísticamente fijado (hacen referencia a una propiedad determinada), pero la extensión de lo que tiene o no la propiedad (subjética) en cuestión queda al arbitrio de un 'juez':

On this view, Anna and Beatrice truly disagree about whether the same property can be predicated of trippa alla romana; at the same time, their two utterances can both be true in virtue of the fact that the extension of tasty relativized to Anna may include trippa alla romana, while the extension of tasty relativized to Beatrice may not.

(Kennedy, 2012, pág. 3)

En este sentido, resulta de interés el tratamiento que Kennedy hace de los predicados subjetivos, en tanto que parten de la figura de un juez que basa su opinión en sus sensaciones particulares. Nosotros, al contrario que Kennedy, consideramos que la particularidad (respecto a las escalas) de estos pares de adjetivos 'de sensación' reside en que, a pesar de que intuitivamente se pueda decir, por ejemplo, que *frío* es lo opuesto a *caliente*, realmente estas son *dos propiedades distintas* y el 'retroceso' de una de ellas no implica el 'avance' de la otra. Estos adjetivos se relacionan, por lo tanto, con dos escalas que cuentan con un máximo abierto (de calor o de frío)¹⁸² y un mínimo que implicaría la ausencia de la sensación a la que se esté haciendo referencia, pero no con la presencia de su contraria: no tener calor no implica tener frío. Alguien que visitase Sevilla en el mes de julio y se encontrase con 'solo' 30° no podría hacer afirmaciones como *Para ser Sevilla en estas fechas hace bastante frío* o *Normalmente hace menos frío*, ya que una reducción en el grado en que se da una sensación no supone el aumento de lo que habitualmente entenderíamos como la sensación contraria.

¹⁸² Aunque el concepto físico de TEMPERATURA sí presenta límites, como sensación, basándonos en las experiencias habituales de los hablantes en el mundo físico, puede decirse que en cualquier situación siempre es posible imaginar una sensación mayor de frío o de calor.

Consideramos, por lo tanto, que los adjetivos ‘de sensación’ no se relacionan con polos opuestos de una misma escala, sino con un tipo de oposición que, haciendo uso de la terminología inaugurada por Trubetzkoy en el contexto de la fonología, podemos llamar *equipolente*: los dos miembros “son lógicamente equivalentes, es decir, que no pueden ser considerados ni como dos grados distintos [oposiciones graduales] ni como negación y afirmación de una misma particularidad [oposiciones privativas] [...]”, en Trubetzkoy [1939] (1976, pág. 67).¹⁸³

A los pares de antónimos como *frío-caliente* se refieren Cruse y Croft¹⁸⁴ (2004, pág. 170-171) como pares basados en *biscalar systems*, es decir, que, tal y como anticipábamos, cada adjetivo del par estaría relacionado con una escala diferente¹⁸⁵. Es decir, donde Kennedy veía una escala abierta por dos extremos, Cruse y Croft (2004, pág. 170-171), en su clasificación de los sistemas escalares basado en el número de escalas que los forman, consideran que se trata de un sistema compuesto por dos escalas independientes.

Nos detenemos brevemente, a continuación, en las características de los sistemas de escalas establecidos por Cruse y Croft (2004), centrándonos en los sistemas biescalares y dejando los monoescalares para los apartados en que analicemos exclusivamente los adjetivos dimensionales. Dentro de los sistemas biescalares, Cruse y Croft (2004) diferencian entre *equipolent systems* y *overlapping systems*.

¹⁸³ Sí puede decirse, sin embargo, que, aunque sean sensaciones diferentes, no se sienten al mismo tiempo. Es decir, algo no puede hacernos sentir frío y calor a la vez, o una acción provocarnos una sensación agradable y desagradable a la vez (al menos, si estamos centrándonos en el mismo aspecto de la acción). Por lo tanto, aunque no podamos hablar de una misma escala, sí podemos mantener que estos adjetivos (y las sensaciones relacionadas con ellos) están en distribución complementaria: donde se da uno no puede darse el otro, y viceversa.

¹⁸⁴ El modelo de Cruse y Croft (2004) es un modelo cognitivo que considera estas escalas una conceptualización, un esquema de imagen, a través del que se tratan los pares de antónimos: “Antonymy is treated here as a relation between construals, and involves the structuring of content domains by means of one of a limited repertory of image schemas. The principal image-schema in this account of antonymy is SCALE, which construes a property in terms of more and less. It will be assumed here (a) that image schemas vary in schematicity, in that very general ones can be manifested as more specific ones, and (b) that they can join together into complex image-schematic structures”, (Cruse y Croft, 2004, pág. 169). Se da cuenta del concepto de ESQUEMA DE IMAGEN (*image schema*) en la nota número 224.

¹⁸⁵ Cruse y Croft (2004) realizan una división en tipos de sistemas de escalas basándose en el número de escalas con que cuenta cada sistema. Hay dos tipos fundamentales: los *sistemas monoescalares* (formados por una sola escala) y los *sistemas biescalares* (formados por dos escalas).

En los sistemas equipolentes nos encontramos con que “the properties of the two scales are fully symmetrical”, (Cruse y Croft, 2004, pág. 170), y esta simetría puede darse de manera disjunta (*disjunct*) o paralela (*parallel*). Los *sistemas biescalares equipolentes disjuntos* son, precisamente, los relacionados con el par *frío-caliente*. En estos casos nos encontramos con dos escalas independientes que se unen en el punto cero y que ‘crecen’ indefinidamente cada una en ‘su propia’ dirección¹⁸⁶. Cruse y Croft (2004, pág. 170) representan este modelo del siguiente modo:



Figura 14. Hotness y Coldness. Inspirada en Cruse y Croft (2004, pág. 170).

Why are there two scales and why are they arranged end-to-end? Imagine putting one’s hand into (i) a bowl of cold water, (ii) a bowl of tepid water and (iii) a bowl of hot water. You will get a strong temperature sensation in (i), no temperature sensation at all in (ii), and a strong, but different temperature sensation in (iii). In other words, there is a natural zero-temperature sensation in the middle, and two distinct positive temperature sensations — a natural (disjunct) equipollent situation.

(Cruse y Croft, 2004, pág. 172)

Desde el punto de vista de sus relaciones lógicas, estamos ante una oposición que hace referencia a dos propiedades distintas y la presencia subjetiva de una de ellas no es inversamente proporcional a la de su ‘contraria’, del mismo modo que la ausencia total de una no presupone la presencia total de la otra. Realmente, es la experiencia del mundo y no la abstracción lógica de las propiedades con que se relacionan lo que hace que concibamos estos adjetivos como antónimos.

The two temperature scales are felt to articulate a single coherent domain because basic experience unites them into a single scale: pouring boiling water into a cold water makes it first, less and less cold, then tepid, then gradually hotter. There is not such experiential continuity between, for instance, anger and surprise.

(Cruse y Croft, 2004, pág. 172)

¹⁸⁶ Recordemos que hablamos del frío y el calor como sensaciones, y no como magnitudes físicas.

Croft y Cruse también aluden a sistemas biescalares equipolentes, pero, paralelos, en casos como el par *duro-blando*, donde “two scales run parallel to one another over their whole length”, Cruse y Croft (2004, pág. 170).



Figura 15. Hardness y Softness. Inspirada en Cruse y Croft (2004, pág. 170)

Este modelo presenta el ‘problema’ de que mientras la DUREZA tiene un cero, la ‘BLANDURA’ no tiene un máximo. Sin embargo, siguiendo este modelo y dejando al margen la cuestión de si son escalas abiertas o cerradas, podríamos considerar que pares de adjetivos como *abierto-cerrado* (que en Kennedy se relacionan con una escala cerrada en sus dos extremos) pueden concebirse también como dos escalas paralelas de direcciones opuestas. Lo mismo ocurriría con pares como *ruidoso-silencioso* (que en Kennedy se relacionan con una escala abierta solo en uno de sus extremos): en el modelo de Cruse y Croft, que no está basado, recordemos, en si las escalas son abiertas o cerradas, estaríamos ante dos escalas paralelas de direcciones opuestas. El concepto de ESCALAS PARALELAS sería también aplicable a casos como (en los usos no estrictos del par) *lleno-vacío*.

Una de las características que apuntan Cruse y Croft (2004, pág. 183) respecto a los pares de antónimos equipolentes paralelos es que no se les pueden aplicar criterios objetivos para establecer cuál sería el término negativo y cuál el positivo, y esto lo ejemplifican con el par *duro-blando*. En los pares que hemos considerado que también podrían tener este tipo de paralelismo en su sistema de escalas (*ruidoso-silencioso*, *lleno-vacío*) sí encontrábamos criterios, al menos cognitivos, como los vistos más arriba, para establecer dicha división.

Dentro de los sistemas biescalares, pero ya no en la categoría de los equipolentes, sino en la de los superpuestos (*overlapping*), Cruse y Croft (2004) sitúan los casos como *good* y *bad*, en los que “there is a partial overlap between the two scales”. Estas dos escalas “are not equal: there is a major scale and a minor scale [...]”, (Cruse y Croft,

2004, pág. 170). En estos casos, la aplicación de uno de los adjetivos implicaría la presencia de ‘algo’ de la propiedad relativa a una escala, pero no lo suficiente para estar en la parte ‘relevante’ de esa escala. Al mismo tiempo, ese adjetivo implicaría la presencia en el elemento adjetivado de ‘algo’ de la propiedad de otra escala superpuesta que se extendería desde ese punto a partir del que consideraríamos la presencia de la cualidad como relevante (o suficiente) hasta el punto en el que se originaría la primera escala. Así, por ejemplo, obtener un tres sobre diez como resultado de un examen tiene algo de positivo: podemos decir que hay tres puntos de ‘positividad’. Al mismo tiempo, podemos decir que hay algo de ‘negatividad’ (dos puntos), ya que no se alcanza la zona ‘relevante’ de la escala general de positividad (que empezaría en el cinco) y se activa entonces también la escala paralela superpuesta (que va del cinco al cero). Cruse y Croft (2004, pág. 170-171) representan este sistema de escalas del siguiente modo:

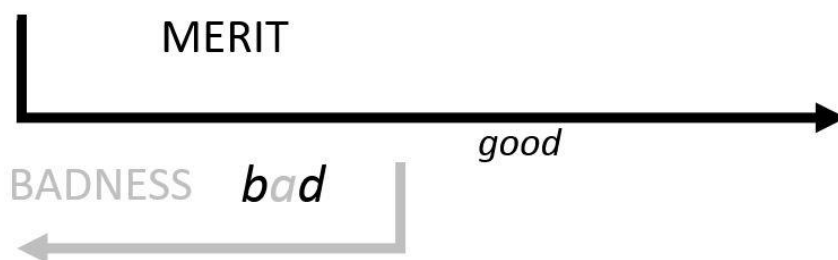


Figura 16. Merit y Badness. Inspirada en Cruse y Croft (2004, pág. 170).

Este tipo de escalas se relaciona con las valoraciones; con adjetivos que se emplean para señalar el valor (en un sentido muy general) de algo. Cruse (1986, pág. 214), dentro de los sistemas superpuestos, llama la atención sobre el hecho de que no siempre se puede decir que una cosa sea mejor que otra si esa cosa es inherentemente mala:

It appears that, after all, not every bad thing can be normally described as better than something else, even when that something else is qualifiable as worse.

(Cruse, 1986, pág. 214)

Es decir, es posible decir que un accidente de trenes ha sido *peor* que otro, pero sonaría bastante extraño decir de un accidente que ha sido *mejor* que otro por el hecho de haber sido ‘menos malo’. Los elementos léxicos que no pueden ir acompañados de *mejor* en ese tipo de contextos son “nouns whose referents may be said to be ‘inherently bad’”,

(Cruse, 1986, pág. 214). Así, no se puede afirmar que un terremoto sea mejor que otro, o una sequía mejor que otra, por ejemplo. Como ocurría más arriba al tratar las sensaciones de *frío* y *calor*, resultaría lógicamente inadecuado inferir de la ausencia de una propiedad la presencia de otra, por lo que no sería aceptable un enunciado como *Para haber sido a tanta velocidad, el accidente de los trenes ha sido bastante bueno*; lo natural sería expresar la misma idea del siguiente modo: *Para haber sido a tanta velocidad, el accidente de los trenes no ha sido tan malo*.

Aunque Cruse, en primera instancia, limita su concepto de *INHERENTNESS* a aquello que es *inherentemente* malo, creemos que esta idea podría aplicarse también a lo que es inherentemente (en sí) bueno. Por ejemplo, cuando una persona ayuda a un niño que se ha caído a un río, se considerará desde cualquier perspectiva posible que la acción es buena, por lo que resultará también extraño encontrarse cualquiera de los siguientes enunciados: *¿Para ser Juan tan buena persona, la verdad es que lo de salvar al niño en el río ha sido una acción bastante mala* o *¿Salvar a un niño en el río ha sido bastante peor que su acción del año pasado, cuando salvó a cuatro*. Del mismo modo, resultarían extraños enunciados del tipo *¿Para ser Pepe tan violento, la verdad es que lo de maltratar al niño solo un poco ha sido una acción bastante buena* o *¿Maltratar a un niño es mejor que maltratar a dos*. Sí podrían, sin embargo, aceptarse enunciados como *La verdad es que la acción no es tan buena como para que lo santifiquen* o *La verdad es que la acción no es tan mala como para que lo condenen a tantos años de cárcel*.

Creemos que el hecho de que algo sea inherentemente malo o bueno, se relaciona muy estrechamente con el hecho de que su calificación se base en una serie de *sensaciones*. Tal vez no en todas las circunstancias estemos ante unas sensaciones primarias (físicas) comparables a la sensación de frío o de calor, pero sí se advierte un funcionamiento similar. Como señala el propio Cruse (1986, pág. 215), escuchar *La huelga de este año ha sido fantástica* llevará consigo distintas interpretaciones si se la escuchamos a los huelguistas o a los empresarios cuyos trabajadores se han puesto en huelga. La huelga en sí no puede decirse que sea inherentemente buena o inherentemente mala y, aunque en algunos contextos resulte complicado concebir cómo podría un mismo fenómeno percibirse de formas opuestas, lo que debe quedar claro es que nos encontramos con adjetivos que hacen referencia a *sensaciones* (más o menos primarias o más o menos ‘intelectualizadas’) y no a realidades objetivas.

Del mismo modo que las sensaciones de frío y de calor se relacionan con propiedades distintas, el sentimiento que nos produce una buena acción es independiente del que nos produce una mala, por mucho que los concibamos como polos de una misma escala. Aunque que se reduzca la intensidad de una sensación positiva, dicha sensación nunca va a convertirse en una sensación negativa, sino que desaparecerá una sensación y aparecerá otra: habrá un cambio de escala. Aunque a veces empleemos este tipo de enunciados con ese sentido, del hecho de decir, por ejemplo, que *Eso no es en absoluto bueno* no se puede inferir (desde un punto de vista estrictamente lógico) que ‘eso’ sea malo.

En ocasiones, resultará complicado establecer si se está ante dos escalas superpuestas o ante dos escalas equipolentes. Si se está haciendo referencia a una sensación o se está llevando a cabo una valoración de la realidad es una cuestión que, en abstracto, puede resultar muy compleja. Sin embargo, como veremos en el apartado dedicado a los pares de antónimos, unos y otros se comportan de manera diferente en determinados contextos.

Teniendo en cuenta las consideraciones hechas a partir de las ideas de Kennedy y McNally (2005) y los criterios de clasificación aportados por Cruse y Croft (2004), podemos proponer, basándonos de nuevo en si nos encontramos ante polos abiertos o cerrados, los siguientes tipos de escalas:

1) ESCALAS CON EXTREMOS CERRADOS POR AMBOS LADOS. Tanto una propiedad como la contraria pueden darse totalmente, darse parcialmente, o no darse en absoluto. Se puede hablar de puertas *totalmente abiertas/cerradas*, *puertas que no están nada abiertas/cerradas* y de *puertas que están medio abiertas/cerradas*. Ambas cualidades son inversamente proporcionales. La elección de uno de los polos como positivo y otro como negativo depende, desde un punto de vista lógico, de cuál se considere que es el *dimensional parameter*; una vez establecido puede llamar *positivo* al polo que suponga un mayor grado de ‘presencia’ de la propiedad asociada a dicho parámetro dimensional.

2) ESCALAS CON UNO DE LOS EXTREMOS CERRADO. Como hemos visto, hay un mínimo de ruido —cuando algo es (estrictamente) silencioso, es decir, cuando el ruido es igual a 0—, pero no hay un máximo de ‘RUIDOSIDAD’. La selección de una u otra propiedad como *dimensional parameter* en los distintos casos concretos nos puede llevar a identificar uno y otro extremo como el polo positivo con un criterio objetivo, dependiendo de cuál sea el

adjetivo que se relacione con un mayor grado de la propiedad seleccionada. El avance hacia uno de los polos de la escala supone el retroceso respecto al otro.

Dentro de este tipo se encuentra un grupo (2.B) que presenta un extremo cerrado pero con la presuposición implícita de que el valor cero, que es el que supone el cierre de dicho extremo, nunca se puede alcanzar. Recordemos que siempre que se predique algo acerca de las dimensiones de un objeto se está presuponiendo su existencia (física) y, por lo tanto, que tiene dimensiones (distintas de cero).

3) SISTEMAS BIESCALARES: Lo que en McNally y Kennedy son dos extremos abiertos de una escala son, para nosotros, y, en cierto modo, para Cruse y Croft, dos escalas diferentes. Estos sistemas se corresponderían con lo que hemos llamado *adjetivos de sensación*: adjetivos que evocan dos escalas abiertas en uno de sus extremos y cerradas en el otro a través de un punto neutro que podemos decir que es común a ambas escalas (y que sí sería alcanzable). Estos casos irían desde, por ejemplo, el extremo (abierto) *frío* al extremo (cerrado) *no-frío*, en el modelo de Kennedy. En el modelo de Cruse y Croft, que, recordemos, no presta tanta atención a que las escalas sean abiertas o cerradas, estaríamos ante otras dos escalas *paralelas*:

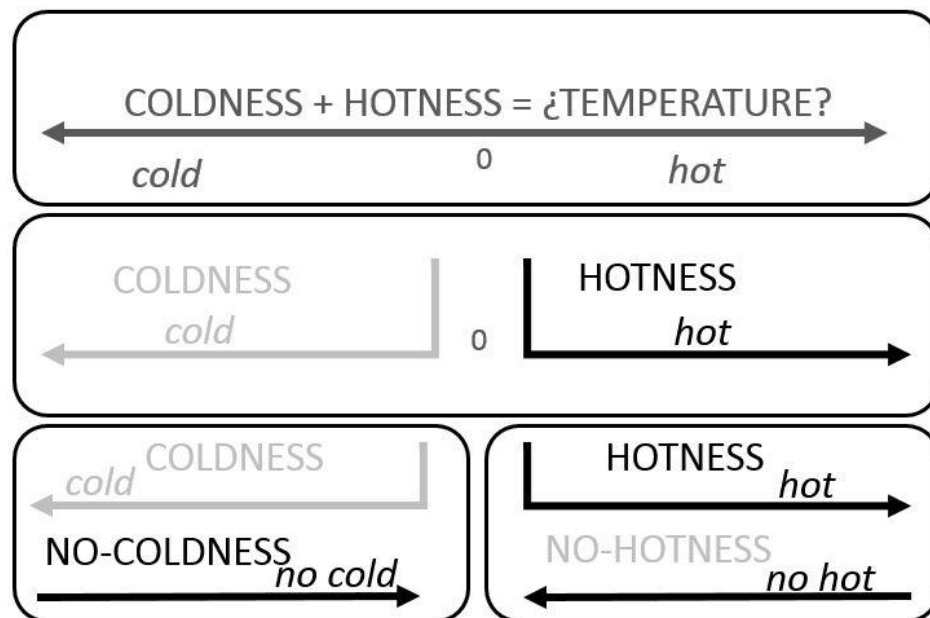


Figura 17. Coldness y Hotness. ¿Temperature?

En la figura 17 aparece primero el modelo de Kennedy, en el que se considera los pares como *frío-calor* sistemas relacionados con una sola escala abierta por ambos

extremos. A continuación, se muestra el modelo de Cruse y Croft, en el que se considera que hay dos escalas disjuntas. Por último, nos hemos centrado en cada una de estas dos escalas disjuntas, ya que, desde un punto de vista lógico, y siguiendo los modelos de los propios Cruse y Croft, pueden considerarse, a su vez, dos escalas paralelas.

4) ESCALAS ABIERTAS POR AMBOS EXTREMOS. No hay un máximo ni un mínimo desde ninguna de las perspectivas. Esto ocurre, por ejemplo, con la DUREZA. Al menos desde el punto de vista teórico, no puede alcanzarse dentro de la escala un punto *totalmente duro* ni *totalmente blando*. Estas escalas, para Cruse y Croft, serían también paralelas¹⁸⁷.

Podemos decir que casi todos los modelos posibles respecto a su carácter abierto o cerrado en los extremos es posible concebirlos, según el modelo de Cruse y Croft, como escalas paralelas, incluidas las que ellos consideran dos escalas disjuntas, ya que, como hemos visto, aplicando sus propios razonamientos, podríamos convertir esas dos escalas disjuntas en cuatro escalas paralelas (dos a dos). Algunos casos ‘valorativos’, tanto de escalas abiertas como cerradas, podrían relacionarse con el modelo que Cruse y Croft denominan *overlapping*, que es también un modelo basado en dos escalas.

El único caso que no podemos considerar propio del modelo biescalar sería el que hemos llamado 2.B, un modelo en el que habría una sola escala activada (cuyas características precisas veremos en el apartado dedicado a la caracterización de los adjetivos dimensionales).

2.2.2.2. El parámetro dimensional

El parámetro dimensional (“the dimensional parameter”) es la propiedad concreta que se mide en una escala. Así, por ejemplo, un adjetivo como *bonito* se vincula con una escala de BELLEZA, *listo* con una escala de INTELIGENCIA y *alto* con una escala dimensional física de ALTURA.

Cuando los adjetivos evocan parámetros dimensionales iguales o muy similares permiten establecer comparaciones respecto al grado en que se dan las propiedades. Así, se puede decir de alguien que *Le llaman el autobús porque es tan alto como ancho*, pero no [?]*Le llaman el autobús porque es tan alto como puntual*. En el primer caso, se están

¹⁸⁷ Recordemos que, mientras en lo blando hay algo de dureza, en lo caliente no hay nada de frío.

comparando dos dimensiones lineales, aunque de distinta orientación espacial, mientras que en el segundo lo que se compara es una dimensión lineal con una característica de la personalidad humana¹⁸⁸.

En el apartado que dedicaremos al caso concreto de los adjetivos dimensionales profundizaremos en los parámetros dimensionales específicos con que se relacionan ciertos pares de adjetivos dimensionales del español.

2.2.2.3. La relación de orden

La relación que se establece entre los pares de lexemas que se identifican con las partes ‘positivas’ y ‘negativas’ de las escalas es de antonimia. Puede decirse, por lo tanto, que estos pares de lexemas son, desde un punto de vista semántico, *antónimos*¹⁸⁹ entre sí. El que interlingüísticamente sea frecuente la existencia de pares de unidades léxicas “en las que se focalizan los rasgos (de significado o de sentido) diferenciales, sobre el fondo de una base común” —(Varo, 2007, pág. 12)— parece ser resultado de procesos cognitivos universales de estructuración de la realidad:

[...] la existencia de grandes cantidades de antónimos y términos complementarios en el vocabulario de las lenguas naturales parece estar relacionado con la general tendencia humana a polarizar la experiencia y el conocimiento, a pensar a base de contrarios.
(Lyons, 1971, pág. 474)

¹⁸⁸ Señala Sánchez López (2006, pág. 37) que en español son posibles comparaciones como *Juan es más inteligente que estudioso* o *María está más orgullosa de su madre que tú enfadada con la tuya*. Lo que ocurre es que “en tales casos la comparación no parece poner en relación dos grados en una sola escala relacionada con una misma propiedad, sino que más bien relaciona dos grados asociados a dos escalas distintas; la comparación se interpreta entonces como comparación de desviación, ya que realmente se dice que el intervalo en que se supera el grado estándar en una escala es mayor que el intervalo en que se supera el grado estándar en otra”.

¹⁸⁹ Debemos aclarar que no toda oposición léxica es una relación de antonimia. Lyons (1977, pág. 279) habla de *contraste* (*Contrast*) para referirse a todo tipo de oposiciones que puedan darse en las lenguas a nivel paradigmático, independientemente del número de elementos que participen en esas oposiciones. A lo que él llama *oposiciones* (*Oppositions*) propiamente dichas, es a aquellos contrastes binarios o dicotómicos. El término *antonimia* lo restringe a los “gradable opposites”.

La distinción entre *opuestos* y *antónimos* encuentra numerosos antecedentes a lo largo de la historia, dentro de los que es necesario destacar, por su influencia posterior, la que encontramos en Aristóteles, “el primero en llevar a cabo un análisis completo de las modalidades de oposición incluidas en los distintos tipos de predicados lógicos”, (Varo, 2007, pág. 23). Aristóteles, fundamentalmente en las *Categorías* [siglo IV a.C.], ya establece una distinción entre *contradictorios* y *contrarios*.

Siguiendo a Lyons (1977a), y prestando atención a nuestra propia intuición, podría decirse que parece haber una tendencia natural en el hombre a concebir su experiencia de forma ‘polarizada’, a través de extremos o de contrarios.

It is [...] a fact of which the linguist must take cognizance, that binary opposition is one of the most principal principles governing the structure of languages; and the most evident manifestation of this principle, as far as the vocabulary is concerned, is antonymy.

(Lyons, 1977a, pág. 271)

Los antónimos léxicos lingüísticamente no son sino el reflejo de una estructura bipolar o estructura conceptual articulada en dos partes o polos.

(Varo, 2007, pág. 12)

Aunque “hasta prácticamente el nacimiento de la semántica como disciplina científica, la antonimia fue definida en términos de oposición de ideas” (Varo, 2007, pág. 215), desde nuestra perspectiva abordaremos este fenómeno a partir de lo lingüístico: partiendo, fundamentalmente, del español y del inglés, centraremos nuestro estudio en las propiedades semánticas de las palabras que plantean una oposición de carácter antonímico.

“Direct antonymy is a relation between words, not between concepts” (D. Gross, U. Fischer y G. Miller, 1989: 97). Tal caracterización la convierte en una relación única frente a las de sinonimia e hiperonimia-hiponimia, al estar organizada en torno a dos significantes determinados, pese a existir en cada polo de la relación sendas series sinonímicas que se reparten la esfera conceptual a la que remiten éstos.

(Varo, 2007, pág. 54)

La antonimia que nos ocupa es, pues, la *antonimia léxica*: “entenderemos la antonimia léxica como manifestación lingüística a través de dos entidades léxicas de un principio de orden más general que opera en nuestro sistema conceptual, y que denominaremos ‘principio de bipolarización’”, (Varo, 2007, pág. 35).

Aunque, como señala Varo (2007, pág. 155), “a la hora de determinar el antónimo de una unidad léxica, a menudo cabe la posibilidad de optar entre diversas opciones”¹⁹⁰,

¹⁹⁰ Podría, por ejemplo, realizarse una abstracción lógica, enumerarse qué características semánticas debería presentar una palabra para ser considerada antónima de otra y, después, buscarse esta palabra en el léxico de una lengua. Esto supondría que se establecería desde un punto de vista externo a la competencia lingüística qué pares de palabras serían antónimas.

desde nuestro punto de vista consideraremos que son los hablantes, a través de su competencia lingüística, los que determinan de un modo intuitivo qué pares de términos son antónimos. Para la determinación de qué palabras concretas son pares de antónimos habrá de recurrirse, por lo tanto, a criterios estadísticos o de frecuencia: la relación de antonimia se establecerá partir de las palabras concretas que elijan los hablantes más habitualmente en una situación comunicativa determinada. Así, aunque ‘en abstracto’ podría considerarse que *hermoso* se opone *feo*, normalmente, la palabra que la competencia lingüística de los hablantes identifica como antónimo de *feo* es *bonito* (o *lindo*, en otras áreas geográficas del español), palabra cuyo significado expresa un concepto muy similar, si no igual, al de *hermoso*.

[...] la antonimia [...] muestra una fuerte dependencia del significante, pues todos los antónimos tienen sinónimos que los hablantes no identifican de forma tan inmediata como tales.

(Varo, 2007, pág. 35)

Por nuestra parte, en este apartado del estudio no llevaremos a cabo análisis estadísticos con los que determinar qué palabras podemos establecer como pares de antónimos; nos limitaremos a emplear ejemplos que consideremos claramente identificables como tales. Cuando dirijamos nuestra mirada hacia los adjetivos dimensionales y, más concretamente, hacia los adjetivos dimensionales del español, profundizaremos algo más en el porqué de la elección de determinados pares, aunque, en términos generales, seguiremos empleando oposiciones que supongamos claramente identificables: prototípicamente antónimas para los hablantes.

Una característica fundamental de los pares de adjetivos antónimos —que ya anticipaba Aristóteles en las *Categorías* [siglo IV a.C.] al hablar de los (enunciados) *contrarios*— es el hecho de que, si bien no se puede predicar que una entidad posea al mismo tiempo dos propiedades relacionadas con adjetivos antónimos, sí se puede predicar que una entidad no posea ninguna de las dos.

[With gradable adjectives] the predication of the one implies the predication of the negation of the other: the proposition “X is hot” implies “X is not cold”. But “X is not hot” does not generally imply “X is cold” [...]

(Lyons, 1977a, pág. 272)

Esta característica lógica se relaciona con el hecho de que las escalas de pares de antónimos presentan una zona ‘templada’ en la que no se puede afirmar que las entidades que se relacionan con sus grados (los grados de la zona templada) sean poseedores de la propiedad asociada a una parte de la escala ni de su contraria.

[...] the terms of a pair do not strictly bisect a domain: there is a range of values of the variable property, lying between those covered by the opposed terms, which cannot be properly referred to by either term. [...] It's neither long nor short is not paradoxical, since there is a region on the scale of length which exactly fits this description.

(Cruse, 1986, pág. 204)

El hecho de que en esta clase de adjetivos sea posible la negación de ambos pares ya lo planteamos al establecer una correspondencia entre *subsectividad* y *graduabilidad*, por un lado, e *intersectividad* y *no graduabilidad*, por otro. La *antonimia* se da, por definición, en los adjetivos (subsectivos y) graduables, mientras que el tipo de contraste existente entre los términos polares de relaciones no graduables (y, por lo tanto, intersectivas) es de *oposición*¹⁹¹.

Creemos necesario recuperar una cita de Lyons (1977a) (cf. el apartado 2.2.1.) dedicada a las oposiciones no graduables en que se ponía de manifiesto cómo, en los adjetivos intersectivos, la presencia de una propiedad o de su contraria es una cuestión ‘de sí o no’. Esta cita, en la que sería posible interpretar *opposites* de manera estricta (aunque, en ese caso, el adjetivo *ungradable* resultaría redundante), nos ayudará ahora a comprender las relaciones lógicas propias de los verdaderos opuestos:

Ungradable opposites, when they are employed as predicative expressions, divide the universe-of-discourse [...] into two complementary subsets. It follows from this not only that the predication of either one of the pairs implies the predication of the negation of the other, but also that the predication of the negation of the either implies the predication of the other. For example, the proposition “X is female” implies “X is not male”; and “X is not female) (provided that ‘male’ and ‘female’ are predicable of X) implies “X is a male”.

(Lyons, 1977a, pág. 271)

¹⁹¹ Seguimos la distinción establecida por Lyons (1977, pág. 279) entre *oposición* y *antonimia* a la que ya hicimos referencia en la nota 189.

Así, mientras que el uso de antónimos permite afirmar de algo que, por ejemplo, no está *ni frío ni caliente*, los opuestos no permiten enunciados del tipo *‘Ese perro no es ni un perro macho ni un perro hembra’*.

Lo que diferencia la separación entre *opuestos* y *antónimos* de la separación aristotélica entre *contradictorios* y *contrarios* es que la segunda no es bipolar, sino que permite la ‘participación’ de múltiples elementos. Así, podría decirse que entre los colores hay una relación de contradicción, pero no se dirá que los términos con que se relacionan sean opuestos:

[...] there are many contraries that would not generally be regarded as opposites [because] they are not dichotomously opposed to one another.

(Lyons, 1977a, pág. 272)

A continuación, a partir de lo establecido por Cruse (1986, págs. 206-217), presentaremos una clasificación basada en el uso que, según las implicaciones semánticas dependientes de su parámetro dimensional, se puede hacer de uno y otro miembro de los pares de antónimos. Adaptaremos esta clasificación a la establecida por Cruse y Croft (2004) para las esclas¹⁹². Véase el apartado 2.2.2.1. (*La estructura de la escala*).

2.2.2.3.1. Antónimos polares¹⁹³

Estos pares de antónimos (*polar antonyms*) se relacionan habitualmente con los sistemas monoescalares. Nosotros los asociaremos también con los sistemas biescalares

¹⁹² Esta clasificación dejaría fuera lo que Cruse (1986, pág. 202) denomina “complementarios graduables” por no considerarlos estrictamente como antónimos. Varo sí los considera, dentro de su tipología de antónimos (2007, págs. 208-213), como una categoría opuesta (debido a su carácter asimétrico) a las tres que vamos a ver a continuación y la denomina “antonimia graduable asimétrica” (2007, pág. 209). Nosotros hablaremos de este tipo de pares más adelante con las etiquetas de *predicados totales* y *predicados parciales* (Yoon, 1996). Para profundizar en las características e historia de esta distinción, véase Rotsein y Winter (2004).

¹⁹³ Cruse habla de “polar antonyms”, “overlapping antonyms” y “equipollent antonyms”, términos que hemos traducido como “polares”, “superpuestos” y “equipolentes”, respectivamente. Varo (2007, págs. 210-212) prefiere denominar a estos tipos de antonimia “inclusiva bilateral”, “inclusiva unilateral” y “exclusiva”, respectivamente. Además, Varo señala lo siguiente: “La terminología propuesta por D. A. Cruse (1986: 206-214) en la denominación de los tres tipos de antonimia graduable que establece [...] no nos parece muy acertada, pues consideramos que toda relación antonímica se sustenta en la equipolencia y refleja siempre una polaridad, (Varo, 2007, pág. 208). Por nuestra parte, aunque consideramos oportuna la apreciación de Varo, mantendremos la terminología de Cruse.

equipolentes paralelos de la clasificación de los sistemas de escalas explicada con anterioridad: “Polar antonyms are typically evaluatively neutral, and objectively descriptive”, (Cruse, 1986, pág. 208).¹⁹⁴

La “neutralidad” y el carácter “objetivamente descriptivo” de estos pares de antónimos polares permite que sean posibles los siguientes dos tipos de comparaciones (tomando como casos representativos de la categoría los de los pares *largo-corto* y *duro-blando*):

X es largo, pero más corto que Y

X es blando, pero más duro que Y

Z es corto, pero más largo que W

Z es duro, pero más blando que Y

Respecto a la posibilidad de que los adjetivos aparezcan en preguntas del tipo *¿Cómo es eso de ADJ?* (por ejemplo, *¿cómo es eso de grande?*), nos encontramos con que estas solo pueden realizarse con uno de los miembros del par:

Only one member of a pair yields a normal *how*-question (cf. *How long is it?* but **How short is it?*) and this question is impartial.

Cruse (1986, pág. 209)

A pesar de que Cruse señala que algunos hablantes “admit *How short is it?* in restricted contexts” (1986, pág. 210), en un contexto ‘neutral’ lo normal sería preguntar *¿Cómo es de alto tu padre?* o *¿Cómo de dura está la superficie?* más que *¿Cómo es de bajo tu padre?* o *¿Cómo de blanda está la superficie?*

¹⁹⁴ Cruse (1986, pág. 208) señala además que “in the majority of cases, the underlying scaled property can be measured in conventional units, such as inches, grams, or miles per hour”, ya que realmente en esta clasificación entrarían solo aquellos que en la clasificación de Cruse y Croft (2006) se consideran *monoescalares*. Aunque pueda resultar contradictorio en cuanto al comportamiento de sus antónimos, a los *sistemas equipolentes paralelos* hemos decidido considerarlos dentro de los antónimos polares, a pesar de que en Cruse y Croft (2006, págs. 182 y 183) aparecen como una pequeña categoría independiente. A propósito de esta clase observan lo siguiente: “Parallel equipolent pairs are even less common than the disjunct type. They seem to occur when (a) there is no property that can be construed as having a zero value in the middle of the scale, (b) each direction of construal is equally motivated and (c) there is no dominant viewpoint, no difference that motivates a ‘positive/negative’ construal. Hayes (2001) argues that *hard:soft* are plausible candidates, and *dark:light* as applied to colors”, (Cruse y Croft, 2006, págs. 182 y 183).

Cuando Cruse se refiere a la imparcialidad de este tipo de preguntas, está señalando que el hecho de preguntar *cómo de alto es alguien* no implica que esa persona sea alta. Frente a esa imparcialidad, Cruse (1986, págs. 208 y 209) opone el concepto de COMPROMISO (*commitment*): una pregunta del tipo *¿Cómo es de bajo tu padre?* sí sería una pregunta *comprometida*¹⁹⁵ (*committed*), en el sentido de que sí haría esperable que la persona por la que se preguntase fuera baja. Lo mismo ocurriría con los equipolentes paralelos como *duro-blando*: *¿Cómo de blanda está la superficie?* solo sería una pregunta esperable si presupusiésemos que la superficie en cuestión fuera blanda.

La capacidad para aparecer en las preguntas neutrales hace —dentro de los antónimos polares— de un término el término *supra* y, del contrario, el término *sub*. Cruse y Croft (2004, pág. 173) definen *sub* y *supra* relacionando estos términos con la capacidad de los miembros de un par de adjetivos para expresar un grado mayor o menor de presencia de una propiedad. Sin embargo, debemos señalar que, como vimos en apartados precedentes, no siempre es fácil establecer desde un punto de vista lógico cuál es el parámetro que se está midiendo (*¿el ruido o el silencio?*) y, a veces, tampoco desde un punto de vista cognitivo (*¿la facilidad o la dificultad?*).

Una posible solución sería asimilar los términos *supra* y *sub* con los de *polo positivo* y *polo negativo*, considerar que se refieren a ‘lo mismo’ y establecer así que la capacidad de aparecer en preguntas neutrales fuera un criterio más para determinar cuál es el polo *positivo-supra* y cuál, el *negativo-sub*. Esta asociación, sin embargo, no puede llevarse a cabo: como los propios Cruse y Croft señalan, tanto *frío* como *caliente* (y tanto *bueno* como *malo*), son términos *supra* (Cruse y Croft, 2004, pág. 174) y, sin embargo, solo un miembro de cada par puede relacionarse con el polo positivo de la escala. No estamos, por lo tanto, ante conceptos asimilables.

Nosotros optaremos por mantener la separación entre los conceptos relacionados con *positivo* y *negativo*, por un lado, y con *sub* y *supra*, por otro; pero, a diferencia de Cruse y Croft (2004), no consideraremos que dicha separación esté relacionada con el hecho de

¹⁹⁵ Esta idea del compromiso (*COMMITMENT*) aparece también en Bolinger (1977). Otros autores, en cambio, prefieren hablar de *elementos marcados* y de *elementos no-marcados*: “In such questions the unmarked form carries no supposition as to which part of the scale is involved, while the mark form does carry a supposition”, (A. Lehrer, 1985:198), [citamos a través de Varo (2007, pág. 96)].

que se exprese un grado mayor o menor de presencia de una propiedad, sino que lo está con la capacidad de los adjetivos de aparecer en preguntas neutrales (y otros criterios similares que analizaremos a continuación).¹⁹⁶

El término *supra* puede aparecer en construcciones del tipo *El doble de ADJ* o *La mitad de ADJ*, mientras que el término *sub*, no. Así, podemos decir que *X es el doble de largo / duro que Y* o que *Z es la mitad de largo / duro que Y*, pero resulta más extraño decir que *¿X es el doble de pequeño / blando que Y* o que *¿Z es el doble de pequeño / blando que W*. Con el par *blando-duro* resulta algo menos clara esta diferenciación a partir de estas construcciones, ya que no empleamos habitualmente unidades de medida que nos permitan asegurar cuándo algo es el doble o la mitad de duro que otra cosa.

El término *supra* es, además, el término del que normalmente se deriva el sustantivo que hace referencia al parámetro que entra en juego dentro de un par de antónimos¹⁹⁷. Así, existe la palabra *largura* (que es sinónimo de *longitud*), pero no *cortura*¹⁹⁸ (que, al menos, no se recoge en el *Diccionario de la Real Academia [DRAE]*). Asimismo, se puede hablar del *ancho del camino* (entendiendo *ancho* como sinónimo de *anchura*), pero no del *estrecho del camino*. Igualmente, aunque ambas están recogidas en el *DRAE*, es mucho más frecuente hablar de la *dureza* de algo que de su *¿blandura*¹⁹⁹.

¹⁹⁶ Además, aunque Cruse y Croft definan *sub* y *supra* exclusivamente en relación con los sistemas monoescalares (2004, pág. 173), nosotros entenderemos que puede mantenerse dicha división también para los equipolentes paralelos.

¹⁹⁷ En la *Nueva Gramática de la Lengua Española (NGLE)*, 2009, pág. 916 se considera que la asimetría que muestra esta característica, unida a la imparcialidad o al compromiso de unos y otros miembros de los pares de antónimos en las preguntas de tipo *How...?*, es lo que hace que estos adjetivos reciban el nombre de *polares*: “[Estos adjetivos] se suelen llamar polares porque el TÉRMINO NO MARCADO de la oposición polar a la que dan lugar [...] proporciona el nombre de toda la dimensión [...] y es apropiado para construir preguntas que se refieren a ella en su conjunto sin un contexto previo que la haya introducido como tema del discurso”.

¹⁹⁸ Existe *cortedad*, pero aparece, sobre todo, en contextos en los que su sentido es metafórico. Por otra parte, *cortura* (como sustantivo derivado por sufijación a partir del adjetivo *corto*) se registra tan solo esporádicamente en el CORDE en textos encuadrados cronológicamente entre último cuarto del siglo XIII y finales del siglo XV. En el siguiente ejemplo del siglo XIII se opone *cortura* (de *corto*) a *longura* (de *longo*, ‘largo’): “Por que yo falle que los omnes antigua miente & nouamient auien apareiado estrumetes pora obrar por saber las horas & la diuersidad de la noche & del dia. en *longura* & en *cortura* sobre cada un orizon”. (1277, *Libro de la açafeha* de Maestro Berbaldo, CORDE). Por otra parte, en un texto del XV asume un desarrollo metafórico, próximo al valor que demuestra *cortedad* en la actualidad: “Et fablo Moysen esto alos fijos de Ysraael; e non escucharon a Moysen por *cortura* de spiritu” (c 1400, *Biblia Escorial I-j-4: Pentateuco*).

¹⁹⁹ Nos basamos en una consulta en línea del *Diccionario de la Real Academia* realizada en agosto de 2014.

Si existen sustantivos derivados de ambos polos, generalmente el derivado del adjetivo imparcial es el que presenta también imparcialidad. Así, se puede preguntar *¿Cuál es la anchura del camino?*, pero no *¿Cuál es la estrechez del camino?*, al menos, en contextos ‘neutrales’. No obstante, sí podemos encontrarlos en otro tipo de enunciados: *La estrechez del camino dificultaba el paso / La anchura del camino facilitaba el paso.*

En enunciados absolutos²⁰⁰, el término *supra* es el único posible. Así, podemos decir que *X mide 7,4 m de largo*, pero no que **X mide 7,4 m de corto*, aunque esta característica se debe a que algunos adjetivos, como ocurre con *largo*, se pueden nominalizar²⁰¹ y emplearse para designar el parámetro dimensional de la LONGITUD²⁰².

En ocasiones uno de los miembros del par [...] puede aplicarse a la totalidad de la dimensión (“el *largo* de su cabello”, “el *ancho* de la calle”,...), es decir, abarca un valor absoluto que abarca toda la escala. [...]

Ese mismo miembro del par se relaciona frecuentemente con el sustantivo que denota la totalidad de la dimensión (*altura, largura, anchura, tamaño*.... En cambio, el otro miembro del par es menos frecuente y si existe (*pequeñez, delgadez, bajura*,...) alude a una parte de la escala.

(Varo, 2007, pág. 211)

Con otros pares de adjetivos de la misma clase, esta distinción no es posible, pues no siempre el adjetivo sufre la metátesis, y se transforma en un sustantivo. Así, admitimos *Tiene 5 kg de peso*, pero no **Tiene 5 kg de pesado*. En estos últimos aspectos no terminan de comportarse de igual forma los adjetivos relacionados con escalas únicas y los relacionados con escalas equipolentes paralelas, aunque mantendremos nuestra decisión de considerarlos a todos ellos pares de antónimos polares.

El análisis de la nominalización habría de ser un estudio que atendiese a las particularidades en cada lengua. Esto escapa, al menos por ahora, a las generalizaciones sobre los tipos de antónimos que estamos expresando en este apartado. Sí nos detendremos en los sustantivos derivados de los adjetivos dimensionales del español

²⁰⁰ Esta característica solo puede analizarse con magnitudes medibles.

²⁰¹ El hecho de que no haya concordancia de género entre el nombre y el adjetivo apunta claramente a que estamos ante un sustantivo (como *largura* o *altura*) y no ante un adjetivo. En español no, pero en otras lenguas los sintagmas de medida “sí pueden modificar adjetivos y adverbios no comparativos: ing. *Two meters tall*, it. *alto due metri*, y también del español antiguo, pues documentamos entre los ss. XV y XVII construcciones del tipo *largo tres pulgadas*”, (Varo, 2007, pág. 53).

²⁰² *Longitud* es el sustantivo (derivado de *longo*, adjetivo en desuso, con su variante *luengo*) que designa el parámetro dimensional (+ largo), en competencia con el sustantivo *largura* (derivado de *largo*).

cuando, en el apartado 2.4.2.3. (*La relación jerárquica ‘de orden’ entre los grados*), llevemos a cabo un análisis pormenorizado de las particularidades de cada lexema.

2.2.2.3.2. Antónimos superpuestos (*overlapping antonyms*)

Son aquellos que se relacionan con los sistemas biescales superpuestos. Se caracterizan por tener un significado de carácter evaluativo: un miembro se relaciona con lo positivo, con la corrección o la aceptabilidad de algo, mientras que el otro expresa algo negativo, desaprobación:

Overlapping antonyms all have an evaluative polarity as part of their meaning: one term is commendatory (e.g. *good, pretty, polite, kind, clean, safe, honest*) and the other is deprecatory (e.g. *bad, plain, rude, cruel, dirty, dangerous, dishonest*).

(Cruse, 1986, pág. 208)

Los pares de antónimos superpuestos no son simétricos respecto al tipo de comparaciones que permite uno y otro miembro del par, ya que son aceptables enunciados del tipo *X es tonto, aunque es un poco más listo que Y* o *Luis es feo, aunque un poco más guapo que su hermano*, pero no del tipo *¿Z es listo, aunque un poco más tonto que W* o *¿Luis es guapo, aunque un poco más feo que su hermano*²⁰³.

Solo podemos decir que Z es más tonto que W si Z es tonto, y solo podremos decir que una persona es más fea que otra si la primera es fea. En este sentido, el adjetivo *deprecatory* tiene un compromiso de cumplimiento que no muestra el adjetivo *commendatory*.

²⁰³ Recordemos que en apartados anteriores advertíamos la dificultad de determinar en abstracto si un adjetivo se podía considerar de valoración (y ‘activaría’ una escala superpuesta) o de sensación (y ‘activaría’ escalas equipolentes). Señalábamos entonces que, al hablar de los pares de antónimos, encontraríamos unas fórmulas basadas en su uso (y en la propia competencia lingüística) que nos ayudarían a diferenciarlos. Pues bien, su comportamiento en estas comparaciones y en las preguntas que veremos más adelante, nos permiten afirmar que los pares de adjetivos que hacen referencia a la BELLEZA de las cosas se comportan como superpuestos, por lo que podemos relacionarlos más con los de valoración que con los de sensación, aunque, por supuesto, pudiéramos entrar en disquisiciones filosóficas sobre si toda valoración lleva consigo una sensación y/o viceversa. Cuando aceptamos que unos son de sensación y otros de valoración, no queremos con esa clasificación entrar en ese tipo de cuestiones abstractas que habrían de plantearse en el marco de la filosofía y, tal vez, de la psicología, más que en el ámbito estricto de la semántica.

Con respecto a las preguntas del tipo *How ADJ is X?* se comportan igual que los polares en el sentido de que usar uno de los adjetivos produce una pregunta imparcial y usar el otro, mientras, produce una pregunta con un compromiso. A pesar de ello, puede considerarse, tal y como hace Cruse (1986, pág. 209), que cualquiera de las preguntas es ‘normal’, es decir, que no se requiere de un contexto marcado (como sí requería *¿Cómo de bajo es tu padre?*):

Both terms of a pair yield normal how-questions, but one term yields an impartial question (e.g. *How good is it?*) and the other term yields a committed question (e.g. *How bad is it?*).
(Cruse, 1986, pág. 209)

En cuanto a su capacidad para dar lugar a sustantivos a partir de procesos derivativos, resulta más difícil encontrar homogeneidad y rasgos generales. Aunque admitimos la posibilidad de que estas cualidades puedan encontrarse a través de un estudio exhaustivo de esta clase de adjetivos, consideramos que esta labor se desviaría de los objetivos fundamentales de nuestro estudio.

2.2.2.3.3. Antónimos equipolentes

Son aquellos que hacen referencia a los extremos de un sistema biescalar equipolente. No obstante, teniendo en cuenta las características que les atribuye Cruse (1986, pág. 208), dentro de este sistema solo los podemos relacionar con los que para Cruse y Croft (2006, pág. 170) son *equipolentes disjuntos*²⁰⁴ y que —recordemos— son los que nosotros habíamos designado como *adjetivos antónimos de sensación*:

Equipollent antonyms refer to distinct subjective sensations or emotions (e.g. *hot:cold, happy:sad*) or evaluations based on subjective reactions, rather than ‘objective’ standards (e.g. *nice:nasty, pleasant:unpleasant*).
(Cruse, 1986, pág. 208)

Estos adjetivos no permiten comparaciones del tipo *‘Esto está caliente, pero más frío que ayer / ‘Esta guerra es muy triste, pero más alegre que la de Sudán* ni otras como *‘Esto está frío, pero más caliente que ayer / ‘Ayudar a ancianos me pone contento, pero*

²⁰⁴ Los miembros extremos de los biescales equipolentes paralelos los hemos incluido, recordemos, en la categoría de los antónimos polares.

más triste que ayudar a niños. Respecto a las preguntas de tipo *How ADJ is X?*, ambos pares pueden participar de igual forma en ellas, y, en ambos casos, hay un compromiso con la propiedad expresada explícitamente: “Both terms of a pair yield normal *how*-questions, and both questions are committed”, (Cruse, 1986, pág. 209).

2.2.2.3.4. Predicados totales y parciales

Yoon (1996) establece una distinción entre predicados totales y parciales²⁰⁵, cuya diferencia reside en que los primeros son solo aplicables (en sentido estricto) cuando la propiedad a la que se hace referencia está en su grado máximo (o mínimo, dependiendo de la orientación que demos a la escala). Los predicados parciales, en cambio, son aplicables siempre que el grado en que está presente la propiedad en cuestión sea distinto del mínimo (o del máximo). Así, estrictamente, algo es solo *puro* cuando es totalmente puro, pero algo empieza a ser *impuro* desde el momento en que hay un poco de impureza.

Estos casos presentan “un funcionamiento escalar asimétrico, de manera que desde una perspectiva lógica solo una [de las unidades léxicas del par] está sujeta a gradación, en tanto que la otra presenta una especie de valor cero”, (Varo, 2007, pág. 209). Este tipo de distinción es aplicable en las escalas con uno de los dos extremos cerrados y con un cero ‘alcanzable’²⁰⁶. Así, por ejemplo, en sentido estricto, algo solo está *limpio* cuando carece totalmente de suciedad, por lo que dicho adjetivo se relaciona con predicados totales. Mientras, se puede decir que algo está sucio siempre que no esté limpio; es decir, siempre que su suciedad no sea igual a cero (o, lo que es lo mismo, siempre que su limpieza no sea máxima).

Roughly speaking, a total predicate like (is) clean, which is true of an object if it has the maximum degree of cleanliness, while a partial predicate is one like (is) dirty. Which is true of an object just in case it has some degree of dirtiness.

(Kennedy y McNally, 2005, pág. 21)

²⁰⁵ Cruse (1986) considera estos casos “complementarios graduables” (1986, págs. 202-204). Varo (2007) se refiere a este fenómeno como “antonimia graduable asimétrica” (2007, pág. 209) y en la *NGLE* se alude a adjetivos “absolutos” (*NGLE*, 2009, pág. 918), que “presentan por defecto el grado máximo de la propiedad que denotan. Así, *seco* se interpreta, fuera de contexto, como ‘completamente seco’; *puro* se entiende como ‘enteramente puro’ y *limpio* sugiere ‘limpio del todo’”.

²⁰⁶ “Esta interpretación es característica de los adjetivos de naturaleza episódica [...] que denotan estados que se alcanzan o en los que se desemboca como consecuencia de algún proceso”, (*NGLE*, 2009, pág. 918).

Del mismo modo, en sentido estricto una puerta está cerrada solo si está totalmente cerrada. Siempre que no esté totalmente cerrada se podrá decir que la puerta está abierta. Igualmente, algo está *recto* si tiene el grado máximo de rectitud y está doblado si no lo tiene. Podemos decir que cuando estos adjetivos se toman en sentido estricto son interpretados como intersectivos: los ‘adjetivos totales’ deben hacer referencia a los grados extremos de una escala (si esta está acotada en dichos extremos) y los ‘parciales’ a cualquier otro punto de la misma escala. No son, por lo tanto, relativos a estándares contextuales: no son subsectivos.

Under normal usage, 29a does not mean that the degree to which the baby is awake surpasses some standard of comparison (for babies), but rather simply means that the baby has a non-zero level of awakeness.

[...]

Minimum standards: 29a *The baby is awake*

[...]

The adjectives in 30 are similar in not introducing a context-dependent standard, but their arguments are required to possess a maximal degree of the property in question.

[...]

Maximum standards: 30a *The door is closed*

30b *The road is flat*

(Kennedy y McNally, 2005, pág. 22)

Una de las consecuencias lógicas que se derivan de los pares de adjetivos que se relacionan con predicados totales y parciales es que, al ser intersectivos, la negación de uno implica la afirmación del otro. Así, si algo no está sucio, está necesariamente limpio, y, si no está limpio, está necesariamente (en un grado mayor o menor) sucio. Esto no sucede con adjetivos intersectivos que no forman parte de pares graduables opuestos, ya que negar que algo sea rojo no implica que sea de ningún otro color específico (a no ser que se tome no-rojo como un color). Tampoco sucede con los adjetivos subsectivos, ya que algo puede no ser ni grande ni pequeño, sino encontrarse dentro de una zona neutra.

Hemos apuntado ya que este tipo de relaciones funcionan solo cuando los adjetivos totales y parciales se emplean en ‘sentido estricto’. Adjetivos como *lleno* y *vacío*, por ejemplo, se pueden emplear de manera más flexible y es posible decir de un cine *que está vacío* (aunque en realidad no lo esté) porque se pone en relación su grado de ocupación con, por ejemplo, el esperable para un sábado. Estos usos, por lo tanto, harían de estos adjetivos pares de adjetivos relativos que requerirían de la activación (explícita o

implícita) de estándares de comparación: *Para ser martes, el cine estaba bastante lleno / Para ser sábado, el cine estaba muy vacío / Para ser un primer piso, es bastante silencioso.*

En estos enunciados se aprecia el desplazamiento desde un uso ‘preciso’ de los adjetivos hacia un uso ‘impreciso’. Lasersohn (1999, págs. 522-551) considera que en estos casos subyace lo que él llama *pragmatic halos*, es decir, una permisividad en el uso de estos adjetivos siempre que dicho uso esté “close enough to the truth in any context to be acceptable and informative”, (Kennedy y McNally, 2005, pág. 25).

Lasersohn (1999) proposes a pragmatic theory of imprecision according to which speakers may utter sentences that, while strictly speaking false, are ‘close enough’ to true for practical purposes. An example is the assertion that *The townspeople are asleep* when the vast majority are sleeping but a small number are, exceptionally, awake. Closeness to the truth is modeled via pragmatic halos.

(Solt, 2014, pág. 6)

El uso ‘flexible’ de estos adjetivos permite decir de una carretera que *es más recta que otra*, a pesar de que *recto* sea un adjetivo que, en sentido estricto, requiere que la propiedad con la que se relaciona se dé en su grado máximo. En nuestra opinión, el hecho de que se puedan usar de forma natural expresiones como *Está un poco lleno / Está casi vacío / Está medio lleno / Está algo recto / Está prácticamente cerrada / Es casi redondo* es prueba de que el empleo no totalmente estricto de estos adjetivos es habitual y que, en consecuencia, su interpretación ha de ser contextual-subsectiva.

No obstante, es también cierto que el hecho de que resulte extraño un enunciado como *¿La puerta está muy cerrada* se debe a que, en parte, asociamos el significado del adjetivo (*cerrada*) a un grado no superable (y, por lo tanto, a una interpretación intersectiva). El que se active una interpretación rígida o flexible depende de factores contextuales y del tipo de elementos de los que se esté predicando una característica. Que algo esté totalmente cerrado o no es algo que puede ser fácil de verificar y, además, hay muchos contextos en los que la diferencia entre que algo esté cerrado o abierto es muy relevante. Sin embargo, que algo esté completamente recto o no, o completamente limpio o no, no es tan fácilmente apreciable (si se mantiene el espíritu ‘estricto’). De nuevo, esta concepción ‘laxa’ (contextual o pragmática) de este tipo de adjetivos anularía las inferencias lógicas del tipo *si algo no está limpio está necesariamente sucio*.

2.3. Problemas

A lo largo de la exposición de los distintos parámetros que han de tenerse en cuenta a la hora de analizar los adjetivos han surgido una serie de cuestiones que, analizadas en detalle, resultan algo más problemáticas de lo que hasta el momento podemos haber dado a entender. Consideramos necesario, por lo tanto, retomar algunas de las cuestiones tratadas en los apartados precedentes.

2.3.1. Problemas con la intersektividad. Colores y formas.

En la primera parte de este capítulo asumíamos sin discusión algunas propuestas sobre la intersektividad. A continuación, una vez hemos presentado los conceptos de ESCALA y POLARIDAD, revisaremos otras cuestiones tangenciales y comprobaremos si, efectivamente, la intersektividad es un fenómeno tan claramente delimitado como señalábamos.

Los adjetivos intersektivos se presentan como vinculados a propiedades ‘absolutas’ que pueden poseer los objetos, independientemente del tipo de objetos que sean. Sin embargo, muchos de los ejemplos con los que se ilustra esta clase de adjetivos no son tan claros representantes de la ‘intersektividad’ como pudiera parecer. Un caso llamativo lo encontramos en el uso habitual que se hace de los adjetivos de color. Si se dice de un elefante que es un *elefante rosa* es, en teoría, porque esa entidad se distingue por ser un [elefante] y por tener la propiedad de SER ROSA. Esa propiedad se supone que es compartida por el elefante en cuestión y por TODAS LAS COSAS ROSAS; desde las rosas rosas a los flamencos.

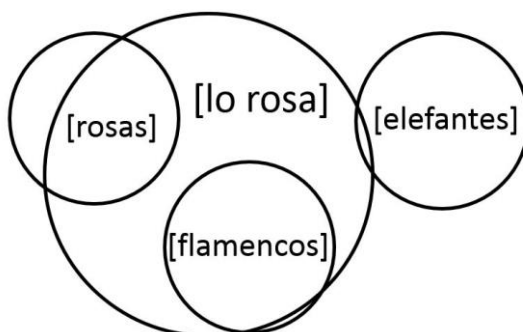


Figura 18. Elefantes, flamencos y rosas.

Como se aprecia en la figura 18, el conjunto de [aquello que es rosa] forma una intersección con el conjunto de [las rosas], el de [los elefantes] y el de [los flamencos]: es, en teoría, la misma ‘ROSEDAD’ la que es compartida por elefantes, flamencos o rosas.

There are two long-standing assumptions about the semantics of colour adjectives. First, they are considered to be absolute terms whose meaning, unlike that of relative adjectives (e.g. tall, rich, good), is not contingent on the modified noun; hence the term “absolute”. Second, in view of the noun-independency of colour adjectives, combinations of nouns with colour terms have often been cited as prime examples of compositionality in language.

(Tribushinina, 2008, págs. 106 y 107)

Esta concepción del color lleva consigo una cuestión fundamental: ¿Cómo encajamos el hecho de que los flamencos y las rosas, por ejemplo, puedan no ser exactamente del mismo color? Empezaremos a dar respuesta a esta cuestión señalando que, desde nuestra perspectiva, los adjetivos de color activan escalas cerradas A TRAVÉS DE UN PROTOTIPO. El problema es que, mientras el prototipo de, por ejemplo, *esférico*, puede ser definido a partir de una ‘definición de diccionario’ (o de manual de geometría), no resulta tan sencillo hablar del prototipo de, por ejemplo, *rojo*, ya que, como señala Wyler (1992, pág. 51), los adjetivos de color son palabras que escapan a una definición.

McNally (2006), incluso, considera que los adjetivos de color se relacionan con escalas abiertas, sin un punto máximo. Nosotros —repetimos— consideraremos que se relacionan con escalas cerradas y que el punto de cierre está representado por un prototipo. Seguimos, en este aspecto, el planteamiento de Tribushinina (2008).

The observation that the best exemplar of a colour category provides a maximum point on a scale of colour can be illustrated by the following example:

(41) Для передачи всех оттенков красного — от
for transfer-GEN all-PL.GEN shades-GEN red-GEN from

бледно-розового до кровавого — нужны
pale.pink-GEN to blood.coloured-GEN needed-PL

старые мастера. (RNC)
old-(LF)PL.NOM masters-NOM

‘Old masters are needed to convey all shades of red — from pale-pink to blood-red.’

The instantiations of red are presented in (41) as a gradual transition from the worst example (boundary) of the category — pale-pink — to the most prototypical red hue construed here as the colour of blood [...].

(Tribushinina, 2008, pág. 80)

La manera como se relacionan las distintas culturas con sus adjetivos de color es un asunto que se ha abordado en profundidad desde diversas perspectivas lingüísticas y antropológicas y ha sido, en muchos casos, el caballo de batalla fundamental entre los defensores del relativismo cultural y los del universalismo cognitivo. Del lado del relativismo cultural se consideraba que la capacidad de un individuo para discernir colores estaba determinada por su cultura y el léxico desarrollado por esta para referirse al color.

Por su parte, Berlin y Kay (1969), a partir del estudio de datos provenientes de 98 lenguas, establecieron un inventario universal de once colores básicos a los que suelen hacer referencia los términos relativos al color. Paralelamente, fijaron una jerarquía de aparición de los colores en las distintas culturas: la diferenciación primordial se establece entre blanco y negro, por lo que una cultura que solo disponga de dos términos para referirse a los colores contará solo con esos dos. Si una lengua dispone de tres ítems para referirse al color, el tercero será el que sirva para designar el rojo. Después, aparecen otros términos, también de forma jerarquizada. Además, basándose en el sistema experimental desarrollado previamente por Brown y Lenneberg (1954) —en el que los sujetos deben elegir el mejor representante de un color de entre unas tablas con distintas tonalidades—, Berlin y Kay (1969), debido al alto grado de consenso entre sujetos de distintas culturas, llegaron a la conclusión de que existen una serie de *focal points* que resultan más llamativos para todos los humanos por cuestiones puramente fisiológicas. Como Rosch (1972) señalaría más adelante, estos puntos son cognitivamente más relevantes dentro de las escalas de color incluso para hablantes de lenguas que solo conocen dos términos relativos al color.

Wierzbicka (1990) y (1996) considera que, si bien es cierto que la capacidad de percibir colores es universal, también es cierto que el modo como cada cultura los categoriza no es siempre el mismo, aunque la diferencia no sea particular de cada lengua. Para Wierzbicka, hay una serie de prototipos naturales que son los elementos que, en cada cultura, se han asociado a los distintos colores por encontrarse en ellos los *focal points* de

cada tonalidad²⁰⁷. El hecho de que todas las culturas reflejen capacidades visuales similares explica que en todas ellas se sienta atracción por determinados tonos de color, pero las diferencias en el entorno en que cada cultura se desarrolla justifica que los prototipos naturales que encarnan esos colores varíen.

The focal reference points are presumably universal, because perception is universal. In contrast, natural prototypes belong to the domain of conceptualization and are culturally specific (Ruzin 1994). Some of these natural prototypes, such as grass, the sun, or the sky, are very salient and may be found in numerous languages (Tribushinina 2002). Others, such as guelder-rose, lizards and worms, may be found only in few cultures.

(Tribushinina, 2008, pág. 75)

Cada cultura, como hemos dicho, en su desarrollo ha seleccionado una serie de elementos naturales a los que asociar los colores que se manifiestan en su ‘mejor expresión’. Al mismo tiempo, dentro de cada cultura, los hablantes aprenden los colores a través de estos elementos naturales y, a partir de ahí, cada hablante interioriza (con mayores o menores diferencias) estas muestras de color como los prototipos de la clase.

[...] both perceptually salient foci and culture specific environmental reference points may serve as prototypes of colour categories.

(Tribushinina, 2008, pág. 101)

²⁰⁷ Esta idea se refleja en la etimología de las palabras. En muchas culturas, por ejemplo, la palabra que hace referencia al *rojo* está genéticamente relacionada con la que designa la *sangre* y la que hace referencia al *verde* con la que alude a las *plantas*. El estudio de diccionarios también muestra que la ‘definición’ de muchos colores en distintas culturas apunta a las mismas entidades como ejemplares que ‘mejor’ poseen un color determinado: es muy frecuente que la nieve y la leche sean mencionadas dentro de las definiciones del término relativo a *blanco*. Además, en muchas culturas aparecen expresiones en las que se compara el grado de posesión de un color con el de un elemento. Expresiones del tipo *rojo como un tomate* o *rojo como un cangrejo* son relativamente frecuentes interculturalmente, con esos mismos elementos como ‘mejores’ representantes de la ‘posesión’ de un color.

Sobre este fenómeno, resulta interesante la conocida anécdota referida por Gabriel García Márquez (1996): “[el diccionario de la lengua] nunca lo vi como un libro de estudio, gordo y sabio, sino como un juguete para toda la vida. Sobre todo desde que se me ocurrió buscar la palabra *amarillo*, que estaba descrita de este modo simple: *del color del limón*. Quedé en las tinieblas, pues en las Américas el limón es de color verde. El desconcierto aumentó cuando leí en el Romancero Gitano de Federico García Lorca estos versos inolvidables: *En la mitad del camino cortó limones redondos y los fue tirando al agua hasta que la puso de oro*. Con los años, el diccionario de la Real Academia —aunque mantuvo la referencia del limón— hizo el remiendo correspondiente: *del color del oro*”.

Desde nuestra perspectiva —insistimos en ello— consideraremos que tanto los adjetivos de color como los de forma cuentan con un prototipo. Sin embargo, del mismo modo que a nuestro concepto de PÁJARO puede asignársele un prototipo, aunque no se disponga de un sustantivo contrario al concepto PÁJARO, estos adjetivos no establecen relación de antonimia con otros adjetivos²⁰⁸, por lo que no encajan dentro de las escalas que presentábamos en apartados anteriores.

It is well-established that colour terms usually do not come in antonymous pairs, but rather form non-binary contrast sets (Bierwisch 1967: 6; Broekhuis 1999: 33-4; Givón 1970: 835-6; Murphy 2003: 181; Tribushinina 2006a).

(Tribushinina, 2008, pág. 68)

El hecho de que no formen pares de adjetivos opuestos no significa, evidentemente, que no pueda hablarse de diferentes grados de ‘verdor’. Algunos autores, como Hatzivassiloglou y Wiebe (2000, pág. 301), Paradis (2005, pág. 66) o Syrett *et al.* (2005) —citados por Tribushinina (2008, pág. 78)— han llegado a cuestionar el hecho de que los adjetivos de color sean graduables. Tribushinina (2008, pág. 78) cuenta que uno de estos autores, Kristen Syrett, en concreto, le comentó personalmente que consideraba que estos adjetivos son *non-gradable*, ya que “colour adjectives, unlike canonical gradable adjectives like *tall* and *long*, do not stand in contrast to the opposite pole” y, además, “do not have relative standards in the middle of the scale, the way *tall* and *long* do”. Resulta evidente que esto no hace que estos adjetivos dejen de ser graduables; sucede, simplemente, que el tipo de escalas con las que están relacionados es diferente de aquellas con las que están relacionados otros adjetivos ‘típicamente’ graduables, como los dimensionales.

Una vez expuestas todas estas cuestiones, podemos volver al problema que presentábamos más arriba: los *flamencos rosas* y las *rosas rosas* pueden, realmente, no ser del mismo color. A pesar de que el prototipo de un color es una única tonalidad de este, las diferencias respecto a ese tono pueden ser más o menos relevantes y podemos integrarlas (o no) dentro de la misma ‘etiqueta’:

²⁰⁸¿Lo opuesto a LO ROJO sería LO AZUL? Lo opuesto a un PÁJARO... ¿un CRUSTÁCEO? Siguiendo el camino de la fonología, en estos casos nos encontraríamos ante oposiciones equipolentes, no entre oposiciones de grado. Que esto ocurra con los adjetivos de forma y de color no es casual, ya que estos adjetivos tienen rasgos propios de los sustantivos y se puede hablar del (*color*) *verde* o de *un rectángulo*.

[...] colour adjectives may denote various instantiations of a colour category that may be very close to the reference point (prototype) or quite distant from it.

(Tribushinina, 2008, pág. 89)

Esto no solo se produce porque en una lengua ese otro tono pueda no tener un nombre específico y se integre dentro de otra etiqueta general, también ocurre en las lenguas que sí cuentan con formas para denominar esas otras tonalidades. En inglés, por ejemplo, el uso habitual²⁰⁹ de *red* suele incluir tonos que cuentan con sus propios nombres en situaciones específicas:

For example, the range of red usually excludes the realms of adjacent basic colour terms (pink, orange, and purple), but includes the subranges of crimson, scarlet, dark-red, coppery, bloodred, and other hyponyms (Wyler 1992: 91-3).

(Tribushinina, 2008, pág. 89)

En ocasiones, incluso, puede usarse una misma etiqueta para colores que en circunstancias ‘normales’ consideraríamos que deben llamarse de manera diferente:

Increased attention to similarity may result in a broad use of colour terms when their ranges cover not only the area around their own focal point, but also the realms of adjacent basic colour categories. For example, red may be used with reference not only to various instantiations of red, but also for pink, orange, or purple.

(Tribushinina, 2008, pág. 89)

Por el contrario, hay situaciones en que el uso de un adjetivo de color se referiría estrictamente a la tonalidad prototípica de dicho color:

Sometimes basic colour terms are used to describe only the reference-point area rather than the whole range of values covered by the standard condition.

(Tribushinina, 2008, pág. 90)

Así, de nuevo, podemos volver a hablar de usos estrictos y de *pragmatic halos* que harían aceptables ciertos usos según el contexto en que estos se dieran. El uso de un adjetivo de color en presencia de una tonalidad algo alejada de su prototipo sería más o

²⁰⁹ Esto es a lo que Lessmöllmann (2002) denomina *standard condition* para el uso de los adjetivos. [Tomamos la referencia a partir de Tribushinina (2008, pág. 89)].

menos ‘acceptable’ dependiendo del contexto, igual que se acepta que la tierra es ‘redonda’ aunque, geoméricamente, no lo sea.

While it is the case that a perfectly red (blushing) face is not the same hue as a perfectly red apple, or that perfectly blue water is probably not the same shade as a perfectly blue sky, these sorts of variations look strikingly similar to the variations we find with any adjective for which a comparison class is relevant, including dimensional adjectives such as long or round. Obviously the interpretation of such terms includes a context-dependent component, the identity of the comparison class.

(Kennedy y McNally, 2010, pág. 16)

Podemos concluir, por lo tanto, que, al igual que ocurría con adjetivos como *cerrado*, en los adjetivos de color habría también algo similar a usos estrictos y usos no estrictos: mientras el uso estricto de un adjetivo de color sería un uso intersectivo, el uso no estricto sería subsectivo.

Además, al margen de los prototipos ‘puros’ de los colores que hemos visto, existen también unos prototipos específicos para la categoría a que se aplica el adjetivo. Es lo que Tribushinina llama *compound prototypes* (2008, pág. 101). El tono de rojo en que se piensa cuando se habla de que alguien tiene la *barba roja* es muy distinto al que se activa cuando un hablante hace referencia a un *globo rojo*. Cada tipo de entidad presenta su ‘rojez’ de un modo diferente, aunque, en algunos casos, como en el del *globo rojo*, el tono que esperemos sea prácticamente el mismo que el del prototipo abstracto de ROJO (que también sería un rojo específicamente determinado por motivos contextuales). En todos estos casos, estaríamos ante usos subsectivos de los adjetivos de color. Solamente al hacer referencia a algo *rojo* de manera abstracta o fuera de contexto (al hacer, por ejemplo, referencia a *una entidad roja*) sería el rojo focal el tono de rojo que se activaría y, en ese caso, sí podría hablarse de un uso intersectivo del adjetivo de color.

The existence of *compound prototypes* accounts for the fact that we do not judge the colour of a red face as a deviation from focal red. Having sufficient foreknowledge of compound prototypes, languages users are able to immediately access the right instantiation of the property. On the view advocated in this thesis, focal or natural prototypes are, by default, activated in zero-contexts and in the case of nonentrenched AN-combinations.

(Tribushinina, 2008, pág. 116)

El modo en que se instancia el *compound prototype* puede apreciarse cuando, por ejemplo, se está ante una fruta con forma de limón (o de lima, que es igual) que presenta

un color intermedio entre el amarillo característico del limón y el verde característico de la lima. El color, a medio camino entre el de una fruta y otra, no servirá para aclarar ante cuál de ellas se está. En ese contexto no sería raro decir *Esto es demasiado verde para ser un limón y demasiado amarillo para ser una lima*. El color de la fruta, evidentemente, sería un color fijo, pero se estaría considerando que, para ser un elemento de la categoría [lima], su aspecto sería “demasiado amarillo”, ya que el color ‘normal’ de la categoría [lima] es más verde y no suele incluir miembros tan amarillos. Tampoco encajaría bien en la categoría [limón], al menos desde nuestra perspectiva de hablantes del español europeo, un elemento tan verde (o tan poco amarillo) como el de nuestro ejemplo.

Recordemos que al principio del capítulo considerábamos que el color era una propiedad absoluta y que ante *una lima amarilla* manteníamos que podría decirse que se está al mismo tiempo ante una lima y ante algo amarillo. En este caso que nos ocupa parece claro que sería erróneo llevar a cabo esa inferencia, pues, si contemplásemos la fruta en cuestión como un limón, entonces nos parecería verde. El color amarillo no es ya, por lo tanto, una propiedad de la que participen la lima y el limón, sino que, respecto a la categoría [limón], el significado de *amarillo* es distinto al que tiene cuando se aplica a la categoría [lima].

No estaríamos ante esta situación descrita en la figura 19, sino en la descrita en la figura 20:

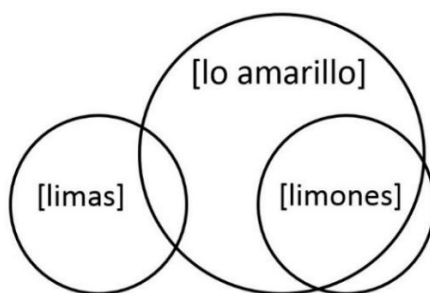


Figura 19. Lo amarillo: limas y limones.

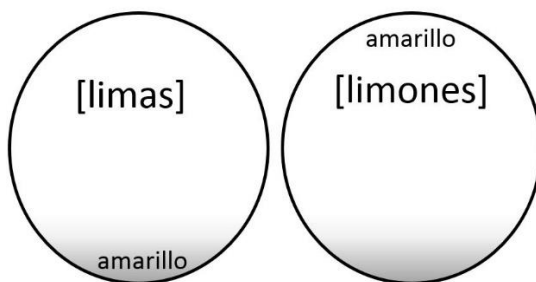


Figura 20. Amarillo lima y amarillo limón.

En este universo de limas y limones, lo que se considera AMARILLO es una propiedad distinta según se aplique a una u otra fruta y no forma intersección alguna con dichas categorías, sino que provoca la ‘aparición’ de un subconjunto distinto en cada una de ellas, es decir, de dos subconjuntos. Su comportamiento es, por lo tanto, exactamente igual al de adjetivos subsectivos como *grande* o *corto*, y lo que ocurre entre las limas y los limones ‘verdeamarillos’ es una relación análoga a aquella que podría darse, por poner otro ejemplo, entre un calabacín y un pepino cuyo tamaño fuera un tamaño intermedio entre el típico de una categoría y el de la otra. En otras palabras, al igual que algo era *demasiado amarillo para ser una lima* y *demasiado verde para ser un limón*, algo verde y alargado podría ser también *demasiado grande para ser un pepino* y *demasiado pequeño para ser un calabacín*. Tanto el tamaño como el color son, en estos casos, propiedades igualmente relativas, aunque normalmente se utilicen como ejemplos prototípicos para contrastar lo relativo y lo absoluto.

[...] several experimental studies have shown that people do not activate the same invariant property for different AN-combinations in which an adjective is used. Rather, language users immediately instantiate properties, i.e. use a “specific representation of a property that is specific to the combination” (Wisniewski 1998: 1343, see also Heit & Barsalou 1996; Wisniewski & Love 1998)

(Tribushinina, 2008, pág. 108)

Podemos decir también que lo que se entiende por *redondo* (como nombre ‘vulgar’ para *esférico*) no es lo mismo cuando se dice que *la tierra es redonda* que cuando se dice que *las bolas de billar son redondas*. Si en una mesa de billar los jugadores se encontrasen con que las bolas muestran la misma ‘redondez’ que nuestro planeta, seguramente protestarían diciendo que las bolas no son redondas. La forma sería, de nuevo, una propiedad relativa al tipo de objetos de los que se predica que tienen una u otra, y no independiente de estos.

Como ocurría con los adjetivos de color, *redondo* o *recto* cuentan también con un prototipo que representa el grado máximo de redondez o de rectitud. En estos casos, llegar al prototipo es más sencillo, ya que, al contrario que los colores, las formas sí cuentan con una clara definición de diccionario (o de manual de geometría). Así, puede decirse que *Una figura es completamente redonda*, al igual que antes podía decirse que *The baby’s*

*eyes were perfectly blue; they couldn't have been bluer*²¹⁰. No podemos, sin embargo, realizar afirmaciones de este tipo con los adjetivos que son absolutamente relativos. Nada es *totalmente grande*, ni *100% ancho*. Por lo tanto, aunque en determinados contextos podamos relativizarlos, adjetivos como *verde* o *redondo* cuentan también, dependiendo del tipo de interpretación que hagamos, con estándares absolutos (no contextuales). Es cierto que puede decirse de una ruta que *Para ser un camino sin asfaltar es bastante recto*, pero también resultaría admisible un enunciado como *Aunque lo parece, este tramo de carretera no es totalmente recto*.

El uso estricto de *redondo* sería intersectivo, ya que no es una propiedad cuya presencia esté contextualmente determinada: hace referencia a un prototipo que puede concebirse de manera independiente del contexto y considerarse que el que algo posea dicha propiedad es una cuestión, únicamente, ‘de sí o no’. Los usos flexibles sí permitirían hablar de que *la Tierra es redonda* o de que *un melón es bastante redondo*. En estos casos, exactamente igual que ocurría con los colores, *redondo* pasaría a ser un adjetivo subsectivo, es decir, un adjetivo cuyo valor estaría contextualmente determinado.

Como ya hemos advertido, a veces resulta difícil casar la graduabilidad de estos adjetivos con su orientación hacia prototipos. Respecto a la gradación de los adjetivos de color y forma en la *Nueva Gramática de la Lengua Española* se señala lo siguiente:

Algunos autores entienden que en estos casos los adverbios que modifican a los adjetivos no se asocian a una escala integrada por los diferentes grados de una propiedad, sino que expresan más bien la mayor o menor APROXIMACIÓN del adjetivo a cierto prototipo de la propiedad clasificada. Así pues, bastante redondo significaría, desde este punto de vista, ‘bastante aproximado a la forma prototípica del círculo o de la esfera’. Otros autores consideran, por el contrario, que, desde el punto de vista gramatical, verde y redondo son adjetivos graduables en la misma medida en que lo son muchos otros similares y, en consecuencia, que la ‘redondez’ o el ‘verdor’ son propiedades escalares, independientemente de que su definición lexicográfica —o acaso enciclopédica— requiera acceder a ciertas informaciones que la óptica o la geometría pudieran no considerar graduables.

(NGLE, 2009, pág. 916)

En nuestra opinión, el que estos adjetivos estén orientados hacia un prototipo podría ser compatible con un sistema de múltiples escalas. El espectro de colores, que surge cuando la luz blanca es desviada o refractada por un prisma, es una gradación de colores continua en la que no hay una división clara entre estos. Teniendo en cuenta los factores

²¹⁰ Ejemplo tomado de Kennedy y McNally (2010, pág. 16).

culturales y pragmáticos vistos, un sistema de múltiples escalas podría ir de unos colores a otros, por lo que estaríamos en sistemas de escalas cerradas con puntos máximos e intermedios en los que, por ejemplo, habría elementos que no serían “ni azules ni verdes” (de modo similar a las escalas en las que los puntos centrales se relacionan con lo “ni lleno ni vacío”).

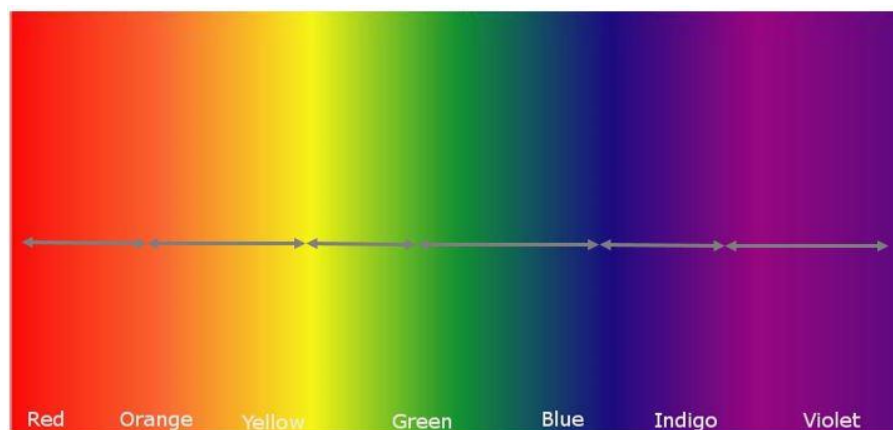


Figura 21. Espectro de colores.

En cualquier caso, al margen de estas cualidades físicas, lo cierto es que los colores ‘contiguos’ no se presentan en pares de antónimos que puedan identificarse en lo lingüístico con los polos de una escala. Asimismo, habría de señalarse que estas escalas se complicarían al incluir el blanco y el negro, pues podrían relacionarse directamente con cualquiera de los otros colores. Por último, aunque la idea subyacente debería ser la misma, la representación de los adjetivos de forma en una tabla como la de las tonalidades encontraría evidentes complicaciones.

2.3.2. Problemas con la subsectividad

Al hablar de adjetivos subsectivos se reitera la idea de que son siempre relativos a una categoría externa que se toma como referencia. En ocasiones, como vamos a analizar en este apartado, el proceso de relativización se establece de manera tan sutil y tan dependiente de cuestiones totalmente interiorizadas que resulta algo más complejo hacerlo explícito.

Vamos a plantear el problema con una situación en la que el tamaño aparece casi totalmente descontextualizado: si se pidiera a una persona que cerrara los ojos y se le pusiera en la mano un objeto del tamaño de un grano de arroz, esta persona seguramente

‘sentiría’ el objeto como pequeño. En teoría el concepto de PEQUEÑO se establece siempre respecto a una categoría de referencia, por lo que, en el caso que acabamos de exponer, surgiría la siguiente cuestión: ¿respecto a qué categoría se estaría considerando pequeño el objeto? No habría ningún dato para considerarlo parte de una categoría que aportase propiedades típicas relativas al tamaño (sí como parte de categorías muy difusas, como [objetos sólidos], por ejemplo) que permitiesen contrastarlo en lo dimensional.

Casos similares a este se dan cuando los astrónomos, hablando de, por ejemplo, una estrella, aseguran que es muy pequeña, para luego añadir algo parecido a *Es muy pequeña en términos astronómicos, claro, pero en realidad es inmensa*. Todo el mundo entiende que la estrella en cuestión es pequeña comparada con otros elementos de la categoría de [las estrellas] o de [los astros], pero ¿respecto a qué categoría se dice que una estrella es, en realidad, “inmensa”? En Wikipedia (s. v. *formación estelar*) puede leerse que *La formación estelar es el proceso por el cual grandes masas de gas que se encuentran en galaxias formando extensas nubes moleculares se transforman en estrellas*²¹¹. No creemos que el lector medio tenga una idea lo suficientemente clara de cuál suele ser el tamaño de una “masa de gas” o de una “nube molecular” como para saber cuándo se considera que son “grandes” o “extensas”.

Nuestra idea es que en estos casos no se están relativizando los tamaños de las cosas respecto a ninguna categoría tan ‘concreta’ como pueda ser la de las [masas de gas] o la de las [nubes moleculares]. Lo que ocurre es que, en ocasiones, la relativización se lleva a cabo respecto a las dimensiones de ‘lo humano’: respecto a aquellos tamaños que nos resultan abarcables, visibles, asibles o alcanzables. Es decir, hay un criterio cognitivo, basado en nuestras capacidades físicas que se aplica inconscientemente como un criterio absoluto para determinar cuándo algo es, por ejemplo, grande o pequeño. En esos casos se activaría algo así como la categoría de [lo manejable por los humanos], categoría que, evidentemente, puede someterse a amplias variaciones contextuales.

[...] dimensional adjectives are processed not only with respect to the average, minimum and maximum values of the comparison class; the dimensions and the orientation of the human body constitute another crucial cognitive reference point anchoring the interpretation of these words.

(Tribushinina, 2008, pág. 303)

²¹¹ Consulta realizada el 10 de septiembre de 2014.

Algo que pongan en nuestra mano, si es del tamaño de un grano de arroz, nos parecerá *pequeño*, del mismo modo que nos lo parece una hormiga aunque no estemos relativizando respecto a ninguna categoría concreta de objetos. Las estrellas y galaxias más pequeñas son para nosotros *inmensas*, porque lo son respecto a nosotros y respecto al tipo de dimensiones con que solemos manejarnos. Si no hay otros elementos con los que comparar la ubicación de una entidad, nos parecerá que esta está alta si está en un sitio al que nos cuesta llegar. Sin contextualizar, una centésima de segundo nos parece un lapso corto de tiempo porque no podemos hacer prácticamente nada durante su transcurso. Un milenio, en cambio, nos parece muy largo porque sobrepasa con creces la duración de nuestras vidas. Contextos que permitan relativizar respecto a elementos concretos pueden hacer que una centésima se considere un periodo de tiempo muy largo (para un corredor de los 100 metros lisos) y que un milenio sea visto como un periodo muy corto (para un geólogo); sin embargo, viendo las cosas fuera de su contexto, el hombre actúa como medida de todas las cosas²¹² y la relación de estas respecto a él y sus capacidades físicas y cognitivas permiten que, ante una falta explícita de referencias, también puedan emplearse y comprenderse eficazmente los adjetivos dimensionales subsectivos.

Another facet of the reference-point status of the self relevant to dimensional adjectives is manifest in sentences such as (1) analyzed in Yoneoka (1992).

(1) *Look at the tall giraffe!*

(1) can mean that a particular giraffe is taller than an average giraffe or other giraffes in the current visual scene. In this use, the adjective is interpreted either vis-à-vis a cognitive zero or vis-à-vis an incidental landmark. Imagine, however, that (1) was uttered by a parent drawing a child's attention to a giraffe while walking in the zoo. In this case, it is argued, the giraffe is not necessarily compared to the class of giraffes. Rather, it is more likely that the class of giraffes is compared to the class of people (cf. Arutjunova 1988). Yoneoka calls this use of tall "absolute", in the sense that the giraffe is claimed to be tall not by virtue of exceeding some relative standard (for its comparison class), but because of being a giraffe.

(Tribushinina, 2008, pág. 299)

²¹² "El hombre es la medida de todas las cosas", frase atribuida a Plutarco (y también a Protágoras). A pesar de que se han dado numerosas interpretaciones de la sentencia, en este caso recurriremos a aquella que considera que nosotros (los humanos como especie) somos aquello respecto a lo que relativizamos todo lo demás. Dicho de otro modo, nosotros somos la referencia y nuestro mundo es el contexto.

Aunque en la cita anterior Yoneoka (1992) refiera a usos absolutos, resulta evidente que estos usos de los adjetivos dimensionales son también relativos, aunque relativos a lo humano.

Counter to Yoneoka, I would like to suggest that both uses are relativistic: the difference between them resides in the relative salience of one cognitive reference point over the other (cf. Sera & Smith 1987). On the “relative” interpretation, the adjective is interpreted with respect to the cognitive zero, and the “absolute” reading is called forth by activating another cognitive reference point — the self. So, in one case the giraffe is tall relative to the class of giraffes; and in the other case it is tall relative to the class of people.

(Tribushinina, 2008, pág. 299)

Este tipo de usos de ‘lo humano’ como elemento de comparación también puede llevarse a cabo tomando nuestras proporciones como elemento de contraste. Así, cuando un objeto permite establecer analogías entre sus partes constituyentes y las formas humanas se considera que estas segundas representan lo ‘neutro’ y actúan como estándar de comparación. Ese es el proceso que tiene lugar cuando, por ejemplo, se dice que un hámster *tiene las orejas grandes*: aunque en términos absolutos sus orejas sean más pequeñas que las de un humano, proporcionalmente son mucho mayores.

The fact of the matter is that when we see animals having a conspicuous physical feature peculiar to them, we make, consciously or unconsciously, comparisons between the image we have of our own selves and those that strike our eyes, and we express our impression of their physical proportions by choosing such adjectives as long or short depending upon the case.

The neck of a giraffe, for example, strikes us as disturbing the balance we associate with animals of the same bulk. People don’t say that dogs have long necks because in this case the ratio of the neck to the body falls well within the boundary of the proportional norm we have in mind, so that we do not feel the harmony is lost. And this sense of balance, of harmony seems ultimately to derive from the very proportion obtaining between the parts of our human body.

What is implied in the general statements above described is our wonder, surprise or disparagement of the figures possessed by these animals. Because of this, it is meaningless for us to comment upon the proportions we ourselves have which are, after all, nothing more than the yardstick, the norm itself. This is why universal statements referring to the human body find no place in our speech. This norm I would call anthropomorphic, and the recognition of this mechanism, I think, leads us further into the semantic subtleties besetting sentences of the opaque construction.

(Suzuki, 1970, pág. 555).

La proyección de las características humanas se da también en otras cuestiones más abstractas: de la vida de las mariposas, por ejemplo, se dice que es corta porque lo es en comparación con la duración de la vida de las personas.

En todos estos casos no estamos ante usos absolutos de los adjetivos, aunque cognitivamente puedan ser percibidos como tales: subyace siempre un proceso de relativización, aunque esta relativización tome como fondo de contraste factores tan interiorizados que son frecuentemente percibidos como absolutos. En cualquier caso, por muy interiorizado que se pueda tener que una galaxia es muy grande, siempre se podrían encontrar contextos en los que esta resultase pequeña. Mantendremos, por lo tanto, la consideración de que estos usos de los adjetivos dimensionales son de carácter relativo y subsectivo.

2.3.3. ¿Cuáles son los verdaderos adjetivos subsectivos e intersectivos?

De los problemas que hemos expuesto anteriormente se puede inferir que, al contrario de lo que señalábamos en la primera parte de este capítulo, en ocasiones puede considerarse que adjetivos como los de color son subsectivos y que algo puede ser *pequeño* o *grande* sin que, aparentemente, se necesite recurrir a una categoría de referencia para interpretar esos adjetivos. Habrían de cuestionarse, por lo tanto, afirmaciones como la siguiente:

[...] an adjective such as 'red' [...] can be said to ascribe a property of redness to the referent of the noun with which it is in construction: 'a red pansy' is 'a red flower' and a 'red flower' is a 'red object' in any reference set. On the other hand, an adjective such as 'large' cannot be said to ascribe the property of considerable size to the referent of the noun it is in construction with, since its interpretation is affected either by form relativity or by scale relativity.

(Rusiecki, 1985, pág.25)

A lo largo del apartado anterior hemos defendido el carácter subsectivo de los adjetivos dimensionales cuando son relativizados respecto a 'lo humano', pero hemos negado que los adjetivos de color puedan ser considerados siempre intersectivos. De hecho, hemos comprobado que, en la mayoría de los casos, no lo son. A continuación, vamos a retomar los conceptos de ADJETIVO SUBSECTIVO y ADJETIVO INTERSECTIVO para analizar estas categorías a partir de sus casos prototípicos.

2.3.3.1. Intersectivos prototípicos

Hay adjetivos que no son relativizables, es decir, adjetivos cuyo valor no depende de la categoría de cosas a la que pertenece el elemento adjetivado. Estos serían adjetivos intersectivos puros. Este tipo de adjetivos podemos dividirlos en *intersectivos puros cualitativos* e *intersectivos puros cuantitativos*.

Los *intersectivos puros cualitativos* adscribirían una propiedad no graduable según unas condiciones necesarias y suficientes. El adjetivo *cuadrúpedo*, por ejemplo, solo puede atribuirse a aquellas entidades que sean animales de cuatro patas y no admite distintas formas o grados en su aplicación. Puede decirse que cuanto ‘más intersectivo’ es un adjetivo más cercano está a ser un adjetivo relacional o clasificador: *cuadrúpedo* es un tipo de animal, del mismo modo que *esdrújula*, en el ámbito de la gramática, es un tipo de palabra tónica; o *municipal*, en el espacio de la organizaciones públicas, un tipo de régimen que se aplica en el nivel de la administración local. Cuando no se emplean los adjetivos para una clasificación ‘externa’ a las entidades, siempre puede encontrarse que el modo de darse la propiedad referida ofrece algún tipo de particularidad relativa a la entidad que la presenta. Así, el modo en que pueden ser *cariñosos* un gato y un perro presentará sus particularidades en cada caso. Sin embargo, aunque el modo en que emplean su cuatro patas sea también particular en cada especie, ambos casos se pueden adscribir por igual a la categoría [cuadrúpedos], puesto que esta es una categoría ‘externa’ a ellos, fruto de una taxonomía, a la que se pertenece o no, y, en principio, no cuenta con grados de pertenencia ni son posibles distintos modos de pertenecer.

Los *intersectivos puros cuantitativos* serían aquellos adjetivos que, haciendo referencia al grado en que se presenta una propiedad, se relacionasen con su grado máximo o absoluto, aunque fuera de manera teórica y como resultado de una abstracción. Por ejemplo, los adjetivos *eterno*, *infinito* o *todopoderoso* no son relativizables respecto a la categoría de la que se prediquen. No son posibles enunciados como *Para ser X es bastante eterno / todopoderoso / infinito...* De hecho, no resulta aceptable siquiera **bastante eterno / todopoderoso / infinito*, pues es intrínseco a estos adjetivos su carácter máximo o absoluto, por lo que no admiten adverbios de gradación.

También podemos considerar intersectivos usos como *cerrado* (para *La tienda está cerrada*) o usos estrictos de adjetivos como, de nuevo, *cerrado*²¹³ (para *La puerta está cerrada*) o vacío (*La botella está vacía*). Recordemos que hablamos de usos ‘estrictos’ para evitar el carácter graduable que pueden presentar estos adjetivos cuando se emplean de manera flexible.

2.3.3.2. Subsectivos prototípicos

En todos los adjetivos de grado, salvo en los que hemos considerado prototípicamente intersectivos, existe cierta subsectividad. Entendemos que un adjetivo es totalmente subsectivo cuando la escala activada es abierta, ya que las escalas cerradas permiten siempre usos intersectivos.

En lo que respecta a subsectividad cualitativa, aunque debemos recordar que Siegel (1980) y Demonte (2008) consideraban intersectivos adjetivos como *bueno* —cuando este demostraba un significado más general que el relativo a la clase de [los abogados] en sintagmas del tipo *Los abogados buenos*—, nosotros consideramos que el hecho de que la clase de referencia sea más general que aquella representada por el nombre al que acompaña el adjetivo, no convierte en intersectivos este tipo de adjetivos. Desde nuestra perspectiva, independientemente de cuál sea la categoría respecto a la que se relativice, estos adjetivos (*bueno, habilidoso...*) mantienen la subsectividad siempre, ya que por necesidad tienen que relativizarse cualitativamente respecto a una categoría. Sí podrían establecerse, en cambio, grados de subsectividad en los usos concretos de los adjetivos dependiendo, como vimos, del carácter más o menos particular de la categoría que sea activada.

²¹³ En el primer caso, el que una tienda esté abierta o cerrada es una metonimia cuya interpretación está más allá de lo puramente físico. Esta interpretación no admite, en principio, puntos intermedios: las tiendas o están abiertas o están cerradas (al público). Este caso se opone al de las puertas, que pueden estar abiertas, medio abiertas, medio cerradas o cerradas en sentido estricto.

2.4. Caracterización de los adjetivos dimensionales

2.4.1. Los adjetivos dimensionales son subsectivos

A lo largo del apartado dedicado al concepto de SUBSECTIVIDAD (y en el dedicado a los problemas relativos a este concepto) hemos dejado claro que los adjetivos dimensionales son adjetivos subsectivos²¹⁴. Sin embargo, puede decirse que el uso prototípicamente subsectivo de estos adjetivos es aquel en que la clase de referencia respecto a la que se relativiza su valor es una clase independiente de aquello a lo que llamábamos *lo humano*, ya que es cuando se produce más claramente una relativización respecto a categorías de referencia claramente identificables.

Así, los usos de *grande* en *Mi gato es muy grande* serán considerados empleos prototípicamente subsectivos de un adjetivo dimensional. En cambio, los usos de *grandes* y *extensas* no serán casos tan prototípicos de subsectividad en *La formación estelar es el proceso por el cual grandes masas de gas que se encuentran en galaxias formando extensas nubes moleculares se transforman en estrellas*. Estos usos basan su interpretación en ideas que están profunda pero sutilmente interiorizadas por los hablantes, por lo que, al menos desde un punto de vista cognitivo, provocan que las relativizaciones subyacentes se perciban como mecanismos de adscripción de propiedades absolutas.

En el apartado 1.2.4. (*El lugar de los adjetivos dimensionales*) señalábamos que, aunque los adjetivos dimensionales, en principio, no pueden ser intensionales modales, adjetivos como *gran(de)* o *pequeño* sí podrían ser marcadores de la referencia, invitando a que “la acepción correspondiente se aplique al referente con todas sus consecuencias, sin ningún género de dudas”, (Demonte, 1999, pág. 207). Esto ocurre en casos como *Pedro es un gran sinvergüenza* o *Pedro es un pequeño cabrón*, en los que *gran(de)* y *pequeño* manifiestan una función similar a la de *absoluto* en *Un absoluto fracaso*.

En cualquier caso, como ya hemos advertido, este comportamiento especial de los adjetivos dimensionales responde a traslaciones metafóricas en las que se pierde la alusión ‘real’ a cuestiones relativas a la extensión espacial de una entidad. El uso

²¹⁴ Estamos centrándonos en los adjetivos dimensionales como adjetivos calificativos. Recordemos que, como vimos en el apartado 1.2.4., estos adjetivos también podían ser adjetivos relacionales (*Un pantalón corto corto*). En los usos relacionales de los adjetivos dimensionales no existe gradación ni, por lo tanto, comparaciones del tipo de las establecidas entre los usos de estos adjetivos como calificativos.

metafórico de los adjetivos dimensionales será tratado en la segunda parte de la investigación. (Véanse los capítulos 4, 6, 7 y 8).

2.4.2. Los adjetivos dimensionales son graduables: tipos de escalas

En primer lugar, diremos que los adjetivos dimensionales son graduables, ya que hacen referencia a propiedades que se pueden dar en mayor o menor grado en las entidades. Adjetivos como *grande*, *pequeño*, *profundo*, etc., se relacionan con propiedades (el VOLUMEN, la PROFUNDIDAD...) que pueden tener más o menos ‘presencia’ en un objeto. La interpretación del grado en que se da en un elemento la propiedad con que se relaciona un adjetivo depende de la relación de dicho elemento con otro u otros. En estructuras comparativas como *Santiago es más alto que Emilio* se da a entender que la propiedad de ser alto, la ALTURA, se manifiesta en un mayor grado en Santiago que en Emilio: se establece una comparación explícita. Aunque esta comparación no sea explícita, el grado en que se da una propiedad expresada por un adjetivo graduable se interpreta siempre a través de procesos de relativización (a no ser que se exprese la medida exacta de un objeto: *La torre mide 40 metros*). Así, si se dice simplemente que *Santiago es alto* también se está poniendo en relación la altura de Santiago con la altura de otros elementos: este enunciado podría parafrasearse como *Santiago tiene un grado de altura significativamente superior a la media* o *Santiago tiene un grado de altura superior a la mayoría de la población*.

Aunque más adelante —cf. el apartado 3.1.1.4. (*¿Qué supone pertenecer a una determinada subclase dentro de un conjunto de referencia?*)— analizaremos cuál es el proceso de interpretación que subyace a este tipo de enunciados, por ahora, aceptaremos simplemente que la necesidad de establecer comparaciones es una propiedad estrechamente asociada a la graduabilidad de los adjetivos dimensionales.

Kennedy y McNally (2005, pág. 13), recordemos, asocian tres propiedades a las escalas de los adjetivos graduables: la *estructura del conjunto de grados*, su *parámetro dimensional* y la *relación de orden*. A continuación podremos estas tres propiedades en relación con la clase de los adjetivos dimensionales:

2.4.2.1. La estructura del conjunto de grados

Hemos indicado ya que la estructura de la escala que se relaciona con los adjetivos dimensionales cuenta con un extremo cerrado. “Dicha escala o dimensión posee un punto 0 y una determinada dirección en función de él (H. Clark 1973; Bierwisch, 1967, 1989b)”, [citado en Galeote (1994, pág. 42)]. Como señalábamos en su momento, el punto cero de estas escala es inalcanzable, ya que el uso de los adjetivos dimensionales presupone la existencia en los objetos adjetivados de la dimensión a la que haga referencia el adjetivo empleado: por muy pequeño que se diga que es algo, al usar el adjetivo *pequeño* se está activando el parámetro dimensional del VOLUMEN y se presupone, por lo tanto, que ese volumen ‘existe’ y nunca puede ser igual a cero. Si algo fuera ‘totalmente pequeño’ y no tuviera volumen, entonces ese ‘algo’ realmente no *existiría*, al menos en cuanto a existencia física se refiere. Del mismo modo, como indicábamos más arriba, si un lago fuera *absolutamente somero*, *absolutamente superficial* o *absolutamente nada profundo*, entonces la entidad en cuestión no sería realmente un lago: el uso de adjetivos que activan el parámetro dimensional relacionado con la PROFUNDIDAD presupone la existencia de una entidad que la posee, es decir, presupone que hay una entidad con cierto grado, aunque sea mínimo, de profundidad.

Por otro lado, resulta fácil entender que en el otro extremo del parámetro dimensional no haya un límite, pues algo puede ser *largo*, *ancho*, *grande* o *profundo* hasta el infinito. Además, la dimensión espacial es continua y, dentro de la escala con que la representamos, una entidad puede ocupar todos los valores posibles, incluidos —al menos en términos teóricos— aquellos que relacionamos con los números irracionales.

2.4.2.2. El parámetro dimensional

Recordemos que en apartados anteriores constatábamos que resulta bastante objetivo considerar, en los adjetivos dimensionales, que la propiedad que se emplea como *dimensional parameter* es determinado tipo extensión espacial de un objeto. Cuál sea la extensión espacial concreta que en cada uso específico de un adjetivo dimensional se esté ‘poniendo en juego’ dependerá de tres factores:

- (1) el primero es, obviamente, el adjetivo que se utilice;

(2) el segundo, el objeto del que se esté predicando algo respecto a su dimensión espacial;

(3) y, el último, los factores contextuales que rodean al uso del adjetivo (como la posición del hablante, la posición del objeto...).

Consideremos, por ejemplo, los conceptos PROFUNDIDAD y ANCHURA, utilizados en la descripción de un televisor (de los años ochenta), por un lado, y de un objeto sin identificar que tenga la forma de una caja de zapatos, por otro. En el primer caso, puede considerarse que el televisor consta de una base y una cara frontal, por lo que siempre puede entenderse su PROFUNDIDAD como la medida que va desde su cara hasta el lado opuesto a esta y su ALTURA como la medida que parte de la base hasta el límite (que se considera) ‘superior’. Su ANCHURA, en cambio, será la medida paralela a la pantalla. Al objeto ‘no identificado’, sin embargo, no se le atribuiría una posición de equilibrio prototípica y, además, carecería de una cara frontal. Cuál de sus lados se considerase su ALTURA dependería de su posición coyuntural. Que lados se identificasen con la PROFUNDIDAD y la ANCHURA, en cambio, dependería de varios factores: la presencia de otros objetos que actuaran como fondo, la perspectiva de un observador y su forma. En el caso del televisor, sin embargo, por mucho que se cambiase su posición, su forma o la perspectiva de un observador, su ALTURA, su ANCHURA y su PROFUNDIDAD serían medidas cuya identificación con determinados lados del objeto se mantendría constante.

En objetos bidimensionales (o que podemos concebir como bidimensionales), es fácil entender, por ejemplo, que resultaría absurdo hablar de *una alfombra*²¹⁵ *que es más ancha que larga*²¹⁶, pero no de *un paso de cebra que es más ancho que largo*. Esto se debe a que uno de los objetos (la alfombra) tiene unos lados cuya denominación depende de sus tamaños relativos: el lado más largo se corresponde siempre con su LONGITUD, y el más corto, con su ANCHURA. El otro objeto (el paso de cebra), en cambio, posee una dimensión a la que llamamos *longitud* basándonos en su direccionalidad intrínseca: los pasos de cebra están concebidos de manera tal que los peatones los recorren en dos sentidos fijos. El ‘eje’ que marcan esos recorridos se identifica con el concepto LONGITUD.

²¹⁵ A no ser que la alfombra tuviera una dirección de paso marcada, como las alfombras rojas que ‘llevan’ a un cine o a un teatro.

²¹⁶ Como señala Corrales Zumbado (1977, pág. 52), “no tendría sentido, evidentemente, decir que un cuerpo es «más largo que ancho» si ya se partiera de la base de considerar el «largo» como una dimensión de mayor longitud que el «ancho».

Podemos decir, por lo tanto, que el parámetro dimensional que se relaciona con un adjetivo depende de tres factores fundamentales: las propiedades inherentes del objeto al que se aplica el adjetivo (entre las que incluimos su forma y sus usos típicos), su posición y la ubicación desde la que lo contemple un observador. Cada uno de estos factores se corresponde con uno de los sistemas de percepción de las relaciones espaciales que detallaremos, y pondremos en relación con el caso concreto de los adjetivos dimensionales, a continuación.

2.4.2.2.1. Organización conceptual del espacio

El sistema de percepción humano parece dividir automáticamente cualquier escena espacial en una figura (*figure*) y un fondo (*ground*)²¹⁷; es decir, se tiende a identificar siempre un elemento (un objeto, una persona, un lugar, un evento...) como el principal (*figura*) de la escena y otro, que actúa como referencia, como el elemento secundario (*fondo*).

As regards language about space, fundamental to all understanding of the linguistic encoding of spatial expressions is that locations and directions can be understood only “in relation to some frame of reference taken (however provisionally) as absolute (Herskovits 1986: 164).

(Mühlhäusler, 2001, pág. 568)

Esta división permite tres modelos de representación de las relaciones espaciales que tienen su reflejo en el lenguaje humano: el *modelo absoluto*, el *modelo intrínseco* y el *modelo relativo*, según Levinson (2003). Aunque aplicaremos más adelante estos modelos al analizar las distintas partes de los objetos (y su relación con los adjetivos dimensionales), explicaremos primero sus características fundamentales a la hora de

²¹⁷ “The two most basic notions of the linguistics of space are *Figure* and *Ground*. These notions were introduced in Talmy (1972) to refer, respectively, to the located and to the locating entity. Other terms are also in use (*theme* vs *relatum* or *reference object*, *trajector* vs *landmark* ap. Langacker, *target* vs *landmark* ap. Vandeloise, *cible/site* in French) but Figure and Ground are the most common”, en Fortis (2010, pág. 1). Talmy (1972) adopta (y adapta) los conceptos de *figure* y *ground* que la *Gestalt*, a su vez, había tomado del psicólogo danés Edgar Rubin (1915): “The Figure / Ground distinction was first introduced in psychology by the Danish psychologist Edgar Rubin and publicized in his 1915 study (Edgar Rubin, *Synsoplevede Figurer* [...]) probably inspired by French prints of the 18th (as pointed out by Gombrich 1978)”, en Fortis (2010, pág. 1).

sistematizar los modos en que se pueden concebir las posiciones relativas de unos objetos (*figuras*) respecto a otros (*fondos*).

El *modelo relativo* (o *deíctico*) es un modelo centrado en el observador en el que la relación de la figura con el fondo depende de su perspectiva. En nuestra cultura se emplea este modelo cuando se considera que, por ejemplo, un balón está delante de un árbol si se encuentra entre el hablante y el árbol. Desde este mismo modelo, el balón estará detrás de un árbol si es el árbol el que queda entre el hablante y el balón. La posición del balón podría ser constante, pero el hecho de que el hablante-observador cambiase de perspectiva produciría un cambio en la manera de codificar la ubicación del objeto.

Igualmente, que algo esté a la izquierda o a la derecha de otra cosa suele depender del punto desde el que se mire. Cuando un conductor dice *Seguí 100 metros y giré a la derecha*, esa persona está hablando de su derecha en el momento en que se produjo el giro, y así lo interpretará también el oyente. Sin embargo, alguien que estuviera mirando de frente al vehículo del ejemplo podría decir que este giró a la izquierda.

Location in space [...] depends on the orientation of participants in speech events. What is left to the speakers is right to the interlocutors facing them and vice versa.

(Mühlhäusler, 2001, pág. 569)

Desde el modelo relativo, por lo tanto, la forma de situar los objetos en una escena depende de cuál sea la perspectiva del observador-hablante. Distintos observadores pueden denominar de forma diferente a la relación objetivamente idéntica que conecta el elemento figura con el elemento fondo.

The deictic perspective is speaker centered and relative. The meaning of the utterance 'I saw a pedestrian to the left of the car' depends on my own (on a speaker's) location.

(Mühlhäusler, 2001, pág. 568)

El *modelo intrínseco* sitúa los objetos respecto a un elemento que presenta una orientación propia. En culturas diferentes a la nuestra se considera, por ejemplo, que los árboles 'miran' hacia la dirección en que están inclinados, o, si son totalmente rectos, hacia el lado en el que tienen la rama más gruesa. Haciendo uso de este sistema, la perspectiva del hablante sería indiferente a la hora de situar un balón *delante, detrás, a la*

izquierda o *a la derecha* de un árbol. El balón solo estaría delante del árbol si se encontrase en el lado hacia el que estuviera ‘mirando’ este.

En nuestra cultura conviven frecuentemente el modelo relativo y el intrínseco: se emplea siempre el modelo relativo cuando se sitúa un balón respecto a un árbol, porque para nosotros un árbol no se considera un objeto intrínsecamente orientado; sin embargo, se puede hacer uso del modelo intrínseco cuando se sitúa algo respecto a una persona o a un edificio, ya que de estas entidades sí se considera que poseen una ‘cara’ y una ‘parte de atrás’ inherentes.

The intrinsic perspective is illustrated by the ENGLISH utterance ‘the pedestrian walked in front of the car’. It is assumed that cars have front and rear ends which remain constant wherever the car is located or moved. What is front and what is back is part of the conventionalized lexical information of individual languages. In ENGLISH for moving objects front is the usual direction of travel, but for static objects there are often only weak conventions [...] and for numerous objects (e.g. eggs, drums) there are no conventions.

(Mühlhäusler, 2001, pág. 568)

En el *modelo absoluto* tanto la figura como el fondo tienen una referencia externa absoluta y constante. Este es el modelo que se emplea cuando se dice que *Suiza está al Norte de Italia*. Resultan indiferentes tanto la perspectiva del hablante como la posible orientación de las entidades participantes en la relación. Es la existencia de una referencia exterior, cuya posición es asumida y constante, lo que permite establecer una especie de sistema de coordenadas respecto al que ubicar las entidades.

[...] an absolute perspective locates entities and events with respect to absolute reference points as in ‘Italy is located south of Switzerland’.

(Mühlhäusler, 2001, pág. 569)

En nuestra cultura se emplea este sistema absoluto (casi) exclusivamente cuando se hace referencia a los puntos cardinales, pero hay otras sociedades que poseen otra clase de elementos que son asumidos como referencia absoluta por toda la comunidad de hablantes²¹⁸. Estos elementos que actúan como referencia pueden ser el viento (que en

²¹⁸ Haviland (1979) mostró como los hablantes de guugu yimidhrr poseen un sistema espacial con cuatro conceptos que dividen el plano en cuatro partes de manera similar al modo como lo hacemos en Occidente con los puntos cardinales. “These categories are absolutely fixed and not subject to the speaker’s orientation. Thus instead of ‘give me the cup on your left’ one has to say ‘give me the northern cup’ or in

determinadas zonas puede tener una dirección constante), la inclinación del terreno que se habita (que en determinadas zonas puede ser también constante), la dirección de un río, la posición del mar, de una montaña o de algún otro punto prominente.

Nosotros no utilizamos las referencias cardinales en nuestro uso lingüístico cotidiano y sería bastante improbable que alguien dijera *¿Los cuchillos están en el cajón de más al oeste* o *¿En el parque un señor se sentó al norte de mí*. En otras culturas, sin embargo, la utilización de un sistema de referencias como este es habitual, y toda escena espacial se describe teniéndose en consideración un marco absoluto de referencia.

Absolute systems consisting of an axis contrasting seaward with landward and another axis derived from the parts of the sun or prevailing winds are found in a number of Pacific Islands languages, e.g. Longgu (Hill 1997) of the Solomon Islands.

(Mühlhäusler, 2001, pág. 568)

Si un hablante occidental mira un edificio que tiene una ventana situada en su parte izquierda y, tras girarse 180°, hace un dibujo de ese objeto, lo hará volviendo a situar la ventana en la parte izquierda del edificio. En los experimentos realizados por Levinson (2003, págs. 146-169) los hablantes de tzeltal²¹⁹ colocaban, tras el giro de 180°, la ventana en la parte derecha del edificio, puesto que, en términos absolutos y respecto al elemento externo que les sirve de referencia, es donde se situaba la ventana cuando observaban el objeto original. Es decir, si la ventana estaba en el lado oeste del edificio (o en lo que en su sistema pudiera considerarse análogo a nuestro Oeste), en el dibujo de los hablantes de tzeltal esta continuaba ubicándose en el lado oeste, sin que el giro de sus cuerpos afectase a la orientación absoluta de una entidad (la ventana) respecto a la otra (el edificio).

Esto no es algo que los hablantes de tzeltal hagan de manera reflexiva, obligados a pensar en sus puntos cardinales absolutos; al contrario: esta es su forma natural de relacionarse con las escenas espaciales gracias a haber desarrollado lo que Levinson llama “a learned ability to maintain fixed bearings at all times”, (Levinson 2003, pág. 168).

giving directions instead of ‘first go right then left’ one has to say ‘first go west then north’. In order to operate in this language one has to know both one’s present position and where north, south, west and east are. As tests by members of the Max Planck Institute demonstrate (Meermann 1994) GUGU YIMADHIRR speakers can do this even under difficult conditions, e.g. when in locations distant from home or when travelling by bus at night”, (Haspelmath, 2001, pág. 570).

²¹⁹ Lengua maya hablada en la provincia de Chiapas (México).

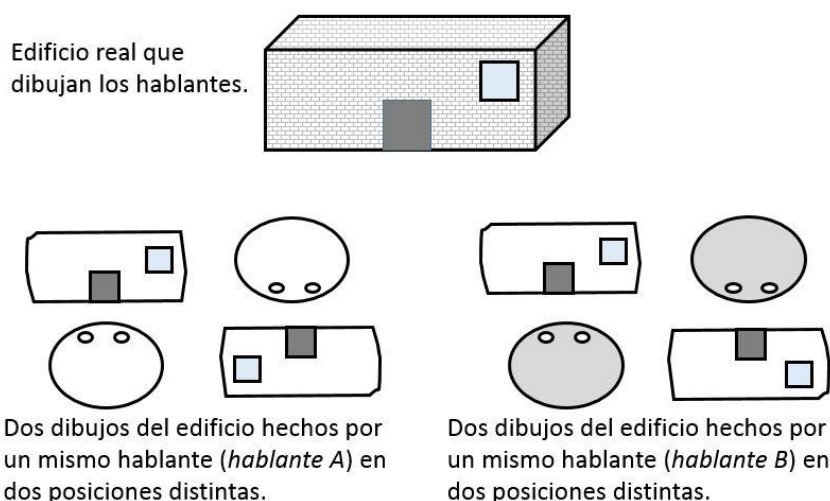


Figura 22. Dibujo de un edificio. Basada en Levinson (2003, pág. 168)

En la figura 22 vemos cómo dibujarían un edificio dos hablantes (que hicieran uso de dos modelos distintos) en dos disposiciones distintas: de frente al edificio y de espaldas a él. El hablante *B* estaría haciendo uso de un modelo absoluto, ya que mantendría la ventana siempre en el mismo lado: no en el mismo lado del edificio, ni al mismo lado del observador (que sería él mismo), sino en el mismo lado en términos absolutos. Si en la casa la ventana estaba en la parte de más al este, por mucho que el observador cambiase su posición relativa, seguiría dibujando la ventana en la parte que estuviera más al este en el momento de realizar el dibujo. Un ‘dibujante’ de nuestra cultura (hablante *A* en la figura 22), al girarse, mantendría la posición relativa de la ventana respecto al edificio y respecto a sí mismo, pero no respecto a factores absolutos del tipo de los puntos cardinales.

Una vez examinados los tres modelos a través de los que es posible concebir las escenas espaciales en que están implicados, por lo menos, dos elementos, podemos trasladar estas distintas configuraciones al estudio de la forma de los objetos bi o tridimensionales, centrándonos en qué nombre²²⁰ recibirá cada parámetro dimensional lineal²²¹ y los adjetivos que se relacionen con dicho parámetro según se emplee un modelo absoluto, relativo o intrínseco.

Nos centraremos en una lengua concreta (el español) debido a “la ausencia de sistema uniforme de los adjetivos correspondientes a los distintos idiomas” (Bosque, 1985, pág.

²²⁰ En español, fundamentalmente.

²²¹ El término *dimensión* “is used as an extension of an object, which is aligned with the vertical axis”, (Vogel, 2004, pág. 30)

65) y a que no está dentro de nuestros objetivos, a pesar de su indudable interés, realizar una investigación sobre los adjetivos dimensionales de carácter tipológico. Bosque (1985, pág. 65) aduce como ejemplo de esta falta de generalidad en el establecimiento de un sistema de denominación de ‘aquella dimensión que se está midiendo’ el caso de la lengua nchumuru, donde el adjetivo *susui* significa ‘alto’ y ‘largo’ y se aplica “tanto a árbol como a camino”, (1985, pág. 65). Sin ir tan lejos, se encuentran también ejemplos de variaciones respecto al sistema empleado en español en el latín, lengua en la que, por ejemplo, el adjetivo *altus*²²² significaba tanto ‘alto’ como ‘profundo’.

Para esta parte de la investigación, además de en los modelos de concepción espacial de Levinson, nos basaremos también en algunas aportaciones respecto al significado concreto de los adjetivos dimensionales que pueden encontrarse en Bierwisch (1967, 1989), Clark (1973), Lang (1989), Goede (1989) y Vogel (2004), sobre los adjetivos dimensionales del inglés, el alemán y el sueco, y, en Corrales Zumbado (1977) y Galeote (1994), sobre los del español. Por lo general, el proceso que siguen estos autores es inverso al que vamos a seguir nosotros: ellos analizan cada adjetivo y señalan sus restricciones de uso, indicando así a qué tipo de dimensión pueden hacer referencia en los distintos casos concretos en que se puedan emplear. Nosotros, a través de los tres modelos de percepción que vamos a considerar, trataremos de sistematizar la forma en que se conciben las distintas dimensiones de los objetos, poniendo en relación los conceptos que entren en juego (LONGITUD, ANCHURA...) con los sustantivos y adjetivos que, en español, estén asociados a ellos (*longitud, largura, largo, corto, anchura, ancho, estrecho*...). Es decir, al analizar (desde los modelos absoluto, relativo e intrínseco) los conceptos dimensionales que se relacionan con los distintos tipos de objetos existentes, emergerán los adjetivos y sustantivos del español que estén vinculados a dichos conceptos.

²²² El sentido de *altus* relativo a la PROFUNDIDAD es del que deriva la expresión española *alta mar*, que hace referencia a la profundidad del mismo. En portugués actualmente se habla de *a altura do oceano*, en (Bosque, 1985, págs. 65 y 66)

2.4.2.2.2. Los modelos de organización conceptual del espacio y los adjetivos dimensionales

2.4.2.2.2.1. Modelo absoluto

Antes de nada, debemos constatar el hecho de que en nuestra cultura, en la vida cotidiana, no contamos con ninguna dirección horizontal que podamos considerar marcada, ni con ningún punto fijo que nos pueda servir de referencia interiorizada en cualquier momento. Esto, como ya hemos señalado, sí sucede en algunas culturas en que, por ejemplo, la dirección del viento es constante y marca una referencia fija; sin embargo, en la nuestra, la única dirección que nos resulta siempre identificable es la paralela a la fuerza de la gravedad: la vertical.

There is simply nothing like the reliably fixed axis of the vertical to be found on the horizontal. In a few parts of the world, there may be strong environmentally determined axes [...] but these are exceptional cases.

(Levinson, 2003, pág. 76)

Encerrados en una esfera, no podríamos decir absolutamente nada especial de ninguna de las infinitas líneas horizontales o diagonales que pudiéramos trazar en el aire. Lo único que podríamos decir de ellas es, de hecho, que serían horizontales o diagonales, ya que lo serían respecto a la única dirección que tenemos interiorizada (incorporada) entre el haz infinito de ‘direcciones indeterminadas’: el eje vertical.

En otras culturas se puede también decir que algo está más allá que otra cosa respecto a la dirección del viento (incluso sin necesidad de estar en presencia de dicho viento). Nosotros, en cambio, solo podemos hacer un uso absoluto de un sistema de referencia (además del ‘artificial’ empleo de los puntos cardinales) cuando situamos dos objetos respecto al eje vertical, entre otras cosas porque nos encontramos siempre en presencia de la fuerza de la gravedad: “Gravity defines a “natural direction”, verticality, and a plane of reference, the ground level”, en Vogel (2004, pág. 61). Así, al decir que una cosa está *encima de otra*, se está relacionando la posición de dos objetos a través de criterios absolutos.

Al hablar de la forma o de las dimensiones de un objeto único, podríamos decir que este mide tantos metros en el eje norte-sur (y denominar a esto la ‘nortura’ del objeto en cuestión) o que mide tantos metros en el eje marcado por la dirección del viento

(¿'ventura'?). Sin embargo, en nuestro entorno cultural, solo hay un modo de describir un objeto respecto a una referencia absoluta: cuando se hace referencia a su ALTURA y se sitúa, por lo tanto, en el eje marcado por la gravedad.

El uso de la fuerza de la gravedad como referencia resulta especialmente útil, ya que, además de un eje sobre el que situar de manera absoluta los objetos, suele aportar también un 'punto cero' respecto al que localizarlos: la superficie terrestre. Otros sistemas absolutos no presentan esta ventaja, pues, o bien no tienen un punto cero (el eje marcado por el viento no tiene un punto de partida) o, si lo tienen, no suele coincidir con la posición 'de inicio' o 'final' de los objetos (las cosas raramente tienen uno de sus extremos en los polos, por lo que, por ejemplo, señalar lo que mide un país en el eje Norte-Sur no permitiría determinar su posición respecto dicho eje). La gravedad, sin embargo, suele mantener los objetos pegados a la superficie terrestre y, por ello, aunque pueda hablarse de *un castillo altísimo que flotaba en el aire*, normalmente, la mera indicación de la altura (puntual) de los objetos permite, además de saber su dimensión vertical, ubicarlos respecto a una superficie que identificamos como un 'punto cero'.

Gravity defines a "natural direction", verticality, and a plane of reference, the ground level.
(Clark, 1973, págs. 32-33)

La superficie terrestre es una especie de punto cero de un eje de coordenadas que suele ser coincidente con la base de los objetos. Por ello, el punto que marca la ALTURA de una entidad coincide con la posición absoluta de la parte superior de esta. Como señala Langacker (1987)²²³, al eje vertical —uno de los esquemas de imagen²²⁴ que con más

²²³ [Citado en este caso a través de Vogel (2004, pág. 62)].

²²⁴ Un *esquema de imagen* (*image schema* o *image schemata*) es una estructura cognitiva, consistente en un patrón o esquema básico preconceptual, que surge de la interacción directa con el mundo físico. Los esquemas de imagen sirven de base para conceptualizar otros patrones menos básicos del mundo físico, así como para estructurar metafóricamente conceptos abstractos. "They are preconceptual schematic structures that emerge from our bodily experience and that are constantly operating in our perceptual interaction, bodily movement through space, and physical manipulation of objects", (Yu, 1998, pág. 24). Estos esquemas de origen físico "play a crucial role in what we take as meaningful and in how we reason", (Johnson, 1987, pág. XXXVII).

Un esquema de imagen básico es el de CONTENEDOR y CONTENIDO: la idea de que en el mundo físico hay cosas que albergan dentro de sí otras. Esta idea sirve de base para aproximarse a otras relaciones que no son realmente de contenedor-contenido, pero que resultan más 'manejables' si son entendidas como una metáfora de dicha relación. Por ejemplo, se concibe mediante ese esquema, y así se refleja en el lenguaje,

claridad interiorizamos— le podemos atribuir también una direccionalidad: la ALTURA de los objetos se asocia en lo cognitivo con la idea de CRECIMIENTO OPUESTO A LA FUERZA DE LA GRAVEDAD y con la identificación de la superficie terrestre con una BASE o PUNTO DE APOYO. Por esa razón, como indican Dirven y Taylor (1988, págs. 392 y 393), resultaría extraño hablar de una *estalactita alta*, a pesar de que las estalactitas muestren una orientación vertical claramente marcada; al tratarse de objetos que crecen hacia abajo (y que no cuentan con una base que les sirva de punto de apoyo), su dimensión vertical no se asocia nunca con concepto ALTURA, y es el de LONGITUD²²⁵ el concepto que debe entrar en juego: las estalactitas son más o menos *largas*.

A modo de resumen podemos decir que, haciendo uso exclusivamente de un modelo absoluto, solo se pueden emplear adjetivos dimensionales relativos a la verticalidad de los objetos. Esta verticalidad, si se quiere identificar con la ALTURA, deberá relacionarse con la idea de CRECIMIENTO OPUESTO A LA GRAVEDAD TOMANDO UNA SUPERFICIE COMO APOYO.

Cualquier otra referencia a las dimensiones de un objeto estará necesariamente relacionada con los modelos relativo e intrínseco. Desde el punto de vista del modelo absoluto, podemos mantener, por lo tanto, que el *dimensional parameter* de adjetivos como *alto* o *bajo* es aquella medida vertical que va desde su punto de apoyo de un objeto en equilibrio hasta el punto verticalmente más alejado de este.

la relación entre una ciudad y un país ‘que la contiene’ (*La ciudad está en el país*), o cuestiones más abstractas como algunas situaciones (*Juan está en peligro*), estados mentales (*Juan está en coma*) o todo tipo de relaciones ‘intangibles’ (*La clave está en el dinero*, *El problema está en su actitud...*).

Se puede profundizar en el concepto de ESQUEMA DE IMAGEN a través de las obras de Johnson (1987) y Rohrer (2006), entre otros. Johnson (1987, pág. XIV) define los esquemas de imagen del siguiente modo: “An image schema is a recurring, dynamic patter of our perceptual interactions and motor programs that give coherence and structure our experience”.

²²⁵ Vogel (2004) recoge otros ejemplos similares: “Geckeler (1997) suggests that an argument for the direction of French *haut* ‘high’ (from bottom to top) is that a thread hanging from the ceiling will not be called *haut* ‘high’ but *long* ‘long’. Linde-Usiekniewicz (2000) encompasses the same phenomena by stating that objects to which HEIGHT is assigned are directed upwards. Therefore, neither curtains, nor lamps hanging on a rigid pole from the ceiling are HIGH”, en Vogel (2004, pág. 62). Vogel apunta además que, en esta línea, “Rakhilina (2000) claims that objects, which are attached at some other object, and directed downwards, are not described as Russian *vysokij* ‘high’”, en (Vogel, 2004, pág. 67). En el caso del español, Bosque (1985, pág 76) señala que “los adjetivos *corto* y *largo* no remiten necesariamente a la dimensión horizontal (piénsese en *un vestido largo*)”. Corrales Zumbado (1977, págs. 64 y 65) señala, respecto a los términos que denotan dimensión vertical, que “el sentido es también un sema diferenciador a tener en cuenta [...]. De ahí que sea necesario separar en dos grupos las palabras según sea ‘sentido hacia arriba’ o ‘sentido hacia abajo’ lo que expresa la lexía considerada”.

2.4.2.2.2.2. Modelo intrínseco: Objetos orientados y posiciones relativas

Los objetos²²⁶, tal y como señala Lang (1989), pueden tener su propia orientación: “Spatial objects (solids) may have their extents fully DA-assigned”²²⁷, (Lang, 1989, pág. 277). Para el estudio de dicha característica creemos necesario dividir este apartado, dedicado al modelo intrínseco, en cuatro categorías, según se ponga en relación con uno u otro de los tipos de objetos que recogeremos a continuación. En las dos primeras categorías, como veremos, nos encontraremos con objetos que tienen una posición prototípica:

For objects like Schrank (*wardrobe*), Truhe (*chest*), Turm (*tower*) not every position is normal, of course [...]. Where they are shown in their normal positions, these objects are labelled hoch (*high*), in reference to the vertical axis of the surrounding space. Such objects have a *canonical* orientation in space.

(Lang, 1989, pág. 275)

CATEGORÍA 1. El tipo de objeto al que con más inmediatez se aplica un modelo intrínseco de observación y denominación de sus partes es aquel que cuenta con una posición prototípica (o canónica) de equilibrio y una orientación horizontal inherente.

Se dice que un objeto está horizontalmente orientado cuando se considera que cuenta con una parte frontal (que determina cómo se concibe el resto de los lados horizontales). Normalmente, a los objetos, por un proceso metafórico de proyección, se les atribuye una división análoga a la de los seres animados. Así, es frecuente considerar que un objeto tiene una *cara* o que *mira* hacia algún lugar. Esto obedece a cuestiones de forma (como en el caso anteriormente comentado del árbol cuya rama más gruesa marcaba, en algunas culturas, el lado hacia el que ‘miraba’), de movimiento (como es el caso de automóviles o trenes, cuya ‘cara’ es el extremo que está en el lado hacia el que normalmente se

²²⁶ Con *objetos* nos referimos a todo tipo de entidades; pero, como es de esperar, en español y otras lenguas, existen adjetivos y sustantivos dimensionales de uso exclusivo y preferente para personas, animales, embarcaciones, etc.

²²⁷ DA (‘dimensional adjective’).

desplazan)²²⁸ o de interacción con los hablantes (la interacción frecuente con un objeto dispuesto en una determinada posición determinará qué parte de este se considere ‘la cara’ intrínseca del objeto²²⁹).

También el uso que se dé a los objetos puede conferirles características dimensionales. Así, una cama presenta un ANCHO y un LARGO paralelo al de los cuerpos cuando están tumbados en ella (independientemente de su forma); un pasillo a pesar de no disponer de una parte frontal por ser bidireccional, cuenta también con un ancho y un largo que dependen del movimiento y la orientación que siguen sus ‘usuarios’.

Fortis (2010) recoge el tipo de entidades que en nuestra cultura se suelen considerar como inherentemente orientadas:

Entities with a perceptual apparatus: man, doll, camera (front contains perceptual apparatus, L and R are assigned as for a human body; the relevance of this feature was first pointed out by Fillmore 1971)

“Body envelopes”: vehicles, seats and clothes (chairs, shirts, pants; noted by Miller & Johnson Laird 1976 : 401).

Faced entities: Interactional objects (pianos, TV sets, computers) (noted by Bierwisch 1967; Vandeloise 1986 : 51: anthropomorphic orientation).

Kinetic entities: French avant/arrière compete with devant/derrière (also with objects built on a “launching” axis: guns, rifles; noted by Teller 1969).

(Fortis, 2010, pág. 18)

En este tipo de objetos, los orientados horizontalmente, se llama *ALTURA* a la dimensión del objeto cuya dirección es paralela a la del eje vertical cuando este se encuentra en su posición prototípica. Su *PROFUNDIDAD* es la medida que va desde la ‘cara’ del objeto hasta el extremo opuesto y, su *ANCHURA*, la que se extiende desde un lado de la ‘cara’ hasta el contrario.

²²⁸ Como señalan Lakoff y Johnson (1980, pág. 42), “moving objects generally receive a front-back orientation so that the front is in the direction of motion (or in the canonical direction of motion, so that a car backing up retains its front”. El ejemplo que ponen estos autores es el de un satélite esférico, que no presenta un *front* “while standing still”, pero que ‘obtiene’ uno ya en órbita “by virtue of the direction in which is moving”, en Lakoff y Johnson (1980, pág. 42).

²²⁹ A pesar de que hablamos de la orientación *inherente* o *intrínseca* de los objetos, esta orientación es, realmente, una convención social basada en el uso que se hace de los objetos o en analogías culturalmente aceptadas. Ni siquiera nuestra propia frontalidad podemos decir que sea objetiva (a pesar de que, seguramente, sea un universal cultural concebir nuestros cuerpos como entidades divididas en, por lo menos, dos caras), pero esta orientación humana se toma generalmente como base sobre la que construir un entramado metafórico de objetos orientados.

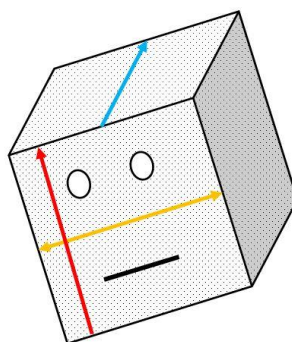


Figura 23. Esta figura representa un objeto con una orientación vertical y horizontal. En rojo aparece su ALTURA, en azul, su PROFUNDIDAD, y, en amarillo, su ANCHURA. Cualquiera de las medidas podría pasar a ser la LONGITUD del objeto si esta fuera claramente preponderante.

Si alguna de las medidas —en especial las horizontales²³⁰— es claramente preponderante, puede pasar a ser la LONGITUD del objeto. Consideremos, por ejemplo, los casos de un sillón y un sofá: ambos tienen una PROFUNDIDAD y una ALTURA que pueden identificarse claramente. Sin embargo, la medida restante, sería raro que se considerase la LONGITUD del sillón, incluso aunque esa fuera la mayor de sus medidas. En el sofá, sin embargo, por ser esa medida claramente preponderante, sí podría identificarse con su LONGITUD.

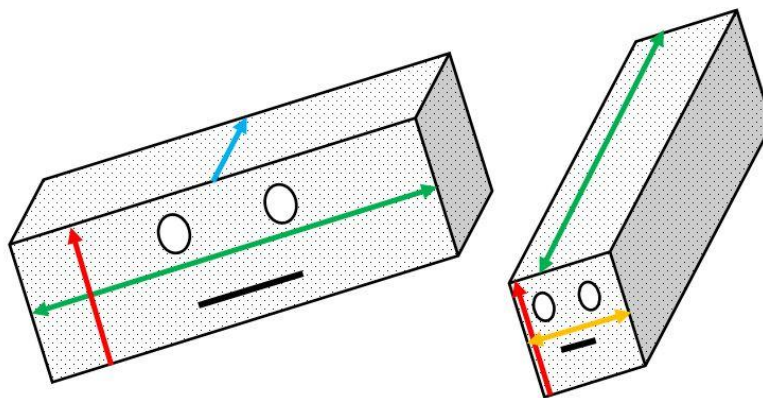


Figura 24. En esta figura aparecen dos objetos orientados vertical y horizontalmente en los que una de sus medidas, por ser preponderante, se identifica con la LONGITUD (verde). En rojo aparece la ALTURA, en azul, la PROFUNDIDAD, y, en amarillo, la ANCHURA.

²³⁰ También la medida vertical puede pasar a relacionarse con la longitud: “‘alto’/‘largo’ forman una oposición en la que ‘alto’ es el término marcado, exige la verticalidad siempre, mientras ‘largo’ puede referirse a cualquier dirección”, (Corrales Zumbado, 1977, pág. 128).

Los *dimensional parameters* de adjetivos como *alto* (y *bajo*), *ancho* (y *estrecho*), *largo* (y *corto*) o *profundo* (y *somero* o *superficial*) son, desde esta perspectiva cognitiva, medidas que, al menos en objetos ‘ideales’²³¹, son paralelas o perpendiculares entre sí y que, como hemos señalado, responden a las características propias del objeto calificado. Como ya hemos señalado, una televisión ofrece una ‘cara’ con independencia de cuál sea su posición o la del observador, y la existencia de esa ‘cara’ es lo que permite establecer el parámetro dimensional de los adjetivos considerados.

CATEGORÍA 2. En los objetos que mantienen una posición de equilibrio prototípica (o canónica), pero que no muestran una ‘cara’, la ALTURA —como se muestra en la figura 25— sigue siendo la misma dimensión que en el caso anterior, pero el modo de concebir las otras dimensiones depende casi totalmente de los tamaños relativos de los lados.

En este tipo de objetos, el lado más largo (o el segundo más largo²³², si el más largo es la ALTURA) será la LONGITUD o la ANCHURA del objeto (y se dirá de él que es *largo*, *corto*, *ancho* o *estrecho*). Cuanto mayor sea la diferencia entre este lado y el otro lado horizontal, mayor será la tendencia a considerarlo la LONGITUD (y no la ANCHURA) del objeto. Por el contrario, cuanto más igualados estén dichos lados, mayor será la tendencia a considerar el lado horizontal más largo como la ANCHURA (y no la LONGITUD). Dicho de otro modo: cuanto más preponderante²³³ sea una de las dimensiones horizontales respecto a otra, más posibilidades hay de que se emplee el término *longitud* en lugar de *anchura* para aludir a dicha dimensión.

Si el lado horizontal mayor se ha considerado, por ser claramente preponderante, la LONGITUD del objeto, la otra medida horizontal podrá ser considerada tanto la ANCHURA como la PROFUNDIDAD (o el GROSOR en objetos laminares) y la medida vertical puede mantenerse como la ALTURA o, menos frecuentemente, pasar a ser la ANCHURA (siempre que sea la segunda mayor medida del objeto). En el caso de que la dimensión vertical se considere la ANCHURA, entonces la dimensión horizontal que no es la LONGITUD solo

²³¹ Nos referimos a objeto de formas más o menos cúbicas. Otros objetos, como veremos en el apartado 2.4.2.2.7. (*Algunas consideraciones sobre la forma de los objetos*), pueden resultar más problemáticos.

²³² Los autores a los que aludíamos anteriormente suelen usar el rasgo [+*secundario*] para señalar que un adjetivo no se usa para “nombrar la dimensión más extendida (más saliente) de un objeto de referencia”, en Galeote (1994, pág. 58).

²³³ Más adelante hablaremos de objetos en los que una de las dimensiones es totalmente preponderante y las otras pasan a considerarse marginales.

puede ser la PROFUNDIDAD. En el caso de que la ANCHURA sea la segunda mayor dimensión horizontal, la dimensión vertical se identificará siempre con la ALTURA.

Si, por el contrario, el lado horizontal mayor no es preponderante y se considera que se corresponde con la ANCHURA del objeto, el otro lado horizontal será necesariamente su PROFUNDIDAD²³⁴ (o el GROSOR en objetos laminares) y se dirá del objeto que es *grueso*, *fino*, *delgado* o *profundo*.

Si se mantiene la medida vertical como la ALTURA, cuanto más igualadas estén las medidas horizontales del objeto, menos naturales resultarán, como ya hemos dicho, las oposiciones horizontales *largo-ancho* y *largo-profundo*, y se optará preferiblemente por *ancho-profundo*. En el caso de que las dimensiones horizontales sean muy similares se tenderá a hablar de manera ‘neutra’ de los *lados* del objeto.

Cuando tanto *ancho* como *profundo* son aplicables como opuestos horizontales de *largo*, la elección de uno u otro término se verá condicionada por factores como la situación del objeto respecto a un fondo o su capacidad de ser concebido como un contenedor. También podrán influir cuestiones propias del modelo relativo: la influencia de la perspectiva de un observador-hablante.

Si lo que hemos considerado la ALTURA del objeto hubiera sido preponderante, podría haber pasado a ser su LONGITUD y, entonces, nos encontraríamos ante el caso que recoge la que hemos denominado CATEGORÍA 4a.

CATEGORÍA 3. En los objetos no orientados, pero que se encuentran en una posición de facto, la *altura* solo puede contemplarse desde el punto de vista del modelo absoluto. La ALTURA es la medida vertical del objeto y el nombre de los otros lados, desde un punto de vista intrínseco, dependerá de su tamaño relativo del mismo modo que sucede en el caso de los objetos pertenecientes a la CATEGORÍA 2.

Igual que ocurre en la CATEGORÍA 2, si la ALTURA es preponderante puede pasar a considerarse la LONGITUD del objeto y convertirse en el caso al que se hace referencia en la CATEGORÍA 4a.

²³⁴ En un modelo relativo, como veremos, el observador, situándose de cara al objeto, llamaría anchura a la dimensión que va paralela a la anchura de su propio cuerpo y fondo a la otra dimensión horizontal.

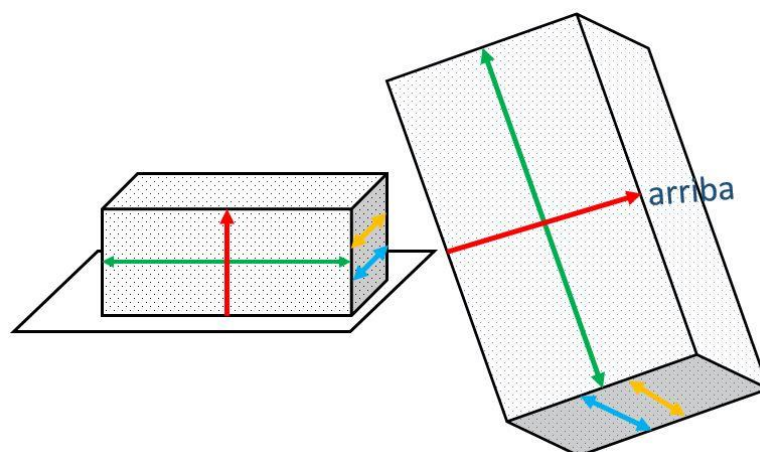


Figura 25. En esta figura aparecen dos objetos orientados verticalmente, pero sin una ‘cara’ (categorías 2 —izquierda— y 3 —derecha—). La ALTURA aparece en rojo. Al corresponderse con el lado claramente preponderante, llamaremos LONGITUD a la línea verde. La dimensión restante podría ser la ANCHURA o la PROFUNDIDAD de la figura. La flecha roja podría estar marcando, aunque sería raro, la ANCHURA del objeto. En ese caso, la dimensión horizontal perpendicular a la longitud sería necesariamente la PROFUNDIDAD (o el GROSOR, si el objeto fuera laminar). Si el lado con la línea verde no fuese claramente preponderante, podría haberse considerado la ANCHURA del objeto. En ese caso, la dimensión restante habría sido necesariamente la PROFUNDIDAD. Si la dimensión vertical hubiese sido preponderante, habría podido pasar a ser la LONGITUD del objeto, y estaríamos ante la CATEGORÍA 4a.

CATEGORÍA 4. En esta categoría se incluyen dos clases de objetos ‘sin altura’: a) objetos que, por tener una altura (intrínseca u ocasional) preponderante, esta ha pasado a concebirse como la LONGITUD del objeto y b) objetos que no tienen ninguna orientación y, en principio, no se les puede atribuir una ALTURA absoluta.

a) En las tres primeras categorías hemos indicado que cualquier dimensión de los objetos puede pasar a ser su LONGITUD si es suficientemente preponderante. Si esto le ocurre a la dimensión vertical y el objeto carece, además, de una ‘cara’ que lo oriente horizontalmente (y se identifique como la ANCHURA, haciendo que el otro lado horizontal sea la PROFUNDIDAD), la siguiente medida más grande sería la ANCHURA y, la tercera, la PROFUNDIDAD (o el GROSOR).

b) A los objetos no orientados y que no están en ninguna posición concreta no se les puede atribuir un arriba ni un abajo, por lo que, en teoría, nunca se podría hablar de su ALTURA. Sin embargo, si una de las medidas fuera claramente preponderante, esta podría ser considerada su LONGITUD o, por analogía con la forma y la orientación humanas, también su ALTURA. Si se considerase que es la ALTURA, entonces la situación sería de

nuevo la denominada más arriba *CATEGORÍA 2*. Si se entendiese que la medida claramente preponderante es la LONGITUD, la siguiente medida más extensa sería la ANCHURA y, la tercera, la PROFUNDIDAD (o el GROSOR).

De nuevo, cuanto más igualadas estén las medidas del objeto, menos natural resultará la diferenciación semántica entre *largo*, *ancho* y *profundo* y se tenderá a hablar de manera ‘neutra’ de los *lados*.

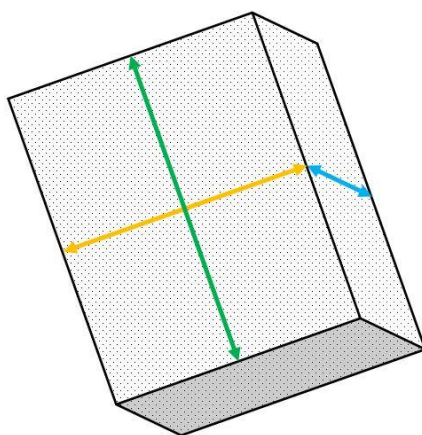


Figura 26. Esta figura no tiene orientación de ningún tipo, pero tiene un lado claramente preponderante que, por ser claramente preponderante, se considerará la LONGITUD (verde). Las otras dos medidas son claramente desiguales: la mayor de ellas será la ANCHURA (amarillo) del objeto y, la menor, su PROFUNDIDAD o GROSOR (azul).

2.4.2.2.2.3. Modelo relativo: Influencia de la perspectiva del observador

Desde un modelo relativo estricto se consideraría que, si un hablante estuviera colgado cabeza abajo, podría afirmar que el suelo está arriba. Sin embargo, en nuestra cultura no se emplea el modelo relativo para este tipo de casos, pues la fuerza de la gravedad deja patente en todo momento que existe ‘un arriba’ y ‘un abajo’ que se mantiene constante independientemente de la posición puntual de las personas. No se puede, por lo tanto, hablar de una *altura relativa a la perspectiva del observador* (aunque sí a la verticalidad inherente de los objetos).

Las otras dos dimensiones de un poliedro rectangular, siempre que no demostrara una orientación frontal intrínseca pero tuviera una posición de facto, sí se podrían etiquetar según la perspectiva del hablante. Así, la parte que quede más cercana a él (al hablante) será, en nuestra cultura, identificada como ‘la cara’ del objeto. A partir de ese momento,

sus dimensiones podrían pasar a concebirse haciendo uso de los criterios utilizados en el modelo intrínseco para los objetos con una posición de equilibrio prototípica y una parte-cara frontal.

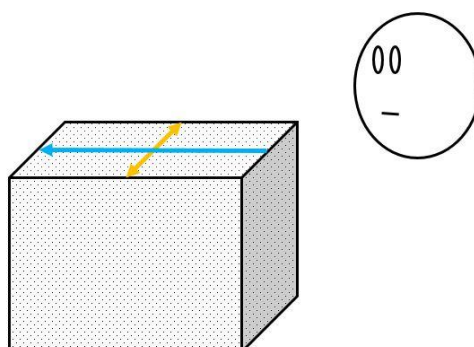


Figura 27: Según la perspectiva del observador, llamaríamos *profundidad* a la dimensión marcada por la línea azul y, *anchura*, a la marcada por la línea amarilla.

Señalamos que esto es así en “nuestra cultura”, ya que nosotros empleamos lo que Heine (1997, pág. 12) llama un modelo *face-to-face*, que se opone al modelo *single-face*. El contraste entre estas dos perspectivas se puede entender fácilmente a través de siguiente diagrama, con el que Heine (1997, pág. 13) muestra cómo serían las diferencias de aplicación de cada uno de los modelos.

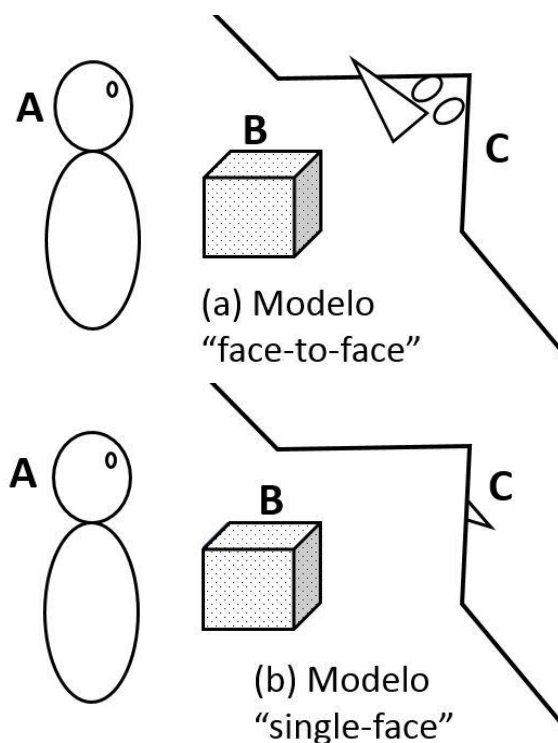


Figura 28. Modelos a través de los cuales concebir la relación entre dos objetos situados frente a un hablante-observador. Inspirada en Heine (1997, pág. 13).

En el primer modelo se entiende que el fondo (en este caso, la colina) está siempre ‘mirando’ al hablante, mientras que en el segundo se considera que el observador y el fondo siempre ‘miran’ en la misma dirección.

Si el hablante (A) pertenece a una cultura en que se utiliza el modelo *face-to-face*²³⁵, dirá (algo así como) que la caja (B) se encuentra *ante* (o *frente a*) la colina (C). Si, por el contrario, el hablante (A) hace uso de una lengua del modelo *single file*, dirá que la caja (B) se encuentra *tras* la colina (C).

The notions of back and front [...] are governed by the speaker's perspective. There are differences, however, between languages (such as Western Europe Languages) where objects viewed are assumed to face the speaker (hence ‘in front of the house’ means closer to the speaker than ‘behind the house’) and other languages (such as Tok Pisin and other languages of Papua New Guinea) where objects are felt to be in alignment with the speaker: ‘In front of the house’ thus means further away from the speaker than the back of the house.

(Mühlhäusler, 2001, pág. 568)

Se estará haciendo uso de un modelo relativo (*face-to-face*) cuando, ante un objeto no orientado pero con una posición de facto o ante un objeto orientado solo verticalmente, un hablante considere que, por la posición del objeto respecto a él, su *profundidad* es la dimensión que va desde la cara que le queda más cercana hasta la cara opuesta (si la hay, es decir, si no es un objeto bidimensional y es, precisamente, la ausencia de esa dimensión la que hace al objeto bidimensional) y su *anchura* la dimensión del objeto paralela a la anchura del hablante-observador (si el objeto cuenta con esta dimensión, repetimos).

Normalmente, el uso de los términos *profundidad* y, sobre todo, *fondo* aumentará cuando el objeto se encuentre (de facto o en su uso prototípico) ante otra figura mayor que actúe como fondo de la escena y como límite de referencia junto al que colocar el objeto. Habrá, por lo tanto, más posibilidades de hablar de *la profundidad de una mesa* si esta es una mesa de estudio destinada a ponerse junto a la pared que si es una mesa destinada a situarse en el centro de un comedor. Como señala Linde-Usiekniewicz (2002) al definir de los adjetivos dimensionales del inglés (más o menos) análogos a los adjetivos

²³⁵ En las lenguas indoeuropeas, el modelo *face to face* es el habitual. Mühlhäusler (2001, pág. 569) observa que Hill (1982) puntualiza que eso ocurre únicamente con los objetos estáticos. Para los objetos en movimiento el modelo *single file* suele ser el habitual. En nuestra opinión, lo que realmente estaría produciéndose en esos casos sería un salto del modelo relativo al modelo intrínseco.

del español que estamos tratando, “for *depth*, a sense of allowing the presence of another object along the line of vision is included, while *height* and *length* lack this sense”, en Vogel (2004, pág. 20).

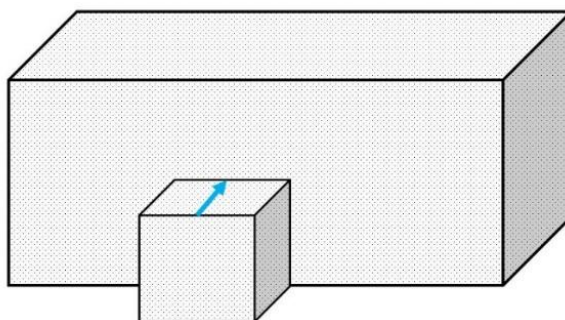


Figura 29. Un objeto tiene una PROFUNDIDAD debido a que otra entidad actúa como fondo.

Hay que dejar claro que, en estos casos, la parte que se considera *frontal* es una faceta más del objeto (una parte, en principio, no marcada en lo que respecta a la orientación). Sin embargo, como vimos antes, la repetición reiterada de una posición de un objeto respecto a los observadores puede hacer que esa ‘cara circunstancial’ se erija en la ‘cara fija’ del objeto, es decir, que pase de ser la cara relativa a los hablantes a ser la cara intrínseca del objeto, de manera que el objeto ya no se podría observar desde el modelo relativo (para etiquetar ninguna de sus dimensiones).

2.4.2.2.2.4. Objetos ‘vacíos’ y el caso de *amplio*

Los objetos *huecos* o *vacíos* se relacionan fundamentalmente con el concepto PROFUNDIDAD, que se asocia, entre otros, con adjetivos como *profundo*, *superficial* o *somero*²³⁶. La PROFUNDIDAD es un concepto que se atribuye a un objeto cuando este tiende a situarse, como acabamos de ver, sobre un fondo y —de un modo especialmente marcado y que podemos considerar su uso prototípico— cuando activa el esquema de imagen del CONTENEDOR. Este esquema de imagen, condicionado por las características del mundo físico que nos rodea y, claro está, por nuestro modo de conceptualizarlo, es un esquema basado en la verticalidad (1) y en la negatividad (2):

²³⁶ Más arriba, hablábamos de *poco profundo* como opuesto a *profundo*.

1. VERTICALIDAD. Los objetos que actúan como contenedores disponen, prototípicamente, de una apertura en la parte superior por la que entra verticalmente (siguiendo la fuerza de la gravedad) el contenido, que queda almacenado en el contenedor (gracias a esa misma fuerza de la gravedad).

2. NEGATIVIDAD. Es también característica prototípica de estas entidades que ‘se inicien’ en el punto cero de un eje vertical u horizontal y se prolonguen hacia la ‘zona negativa’ de este. Puede decirse que son espacios ‘ganados’ a un límite horizontal (que frecuentemente es el suelo) o vertical (una roca, la pared de una montaña...).

De acuerdo con este planteamiento, un agujero en el suelo sería un contenedor prototípico, pues posee verticalidad, su zona superior está abierta, y se desarrolla desde el punto cero (el suelo) de nuestro entorno hacia abajo. Un agujero en la pared, sin embargo, tendría negatividad, pero no verticalidad. Esa ‘carencia’ lo haría menos propicio para actuar como contenedor, por lo que el agujero podría ser considerado tanto *profundo* como (aunque con menos probabilidad) *largo*. Un barril, por otro lado, sí sería vertical, pero estaría situado sobre el eje horizontal y carecería, por lo tanto, de la negatividad prototípica de los contenedores.

Del mismo modo que al referirnos a las estalactitas indicábamos que no era adecuado hablar de su ALTURA por estar este concepto relacionado con una direccionalidad determinada, la PROFUNDIDAD responde típicamente a un ‘crecimiento negativo’, que se inicia en la base del eje horizontal (que marca la superficie terrestre) y penetra en la parte oculta de las cosas. En un barril, sin embargo, lo que hay es un crecimiento vertical que crea una negatividad solo si se toma como punto cero de medida la nueva referencia artificial creada por la ALTURA del propio barril. Por ello, un barril puede ser considerado, además de *profundo*, *alto*.

Lo opuesto a *profundo* es, en principio, *somero* o *superficial*, pero esta oposición se da únicamente en contextos muy específicos. De un televisor (de los años ochenta), por ejemplo, nunca se dirá que es *somero* o *superficial* por el hecho de que la medida que va en dirección horizontal y perpendicular a su pantalla sea escasa. Se dirá, sin embargo, que el televisor es *poco profundo*²³⁷.

²³⁷ Con el cambio de siglo, los televisores han dejado de tener un fondo relevante. Estos nuevos televisores no se han denominado *televisores poco profundos*, ni, por supuesto, *televisores someros* o *superficiales*. El

Bosque (1985, pág. 66) señala que “el adjetivo *somero*, poco usado, no se emplea en los mismos contextos que *profundo* (cf. *Aguas profundas/someras* frente a *cavidad profunda/*somera*)”. Moliner [1967] (2008, s. v. *somero*), por su parte, apunta que aunque suele aplicarse a la ubicación (más o menos profunda) de los objetos, “hay tendencia a aplicarlo al agua misma poco profunda o al lugar en el que el agua es poco profunda: *Aguas someras. Una laguna somera*”²³⁸.

Con respecto a *superficial*, Bosque (1985, pág. 66) señala que es el antónimo de *profundo* solo en sentidos figurados. Si bien nosotros no compartimos totalmente esta idea y encontramos un sentido recto de *superficial* que se opone a *profundo* en casos como el de *herida profunda / superficial*, admitimos que, como señala Corrales Zumbado (1977, pág. 125), “su utilización como {‘Cuantificación negativa de la dimensión vertical hacia abajo’} es poco frecuente y prácticamente restringida al ejemplo que propone M^a Moliner de «Una herida superficial» y las correspondientes variantes”²³⁹.

Debemos señalar que, a pesar de no ser un objeto vacío²⁴⁰ —por su penetrabilidad y su tendencia a convertirse, cuando está dentro de un contenedor, en, a su vez, otro contenedor—, el agua se concibe habitualmente como un objeto hueco con la capacidad de albergar otro objeto en su ‘interior’. Por ello, ante un agujero que contuviera algo de agua, podría hablarse de la profundidad del contenedor principal, el agujero, y, a su vez, hablar de la profundidad del contenido, ya que el agua es, al mismo tiempo, también un contenedor (al menos, potencial). Un lago, por ejemplo, es la unión de una depresión geográfica-continente con una masa de agua-contenido, pero es la dimensión vertical del agua contenida (ya que también puede ser continente) la que determina lo que normalmente se considera *la profundidad del lago*.

lugar de hacerse referencia a una medida, se ha optado por hacer referencia a su forma, y actualmente se habla de *televisores planos*. Para hacer referencia a la dimensión que antes era su profundidad, se habla ahora de su *grosor* y se dice que son *muy finos* (*muy planos* o *muy delgados*).

²³⁸ En lo etimológico resulta interesante el hecho de que *somero* proceda del vocablo medieval *somo*, procedente a su vez de *summus* ‘el más alto’, y empleado principalmente en la expresión adverbial *en somo* ‘encima’: “Llama la atención que un derivado de *somo*, *somero* [S. XIII], signifique hoy ‘superficial’, ‘no profundo’”, en Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996, pág. 62).

²³⁹ Sería posible considerar que en *herida superficial* se alude a la ubicación de la herida: indicaría que la herida está en la superficie. Sin embargo, por oposición a *herida profunda*, al iniciarse todas las heridas en la superficie de los cuerpos, es más lógico pensar que *herida profunda* y *herida superficial* hacen referencia a la PROFUNDIDAD DIMENSIONAL de las heridas.

²⁴⁰ Hasta ahora hemos considerado que está vacío aquel objeto que, en cambio, está lleno de aire.

Como puede apreciarse, el concepto de PROFUNDIDAD resulta especialmente relevante para los objetos que hemos llamado *huecos* o *vacíos*, y su uso será más frecuente cuando estos objetos sean más o menos cerrados y tengan un límite-fondo. Así, mientras un agujero en el suelo es, como hemos dicho, un caso prototípico en que emplear el adjetivo *profundo*, hay otros casos en los que pueden alternarse *profundo* y *largo*.

Un túnel se caracteriza por tener un principio y un fin que actúan como entrada y salida (indistintamente, o no) y está diseñado para (es decir, su uso prototípico es) ser recorrido de un extremo a otro. A pesar de que, al menos parcialmente, se relaciona con el esquema de CONTENEDOR (podría decirse que *Los coches quedaron atrapados dentro del túnel*), el hecho de que un *túnel* no esté destinado a albergar cosas en su interior, sino a ser solo una parte de un trayecto que se inicia y continúa ‘fuera’, hace que se le pueda atribuir la propiedad de ser *largo* de forma natural y que hablar de un *‘túnel profundo’* resulte un tanto forzado.

Las cuevas, por lo general, cuentan con una sola apertura y, por ello, no suelen ser parte de un trayecto. Resulta sencillo, por lo tanto, reconocer por qué se habla de *cuevas profundas*: estas se interpretan fácilmente como continentes. Mientras, ante una cueva transitable, con una entrada y una salida, no costaría mucho esfuerzo entender que un hablante se refiera a ella como *una cueva larga*.

En los dos últimos casos analizados se produce una alternancia entre la activación del esquema de imagen del CONTENEDOR y el esquema de imagen del CAMINO. Mientras el primero se caracteriza por estar acotado por unos límites definidos que ‘encierran’ o dejan ‘libre’ a un objeto, el segundo se basa, fundamentalmente, en la idea de MOVIMIENTO, con un punto de inicio, una etapa intermedia y una meta. Dependiendo de si se conciben los objetos a través de uno u otro esquema, aumentará o disminuirá la tendencia a emplear unos adjetivos u otros.

Por otra parte, los objetos vacíos pueden describirse como *amplios*²⁴¹ cuando activan el esquema del CONTENEDOR y su interior se considera suficientemente espacioso para

²⁴¹ En el *DRAE* [consultado en línea en enero de 2015] se define *amplio* recurriendo a una serie enumerativa de base (cuasi)sinonímica: “Extenso, dilatado, espacioso”. En este sentido, *amplio* puede usarse metafóricamente en contextos en que aparece *grande* y hablarse, en esos casos, de *amplias ventajas* con el mismo sentido que *grandes ventajas*.

que se ubique dentro de ellos (o transite por su interior) de forma holgada una entidad²⁴². Así, un túnel en la carretera será *amplio* si lo es en relación con los vehículos, que son sus ‘ocupantes’ prototípicos²⁴³. Otros objetos vacíos sin un uso prototípico serán o no *amplios* según con qué se pongan en relación en un momento determinado: una jaula puede ser *amplia* si en ella vive un pequeño roedor, pero *pequeña* si es el hogar de un conejo. Podemos decir que *amplio* se opone a *estrecho*²⁴⁴ fundamentalmente cuando el contenedor es alargado o cilíndrico (un túnel, un pasillo...) y el contenido dinámico (coches que circulan por un túnel, personas que circulan por un pasillo), pero se opone a *pequeño* sobre todo cuando el contenedor presenta una forma no alargada (una habitación) y el contenido es estático (una persona que está en una habitación).

En el español actual, como veremos en los dos siguiente apartados, para objetos más o menos cilíndricos el uso de *ancho* (y, especialmente, *estrecho*) resulta más natural también cuando estos adjetivos se aplican a entidades vacías relacionadas con la presencia (dinámica o estática) de un ‘contenido’. Si no es así, para esos casos parece acentuarse la tendencia a recurrir a otros adjetivos como *delgado*, *fino*, *gordo* o *grueso*. Lo que diferencia a *ancho* y *amplio* cuando se aplican a objetos vacíos y más o menos cilíndricos es que la AMPLITUD es un concepto que se relaciona más directamente que la ANCHURA con lo holgado que pueda encontrarse, por ejemplo, un CONTENIDO dentro de un CONTINENTE. La ANCHURA, por el contrario, se relaciona más que la AMPLITUD con la dimensión del continente en sí.

²⁴² *Amplio*, dentro de lo físico, se usa en contextos en que su relación con el concepto de CONTENEDOR podría ser cuestionada, como sucede en *amplias extensiones de terreno*, donde su comportamiento se asemeja al del adjetivo *grande*.

²⁴³ Como veremos en el apartado dedicado a la interpretación de los adjetivos dimensionales, también podrá considerarse *amplio* si lo es respecto al prototipo de TÚNEL, una vez activado.

²⁴⁴ Las formas latinas STRICTUS (participio de STRINGERE ‘apretar’, ‘comprimir’) y ASTRICUS, de las que deriva el adjetivo español *estrecho*, tenían un significado relativo a una relación contenido/continente. Por otro lado, AMPLUS, palabra de la que deriva *ancho*, contaba en latín con un significado similar al de *espacioso*, por lo que podía relacionarse también con objetos que activaban el mismo esquema de imagen, aunque expresaba además otros significados que lo vinculaban con otras clases de objetos y con entidades metafóricas más abstractas.

2.4.2.2.5. Objetos laminares²⁴⁵ y objetos bidimensionales

Dentro de la categoría de *objetos laminares* consideramos objetos como una plancha de metal, que, a pesar de contar con tres dimensiones, se caracteriza por presentar una dimensión marginal respecto a las otras dos. Por otra parte, incluimos en la nómina de los *objetos bidimensionales* entidades como una flecha²⁴⁶ pintada en la carretera, un dibujo en una pared o (la parte puramente física) de un paso de cebra.

El *modelo absoluto* solo se podrá emplear en estos casos con *objetos con una posición de facto*: si los objetos estuvieran ‘de pie’ —es decir, si una plancha de metal estuviera en equilibrio vertical como si fuera una pared o si hubiera un dibujo sobre una cara de un muro—, su dimensión vertical sería su ALTURA, o, si esta dimensión fuera claramente preponderante, su LONGITUD (y se estaría abandonando, por lo tanto, el modelo absoluto). La otra dimensión (hablamos de dos dimensiones porque el GROSOR lo consideramos marginal) sería su ANCHURA o, de nuevo, si esta fuera preponderante, su LONGITUD. En el caso de que la dimensión horizontal se considerase la LONGITUD, la vertical podría pasar a ser la ANCHURA del objeto²⁴⁷.

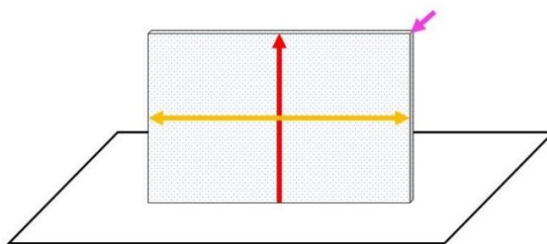


Figura 30. GROSOR (señalado en rosa), ALTURA (rojo) y ANCHURA (amarillo) en un objeto laminar.

²⁴⁵ Empleamos la nomenclatura de Corrales Zumbado (1977). Consideraremos que los objetos laminares son objetos macizos en forma de lámina.

²⁴⁶ En ocasiones, al relacionarse el dibujo de una flecha con el concepto geométrico de LÍNEA (que solo ofrece una dimensión) puede concebirse esta, independientemente de su tamaño, como un objeto unidimensional y considerarse, por los motivos que veremos más adelante, que en vez de *anchura* posee *grosor*.

²⁴⁷ Como ocurría con los objetos tridimensionales, cuanto más igualadas estén las dos dimensiones principales de los objetos laminares, menos natural resultará recurrir al concepto de LONGITUD, y más al de ANCHURA (y ALTURA). Si las dimensiones están muy igualadas la tendencia será, simplemente, a hablar de los *lados* del objeto.

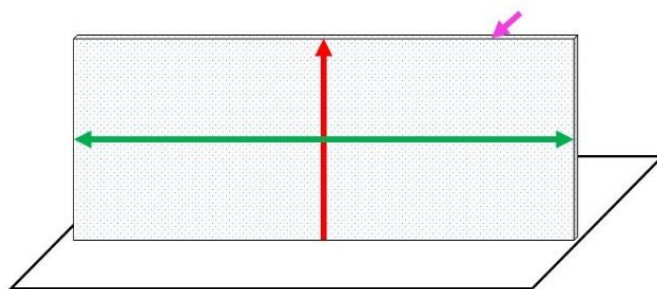


Figura 31. GROSOR (señalado en rosa), ALTURA (rojo) y LONGITUD (verde) en un objeto laminar con una dimensión horizontal claramente preponderante.

Si el objeto se encontrase ‘tumbado’ no habría nada identificable a través del modelo absoluto, ya que la dimensión que podría identificarse como la ALTURA del objeto sería concebida, como ocurre siempre con la dimensión ‘marginal’ de la clase de objetos que nos ocupa, como su GROSOR²⁴⁸. La LONGITUD y la ANCHURA serían, en principio, concebidas a través del modelo intrínseco: la LONGITUD, como en el caso de la alfombra visto más arriba, sería la mayor de las dimensiones. La menor sería, por el contrario, la ANCHURA del objeto.

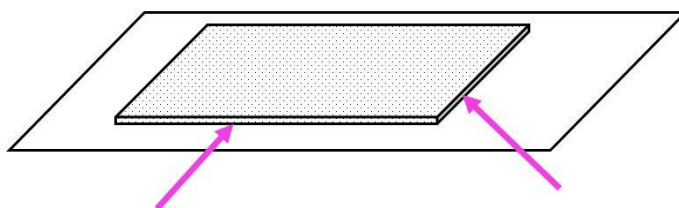


Figura 32. GROSOR en un objeto laminar.

El *modelo relativo*, en cambio, se aplicaría a los objetos laminares y bidimensionales de modo similar a como se hacía con los objetos claramente tridimensionales. Por su parte, a través del modelo intrínseco puede decirse que, como hemos señalado ya para el caso del objeto ‘tumbado’, el mayor de los lados se identifica con la LONGITUD y, el menor, con la ANCHURA.

²⁴⁸ La dimensión ‘marginal’ de los objetos también puede concebirse como su ESPESOR. Moliner [1967] (2008, s. v. *espesor*) define *espesor* de este modo: “el grosor de una cosa de forma laminar; particularmente de un muro”. Creemos que actualmente este uso es poco frecuente.

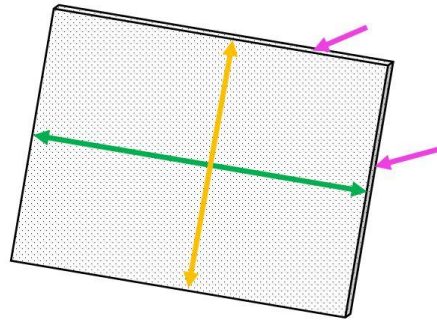


Figura 33. GROSOR (rosa), ANCHURA (amarillo) y LONGITUD (verde) de un objeto laminar no orientado.

El *modelo intrínseco* podría activarse en estos objetos también si su ALTURA y LONGITUD vinieran determinadas por unos *arriba* y *abajo* inherentes²⁴⁹: en esos casos, la dimensión que no fuera concebida como la ALTURA sería la ANCHURA, siempre que esta segunda dimensión no fuera la claramente preponderante, ya que, entonces, dicha dimensión podría pasar a ser la LONGITUD del objeto.

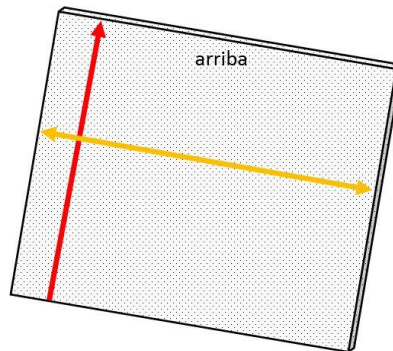


Figura 35. ALTURA (rojo) y ANCHURA (amarillo) de un objeto laminar con verticalidad inherente.

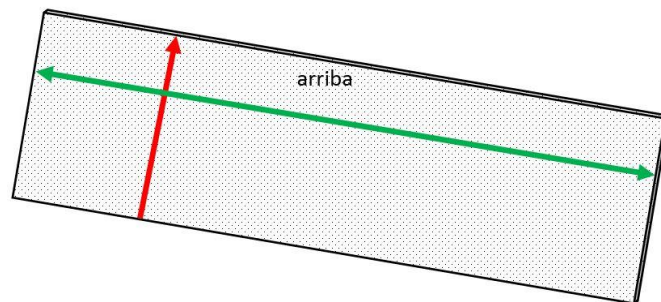


Figura 36. ALTURA (rojo) y LONGITUD (verde) de un objeto laminar con verticalidad inherente y una dimensión claramente preponderante.

²⁴⁹ El que un objeto laminar dispusiera de una parte frontal no haría de su dimensión marginal su PROFUNDIDAD, sino que se mantendría como el GROSOR del objeto. Respecto a la LONGITUD, la ANCHURA o la ALTURA del objeto, sería irrelevante que la cara frontal estuviese en una cara de la 'lámina' o en la otra.

Además, el modelo intrínseco podría aplicarse a objetos con una direccionalidad inherente: la medida paralela a esa direccionalidad sería la LONGITUD y la perpendicular a esta, la ANCHURA²⁵⁰.

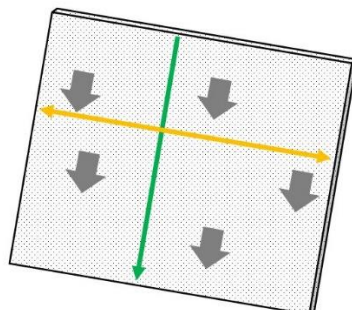


Figura 37. LONGITUD (verde) y ANCHURA (amarillo) en un objeto laminar con una direccionalidad inherente.

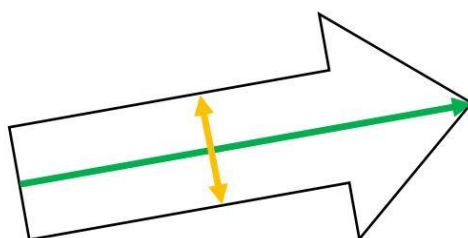


Figura 38. LONGITUD (verde) y ANCHURA (amarillo) en un objeto bidimensional con una direccionalidad inherente.

Resulta poco natural hablar de la ALTURA de algunos objetos laminares (un folio, por ejemplo) que, si bien asumen un *arriba* ‘consensuado’, raramente mantienen una posición vertical de facto y, si la adquieren, no suele ser a partir de una base de apoyo. Normalmente se habla del LARGO y el ANCHO de los folios, a pesar de que, repetimos, cuentan con una parte superior y una parte inferior totalmente ‘estandarizada’. Como repetiremos más adelante, no todo lo que presenta un ‘arriba’ y un ‘abajo’ dispone de ALTURA.

²⁵⁰ En otros objetos concebidos como bidimensionales que, además de una dirección intrínseca, tienen un sentido intrínseco dentro de esa dirección, se puede asimilar la zona ‘final’ del objeto como *arriba*, y, la ‘inicial’, como *abajo*. Por ejemplo, en el fútbol, desde el punto de vista de uno de los equipos, una zona del campo de juego es *arriba* y la otra es *abajo*. Desplazarse en un sentido o en otro supone *subir* (a atacar) o *bajar* (a defender), aunque no es frecuente hablar de *la zona alta* ni de *la zona baja* del campo. Vogel (2004, pág. 62) señala que esta interpretación vertical de entidades horizontales puede darse también en otros contextos: “Ekberg (1997) shows that vertical expressions may refer to non-vertical relations, such as *Han gick upp och ner i korridoren* ‘he walked up and down the corridor’”. Más adelante, comprobaremos que no todo lo que tiene un ‘arriba’ y un ‘abajo’ tiene ALTURA.

Lang (1993) refers to such an orientation as “inherent orientation”. It is typical for books and pictures. Such objects have inherent tops, bottoms, in some cases beginnings and ends, due to the inscriptions or pictures on the objects.

(Vogel, 2004, pág. 65)

2.4.2.2.2.6. Objetos en que una de sus dimensiones es totalmente preponderante y objetos unidimensionales

Cuando en un objeto una de sus dimensiones es totalmente preponderante (como ocurre, por ejemplo, con un hilo, con el palo de una escoba o con los objetos más o menos cilíndricos) y las otras dimensiones resultan marginales²⁵¹, la dimensión fundamental es, necesariamente, la LONGITUD o la ALTURA del objeto. Incluso en objetos con una verticalidad intrínseca u ocasional, si su medida vertical es claramente preponderante, puede hablarse, como hemos visto repetidamente, de la LONGITUD del objeto.

Las otras dimensiones de estos objetos quedan recogidas bajo el concepto GROSOR (denominado, en su versión ‘vulgar’, *gordura*), que se relaciona con el área de la sección transversal de los mismos. Los adjetivos que se asocian al GROSOR son los que aparecen en las siguientes asociaciones: *farolas delgadas*, *serpientes gordas*, *dedos gruesos*, *hilos finos*²⁵², etc.

Como apunta Corrales Zumbado²⁵³ (1977, pág. 109), el GROSOR es una magnitud que se relaciona sobre todo con los objetos macizos, por lo que adjetivos como *grueso*, *fino*, *delgado*, *gordo*²⁵⁴ (que son los que considera relacionados con dicha magnitud) se

²⁵¹ Más arriba nos referíamos también a objetos con una dimensión preponderante, pero no suponíamos la ‘marginalidad’ de las otras. La marginalidad es, por supuesto, relativa a la dimensión ‘principal’ del objeto y es una cuestión de grado.

²⁵² Corrales Zumbado (1977, pág. 133) señala que “«grueso» es bastante más frecuente aplicado a cosas que «gordo»”, que se emplea fundamentalmente para personas, aunque “en el lenguaje pulido” *grueso* sustituye a *gordo* para referirse también a personas.

²⁵³ Corrales Zumbado basa sus conclusiones en el estudio de diccionarios y vocabularios del español, en un corpus fundamentalmente literario con obras del siglo XX y en la realización de encuestas *ad hoc*.

²⁵⁴ De *gordo* señala Moliner [1967] (2008, s. v. *gordo*) que se aplica particularmente a cosas de forma o sección redondeada. Corrales Zumbado (1977, pág. 132) señala que en ejemplos como, *una piedra gorda*, empleado por la propia Moliner, *gordo* funciona como *grande*, y hace referencia de forma general al tamaño del objeto. El otro ejemplo que emplea Moliner, *una rama gorda*, entraría dentro de los objetos ‘cilíndricos’ y no supondría un caso especial de uso del adjetivo *gordo*.

aplicarán principalmente a esa clase de objetos. Para objetos cilíndricos huecos, *ancho* (o *amplio*) y *estrecho* —o el más literario *angosto*²⁵⁵, que “sugiere dificultad de pasar” (Corrales Zumbado, 1977, pág. 130)— son los habituales, aunque *estrecho* alterna con *delgado* y *fino* cuando se trata “de secciones pequeñas”, (Corrales Zumbado, 1977, pág. 109).

Esta idea de ANCHURA, como magnitud relacionada con objetos huecos, la recoge también Galeote (1994) haciendo referencia a otros autores, entre ellos al propio Corrales Zumbado:

Moliner (1990) [...] señala: “Tratándose de un orificio o hueco por donde tiene que pasar o encajar algo, su diámetro o medida: ‘la anchura de la boca del puchero’”. Corrales (1977), por su parte, se refiere explícitamente a este hecho indicando que, en estos casos, “anchura” haría referencia a la dimensión de la sección circular de un cuerpo cilíndrico hueco. Similares consideraciones realiza Lang (1989), el cual hace notar que, en estos casos, “anchura” se refiere a una extensión dimensional integrada de un objeto que no es sino el diámetro interior de un área circular de un cuerpo hueco.

(Galeote, 1994, pág. 99)

Atendiendo a su tamaño, Corrales Zumbado (1977, pág. 139) señala, además, que un cilindro macizo sería *ancho* para diámetros grandes como el de una columna; sería “*ancho* y *grueso* (menos frecuente)” para diámetros medianos como el de una serpiente; y *grueso* para diámetros pequeños y “materias compactas y resistentes” (como un hilo de cobre) o *gordo* para diámetros pequeños y “materias blandas” (como una lombriz)²⁵⁶. Así, podemos decir que cuanto más grande sea un objeto con las características señaladas, más posibilidades habrá de que se utilice el adjetivo *ancho*; cuanto más pequeño sea el objeto en cuestión, siempre que este sea de una materia compacta, más posibilidades habrá de que se emplee *grueso*. En las entidades procesadas como cilindros macizos los adjetivos dimensionales ‘negativos’ serían fundamentalmente *delgado* y *fino*.

²⁵⁵ *Angosto*, aunque de uso marcado, comparte con *amplio* su relación con los CONTENEDORES. Corrales Zumbado (1977, pág. 130) a este respecto señala lo siguiente: “[...] una cinta, un encaje son *estrechos*, no *angostos*. Un desfiladero puede ser *estrecho* o *angosto*. Por otra parte, en los casos numerosos de sinonimia total, *angosto* se siente generalmente como palabra más escogida y literaria [...]”.

²⁵⁶ En este caso Corrales Zumbado (1977) está considerando los objetos como *grandes* o *pequeños* en relación con las dimensiones humanas. Este es un uso de los adjetivos dimensionales que explicaremos en el capítulo 3, dedicado a su interpretación.

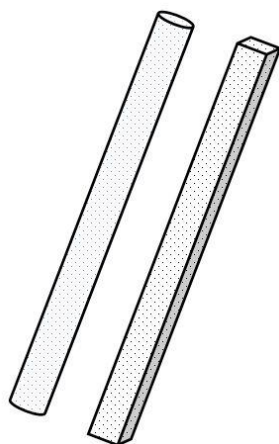


Figura 39. Paralelepípedo y objeto cilíndrico. Ambos con una de sus dimensiones muy claramente preponderante.

En el encabezado de este apartado hablamos también de “objetos unidimensionales”. Consideraremos objetos unidimensionales las representaciones que podamos identificar con el concepto geométrico de LÍNEA. Estas representaciones, independientemente de su tamaño real, se relacionan simbólicamente con unas entidades, las líneas geométricas, de las que sabemos que son, por definición, unidimensionales. Esta concepción de las LÍNEAS lleva a que estos objetos, además de contar con una LONGITUD (o, tal vez, con una ALTURA, dependiendo de los factores examinados hasta ahora), no suelen tener, independientemente de sus dimensiones relativas reales, una ANCHURA. Cuando se habla de una entidad concebida como unidimensional, esta no puede albergar nada en su interior (por no contar, en teoría, con un ‘interior’), y acepta mejor —aunque cualquier referencia dimensional que no sea la de LONGITUD puede ser considerada incompatible con el concepto de LÍNEA GEOMÉTRICA— los pares *fino / grueso* y *gordo / delgado* que el par *estrecho / ancho*²⁵⁷.

En los dos últimos apartados hemos visto como los conceptos GROSOR (y los adjetivos relacionados con esta dimensión: *grueso, fino, gordo, delgado*) y AMPLITUD (*amplio, fundamentalmente*) se relacionan con objetos de características muy específicas: objetos laminares y objetos unidimensionales o con una dimensión claramente preponderante, el

²⁵⁷ Antes de abandonar lo relativo a las LÍNEAS, creemos relevante señalar el hecho de que las distintas dimensiones de los objetos (ANCHURA, PROFUNDIDAD, ALTURA...), por el hecho de ser entendidas como líneas y estar dotadas, por lo tanto, de una única dimensión, pueden concebirse como *largas* o *cortas*. Así, aunque no sean habituales, podríamos interpretar enunciados como *Su altura es muy larga*, *Su profundidad es muy larga* o *Su anchura es muy larga*. Sin embargo, enunciados como *Su longitud es muy profunda*, *Su profundidad es muy ancha* o *Su longitud es muy alta* resultarían, sin duda, bastante más desconcertantes.

primero, y objetos que activan la relación entre un CONTENIDO y un CONTINENTE, el segundo de los conceptos. Tal y como explicaremos en el apartado 2.5 (*Recapitulación*), esta especificidad de uso será lo que motive que en la segunda parte de nuestra investigación los adjetivos señalados (*gordo, flaco, fino, grueso y amplio*) queden fuera de la propuesta lexicográfica desarrollada.

2.4.2.2.2.7. Algunas consideraciones sobre la forma de los objetos

En este capítulo, normalmente, hemos manejado ejemplos y figuras en que los objetos, por amoldarse a una forma ‘sencilla’, presentan una altura que es asimilable al concepto de LONGITUD VERTICAL: lo que mide un objeto desde su punto más bajo hasta su punto más alto coincide exactamente con la distancia que lo separa del suelo. Sin embargo, esto no siempre es exactamente así.

Las torres madrileñas que conforman la llamada *Puerta de Europa* (conocidas como *torres KIO*), por ejemplo, presentan una LONGITUD mayor que su ALTURA, debido a que lo que se llamaría *longitud vertical* no sería, realmente, tan vertical: cualquier objeto cuya LONGITUD no recorra una línea completamente vertical (como la de la gravedad) será más largo (tendrá una LONGITUD superior) que alto (ALTURA).

En la torre de Pisa puede decirse que ocurre algo similar, pero solo si se atiende a la ALTURA ‘OCASIONAL’ de la torre, es decir, a la distancia que separa su punto más elevado del suelo. Esta ALTURA ‘OCASIONAL’ se opondría a su ALTURA ‘INTRÍNSECA’ o ‘INHERENTE’: la ALTURA de la torre en su posición prototípica. Así, la ALTURA INTRÍNSECA de la torre sería coincidente con su LONGITUD, pero su ALTURA OCASIONAL sería, en cambio, algo inferior.

En la figura 40 se muestra la diferencia entre la LONGITUD (en verde) y la ALTURA (en rojo) de un objeto en el que dichas magnitudes, a pesar de ser (fundamentalmente) verticales, no son coincidentes

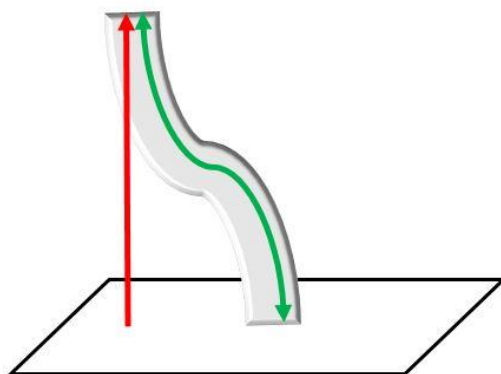


Figura 40. ALTURA y LONGITUD.

Un análisis profundo respecto a la consideración de los hablantes de dónde están exactamente los puntos de inicio y final de las entidades que presentan formas complejas y acerca de por dónde ‘transcurren’ exactamente sus distintas medidas básicas (ALTURA, LONGITUD...) resultaría de gran interés. Dicha cuestión, sin embargo, queda fuera de los límites de nuestro estudio.

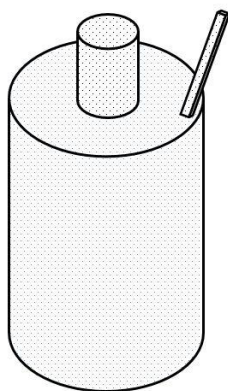


Figura 41. Habría tres distintas ‘alturas’ que se podría considerar la ALTURA del objeto, dependiendo de qué consideremos un constituyente esencial del mismo y qué consideremos accesorio.

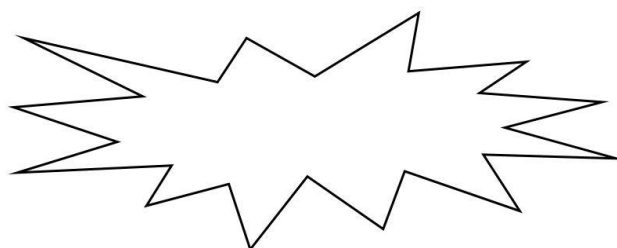


Figura 42. No resulta evidente cuáles son los puntos del objeto que marcan su LONGITUD, su ANCHURA o su ALTURA ni por dónde debería transcurrir la línea que los uniera.

2.4.2.2.8. No todo lo que tiene un ‘arriba’ y un ‘abajo’ tiene
altura

A lo largo de este capítulo hemos visto algunos casos que ponen de manifiesto el hecho de que no todo lo que tiene un ‘arriba’ y un ‘abajo’ ha de contar también con una ALTURA, por lo que es cuestionable que en esos casos pueda hablarse de objetos con una VERTICALIDAD. En este apartado vamos a recopilar una serie de casos en que la relación entre ALTURA y VERTICALIDAD resulta una cuestión, cuando menos, problemática.

Las estalactitas, aunque pueden contar con una *parte superior* y otra *inferior*, rechazan la idea de ALTURA debido a que, como ya hemos señalado, responden a una direccionalidad inherente que no es opuesta al sentido de la fuerza de la gravedad. Lo mismo ocurre con las cortinas y los vestidos, cuya dimensión principal, aunque presentan una extensión vertical, es la LONGITUD. La ALTURA prototípica es ascendente o, en menor medida, estática, y cuenta con una base de apoyo. Estalactitas, vestidos y cortinas siguen, sin embargo, una orientación opuesta a la prototípica y carecen de una base desde la que crecer o sobre la que sostenerse.

Por otro lado, en algunos deportes (como el fútbol o el baloncesto) es frecuente que cada equipo, como ya hemos advertido, conciba la zona del campo en la que ataca como *arriba* y la zona en la que defiende como *abajo*. En estos casos, en que objetivamente se estaría ante entidades orientadas horizontalmente, se produce una identificación de *delante* con *arriba* y *atrás* con *abajo* y se habla de *subir a atacar* o de *bajar a defender*. Sin embargo, nunca se habla de *la altura del campo* ni se dice que los jugadores están *en las zonas altas* o *bajas* atendiendo a estos criterios. En este caso, parece natural que no se hable de ALTURA, sino de LONGITUD, ya que un campo de deporte carece de todos los elementos prototípicos de la verticalidad. Lo que sí resulta una variante no estructural dentro del sistema es la mencionada identificación de *delante* y *atrás* con *arriba* y *abajo* y de *avanzar* y *retroceder* con *subir* y *bajar*.

Los folios o las páginas de un libro combinan algunas de las características ya vistas para que, a pesar de tener un ‘arriba’ y un ‘abajo’, rechacen ser descritos a través del concepto ALTURA: en primer lugar, no es frecuente que estén en posición vertical y, si lo están, rara vez es por estar apoyados sobre una base (a no ser que estén colocados, por ejemplo, sobre la superficie de un atril). Además, en nuestra cultura, estas entidades sirven frecuentemente de soporte para la escritura, que se considera que está orientada de manera

descendente²⁵⁸, por lo que, si aceptásemos que hay cierta transferencia entre la direccionalidad de los textos y la de su soporte, la direccionalidad de los folios y la de las páginas sería, como la de una estalactita, descendente.

Por otro lado, el hecho de que un objeto sea pequeño respecto a las personas, hace que, incluso aunque tenga una verticalidad intrínseca, un ‘arriba’ y un ‘abajo’, se resista (siempre que su forma permita activar la idea de LONGITUD) a aceptar atribuciones referidas a su ALTURA. De unas botellas se dirá con mayor frecuencia que son *más largas que otras* antes de indicar que son *más altas*. Una tinaja muy grande, sin embargo, si aceptaría las referencias a su ALTURA con total naturalidad.

Por último, como ya hemos apuntado más arriba, el hecho de que la ALTURA de un objeto sea una dimensión muy preponderante respecto a las otras, como ocurre, por ejemplo, en una farola, supone que se genere la posibilidad de hacer referencia a la dimensión en cuestión como la LONGITUD del objeto. Así, sería posible hablar de una *farola larga* y de una *farola alta* para referirse a su medida vertical.

2.4.2.2.2.9. El caso de *grande* y *pequeño*

Podemos decir que la mayoría de los adjetivos que hemos analizado hasta ahora hacen referencia a distancias entre puntos²⁵⁹. Sin embargo, hay otros adjetivos, como el par *pequeño/grande* que hablan de magnitudes ‘generales’²⁶⁰.

Lang (1989) [...] argumenta que los términos “grande-pequeño” no designan como dimensiones las extensiones axiales individuales de un objeto, sino el producto de la integración global de todas esas extensiones. En otras palabras, mientras que los términos “grande-pequeño” realizan la designación dimensional de una manera holística, el resto de los adjetivos dimensionales realizarán dicha designación como resultado de un proceso analítico.

(Galeote, 1994, pág. 45)

El *dimensional parameter* con que se relacionan hace referencia al volumen que ocupa un objeto en el espacio (si este es, o lo concebimos como, tridimensional) o al área

²⁵⁸ Esto puede deberse al posible surgimiento y desarrollo de la escritura sobre paredes y muros (naturales y artificiales).

²⁵⁹ Los adjetivos relativos al GROSOR se relacionan con el área de la sección transversal de los objetos.

²⁶⁰ Como señalábamos más arriba, el uso de *gordo* en casos como *una piedra gorda*, haría referencia al volumen de un objeto de manera similar a cómo lo hace *grande*.

que ocupa en el plano (si es, o lo concebimos como, bidimensional). Además, estos adjetivos pueden emplearse para expresar el grado en que algo posee cualquier propiedad dimensional: así, por ejemplo, aunque la distancia entre dos puntos suele interpretarse como una línea y sea habitual decir que *La distancia es muy larga/corta*, también es frecuente decir que *La distancia es muy grande/pequeña*. Es decir, *grande* y *pequeño* no siempre hacen referencia al volumen o al área de una entidad, también pueden hacer referencia a la longitud, la anchura, la altura o la profundidad de algo, siempre que esa magnitud esté especificada. Así, podemos encontrarnos con *Un agujero de gran profundidad* / *Un edificio de pequeña altura* / *Un paso de gran anchura* / *Un salto de gran longitud...*

Para figuras esféricas o circulares, donde la ausencia de lados hace imposible el hablar del *largo* o el *ancho* (aunque sí sería posible atribuirles la propiedad de ser *altas* si tuvieran una posición prototípica o de facto), será frecuente que se haga referencia a su tamaño con adjetivos de volumen o de área como *grande* y *pequeño*.

[...] según Bierwisch (1984), y de manera similar Goede (1989), “grande” podría referirse a: (1) todas las extensiones de un objeto, (2) a la extensión dominante de él (si bien solo en algunos casos), (3) al producto de todas las dimensiones relevantes, o bien (4) a la impresión global del objeto.

(Galeote, 1994, pág. 45)

2.4.2.3. La relación jerárquica (‘de orden’) entre los grados

En el apartado anterior, al indagar en las distintas perspectivas desde las que pueden observarse los objetos, han aparecido una serie de parámetros dimensionales (ALTURA, LONGITUD, ANCHURA, PROFUNDIDAD, TAMAÑO, AMPLITUD y GROSOR) y una serie de adjetivos relacionados con los polos de las escalas activadas por estos:

Alto – Bajo (ALTURA)

Largo – Corto (LONGITUD)

Estrecho – Ancho (ANCHURA)

Profundo – Poco profundo / somero o superficial (PROFUNDIDAD)

Grande – Pequeño (TAMAÑO)

Amplio – Estrecho / pequeño (AMPLITUD)

Grueso/gordo –Fino / delgado (GROSOR)

Con estos pares de adjetivos pueden cubrirse, por lo tanto, los aspectos dimensionales fundamentales que se tienen en cuenta normalmente a la hora de establecer las dimensiones de un objeto cualquiera²⁶¹, si bien los relativos al GROSOR y a la AMPLITUD se relacionan, como ya hemos señalado y repetiremos en el apartado 2.5 (*Recapitulación*), solo con objetos de características muy particulares.

El hecho de que estos adjetivos y sustantivos sean suficientes, no implica, sin embargo, que sean los únicos que se puedan emplear, ya que existen palabras (como el sustantivo *alzada*, que hace referencia a la ALTURA de los animales cuadrúpedos²⁶²) con significados similares pero especializados. Además, aunque existen adjetivos dimensionales que se relacionan con los puntos ‘extremos’ (*enorme, minúsculo*) y las ‘zonas templadas’ (*mediano*) de las escalas²⁶³, los adjetivos que hemos seleccionado en este apartado coinciden en que no expresan específicamente cualidades en grados extremos ni medios, sino, simplemente, por encima o por debajo de un valor estimado como referencia para una magnitud en un contexto concreto.

²⁶¹ Aunque podría hablarse de medidas concretas como el radio, el diámetro o el perímetro de un círculo o, por ejemplo, de la línea que uniría dos ángulos opuestos de un paralelepípedo; no existen, sin embargo, adjetivos concretos que activen un parámetro dimensional vinculado con esas líneas. No se habla, por ejemplo, de **Un círculo muy ‘radioso’*, sino que se emplea alguno de los adjetivos ya analizados: *Un círculo con un radio muy grande, Un círculo con un radio muy largo*.

²⁶² El empleo de unos u otros sustantivos de medida de entre los términos *supra* disponibles para expresar una dimensión se basa en el tipo de objeto al que se aplica una medida: las PERSONAS, los ANIMALES y los OBJETOS son las tres categorías fundamentales que marcan las restricciones léxicas. Corrales Zumbado (1977, pág. 31) señala lo siguiente: “El campo semántico dimensión se encuentra en la intersección de tres clases: ‘para seres humanos’, ‘para animales’ y ‘para cosas’ y, por lo tanto, los elementos que forman el campo pueden encontrarse separados por la barrera de las clases léxicas”. Así, por ejemplo, *estatura* se emplea para referirse a la ALTURA de las personas, *alzada* para la de los animales y *guinda* para la de la arboladura de los buques. Como muestra Corrales Zumbado (1977) a lo largo de toda su obra, los términos de dimensión ‘técnicos’ son especialmente frecuentes en lo relativo a la navegación y a las embarcaciones: *manga* (para anchura de un nave), *calado* (medida vertical de la parte de un barco que queda sumergida) o *eslora* (para la longitud de la cubierta de un barco). Aunque existen también términos especializados en muchos otros ámbitos: *tiro* (profundidad de un pozo o longitud de una pieza de tejido), *luz* (interior de un vano o de una habitación)... Los adjetivos con significados similares (afines) a los que hemos seleccionado para la propuesta lexicográfica se recogerán al final de cada uno de los artículos de la propuesta lexicográfica.

²⁶³ Estos adjetivos se abordarán en el apartado 3.2.1. (*Expresiones de grado*).

Por otro lado, señalábamos en el apartado anterior que el criterio para decidir qué dos términos son antónimos era la competencia de los propios hablantes, por encima de cuestiones lógicas o filosóficas. En el grupo que hemos seleccionado en este apartado, hay pares que, sin duda alguna, serán reconocidos como antónimos por la gran mayoría de hablantes del español europeo. Estos son *grande-pequeño*, *ancho-estrecho*, *largo-corto* y *alto-bajo*. Algo más problemático, como ya hemos advertido, es establecer el antónimo de *profundo*, ya que ni *somero* ni *superficial* se emplean con tanta frecuencia como este y sus usos parecen depender de la relación de cada caso específico con el esquema de imagen del CONTENEDOR²⁶⁴. En cualquier caso, como hemos señalado, todas estas cuestiones relativas al uso concreto de estos adjetivos serán tratadas en la segunda parte de nuestra investigación, una vez hayamos caracterizado de manera general este grupo de adjetivos. Por ahora, emplearemos tanto *poco profundo* como *somero* y *superficial* como término léxicos representantes del polo opuesto a *profundo*.

Los adjetivos dimensionales seleccionados en este apartado forman pares de antónimos polares²⁶⁵ —tratados ya en el apartado 2.2.2.3.1. (*Antónimos polares*)— y se relacionan con los sistemas monoescalares —parte de cuya explicación habíamos dejado aplazada en el apartado 2.2.2.1. (*La estructura de la escala*)—. Cruse y Croft (2004, pág. 173) representan estos sistemas del siguiente modo:

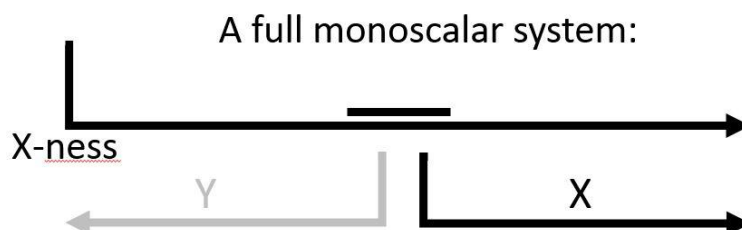


Figura 43. Sistema monoescalar.

Cruse y Croft (2004) utilizan la línea superior (de la figura 43) para representar el uso de los adjetivos dimensionales de manera absoluta —“in absolute terms” (Cruse y Croft,

²⁶⁴ En Galeote (1994, pág. 40) el autor decide centrarse en *poco profundo* como antónimo de *profundo*. Bosque (1985, pág. 66) señala que “el adjetivo *profundo* deshace [...] la asimetría de las oposiciones físicas al carecer de antónimo en nuestra lengua (cf. inglés *shallow*, al. *seicht*)”.

²⁶⁵ Debemos recordar que dentro de los *polares* incluimos también los pares del tipo *duro-blando*, pero esta clase no es la que ahora nos ocupa.

2004, pág. 173)—, que es lo que ocurre cuando decimos que algo *mide cuatro metros de largo*. En dicha escala se muestra que, como vimos que señalaba Kennedy (2000), un extremo (que, en estos casos, decidimos que sí podría llamarse *negativo*) es cerrado, y otro (que se podrá considerar *positivo*) es abierto. Además, nosotros añadimos en su momento la idea de que el valor cero, en la expresión de la dimensión física, es inalcanzable.

La segunda línea representa el uso de los adjetivos dimensionales para expresar que algo tiene una propiedad en un grado que es “more or less than some reference value”, (Cruse y Croft, 2004, pág. 173); y esto es lo que ocurre cuando se dice que *una persona es alta* o que *una carretera es larga*.

In the diagram, the upper scale is the absolute scale, and the heavy line indicates the reference value (or range) for the relative scale. (Even in the case of a single gradable adjective we need to postulate an absolute and a relative scale, since gradable adjectives are prototypically relative in their basic use.)

(Cruse y Croft, 2004, pág. 173)

Como señalábamos en apartados anteriores, en ocasiones puede recurrirse a un criterio lógico objetivo con que determinarse si un polo es el positivo o el negativo: dependiendo de si el adjetivo asociado con uno u otro polo supone un grado mayor o menor de la propiedad activada. Esto, recordemos, justifica que Cruse y Croft (2004) denominen a un término *sub* y al otro *supra*²⁶⁶:

The members of a pair of antonyms do not have the same relationship to the absolute scale: one term, when intensified, denotes a higher value of the scaled property, while its partner denotes a lower value. Following Cruse and Togia (1995), these will be called the *supra* and *sub* terms, respectively.

(Cruse y Croft, 2004, pág. 173)

También encontrábamos criterios cognitivos relativos al carácter más o menos prominente (*salient*) de una propiedad en lo sensorial: el adjetivo que se asociaba con la mayor presencia física de algo se identificaría con el polo positivo de una escala.

²⁶⁶ Recordemos que en el apartado 2.2.2.3.1 (*Antónimos polares*) nosotros empleábamos estos términos con otros criterios, y a lo que Cruse y Croft (2004, pág. 174) llaman *sub* y *supra* nosotros lo llamaremos términos *negativo* y *positivo*, respectivamente.

Ambos criterios, aplicados concretamente a los adjetivos dimensionales, aparecen recogidos de manera simultánea en la siguiente cita:

Según [H. Cark (1973) y Clark y Clark (1977)], la longitud, por ejemplo, mostraría una asimetría en la naturaleza, dado que una línea permanece como tal según va creciendo en longitud, pero va desapareciendo según se acorta (hasta quedar reducida a un punto). De acuerdo con lo anterior, estos autores concluyen que sería natural concebir el “tener extensión” como positivo y “carecer de ella” como negativo.

(Galeote, 1994, pág. 60)

Puede decirse que el criterio lógico y el cognitivo transcurren paralelos en el caso de los adjetivos dimensionales: el incremento de una propiedad se identifica con la acentuación de su prominencia.

Centrándonos en el grupo de pares que hemos seleccionado en este apartado, vamos a comprobar si, efectivamente, cumplen las características propias de los antónimos polares que apuntábamos con anterioridad.

En primer lugar, hacíamos referencia, a través de Cruse (1986, pág. 208), a su “neutralidad” y a su “carácter objetivamente descriptivo”, y señalábamos que estas cualidades les permiten formar parte de determinado tipo de estructuras comparativas. Recordemos que podíamos decir *X es largo, pero más corto que Y* y *Z es corto, pero más largo que W*, sin ‘comprometernos’ con ninguna parte de la escala.

Efectivamente, centrándonos en nuestro grupo de pares de adjetivos dimensionales, podemos decir que

X es largo, pero más corto que Y

X es alto, pero más bajo que Y

X es ancho, pero más estrecho que Y

X es profundo, pero más somero/superficial que Y²⁶⁷

X es grueso, pero más fino que Y

X es gordo, pero más delgado que Y

X es amplio, pero más estrecho/pequeño que Y

X es grande, pero más pequeño que Y

y decir también que

²⁶⁷ *X es profundo, pero más poco profundo que Y* resultaría un enunciado muy confuso.

Z es corto, pero más largo que W

Z es bajo, pero más alto que W

Z es estrecho, pero más ancho que W

Z es somero/superficial, pero más profundo que W

Z es fino, pero más grueso que W

Z es delgado, pero más gordo que W

Z es estrecho/pequeño, pero más amplio que W

Z es pequeño, pero más grande que W

En contextos no marcados, solo los *supras* permiten preguntas del tipo *¿Cómo de ADJ es X?*, inspiradas en las *How-questions* de Cruse (1986, pág. 209). Así, las preguntas del tipo *¿Cómo de largo es el camino?* / *¿Cómo de alto es el edificio?* / *¿Cómo de ancho es el paso?* / *¿Cómo de profundo es el lago?* / *¿Cómo de grueso es el hilo?* / *¿Cómo de gorda es la serpiente?* / *¿Cómo de amplia es la habitación?* / *¿Cómo de grande es tu perro?* serían preguntas imparciales. Mientras que en preguntas como *¿Cómo de corto es el camino?* / *¿Cómo de bajo es el edificio?* / *¿Cómo de estrecho es el paso?* / *¿Cómo de somero/superficial es el lago?* / *¿Cómo de fino es el hilo?* / *¿Cómo de delgada es la línea?* / *¿Cómo de estrecho es el túnel?* / *¿Cómo de pequeña o estrecha es la habitación?* / *¿Cómo de pequeño es tu perro?* existe un compromiso (*commitment*) con que la entidad de la que se habla tenga un grado de la cualidad tratada que se sitúe en la parte negativa de la escala²⁶⁸.

Así, es posible responder muy corto a la pregunta *¿Cómo es de largo?*, pero no lo es responder muy largo a la pregunta *¿Cómo es de corto?* Esta última pregunta presupone que el objeto es corto pero la anterior no presupone que es largo.

(Bosque, 1985, pág. 64)

[...] el TÉRMINO NO MARCADO de la oposición polar a la que dan lugar [los adjetivos polares] (*alto* en la oposición *alto/bajo*) [...] es apropiado para construir preguntas que se refieren a ella en su conjunto sin un contexto previo que la haya introducido como tema del discurso. Las preguntas *¿Qué tan alto es?* o *¿Cómo es de alto?* equivalen a *¿Qué altura tiene?*, y no rechazan la respuesta *Muy bajo*. En cambio, si la pregunta se hace sobre el término marcado (*¿Qué tan bajo es?*; *¿Cómo es de bajo?*), no se designa la totalidad de la dimensión.

(NGLE, 2009, pág. 916)

²⁶⁸ Recordemos que esta capacidad para aparecer en preguntas de este tipo era lo que, conforme a nuestro criterio, iba a determinar que considerásemos un término *supra* y, el otro, *sub*.

Una característica común que podemos atribuir al grupo seleccionado, pero no a otros antónimos polares, es el hecho de que —como señalan Carey (1978, pág. 276) o Lang (1989)— al menos el miembro *supra* del par puede ser empleado en construcciones de medida en que se usan unidades métricas, ya sean lineales, cuadradas o cúbicas. De esta característica no participarían pares como *gordo-delgado* o *gordo-flaco*, ya que —como advierte Carey (1978, pág. 276) a propósito de *fat* y *skinny*— aunque comparten muchas características con, por ejemplo, *grueso* y *fino*, puede cuestionarse el que hagan referencia exactamente a una extensión espacial.

De este modo, como señala Carey (1978, pág. 276), a la cuestión “¿cómo es Juan de gordo?” (*How fat is John?*) no puede responderse “dos pies” (*two feet*), ni “200 libras” (*two hundred pounds*), sino más bien “muy” (*very*). Del mismo modo, de acuerdo con ese criterio, “¿cuánto mide de gordo?”, sería una cuestión anómala, frente a “¿cuánto mide de largo?”. De este modo, según Carey, la dimensión relevante de comparación para “gordo” y “flaco” sería una ratio entre extensiones espaciales, más concretamente, relativa a la anchura o grosor, dada cierta altura. Carey (1978, pág. 276) llama a esta dimensión “forma relativa”, la cual contrastaría con la simple extensión espacial²⁶⁹.

(Galeote, 1994, pág. 44)

También el par *grande-pequeño* presenta dificultades en este aspecto. Es cierto que no sería normal una pregunta como *¿Cuánto mide eso de grande?* Sin embargo, aunque pueda resultar algo forzado, a la pregunta *¿Cómo es eso de grande?* sí se puede responder, por ejemplo, 80x25 cm (en el caso de un objeto bidimensional) o 80x25x48, en el caso de uno tridimensional. La diferencia fundamental entre este par y el par *gordo-flaco* / *delgado* reside en que, mientras el segundo, como veíamos, podría hacer referencia a algo así como la forma de un objeto, *grande* y *pequeño* siempre aluden a dimensiones espaciales, aunque de una manera holística.

A la hora de establecer comparaciones de multiplicidad, es el término *supra* el que las permite con mayor ‘naturalidad’. Así, son perfectamente ‘naturales’ las siguientes comparaciones:

²⁶⁹ Si bien somos conscientes de que pueden ser adjetivos muy relacionados con la forma de los objetos, nosotros sí aceptamos usos dimensionales de adjetivos como *gordo*, *grueso*, *flaco*, *delgado*, *fino*... Así, *una capa de hielo muy delgada* lo es independientemente de lo extensa que sea esa capa en sus otras dos dimensiones. De hecho, como hemos visto, esta clase de adjetivos la relacionamos con entidades que no activan el esquema de imagen CONTENIDO / CONTINENTE, mientras que *ancho* y *estrecho* sí los consideramos asociados con dicho esquema de imagen.

X es el doble/la mitad de largo que Y
X es el doble/la mitad de alto que Y
X es el doble/la mitad de ancho que Y
X es el doble/la mitad de profundo que Y
X es el doble/la mitad de grueso que Y
X es el doble/la mitad de gordo que Y
X es el doble/la mitad de amplio que Y
X es el doble/la mitad de grande que Y

No lo son tanto, en cambio, las siguientes estructuras que giran en torno al término *sub*:

X es el doble/la mitad de corto que Y
X es el doble/la mitad de bajo que Y
X es el doble/la mitad de estrecho que Y
X es el doble/la mitad de somero/superficial que Y
X es el doble/la mitad de fino que Y
X es el doble/la mitad de delgado que Y
X es el doble/la mitad de pequeño que Y

Como señalan Cruse y Croft (2004, pág. 174), algunos hablantes pueden interpretar que *twice as short* (*El doble de corto*) y *half as short* (*La mitad de corto*) son equivalentes. Es decir, se puede interpretar que tanto una como otra expresión suponen la división (entre dos) o la multiplicación (por dos) de la longitud de algo. Esta ambigüedad pone de manifiesto el carácter forzado de estas construcciones y las diferencias de las anteriores, que solo tienen una interpretación posible.

Sobre el proceso de nominalización, puede señalarse que entre los términos *sub* y *supra* seleccionados, encontramos los siguientes sustantivos derivados (desde una aproximación sincrónica, ajustada también a nuestra propia competencia lingüística como hablantes del español europeo):

Largo → *LARGURA*²⁷⁰ / *Alto* → *ALTURA*, *ALTITUD*²⁷¹ / *Ancho* → *ANCHURA*²⁷² / *Profundo* → *PROFUNDIDAD* / *Grueso* → *GROSOR*²⁷³ / *Gordo* → *GORDURA*²⁷⁴ / *Amplio* → *AMPLITUD* / *Grande* → *GRANDEZA*²⁷⁵

Corto → *CORTEDAD*²⁷⁶ / *Bajo* → *BAJURA*, *BAJEZA* / *Estrecho* → *ESTRECHEZ*, *ESTRECHURA*²⁷⁷ / *Somero-Superficial* → .../ *SUPERFICIALIDAD* / *Fino* → *FINURA*, *FINEZA* / *Delgado* → *DELGADEZ* / *Pequeño* → *PEQUEÑEZ*

Como hemos comprobado, es más frecuente que los términos *supra* presenten sustantivos derivados. Además, aunque algunos términos *sub* desarrollen sustantivos derivados, en muchas ocasiones sus usos han quedado anquilosados y reducidos a determinadas coapariciones (*pesca de bajura*, *cortedad de miras*) o relegados a usos metafóricos alejados de la dimensión física (*bajeza* como comportamiento inmoral, *fineza* con un sentido similar al de *delicadeza*...).

Es más frecuente que carezca del sustantivo correspondiente el término marcado —o bien que se use poco— (*cortedad*, *bajura*) que el término no marcado (*largura*, *altura*). Alguno de estos sustantivos solo posee en nuestra lengua sentido figurado [...].

(Bosque, 1985, pág. 64)

²⁷⁰ El adjetivo *luengo* (*longo*), en desuso, se relaciona con *longitud*, que es mucho más frecuente que *largura*: “«longitud» ha venido a ocupar el lugar que le correspondería a «largura», de manera que la pareja adjetivo – sustantivo la forman «largo» y «longitud», (Corrales Zumbado, 1977, pág. 96). Por otra parte, *longor* y *longura* pueden considerarse arcaísmos, (Corrales Zumbado, 1977, pág. 99).

²⁷¹ *Altitud* puede ser sinónimo de *altura* o puede emplearse para medir la ALTURA de algo tomando como base el nivel del mar. De *alteza* señala Corrales Zumbado (1977, pág. 67) que es un arcaísmo cuyo “significado figurado y el de tratamiento han prevalecido sobre el significado de ‘dimensión’ que tuvo en otro tiempo”. Respecto a *altor*, este mismo autor precisa que, aunque se registra en siglos pasados, “no parece haber tenido nunca un gran uso”, Corrales Zumbado (1977, pág. 67).

²⁷² Corrales Zumbado (1977, pág. 89) aplica a *anchor*, *ancharia* y *ancheza* la etiqueta de arcaísmos.

²⁷³ *Grosedad* y *groseza* son “arcaísmos sin ningún valor en la actualidad” (Corrales Zumbado, 1977, pág. 107).

²⁷⁴ No hace referencia a una dimensión, sino a una propiedad basada en la forma o en la abundancia de “carnes y grasas en las personas y animales”, (DRAE, s. v. *gordura*, consultado en línea en marzo de 2015).

²⁷⁵ Raramente se emplea *grandeza* en la actualidad con un sentido puramente dimensional.

²⁷⁶ Como dijimos con anterioridad, *cortedad* aparece, sobre todo, en contextos en los que su sentido es metafórico. Por otra parte, *cortura* (como sustantivo derivado por sufijación a partir del adjetivo *corto*) se registra tan solo esporádicamente en el CORDE, sobre todo en textos encuadrados cronológicamente entre el último cuarto del siglo XIII y finales del siglo XV.

²⁷⁷ *Estrechura* no es frecuente con la acepción dimensional, (Corrales Zumbado, 1977, pág. 90). *Estrechez* y *estrechía* son, según Corrales Zumbado (1977, pág. 90), “términos anticuados”.

El sustantivo genéticamente relacionado con el adjetivo ‘imparcial’ mantiene la imparcialidad a la hora de formular preguntas no marcadas. Así, en contextos neutrales, es normal preguntar ¿Cuál es el/la *largura* (*longitud*), *altura*, *anchura*, *amplitud*, *profundidad*, *grosor*, *grandeza* de X? En cambio, con los sustantivos derivados de los adjetivos ‘comprometidos’ solo podrían hacerse estas preguntas en los casos en contextos marcados.

Por último, respecto al proceso de caracterización como antónimos polares de los adjetivos del grupo seleccionado en este apartado (*grande*, *pequeño*, *largo*, *corto*, *ancho*, *estrecho*, *amplio*, *profundo*, *somero*, *superficial*, *grueso*, *fino*, *grande* y *pequeño*), ha de señalarse que, generalmente, los términos *supra* pueden comportarse como un sustantivo que representa al parámetro dimensional en que actúa. Habitualmente, este término “[...] se aplica a la totalidad de la dimensión ya que abarca todos los grados de una misma propiedad”, en (Bosque, 1985, pág. 64). Es decir, puede decirse que se va a medir *el ancho* de una piscina, utilizándose *ancho* con sentido de *anchura*²⁷⁸. Es posible encontrar *Quiero medir el largo*²⁷⁹ *de la serpiente* / *Quiero medir el alto*²⁸⁰ *de la torre* / *Quiero medir el ancho*²⁸¹ *de la piscina* / *El grueso*²⁸² *de la pared...*; pero no **Quiero medir el gordo de la serpiente* / **Quiero medir el amplio del túnel* / **Quiero medir el profundo del lago*²⁸³. Ninguno de los términos *sub*, en cambio, permite este tipo de construcciones.

²⁷⁸ Concebida la piscina como una superficie (bidimensional) horizontal cuadrada, su *ancho* o su *anchura* sería la distancia entre sus lados más largos.

²⁷⁹ Corrales Zumbado (1977, págs. 96 y 97) señala que “el uso de «largo» como sustantivo es, desde luego, muy restringido” y que ese uso se da, fundamentalmente, en cuantificaciones concretas, del tipo *3 metros de largo*.

²⁸⁰ Si bien *alto* y *altura* son intercambiables en ciertos contextos, “sobre todo en los del tipo: «la mesa tiene un metro de alto»”, *altura* es, respecto al uso como sustantivo de *alto*, “un término de mucha mayor amplitud, en lo que se refiere al hecho distribucional, puesto que es posible su utilización en cualquier contexto, mientras que la norma rechaza «alto» en bastantes ocasiones”, en Corrales Zumbado (1977, pág. 69).

²⁸¹ Respecto al uso de *ancho* como sustantivo, Corrales Zumbado (1977, págs. 91 y 92) señala que en este caso no hay, como ocurría entre *alto* y *altura*, “una diferencia de distribución que permita establecer una diferencia correlativa a la frecuencia” y que “prácticamente en todos los contextos en los que puede aparecer «ancho» como sustantivo es factible su conmutación por «anchura», y viceversa. Pero «ancho» es normalmente más utilizado en construcciones del tipo «Numeral + de + ancho», que son las de mayor frecuencia”. A pesar de ello, “«ancho» tiene una frecuencia de uso como adjetivo infinitamente superior a la de sustantivo”.

²⁸² “[...] la frecuencia de «grueso» como sustantivo es escasa”, según Corrales Zumbado (1977, pág. 108).

²⁸³ Aunque puede hablarse de *lo profundo del océano*, en estos casos *profundo* no es sinónimo de *profundidad*, sino que hace referencia a la “parte más honda de una cosa”, (DRAE, consulta en línea en

2.5. Recapitulación

En este segundo capítulo, hemos llevado a cabo una caracterización la clase de los adjetivos dimensionales de acuerdo con algunas de sus propiedades fundamentales: la subsectividad, la polaridad y la graduabilidad. Para ello hemos prestado atención, primero, a los conceptos a partir de los que surgen estas características; después hemos tratado de resolver algunos problemas derivados de la aplicación de esos conceptos; y, finalmente, hemos aplicado las conclusiones obtenidas al comportamiento específico de las palabras que nos ocupan.

Al tiempo que dábamos cuenta de estos procesos hemos ido seleccionando un grupo concreto de pares de adjetivos dimensionales del español que se caracterizan por ser antónimos polares asociados a magnitudes más o menos básicas. Algunos de los miembros de estos pares nos servirán más adelante como representantes de la categoría de los adjetivos dimensionales y en su comportamiento semántico se centrará la propuesta lexicográfica que constituye el núcleo de la segunda parte de este estudio. El carácter general de dicha propuesta nos llevará a excluir adjetivos como *grueso*, *gordo*, *delgado*, *fino* o *amplio*, ya que, como hemos indicado a lo largo del capítulo, se relacionan de forma casi exclusiva con objetos dimensionales de características muy especiales. Los adjetivos en los que se centre la propuesta lexicográfica de la segunda parte serán, por tanto, *alto*, *bajo*, *largo*, *corto*, *ancho*, *estrecho*, *profundo*, *somero*, *superficial*, *grande* y *pequeño*. Se trata de adjetivos que, en principio, se emplean para la descripción de la mayor parte de los objetos bi y tridimensionales, por lo que —si bien *somero* y *superficial* presentan también algunos problemas y su presencia se justifica, sobre todo, por ser (en determinados contextos) los antónimos de *profundo*— podemos considerar que los adjetivos dimensionales señalados conforman el grupo más básico con que ejemplificar esta clase de palabras.

enero de 2015, s. v. *profundo*). Curiosamente, Corrales Zumbado (1977, pág. 79) no parece aceptar este uso y señala que “profundo como sustantivo es insólito” y que para expresar el significado de ‘parte más honda de una cosa’ se prefiere *fondo*.

CAPÍTULO 3. LA INTERPRETACIÓN DE LOS ADJETIVOS SUBSECTIVOS (DIMENSIONALES)

Una vez recogidas en los dos capítulos anteriores las características fundamentales de los adjetivos dimensionales, es en este tercer capítulo donde presentaremos aquellos factores que intervienen en su interpretación, explicando los procesos concretos que permiten (o favorecen) que dicha interpretación funcione con éxito en los intercambios comunicativos reales.

3.1. La clase de referencia

3.1.1. Lo adjetivado como elemento de una categoría

El sustantivo al que acompaña (en cualquier posición) un adjetivo subsectivo debe, para cobrar sentido, mostrarse ante nuestros ojos como el nombre de un elemento perteneciente a una categoría concreta que nos permitirá disponer de un ‘fondo’ de contraste respecto al que relativizar una propiedad (la expresada por el adjetivo) presente en dicho elemento.

Para interpretar *El buen abogado nos arregló los papeles* se debe encontrar una clase de referencia que ayude a ‘modular’ el adjetivo *buen* en lo cualitativo; además, será necesario buscar otra clase de referencia que ayude a su interpretación cuantitativa, ya que, incluso sabiendo que esa persona es buena como profesional de la abogacía, el grado de valor profesional que deba alcanzar para ser considerada *buena* será distinto si se relativiza respecto a los [abogados principiantes] o a los [abogados mejor pagados del mundo]). La interpretación de los adjetivos cualitativamente subsectivos activa, por lo tanto, la ‘búsqueda’ de dos categorías: una que module el ‘cómo’ y otra que module el ‘cuánto’. En *Ayer en el zoo vi un elefante pequeño*, sin embargo, nos encontramos con que se necesita únicamente una categoría de referencia para establecer con qué tamaño aproximado (el ‘cuánto’) se relaciona *pequeño*, ya que no hay distintos modos de ser pequeño (el ‘cómo’).

La interpretación de la subsectividad cuantitativa requiere, por lo tanto, determinar un único conjunto de cosas (de entre los infinitos conjuntos posibles) respecto al que

comparar el grado en que se da una propiedad en una entidad²⁸⁴. La categoría concreta respecto a la que se debe relativizar el adjetivo es lo que tradicionalmente se ha denominado *comparison class*²⁸⁵:

The term *comparison class* was introduced by Klein to refer to “a subset of the universe of discourse which is picked out relative to a context of use” (Klein 1980: 13). By this view, an utterance such as *Mike is tall* is interpreted as ‘Mike is tall for C’ or ‘Mike is taller than the average of C’, where C is a comparison class.

(Tribushinina, 2008, pág. 128)

3.1.1.1. ¿Cómo se establece la *comparison class*? Determinación de la clase de referencia de los adjetivos cuantitativamente subsectivos.

La respuesta a la pregunta que da título al apartado debe basarse en un planteamiento que supere lo puramente lingüístico. En nuestra opinión, para resolver el problema que plantea esta pregunta, resultará imprescindible abordar el fenómeno del lenguaje desde una perspectiva que tome en consideración factores pragmáticos y no se limite a cuestiones lógicas o estrictamente lingüísticas.

Tribushinina (2008) aborda de un modo conciso cómo se ha tratado tradicionalmente el problema que nos ocupa en este apartado:

There have been numerous attempts to formalize the process of identifying comparison classes and standard values (see for example Bierwisch 1971; Chafe 1970; Katz 1972; Lyons 1969, 1967; Rips & Turnbull 1980; Vendler 1968).

²⁸⁴ Es necesario aclarar que, aunque el sustantivo pueda hacer referencia también a categorías o a conjuntos de individuos, esas categorías o conjuntos son también elementos de otras categorías mayores, pues un conjunto puede incluir como elementos otros conjuntos.

Si, por ejemplo, se dice Los tres perros grises que hay en mi calle son enormes, el conjunto formado por esos tres perros grises es, además de un conjunto, un elemento de infinitas otras categorías, y será necesario averiguar si la categoría respecto a la que es pertinente relativizarlo será la de [los perros], la de [los perros que hay en mi calle], la de [los perros grises] o cualquier otra de las posibles. Del mismo modo, si se dice Los perros son muy rápidos (haciendo referencia a los perros como especie, es decir, a la categoría general de [los perros]) también el conjunto de los [perros] deberá ser contemplado como un elemento complejo y habrá de saberse, de nuevo, como miembro de qué categoría en concreto (¿la de [los animales]?, ¿la de [los cuadrúpedos]?) deberá ser considerado rápido dicho elemento-conjunto. En este caso, no se podría relativizar respecto a la categoría explícita [los perros] porque esta categoría no es miembro de sí misma, no es {[los perros]} uno de los miembros del conjunto de [los perros]).

²⁸⁵ “[...] the comparison class is just the set of things that the participants in a conversation happen to be talking about at a given time. In formal terms, a comparison class is a subset of the universe of discourse which is picked out relative to a context of use”, en Klein (1980, pág. 13).

The basic claims can be summarized as follows. When an adjective is used attributively, its head-noun provides a comparison class. Attributive uses thus present little problem and lend themselves easily to analyses in terms of comparison classes. See, for example, (16) where the head-noun *elephant* is claimed to provide a comparison class for the interpretation of *big*.

(16) *I saw a big elephant*

In the above example, so the argument goes, what I saw was an elephant, big vis-à-vis average elephants. When adjectives are used predicatively, the decision is not that straightforward. Two possibilities are usually mentioned in the literature. If the subject is a definite term, then the subject itself provides a comparison class, as in (17):

(17) *This elephant is big = This is a big elephant*

If the subject is an unmodified plural noun, it cannot name the comparison class (elephants are big ≠ Elephants are big elephants). In this case, it is argued, the comparison class is the immediate superordinate of the subject:

(18) *Elephants are big = Elephants are big animals.*

(Tribushinina, 2008, pág. 131)

Al igual que la propia Tribushinina (2008), nosotros consideramos que las perspectivas que la autora presenta podrían resultar válidas como tendencias, pero se recurre a unas reglas demasiado estrictas que obvian la importancia del contexto real en que se emiten los enunciados.

The problem with the approach outlined above is that it does not take contextual information into consideration. As any compositional account, it largely rests on default principles.

(Tribushinina, 2008, pág. 132)

Es cierto que cuando un adjetivo aparece en posición atributiva existe una inclinación a considerar que el sustantivo al que acompaña es el nombre de la categoría que actúa como fondo, pero eso es solamente —y repetimos la idea— una tendencia, y los factores contextuales pueden hacer que esta no se materialice.

By default, a head-noun of an attributively used adjective lends itself to the role of the designator of a comparison class. But defaults, no matter how strong they are, can be easily overridden in actual language use, where comparison classes do not have to be expressed by head-nouns, nor are they necessarily identified with the immediate superordinate of the subject. Consider, for instance, the following example from Kennedy (2007: 11):

(19) *Kyle's car is an expensive BMW, though it's not expensive for a BMW. In fact, it's the least expensive model they make.*

The principle of compositionality would predict that the head-noun BMW provides the comparison class for interpreting the adjective expensive. However, this default is cancelled by the negation of the for-phrase in the subsequent clause.

(Tribushinina, 2008, pág. 132)

En el ejemplo de la cita anterior, Tribushinina (2008) aduce excepciones a la regla antes mencionada empleando un enunciado en que la categoría de fondo no es la directamente modificada por el nombre. Podríamos incluso ir más allá y encontrar contextos en los que esa categoría de fondo no apareciera en ningún momento de forma explícita y, en ese caso, tuviera que ser activada exclusivamente a través de factores contextuales generales.

Advertimos, pues, cómo, a pesar de que puede asumirse que existe cierta tendencia a considerar que el nombre al que acompaña el adjetivo (en construcciones atributivas) o el que cumple la función de sujeto (o la categoría supraordinada inmediata) (en las predicativas) es el que aporta la categoría de referencia, un análisis detallado de muestra que esta asignación categorial depende del contexto “a wide range of choices is usually posible”, (Tribushinina, 2008, pág. 14). La tendencia mencionada no puede, por tanto, tomarse como norma.

Not only predicative adjectives, but also adjectives used attributively may take a comparison class other than the one specified by the head-noun and/or subject of the sentence. Nor does the comparison class have to be the immediate superordinate of the subject.

(Tribushinina, 2008, pág. 146)

En los apartados siguientes veremos algunas cuestiones que, desde nuestra perspectiva, deben ser tenidas en consideración a la hora de analizar el modo en que se determina la categoría que actúa como fondo de contraste para relativizar una propiedad concreta aplicada a una entidad determinada. En primer lugar abordaremos el modo en que debe ser interpretado el sustantivo al que acompaña (en una u otra posición) un adjetivo subsectivo (dimensional). A continuación, en los dos apartados siguientes, nos acercaremos a conceptos de carácter pragmático y psicológico: RELEVANCIA y NIVEL DE BASE.

3.1.1.1.1. El significado del nombre como una cuestión contextual

Aunque tradicionalmente el significado ha sido concebido como un objeto que se podía empaquetar y hacer llegar de un origen a un destino²⁸⁶, creemos que, siguiendo las ideas de, entre otros, Langacker (1987), Fauconnier (1994 y 1997) o Turner (1991), el significado (la comunicación) debe ser considerado como un proceso (cuyo punto de inicio está, eso sí, en las palabras²⁸⁷).

En consonancia con los postulados de la Semántica cognitiva, consideramos que el significado es de naturaleza enciclopédica y que las palabras son solo puntos de acceso²⁸⁸ a un vasto entramado de conocimiento²⁸⁹ que se activa a través del uso ‘real’ del lenguaje. En este sentido, parece conveniente dejar de considerar el significado de las palabras como un fenómeno que se da en el lenguaje y pasar a entenderlo como un acontecimiento que se observa (y sucede) en el lenguaje, pero cuya naturaleza es, sobre todo, de carácter mental. Tal y como señalan Evans y Green (2006, pág. 162), “meaning is a process rather than a discrete thing”, y dicho proceso consiste, básicamente, en la selección de una interpretación adecuada dentro de un contexto comunicativo determinado.

²⁸⁶ Reddy (1979) habla de esta concepción de la comunicación como *the conduit metaphor*. Evans y Tyler (2003, pág. 17) entienden que “to view words as ‘containing’ meaning” es “a naïve view of communication”. A este respecto, consideramos especialmente interesante la siguiente cita: “How do human beings communicate with one another? For verbal communication, at least, there is a sort of folk answer, suggested by a variety of metaphors in everyday use: ‘putting one’s thoughts into words’, ‘getting one’s ideas across’, ‘putting one’s thoughts down on paper’, and so on. These make it sound as if verbal communication were a matter of packing a content (yet another metaphor) into words and sending it off, to be unpacked by the recipient at the other end. The power of these figures of speech is such that one tends to forget that the answer they suggest cannot be true”, (Sperber y Wilson, 1986, pág. 1). Lakoff (1987) considera que esa metáfora de la comunicación se basa en la concepción de la mente a través del esquema de imagen del CONTENEDOR: “According to the conduit metaphor, the THE MIND IS A CONTAINER, IDEAS ARE ENTITIES and communication involves taking ideas out of the mind, putting them into words, and sending them to other people”, (Lakoff, 1987, pág. 450). Por su parte, Grady (1997, págs. 121-128) considera que la *conduit metaphor* se basa en otras metáforas más básicas: “CONSTITUENTS ARE CONTENTS, ACHIEVING A PURPOSE IS ACQUIRING A DESIRED OBJECT, INFORMATION IS CONTENTS, THOUGHTS ARE POSSESSIONS / LEARNING IS ACQUIRING”.

²⁸⁷ Langacker (1987, pág. 155), en relación con este aspecto, señala lo siguiente: “linguistic expressions are not meaningful in and of themselves, but only through the access they afford to different stores of knowledge that allow us to make sense of them”.

²⁸⁸ *Points of Access to a network*, en la terminología de Langacker (1987 pág. 163); *prompts*, en la lingüística anglosajona en general.

²⁸⁹ Este conocimiento ha recibido distintas denominaciones: *encyclopedic knowledge*, *common-sense knowledge*, *sociocultural knowledge* o *real-world knowledge*.

Los conocimientos enciclopédicos se obtienen a través de la experiencia social de interacción entre individuos y grupos, y a través de la experiencia física con el entorno: es parte del conocimiento del mundo general que tiene un hablante. Una cosa es, por ejemplo, saber qué es una corbata (conocimiento lingüístico) y otra saber cómo hacerse el nudo o cuál es el color apropiado de una corbata en determinada ocasión (conocimiento enciclopédico).

Tradicionalmente, toda esta información acerca del mundo que entra en juego con la aparición de una palabra se consideraba un conocimiento tangencial, que en ningún caso podría entenderse como parte del significado de esta. El significado, en el modelo tradicional, se concebía de modo análogo a como lo suelen hacer los diccionarios, es decir, como una carga de información muy básica que se almacenaría en nuestro lexicón (o diccionario mental) acompañando a cada palabra-entrada. Todo el acervo enciclopédico activado por las palabras se consideraba, por lo tanto, conocimiento extralingüístico, y quedaba fuera del campo de la semántica²⁹⁰.

Uno de los ejemplos ‘clásicos’ que utiliza la lingüística para ilustrar la idea de que el conocimiento enciclopédico es imprescindible en la interpretación de una palabra es el que emplea Fillmore (1975, págs. 128-129; 1977, págs. 68-70) al hablar del concepto de *BACHELOR* (‘soltero’). Fillmore supone que una definición tradicional consideraría que *bachelor* es simplemente un “adult unmarried male”. Adoptando esa definición como el significado exclusivo de la palabra, podríamos preguntarnos si no resultaría extraño aplicar dicho término a casos como el del Papa de Roma, Tarzán, o a un hombre que llevara 30 años viviendo con su novia. Por otro lado, la capacidad de cualquier hablante para interpretar en enunciado *Tu marido siempre será un soltero*, dirigida a una mujer que se queja del comportamiento de su marido, hace suponer que en el concepto SOLTERO hay información que supera la definición de diccionario y que “we have to call our encyclopedic knowledge in order to properly understand a concept”, (Cruse y Croft, 2004, pág. 30). Que se seleccione una parte u otra de toda esa información²⁹¹ obedece a la aparición del término en un contexto determinado²⁹². Es decir, que es el contexto (en el

²⁹⁰ Trataremos en profundidad cuestiones relativas a la concepción tradicional del significado (y su relación con los diccionarios) en el capítulo 4. (Significado y lexicografía).

²⁹¹ Esta idea encuentra cierta similitud con la Teoría de los *Qualia* de Pustejovsky a la que hicimos referencia en el apartado 2.1.1.3. y sobre la que volveremos en el apartado 4.5. (*Polisemia y significados*).

²⁹² Profundizaremos en el concepto de CONTEXTO en el apartado 4.2. (*Concepción del significado*).

sentido amplio, no solo el contexto textual o cotexto) el que guía la selección de unos datos que se consideran relevantes para una ocasión comunicativa determinada en detrimento de otros. Este proceso por el que se privilegia parte de los conocimientos generales asociados a un elemento léxico es lo que Cruse (1986) denomina *contextual modulation*²⁹³. Podemos decir, por lo tanto, que el significado de una palabra solo se activa cuando esta aparece en un contexto determinado, es decir, cuando las palabras se usan en una situación real, formando parte de una manifestación verdadera del lenguaje, no de una abstracción metalingüística.

Word meaning of a language is ‘protean’ in nature. This means that the meaning associated with a single word is prone to shift depending on the exact context of use. Thus cognitive semanticists argue that the meaning of any given word is constructed ‘on line’.

(Evans, 2006, pág. 213)

La concepción del SIGNIFICADO que hemos descrito hasta ahora debe llevarnos a reparar en el hecho de que los sustantivos a los que acompaña un adjetivo subsectivo experimentan también ‘alteraciones’ semánticas dependientes del contexto en que aparecen, y dichas alteraciones orientarán, necesariamente, el modo como se interpreten los propios adjetivos subsectivos.

Así, en *Alejandro ha dado un paseo muy largo*, lo que entendamos por *largo* será diferente si Alejandro es un niño de dos años, si Alejandro es un anciano o si Alejandro es un ciclista profesional que se está entrenando: el sustantivo *paseo*, cuyo significado es una entidad abstracta más o menos estable, ajusta su interpretación al contexto concreto en que aparece, y son estas variaciones semánticas del nombre las que, en cierta medida, provocan que el valor de *largo* sufra también ‘adaptaciones’ a las posibles interpretaciones de la palabra que acompaña.

²⁹³ Sperber y Wilson (2004, pág. 238), en este sentido, señalan lo siguiente: “Según [el modelo clásico del código], un emisor codifica mediante una señal el mensaje que intenta transmitir, mensaje que es, a su vez, decodificado a partir de esa señal por quien la recibe, gracias a sendas copias de un código idéntico que ambos comparten. Según el modelo inferencial, en cambio, el comunicador proporciona una evidencia de su intención de transmitir un cierto significado, que el interlocutor deberá inferir a partir de esa evidencia suministrada. Desde luego, un enunciado es solo una parte de esa evidencia, un segmento que se ha codificado de forma lingüística, por lo que la comprensión del lenguaje oral implica siempre un factor de decodificación. Pero, en cualquier caso, el significado lingüístico al que se llegue mediante tal decodificación será solo uno de los inputs que intervengan en un proceso de inferencia no-demostrativa que provocará una interpretación particular del significado del hablante”.

Tribushinina (2008) adapta de Hutchinson (1993, pág. 112) un ejemplo que toma como base el enunciado *These films were filled with gigantic ants, spiders, and even rabbits*:

Taken out of context, we do not know what kinds of films are mentioned [...]. If the word film evokes the idea of documentaries about the world of nature (e.g. films on the Discovery Channel), the interpreter is likely to use ants, spiders and rabbits as comparison classes, and the average-size ant, spider and rabbit as a cognitive zero. Gigantic ants, spider and rabbits are in this event much bigger than these species usually are, but not as big as people, let alone buildings. However, if we know that [the sentence] is part of an article about sciences fiction movies thrillers that pictured ordinary animals turned into huge monsters as a result of nuclear testing, then we realize that the default comparison classes are not relevant here. The ants over-turned police cars in these movies were not gigantic qua ants, not even qua insects.

(Tribushinina, 2008, pág. 133)

Parece claro, por lo tanto, que establecer la categoría de referencia respecto a la que relativizar un adjetivo no consiste únicamente en encontrar la palabra que representa esa categoría y analizar su significado ‘de diccionario’. Los conocimientos enciclopédicos ligados al concepto y la información contextual relativa a su uso resultan imprescindibles para establecer con precisión cuál es el conjunto de cosas que debe convertirse en el fondo adecuado de comparación.

Cómo los hablantes se dirigen hacia la selección de unos u otros significados de entre todos los potencialmente activables será una cuestión abordada en el próximo apartado a través del análisis de algunos de los principios pragmáticos²⁹⁴ generales que guían la comunicación.

3.1.1.1.2. Explicatura, inferencia y relevancia

Después de todo lo apuntado en apartados anteriores, la conclusión más evidente a la que podemos llegar acerca de la manera como deben ser interpretados los adjetivos subsectivos es que, para que su interpretación sea eficiente, esta no puede limitarse a un simple proceso de descodificación lingüística de los enunciados en que estos aparecen.

²⁹⁴ Entenderemos por PRAGMÁTICA lo siguiente: “[...] el estudio de los principios que regulan el uso del lenguaje en la comunicación, es decir, las condiciones que determinan tanto el empleo de un enunciado concreto por parte de un hablante concreto en una situación comunicativa concreta, como su interpretación por parte del destinatario”, en (Escandell, 2006, págs. 15 y 16). Para una aproximación general a la perspectiva pragmática, véase Portolés (2004, págs. 21-30).

Como anticipábamos en el apartado anterior, a pesar de que el código lingüístico puede ‘descifrarse’ mediante asociaciones semánticas y reglas gramaticales más o menos fijadas, si se pretende arrojar luz acerca del proceso comunicativo real que se entabla entre los hablantes, ese análisis en abstracto resultará incompleto, y se hará imprescindible prestar atención también a las situaciones comunicativas concretas²⁹⁵ en que se materializan los enunciados²⁹⁶. En el intercambio lingüístico, por lo tanto, el enunciado en sí es solamente la parte lingüísticamente codificada, y solo recurriendo a los procesos inferenciales²⁹⁷ que se desencadenan en cada situación comunicativa concreta se puede llegar a su interpretación total.

El contenido de una pragmática de carácter inferencial es explicar cómo el oyente deduce el significado del hablante a partir de la evidencia proporcionada por este.

(Sperber y Wilson, 2004, pág. 238)

Resultará imprescindible, por lo tanto, comprender que “por encima de [el proceso de decodificación lingüística] actúa siempre otro proceso superpuesto que enriquece inferencialmente la información contenida en las representaciones semánticas abstractas

²⁹⁵ En el uso real del lenguaje no nos encontramos nunca con palabras ni oraciones aisladas, sino con enunciados, que, de un modo u otro, están contextualizados. (Tratamos la diferencia entre los conceptos de ENUNCIADO y ORACIÓN en la siguiente nota: n. 296). El análisis gramatical y semántico de las oraciones, por lo tanto, nos puede llevar únicamente a resolver algunas cuestiones semánticas, pero, como señala Escandell (2006, pág. 32), “desde el punto de vista de la comunicación, comprender una frase no consiste simplemente en recuperar significados”. Será con el estudio de los enunciados como pueda resolverse su comprensión o interpretación. Para lograrlo será necesario prestar atención, por lo tanto, a todos aquellos factores extralingüísticos que quedan más allá del análisis oracional. Es decir, a los factores pragmáticos.

²⁹⁶ Es importante diferenciar claramente los conceptos relacionados con *enunciado* y *oración*. El primer término hace referencia a la expresión lingüística que produce un emisor, es decir, “es una secuencia lingüística concreta realizada [...] en una situación comunicativa”, (Escandell, 2006, pág. 30). Con *oración*, en cambio, se designa “una entidad abstracta, teórica, no realizada” —(Escandell, 2006, pág. 30)— cuyo contenido semántico es independiente de sus posibles usos ‘reales’. Podemos encontrarnos con que una oración y un enunciado sean formalmente coincidentes; sin embargo, el enunciado es la realización comunicativa concreta de una forma dentro de un contexto, la oración es esa forma en sí. Mientras “la pragmática se ocupa de los enunciados”, la gramática lo hace “de las oraciones”, (Escandell 2006, pág. 235). Para la definición del concepto de enunciado, sus límites dentro del discurso y su relación con la enunciación, véase Portolés (2004, pág. 52-58).

²⁹⁷ Sperber y Wilson (1986) reservan el nombre de *inferencia* solo para el proceso mental que permite interpretar los implícitos pragmáticos, es decir, los que dependen de un contexto comunicativo. Más adelante, veremos también que se puede hablar de inferencia para ‘completar’ el contenido de las explicaturas. Para una aproximación a los conceptos de inferencia y explicatura, véase Portolés (2004, págs. 85-87 y págs. 145-162).

por medio de la aplicación de principios deductivos de carácter general” —(Escandell 2006, pág. 232)— en un contexto determinado.

[...] una parte importante de la interpretación de un gran número de enunciados depende decisivamente de los factores extralingüísticos que configuran el acto comunicativo: conocer la entidad del emisor o del destinatario y conocer las circunstancias de lugar y tiempo de emisión son requisitos imprescindibles para conseguir una interpretación plena. Y [...] resulta evidente que solo desde una perspectiva pragmática se podrá tener acceso al tipo de información necesaria para lograr este objetivo.

(Escandell, 2006, pág. 24)

El factor fundamental que permite la interpretación de los enunciados (más allá de lo lingüístico y de lo estrictamente contextual) es el hecho de que, como señala Grice [1957] (1989), la mayor parte de la comunicación humana se basa en la expresión y el reconocimiento de intenciones. La primera intención que debe expresar un hablante para ser entendido es la propia intención informativa, es decir, debe hacerse explícito que se pretende comunicar algo²⁹⁸. A partir de ahí, será el conocimiento sobre “el conjunto de creencias, supuestos, opiniones y sentimientos de un individuo en un momento cualquiera de la interacción verbal” —(Escandell, 2006, pág. 33)²⁹⁹— uno de los factores básicos que permita el acercamiento al contenido de la intención comunicativa que subyace a cada emisión.

Estas ideas acerca de la importancia de la intencionalidad comunicativa las desarrollan, como es bien sabido, Sperber y Wilson en su *Teoría de la relevancia*, en que

²⁹⁸ En la comunicación el emisor y el receptor realizan dos tareas complementarias: ostensión e inferencia. La intención comunicativa se pone de manifiesto a través de un estímulo ostensivo y al producir un estímulo ostensivo el emisor anima al receptor a sospechar que el estímulo es tan relevante que merece la pena su procesamiento, es decir, que merece la pena interpretarlo: “Todo acto de comunicación ostensiva comunica la presunción de su propia relevancia óptima”, en Sperber y Wilson (1986, pág. 158).

²⁹⁹ Además de factores ‘materiales’ (emisor, receptor...), hay, entre oyente y hablante, un componente relacional constituido por los elementos a los que hace referencia Escandell. Nos referiremos a este componente como *información pragmática* y consideraremos que comprende tanto un conocimiento general del mundo como una serie de informaciones obtenidas a través del intercambio lingüístico inmediatamente precedente a la emisión de un enunciado.

A pesar de que esta información pragmática es de carácter subjetivo, a través de la hipótesis de los conocimientos mutuos se da por hecho que “los interlocutores suelen compartir enormes parcelas de información”, (Escandell, 2006, pág. 33). Todo enunciado ‘cae’ sobre una base de conocimientos previos y de hipótesis sobre los conocimientos de los demás. Ningún enunciado se lanza al vacío, siempre se tiene la certeza de que habrá algo de información sólida bajo cada emisión.

defienden que las emisiones generan en el oyente de manera automática una serie de expectativas de *relevancia* que lo dirigen hacia el significado.

La teoría de la relevancia se basa [...] en [una] de las tesis fundamentales de Grice: que las emisiones generan de manera automática una serie de expectativas que encaminan al oyente hacia el significado del hablante.

(Sperber y Wilson, 2004, pág. 238)

El objetivo de la Teoría de la relevancia es “explicar en términos cognitivos razonables a qué equivalen esas expectativas de relevancia y cómo estas pueden contribuir a una visión empírica aceptable del proceso de comprensión”, (Sperber y Wilson, 2004, pág. 239).

Llegados a este punto, y antes de explicar cómo la relevancia desempeña su papel de ‘guía interpretativo’ de los adjetivos relativos, será imprescindible preguntarse qué es en sí la *relevancia* y qué se quiere decir cuando se aplica a un enunciado o a su interpretación el adjetivo *relevante*. En la teoría de la relevancia, un *input* resulta relevante (o tiene relevancia) para un sujeto cuando (y solo cuando) su procesamiento produce unos “efectos cognitivos positivos”:

Cualquier *input* (una percepción visual, un sonido, un enunciado, un recuerdo) es relevante para un sujeto cuando entra en contacto con una información previa de la que este dispone, produciendo con ello una serie de resultados que le incumben, como, por ejemplo, responder a una pregunta que tenía en su cabeza, aumentar su conocimiento sobre cierto asunto, resolver una duda, confirmar una sospecha o corregir una impresión que ha resultado ser equivocada. En términos de nuestra teoría, un *input* es relevante para una persona cuando su procesamiento en el contexto de una serie de supuestos anteriormente disponibles produce un EFECTO COGNITIVO POSITIVO. Un efecto cognitivo positivo supone una diferencia significativa para la representación mental que un sujeto tiene del mundo [...]

(Sperber y Wilson, 2004, págs. 239-240).

Cualquier enunciado suscita una serie de expectativas de relevancia, ya que “la búsqueda de la relevancia es una característica fundamental del conocimiento humano de la que los hablantes tienden a aprovecharse” y “cualquier estímulo externo o representación interna que sirva como input de un proceso cognitivo podrá considerarse relevante para un sujeto en una ocasión determinada”, (Sperber y Wilson, 2004, pág. 239). Ahora bien, un input no es relevante por sí mismo y de manera absoluta, sino que es

considerado como tal cuando lo es en un grado mayor que cualquier otro que se nos presente alternativamente en una misma ocasión.

Es lógico que, si no intervienen otros factores, ciertas conclusiones a las que podamos llegar mediante el procesamiento de un input merezcan, ante otras semejantes, nuestra atención en mayor grado según nos resulten más relevantes. Hablando en términos de nuestra teoría, cuanto mayores sean los efectos cognitivos positivos a los que se llegue procesando un input concreto, mayor será la relevancia del mismo

(Sperber y Wilson, 2004, pág. 241)

Paralelamente (respecto a lo que se recoge en la última cita reproducida), si el esfuerzo que requiere procesar un estímulo es muy grande, merecerá menor grado de atención, por lo que la ‘dificultad’ cognitiva de un estímulo jugará en contra de su grado de relevancia. Así, la relevancia puede ser concebida “en términos de efectos cognitivos y esfuerzo de procesamiento”, (Sperber y Wilson, 2004, pág. 241):

Relevancia de un input para un sujeto:

- a) Si no intervienen otros factores, cuanto mayores sean los efectos cognitivos positivos conseguidos al procesar un input, mayor será la relevancia del input para el sujeto en una ocasión determinada.
- b) Si no intervienen otros factores, cuanto mayor sea el esfuerzo del procesamiento realizado, menor será la relevancia del input para ese sujeto en esa ocasión concreta.

(Sperber y Wilson, 2004, pág. 241)

La idea que venimos desarrollando puede resumirse en que “cuando se exige una cantidad de esfuerzo igual, el factor efecto [cognitivo] resulta decisivo a la hora de determinar los distintos grados de relevancia y cuando se alcanza una suma igual de efectos, es el factor esfuerzo el que se convierte en determinante”, (Sperber y Wilson 2004, pág. 242). Esta interacción interpretativa entre esfuerzos y efectos es, en definitiva, una forma de aprovechar y rentabilizar la relevancia de los inputs que se procesan para usar los dispositivos de procesamiento con que cuentan los hablantes de la manera más eficaz posible. Esto, como es obvio, no es algo que se haga ni voluntaria ni conscientemente³⁰⁰, sino que “el conocimiento humano tiende a la maximización de la

³⁰⁰ “[...] la teoría de la relevancia sostiene que los seres humanos tienen realmente una tendencia automática a maximizar la relevancia, no porque sea algo que podamos elegir —raramente lo hacemos—, sino a causa del modo en que ha evolucionado nuestro sistema cognitivo. El sistema cognitivo humano, forzado por el proceso natural de selección, ha ido perfeccionándose continuamente para aumentar su eficacia, y lo ha

relevancia. Y la comunicación inferencial tiene lugar en relación con ese principio cognitivo [de relevancia]”, (Sperber y Wilson, 2004, pág. 243)³⁰¹.

Puesto que la relevancia es inversamente proporcional al esfuerzo, el hecho de que una interpretación resulte más accesible le otorga un grado inicial de plausibilidad. Del mismo modo, es también razonable que el oyente se detenga en la primera interpretación que satisfaga sus expectativas de relevancia, ya que solo debería haber una.

(Sperber y Wilson, 2004, pág. 249)

Cada emisión lingüística pone en funcionamiento, por lo tanto, procesos inferenciales destinados a conseguir interpretar los enunciados de modo tal que su relevancia sea la máxima que se pueda obtener³⁰². En estos procesos, el oyente debe interpretar siempre lo

hecho de modo que nuestros mecanismos perceptivos tienden de modo automático a escoger los estímulos que son potencialmente relevantes; nuestros mecanismos de recuperación de recuerdos tienden de modo automático a activar supuestos que son, asimismo, potencialmente relevantes; y nuestros mecanismos para realizar inferencias tienden espontáneamente a procesar esos supuestos de la manera que resulte más productiva”, (Sperber y Wilson, 2004, pág. 243).

³⁰¹ Tras habernos familiarizado con la noción de la relevancia, volviendo a lo señalado anteriormente sobre las expectativas del oyente, resulta sencillo entender por qué Sperber y Wilson sostienen que “el uso de un estímulo ostensivo puede generar unas expectativas de relevancia más precisas y predecibles de las que otros inputs podrían crear”, (Sperber y Wilson, 2004, pág. 245). “Un estímulo ostensivo está concebido para atraer la atención del destinatario. [...] Al producir un estímulo ostensivo, el emisor anima por tanto al receptor a sospechar que el estímulo es tan relevante que su procesamiento merece la pena”, (Sperber y Wilson, 2004, pág. 245).

Además, como ya hemos señalado, “todo estímulo ostensivo conlleva una presunción de relevancia óptima”, (Sperber y Wilson, 2004, pág. 246), es decir, el receptor está legitimado a esperar lo siguiente en función de su esfuerzo y del efecto, (Sperber y Wilson, 2004, pág. 246):

- a. El estímulo ostensivo es tan relevante que merece el esfuerzo de procesamiento a cargo del receptor.
- b. El estímulo ostensivo es el más relevante teniendo en cuenta las capacidades y preferencias del emisor.

³⁰² Supongamos que un hombre (llamado Juan) llega a su casa a las cinco de la madrugada después de haber salido a cenar con sus amigos. Al descubrirlo entrando sigilosamente en casa su mujer le dice: *¿Sabes qué hora es?* El oyente (Juan), en primer lugar, entiende la frase de forma puramente lingüística. En segundo lugar, para poder interpretar lo descodificado, deberá extraer la explicatura del enunciado. Para ello, debe inferir (inconsciente y automáticamente) que, si su mujer está empleando la segunda persona del singular (“sabes”) y él es la única persona que está presente, tiene que estar necesariamente dirigiéndose a él. Debe inferir, además, que cuando emplea el verbo *ser*, en presente, es porque ella pregunta por “la hora que es” en el mismo momento (y, seguramente, en el mismo lugar) en el que está teniendo lugar el intercambio comunicativo. Además, si el verbo *saber* aparece también en presente es porque quiere saber si él sabe en ese momento la hora que es, no si va a saberla es un futuro. Por tanto, “[l]a primera tarea del destinatario para interpretar un enunciado es, pues, recuperar las explicaturas de dicho enunciado y asignarle una forma proposicional única”, (Escandell, 2006, pág. 126). Podemos suponer que, para el ejemplo que estamos utilizando, la explicatura se presentará en la mente de Juan más o menos del siguiente modo: La persona que tengo enfrente, es decir, mi mujer, quiere saber DE MÍ si YO sé AHORA la hora que es AQUÍ y EN ESTE MOMENTO.

que escucha de forma que el enunciado pueda ser analizado como una forma lógica completa; es decir, como la descripción de un estado de cosas (o proposición) que pueda ser falseado o verificado. A esta descripción del estado de cosas se llega por medio de procesos inferenciales, es la *explicatura* del enunciado.

El enunciado *Ella lo llevó en su bolso* no será una forma proposicional mientras no se ‘rellenen’ los pronombres con un referente y se pueda interpretar la frase como un enunciado completo que tiene lugar en un universo concreto en que tal vez se dé (o no) la situación descrita³⁰³.

[...] When a natural-language sentence is uttered, the linguistic input system automatically decodes it into its logical form (or in the case of an ambiguous sentence a set of logical forms), which the hearer is normally expected to complete into the fully propositional form that the speaker intended to convey.

(Sperber y Wilson, 1986, pág. 73)

Only fully propositional forms represent definite states of affairs.

(Sperber y Wilson, 1986, pág. 73)

Se puede apreciar más claramente la importancia de las explicaturas en un enunciado como *Ayer me pasé el día en el banco*. En este ejemplo resulta más evidente que, entre otras cosas, se debe inferir, a qué día se está haciendo referencia con *ayer* y si el *banco* en cuestión es una entidad financiera o un sitio para sentarse. Mientras se desconozcan esos datos y no se sepa quién es el emisor del enunciado, no se habrá obtenido su explicatura y no se podrá asegurar si lo dicho es cierto o no. La obtención inferencial de las explicaturas se basa en tres procesos que se producen de forma simultánea al proceso de decodificación lingüística:

1) DESAMBIGUACIÓN: Si encontramos palabras o estructuras gramaticales que puedan tener más de una interpretación, deberá optarse por una de ellas. (¿*Banco*¹ o *Banco*²?).

³⁰³ Aunque ante un enunciado como *¡Sal de aquí ahora mismo!* no podemos afirmar ningún tipo de verdad o falsedad, pues no se está afirmando nada. El oyente puede convertir lo que ha escuchado en una proposición del tipo X QUIERE QUE SALGA DE AQUÍ AHORA MISMO, que sí puede ser verdadera o falsa una vez ‘rellenada’ la frase: sabiendo cuál es el referente de X, cuándo es “ahora mismo” y qué es “aquí”, se puede obtener su explicatura.

2) ASIGNACIÓN DE REFERENTES: Se debe determinar ‘de qué’ se está hablando y a que entidades concretas hacen referencia los elementos deícticos.

3) ENRIQUECIMIENTO O ESPECIFICACIÓN DE EXPRESIONES VAGAS: Por expresiones vagas podemos entender aquellas que no están semánticamente determinadas en términos absolutos como son, por ejemplo, los adjetivos dimensionales. En un enunciado como *La casa de Pedro es demasiado grande* nos encontramos con que “solo la información anterior puede ayudar a inferir [...] con respecto a qué es [la casa de Pedro] demasiado grande. Esa información la suple, inmediatamente, el destinatario de acuerdo a sus conocimientos previos”, (Escandell, 2006, págs. 127-128).

[...] the gap between semantic representations and propositional forms cannot be closed merely by desambiguation and reference assignment. Quite often, semantic representations must also be enriched. This task is, of course, an inferential one.

(Sperber y Wilson, 1986, págs. 188 y 189)

El motor que subyace a estos procesos inferenciales y lleva a que se opte por una decisión interpretativa u otra es, en combinación con lo semánticamente codificado, el *principio de relevancia*: “According to relevance theory, the correct interpretation of an ostensive stimulus is the first accessible interpretation consistent with the principle of relevance”, en Sperber y Wilson (1986, pág. 17). Sin embargo, el proceso comunicativo no termina con la descodificación del lenguaje y la determinación de las explicaturas, sino que hay otros contenidos informativos básicos que permanecerán todavía ‘ocultos’ y deberán ser interpretados a través de la obtención de las *implicaturas*:

Una implicatura es un supuesto —es decir, una representación de algún hecho del mundo “real”— que el emisor trata de hacer manifiesto a su interlocutor sin expresarlo explícitamente. Las fuentes de las que proceden las implicaturas son de varios tipos: pueden bien tomarse del contexto, bien recuperarse del conocimiento enciclopédico almacenado en la memoria o bien deducirse por inferencia a partir de las explicaturas y el contexto.

(Escandell, 2006, pág. 129)

En el ejemplo que empleábamos más arriba, el enunciado *Ayer me pasé el día en el banco* puede ser, en una investigación policial, la respuesta a la pregunta *¿Mató usted al Sr. Martínez?* Si atendemos solo a la explicatura la respuesta, no encontraremos sentido alguno al enunciado, ya que lo que se dice explícitamente no responde en realidad a lo

que ha sido preguntado. Sin embargo, si se analizan las implicaturas de lo dicho, puede interpretarse que el sospechoso sugiere su coartada porque el día anterior se lo pasó entero trabajando. Esa distancia entre lo que se dice y lo que se quiere decir se salva a través de la obtención de implicaturas, buscándose, de nuevo, la mayor relevancia al elegir una de las posibles interpretaciones inferenciales. Si el policía no tuviera mucha capacidad para la interpretación inferencial, podría molestarse y decirle al sospechoso: *Me da igual dónde pasase usted el día ayer, ¡lo que quiero saber y si mató usted al Sr. Martínez o no!*

Nuestro estudio, que se dirige hacia unas unidades léxicas concretas y a su interpretación dentro de los enunciados en que aparecen, se verá enriquecido por la consideración de las explicaturas como base sobre la que construir una explicación del proceso comunicativo del que dichas unidades forman parte. Como hemos visto, los adjetivos subsectivos adolecen de cierta vaguedad semántica y se hace necesario un proceso inferencial para su justa interpretación. El enriquecimiento de esta parte de vacío de significado, junto a otros procesos inferenciales, supone obtener la interpretación precisa de los enunciados, es decir, su explicatura³⁰⁴. La implicatura, en cambio, es un proceso casi puramente pragmático y su consideración no resultará necesaria para profundizar en las propiedades semánticas de las unidades léxicas que nos ocupan, porque no es ahí de donde obtienen su valor lingüístico.

³⁰⁴ A pesar de que la implicatura tiene una naturaleza inferencial más marcada que la de la explicatura, “no hay que identificar directamente explicatura con contenido decodificado, e implicatura con contenido inferido. Es cierto que las implicaturas se obtienen por inferencia; pero [...] no es menos cierto que también para recuperar el contenido que explícitamente se quiere comunicar es necesaria la intervención de procesos de naturaleza inferencial”, en Escandell (2006, pág. 126).

“[...] on a more traditional view, the explicit content of an utterance is a set of decoded assumptions, and the implicit content a set of inferred assumptions. Since we are claiming that no assumption is simply decoded, and that the recovery of any assumption requires an element of inference, we deny that the distinction between the explicit and the implicit can be drawn in this way”, (Sperber y Wilson, 1986, pág. 182).

La teoría de la relevancia considera que la identificación del contenido explícito es algo tan inferencial y tan igualmente dirigido por el Principio comunicativo de relevancia como lo es la recuperación de las implicaturas. El procedimiento de comprensión defendido por la Teoría de la relevancia funciona del mismo modo de cara a la resolución de indeterminaciones lingüísticas tanto en el nivel implícito como explícito. El objetivo del oyente es elaborar una hipótesis sobre el significado del hablante que satisfaga la presunción de relevancia transmitida por el enunciado, (Sperber y Wilson, 2004, pág. 252).

An assumption communicated by an utterance U is explicit if and only if it is a development of a logical form encoded by U. [...] We will call an explicitly communicated assumption an explicature. Any assumption communicated, but not explicitly, so, is implicitly communicated: it is an implicature.

(Sperber y Wilson, 1986, pág. 182)

Un estudio de los adjetivos dimensionales basado en las implicaturas podría contribuir a la correcta interpretación de enunciados como *¡Menudo sinvergüenza!*, que pueden dar lugar a una lectura contraria a aquello que semánticamente, al menos en primera instancia, se esperaría a partir del uso del adjetivo dimensional *menudo*, decodificado literalmente. Sin embargo, nuestro interés no está en interpretar el uso comunicativo de los enunciados en que aparecen los adjetivos dimensionales, sino en arrojar luz acerca de cómo el proceso de interpretación semántica se carga de inferencias contextualmente determinadas para hacer que emerja su explicatura. Recurriremos, por lo tanto, a la pragmática dentro de los límites de la *semántica pragmática* y no de la *pragmática pragmática*.

Linguistic pragmatics is characterized as studying linguistic expression's uses in social contexts. But there are two importantly different ways in which an expression's use depends on context. First, owing to the presence of such 'deictic' elements as personal pronouns and tense, a sentence's propositional content varies from context to context [...]. Second, even once the sentence's propositional content has been fixed, there are several other important aspects of its use that will still vary with context. 'Semantic pragmatics' studies the former phenomenon, the determination of propositional content by context; 'pragmatic pragmatics' studies the later.

(Lycan, 2000, pág. 137)

En el caso que nos ocupa, el de los adjetivos subsectivos (y, dentro de estos, especialmente los dimensionales), resulta evidente que, como hemos visto, una aproximación puramente gramatical demuestra una capacidad explicativa bastante limitada a la hora de aproximarse a la interpretación real de los enunciados en que aparecen. Precisamente, Sperber y Wilson (1986) señalan que ante enunciados del tipo *Bill is tall* resulta fundamental comprender "by which criteria Bill is tall (since, for instance, a tall dwarf is not a tall person)", (Sperber y Wilson, 1986, pág. 10). Además, consideran que "how the hearer sets about narrowing down and choosing among this possibilities is a [...] question [...] that grammarians, but not pragmatists, can ignore: an

adequate theory of utterance interpretation must answer it” (Sperber y Wilson, 1986, pág. 10).

Las limitaciones de una aproximación puramente gramatical a los adjetivos dimensionales se hacen evidentes ante el hecho de que un enunciado como *Estos chihuahuas son muy pequeños* (emitido en la presencia de unos cachorros de chihuahua) permitiría, al menos, tres interpretaciones esperables: 1) que esos animales son más pequeños que otros [cachorros de chihuahua], 2) que son más pequeños que los [chihuahuas] en general o 3) que son más pequeños que un [perro] ‘normal’³⁰⁵. Cada una de estas interpretaciones relativas al uso del adjetivo dimensional constituiría una explicatura del enunciado.

En el proceso interpretativo (basado en la búsqueda de la mayor relevancia posible) habría dos cuestiones fundamentales que entrarían en conflicto: el grado de informatividad y la facilidad de procesamiento. Si se diera por hecho que el hablante y el oyente del ejemplo comparten la información de que se encuentran ante cachorros de chihuahua, interpretar que se está diciendo que esos chihuahuas son más pequeños que el conjunto de los chihuahuas (que engloba a los grandes y a los pequeños) o que el conjunto de los perros (que engloba a los chihuahuas y a las otras razas) sería informativamente irrelevante, pues su pequeñez forma parte tanto del concepto de CACHORRO como del concepto de CHIHUAHUA que comparten (y, en principio, saben que comparten) todos los hablantes.

Lo irrelevante de estas interpretaciones llevaría a la de que los cachorros en cuestión son especialmente pequeños como [cachorros de chihuahua]. Sin embargo, el hecho de que la palabra a la que acompañe el adjetivo dimensional sea *chihuahua*, hace que, como señalábamos más arriba, se tienda de forma natural a tomar esa categoría como referente (fondo), puesto que recuperar otra categoría (en este contexto, la de los [cachorros de chihuahua] o la de [los perros]) que no sea la inmediatamente mencionada supone un esfuerzo cognitivo mayor. Este criterio favorecería interpretar que el contenido del enunciado se refiere a que los chihuahuas son más pequeños que el conjunto de los [chihuahuas], sin hacer distinciones de edad entre ellos. Si se siguiera este criterio del mínimo esfuerzo de procesamiento podría responderse lo siguiente a alguien que afirmase

³⁰⁵ Evidentemente, existirían infinitas posibilidades. Hemos señalado únicamente las que resultarían más naturales.

que esos chihuahuas son pequeños: *Sí, porque son cachorros*. Lo normal, sin embargo, es que se llegue a inferir que, o bien la otra persona no sabe que son cachorros; o bien no sabe que los chihuahuas son unos perros especialmente pequeños³⁰⁶; o bien se está refiriendo a que son cachorros pequeños (como cachorros).

El hablante no estaría siendo del todo hábil si supiera de antemano que se trata de cachorros, ya que nombrar explícitamente una categoría que no es exactamente aquella respecto a la que se debe relativizar dificulta el proceso de inferencia. Esta confusión se habría evitado con el enunciado *Estos cachorros (de chihuahua) son muy pequeños*, ya que la interpretación más informativa (que son pequeños para ser cachorros) y la ‘comodidad’ cognitiva (relativizar respecto al nombre inmediatamente anterior al adjetivo) apuntarían en la misma dirección e incrementaría, por lo tanto, el grado de relevancia de la explicatura.

Un hablante que quiera que su emisión resulte tan fácil de entender como sea posible, debería formularla (dentro de los límites de sus habilidades y preferencias) de tal modo que la primera interpretación que satisfaga las expectativas del oyente sea la misma que intentó transmitir. Una emisión en la que compitieran dos interpretaciones en apariencia igualmente satisfactorias causaría al oyente un esfuerzo suplementario innecesario al tener que escoger entre ambas, y la interpretación resultante (si la hubiera) no satisfaría la cláusula (b) de la definición de relevancia óptima.

(Sperber y Wilson, 2004, págs. 249-250)

Del mismo modo, si en un criadero de chihuahuas un trabajador dijera a otro *Estos perros son muy pequeños*, debería considerarse que, por los factores contextuales concretos en que se produce su comunicación, *perro* se ha convertido (dentro de ese universo) en sinónimo de *chihuahua*. A pesar de que el nombre que acompaña al adjetivo es *perro*, no se debería relativizar respecto a la categoría general [perro], sino respecto a aquella a la que en ese contexto, por un proceso metonímico, haga referencia *perro*: la de los [chihuahuas]. De nuevo, aunque cognitivamente es menos costoso relativizar respecto a la categoría que se ha hecho explícita, resulta muy poco informativo decir (*explicar*) a alguien que los chihuahuas son pequeños como perros, pues es un conocimiento enciclopédico que, obviamente, comparten las personas que habitualmente trabajan con

³⁰⁶ Suponer que alguien no sabe que los cachorros son más pequeños que los perros adultos parece imposible. Que alguien no sepa cómo son los chihuahuas sí podría aceptarse como una opción algo más factible.

esos animales. En el cálculo de la relevancia de las posibles explicaturas ‘pesaría’ más, en este caso, la necesidad de buscar un contenido informativo que el coste adicional que supondría recuperar una categoría no explicitada en el enunciado.

Como hemos advertido en otras ocasiones, siempre hay infinitas categorías de las que un objeto puede ser miembro, pero sería muy raro que en los ejemplos que hemos empleado hasta ahora se relativizase *pequeño* respecto a categorías como [cosas que dan sombra], [cosas que se encuentran dentro de la vía láctea] o [cosas que no son eternas], por mucho que los chihuahuas puedan adscribirse a ellas. La tendencia natural es concebir los objetos como pertenecientes a categorías ‘normales’ que se pueden relacionar con taxonomías que permitan relaciones de inclusión con categorías subordinadas y supraordinadas más o menos definidas.³⁰⁷ A la hora de seleccionar una de las categorías candidatas sucede que no todas son igual de accesibles cognitivamente, y no aportan, por sus características intrínsecas, el mismo grado de información cuando son empleadas como fondo de la comparación.

Aunque en el próximo apartado 3.1.1.1.3. (*Categorías jerarquizadas y nivel de base*) abordaremos con detalle cuestiones relativas a la importancia de unos y otros niveles dentro de las taxonomías, por ahora mostraremos con una serie de ejemplos cómo la activación de unas u otras categorías de una estructura ordenada combina los conceptos de INFORMATIVIDAD y DIFICULTAD DE PROCESAMIENTO. Así, si se habla de *una mujer alta*, lo normal es que la categoría con que se compare a esa mujer sea la de [las mujeres]; pero, en ocasiones, puede que se pretenda comunicar que una mujer es alta, no ya como mujer, sino como persona. En ese caso, si el contexto no lo hace evidente, habría dos opciones para ‘provocar’ esa interpretación: decir que esa mujer es *una persona alta* o especificar que es *Una mujer alta, pero no alta como mujer, sino en general; como persona*. Si se habla de *un hombre bajo* se producirá la misma ambigüedad: un hombre puede ser bajo para ser un hombre (respecto a la categoría [hombre]) o en general, en el marco del conjunto de las personas (en la categoría [personas]).

Si se habla de *un hombre alto* (o de *una mujer baja*), en cambio, esta ambigüedad desaparece: sería absurdo (por no ser informativo) que se estuviera haciendo referencia a

³⁰⁷ De forma intuitiva podemos situar *chihuahua* en una jerarquía inclusiva como esta: [Entidades[Objetos [Seres vivos [Animales [Mamíferos [Perros [Chihuahuas [Chihuahuas de la pradera]]]]]]].

que un hombre es simplemente alto como persona, ya que esa es una característica que se le presupone al subconjunto [hombre] dentro del conjunto [personas]. Dicho de otro modo: el ser alto como hombre lleva implícito el serlo como persona, y el ser alto como persona, y no necesariamente como hombre, es una característica típica de los miembros de [hombre]. Lo mismo sucedería con *mujer baja*; el adjetivo *baja* solo sería interpretable, siempre que se quisiera obtener la máxima relevancia, respecto a la categoría [mujer], ya que interpretar dicho adjetivo respecto a [personas] no aportaría ninguna información que no estuviera supuesta ya en el concepto MUJER.

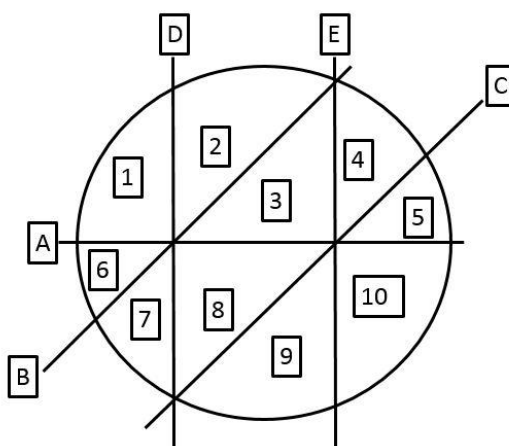


Figura 44. Hombres y mujeres respecto a la ALTURA.

El esquema de arriba representa el conjunto de [las personas], y se divide, a través de la línea A, en una mitad superior que sería el subconjunto de los [hombres] (porciones 1, 2, 3, 4 y 5) y una mitad inferior que sería el subconjunto de las mujeres (porciones 6, 7, 8, 9 y 10).

Las dos líneas diagonales (B y C) dividen, a su vez, el conjunto en tres subconjuntos. Aquello que queda a la izquierda de la línea B (porciones 1, 2 y 6) constituye el subconjunto de las [personas altas]. El espacio que queda entre las líneas B y C (porciones 3, 4, 7 y 8) es el subconjunto de las [personas que no son ni altas ni bajas] y el que queda a la derecha de la línea C (porciones 5, 9 y 10) es el de las [personas bajas].

Las líneas D y E (que, como veremos, realmente no son dos líneas sino cuatro) dividen también en tres subconjuntos (el de los [altos], el de [los bajos] y el de [los que no son ni altos ni bajos]) tanto el hemisferio masculino como el femenino. A la izquierda de la línea D quedan los [hombres altos] (porción 1) y las [mujeres altas] (porciones 6 y

7). A la derecha de E están los [hombres bajos] (porciones 4 y 5) y las [mujeres bajas] (porción 10). Entre las líneas D y E están los [hombres que no son ni altos ni bajos] (porciones 2 y 3) y [las mujeres que no son ni altas ni bajas] (porciones 8 y 9).

Podemos decir que la línea horizontal es la línea del género y que las líneas diagonales son las que dividen el conjunto en [personas altas], [personas ‘neutras’] y [personas bajas] en relación al [conjunto de personas] (es decir, sin atender al género). Las líneas verticales, por su parte, crean divisiones basadas también en la altura pero de forma relativa al género (es decir, a un lado o al otro quedan los que son altos, bajos o neutros como hombres o como mujeres, pero no necesariamente como personas).

Una vez asimilado esto, podemos constatar cómo los hombres que son altos como hombres (es decir, la porción que queda en la mitad masculina y a la izquierda de la línea D: la porción 1) lo son también como personas, pues están a la izquierda de B. Una situación análoga se da con [las mujeres bajas] de la porción 10, ya que todas las mujeres bajas son personas bajas, del mismo modo que todos los hombres altos son personas altas. Es decir, el conjunto de los [hombres altos] y el conjunto de las [mujeres bajas] son subconjuntos de las [personas altas] y de las [personas bajas], respectivamente.

En la porción 2 nos encontramos a los [hombres que no son altos como hombres, pero sí lo son si nos olvidamos del género y tomamos como referencia el conjunto de las personas]: como hombres son ‘normales’ (ni altos ni bajos) pero como personas son altas. Lo mismo ocurre en la porción 9, en la que hay [mujeres que no son bajas como mujeres, pero sí lo son dentro del conjunto de las personas].

En los apartados 3 y 8 se encuentran los hombres y mujeres que son [‘neutros’ como personas y también ‘dentro’ de su género]. No son ni altos ni bajos se mire desde el criterio que se mire.

En la porción 4 se encuentran [aquellos que como personas son normales pero que para ser hombres son bajos]. En 7 se encuentran las [mujeres que son altas como mujeres pero no son ni altas ni bajas como personas].

En la porción 5 están [aquellos hombres que son bajos para ser hombres (como en 4) y lo son también como personas]. En la 6 están las [mujeres que no solo son altas como mujeres (como en 7), sino que también lo son como personas].

Si se dijera que *María es alta* podría saberse que esa mujer estaría ‘situada’ en los grupos 6 o 7, pero no se podría determinar exactamente, si el contexto no aportara una

‘guía’ basada en la informatividad, si María ‘pertenece’ a 6 (alta como mujer y como persona) o a 7 (alta como mujer, pero normal como persona).³⁰⁸

En un contexto determinado, en que, por ejemplo, hubiese un grupo de gente (hombres y mujeres) intentando coger un libro de una estantería situada a gran altura, si alguien dijera *Voy a avisar a María, que es muy alta*, sí se entendería que el hablante se está refiriendo a que María es alta como persona, pues solo su altura absoluta resultaría relevante para que se lograra el objetivo de alcanzar el libro. Si se estuviesen buscando integrantes para un equipo de baloncesto femenino y alguien emitiera este mismo enunciado, entonces se sabría que María es alta como mujer (dentro de un contexto determinado) y el hecho de que pudiera o no serlo también como persona sería irrelevante. En este caso solo interesaría que María fuera alta respecto a las otras mujeres: hecho de que estuviera en un subconjunto u otro de las [mujeres altas] sería, al menos desde un punto de vista lógico, intrascendente³⁰⁹.

El conjunto de elementos que actúa como fondo de comparación de un adjetivo dimensional se activa, como hemos visto, a partir de la información enciclopédica asociada a las palabras y a través de los factores contextuales relativos a la emisión de los enunciados. El enriquecimiento de los enunciados es un proceso de carácter inferencial que, guiado por el principio de relevancia, lleva a la obtención de sus explicaturas. Aunque hemos visto ya algunas cuestiones relativas a la influencia que puede tener en el grado de relevancia de un enunciado en que se relativice respecto a categorías más o menos inclusivas, en el siguiente apartado (3.1.1.1.3.) vamos a detallar algunas cuestiones fundamentales a la hora de seleccionar unos u otros niveles dentro de las jerarquías taxonómicas.

³⁰⁸ En cambio, como ya hemos señalado, si se oye simplemente hablar de *Una mujer alta*, lo habitual es pensar que esa mujer es alta simplemente como mujer, pues, en un contexto neutro, existe la tendencia a emplear como categoría para relativizar aquella que acompaña al nombre. Si se quisiera aclarar que esa mujer es alta en general, lo normal será especificar que *es una mujer alta, pero no alta como mujer, sino alta en general* o, directamente, hablar de *una persona alta*.

³⁰⁹ En nuestro modelo hemos diseñado un universo artificial formado por hombres y mujeres. Podríamos interrelacionar este conjunto con una serie infinita de conjuntos (desde el conjunto de [los mamíferos] hasta el de las [cosas que pesan más que una libélula]) y, además, hemos obviado que las alturas de los hombres y de las mujeres pueden ser también distintas según el lugar y el tiempo. Es decir, podríamos complicar los subconjuntos diciendo que un hombre es bajo para ser un [hombre [sueco [del siglo XVIII]]] y que las interpretaciones de estos adjetivos deberían realizarse según fuera más o menos relevante la información obtenida en uno u otro contexto comunicativo.

3.1.1.1.3. Categorías jerarquizadas y nivel de base

Los factores cognitivos a través de los cuales se relativiza respecto a una categoría determinada y no a otra se ven influidos por aquello que se conoce como *nivel de base*. Este concepto surgió a partir de los estudios sobre el fenómeno de la categorización llevados a cabo, fundamentalmente, por Brent Berlin —Berlin y Kay (1969) y Berlin *et al.* 1974)—, desde una perspectiva antropológica, y por Eleanor Rosch *et al.* (1976) —quien, a partir de propuestas psicolingüísticas, desarrolla lo ya apuntado por Berlin *et al.* (1974) en sus investigaciones sobre las clasificaciones populares de plantas y animales—

Para entender qué es el *nivel de base* y su relación con los procesos de categorización, debemos empezar por asumir que, como apunta George Kleiber (1995, pág. 76), “una misma cosa puede ser diferentes... cosas, es decir, puede ser categorizada o denominada de diferentes maneras. [...] Un perro sobre el césped no es solo un perro, es también un bóxer, un cuadrúpedo, un ser animado”. Este ejemplo, que Kleiber (1995, pág. 76) a su vez toma de Brown³¹⁰ (1958, pág. 14), nos sirve para constatar, de nuevo, que cualquier entidad está habilitada para ser simultáneamente miembro de múltiples categorías y que estas categorías pueden estar jerarquizadas³¹¹ de manera que unas incluyan a otras como en una taxonomía³¹².

Lo que nos interesa de las taxonomías (pues, como veremos, es un hecho que resulta transcendental a la hora de establecer el grado de relevancia de un enunciado en el que aparezca un adjetivo dimensional) es que en algunas estructuras jerarquizadas no todos los niveles de la misma son igual de importantes: el llamado *nivel de base* es un ‘nivel privilegiado’.

³¹⁰ Y que nosotros citamos a través de George Kleiber (1995).

³¹¹ Con frecuencia, al hablar de categorías, se produce una idealización de las mismas y se contempla todo el universo de relaciones que se establece como una taxonomía. En una taxonomía unas categorías son enteramente parte de otras: nos encontramos exclusivamente con conjuntos y subconjuntos. En una taxonomía así, todo bóxer sería un perro; todo perro, un mamífero; y todo mamífero, un animal, etc. Sin embargo, las relaciones entre categorías no siempre se adaptan a este armonioso patrón. La relación, por ejemplo, entre la categoría [perro] y la categoría [mascota] no puede ser de inclusión, pues no todos los perros son mascotas y no todas las mascotas son perros. No estaríamos, pues, ante conjuntos y subconjuntos sino ante dos conjuntos que formarían una intersección.

³¹² “By category we mean a number of objects which are considered equivalent. [...] A taxonomy is a system by which categories are related to another by means of class inclusion”, (E. Rosch *et al.*, 1976, pág. 383).

Esta primera observación que revela la existencia de una jerarquía intercategorial, va acompañada de otra observación que establece que los diferentes niveles de categorización de una misma jerarquía intercategorial, es decir, los diferentes nombres posibles para un mismo objeto particular, no son equivalentes. Si pidiésemos a alguien que describiese una escena como la del perro sobre el césped del ejemplo de R. Brown, observaríamos que utiliza con más frecuencia el término ‘perro’ que los nombres superiores ‘cuadrúpedo’ o ‘ser animado’ e, incluso, que el nombre subordinado ‘bóxer’, aunque sea capaz de diferenciar un bóxer de otros perros.

(Kleiber, 1995, pág. 76)

Rosch *et al.* (1976) toman de los estudios etnolingüísticos (sobre la clasificación de las plantas en tzeltal) de Berlin *et al.* (1974) la idea de que en las taxonomías existe “un nivel de categorías privilegiadas situado en medio de la jerarquía; el nivel de base”, (Kleiber, 1995, pág. 80). Las jerarquías analizadas por estos autores cuentan con un nivel supraordinado, un nivel de base y un nivel subordinado. A pesar de que la pertenencia de determinadas categorías a uno u otro nivel de la clasificación puede no ser siempre una cuestión evidente y venir determinada por el contexto en que se lleve a cabo la clasificación, se puede mostrar a través de un sencillo ejemplo cómo encajarían dentro de esta clasificación nueve categorías bien conocidas:

NIVEL SUPRAORDINADO	[Animal]	[Fruta]	[Mueble]
NIVEL DE BASE	[Perro]	[Manzana]	[Silla]
NIVEL SUBORDINADO	[Bóxer]	[Golden]	[Silla plegable]

Aunque con el ejemplo del perro en el parque al que hace referencia Kleiber (1995) hemos aclarado parcialmente a qué nos referíamos al hablar de un nivel privilegiado de clasificación, debemos señalar con más precisión qué es lo que lleva a considerar [perro], [manzana] o [silla] categorías privilegiadas respecto al resto de categorías, que quedan por encima y por debajo de ellas:

[...] basic objects are the most inclusive categories whose members: a) possess significant number of attributes in common, b) have motor programs which are similar to one another, c) have similar shapes, and d) can be identified from averaged shapes of members of the class.

(Rosch *et al.*, 1976, pág. 382)

Dicho de otro modo:

Basic categories are those which carry the most information, possess the highest category cue validity³¹³ and are, thus, the most differentiated from one another.

(Rosch *et al.*, 1976, pág. 382)

Para entender estas propiedades que atribuye Rosch al nivel de base hay que empezar por entender cómo considera esta autora que se produce en los humanos el proceso de categorización de la realidad. Tradicionalmente, se ha considerado que el mundo es un todo informe, una amalgama de infinitos estímulos independientes entre sí que el hombre ordena de forma arbitraria. Rosch (1976, pág. 383) ilustra esta perspectiva recurriendo, como exponente típico de esta concepción, a un fragmento de Leach³¹⁴:

[...] the physical and social environment of a young child is perceived as a continuum. It does not contain any intrinsically separate 'things'. The child, in due course, is taught to impose upon this environment a kind of discriminating grid which serves to distinguish the world as being composed of large number of separate things, each labelled with a name.

(Leach, 1964, pág. 34)

Rosch, sin embargo, niega la arbitrariedad del proceso de categorización, señalando que “[the] categorizations which humans make of the concrete world are not arbitrary but highly determined”, (Rosch *et al.*, 1976, pág. 382). Esta determinación es fruto, precisamente, de la propia estructura intrínseca del mundo que se está categorizando: el mundo es un lugar estructurado donde los fenómenos no se producen de manera independiente. Presentar plumas, por ejemplo, es una característica que en los animales se da mucho más frecuentemente asociada a la capacidad de volar que a la capacidad de excavar.

La idea de que el mundo es una realidad estructurada de un modo no arbitrario en que la manifestación de las entidades y el acontecer de los fenómenos presentan ciertas regularidades en sus relaciones permite comprender cómo, a través de determinados experimentos e investigaciones, Rosch *et al.* (1976) llegaron a las conclusiones que justifican la existencia de un nivel de base que puede considerarse ‘privilegiado’

³¹³ Explicaremos el concepto de *CUE VALIDITY* más adelante.

³¹⁴ [Citamos a través de Rosch *et al.*, (1976)].

(cognitivamente hablando). Algunas de las características que presenta este nivel son las que se enumeran y explican a continuación.

1) El nivel de base es el más elevado (o, lo que es lo mismo, el más abstracto) en que los miembros de la categoría manifiestan una estructura que se percibe de manera similar. El nivel de base y el subordinado se oponen al nivel supraordinado en la medida en que los miembros de sus categorías son percibidos como poseedores de unas características semejantes: no hay una forma operativa que se identifique automáticamente con la categoría [animal], pero sí que existen formas con que pueden identificarse [perro] y [bóxer].

Las categorías de los niveles básicos y subordinados pueden, por lo tanto, dar lugar a una imagen o esquema representativo de toda la categoría, mientras que esa representación es imposible en las categorías supraordinadas. Se puede dibujar un perro sin estar dibujando ninguna raza de perro en concreto, pero dibujar un animal sin que se identifique con una especie de animal en concreto parece algo más difícil.

El nivel de base se encuentra pues caracterizado como el más elevado en el que una simple imagen mental (o esquema) puede reflejar toda una categoría

(Kleiber, 1995, pág. 81)

2) El modo de tratar con los objetos, de interactuar, de realizar determinados gestos o emplear determinado programa motor es similar en los objetos de nivel de base y de las categorías subordinadas, pero no hay una estrategia común de acuerdo a la cual interactúen con los miembros de las supracategorías.

[...] groups of objects in a given culture require highly similar motor patterns in their use, and these motor patterns serve as common attributes in the construction of categories.

(Rosch *et al.*, 1976, pág. 386)

No se interactúa físicamente de forma similar con los [muebles], pero sí con las [sillas] y las [sillas plegables]. El nivel de base es el más elevado en que la interacción con los elementos de la categoría se realiza a través de programas motores similares. En Rosch *et al.* (1976), tras analizar los resultados obtenidos en sus experimentos acerca de los movimientos relacionados con la interacción entre personas y determinados objetos, se afirma lo siguiente:

The basic hypothesis of the study was supported both for number of common movements and total number of movements: superordinate categories have few, if any, motor movements that can be made to the category as a whole and few movements in common. Basic level categories receive descriptions of many specific movements made to all members of the category and many of these movements are described by a sufficient number of different subjects to form a picture of movement sequences made in common to all members of the basic level class of objects. Objects subordinate to the basic level did not differ significantly from the basic level either in the specificity of the descriptions or in the number of common movements made to the object.

(Rosch *et al.*, 1976, pág. 398)

3) La rapidez de identificación constituye un efecto cognitivo específico del nivel de base. En uno de los experimentos promovidos por Rosch *et al.* (1976) se pedía a una serie de individuos que identificasen la imagen de un conjunto de objetos con sus nombres. Los resultados demostraron que la identificación es más rápida cuando se trata de un término del nivel de base, es decir, “reconocen más rápidamente la imagen de una golden como correspondiente a una manzana que como una golden o fruta”, (Kleiber, 1995, pág. 82); además, “el nivel de base es considerado como aquel en el que los individuos identifican más rápidamente a los miembros de las categorías”, (Kleiber, 1995, pág. 82).

4) El nivel de base es también el nivel de denominación preferido. Comúnmente, un objeto es designado por una expresión correspondiente al nivel de base antes que por una propia del nivel supraordinado o del subordinado.

Igual ocurre cuando entre los dibujos se encuentran objetos que pertenecen a la misma categoría de base. Si en una serie de veinte dibujos figuran, por ejemplo, las representaciones de un podenco, de un pastor alemán y de un caniche, observamos una identificación preferente con el término de base *perro*.

(Kleiber, 1995, págs. 82 y 83)

The present theory of categorization has a number of implications for language. First, in most situations, the distinction for which a lexical item is needed should be a distinction encoded by a basic level name. Thus, object names at the basic level of abstraction should be the names by which objects are most generally designated by adult speakers of the language.

(Rosch *et al.*, 1976, pág. 422)

5) Los términos del nivel de base³¹⁵ son contextualmente neutros, mientras que la aparición de las categorías subordinadas depende de un contexto marcado. Como señala Wierzbicka (1985, págs. 327 y 328)³¹⁶, en un relato en que aparecieran dos perros de distinta raza (un caniche y un podenco, por ejemplo), se podría hacer referencia a cada uno de ellos utilizando el término de su categoría subgenética antes que el *folk genus* ([perro]), para distinguir así el uno del otro. Sin embargo, en otro relato en el que hubiera un único perro, no habría ningún motivo para referirse a él como *podenco* en vez de como *perro*.

Utilizar un término del nivel subordinado estaría justificado cuando se quiera resaltar el carácter especial del referente, lo cual sería lógico en un contexto contrastivo donde hubiera dos perros distintos. Sin embargo, si no se busca establecer una diferencia por ningún motivo práctico, el empleo de *podenco* resultaría antinatural. Del mismo modo, en el criadero de chihuahuas del que hablábamos antes, sería extraño que los trabajadores se refirieran repetidamente a estos animales como *chihuahuas* en vez de como *perros*. En el caso de que el criadero incorporase otras razas y fuese relevante distinguir a unos perros de otros, entonces sí estaría justificado hablar de *chihuahuas* y, por ejemplo, *caniches*³¹⁷.

6) Las pruebas realizadas por Rosch *et al.* (1976) apuntan a que el nivel de base es prioritario en el desarrollo de la capacidad de categorizar³¹⁸. A los tres años de edad, los niños ya demuestran un dominio del nivel de base, pero les resulta problemático agrupar los objetos en las categorías supraordinadas y subordinadas. Las categorías básicas son,

³¹⁵ Debemos dejar claro que el nivel de base no guarda necesariamente relación directa con el léxico: es un nivel de abstracción conceptual, no un nivel léxico, aunque frecuentemente coincidan.

³¹⁶ [Citamos a través de Kleiber (1995, pág. 83)].

³¹⁷ Algo muy similar ocurre con el empleo del masculino y el femenino cuando estas formas se identifican con una distinción entre hombres y mujeres. Aunque por diversos motivos pueda ser frecuente incumplir los principios señalados, en muchos contextos resulta irrelevante distinguir entre hombre y mujeres. Si, por ejemplo, se dice que *Millones de ciudadanos están llamados a las urnas el próximo domingo* no hay ningún motivo (puramente comunicativo) para marcar que son tanto los ciudadanos como las ciudadanas quienes van a votar, del mismo modo que no es necesario explicar que también lo van a hacer tanto los rubios como los morenos. Son distinciones sin relevancia informativa alguna que subrayan el texto sin que se obtenga ningún beneficio (informativo) de ello.

³¹⁸ Debemos aclarar que “una categoría no es una clase léxica, sino una clase de conceptos; es preciso subrayar que Rosch adopta un punto de vista realista, aunque define la categoría como una clase de objetos: por categoría se entiende un cierto número de objetos considerados como equivalentes, siendo generalmente designados por nombres. El nivel de base no tiene relación necesaria con el léxico: es un nivel de abstracción conceptual”, (Cifuentes Honrubia, 1992, pág. 4).

parece, las primeras y más naturales formas de categorización, (Lakoff, 1987, págs. 31-50)³¹⁹.

Como hemos constatado, en el contexto estructurado y significativo en que vivimos, existe un nivel al que se da un estatus privilegiado desde el punto de vista de la percepción, la interacción física y el lenguaje. Desarrollaremos a continuación las cuestiones relativas a por qué se privilegia cognitivamente este y no otro nivel de la jerarquía y retomaremos después este aspecto al abordar el asunto de los adjetivos subsectivos.

Según Rosch *et al.* (1976), el motivo por el que se privilegia el nivel de base es que las categorías de este nivel aportan, por un lado, gran cantidad de información y, por otro, comparten un número significativo de atributos exclusivos. Si se tratase de elaborar un listado de los atributos propios de una categoría supraordinada, se encontrarían pocos elementos comunes a todos sus miembros. Las categorías subordinadas, por otra parte, compartirían muchos atributos, pero pocos de ellos serían ‘nuevos’ respecto a aquellos que ya aportaba la categoría del nivel de base. Es decir, habría pocas características comunes que obtener de los miembros de la categoría [animal] y muchas de la categoría [chihuahua], pero pocas de las características comunes encontradas para [chihuahua] supondrían una información extra respecto a aquellas que ya habrían surgido al comparar los miembros de [perro].

El incremento de la información sobre las propiedades no se produce de modo regular. Las categorías subordinadas no aportan una ganancia significativa de datos (lo que sí hace el nivel de base respecto a las categorías supraordinadas), aunque sí suponen una carga mental de memorización y clasificación. Puede decirse, por lo tanto, que el nivel de base resulta más rentable tras sopesar esfuerzo cognitivo e información obtenida.

Hay propiedades que resultan especialmente significativas por ser compartidas por muchos de los miembros de una categoría y aparecer en pocos miembros de las otras. La propiedad DOTADO DE PLUMAS, por ejemplo, es muy identificativa de la categoría [pájaro], ya que casi todos los pájaros —y casi ninguna otra especie— las tienen. La predicibilidad de uno de los atributos de un objeto respecto a una categoría es lo que Rosch y Mervis denominan *cue validity* (1975, pág 575).

³¹⁹ “Basic-level categories have an integrity of their own. They are our earliest and most natural form of categorization”, (Lakoff, 1987, pág. 49).

Cue validity is a probabilistic concept; the validity of a given cue 'x' as a predictor of a given category 'y' (the conditional probability of y/x) increases as the frequency with which cue 'x' is associated with category 'y' increases and decreases as the frequency with which cue 'x' is associated with categories other than 'y' increases.

(Rosch *et al.*, 1976, pág. 384)

Este cálculo matemático de la 'validez' de las propiedades demuestra que, de entre los distintos niveles de organización categorial taxonómica, el nivel de base es aquel que presenta las propiedades con un *cue validity* más elevado. Así, además de hablar del *cue validity* de una propiedad, podemos hacerlo también del de una categoría: "The cue validity of an entire category may be defined as the summation of the cue validities for that category of each of the attributes of the category", en Rosch *et al.* (1976, pág. 384).

Las clases supraordinadas comparten pocos rasgos y, por lo tanto, presentan un *cue validity* bajo. Las subordinadas, por el contrario, a pesar de que comparten muchos rasgos, estos son poco distintivos respecto al nivel de base, por lo que su *cue validity* es también bajo. Las propiedades del nivel de base no son solo las más informativas, también son las más diferenciadoras. Podemos decir, por lo tanto, que las categorías de base "maximizan la semejanza percibida entre sus miembros y que, en lo externo, minimizan por el contrario las semejanzas percibidas con las categorías opuestas", (Kleiber, 1995, pág. 86). Hay, entonces, un nivel de base cuyo manejo nos resulta cognitivamente más productivo (estimando los 'costes' mentales y las 'ganancias' de información) y al que se le pueden atribuir las propiedades que hemos analizado más arriba.

Si hay un nivel en las categorizaciones que nos resulta más accesible, es lógico pensar que la activación de las categorías situadas en dichos niveles, para emplearlas como fondo de referencia de los adjetivos dimensionales, será también cognitivamente menos costosa. Por tanto, cuando, para la interpretación de la explicatura de un enunciado en que aparezca un adjetivo como *grande* deba recuperarse una de las categorías privilegiadas, el grado de relevancia de dicha explicatura (que, recordemos, aumenta conforme se incrementan los efectos informativos y disminuye conforme la carga de procesamiento aumenta) será mayor que si se opta por otro de los niveles taxonómicos. Dicho de forma más sencilla: cabe esperar que, en una situación en que los demás factores no favorezcan la elección de una determinada categoría, se opte por la que sea más accesible y, por lo tanto, genere un grado mayor de relevancia en la explicatura del enunciado. Así, en *Toby es muy grande*, será preferible relativizar el tamaño de Toby respecto al de otros [perros],

y no respecto al de los [bóxer] o al de los [mamíferos], ya que la categoría del nivel de base ([perro]) es más fácilmente recuperable y el enunciado (*Toby es grande*) gana en relevancia.

Por otro lado, como ya hemos apuntado, el uso de una categoría subordinada está estilísticamente marcado: su aparición no resulta neutra y se espera que responda a un porqué que contemple la relevancia del enunciado. Así, en *Toby es un bóxer muy grande* no es posible ignorar que se ha empleado el término *bóxer* en vez del más natural e intuitivo *perro*. Esa elección ‘antinatural’ se justificaría solo si la categoría [bóxer] fuera aquella que, por cualquier motivo, se quisiera activar como fondo de contraste.

El caso de la división de las [personas] en [hombres] y [mujeres] resulta algo más complejo, ya que, si como ocurre con las otras especies animales, hemos de considerar que *persona* (o *humano* u *homo sapiens*) pertenece al nivel de base, no es menos cierto que, en nuestra sociedad, la división entre hombres y mujeres es muy marcada y que se consideraría menos natural hablar de *una persona* que hablar de *un señor, una señora, un hombre o una chica...* Como ocurría más arriba con el uso de *bóxer*, el enunciado *Marta es una persona muy alta* nos llevaría a sospechar que la elección de la palabra *persona* en vez de *mujer* (que podemos considerar en esta taxonomía concreta uno de los niveles de base) no es gratuita, y que no se quiere expresar que Marta sea alta simplemente como [mujer], sino que lo es como [persona].

Respecto a la elección del nivel de base como fondo de contraste de un adjetivo dimensional, debemos recordar que, como ya hemos señalado, el nivel de base es la categoría más abstracta cuyos miembros comparten una serie de propiedades de distinta tipología. Poco puede decirse respecto a la forma de los [muebles], pues estos presentan una gran variedad en este aspecto concreto; en cambio, la forma de las [sillas] (y del nivel subordinado [sillas plegables]) sí es bastante homogéneo. Esta homogeneidad formal resulta muy relevante si aquellas palabras que se van a emplear para modificar a los nombres que representan miembros de estas categorías son adjetivos dimensionales: resulta más lógico e informativo comparar las dimensiones de objetos de una constitución más o menos similar que las de objetos que no compartan rasgos formales.

Expresado de otro modo, decir que un mueble es estrecho no aporta demasiada información, ya que dicha ‘estrechez’ será relevante para la caracterización del objeto en cuestión solo si se tiene claro a qué tipo de mueble se está haciendo referencia (y si este

se está comparando con otros parecidos). De modo similar, señalar de una silla que es estrecha porque se pone en relación con otros elementos de la categoría [mueble] ([camas], [cómodas], [armarios]...) resultará relevante en pocos contextos³²⁰. En circunstancias normales, las comparaciones acerca de las dimensiones de un objeto se establecen respecto al conjunto de cosas con que este comparte cierta forma. Así, en *Bingo es muy largo* la tendencia no será emplear [mamífero] como clase de referencia, pues pocos son los rasgos constitutivos compartidos entre todos los mamíferos, sino a activar [perro] o [perro salchicha] (que produciría una interpretación más relevante) como categorías de contraste.

3.1.1.2. Conclusión de los apartados precedentes

En los apartados precedentes hemos descrito dos elementos de fondo cognitivo que condicionan (si no determinan) la interpretación de enunciados en los que aparecen adjetivos dimensionales: el principio pragmático de la RELEVANCIA y el concepto (psicológico) categorial de NIVEL DE BASE.

La Teoría de la relevancia pone de manifiesto que a la hora de seleccionar una categoría de comparación para un adjetivo dimensional los hablantes buscan (de manera inconsciente) la optimización de la relación entre la interpretación que produzca una explicatura más informativa y la que requiera menor esfuerzo cognitivo. El hecho de que en cada estructura taxonómica exista una categoría privilegiada, tanto en su grado de accesibilidad como en el de informatividad, es una cuestión que, como hemos explicado, puede condicionar de modo crucial la búsqueda de la relevancia de los enunciados a través de la elección de un fondo de contrase adecuado.

Además, en el apartado 3.1.1.1.1 (*El significado del nombre como una cuestión contextual*) explicamos que la categoría de referencia respecto a la que relativizar los adjetivos dimensionales no debe identificarse con el significado ‘de diccionario’ que se asocia con un sustantivo cuando este aparece descontextualizado. Se trata de establecer una ‘relación’ entre las palabras, el contexto de los enunciados en que aparecen y la

³²⁰ Podría darse la situación de que en una mudanza se dijera lo siguiente: *No hemos conseguido abrir del todo la puerta, así que traed solo los muebles estrechos*. En este caso, la variedad aspectual de los muebles sí sería irrelevante y estaría justificado dividir la categoría general ([los muebles]) según sus propiedades dimensionales.

información enciclopédica relativa a ellas que poseen los hablantes. Es, por lo tanto, el uso contextualizado de una palabra y el acervo cognitivo-experiencial asociado a ella lo que determina los detalles del fondo que permite la relativización de un elemento (subsectivamente) adjetivado: así, aunque en un enunciado determinado se deba relativizar respecto a la categoría [paseo], esta relativización no se produce respecto a la categoría de cosas que encajan bajo la definición de *paseo*, sino ante las particularidades del concepto (PASEO) que son enciclopédica y contextualmente activadas.

3.1.1.3. Un aspecto del español: El caso de *ser* y *estar*.

En el español se da la circunstancia de que las oraciones atributivas pueden formarse a través de (entre otros) los verbos *ser* y *estar*, cuya separación semántica no encuentra correspondencia en la mayor parte de las lenguas europeas y “ha sido considerada como uno de los aspectos más problemáticos de la gramática del español”, (Marín, 2004, pág. 11).

En inglés, por ejemplo, existe un solo verbo que subsume ambos significados: *to be*. Los dos enunciados siguientes tienen para los hablantes de español dos significados claramente diferenciados: *Luis es celoso* / *Luis está celoso*. Sin embargo, la traducción de ambas frases correspondería en inglés a una única forma: *Luis is jealous*.

Sin tratar de establecer en este momento una teoría general de las diferencias semánticas entre *ser* y *estar*, cuestión que ha generado multitud de páginas en la lingüística hispánica y que supera con creces los límites de esta investigación, sí podemos señalar algunas de las características generales que tradicionalmente se atribuyen a esta separación a través de las siguientes apreciaciones:

“Ser” atribuye al sujeto una cualidad o una manera de ser que le corresponde por su naturaleza; “estar” le atribuye al sujeto un estado pasajero; diremos ‘el cielo es azul’ si nos referimos a su color natural, y ‘el cielo está azul’ si queremos decir que en el momento en que hablamos no hay nubes.

(Moliner [1967], 2008, s. v. *ser*)

“Ser” es por excelencia el verbo copulativo y su función como tal es la de atribuir un predicado nominal al sujeto para calificarlo o clasificarlo. Es tan estrecha la unión entre sujeto y predicado nominal que en español conciertan en género y número y en latín concertaban además en caso nominativo. Con *ser* la atribución se considera como inherente, definidor o que forma parte de la naturaleza del objeto representado por el sujeto, mientras que

con *estar* la característica atribuida se ve como algo accidental, transitorio, alcanzado o mudable.

(Cuervo, 1953, s. v. *ser*)

“Ser” y “Estar”, como verbos atributivos, tienen valores diferentes dentro del sistema a que se adscriben: expresión de la mera relación atributiva, frente a expresión de la permanencia. Esta oposición se resuelve dentro del habla, dentro del individuo, que utiliza el sistema en la expresión mediante el *ser*, de lo que el hablante concibe como no susceptible de cambio y mediante *estar*, de lo que concibe como susceptible.

(Navas Ruiz, 1963, pág. 163)

Ser se emplea actualmente para atribuir al sujeto cualidades inherentes, características, y *estar*, cuando se trata de cualidades adquiridas, accidentales... Se puede decir que las frases con *estar* son perfectivas y las con *ser*, imperfectivas.

(Hansen, 1945, pág. 179)

El adjetivo con *ser* significa la cualidad inherente al sujeto, con *estar*, o bien significa un estado alcanzado, o bien se compara implícitamente la cualidad con lo que estimamos normal en el sujeto.

(Alonso, 1964, pág. 124)

A pesar de que podrían matizarse algunas de las afirmaciones (ya clásicas) hechas por estos autores³²¹, todas las citas anteriores —especialmente la de Amado Alonso— ayudarán a comprender cómo afecta la distinción entre *ser* y *estar* a los enunciados copulativos en los que el atributo es un adjetivo subsectivo dimensional, es decir, a comprender cuál es la diferencia semántica entre *Juan es alto* y *Juan está alto*.

El primer ejemplo (*Juan es alto*) es similar a los casos que hemos visto hasta ahora, por lo que, una vez más, sería necesario que buscar una categoría de referencia con respecto a la cual se considerase *alto* a Juan. Esta categoría podría ser la de [los hombres], [los jugadores de baloncesto], [los niños]... A lo que se debe prestar atención ahora es al hecho de que la propiedad de SER ALTO se presenta (a través del verbo *ser*) como una propiedad invariable y, por lo tanto, como algo inherente a Juan y definitorio de este.

³²¹ A este respecto, en la *NGLE, Manual* (2010, pág. 713) se indica lo siguiente: “Las cópulas se han vinculado también a la distinción entre los predicados CARACTERIZADORES O DE INDIVIDUO y los DE ESTADIO O EPISÓDICOS. Así, los atributos que se construyen con *ser* suelen designar características de los individuos que no surgen como efecto de ningún cambio, por lo que rechazan modificadores que las limiten a una situación particular. De este modo, en *Marta es ingeniosa* se dice que la propiedad del ingenio caracteriza a Marta como persona. Por el contrario, los predicados de estadio designan propiedades del sujeto relativas a una situación concreta, como en *Azucena está guapa con ese vestido*”. Para una visión de conjunto sobre los usos atributivos de *ser* y *estar* en español desde una perspectiva formal, véase Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009, págs. 313-320).

Por otro lado, en el segundo caso (*Juan está alto*)³²², la propiedad de ser alto se presenta (a través del verbo *estar*) como algo susceptible de cambio. Cuando un hablante del español europeo decide utilizar *estar* en lugar del verbo *ser*, lo que pretende es mostrar la propiedad en cuestión como algo mutable. Ante *Juan está muy alto* se infiere automáticamente que Juan no es un adulto, ya que es fundamentalmente en los niños y jóvenes donde la altura es una propiedad variable. En la *NGLE, Manual* (2010, pág. 712) se hace la siguiente consideración al respecto: “[...] la oración *El muchacho es alto* no describe exactamente un estado permanente del muchacho, sino, más bien, una propiedad que se le atribuye como característica suya, mientras que *El muchacho está alto* pone de manifiesto más bien que el que habla percibe en el citado muchacho un cambio en relación a su recuerdo o con sus expectativas, es decir, un estado diferente del que conocía o esperaba. [...] Los atributos introducidos por *estar* [...] se interpretan con un sentido RESULTATIVO, es decir, como resultado de un cambio de estado”.

Es más frecuente decir de alguien que *está gordo* que decir que *es gordo*. Sin embargo, siempre se dice de un adulto que *es alto*. Por nuestro conocimiento del mundo sabemos que, una vez alcanzada cierta edad, la ALTURA es una propiedad que se convierte en fija, que deja de ser variable y pasa a ser algo inherente de cada individuo. Sin embargo, la GORDURA sí es una propiedad que puede variar (en cualquier dirección) a lo largo de toda la vida. Por ello, al hacer referencia a esta propiedad en un individuo, los hablantes emplean principalmente el verbo *estar*.

Alternan las dos cópulas con los adjetivos que designan propiedades físicas sujetas a alteración, como en *Su nariz es roja* ~ *Su nariz está roja*; *Ramón es gordo* ~ *Ramón está gordo*. Se elige, en cambio, únicamente *ser* en *La calle es ancha* porque no se atribuye al referente del sujeto la capacidad de alterar sus dimensiones.

(*NGLE, Manual*, 2010, pág. 714)

³²² Este enunciado podría hacer referencia, también, a la ubicación de Juan. El verbo *estar* procede del latino STARE, que significaba ‘estar de pie’ o ‘estar situado’ y “en la lengua actual se construyen con *estar* los atributos de las oraciones en las que se especifica el lugar que ocupa alguien o algo”, en (*NGLE, Manual*, 2010, pág. 713). Gómez Torrego (2010, pág. 191) señala, de hecho, que “los verbos *ser* y *estar* no parecen copulativos cuando se construyen con complementos de tiempo [*El accidente fue ayer*] o de lugar [*Juan está en Madrid*], aunque algunos gramáticos sí los consideran así”. Nosotros, por el momento, dejaremos al margen la posibilidad de que *estar* exprese la ubicación de un elemento, aunque este uso se recoja en la propuesta lexicográfica.

Lo que tiene de especial este tipo de casos es que, cuando se emplea el verbo *estar* y debe relativizarse el adjetivo que actúa como atributo, se presentan dos opciones que pueden actuar de manera entrecruzada: 1) relativizar respecto a cómo se manifestaba la propiedad expresada por el adjetivo en observaciones previas del individuo (o respecto a las expectativas generadas) o 2) relativizar respecto a una categoría ‘externa’ de la que el individuo forma parte. Dicho de otro modo, ante un enunciado de este tipo sucede, simplemente, que, al activarse el carácter temporal de la propiedad atribuida a un elemento, la categoría que puede actuar como fondo es, además de las categorías ‘externas’, aquella formada por las [distintas manifestaciones de dicho elemento a lo largo del tiempo] (o la categoría de las [manifestaciones esperables]).

Al relativizar de la primera de las maneras ocurre que al decir *Juan está alto* se considera que Juan tiene una altura elevada respecto a las alturas previas con las que se le ha conocido o respecto a la altura que se espera que tuviera. Si se conociera a Juan cuando medía 1,20 m —y ahora mide 1,50 m—, Juan resultará alto dentro de la categoría [los ‘Juanes’ conocidos / los ‘Juanes’ esperables], independientemente de que Juan pudiera ser bajo respecto a otros niños de su misma edad. Del mismo modo, al decir *Juan está gordo*, si se vuelve a relativizar de la primera de las maneras señaladas, se hará respecto a [los ‘Juanes’ conocidos] o [los ‘Juanes’ esperables], categorías de las que el elemento *Juan-del-presente* también forma parte.

Si alguien conoce a Juan desde hace tiempo, y siempre lo ha visto con 150 kilos, es posible que al coincidir con él y ver que ha pasado a pesar 90 kilos esa persona diga que *Juan está delgado*, aunque no lo esté si se compara a este con otras categorías de las que forma parte. En ese caso, por lo tanto, la categoría de referencia sería la construida a partir de los [‘Juanes’ conocidos / los ‘Juanes’ esperables], dentro de la cual el individuo *Juan-del-presente* podría, claramente, considerarse delgado.

La otra opción, como ya hemos señalado, es la de relativizar del modo ‘habitual’, es decir, respecto a una categoría ‘externa’ al individuo. En ese caso, al decir *Juan está delgado* se estará indicando que lo está respecto a cómo están (son) otros individuos de alguna de las categorías de las que forma parte.

Marín (2004, pág. 41) establece para estos casos una distinción “más pragmática que semántica” entre lo que él llama *norma general* y *norma individual*:

La visión de norma general, expresada por medio de SER, indica una comparación entre una entidad y otras de su misma clase; en este caso, se refleja la intención del hablante de clasificar el ente referido de acuerdo con unos criterios generales, válidos en una determinada cultura o sociedad.

En cambio, la visión de norma individual, referida mediante ESTAR, describe una comparación entre el estado actual de una entidad y el estado que podría esperarse como normal o habitual en ella; desde esta otra perspectiva, se representa la intención del hablante de clasificar una entidad en relación con un criterio individual, exclusivamente aplicable a tal entidad.

(Marín, 2004, págs. 41 y 42)

La “norma individual”, resultado del pasado de un elemento y las expectativas por este generadas, constituyen, por lo tanto, una categoría más dentro del infinito abanico de categorías disponibles para actuar como fondo respecto al que relativizar la propiedad atribuida a un elemento.

3.1.1.4. ¿Qué supone pertenecer a una determinada subclase dentro de una categoría de referencia?

Una vez determinada cuál puede ser la clase de referencia respecto a la que relativizar un adjetivo del tipo que nos ocupa, surgen nuevas cuestiones que es necesario aclarar para interpretar convenientemente el significado de los enunciados en que aparecen adjetivos dimensionales. Así, por ejemplo, ante *Pau es alto* sucede que, incluso si supiéramos que Pau es una jirafa y tuviéramos clarísimo que el fondo de referencia es [‘determinado’ grupo de jirafas], todavía cabría la posibilidad de preguntarse qué significa exactamente el enunciado: ¿es Pau más alto que la mayoría de las jirafas?, ¿qué la media?, ¿pertenece Pau al grupo de [los altos] después de hacer tres subgrupos de [bajos], [ni altos ni bajos] y [altos]? En definitiva, podemos decir que la pregunta general sería *¿qué criterio se emplea para establecer el subgrupo de [los altos] (e incluir a Pau en él)?*³²³. Nos

³²³ Debe quedar claro que el problema que se plantea ahora es distinto al de fijar la categoría de comparación, porque se da incluso suponiendo que ese grupo esté totalmente fijado: si tenemos diez lápices de distinto tamaño encima de nuestra mesa y le pedimos a alguien que coja *los grandes*, ¿cuáles (y cuántos) debería coger?: ¿los cinco más grandes?, ¿los que claramente sean más grandes que el resto? Constatamos, por lo tanto, que el hecho de tener absolutamente claro cuál es la categoría dentro de la cual a uno de los elementos se le atribuye determinada característica no garantiza, en modo alguno, saber *exactamente* en qué grado posee ese elemento dicha característica (ni en términos absolutos ni en relación con sus pares). Explicándolo conforme a la semántica vericondicional: aun sabiendo el grupo respecto al que hay que relativizar una propiedad de un elemento, no podríamos decir cómo debería ser la realidad para que la

encontramos, pues, con que hay algo así como una ‘segunda relatividad’ en el uso de los adjetivos dimensionales.

La ‘primera relatividad’ (la que se relaciona con el establecimiento de una categoría de referencia) deja de ser un problema cuando los adjetivos aparecen en estructuras comparativas. Si se dice que *Pau es más alto que Marc* se sabe perfectamente qué se está comparando y con qué. Sin embargo, el hecho de que Pau sea más alto que Marc no puede llevar a la conclusión lógica de que Pau sea alto, ni tampoco a la conclusión de que Marc no lo sea³²⁴. Esas consideraciones quedan al margen del enunciado; el universo queda reducido a los dos elementos extralingüísticos de los que se predica algo, y el hecho de que se supiera qué tipo de elementos son Pau y Marc y respecto a qué grupos se podrían relativizar no cambiaría las condiciones de verdad de la proposición.

Most gradable adjectives are characterized by relativity. This means that when the comparative-degree form of an adjective is used in a sentence referring to two extralinguistic entities, it states the location of those entities on the scale relative to each other, anywhere on the scale. The comparative-degree form need not therefore refer to the same set of values on the scale as the positive-degree form; for example ‘John is older than Peter’ does not entail ‘John is old’. This relativity of many gradable adjectives can be expressed like this: an adjective A is relative if it satisfies the following pair of negative entailment formulae:

NPi is Aer than NPj \nrightarrow NPi is A
 NPi is Aer than NPj \nrightarrow NPj is not A

(Rusiecki, 1985, pág. 8)³²⁵

Más problemático es el uso absoluto de los adjetivos subsectivos que nos ocupan. La dificultad que se plantea alcanza incluso la cuestión, aparentemente evidente, de si en una construcción absoluta hay también una comparación implícita entre el elemento adjetivado y otras entidades.

The problem of compositionality, articulated by McConnell-Ginet (1973) and Klein (1980, 1982), is that the assumption that the comparison relation is somehow “basic” is not supported by the morphosyntactic facts of natural languages. If the comparison relation were

afirmación de que ese elemento tiene esa propiedad pudiera considerarse verdadera. La relatividad de los adjetivos relativos es, de algún modo, doble.

³²⁴ Veanse en los apartados 2.2.2.3.1. (Antónimos polares) y 3.2.1.2. (La comparación), las cuestiones referidas al *commitment* (‘compromiso o parcialidad’) de los adjetivos polares y a las estructuras comparativas.

³²⁵ NPi es un nombre propio cualquiera y NPj es otro nombre propio cualquiera distinto. A es un adjetivo. “A–er than” es ‘más A que’.

a psychological or semantic primitive, then the expectation should be that the comparative form of the adjective should be less marked than the absolute form.

(Kennedy, 1999b, pág. 85)

Como pone de relieve Kennedy en la cita anterior, autores como McConell-Ginet (1973), Kamp (1975) o Klein (1980, 1982) consideran que es ‘morfológicamente evidente’ que las estructuras comparativas de los lenguajes naturales se derivan (a través de cambios morfosintácticos) de la forma absoluta de los adjetivos.

Paralelamente al ‘enfrentamiento’ generado en el ámbito de la lógica semántica entre los partidarios de las *P-theories* y las *NM-theories* (cf. el apartado 2.1.1.3.), se alimentó otro debate referido a si el significado esencial de los adjetivos es de carácter comparativo o absoluto. Aquellos autores que consideran que el significado esencial es comparativo ven la forma absoluta de los adjetivos como una derivación semánticamente secundaria, y viceversa.

Existe entre los partidarios de las *P-theories* y de las *NM-theories* cierta inclinación a separarse de nuevo y alinearse homogéneamente con una u otra perspectiva también en esta cuestión:

It turns out that most partisans of the attributive approach agree in the logical priority of the comparative —or at least claim that both forms derive from a third, more basic, structure— whereas most predicative theorist embrace the opposite view.

(Paoli, 1999, pág. 71)

En el ‘enfrentamiento’ entre uno y otro ‘bando’ se entrelaza, por lo tanto, lo relativo a la dualidad entre función y predicado con la dicotomía entre una concepción de los adjetivos basada en su valor positivo y otra asentada en su valor comparativo.

Still the task of constructing an acceptable semantics for the comparative and the superlative of the adjectives is so important, that if a P-theory is the only way arriving at such a construction, one could well accept this aesthetic flaw. [...] On the other hand, if an NM-theory can be formed which avoids it and in which positive, comparative and superlative can be handled in an acceptable way (and other issues as well), one main reason to believe in a P-theory has disappeared.

(Hoepelman, 1986, pág. 193)

Hoepelman (1986) advierte en la cita anterior cómo, a pesar de su desconfianza hacia ellas, las *P-theories* parecen adaptarse mejor al ‘problema’ de los comparativos y

superlativos, mientras que las *NM-theories* encuentran en dicho ‘problema’ un obstáculo importante.

Más allá de estos ‘enfrentamientos’ desarrollados en el terreno de la lógica semántica, otros investigadores han abordado también, desde otras perspectivas, los problemas que suscita la concepción del proceso de interpretación de los usos absolutos de los adjetivos como una comparación entre elementos.

A [...] problem for a relational analysis of gradable adjectives can be described of as the “problem of compositionality”. A strong theme in work of gradation, dating at least to Sapir 1944 (see also Fillmore 1965, Campbell and Wales 1969, Bartsch and Venneman 1973, Cresswell 1976, Bierwisch 1989), is that comparison [...] is a psychological primitive, and that interpretation of gradable adjectives should be stated in terms of such a relation.

(Kennedy, 1999b, pág. 85)

La cuestión fundamental reside en que desde un análisis componencial de las estructuras comparativas y absolutas parece evidente que, al menos en lo lingüístico, la estructura absoluta es más simple que la comparativa y que, por lo tanto, esta segunda parece derivarse de la primera³²⁶. Sin embargo, si la segunda parece derivarse de la primera, resultará poco lógico definir el adjetivo absoluto basándose en la idea de una comparación subyacente. En Wierzbicka (1971) se defendía primero esa clase de análisis para *big* y *small*, pero posteriormente la propia autora rechaza (*repudia*) este planteamiento para dar cuenta de estos términos:

This dog is big. = this dog is bigger than one would expect

[...] I have now repudiated such analyses, however, and for a number of reasons. First, there is the question about the meaning of the comparative itself: if we define ‘big’ via ‘bigger’ we couldn’t define ‘bigger’ via ‘big’, and we would probably have to accept ‘bigger’ as a conceptual primitive —a very dubious move, given the apparent universality of words for ‘big’ and ‘small’ and a well-known non-universality of comparatives. [...]

(Wierzbicka, 1996, págs. 54 y 55)

Parece, pues, que el carácter marcado de las estructuras comparativas y su no universalidad³²⁷ es lo que lleva a cuestionar si el uso absoluto de un adjetivo puede

³²⁶ En inglés, el morfema *-er* hace que los adjetivos absolutos se conviertan en comparativos. En español, la estructura *más ADJ que* está más marcada que la simple aparición del adjetivo con significado absoluto.

³²⁷ Además, Wierzbicka (1996, pág. 55) —basándose en Braine (1976) y Johnston (1985)— señala que la estructura absoluta es la que primero parecen aprender los niños.

explicarse a partir de su uso comparativo. Como segundo argumento en contra de ese análisis, Wierzbicka (1996) expone cuál es su concepción de la obvia relatividad de estos adjetivos:

Second, it has become clear that the “relative” character of the concepts ‘big’ and ‘small’ can be accounted for without any comparative, along the following lines:

This is a big dog. = when I think of dogs, I think: this is a big dog.

(Wierzbicka, 1996, pág. 55)

A pesar de que, en opinión de Wierzbicka (1996, pág. 54), sea “very dubious” que pueda considerarse la comparación un “conceptual primitive”, nosotros —y, como veremos, otros autores— entendemos que la interpretación del valor absoluto de los adjetivos dimensionales se lleva a cabo a partir de la capacidad cognitiva básica de comparación entre elementos. En otras palabras, la precisión de si un elemento presenta o no una propiedad gradual determinada se fundamenta en la comparación de dicho elemento con el resto de los miembros de la categoría seleccionada como fondo.

Desde esta misma perspectiva, algunos autores han tratado de clarificar qué grado debe alcanzar una propiedad en una entidad determinada para que se pueda considerar que esta pertenece, dentro de un conjunto de elementos, al subgrupo de los que tienen esa propiedad en un grado significativo. Es decir, aplicando esto a nuestro ejemplo anterior, se han sugerido distintas pruebas para concretar cómo de alta debería ser una jirafa (o más alta que qué debería ser) para que pueda ser considerada *alta* dentro de un grupo determinado de jirafas:

How [...] can we express a positive adjective in terms of comparative? There are several alternatives: *a is tall* can be rendered as either *a is taller than most* (Langford) or *a is taller than one would expect* (Wierzbicka) or else *a is tall to a degree d and d is towards the top of the scale for tallness* (Creswell)”.
(Paoli, 1999, pág. 71)

A number of linguists have suggested that the form of the positive degree of relative adjectives signifies a greater than average, or greater than norm (or smaller than average norm) value on the dimensional-scale relevant to the adjective in question.
Thus a sentence such as

John is tall

is interpreted meaning ‘John is taller than an average man’.

This interpretation can be found in many sources. Leibniz derived positives from comparatives as early as 300 years ago (cf Wierzbicka 1972:71). Among the more recent accounts are Bartsch and Venneman (1972), Gnutzman (1974), Ehrlich (1975), and Topolinska (1975). Lyons talks of ‘some generally accepted norm’ (1977:274), but he sees the norm as ‘variable across different languages (or cultures) and across different groups within the same society [...]’.

(Rusiecki, 1985, pág. 28)

Tanto Paoli (1999) como Rusiecki (1985) aceptan que en el uso absoluto de los adjetivos hay una comparación subyacente³²⁸ por lo que su interés se centra en determinar con respecto a qué se debe llevar a cabo dicha comparación: si respecto a la mayoría (*most*) de los miembros de la categoría que sirva de referente, respecto a lo esperable (*one would expect*), respecto a la media (*average*), respecto a una norma aceptada (*some generally accepted norm*)³²⁹, etc.

Kennedy (1999b), en su aproximación formalista al significado de los adjetivos de grado, diferencia el significado *parcial* de los adjetivos en sí con el significado *total* de las construcciones sintácticas en que aparecen. Lo fundamental en su análisis es, en un principio, determinar el modo a través del cual se interpretan aquellos enunciados que incorporan un adjetivo gradual concreto (al que Kennedy se referirá como ϕ):

[...] the interpretation of sentences constructed out gradable adjective ϕ should be characterized in terms of three semantic constituents, which are specified in (14):

- (14) i. a reference value, which indicates the degree to which the subject is ϕ ;
- ii. a standard value, which corresponds to some other degree; and
- iii. a degree relation, which is asserted to hold between the reference value and the standard value.

(Kennedy, 1999b, pág. 90)

El adjetivo, por sí mismo, dentro de un enunciado, se encarga exclusivamente de proyectar en el objeto del que se predica una propiedad en una escala (graduada respecto a dicha propiedad). El valor del adjetivo es, por lo tanto, una función (*measure function*)

³²⁸ Recordemos que Wierzbicka abandona posteriormente esta perspectiva.

³²⁹ En la *NGLE* (2009, págs. 915 y 916) se alude a un “valor medio” y de “cierta NORMA IMPLÍCITA”: “Los adjetivos graduables llamados POLARES (también RELATIVOS y PROPORCIONALES, entre otras denominaciones) expresan propiedades relativas que han de evaluarse comparándolas implícitamente con algún valor medio considerado normal en un contexto particular”. [...] “Repárese en que en *una galaxia pequeña* o *un río ancho* se expresan [...] medidas evaluadas en función de cierta NORMA IMPLÍCITA, determinada por criterios extralingüísticos”.

que ‘lleva’ a la entidad referida por el nombre a ocupar una posición en una escala y a asumir así un *reference value*. En *The Moon is smaller than the Earth* se aplica el adjetivo *small* a *Moon* y, por lo tanto, se proyecta a la entidad mentada (la luna) en una escala de tamaño (en la que podríamos decir que lo que se mide es la ‘PEQUEÑEZ’). La Tierra presenta un elemento de comparación concreto (*context-dependent standard*) y el sufijo *-er* indica cómo se ordenan estos dos elementos dentro de una escala (*degree relation*). Aplicando todos estos factores, se accede a la interpretación de *The Moon is smaller than the Earth*, lectura basada en que el grado de ‘PEQUEÑEZ’ de la Luna es mayor que el grado de pequeñez de la Tierra (aunque no se establece ‘cómo de más pequeña’ es la primera que la segunda).

Kennedy (1999b) aplica este ‘mecanismo’ también a la explicación de las construcciones absolutas, de las que dice que simplemente disponen de “a phonologically null degree morpheme”, (Kennedy, 1999b, pág. 98). En estas construcciones, la *degree relation* no se refleja a través de una marca ‘tangible’ (la marca del ejemplo anterior era *-er*) y se considera que el grado en que un elemento incorporado en este tipo de construcciones posee una propiedad determinada es al menos tan grande como el que presenta el estándar relativo a esos elementos para esa propiedad en concreto. Ese estándar de comparación debe ser inferido contextualmente, no está presente como en el caso de los comparativos (el estándar en el ejemplo anterior era la Tierra). Así, un enunciado del tipo *La Luna es pequeña* se interpreta considerando que el elemento en cuestión es proyectado por el adjetivo en una escala de ‘PEQUEÑEZ’ donde el grado en que posee esta propiedad es al menos tan grande como lo posee un estándar de comparación que debe ser activado.

No considera Kennedy, por lo tanto, que los adjetivos, por sí mismos, sean de naturaleza comparativa o relacional, sino que es en su uso concreto donde, tanto en construcciones comparativas como absolutas, a través de marcas morfológicas, se ponen en relación con otros elementos explícita o implícitamente presentes.

[This analysis] remove[s] the relational component from the meaning of the adjective, leaving only the measure function. As a result, the relation associated with a particular degree construction is determined by the meaning of the degree morpheme that heads the construction.

(Kennedy, 1999b, pág. 99)

El proceso de interpretación de un enunciado del que forme parte un adjetivo de grado pone en relación (o compara) dos elementos, pero desde esta perspectiva, esta comparación no es considerada —como hemos visto— ‘responsabilidad’ del adjetivo. El adjetivo solo indica que la entidad con la que se relaciona presenta un grado de una propiedad; son los otros elementos los que señalan que ese grado es igual o mayor (o, si el enunciado es negativo, que no es igual o mayor) al grado del estándar de comparación. En el siguiente ejemplo vemos cómo el adjetivo “supplies only one of the three constituents”:

[...] the meaning of a sentence like (27) can be paraphrased as (28), which is stated in terms of a partial ordering between two degrees.

(27) The neutron star in the Crab Nebula is dense.

(28) The degree to which the neutron star in the Crab Nebula is dense is at least as great as some standard of denseness (relativized to a comparison class for neutron stars).

The reference value in (28) is the degree to which the neutron star in the Crab Nebula is dense; given the analysis of gradable adjectives as measure functions, this value can be straightforwardly derived by applying the adjective to the subset, as in (29), which returns a degree: the projection of *the neutron star in the Crab Nebula* on a scale of density.

(29) dense(the neutron star in the Crab Nebula)

The formula in (29) supplies only one of the three constituents in (28) [...].

(Kennedy, 1999b, pág. 96)

Elena Tribushinina (2008, págs. 119-158) basa su estudio de los adjetivos dimensionales en el concepto de *COGNITIVE REFERENCE POINT*, desarrollado por Rosch (1975). La autora rusa relaciona los PUNTOS COGNITIVOS DE REFERENCIA con el ‘ESTÁNDAR DE COMPARACIÓN’ de una categoría determinada.

Como ya explicamos con detalle en el apartado 2.3.1. (*Problemas con la intersectividad. Colores y formas*), Rosch (1973), basándose en los estudios previos de Berlin y Kay (1969), desarrolla una teoría sobre los distintos modos en que es posible concebir los colores en la que aparece la idea de que en las escalas de tonalidades hay algunos puntos que son cognitivamente más relevantes que el resto (*focal colors*) y que, de algún modo, actúan como referencias tonales.

In previous work, Rosch (Heider, 1971, 1972; Rosch, 1973) has shown that focal colors are better remembered and earlier learned than nonfocal colors, and that color categories structured so that focal colors are the physical center of the category are more easily learned than categories structured in other ways.

(Rosch, 1975, pág. 533)

Con posterioridad, Rosch (1975)³³⁰ desarrolla este concepto de PUNTOS COGNITIVAMENTE RELEVANTES y habla de los *cognitive reference points* de distintos tipos de categorías.

[...] natural categories (such as colors, line orientations, and numbers) have reference point stimuli (such as focal colors, vertical and horizontal lines, and numbers that are multiples of 10) in relation to which other stimuli of the category are judged.

(Rosch, 1975, pág. 532)

Uno de los posibles CRP (*cognitive reference points*) de una categoría determinada es su prototipo. Los prototipos “can serve as reference points in relation to which other category members are judged”, en (Rosch, 1975, pág. 545). Sin embargo, aunque el concepto de PROTOTIPO funcione perfectamente con adjetivos (o términos) de color³³¹, no se muestra en absoluto eficaz con los adjetivos dimensionales.

Como señalan Kamp y Partee (1995), los términos de color basan su manera de significar en la existencia de un prototipo representativo de la clase formada por cada color, y son, en ese sentido, contrarios a los adjetivos dimensionales, que no poseen un prototipo que actúe como caso central para cada adjetivo concreto. Mientras *rojo* encuentra en determinado tono de rojo su representante prototípico, el adjetivo *alto* no presenta ningún grado de altura que pueda ser considerada una altura prototípica.

[...] not all vague predicates can be reasonably analyzed in terms of prototypes: for color terms like *red*, the vagueness can be seen in terms of distance from a prototype ("true red") but for scalar adjectives like *tall*, *hot*, *heavy*, etc. there is no "central value" determining maximal tallness but rather an open ended standard of comparison.

(Kamp y Partee, 1995, pág. 143)

³³⁰ “The notion of *cognitive reference points* (CRPs) was introduced by Eleanor Rosch (1975a). As a starting point she used Wertheimer’s (1938) claim that among perceptual stimuli there are ‘ideal types’”, en Tribushinina (2008, pág. 25).

³³¹ Términos como *rojo*, *azul*, etc., pueden aparecer como adjetivos de color o como sustantivos que dan nombre a una tonalidad.

Tribushinina (2008) comparte parcialmente la visión de Kamp y Partee (1995) y considera que los términos de color son prototípicamente prototípicos, por así decirlo:

I agree with Kamp and Partee on a basic issue that dimensional adjectives are to a lesser degree prototype-oriented than color terms.

(Tribushinina 2008, pág. 119)

People are usually quite sure about what to call prototypically *red* (e.g. blood and tomato) or prototypically *sweet* (e.g. sugar and honey). Are language users equally confident about what to call prototypically *high* or *low*? Probably not.

(Tribushinina 2008, pág. 119)

No obstante, Tribushinina encuentra también en lo dimensional cierta conexión con el concepto de PROTOTIPICIDAD:

[...] the fact that prototypically TALLNESS does not exist by itself and it is always contingent on the entity exhibiting this property does not mean that prototypes of TALLNESS do not exist.

(Tribushinina, 2008, pág. 354)

A number of studies of dimensional adjectives have demonstrated that there are prototypical instantiations of TALLNESS. For instance, towers, trees, and houses were shown to be prototypical tall entities.

(Tribushinina, 2008, pág. 354)

En efecto, como defiende Tribushinina (2008) en la segunda de las citas reproducidas, no es la ALTURA en sí la que consta de un prototipo, ya que no existe una manera —o un grado— en que SER ALTO que pueda considerarse prototípico. Lo que hay son instanciaciones prototípicas de esta propiedad (SER ALTO), es decir, objetos a los que es muy frecuente referirse con el adjetivo *alto* y asociar con la idea de ALTURA. Esto, en nuestra opinión, se produce por dos fenómenos:

1) Como vimos en el apartado 2.2.2.2. (*El parámetro dimensional*), hay objetos que, debido a su forma y a su posición ‘natural’, tienden a ser descritos utilizando un par de adjetivos dimensionales determinado (*alto-bajo*, por ejemplo) en lugar de cualquiera de los otros pares. Los ejemplos citados por Tribushinina (*torres, árboles y casas*) serían, por su forma alargada y su habitual posición vertical, el tipo de objetos que son típicamente descritos con el par *alto-bajo* (y no el par *largo-corto*, que podría ser también

aplicable). Para referirse a este fenómeno, Vogel (2004, pág. 45), tras examinar un extenso corpus de la lengua sueca, habla de *prototypical uses of the adjectives*.

A use corresponds to a combination of adjective and noun. It can be assumed that some uses, such as *hög hus* 'high/tall house' and *djup sjö* 'deep lake' are more prototypical than *hög myrstack* 'high ant-hill' and *djup tjäle* 'deep ground frost'.

(Vogel, 2004, pág. 45)

Puede decirse, por lo tanto, que hay objetos típicamente descritos como *altos* y que esa correlación hace posible considerar que estos entablan una estrecha relación con el concepto de ALTURA en sí.

2) Como vimos en el apartado 2.3.2. (*Problemas con la subsectividad*), sin un fondo de comparación respecto al que relativizar las características dimensionales de un objeto determinado, la tendencia natural es relativizar respecto a ['lo humano']: respecto a [aquellas dimensiones que nos resultan naturalmente manejables]. Un *árbol*, una *casa* o una *torre* son entidades cuyo tamaño supera normalmente el de las personas. Si es necesario describir de forma general este tipo de entidades utilizando (por los motivos sopesados más arriba) el par de adjetivos dimensionales *alto-bajo*, lo normal es que se emplee el primero de los adjetivos, ya que estos elementos son más altos que las personas y, si no hay otra clase con la que compararlos, los hablantes se ven 'obligados' a considerar que son altos.

Respecto a la diferencia entre el concepto de PROTOTIPICIDAD en adjetivos de color y adjetivos dimensionales es necesario señalar que, mientras que de la sangre se puede decir que su color es el rojo prototípico, al hablar de una torre o de un árbol no podemos decir de su altura que sea el alto prototípico o que la torre en cuestión se corresponda con el prototipo de ALTURA. En un caso es el cómo se muestra la propiedad en un objeto lo que se toma como prototipo de dicha propiedad, mientras que en otro sería el propio objeto (y no el cómo se mostrase en él una propiedad) lo que se estaría señalando como supuesto prototipo de una propiedad. Resultaría ontológicamente un tanto extraño que un objeto actuase como representante prototípico de una propiedad: decir que una torre es el prototipo de la propiedad expresada por *alto* sería equivalente a decir que la sangre es en sí misma el prototipo de la propiedad expresada por el adjetivo *rojo*. La sangre y una torre pueden ser los prototipos de aquella clase de objetos a los que con frecuencia se les

atribuyen los adjetivos *rojo* y *alto*, pero solamente del primero de los objetos puede decirse que el modo de darse en él la propiedad expresada por el adjetivo sea el prototipo de la propiedad en sí³³² (o que el rojo presente en esa entidad, también como entidad, sea el propio prototipo).

Tanto Kamp y Partee (1995) como Tribushinina (2008) parecen estar de acuerdo, por tanto, en que no hay un prototipo de [lo alto], aunque Tribushinina (2008), como hemos señalado, sí trata de matizar el alcance de esta afirmación señalando que hay objetos que son (proto)típicamente descritos como *altos* y que, por lo tanto, se relacionan estrechamente con el concepto de ALTURA. En cualquier caso, aunque no sea el PROTOTIPO el concepto que Tribushinina considera adecuado para los adjetivos dimensionales, sí cree necesario emplear algún otro tipo de *cognitive reference point* (CRP):

[...] prototypes provide a useful analytic tool for some groups of adjectives, such as colour terms. However, in other cases prototypes obviously fall short of adequate semantic descriptions. This is, for example, the case with dimensional adjectives which are to a much lesser degree oriented to prototypes than colour terms. However, these adjectives are vague and it is fair to assume that their conceptual specifications have to be anchored somehow. In other words, there must be other types of reference points involved in their production and interpretation.

(Tribushinina, 2008, pág. 120)

Para los adjetivos dimensionales, el CRP adecuado será lo que Tribushinina denomina el *cognitive zero*, un valor medio, una norma, que se identifica con una clase particular de comparación en un contexto determinado (o, a veces, “por defecto”):

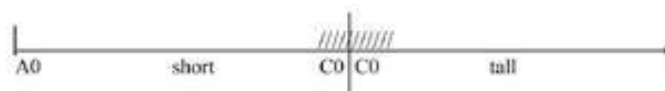
In this chapter, I have discussed a reference-point phenomenon widely known as the norm, although I chose another term – *cognitive zero* – to label this concept. A cognitive zero is an average value identified for a particular comparison class, to which the referent belongs. I have argued that although default interpretations do exist, in actual language use defaults often get overridden by context.

(Tribushinina, 2008, pág. 158)

³³² Como hemos advertido ya, *rojo* no siempre es un adjetivo, también puede ser el nombre de una determinada tonalidad, por lo que su presencia puede responder a una entidad real, de sustancia, no necesariamente de cualidad.

Este *cognitive zero* sería, gráficamente, una zona (no un punto) ‘central’ de indeterminación en la escala de los adjetivos polares donde se situarían los valores que no se relacionan con ninguno de los dos adjetivos que constituyen un par de antónimos polares. Es decir, esa área sería la referencia respecto a la cual se establece una comparación que permite describir mediante un adjetivo polar una entidad determinada, según quede por encima o por debajo de esa referencia³³³.

The properties denoted by polar antonyms take the cognitive zero as their starting point (Clark 1971: 511). It is in this sense that this reference point is a kind of zero (cf. zero point in the Cartesian coordinate system). For instance, on the scale of human height the subscales of TALLNESS and SHORTNESS start at the cognitive zero area and diverge in the opposite directions: the subscale of TALLNESS goes in the direction of the maximum endpoint or infinity, and the subscale of SHORTNESS runs towards the absolute zero (see Figure 5.1).



The scale of height. A0 = absolute zero, C0 = cognitive zero

(Tribushinina, 2008, págs. 121 y 122)

Los adjetivos dimensionales se diferenciarían de los términos de color, por lo tanto, en que no están ‘orientados’ hacia un máximo, sino que son “medium oriented”³³⁴, (Tribushinina, 2008, pág. 158).

A medium is a value on a gradual scale, which instantiates standard dimensions for a given class of objects. When this average value is exceeded, a supra term is used (e.g. *big, tall, wide*). When the dimensions of an object are below the standard for its reference class, a sub-term is opted for (e.g. *short, narrow, little*).

(Tribushinina, 2008, pág. 120)

³³³ Tradicionalmente, más que de una *zona de referencia*, se ha hablado de un *punto de referencia*. Respecto a los diferentes nombres relativos a este punto de referencia, Tribushinina (2008, pág. 121) señala lo siguiente: “This reference point has traditionally been called *norm* (Apresjan 1974; Arutjunova 1987, 1988, 1999; Bierwisch 1967; Bierwisch & Lang 1989; Broekhuis 1999; Chafe 1970; Gibson 1978; Klein 1997; Lang 1989; Lehrer & Lehrer 1982; Leisi 1975; Lyons 1977; Nikolaeva 1983; Počepcov 1990; Rakhilina 2000; Sapir 1944; Taylor 1992; Vendler 1968). In other, especially more recent theories the terms *standard value* (H. Clark 1973; Kearns 2007; Kennedy 1999a, 1999b; Pander Maat 2006; Rotstein & Winter 2004; Vendler 1968), *pivotal region* (Cruse 1986; Paradis 1997), *cognitive zero* (Levanova & Tribushinina 1998, 2002; Litvintseva 2004; Šabes 1989; Tribushinina 2006a, 2006b) and *imaginary zero* (Weydt & Schlieben-Lange 1998) are used”. Por su parte, Sánchez López (2006, pág. 13) habla del “grado o valor estándar”.

³³⁴ Tribushinina (2008) enumera una serie de referencias a partir de las cuales desarrolla su concepto de *MEDIUM ORIENTED*: “Leech & Svartvik 1975: 105; Levanova & Tribushinina 1998; Ruzin 1994; Šramm 1979”.

Tribushinina insiste en la idea de que la noción de *cognitive zero* corresponde a una región y no a un punto de la escala y considera que esa característica es la que le permite ‘jugar’ con la vaguedad de los límites entre unas partes y otras de la misma.

It should be noted that the most important aspect of the cognitive zero is that it represents a zone of uncertainty where neither subs nor supras apply.

(Tribushinina, 2008, págs. 122)

The representation of the cognitive zero as a region facilitates the fuzziness of relative adjective in the sense that there is “no precise point on the dimension of, e.g., tallness, which clearly cuts off the class of ‘tall’ entities from the class of ‘not tall’ entities” (Taylor 1992: 10-1).

(Tribushinina, 2008, págs. 122)

Nosotros, a la hora de establecer el estándar de comparación de una clase —véase el apartado 3.1.1.4.2. (*¿Puedes emplearse el concepto de PROTOTIPO de alguna otra forma?*)—, nos basaremos en la idea ‘roscheana’ de prototipo como CRP, aunque sin recurrir a conceptos como *NORM* o *AVERAGE*, como hace Tribushinina para desarrollar el concepto de *COGNITIVE ZERO*. Como explicaremos en los siguientes apartados, defendemos que la idea de categorización cognitiva a través de prototipos en combinación con los principios de la relevancia pragmática es el método más adecuado para dar cuenta de cómo establecen los hablantes subcategorías relacionadas con la dimensión dentro de una clase de entidades concreta.

El prototipo de una categoría será, por lo tanto, el elemento respecto al cual diremos si los demás elementos de esa categoría son, por ejemplo, *grandes*, *pequeños* o *medianos*. Los miembros de una categoría serán catalogados, por lo tanto, conforme a su prototipo (para nosotros, también en lo dimensional), y esa capacidad es, precisamente, la que caracteriza, en opinión de Rosch, un CRP:

To be a “reference point” within a category, a stimulus must be shown to be one which other stimuli are seen “in relation to”.

(Rosch, 1975, pág. 532)

Debemos advertir que, en la mayor parte de los casos, la idea de PROTOTIPO que manejemos no será la de un prototipo particular para cada hablante, sino la relativa al

concepto de PROTOTIPO COMPARTIDO. Esto puede acercarnos a lo que Putnam (1975) denominó *estereotipo*, aunque, como veremos en el próximo apartado, a nuestro parecer resulta más adecuado hablar de *prototipos compartidos* que de *estereotipos*.

Antes de entrar a explicar el proceso cognitivo que subyace al uso de los adjetivos dimensionales profundizaremos en los conceptos de PROTOTIPO y ESTEREOTIPO, para ponerlos después en relación con los principios de la Teoría de la relevancia que, creemos, rigen la obtención de la explicatura apropiada en los enunciados en que intervienen dichos adjetivos.

3.1.1.4.1. Del prototipo al estereotipo

No desarrollaremos en este apartado la Teoría de prototipos con todas sus variantes y evoluciones, sino que nos limitaremos a recordar, simplemente, que esta teoría supone una alternativa a la tradicional forma de categorización aristotélica basada en las condiciones necesarias y suficientes³³⁵. La teoría de prototipos pretende —más que encontrar la estructura ontológica que subyace a la realidad o establecer una taxonomía de utilidad científica— describir el modo de percibir la realidad y el modo como intuitivamente los humanos nos manejamos con la multiplicidad de elementos distintos que componen el mundo³³⁶.

La Teoría de prototipos propone una concepción de las categorías como clases heterogéneas y continuas (en el sentido de que no son discretas), en las que algunos elementos son considerados centrales y otros, sin embargo, pertenecen con más o menos ‘intensidad’ a estas según se asemejen al elemento central o *prototipo*³³⁷. Se considera,

³³⁵ Aunque Cifuentes Honrubia (1992), Rastier (1991) o Parcherie (1991) han criticado la ‘ingenuidad’ o la parcialidad con que la Teoría de prototipos hace referencia a la concepción aristotélica de las categorías; en principio, el paradigma roschiano se opone al tradicional en que, para Aristóteles, algo pertenece a una determinada categoría solo en el caso de que posea todos y cada uno de los rasgos que la definen. Estos rasgos son binarios, lo que significa que las cosas tienen o no ese rasgo y pertenecen o no a esa categoría. No existe, por tanto, una jerarquía basada en los grados de pertenencia.

³³⁶ Aristóteles y Rosch se sitúan en paradigmas distintos: la teoría de Rosch se inscribe en el marco de una propuesta psicológica de la cognición; la de Aristóteles, en cambio, en el ámbito de una teoría del conocimiento científico, (Parcherie, 1991, pág. 291).

³³⁷ Evans (2007, pág. 175) precisa que para la teoría de los prototipos “the prototype provides structure to and serves to organize a given category, a phenomenon known as prototype structure. An important consequence of this is that categories exhibit typicality effects”.

pues, que el prototipo es el mejor ejemplar comúnmente asociado a una categoría por los hablantes³³⁸.

El establecimiento del prototipo de una categoría es un proceso cognitivo individual y, por lo tanto, no todos los individuos estructuran todas las categorías de acuerdo con el mismo prototipo, ni tampoco recurre al mismo prototipo un único individuo a lo largo del tiempo o en distintas situaciones comunicativas (o cognitivas). Sin embargo, resulta evidente que se dispone de un conocimiento aproximado sobre cuál es el concepto de las cosas en el seno de una comunidad lingüística. Es decir, al margen de la manera particular de entender un concepto, existe también un modo compartido de entender ese concepto cuya existencia es conocida por cada uno de los hablantes. Esta idea compartida es la que se evoca cuando nos referimos a los usos ‘normales’ del lenguaje.

A person's concept of cow or dog contains this person's ideas of what people in general could say about cows or dogs. The English words *cow* and *dog* are in common use, and they cannot be defined in terms of specialist knowledge of cows or dogs. But neither can be defined in terms of 'shared knowledge'. [...] What matters is not so much the shared knowledge as the shared stereotype: people's ideas of what people in general ('anybody') could say about cows or dogs.

(Wierzbicka, 1985, pág. 215)

Thus, the concept maximum of cows, potatoes or whatever must be interpreted not as a maximum of potential individual knowledge or of individual associations related to a given subject, but as a maximum of ideas which people in a speech community see as a shared stereotype.

(Wierzbicka, 1985, pág. 215)³³⁹

La citas de Wierzbicka (1985) que recogemos pertenecen a una obra lexicográfica en la que propone, para la definición de los conceptos concretos, el uso de atributos característicos, no de atributos necesarios y suficientes. Como la propia Wierzbicka

³³⁸ Evans (2007, pág. 175) define *prototipo* (en el ámbito de la lingüística cognitiva) como “a relatively abstract mental representation that assembles the key attributes of features that best represent instances of a given category. Accordingly, the prototype is viewed as a schematic representation of the most salient or central characteristics associated with members of the category in question”.

³³⁹ El *concept maximum* en Wierzbicka (1985, pág. 119) se relaciona con las características no esenciales de una entidad: con algo parecido al conocimiento enciclopédico o conocimiento ‘extra’ que se puede poseer de algo. Estas características se oponen a las características esenciales (*concept minimum*) que son los rasgos mínimos de los que debe disponer un hablante sobre un concepto para que se pueda asegurar que lo conoce.

(1985, pág. 241) señala, “this is entirely consistent with the recent philosophical, anthropological, psychological and linguistic theories emphasizing the role of the prototype, or stereotype in folk classifications (cf. Putnam, 1975, Kripke 1972, Berlin & Kay 1969 or Rosch 1973)”.

Las ideas de Wierzbicka enlazan, por lo tanto, con el concepto de PROTOTIPO y, como acabamos de ver, también con la idea de ESTEREOTIPO que encontramos en Putnam³⁴⁰. Putnam (1975, pág. 249)³⁴¹ describe (con cierta ironía) el concepto de ESTEREOTIPO como: “a conventional (frequently malicious) idea (which may be wildly inaccurate) of what X looks like or acts like or is”.

Podemos decir que el estereotipo es un prototipo compartido³⁴²: “‘prototipo’ y ‘estereotipo’ son constructos con funciones teóricas paralelas en las teorías internalistas y externalistas, respectivamente”, en Escribano (2008, pág. 4).

[...] prototypicality is basically a psychological notion, whereas stereotypicality is a sociolinguistic notion.

(Geeraerts, 2008, pág. 24)

[...] la concepción del prototipo depende, fundamentalmente, de la psicolingüística, mientras que el estereotipo pertenece a un punto de vista sociolingüístico. La teoría prototípica es una hipótesis sobre la organización del conocimiento en el sistema cognitivo individual: indica cómo las aplicaciones diversas de una categoría son organizadas alrededor de un centro conceptual flexible. Por otro lado, la teoría estereotípica es una hipótesis sobre la distribución del conocimiento lingüístico en una comunidad lingüística.

(Cifuentes Honrubia, 1992, pág. 167)

³⁴⁰ Werzbicka (1985, pág. 219) apunta la siguiente diferencia con Putnam (1975) en sus concepciones de *estereotipo*: “Putnam asserts that ‘not all criteria used by the linguistic community as a collective body are included in the stereotype, and in some cases the stereotype may be quite weak’, (1975:147). I would argue that all the criteria used by the linguistic community as a collective body are included in the stereotype, but not all members of the linguistic community know all the stereotypes”.

³⁴¹ Putnam anticipa su idea de ESTEREOTIPO en su obra de 1970 *Is semantics possible?*

³⁴² La relación entre los conceptos de ESTEREOTIPO y PROTOTIPO siempre ha sido algo confusa. Según Vilibakhova (2013), “[...] the notion of stereotype has been discussed in various aspects. For instance, it was often compared with the notion of prototype introduced by E. Rosch approximately at the same time as Putnam’s theory. Because the theory of prototype was more widespread and better known than Putnam’s approach, stereotype was sometimes regarded as a synonym of prototype (cf. Lyons 1995: 96), leading to the confusion of both notions. Indeed, both approaches have something in common: they emphasize the value of certain features that account for the most typical (or normal), though not all, members of the category (like striped for tiger, or fly for bird)”. [Consulta en línea realizada en febrero de 2014].

Por nuestra parte, a pesar de que, como advertimos, la idea de PROTOTIPO COMPARTIDO parece desplazarse inevitablemente hacia la de ESTEREOTIPO, preferimos seguir recurriendo al concepto de PROTOTIPO COMPARTIDO para evitar el sentido social que, generalmente, se aplica al ESTEREOTIPO. Al estar asociado con el concepto de COMUNIDAD LINGÜÍSTICA COMPLETA, el ESTEREOTIPO no resultará tan adecuado en situaciones comunicativas que presenten marcadas particularidades contextuales. Los prototipos que sean compartidos en dichas situaciones deberán ser también tomados en consideración a la hora de explicar satisfactoriamente los procesos de interpretación de los adjetivos dimensionales, por lo que lo más adecuado, creemos, será mantener el uso del concepto general de PROTOTIPO COMPARTIDO.

3.1.1.4.2. ¿Puede emplearse el concepto de PROTOTIPO de alguna (otra) forma?

En apartados precedentes habíamos descartado el concepto de PROTOTIPO para hablar de, por ejemplo, “el prototipo de *alto*”; sin embargo, consideramos que dicho concepto sí puede ‘rescatarse’ para explicar el proceso de interpretación de los adjetivos dimensionales. Limitando la afirmación al ámbito de estos adjetivos, sobre la relación de los prototipos y los estereotipos con el lenguaje, podemos indicar que “sin ellos no es posible explicar el uso, pero no son identificables con los significados”, (Escribano, 2008, pág. 5).

En el apartado 3.1.1.4. (*¿Qué supone pertenecer a una determinada subclase dentro de una categoría de referencia?*) vimos que, una vez seleccionada la clase que actúa como fondo de comparación de un elemento determinado (al predicarse de este una propiedad a través de un adjetivo relativo), debe establecerse qué implicaciones se derivan del hecho de que a dicho elemento se le atribuya la propiedad en cuestión; es decir, qué supone para un elemento ser considerado *alto* o *estrecho* en relación a una serie de entidades. Ya señalamos que unos autores responden a esta cuestión aludiendo a la media del grado en que se presenta una propiedad en los elementos de una clase; otros haciendo referencia a las medidas estándar; otros, a las zonas neutras con límites difusos, etc. Nosotros, siguiendo de cerca el planteamiento de Tribushinina (2008), consideramos que en las escalas existe una *zona neutra*, pero creemos, a diferencia de esta autora, que dicha zona neutra deriva de la idea de PROTOTIPO. Además, entendemos que la zona neutra puede

carecer de extensión; es decir, admitimos la posibilidad de que, extrapolando el concepto (de ZONA NEUTRA) a lo gráfico, esta sea, en determinados contextos, un simple punto en que pueden situarse solo los elementos que poseen exactamente una dimensión determinada.

Desde nuestro punto de vista, la zona neutra se establece a partir del prototipo compartido de la clase que actúa como fondo en cada enunciado concreto. Quedará dentro de esa zona neutra todo elemento dotado de la propiedad a la que se esté haciendo referencia en un grado igual o irrelevantemente superior o inferior al grado en que esta propiedad se presente en ese prototipo.

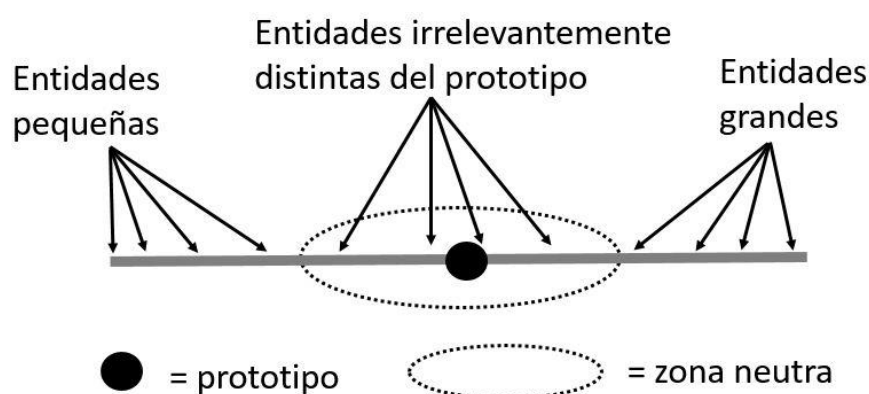


Figura 45. Escala en la que aparece el prototipo de una categoría, la zona neutra y las partes de la escala que se relacionan con los antónimos polares (*grande* y *pequeño*, en este caso).

Los elementos que en un contexto determinado sean *irrelevantemente* distintos del prototipo compartido (en el aspecto dimensional que se esté tratando) formarán parte, junto al mismo prototipo, de ese espacio denominado *zona neutra*. De los elementos que destaquen por determinada diferencia dimensional que en un contexto específico sí sea *relevante* se podrá afirmar que no son ‘neutros’ (dentro de su categoría) respecto a la propiedad dimensional tratada, sino que se los puede calificar con uno de los dos adjetivos dimensionales que se relacionan con dos polos de dicha propiedad.

En nuestra opinión, en suma, también consideramos los adjetivos dimensionales “to be different from colour terms in that they are not maximum-oriented, but medium oriented”, en (Tribushinina, 2008, pág. 120); es decir, no creemos que haya un

representante máximo de la categoría de [lo alto] ni de la categoría de [lo bajo]³⁴³. Sin embargo, dentro de una clase determinada de objetos, buscamos dicha propiedad en el elemento prototípico de la clase, y establecemos el modo de darse la ALTURA en dicho prototipo como punto medio respecto al que relativizar y señalar si el resto de los miembros de la clase son altos, bajos o neutros.

Si volvemos al ejemplo de las jirafas con el que empezábamos el apartado 3.1.1.4. debemos señalar que, según la perspectiva que hemos adoptado, una vez establecido el grupo que actúa como fondo, las jirafas que sean relevantemente más altas que aquella que consideremos como representante prototípico de dicho grupo³⁴⁴ serán consideradas *jirafas altas*. Las que sean relevantemente más bajas que el prototipo serán *jirafas bajas* y las que tengan la misma altura que el prototipo, o una diferencia irrelevante respecto de este, serán consideradas *jirafas normales*, es decir, ocuparán un lugar dentro de la zona neutra.

Es obvio que, llegados a este punto, resulta imprescindible que hagamos explícito qué entendemos por “relevantemente distinto”.

3.1.1.5. Lo relevantemente distinto

El problema que debemos resolver a continuación es evidente: ¿Cuándo se puede considerar “relevante” una diferencia dimensional respecto a un prototipo? El propio uso del adjetivo *relevante* no orienta en la respuesta, ya que, de nuevo, recurriremos a la Teoría de la relevancia para solucionar esta cuestión. A continuación proponemos y comentamos una serie de casos en que se hace explícito el modo como se llega a considerar si la diferencia de los elementos de una categoría respecto al prototipo de esta puede considerarse relevante o no. A partir de estos casos estableceremos los que, a nuestro juicio, son los principios generales que subyacen a la codificación e interpretación de este aspecto particular de los adjetivos dimensionales.

En ocasiones, la referencia que se toma para relativizar los elementos de una categoría se distingue por su concreción y su marcado carácter contextual: supongamos que un

³⁴³ De hecho, como dejamos claro en el apartado 2.1.2., dedicado a la subyectividad, no consideramos ni tan siquiera que existan tales categorías, pues son relativas a cada clase.

³⁴⁴ En el contexto que establecíamos como fondo de contraste —el de [determinado grupo de jirafas]— el prototipo podrá ser el mismo que el del prototipo general de [jirafa] o presentar determinadas particularidades según cómo se considere que suelen ser las jirafas específicas del grupo en cuestión.

diseñador de ropa quiere presentar sus últimos diseños en una pasarela y solo cuenta con una muestra de cada uno. En esa situación, el diseñador buscará unos modelos que tengan exactamente las medidas requeridas por los vestidos. El PROTOTIPO DIMENSIONAL es una noción (compartida o no) que se configura de manera natural en los hablantes. En el ejemplo que estamos manejando, sin embargo, el punto de referencia de la categoría se establecería artificialmente por las particularidades de una situación. Ese punto de referencia ‘artificial’ supondría que cualquier modelo que no se ajustara exactamente a las medidas deseadas podría ser considerada *alta*, *baja*, *delgada*... Es decir, cualquier variación dimensional respecto al punto de referencia sería relevante.

Así, podría decirse que la zona neutra de las escalas relativas a las distintas medidas coincidiría con los valores aportados por la ‘modelo ideal’. Si el diseñador no encontrase modelos con las medidas deseadas, podría ser un poco más flexible y la zona neutra dejaría de ser un punto sin dimensión: pasaría a incluir modelos similares (pero no necesariamente iguales) a aquella modelo abstracta que desempeñó el papel de ‘prototipo ocasional’. Que una modelo fuera ligerísimamente más alta que el prototipo ocasional ya no sería tan relevante, por lo que ya no estaría tan claro que se la pudiera considerar *alta*. Dependería de cuánto se hubiera ampliado el margen de ‘aceptabilidad’ para que una modelo fuera considerada *alta* o no, es decir, su inclusión en el subgrupo de [las altas] dependería de la extensión de la zona neutra.

Del mismo modo, si una familia estuviese buscando una casa para comprar, también tendría una idea de CASA que actuaría como referente. Respecto a dicha idea, las casas relevantemente más pequeñas serían consideradas *pequeñas* y las casas serían *relevantemente pequeñas* si la familia comprendiese que su diferencia de tamaño respecto a su modelo ideal no les permitiría vivir con la comodidad deseada.

Cuando en el apartado 3.1.1.1.2. (*Explicatura, inferencia y relevancia*) hablábamos de la Teoría de la relevancia, nos deteníamos en los tres procesos necesarios para la “obtención inferencial de las explicaturas”. Es buen momento para volver sobre el tercero de ellos: el enriquecimiento o especificación de expresiones vagas.

Por expresiones vagas podemos entender aquellas que no están semánticamente determinadas en términos absolutos como son, por ejemplo, los adjetivos dimensionales. En un enunciado como *La casa de Pedro es demasiado grande* [...] solo la información anterior puede ayudar a inferir [...] con respecto a qué es [la casa de Pedro] demasiado grande. Esa

información la suple, inmediatamente, el destinatario de acuerdo a sus conocimientos previos.

(Escandell, 2006, págs. 127-128)

Parece que lo que Escandell quiere dar a entender más que “con respecto a qué” es la casa grande, es *para qué* es la casa grande. Como veremos más adelante, el adverbio *demasiado*, en el español europeo, suele implicar³⁴⁵, en este tipo de usos, que hay una finalidad subyacente; unas magnitudes que son las adecuadas³⁴⁶ para algo. Podemos decir que algunas de las modelos del ejemplo empleado más arriba serían *demasiado* altas, que alguna casa que pudiera haber visitado la familia del segundo ejemplo sería *demasiado* pequeña y que “la casa de Pedro” (a la que alude Escandell) es *demasiado* grande. Estas construcciones de intensificación (con *demasiado*) ponen de manifiesto que la diferencia respecto a un modelo es relevante para alguna finalidad.³⁴⁷

En los ejemplos anteriores, por tanto, resulta sencillo ver qué es lo que se considera relevante, ya que las variaciones que se producen respecto a una especie de ‘prototipo ocasional’ tienen consecuencias prácticas concretas³⁴⁸. Es más habitual, sin embargo, encontrar situaciones en que no se pueden establecer unos límites fundamentados en ninguna consecuencia práctica ni en ningún tipo de regla. Aun así, los hablantes deciden frecuentemente emplear adjetivos dimensionales, como ocurre en enunciados como los que se apuntan a continuación: *Por el camino se me cruzó un gato pequeño / Aunque sus padres son normales, sus hijos son muy altos / Estuve caminando por unas calles muy estrechas*.

³⁴⁵ En ocasiones pierde ese valor de adecuación: *La verdad es que ya no salgo demasiado, La verdad es que la obra no me ha parecido demasiado divertida*.

³⁴⁶ Sánchez López (2006, pág. 35) señala que “*demasiado* posee un significado de ‘exceso’ que requiere considerar que se ha superado el grado esperable”.

³⁴⁷ Algo análogo ocurre cuando se habla de la forma o las medidas de un ángulo: podría decirse que, dentro de la categoría de [los ángulos], se ha tomado como referencia ‘oficial’ el ángulo recto. El cero cognitivo de esa categoría no tendría dimensión, sería el punto marcado por los 90° y sería relevantemente distinto del ‘modelo de referencia’ todo ángulo que tuviera más o menos de 90°. Así, un ángulo de menos de 90° estaría en la subcategoría de [los ángulos agudos] y un ángulo de más de 90° estaría en la de [los obtusos]. Es cierto que, en matemáticas hay también ángulos llanos y ángulos cóncavos. Desde nuestra perspectiva, podría decirse que la categoría presenta dos modelos de referencia (el ángulo recto de 90° y el ángulo llano de 180°) y que ambos son los puntos neutros respecto a los que cualquier diferencia es relevante.

³⁴⁸ En el caso de los ángulos las diferencias han sido establecidas como relevantes de manera artificial, aunque a partir de puntos (el ángulo recto y el ángulo llano) que sobresalen en lo cognitivo y en lo práctico.

Al contrario de lo sucedía en el ejemplo de las modelos, en estos casos no habría un patrón preciso y concreto que estableciera los límites de la zona neutra de las escalas, es decir, la persona que caminase por calles estrechas no necesitaría, por ejemplo, que esas calles tuvieran ninguna anchura determinada para nada en concreto; no estaría, pongamos, transportando algo que exigiera unas calles con unas medidas mínimas. No habría tampoco en el gato pequeño ni en los hijos altos de los otros dos enunciados unas condiciones prácticas que requiriesen de unos límites explícitos. En estos tres casos, los adjetivos dimensionales empleados aportarían un valor puramente descriptivo.

Manteniendo la idea de que los adjetivos se emplean para indicar diferencias relevantes respecto a un prototipo, surge la cuestión de qué se ha considerado *relevante* en los ejemplos anteriores. Es decir, ¿por qué acompaña a los sustantivos un adjetivo dimensional en estos casos ‘neutros’? Creemos que en estas situaciones lo que se considera relevante es cualquier variación de tamaño respecto al prototipo de una categoría cuando esta variación se muestre de manera clara a los sentidos. Es decir, si una variación dimensional respecto al prototipo no tiene ninguna implicación concreta, solo se considerará que es relevante (y, por lo tanto, se codificará lingüísticamente) si esta variación ‘aleja’ al referente del sustantivo de manera evidente (para los sentidos) del elemento central de una clase.

En este sentido, solo cuando la diferencia de tamaño de un gato respecto a la idea prototípica de GATO sea evidente para los sentidos será considerada informativamente relevante y, solo entonces, el hablante se tomará ‘la molestia’ de calificar al gato en cuestión como *grande*, *pequeño* o *gordo* cuando se refiera a él. El enriquecimiento informativo no obedecería a ningún fin práctico concreto más allá del interés en sí por emitir enunciados que contemplen todos los factores que se consideren relevantes.

Debemos recordar que nuestras capacidades sensoriales y mentales no son absolutas; es decir, no somos capaces de advertir cambios o variaciones si no se producen con una intensidad determinada. Nuestra capacidad cognitiva no nos permite percatarnos del cambio que se produce entre dos tonos contiguos de una tabla de tonalidades, por lo que, de manera intuitiva, tenderíamos a asegurar que estamos ante colores exactamente iguales. Sin embargo, si viéramos solo los extremos de una de estas tablas, sí repararíamos con claridad en que estaríamos ante colores distintos.

De manera análoga, si un hablante se encuentra con algo que es ligerísimamente distinto a lo que considera como el prototipo de una categoría, es probable que esa diferencia le resulte imperceptible. Solo cuando esa diferencia se haga explícita a los sentidos será relevante y se considerará que es ‘digna’ de aparecer codificada en lo lingüístico mediante un estímulo ostensivo. El hablante, por lo tanto, solo recurrirá a un adjetivo dimensional en una descripción cuando, para él, la diferencia dimensional del elemento concreto respecto al prototipo sea sensorialmente relevante y, además, sospeche que para el oyente (dotado, seguramente, de capacidades sensoriales similares) también lo pueda ser. Desde la perspectiva del oyente, aquel que escuche una descripción en que uno de estos adjetivos dimensionales aparezca acompañando a un nombre, si no hay una relevancia práctica concreta, interpretará que hay una intención comunicativa³⁴⁹ de carácter descriptivo, es decir, que la diferencia dimensional del objeto referenciado por el nombre respecto al prototipo será una diferencia sensorialmente evidente y, por lo tanto, descriptivamente relevante³⁵⁰.

Así pues, del mismo modo que sería absurdo contarle a alguien que *en el bosque hay una casa con tejado*, ya que el prototipo de CASA interiorizado en los hablantes se distingue, entre otras cosas, por contar con un tejado. Resultaría absurdo, también, contarle a alguien que *por el camino se cruzó un gato (de tamaño) normal*, pues es, precisamente, un gato de tamaño normal (o irrelevantemente distinto del prototipo de gato) en lo que se piensa cuando se habla, sencillamente, de “un gato”.

Escribano (2008, págs. 6 y 7) utiliza el concepto de PREDICADO TÍPICO para, a través del *test del pero* mostrar, entre otras cosas, “qué es lo que un sujeto ‘sabe’, cuál es el contenido de su concepto de X, y si tiene o no un prototipo (o ha internalizado un estereotipo social) de X”. Así, de los enunciados *Es un coche, pero no tiene ruedas / Es un coche, *pero tiene ruedas*, Escribano señala lo siguiente:

Naturalmente, a mí [*Es un coche, *pero tiene ruedas*] me resulta redundante porque en mi concepto de COCHE figura la propiedad de tener ruedas como una propiedad típica. Sin

³⁴⁹ Véanse las notas 298 y 301.

³⁵⁰ Sería absurdo dar un valor numérico a esta ‘diferencia necesaria’ ya que se basa, fundamentalmente, en una cuestión (que además de subjetiva es) proporcional: la diferencia de volumen que se puede considerar como sensorialmente relevante al comparar dos mosquitos es muy diferente de la que sería sensorialmente relevante al comparar dos camiones, por ejemplo. Aunque es una cuestión que queda fuera de nuestro alcance, sería interesante un estudio que tratase de esclarecer qué cambios se suelen identificar como cambios dimensionalmente relevantes para distintos tipos de objetos y magnitudes.

embargo, como acepto [*Es un coche, *pero tiene ruedas*], tener ruedas, no es para mí una propiedad constitutiva de COCHE, porque si lo fuera tendría que rechazar [*Es un coche, *pero tiene ruedas*] como incoherente; como [*Es un coche, pero no tiene ruedas*] me parece coherente e informativa, no tener ruedas no descalifica a un ítem como miembro de la clase de los coches que responde a mi concepto, solo lo hace atípico: por tanto, el atributo CON RUEDAS es uno de los que puede generar variación significativa y efectos de prototipicidad respecto a mi concepto de COCHE.

(Escribano, 2008, pág. 7)³⁵¹

Los adjetivos dimensionales, por lo general, ponen de manifiesto que un elemento es atípico; es decir, que el elemento se aleja (relevantemente) del prototipo, pero no tanto como para hacer que deje de formar parte de la categoría de la que se le considera miembro y resulte “inconsistente”. De hecho, lo que logra el adjetivo dimensional es precisamente situar un elemento más o menos cerca de los polos de una categoría de la que necesariamente forma parte, por lo que nunca se podrá ‘desplazar’ de esa categoría (aunque sí se podrá cambiar la clase de referencia que se tome según vaya a ser más o menos relevante una u otra interpretación). Así, se pueden considerar aceptables y normales los siguientes enunciados: *Es un pigmeo, pero es muy alto / Es un dúplex, pero muy pequeño / Lo que arrasó el planeta fue una hormiga, pero inmensa*.

El problema en estos casos, repetimos, estaría en si el pigmeo sería alto como [pigmeo] o como [ser humano], en si el dúplex sería pequeño como [piso] o como [dúplex] (ya que los dúplex suelen ser más grandes que los pisos normales) y en si la hormiga sería grande como [hormiga], como [animal] o [respecto a las dimensiones ‘humanas’]. En cualquiera de estos casos lo que habría, sencillamente, son entidades relevantemente distintas del prototipo de una clase de referencia que habría de ser determinada por el contexto.

Podría llegarse a enunciados inconsistentes en los casos en que el nombre con que se hiciera referencia a un elemento tuviera implícito un tamaño relativamente distinto al de una categoría de referencia. Eso ocurriría al hablar de *un gigante bajito* o de *un enanito altísimo*. Sin embargo, para evitar contradicciones, ante estos enunciados, el oyente interpretará que, o bien se está relativizando respecto a la categoría a la que hacen referencia los nombres adjetivados (la de los [gigantes] y la de los [enanitos]), y se estaría ante el caso de un gigante que es simplemente más bajo que otros gigantes, o bien las

³⁵¹ Además, Escribano (2008, pág. 7) considera que un enunciado del tipo *Es un coche, **pero no es un vehículo* sería “inconsistente”, ya que “VEHÍCULO es un atributo constitutivo” de su concepto de COCHE.

categorías [gigante] y [enanito] no implican necesariamente un tamaño determinado y sí, por ejemplo, pertenecer a la ‘raza’ de los gigantes o a la ‘tribu’ de los enanitos.

Dejando de lado lo dimensional, consideramos que es siempre la relevancia el principio que determina que un cambio respecto al prototipo haya de ser expresado lingüísticamente. Así, hablar, por ejemplo, de *un café caro* implica que la diferencia con el precio del café prototípico en un contexto concreto es relevante. Del mismo modo, hacer referencia *un científico inteligente* se considerará que este es un científico relevantemente más listo que el prototipo de la clase que actúe como fondo. Ahora bien, en estos casos no se puede recurrir a lo sensorial para establecer qué es lo relevante. En cada grupo semántico de adjetivos, creemos, deberá establecerse cómo llegar a qué es lo relevante. Desde nuestra perspectiva, creemos que no es posible ofrecer un modelo que, además de ser general, resulte preciso para explicar cómo actúa la relevancia a la hora de guiar la interpretación de toda clase de adjetivos.

3.1.2. Adjetivos dimensionales que refieren a la forma de los objetos

A pesar de que hasta ahora hemos relacionado la interpretación de los adjetivos dimensionales con la necesidad de una clase de referencia, debemos señalar que, en ocasiones se dice de un objeto que es, por ejemplo, *estrecho*, exclusivamente porque se compara esa dimensión del objeto con su ALTURA o su LONGITUD (es decir, con [las otras dimensiones del mismo objeto]), sin que sea necesaria una clase de referencia ‘externa’. En estos casos podría decirse que no se está haciendo un uso estrictamente dimensional de los adjetivos, ya que la propiedad con la que se relacionan obedece más a la FORMA de los objetos que a su TAMAÑO: no se indica que un objeto sea relevantemente estrecho respecto a otros con los que forma serie, sino que una de las dimensiones de un objeto es relevantemente menor que las demás. Este uso, como veremos a continuación, se suele dar cuando a los objetos no se puede atribuir una forma típica, o, al menos, no una única forma típica.

Si de un bate de béisbol se dice que es *largo*, como todos los hablantes conocen la forma típica de esa clase de objetos, nunca se interpretará *largo* como *alargado*, ya que sería una inferencia muy poco informativa; lo que se entenderá es que el bate en cuestión es relevantemente más largo que el prototipo de [bate de béisbol], ya que esa explicatura sería más rica. Sin embargo, al hablar de, por ejemplo, una masa de gas, al no tener esta

entidad ninguna forma típica asociada, los adjetivos dimensionales sí pueden ponerse en relación con sus tamaños relativos y con una proporcionalidad esperada³⁵²: creemos que de cualquier entidad ‘desconocida’ se espera intuitivamente una cierta proporcionalidad entre sus dimensiones.

Es esta expectativa la que, actuando como fondo de contraste, hace que algo pueda considerarse largo, ancho o estrecho: lo es porque posee una dimensión determinada con un tamaño relevantemente mayor o menor de lo esperado. Si se dice, por lo tanto, que en una zona del espacio flota *una estrecha masa de gas* se interpretará, aunque la información pudiera ser insuficiente para una idea global, que la masa en cuestión tiene ciertos rasgos de forma, no que sea más estrecha que la masa de gas prototípica. En este caso lo relativo a la forma de la entidad sí será informativo y se podrá entender que la masa de gas que flota en el espacio no se corresponde con una anchura proporcional a sus otras medidas, es decir, que es relevantemente menos ancha de lo que resultaría ‘proporcionalmente esperable’. Por otro lado, al hablar de mesas resulta que hay varias formas que podemos considerar típicas. Por ello, oír de una mesa cuya forma concreta se desconoce, que es *larga* puede interpretarse (relevantemente) como una información relativa a su forma (y no a su tamaño): la mesa es alargada y no es redonda ni cuadrada.

Como veremos en los capítulos que, en la segunda parte de esta tesis, dedicaremos a la elaboración de una propuesta lexicográfica, *largo-corto* es par de adjetivos del español que más directamente se puede vincular con la forma de los objetos, pues tanto *largo* como *corto* activan por sí solos la idea de DIMENSIÓN PREPONDERANTE RESPECTO A LAS OTRAS —cf. el apartado 7.3.5.3 (*Largo/a (adjetivo): forma*)—. En los usos de los otros adjetivos dimensionales que hemos visto hasta ahora, sin embargo, influyen fundamentalmente cuestiones relativas a su orientación, la perspectiva de los hablantes, su verticalidad, y la preponderancia de una dimensión no resulta un aspecto tan relevante. Así, aunque, como decíamos antes, al hablar de *una estrecha masa de gas* existe la posibilidad de hacerse una idea parcial de cómo es la forma de esa entidad, al hablar de *una larga masa de gas*, en cambio, la relación de este adjetivo con la idea de DIMENSIÓN PREPONDERANTE resulta mucho más decisiva a la hora de dotar de forma a la entidad.

³⁵² *Grande y pequeño*, como ya explicamos, se pondrían, en estos casos, en relación con las medidas manejables por los hablantes: en relación a ‘lo humano’.

3.2. Expresiones de grado y de medida (en lo interlingüístico y en español)

3.2.1. Expresiones de grado³⁵³

En este apartado trataremos las expresiones de grado relacionándolas con sistemas monoescalares orientados hacia un estándar medio, que son el tipo de sistemas de escalas asociados a los adjetivos dimensionales —cf. el apartado 2.4.2. (*Los adjetivos dimensionales son graduables: tipos de escalas*)—. Recordemos que, tal y como se reflejó en el apartado 2.2.1. (*Introducción*), una de las características de los adjetivos subsectivos era su graduabilidad: no solo puede decirse de algo que es, por ejemplo, *grande*; también se puede especificar cómo de grande es o si es más o menos grande que otra cosa.

Para nosotros, el adjetivo *grande* lleva consigo una gradación implícita del mismo modo que aparece en cualquier recurso léxico o morfosintáctico que, interactuando con el nombre de una entidad, sitúe a esta dentro de una escala relativa a una propiedad³⁵⁴. Así, hablar de un *gato grande*, de un *gatazo*, de un *gato inmenso* o de un *gato más grande que una pantera* supone, siempre, situar al gato en cuestión en una zona determinada (más o menos concreta) de una escala relativa, en esta oportunidad, al TAMAÑO: se produce, por lo tanto, en todos los casos, la gradación de una propiedad.

No obstante, es habitual que se considere que las llamadas *expresiones de grado* son exclusivamente los recursos de una lengua que “añaden especificaciones que van, en general, en una de las dos direcciones siguientes: o bien especifican o miden la extensión en que se supera [el] grado estándar o bien ponen en relación el grado atribuido a la propiedad con otros puntos de referencia distintos del grado estándar”, (Sánchez López, 2006, pág. 20). Es decir, desde este punto de vista, *grande*, por sí solo, no sería una expresión de grado, pero los recursos para especificar cómo de grande es algo, sí. Así,

³⁵³ Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009, pág. 529) señalan respecto a los sintagmas nominales que forman parte de estas expresiones que “en la teoría gramatical contemporánea se está generalizando el término SINTAGMAS DE GRADO (ingl. *Degree phrases*) para designar las expresiones que deberían llamarse más apropiadamente SINTAGMAS DE MEDIDA”. Nosotros hablaremos, por un lado, de *sintagmas* (y *expresiones*) de grado y, por otro, reservaremos el nombre de *sintagmas* (y *expresiones*) de medida a los casos en los que se expresa explícitamente una medida concreta en unidades convencionalizadas.

³⁵⁴ Volvemos a emplear el concepto de ESCALA que presentábamos en el apartado 2.2.2. (*Escalas*).

por ejemplo, sería una expresión de grado el adverbio inglés *very*, ya que lleva a cabo una de las dos funciones señaladas por Sánchez López:

Roughly speaking, the difference between e.g. *expensive* and *very expensive* is that the latter denotes a property whose meaning is just like the former, except that the relative standard is raised by some amount.

(McNally y Kennedy, 2005, pág. 47)

La otra función de las expresiones de grado aparece en enunciados como ‘*The brothers Karamazov*’ is longer than ‘*The Idiot*’. Kennedy (1999b, pág. 72) apunta que este enunciado solo sería verdadero si hubiera un grado *d* en la escala de longitud que cumpliera estas condiciones: “exceeds the maximal degree to which *The Idiot* is long” y “*The brothers Karamazov* is at least as long as *d*”.

Las expresiones de grado, aunque son un recurso lingüístico que, para nuestra cultura occidental, resulta imprescindible, no son un universal lingüístico. Al parecer hay lenguas que, a pesar de contar con adjetivos relativos, no disponen de expresiones para graduarlos. En este sentido, Bochnak (2013, págs. 2 y 3) señala que la lengua “Washo is a degree-less language” y carece de “functional elements that make reference to degrees”.

En el apartado siguiente trataremos cuestiones relativas a las expresiones de grado y las escalas. Debemos aclarar que los apartados en que se analizan las expresiones de grado en español podrían haberse situado junto a los apartados en los que se tratan las características generales de los adjetivos de esta lengua; para abordar las expresiones de grado, sin embargo, considerábamos imprescindible la exposición previa de nuestro planteamiento acerca de los PROTOTIPOS y las DIFERENCIAS RELEVANTES y del concepto de ESCALA.

3.2.1.1. La expresión del grado en que se supera el valor del prototipo

Desde nuestra perspectiva, emplear un adjetivo graduable (pero, estrictamente, no graduado) —que, simplemente, indica una variación relevante respecto a un prototipo— supone la aparición de un prototipo secundario: el representante central del subconjunto de los elementos de la clase que presentan la característica relacionada con el adjetivo en cuestión. Es decir, *gato grande* y *gato pequeño* cuentan con su propio prototipo, y su tamaño es relevantemente mayor o menor que el de un *gato normal*.

Así, al ser estos adjetivos de carácter polar, en cada clase activada como fondo habrá un prototipo general y dos prototipos secundarios: uno positivo y otro negativo.

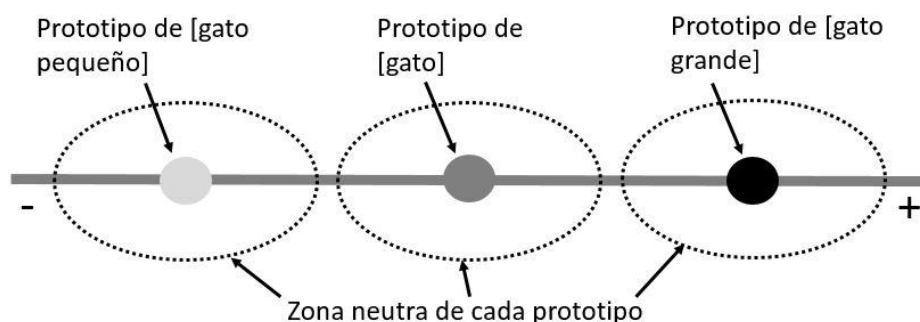


Figura 46. Escala de TAMAÑO.

Cada prototipo secundario cuenta con su propia zona neutra y actúa de igual modo que el prototipo principal: las diferencias relevantes con respecto a él son codificadas lingüísticamente, ya sea a través de nuevos adjetivos dimensionales o de otros recursos léxicos o morfosintácticos. Esta concepción de la gradación encuentra cierta similitud con la postura de McNally y Kennedy (2005)³⁵⁵ a la hora de proceder a la formalización de este fenómeno:

[...] *very A* is true of an object if the degree to which it is *A* exceeds a norm or average on the *A*-scale for a comparison class based on those objects that have the property *pos A* in the context of utterance.

(McNally y Kennedy, 2005, pág. 48)

Así, por ejemplo, si se habla, simplemente, de *un gato*, se da por hecho que el gato en cuestión tiene un tamaño prototípico o irrelevantemente distinto del prototipo. Si se habla de un *gato grande*, se considerará que este es relevantemente más grande que el prototipo general y, al mismo tiempo, se evocará la idea prototípica de lo que es un GATO

³⁵⁵ Estos, a su vez, señalan que su planteamiento es afín al de Klein: “Klein (1980) accounts for these intuitions by analyzing a predicate of the form *very A* in essentially the same way as its simple, unmodified counterpart, with one important difference: whereas the regular contextual standard is a degree that exceeds a norm or average of the relevant property calculated on the basis of an arbitrary contextually-determined comparison class, the *very* standard is a norm or average calculated in the same way but just on the basis of those objects to which the unmodified predicate truthfully applies”, (McNally y Kennedy, 2005, pág. 48). Esta misma idea la expresa Kennedy (2003, pág. 7) con otras palabras: “In other words, *very expensive* is a vague predicate just like *expensive*, except that the comparison class for the former is just the positive extension of the latter”.

GRANDE. Si el gato es relevantemente más grande que el prototipo de GATO GRANDE, entonces, se recurrirá a la gradación del adjetivo y se señalará que el gato es *muy grande* o *grandísimo*, o se dirá que es *un gatazo*. Si el gato es más pequeño que el GATO GRANDE, podría, simplemente ser *un gato*, o ser *un gato ligeramente grande*, dependiendo de si es relevantemente más grande que el prototipo principal o no. En el otro lado de la escala ocurriría lo mismo con los *gatos*, los *gatos pequeños*, los *gatos muy pequeños* y los *gatos ligeramente pequeños*.

Al contar las escalas con infinitos grados, marcar la distancia respecto a los prototipos podría ser un proceso igualmente infinito, pero las lenguas, evidentemente, aunque puedan disponer de algunas, no cuentan con infinitas fórmulas para expresar variaciones respecto a los prototipos. Estas, además, no aportan la precisión necesaria para marcar cualquier clase de diferencia. Lo que sí parece ser una tendencia lingüística general es que las lenguas presenten más recursos para hacer referencia a las zonas más lejanas al prototipo principal que a las más cercanas:

Linguistically, however, scale structure displays a skewed distribution, i.e. not all parts of the scale are equally represented in the lexicon. A study reported in Tribushinina (2006b) has shown, for example, that the majority of dimensional adjectives in English profile the extremes of the gradual scale (VERY LARGE and VERY SMALL). In contrast, the fewest number of dimensional adjectives name the cognitive-zero area. Similar results were reported for Russian in Šabes (1989).

(Tribushinina, 2008, pág. 123)

Esto se explica por el hecho de que, como ya hemos referido, hablar de que las cosas son ‘normales’ resulta informativamente innecesario en la mayor parte de los contextos. Cuanto más cerca de la normalidad estén, menos relevante resultará hacer explícitas sus características. Existe, además “the general tendency of human cognition to attend to anomalies and deviations, rather than to a normal state of affairs (Arutjunova 1999: 65; Počepcov 1990: 111)”, en Tribushinina (2008, pág. 123).

Por otro lado, es habitual que los términos que hacen referencia al polo positivo de las escalas sean más frecuentes que los que hacen referencia al negativo:

The interest in greater dimensions, higher temperatures, and higher degrees is probably an instantiation of a more general THE-BIGGER-THE-BETTER cognitive model. Another factor playing a role here could be perceptual salience of bigger objects, for, as suggested by

Cruse (1986:248), properties such as length, speed and weight are more attention-drawing than shortness, slowness and lightness, respectively.

(Tribushinina, 2008, pág. 123)

En estos aspectos el español no es una excepción y, como veremos en el apartado 3.2.1.1.1. (*La expresión de grado en que se supera el valor del prototipo en español*), esta lengua cuenta también con más recursos para hacer referencia a la parte positiva de las escalas y para expresar variaciones respecto al prototipo especialmente marcadas.

3.2.1.1.1. Superación del valor del prototipo en español

En español, la tarea de especificar el grado en que se aleja un elemento del prototipo de su categoría de referencia la llevan a cabo las llamadas *expresiones de grado cuantitativas* y los *elativos*. Si llamamos *intervalo* al espacio entre el grado en que se da una propiedad en una entidad y el grado en que se manifiesta esa misma propiedad en el elemento prototípico de la escala activada, podemos decir que “las expresiones de grado cuantitativas miden dicho intervalo, es decir, miden la distancia entre el valor estándar y el valor de referencia”, (Sánchez López, 2006, pág. 21). Los elativos se diferencian de las expresiones de grado cuantitativas simplemente en que son “expresiones que significan grado extremo”, (Sánchez López, 2006, pág. 25); es decir, parece que en su uso subyace la idea de que el grado expresado es el “mayor esperable” (Sánchez López, 2006, pág. 26) para la categoría de que se trate, por lo que puede decirse que, en muchos casos, llevan asociado cierto carácter valorativo o enfático.

3.2.1.1.1.1. Las expresiones de grado cuantitativas

Unidas a un adjetivo, las expresiones de grado cuantitativas pueden marcar la presencia de la propiedad relativa a dicho adjetivo en un grado mayor o menor que el grado en que la expresaría el adjetivo si no estuviese graduado³⁵⁶: “los cuantificadores de grado proporcionales sitúan al elemento cuantificado en un único punto de la escala”, en (Sánchez Lopez, 1999, pág. 1097).

³⁵⁶ La *NGLE* (*Manual*, 2010, págs. 258 y 259) denomina “elementos INTENSIFICADORES” a los “cuantificadores de grado y otros adverbios que se les asimilan [aunque estos segundos no parecen considerarse ‘verdaderos’ intensificadores: véase la nota 357]”. Su función es determinar “la medida o el alcance que se atribuye a la propiedad denotada por el adjetivo”.

Tanto *muy* como *demasiado* pueden ser considerados dentro de la subclase de los cuantificadores de grado ‘proporcionales’ o ‘evaluadores’, que complementarían elementos como *algo*, *poco*, *un poco*, *bastante*, *lo bastante* [...]. Todos ellos sitúan al elemento cuantificado en algún punto dentro de una escala (cuantitativa o cualitativa).

(Sánchez López, 1999, pág. 1091)

Desde nuestra perspectiva, podemos decir que, respecto a los prototipos de, por ejemplo, *gato grande* y *gato pequeño*, algunas expresiones de grado sitúan el referente entre estos prototipos y el prototipo general de la clase (*ligeramente*³⁵⁷, *algo*...), mientras que otras lo hacen, entre el prototipo secundario y el extremo del polo correspondiente (*harto*, *bien*³⁵⁸...)³⁵⁹.

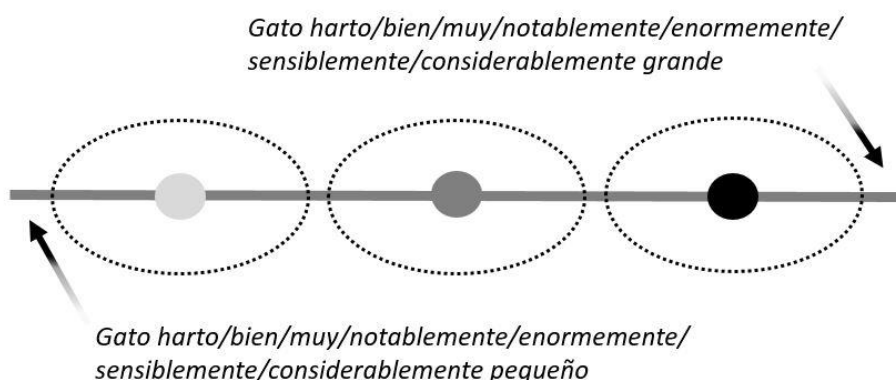


Figura 47. Expresiones como *harto*, *bien*, *muy*, *notablemente*³⁶⁰, *enormemente*, *sensiblemente* o *considerablemente* expresan un grado que queda entre el prototipo secundario y el extremo ‘exterior’ de esa parte de la escala.

³⁵⁷ “Se asimilan a los intensificadores algunos adverbios en *-mente* que ocupan su lugar”, en (NGLE; Manual, 2010, pág. 259).

³⁵⁸ “El adverbio *bien* es un cuantificador de grado, cercano a *muy* o *bastante*”, (NGLE; Manual, 2010, pág. 259). Sin embargo, como señala Serradilla (2002), la estructura formada por *bien* + adj, a pesar de ser muy similar a *muy* + adj, presenta algunas particularidades que la diferencian de esta. Así, *bien* + adj “posee mayor carga expresiva, aspecto totalizador y no se usa con valor frecuentativo” (2002, pág. 215). En lo sintáctico, *bien* + adj “tiene mayor facilidad para la focalización y se acerca a la sintaxis de los elementos exclamativos”, (2002, pág. 215). Además, aunque estas son cuestiones que quedan un poco al margen de los aspectos en que se centra nuestra investigación, “la construcción con *bien* se usa sobre todo en registros orales y coloquiales y aparece con mayor frecuencia en sociolectos medio-bajos que en hablantes cultos, y más en mujeres que en hombres”, (2002, pág. 215).

³⁵⁹ “Cada uno de los cuantificadores de grado realiza su función según una cierta especialización que los distingue en cuanto a su orientación hacia la parte alta o baja de la escala, por una parte, y a su posición relativa a algún punto de la escala, por otra. De acuerdo con la primera propiedad, distinguimos *algo*, *poco*, *un poco*, que sitúan al elemento en la parte baja de la escala (se les denomina decrecientes o reductores), frente a *bastante*, *mucho* y *demasiado*, que lo hacen en la parte alta (llamados crecientes o elevadores)”, (Sánchez López, 1999, pág. 1097).

³⁶⁰ En la NGLE, Manual (2010, pág. 577) se hace referencia a los adverbios que “expresan cantidad, número, grado, intensidad y otras nociones similares”, como adverbios *cuantificativos*.

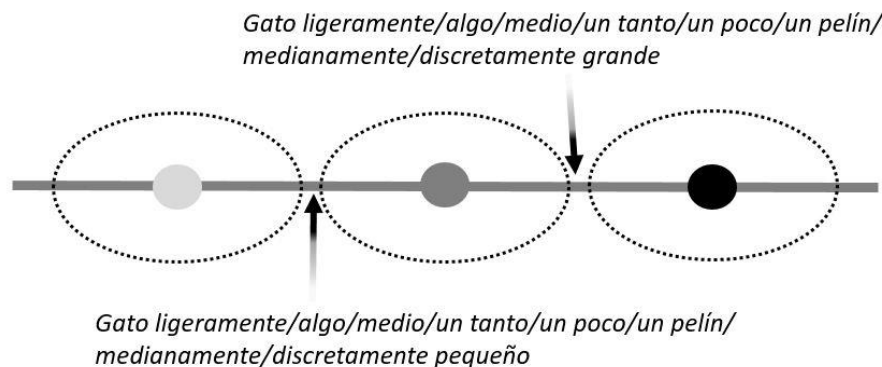


Figura 48. Expresiones como *ligeramente*, *algo*, *medio*, *un tanto*, *un poco*, *un pelín*, *medianamente* o *discretamente* expresan un grado que queda entre el prototipo secundario y el prototipo principal.

Expresiones como *bastante*, *suficientemente*, *excesivamente* o *demasiado* “comparten un significado valorativo, que se asocia a las nociones semánticas de suficiencia y exceso”, (Sánchez López, 2006, pág. 2); y se relacionan con una posición relativa respecto a un punto de la escala —(Sánchez López, 1999, pág. 1097)— cuya posición viene determinada por la existencia de algún tipo de objetivo o finalidad que se relaciona con la entidad adjetivada³⁶¹.

[...] algunos [...] elementos implican la existencia de un punto dentro de la escala al que se ha llegado o que ha sido sobrepasado. Esto explica algunas diferencias entre elementos que están en el mismo lugar relativo de la escala.

(Sánchez López, 1999, pág. 1097)

Así, mientras *muy* indica un punto indeterminado en una zona de una escala, “*demasiado* significa exceso respecto de una cantidad³⁶² que se considera justa o adecuada”. Por ello comporta un valor de comparación implícita³⁶³ e indica “que se ha sobrepasado cierto nivel”, (Sánchez López, 1999, pág. 1097).

³⁶¹ Como vimos en el apartado 3.1.1.5. (*Lo relevantemente distinto*), es la finalidad que subyace al uso de *demasiado*, y no el prototipo de una categoría, lo que determina el estándar de comparación de las entidades (y propiedades) con que se relaciona.

³⁶² También respecto a un grado (en que se da una propiedad).

³⁶³ Nosotros consideramos, como ya hemos manifestado, que en cualquier uso de los adjetivos dimensionales hay una comparación implícita (o explícita).

Algunos elementos señalados como valorativos, pueden tener una naturaleza puramente cuantitativa cuando su matiz “valorativo o presuposicional [...] se desdibuja”: “esto le sucede especialmente a *bastante*, cuyo significado de suficiencia parece en ocasiones diluirse para pasar a denotar una magnitud superior a la de *algo*, *un poco* pero inferior a la de *muy*”, (Sánchez López, 2006, pág. 22).

La aparición de un elemento cuantificador de grado no altera, evidentemente, el hecho de que siga siendo necesaria una interpretación pragmática que identifique unos elementos respecto a los que relativizar.

[...] la completa identificación del elemento cuantificado exige conocer el criterio pragmático que orienta la escala en la que se sitúa. Así, ser *muy joven* puede implicar tener nueve años, si el que habla es un adolescente, o cuarenta, si quien pronuncia tal oración añora esa edad desde su avanzada madurez.

(Sánchez López, 1999, pág. 1091)

Existen también en español expresiones que indican la falta total de una propiedad y que, aunque desde un punto de vista estrictamente lógico no sea así, lingüísticamente está capacitados para expresar la ‘presencia’ de la propiedad contraria. Es decir, pueden expresar tanto un intervalo que está “por debajo del valor estándar” (Sánchez López, 2006, pág. 22) como un valor ‘deficitario’. En escalas cerradas, por ejemplo, resulta lógica³⁶⁴ y lingüísticamente evidente que decir que *Eso no está nada lleno* equivale a decir que está totalmente vacío.

En el caso de los adjetivos dimensionales, aunque, desde un punto de vista lógico un enunciado como *Ana no es nada alta* podría llevar a la interpretación de que Ana es de estatura normal, desde un punto de vista lingüístico, sobre todo cuando el enunciado está acompañado de cierta expresividad, puede interpretarse conforme a la propiedad contraria: *Ana es más bien baja*. Esta misma función la cumplen *poco*³⁶⁵ y *escasamente* en enunciados del tipo *La calle es poco ancha* o *El escasamente profundo río discurre perezoso*. Una calle *poco ancha* suele interpretarse como *estrecha*, y de un río

³⁶⁴ Siempre que no hagamos un uso estricto de adjetivos como *lleno*.

³⁶⁵ Nótese que las expresiones *un poco* y *poco*, seguidas de un adjetivo, funcionan de manera muy diferente. Como señala Sánchez López (1999, pág. 1099), aunque refiriéndose a cantidades, en vez de a grados, *un poco* afirma la existencia de una cierta cantidad / grado, indicando que se ha alcanzado un cierto punto objetivo dentro de la escala. En cambio, *poco*, “puede ser considerado un cuantificador de ‘defecto’ que indica, por así decirlo, una cantidad [o grado] deficitaria [o deficitario]”.

escasamente profundo se espera que sea de *poca profundidad*. *Poco*, al igual que ocurría con *bastante*, se distingue por su carácter valorativo. En este caso un valor negativo de insuficiencia del que carecen *un poco* y *algo*³⁶⁶.

Asimismo, es frecuente que estas expresiones (las que indican la falta total de una propiedad) se utilicen como eufemismo para evitar hacer referencia explícitamente a una propiedad considerada negativa. Así, los sintagmas *escasamente divertido*, *poco simpático* o *nada listo* son expresiones atenuadas con respecto a *aburrido*, *antipático* o *tonto*, respectivamente. Paralelamente, se pueden emplear con cierto carácter irónico y, con *Tu amiga no es nada*³⁶⁷ *fea* o *Poco*³⁶⁸ *tonto es tu jefe*, lograr que se infiera pragmáticamente³⁶⁹ que esas entidades poseen de manera bastante acentuada la propiedad contraria a la que aparece mencionada. Como indica Sánchez López (2006, pág. 25), “el uso de este recurso retórico parece asociarse a la existencia de una presuposición de signo contrario por parte del hablante”.

En español nos encontramos con la particularidad de que, además, ciertos sufijos (de los denominados *apreciativos*), unidos a nombres³⁷⁰ pueden expresar, entre otras cosas³⁷¹, variaciones de tamaño. Así, un *gatito* (-ito es un *sufijo diminutivo*) puede ser un gato

³⁶⁶ “*Algo* coincide con *un poco* en afirmar la existencia de una cierta cantidad o grado dentro de una escala, aunque bajo, por lo que las inferencias negativas resultan bloqueadas”, (Sánchez López, 1999, pág. 1100).

³⁶⁷ A este respecto Sánchez López (1999, pág. 1105) señala lo siguiente: “En *Juan no es gracioso* se niega simplemente la adscripción de una propiedad a un sujeto. En *Juan no es nada gracioso*, sin embargo, se afirma que el sujeto posee la propiedad de ser gracioso en grado cero. Es decir, presupone la afirmación de lo negado. Nos encontramos pues, ante el caso opuesto al de *poco*, que tiene implicaciones negativas por el efecto de la presuposición que crea sobre las oraciones a las que modifica. En el caso de *nada* la presuposición da lugar a implicaciones positivas”.

³⁶⁸ “En *Juan es poco torpe*, *poco* parece situar a Juan en la escala de la torpeza, pero sin señalar un punto determinado. Es por ello por lo que puede inferirse pragmáticamente que dicho punto es el más bajo, es decir, que *Juan no es torpe en absoluto*. Es decir, en tanto que *poco* valora cuantitativamente la realidad que se presupone, *un poco* solo afirma la existencia de una cierta cantidad o grado, sin valorarla”, (Sánchez López, 1999, pág. 1100).

³⁶⁹ La interpretación de las expresiones en las que se expresa explícitamente la ausencia total de una propiedad debe relacionarse con el concepto pragmático de IMPLICATURA —cf. el apartado 3.1.1.1.2. (*Explicatura, inferencia y relevancia*)— y no, como ha ocurrido en la mayor parte de los casos analizados a lo largo del tercer capítulo, con el de EXPLICATURA.

³⁷⁰ A pesar de que también pueden acompañar a adjetivos, adverbios o verbos, consideramos que, en estos casos, los aumentativos y los diminutivos tienen un carácter emotivo, no relativo al tamaño en sentido estricto.

³⁷¹ Decimos “entre otras cosas” porque los diminutivos y aumentativos pueden aportar también un valor afectivo, además de otros valores específicos ligados al contexto y al tono con que se empleen.

pequeño³⁷² y un *gatazo* (-*azo* es un *sufijo aumentativo*) un gato grande³⁷³. Los diminutivos también pueden unirse a los adjetivos, para expresar un grado algo mayor de la propiedad expresada por el adjetivo en sí³⁷⁴.

Los sufijos afectivos pueden expresar cuantificación de grado. El adjetivo *pequeñito* posee sentido afectivo, como muchos otros formados con diminutivos, lo que no impide que signifique ‘muy pequeño’.

(NGLE, 2009, pág. 924)

3.2.1.1.1.2. Elativos

Los elativos del español pueden ser expresiones de carácter sintáctico, morfológico o léxico. Se utilizan, como ya hemos señalado —véase el apartado 3.2.1.1.1. (*Superación del valor del prototipo en español*)—, “para expresar grado extremo, y asociado a él, valoración o énfasis de la magnitud”, (Sánchez López, 2006, pág. 26)³⁷⁵.

Como vimos en el apartado 2.4.2.1. (*La estructura del conjunto de grados*), los adjetivos dimensionales, por relacionarse con escalas abiertas, no aceptan los adverbios que muestran típicamente la *proporcionalidad* en la que se da una propiedad. Es decir, no puede hablarse de *Un gato totalmente grande* o de *Una jirafa completamente alta*. Por otra parte, hablar de *Una jirafa medio alta* llevaría a que *medio* no tuviese un valor proporcional, sino uno similar al de *un poco*, o *ligeramente*.

[...] proportional modifiers fix the value of an adjective’s degree argument based on structural features of the adjective’s scale, and so are limited in their distribution to closed scale adjectives.

(Kennedy y McNally, 2005, pág. 46)

Como señala González Rodríguez (2010, pág. 131), esta propuesta “es similar a la que realizó Bosque (1990), quien, a pesar de no referir a la distinción entre escalas abiertas

³⁷² Los sufijos diminutivos expresan la noción de tamaño reducido, como es lógico, “sobre todo cuando se trata de seres materiales”, (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 168).

³⁷³ “[...] los sufijos aumentativos unen al contenido afectivo propio de todos los sufijos apreciativos la idea de aumento o ponderación”, (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 169)

³⁷⁴ Además, en el habla coloquial, “los adjetivos graduables reduplicados pueden expresar cuantificación” (NGLE, 2009, pág. 919): *Un niño grande, grande*. También pueden duplicarse “los adjetivos seguidos del adverbio *muy*, como *Es muy feo, muy feo*, así como el propio adverbio de grado”, (NGLE, 2009, pág. 919) (*Es muy muy feo*).

³⁷⁵ Pondremos en cuestión, más adelante, que los elativos proporcionales sean enfáticos o valorativos.

y cerradas, sostiene que la existencia de un límite en los adjetivos perfectivos responde a las propiedades aspectuales de los verbos a los que se asocian esos adjetivos”. Bosque (1990, pág. 185) hace notar que adjetivos como *lleno*, *seco* o *despierto* “representan estados alcanzados por las entidades de las que se predicán”. En ellos subyace la existencia de un límite y, por ello, admiten la modificación de adverbios de naturaleza télica del tipo *completamente*. Los adjetivos que, como *guapo*, *alto* o *listo* no denotan un estado resultante de un proceso, no están relacionados con la idea de acotación y, por esa razón, rechazan la modificación de adverbios como *completamente*.

El hecho de que los elativos expresen grado sumo, como señala González Rodríguez (2010, pág. 132), haría esperar que “incidieran sobre adjetivos positivos cuando la escala con que se asocian tiene un valor máximo y con adjetivos negativos cuya escala tiene un valor mínimo”. Esto, sin embargo, no es así, y por eso resultan extraños estos enunciados: ^{??}*El niño está conscientísimo* / ^{??}*La puerta está extremadamente cerrada*³⁷⁶. Lo que sucede es justamente lo contrario:

Los elativos sintácticos *extremadamente* y *sumamente*, los morfológicos y los léxicos pueden incidir sobre un adjetivo cuando este se asocia con una escala abierta en su parte alta si se trata de un adjetivo positivo y en su parte baja si se trata de un adjetivo negativo.

(González Rodríguez, 2010, pág. 133)

González Rodríguez (2010, págs. 134 y 135) señala que estos elativos establecen “la existencia de un grado máximo o de un grado mínimo en una escala que carecía de él, cerrando, en consecuencia, una escala abierta”, y sitúan el elemento adjetivado en uno de esos extremos de la escala. Eso explicaría lo extraños que resultan enunciados como [?]*La casa es extremadamente grande, pero menos que la tuya*.

Aunque respecto a este tipo de elativos adverbiales González Rodríguez (2010) se limita a hacer referencia a *extremadamente* y *sumamente* (y no tiene en cuenta, tampoco, los adjetivos que denotan grado extremo por sí mismos³⁷⁷), podemos extrapolar este comportamiento a todos los elativos no proporcionales y señalar (aceptando las características formales de su idea) que estos sitúan el grado en que se da una propiedad

³⁷⁶ Los ejemplos son de la propia González Rodríguez (2010, pág. 133).

³⁷⁷ Esos elativos no son modificadores del grado que acompañan a un adjetivo, por lo que la autora prefiere no tenerlos en cuenta.

en el límite o, al menos, en unas supuestas ‘zonas finales’ de lo que sería concebible respecto a la presencia de una propiedad en un elemento de una categoría.

Los elativos, como ya señalamos, muestran, en teoría, cierto carácter valorativo y expresivo, pero no puede decirse que esto sea así al hablar de que *La piscina está completamente llena* o *El pozo está totalmente vacío*. Cuando se relacionan con una escala cerrada, pueden ser —en nuestra opinión— descripciones puramente objetivas en las que no se perciba la actitud del hablante³⁷⁸. Sin embargo, los no proporcionales sí muestran necesariamente su actitud, ya que este “realiza un juicio de valor” al cerrar “subjektivamente, a través del elativo, una escala abierta”, (González Rodríguez, 2010, pág. 135).

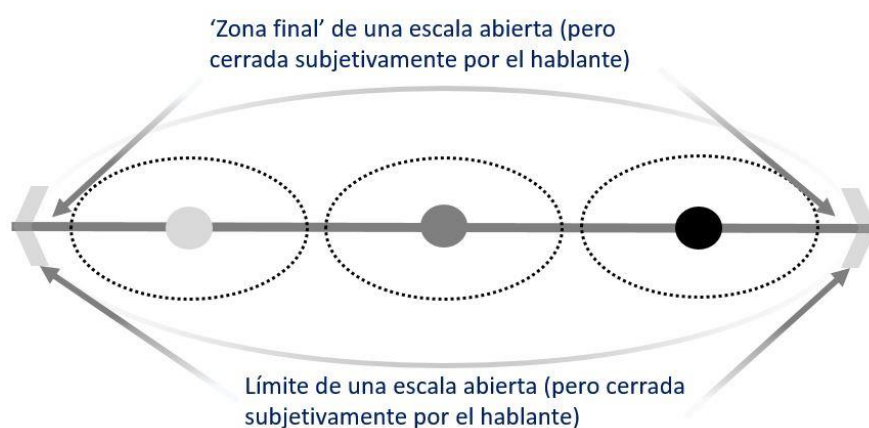


Figura 49. Escala abierta (pero cerrada subjetivamente).

Los elativos sintácticos son, en español, adverbios terminados en *–mente* (*terriblemente, tremendamente, enormemente, absolutamente, extraordinariamente, sumamente, totalmente, completamente, extremadamente, descomunadamente, realmente, verdaderamente*) y otros modificadores (*en extremo, al máximo, de verdad, de veras, sobremanera, sin medida, en demasía, en grado sumo, a maravilla, a más no poder*)³⁷⁹.

³⁷⁸ Sí se mostraría en casos como *Es completamente idiota* o *Es medio tonto*, de marcado carácter expresivo, donde “el adjetivo se recategoriza, de forma que se interpreta que su escala es cerrada”, (González Rodríguez, 2010, pág. 133), y puede (al menos en el segundo caso) adoptar un marcado tono irónico.

³⁷⁹ Con respecto a estas expresiones Sánchez López (2006, pág. 28), precisa que “aunque generalmente aparecen detrás de adjetivos y adverbios, no han de considerarse complementos de ellos, puesto que, a diferencia de los auténticos complementos, no restringen el significado del elemento nuclear sino que lo cuantifican al igual que hacen los adverbios de grado antepuestos”.

Los elativos morfológicos se marcan a través del sufijo *-ísimo* (o *-érrimo*) y los prefijos *ultra-*, *requete-*, *super-*, *re-*, *mega-* o *hiper-*³⁸⁰. Del mismo modo que los anteriores, estos elativos sitúan el grado en que se da un adjetivo dentro de los límites de la clase del nombre al que acompañan o, incluso, fuera de estos.

Los elativos léxicos son expresiones que no acompañan a un adjetivo, sino que, por sí, son adjetivos que expresan una propiedad en grado sumo. A esta categoría pertenecen *horrendo* u *óptimo*³⁸¹.

Tanto los elativos léxicos como los adjetivos (elativamente) prefijados o sufijados constituyen la clase de los *adjetivos elativos*:

La mayor parte de los adjetivos calificativos son graduables, a menos que expresen el grado extremo de alguna propiedad. Estos adjetivos de grado extremo se suelen denominar ELATIVOS. En la gramática tradicional se han llamado también SUPERLATIVOS ABSOLUTOS³⁸².

(NGLE, *Manual*, 2010, pág. 240)

Los prefijos de grado extremo [...] y los sufijos que expresan esa misma noción [...] forman los llamados ELATIVOS MORFOLÓGICOS. Por oposición a los elativos morfológicos, se llaman comúnmente ELATIVOS LÉXICOS a los adjetivos de grado extremo, es decir, a los que denotan tales propiedades en función de su naturaleza léxica.

(NGLE, *Manual*, 2010, pág. 240)

En lo dimensional, encontramos exclusivamente elativos léxicos referentes a la dimensión general de algo (no respecto a, por ejemplo, su ANCHURA o su PROFUNDIDAD), es decir, estarían dentro de una escala en la que aparecerían como adjetivos más comunes

³⁸⁰ “Los prefijos de grado extremo (*re-*, *requeté-*, *super-*, *hiper-* o *ultra-*) y los sufijos que expresan la misma noción (*-ísimo* o *-érrimo*) forman los llamados ELATIVOS MORFOLÓGICOS”, (NGLE, 2009, pág. 921).

³⁸¹ En la NGLE (2009, pág. 921) se hace notar que “al muy extenso paradigma que forman estos adjetivos corresponden los siguientes: *abominable, atroz, brutal, colosal, delicioso, descomunal, divino, encantador, enorme, esencial, espantoso, espléndido, estupendo, excelente, excelso, eximio, exquisito, extraordinario, fabuloso, fantástico, fenomenal, formidable, fundamental, gélido, helado, horrible, horroroso, increíble, ínfimo, inmaculado, inmenso, insignificante, magnífico, maravilloso, máximo, mínimo, minúsculo, monstruoso, perverso, precioso, sensacional, supremo, terrible, tórrido, tremendo*”.

³⁸² “Se llama SUPERLATIVO ABSOLUTO al grado máximo en que se expresa alguna propiedad y, por extensión, al adjetivo que los pone de manifiesto. Los adjetivos que corresponden a esta pauta se denominan también ELATIVOS o ADJETIVOS DE GRADO EXTREMO”, (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 872).

grande y pequeño. Entre estos elativos se encuentran *enorme, descomunal, gigantesco, gigante, colosal, diminuto, microscópico, ínfimo, mínimo*³⁸³...

3.2.1.1.1.3. Cuestiones sintácticas relativas a las expresiones de grado cuantitativas y a los elativos del español

Las expresiones de grado positivas no se pueden combinar modificando a un mismo adjetivo, pues “ello daría lugar a secuencias a la vez redundantes y contradictorias”, (Sánchez López, 2006, pág. 23). En efecto, en **Laura es muy bastante guapa* se registran dos adverbios que ubicarían la entidad adjetivada por encima del estándar positivo (lo cual sería redundante), pero en distintos puntos de la escala (lo que sería contradictorio).

La expresión *poco* puede seguir a *muy, bastante, demasiado, bien* y a adverbios positivos en *–mente*³⁸⁴. Decir de alguien que es *muy poco inteligente* implica que el grado de inteligencia de esa persona está “muy lejos del grado que se consideraría mínimo para poder decir que es inteligente”, (Sánchez López, 2006, pág. 24). Es decir, como decíamos al hacer referencia a *poco*, este adverbio aparece en enunciados en los que se predica la propiedad contraria a la expresada por el adjetivo que aparece mencionado en un enunciado de manera explícita. Junto a otras expresiones puede, como hemos visto, *potenciar* esa “propiedad contraria”.

Los elativos son “incompatibles con las expresiones de grado cuantitativas”³⁸⁵, (Sánchez López, 2006, pág. 26)³⁸⁶, pues unos y otras implican distintos intervalos respecto a los prototipos y a otras expresiones elativas. Así, no resultan gramaticales enunciados del tipo **Un chico extraordinariamente muy simpático, *Un coche tremendamente bastante rápido, *Una canción muy fea con ganas, *Un parque muy megabonito, *Una señora muy elegantísima, *Una película muy horrible, *Un elefante muy inmenso, *Un niño extraordinariamente simpatiquísimo, *Una mujer*

³⁸³ La idea de MÍNIMO se relacionaría con el elemento más pequeño concebible dentro de la clase o, en determinados contextos, con un supuesto grado mínimo de tamaño a partir del que pueden cobrar existencia las entidades.

³⁸⁴ También a los intensivos *tan, qué* y al neutro *lo*.

³⁸⁵ Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009, pág. 624) recogen esta idea generalizando que “los adjetivos calificativos admiten modificadores de grado [...], a menos que expresen grado extremo”.

³⁸⁶ Los elativos son también incompatibles con las expresiones de grado comparativas (**Es tan sumamente guapa como simpática*), pero no con exclamativas (*¡Qué sumamente guapa es Laura!*), ni con consecutivas intensivas (*Es tan extraordinariamente guapa que todos la miran constantemente*).

tremendamente extraordinariamente simpática, **Una canción extraordinariamente fea con ganas*, **Una película tremendamente horrible* o **Un elefante tremendamente inmenso*.

En general, los adjetivos elativos tienden a rechazar los adverbios de grado, lo que se explica porque esa combinación daría lugar a expresiones redundantes o contradictorias: si *excelente* equivale, aproximadamente, a ‘muy bueno’, la combinación **muy excelente* es redundante y **poco excelente*, contradictoria.

(NGLE, *Manual*, 2010, pág. 241)

En la *Nueva gramática de la lengua española* (NGLE, 2009, pág. 922) se precisa que no es imposible “que los adjetivos elativos admitan adverbios de grado” y se recogen casos como *muy tremendo*, *muy preciosos*, *bastante espantosos*, *muy insignificante*, *muy maravilloso* y *muy delicioso*.

[...] los adjetivos de grado extremo muestran cierta tendencia a perder su valor elativo para denotar cualidades evaluables en grados diversos, por lo que pueden hacerse compatibles con los adverbios comparativos [...] o admitir construcciones superlativas.

(NGLE, *Manual*, 2010, pág. 241)

Además, “muchos adjetivos elativos (entre los que están algunos que rechazan los adverbios de grado *muy*, *poco*, *bastante*, etc.) admiten el adverbio exclamativo *qué*” (NGLE, 2009, pág. 922): *¡Qué esplendido!*, *¡Qué maravilloso!* *¡Qué estupendas!*³⁸⁷ Por otro lado, existen formas como *excelentísimo*, *deliciosísimo*, *preciosísimo*, *tremedísimo* o *perversísimo* que combinan un adjetivo elativo con un sufijo de gradación cuantitativa.

Tal y como hacíamos notar en los apartados 1.2.2. (*Caracterización semántica*) y 2.1.2 (*Subsectividad, intersectividad e intensionalidad: cuestiones sintácticas*), en español la posición del adjetivo está asociada a ciertas implicaciones semánticas. Destacábamos entre estas las relativas a interpretaciones especificativas o explicativas, por un lado, y (cualitativamente) más subsectivas o más generales. A grandes rasgos, la posición prenominal favorecía (en ciertos contextos) interpretaciones explicativas

³⁸⁷ Como se advierte en la NGLE, “la expresión *qué maravilloso* resulta natural para todos los hispanohablantes, mientras que *muy maravilloso* [...] está más restringida y se percibe como redundante en la conciencia lingüística de muchos”, (NGLE, 2009, pág. 923).

similares a las de enunciados con adjetivos en posición típicamente predicativa³⁸⁸: hablar de *La simpática niña* equivale a decir que *La niña es simpática*. Mientras, en *La niña simpática* la interpretación suele ser especificativa: se habla de una niña que es simpática y que con esa propiedad se diferencia de las otras.

Paralelamente, hablar de *El buen abogado* o de *El abogado bueno* favorece en un caso que se interprete que el *abogado* es *bueno* a la hora de ejercer la abogacía, o que, se interprete que es el *abogado* es *bueno* de una manera más general; tal vez, *bueno* como persona. En posición posnominal y en la típicamente predicativa (*El abogado es bueno*) se favorece la interpretación general.

Combinaremos a continuación estas cuestiones sintácticas (respecto a los adjetivos adjuntos) con aquellas que pueden derivarse del uso de expresiones de grado cuantitativas y elativos. En principio, el contraste entre una interpretación explicativa y una especificativa puede mantenerse cuando las expresiones de grado están presentes. Así, el enunciado *Las muy añoradas luces de la primavera brillaban en el cielo*, aunque esta estructura tienda a usarse con intenciones poéticas y arcaizantes, remite a unas luces ya conocidas a las que se atribuye la propiedad de ser añoradas. En cambio, en *Las casas muy grandes son caras* se habla de las casas que cuentan con la propiedad de ser grandes, oponiendo estas al resto a través de esa propiedad y particularizándolas entre todos los referentes potenciales.

En ocasiones, sin embargo, una oposición *grande-pequeño* es suficiente para llevar a cabo la función especificativa, por lo que, la gradación de estos adjetivos resultará redundante. Así, aunque una persona tenga un coche *muy grande* y otro *muy pequeño*, se referirá a ellos como *El coche grande* y *El coche pequeño*, pues resultarían extraños enunciados como *¿Para los viajes largos suelo usar el coche muy grande*. Esto ocurre, generalmente, cuando los sintagmas son singulares: también resultaría extraño decir que *¿El niño muy pequeño siempre me saluda* o *¿Siempre saludo al niño muy pequeño*. La explicación se halla en que, como comprobaremos que sucede siempre con los elativos, estos elementos también parecen favorecer la interpretación específica de los sintagmas

³⁸⁸ Recordemos que por influencia anglosajona suele considerarse posición predicativa solo la de *simpática* en *La niña es simpática*, pero en *La simpática niña*, el adjetivo *simpática* cumple también la función de predicar algo de una entidad.

nominales y, si el sintagma es determinado, dos elementos especificadores resultan redundantes.

Efectivamente, el valor expresivo de los elativos hace que estos desencadenen “la interpretación específica de los sintagmas nominales”, (Sánchez López, 2006, pág. 27). Por ello en sintagmas nominales determinados (tanto plurales como singulares), resultan raros en posición prototípicamente especificativa: *‘Las casas extraordinariamente grandes son caras, ‘Las casas supergrandes son más bonitas, ‘Las casas grandísimas son muy caras, ‘Las casas enormes son muy caras, ‘Me gusta la casa extraordinariamente grande, ‘La casa supergrande es preciosa.*

El carácter especificativo de los elativos explica la imposibilidad de enunciados en que se combinen con elementos que expresen indeterminación, como **Busco una chica rubísima cualquiera*. En estos casos el motivo se debe a que se produce una contradicción, no una redundancia. Sí podemos encontrar, en cambio, estas combinaciones en función explicativa, ya se desempeña esta función a través la ubicación del adjetivo en posición prenominal o con su presencia en sintagmas nominales indeterminados³⁸⁹: *Los extraordinariamente grandes edificios de Nueva York... / La extraordinariamente grande oficina de la empresa... / Vi unas casas extraordinariamente grandes / Estuve viviendo en una casa extraordinariamente grande.*

Respecto al contraste entre una interpretación más subsectiva o una interpretación más general, las expresiones de grado cuantitativas y los elativos no interfieren en lo apuntado en el apartado 2.1.2 sobre las posiciones que prototípicamente favorecen una u otra. Así, sintagmas del tipo *el muy buen futbolista, el buenísimo futbolista, el superbuen futbolista* y *el horrendo futbolista* tienden a interpretarse respecto a las propiedades futbolísticas de la entidad adjetivada. Por el contrario, de *el futbolista muy bueno, el buenísimo futbolista, el futbolista superbueno* y *el magnífico futbolista* resultaría más aceptable una interpretación en que las propiedades de la entidad que se estuvieran calificando fueran unas más abstractas o generales que las características puramente futbolísticas.

³⁸⁹ También, evidentemente, como cópulas: *Los edificios eran extraordinariamente grandes.*

3.2.1.2. La comparación

Aunque venimos manteniendo —cf. el apartado 1.1.3. (*El adjetivo como clase de palabra: caracterización morfosintáctica*)— que no se puede caracterizar interlingüísticamente el adjetivo a través de su capacidad para aparecer construcciones comparativas, sí puede considerarse dicha capacidad, al menos, un rasgo típico de los adjetivos graduables³⁹⁰:

The ability to be used in a comparative (or superlative) construction is considered to be a core property of prototypical adjectives.

(Hallonsten, 2009, pág. 35)

Además, según señalan Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009), “las construcciones comparativas están entre las que presentan estructuras sintácticas y semánticas más complejas en las lenguas naturales”, (2009, pág. 536)³⁹¹. En el sistema de escalas con el que hemos estado trabajando una comparación entre dos o más elementos³⁹² supone expresar que el grado en que se da una propiedad en alguno de ellos está más cerca o más lejos de los extremos de la escala activada que el grado en que se da en otros³⁹³.



Figura 50. X es más simpático que Y.

³⁹⁰ En algunos sistemas lingüísticos, la función comparativa está reservada exclusivamente al adjetivo, tal y como pone de manifiesto Cabredo Hofherr (2010, pág. 4).

³⁹¹ Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009, pág. 535) señalan que en lo interlingüístico es habitual la distinción “entre CONSTRUCCIONES COMPARATIVAS de distintas clases (superioridad, igualdad, inferioridad) y CONSTRUCCIONES SUPERLATIVAS (absolutas y relativas)”.

³⁹² Como señalan Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009, pág. 536), en las concepciones formalistas de Klein (1980) y Cresswell (1976) la representación semántica de *Juan es más alto que Pepe* sería algo así como “Hay un grado de altura *g* tal que Juan es alto hasta *g* y Pepe no lo es”.

³⁹³ “Las gramáticas tradicionales sugieren a veces que los términos de la comparación son los individuos que comparamos, es decir, que en *Juan es más alto que Pepe*, *Juan es tan alto como Pepe* y *Juan es menos alto que Pepe* estamos comparando a Juan con Pepe. Esta idea no es del todo correcta. Lo que estamos comparando es el grado de altura de Juan con el de Pepe. Juan y Pepe son los individuos que contrastamos respecto a la magnitud comparada”, (Bosque y Gutiérrez-Rexach, 2009, pág. 536).

A pesar de que Kennedy (1999b, pág. 72) señala que la construcción comparativa “establishes a relation between the projections of two objects on a scale”, pero “it does not make reference to a standard value”; esta apreciación, como vimos en el apartado 2.2.2.3.1. (*Antónimos polares*), no es del todo acertada, pues se daba en algunos adjetivos (dependiendo, de nuevo, del tipo de escala con que estuviesen asociados) lo que en su momento llamamos un *compromiso* con la propiedad mencionada. No volveremos sobre ese asunto; no obstante, dejaremos a continuación algunos ejemplos en los que puede apreciarse que, aunque una comparación ponga en relación dos elementos, a veces la posición de al menos uno de ellos respecto al valor estándar sí debe ser tomada en consideración:

The rod is more bent than the stick, (#but neither is bent).

This glass is more full than that one (#but both are full).

X es tonto, aunque es un poco más listo que Y

?Z es listo, aunque un poco más tonto que W

?Noto esto caliente, pero más frío que ayer

?Esta guerra es mala, pero mejor que la de Sudán

En las escalas de adjetivos polares (a las que pertenecen los dimensionales) este tipo de construcciones sí son ‘imparciales’, es decir, no hay ningún compromiso de aplicabilidad respecto a un estándar: *X es más grande que Y (pero ambos son pequeños)* / *Y es más pequeño que X (pero ambos son grandes)*.

Las comparaciones se llevan a cabo en las distintas lenguas a través de dos mecanismos; uno morfológico (o sintético) y otro perifrástico (o analítico):

Some languages have both a morphological and a periphrastic construction depending on the adjective type, whereas others one or the other. This alternation must naturally be considered to be language-specific.

(Hallonsten, 2009, pág. 40)

La clasificación de las lenguas [en dos grupos: aquellas que presentan estructuras comparativas analíticas y aquellas que presentan estructuras comparativas sintéticas] no es excluyente, pues aun en las lenguas que utilizan procedimientos morfológicos para la expresión del grado comparativo del adjetivo puede existir como procedimiento alternativo el uso de sintagmas integrados por un adverbio de cantidad y el grado positivo del adjetivo.

(Luján Martínez, 2000, pág. 78)

Siguiendo a Hallonsten (2009, pág. 40), mostraremos ejemplos de los dos mecanismos de construcción de estructuras comparativas:

El alemán presenta únicamente la opción de llevar a cabo comparaciones a través de recursos morfológicos:

Katze sind eifersüchtig-er als Hund-e

(gato.PL ser.PL.COP celoso-COMP que perro-PL)

‘Los gatos son más celosos que los perros’.

En francés, en cambio, ocurre lo contrario, solo la comparación perifrástica es posible³⁹⁴:

Des chien-s sont plus grand-s que des chat-s

(ART.PL perro-PL ser.PL más grande-M.PL que ART.PL gato-PL)

‘Los perros son más grandes que los gatos’.

En latín, como señala Lujan Martínez (2000, pág. 78), existen formas comparativas como *ALTIOR* ‘más alto’ o *FELICIOR* ‘más feliz’ y construcciones con *MAGIS* (*magis* ‘más destacado’) y *PLUS* (*PLUS FACUNDA* ‘más elocuente’). El inglés permite también ambas fórmulas: *Dogs are larger than cats* / *Cats are more jealous than dogs*. En español, generalmente se emplea un recurso perifrástico, aunque este idioma conserva algunos rasgos del comparativo morfológico latino, que se construía añadiendo al adjetivo el sufijo *-ior* o *-ius*

Por los casos estudiados, Hallonsten (2009) supone que “the periphrastic construction is much more common than the morphological one” (2009, pág. 41), aunque un estudio tipológico más completo de esta cuestión parece resultar necesario³⁹⁵.

³⁹⁴ Luján Martínez (2000) señala que la existencia de estructuras comparativas analíticas y sintéticas se da ya en las lenguas indoeuropeas antiguas: “Algunas de ellas, concretamente el hitita, el tocario y el armenio, únicamente conocen comparativos analíticos, mientras que otras se sirven de sufijos para esta misma función”, (Luján Martínez, 2000, págs. 77 y 78).

³⁹⁵ Hallonsten (2009) estudia 14 lenguas (alemán, sueco, francés, rumano, búlgaro, ruso, lituano, persa, árabe, chino, tailandés, seediq, kammú y japonés) y obtiene como resultado que “whereas eleven languages use periphrasis, only six use morphology, though among these, three languages have both”, (2009, pág. 41). En este estudio, como la propia autora admite, la familia indoeuropea está claramente sobrerrepresentada.

3.2.1.2.1. La comparación en español

En español, las construcciones comparativas habitualmente recogidas en las gramáticas están formadas por los cuantificadores *más*, *menos*, *tan* e *igual* (*de*) a los que sigue (no inmediatamente) un complemento introducido por *que*, *de* o *como*³⁹⁶. Así, nos encontramos ante comparativas de superioridad, inferioridad (que podemos agrupar como *comparativas de desigualdad*) e igualdad³⁹⁷: *Marta es más alta que sus compañeras* / *Marta es menos alta que sus compañeras* / *Marta es igual de alta que sus compañeras*.

Completan el sistema de cuantificadores de grado los comparativos *más*, *menos*, *tanto* (*tan*), cuya característica es que sitúan al elemento cuantificado dentro de una escala cuya orientación está marcada por la ordenación relativa de dos puntos: aquel ocupado por el elemento comparado y aquel que constituye el término de comparación.

(Sánchez López, 1999, pág. 1091)

Como podemos constatar, es siempre necesaria una *noción comparada* o *base de la comparación*: “se comparan GRADOS de una propiedad cuando el cuantificador incide sobre adjetivos”, (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 856). La noción comparada “viene determinada fundamentalmente por el elemento sobre el que incide el cuantificador comparativo”, (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 856), que recibe el nombre de *núcleo de la construcción comparativa*. En el ejemplo anterior se compara el grado en que son altas unas personas.

Así, en *flores más vistosas que las mías*, se entenderá que el núcleo de la construcción comparativa es el adjetivo *vistosas*, puesto que sobre él incide el cuantificador *más*. Este núcleo proporciona la noción comparada: ‘grado de vistosidad’.

(NGLE, *Manual*, 2010, pág. 856)

³⁹⁶ Moliner (2013, pág. 192) llama *nexo correlativo* a aquello que une “[...] los términos de la comparación”. Estos nexos serían *más... que*, *menos... que* y *tan / tanta / tantos / tantas / tan... como*. Además, señala que también “es posible establecer relaciones comparativas de igualdad mediante palabras como *mismo* o *igual*, siendo la conjunción *que* el elemento introductor del segundo término”, (2013, pág. 193). Estos *constituyentes discontinuos* convierten en diádico a todo adjetivo y las oraciones que las contienen duplican una función determinada, (Di Tullio, 2010, pág. 194).

³⁹⁷ Como señalan Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009, pág. 535), “es común distinguir entre construcciones comparativas de diversas clases (superioridad, igualdad, inferioridad)”. “Esta clasificación tripartita de las oraciones comparativas, de carácter semántico, se basa [...] en el tipo de relación entre grados determinada por el elemento de grado”, (Sáez del Álamo, 1999, pág. 1131).

Semánticamente, [estas codas], a diferencia de lo que sucede con los sintagmas nominales o adjetivales, no hacen referencia ni a individuos ni a propiedades, sino a ‘grados’. Así, en *Juan es más alto que Luis*, la coda *que Luis* significa «el grado hasta el que Luis es alto» o «el grado de altura de Luis».

(Sáez del Álamo, 1999, pág. 1131)

El segundo elemento³⁹⁸ de la comparación (*sus compañeras*), “es el segmento que designa la entidad en relación con la cual se compara algo”, (*NGLE, Manual*, 2010, pág. 856). La coda³⁹⁹ comparativa es obligatoria y, si en ocasiones no aparece de manera explícita, es porque se sobreentiende por factores contextuales⁴⁰⁰.

Si bien en algunos casos —como ya hemos señalado— existe un compromiso de aplicabilidad de los adjetivos; en principio, las estructuras comparativas indican que el grado en que se da una propiedad en un elemento es mayor, menor o igual al grado en que se manifiesta esa misma propiedad en otro elemento. El valor de referencia, podría decirse, es en estos casos el de la coda comparativa.

De acuerdo con esto, la paráfrasis de *Juan es más alto que Luis* es la siguiente: «existe un grado, superior al grado de altura de Luis, tal que Juan es alto hasta ese grado».

(Sáez del Álamo, 1999, pág. 1131)

En estas estructuras cabe la posibilidad de especificarse ‘cómo de mayor’, ‘cómo de menor’ o, incluso, ‘cómo de igual’ es el grado en que se manifiesta una propiedad en un elemento respecto al grado en que se da en otro. Así, podemos decir: *Marta es tres centímetros más alta que su hermana* / *Marta es mucho menos alta que su hermana* / *Marta es exactamente igual de alta que sus compañeras*.

³⁹⁸ “El segundo término de la construcción comparativa mantiene un paralelismo conceptual, funcional y, a menudo (aunque no siempre) categorial con el primer término”, (*NGLE, Manual*, 2010, pág. 860).

³⁹⁹ “Al contrario de lo que sucede con los demás cuantificadores, los elementos de grado comparativo [...] exigen la presencia a su derecha de un sintagma denominado ‘coda’, el cual va introducido en español por las palabras *que, de o como*”, (Sáez del Álamo, 1999, pág. 1131).

⁴⁰⁰ El primer término de la comparación puede quedar también implícito, “sobre todo si es temporal o locativo, como en *Te encuentro más contento que la última vez que te vi* (donde se sobreentiende ‘ahora’), (*NGLE, Manual*, 2010, pág. 861). A veces, también queda implícito cuando es modal: “*Estás más guapo que con el pelo largo* (donde se sobreentiende ‘así’). En cualquier caso, tanto si se trata del primer término de la comparación como si se trata del segundo, los elementos omitidos, que se recuperan a través del contexto o de la situación, han de tenerse en cuenta para la interpretación de la oración comparativa”, (*NGLE, Manual*, 2010, pág. 861).

En el caso de las comparativas de superioridad e inferioridad, se llama *diferencial*⁴⁰¹ a este elemento que expresa “el intervalo que separa el grado denotado por un elemento de grado comparativo del grado de referencia que expresa la coda”, (Sánchez López, 2006, pág. 34).

Se ha denominado a esta expresión ‘diferencial’, porque mide o cuantifica la diferencia que hay entre los grados comparados, esto es, mide o cuantifica el intervalo que separa el grado de la propiedad cuantificada del grado que tomamos como referencia (el denotado por la coda comparativa).

(Sánchez López, 2006, pág. 34)

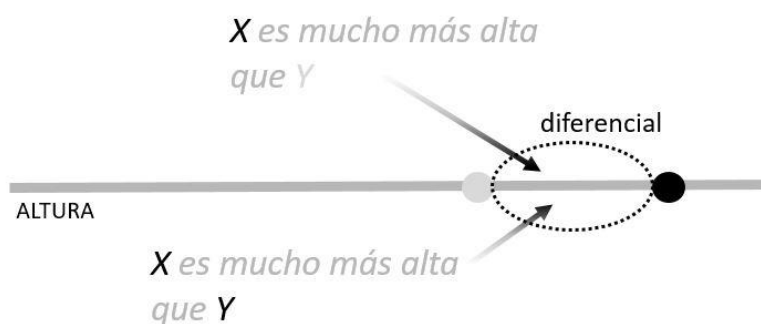


Figura 51. X es mucho más alta que Y.

El *diferencial* se expresa siempre “mediante un adverbio de cantidad o un sintagma de medida que precede a los comparativos *más y menos*”, (Sánchez López, 2006, pág. 34). Estos adverbios de cantidad son los que, como hemos visto con anterioridad, integran las *expresiones de grado cuantitativas*, a excepción de los cuantificadores *bien y demasiado*: *Es mucho más alta que su hermana* o *Es bastante más alta que su hermana*; pero **Es bien menos alta que su hermana* o **Es demasiado menos alta que su hermana*⁴⁰².

Las restricciones sobre *demasiado* y *bien* pueden atribuirse a razones de índole semántica. [...] *demasiado* posee un significado de ‘exceso’ que requiere considerar que se ha superado el grado esperable, lo que en cierto modo puede suponer, al menos pragmáticamente, una especie de comparación o valoración tácita, lo que le haría incompatible con la comparación. [...] *bien* parece tener un significado más cualitativo que cuantitativo, lo que le incapacitaría como medidor o cuantificador del intervalo denotado por el diferencial.

(Sánchez López, 2006, pág. 35)

⁴⁰¹ “La expresión diferencial se agrega al grupo cuantificativo para configurar con él un grupo comparativo complejo”, (NGLE, Manual, 2010, pág. 859).

⁴⁰² Tampoco podrían aparecer en estas estructuras los adverbios *excesivamente* y *suficientemente*, pues asumirían un papel similar al de *demasiado* y *bien*, respectivamente.

Asimismo, algunos elativos están capacitados para hacer referencia al ‘tamaño’ del diferencial, siempre que no se relacionen con escalas cerradas. Dentro de los que se relacionan con escalas abiertas, sucede que tampoco todos pueden llevar a cabo esa función, “aunque no parece evidente cuál es el criterio” (Sánchez López, 2006, pág. 35) para separar unos y otros casos: *Es extraordinariamente más listo que el resto / Es sensiblemente más listo que el resto*; pero **Es sumamente más listo que el resto / *Es enormemente más listo que el resto*.

Otro procedimiento sintáctico para expresar comparación lo constituyen las expresiones partitivas encabezadas por un sustantivo que indica multiplicidad: *el doble de grande, la mitad de largo*⁴⁰³ o *tres veces más grande*⁴⁰⁴.

En el caso de las comparativas de igualdad, puede añadirse una ponderación estricta de esta igualdad u otra más flexible. Así, podemos decir que *Marta es exactamente tan alta como su hermana* o que *Es más o menos tan alta como su hermana*, para precisar qué tipo de analogía debe hacerse. Lo mismo ocurre con *Marta es exactamente igual de alta que su hermana* y *Es más o menos igual de alta que ella*⁴⁰⁵.

Las ‘igualdades flexibles’ ponen de manifiesto, en nuestra opinión, el hecho de que aunque se sea consciente de que pueda existir cierta diferencia en el grado en que se manifiesta una propiedad en dos elementos, esta diferencia no es lo suficientemente notoria como para poder ser considerada RELEVANTE. Ante un contexto neutro, esta falta de relevancia, en los adjetivos dimensionales, sería de carácter sensorial. Con un enunciado como *Marta y su hermana son más o menos igual de altas* se expresa que estas chicas tal vez no midan lo mismo, pero que la diferencia no es apenas apreciable.

En la *Gramática* de la RAE (NGLE, *Manual*) se señala que las comparativas de igualdad formadas por *tan* y *como* admiten dos interpretaciones: la ejemplificativa y la

⁴⁰³ “Incorporan un grupo diferencial multiplicativo y un cuantificador comparativo las formas *el doble* [...], *el triple*, *el cuádruple* [...] y otras similares. Se construyen, pues, con complementos introducidos por la conjunción *que*, como el resto de las construcciones comparativas: *En invierno como el doble (de dulces) que en verano*”, (NGLE, *Manual*, 2010, págs. 859 y 860).

⁴⁰⁴ “El sustantivo *vez* (también *tanto* en México y algunos países centroamericanos), forma grupos diferenciales de valor multiplicativo junto con numerales o indefinidos [...]”, (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 859).

⁴⁰⁵ Para algunos autores las estructuras de medida responden a un patrón de naturaleza partitiva o pseudopartitiva, véanse Selkirk (1977) y Demonte y Pérez-Jiménez (2014, pág. 7), cuestión que abordamos en 3.2.2.1 (*Expresiones de medida en español*).

puramente comparativa. La diferencia de fondo está en cuál es el conjunto de elementos con el que se compara algo.

[...] en *Buñuel dirigió películas tan famosas como Viridiana*, se presenta un ejemplo que ilustra la noción ‘películas famosas dirigidas por Buñuel’ (uso ejemplificativo). Si se dice, en cambio, *Berlanga dirigió películas tan famosas como Viridiana*, se afirma que algunas de las películas dirigidas por Berlanga han alcanzado un grado de fama similar al obtenido por *Viridiana*, dirigida por Buñuel (uso comparativo).

(NGLE, *Manual*, 2010, pág. 868)

La coda de las comparativas de superioridad e inferioridad viene introducida por *que* o *de*: *Marta es más alta que yo* / *Marta es más alta de lo que yo recordaba*. En el primer caso *que* introduce el segundo elemento de la comparación; en el segundo ejemplo⁴⁰⁶, es *de la que* da paso a “una oración cuya estructura es la de una oración de relativo y cuya interpretación corresponde a una clausula cuantificada”. Estas cláusulas “están formadas por el artículo *lo*⁴⁰⁷ y el relativo *que* y ambos reciben una interpretación cuantitativa”, (Sánchez López, 2006, pág. 35). Así, en *Marta es más alta de lo que yo recordaba* debe interpretarse “lo que yo recordaba” como ‘lo alta que yo recordaba que era María’. Por su parte, la coda de las comparativas de igualdad está introducida por *como* (cuando le precede *tan*) o por *que* (si le precede *igual de*): *Es tan alta como su madre* / *Es tan alta como yo pensaba*⁴⁰⁸ / *Es igual de alta que su abuela*⁴⁰⁹.

Decíamos en el apartado 2.2.2.2. (*El parámetro dimensional*) que eran imposibles enunciados con comparaciones como **Le llaman el autobús porque es tan alto como puntual*, pero sí aceptábamos *Es tan alto como ancho*. Esto —señalábamos— se debe a que estas comparaciones exigen un parámetro dimensional similar. Sin embargo, existen estructuras en que no se compara la ‘posición’ de dos grados en una escala, sino que se comparan las desviaciones de los grados respecto a los estándares en dos escalas distintas. Así, en *Juan es más estudioso que listo* se quiere señalar que el grado en el que

⁴⁰⁶ “Se trata de las comparativas de núcleo coincidente con el primer término de la comparación, en las que el núcleo proporciona la noción comparada”, (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 864).

⁴⁰⁷ “Se elige el neutro *lo* si el núcleo es un adjetivo o un adverbio”, (NGLE, *Manual*, 2010, pág. 865).

⁴⁰⁸ Si el término de comparación es otra entidad, puede cambiarse el orden sustituyéndose *tan* por *de*: *Es como su madre de alta* / *Es de alta como su madre* / *Es como yo pensaba de alta* / *Es de alta como yo pensaba* / **Es de alta como guapa* / **Es como de alta guapa*.

⁴⁰⁹ También es posible el orden *Es igual que su abuela de alta*.

se aleja *Juan* del estándar de ‘estudiosidad’ es mayor que el grado en el que se aleja del estándar de inteligencia. En *Es tan listo como guapo* o *Es igual de listo que de guapo*⁴¹⁰ se manifiesta que las desviaciones respecto a los estándares son iguales en las dos escalas utilizadas.

Los comparativos sintéticos son de superioridad o inferioridad. Existen dos pares: *mayor* / *menor* (que se corresponden con los adjetivos *grande* y *pequeño*, respectivamente)⁴¹¹ y *mejor* / *peor* (que se corresponden con los adjetivos *bueno* y *malo*, además de con los adverbios *bien* y *mal*). Estos comparativos sintéticos poseen “las mismas propiedades que la secuencia formada por *más* seguido del adjetivo o adverbio correspondiente, y, en consecuencia, admiten la expresión opcional de un diferencial y una coda comparativa con *de* o *que*”, (Sánchez López, 2006, pág. 39). Así, pueden encontrarse enunciados como *Marta es mucho mayor que su hermana* / *Marta es tres años mayor que su hermana* / *Marta es bastante mayor de lo que yo recordaba*.

Los comparativos sintéticos resultan incompatibles, en cambio, con los adverbios *más* y *menos*, pues se produciría una redundancia comparativa (y, en ocasiones, cierta contradicción en la dirección de la gradación). Así, no es posible decir: **Esta peli es más mejor que la de ayer* / **Esta peli es más peor que la de ayer* / **Marta es más menor que su hermana* / **Marta es menos menor que su hermana*. Sí resulta aceptable, sin embargo, *Juan es más mayor que su hermano*, cuando *mayor* no expresa tamaño sino edad, aunque no para todos los hablantes⁴¹².

⁴¹⁰ Nótese que en estas construcciones debe repetirse la preposición *de*. Para un análisis de la estructura interna de las estructuras de comparación, véase Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009, págs. 529-537).

⁴¹¹ Esta propiedad léxico-morfológica podría ser una prueba de que los adjetivos relativos al tamaño general son de uso más frecuente que el resto de los adjetivos dimensionales.

⁴¹² Sánchez López (2006, pág. 39) precisa que “la eventual pérdida del valor comparativo de *mayor* es similar a la que ha culminado con otros adjetivos que, siendo etimológicamente comparativos, carecen actualmente de ese valor y son exclusivamente positivos. Se trata de *superior*, *inferior*, *anterior* y *posterior*”.

3.2.1.2.2. Los superlativos

En los superlativos⁴¹³, que parecen ser una forma propia de la clase adjetival (Hallonsten, 2009, pág. 35), hay siempre una comparación explícita o subyacente entre el grado en que se manifiesta una propiedad en un elemento y el grado en que se da en, por lo menos, otro elemento más. Aunque en los usos absolutos de los adjetivos graduables también encontrábamos una comparación (subyacente, normalmente), interlingüísticamente, los superlativos parecen estar especialmente relacionados en lo morfosintáctico con los comparativos:

Ullan (1972) found that comparatives differ considerably from equatives (e.g., ‘David is as smart as Bob’) but resemble superlatives (‘David is the smartest’) in a number of ways. Among the 30 languages for which he had sufficient data, 18 (or 60%) shared the same markers for the comparative and the superlative.

(Heine, 1997, pág. 124)

Al igual que los usos absolutos de los adjetivos graduables, “superlative expressions are evaluated with respect to a comparison class⁴¹⁴”, (Pancheva y Tomaszewicz, 2012, pág. 1); sin embargo, como ocurría con los usos absolutos, no siempre es sencillo identificar dicha clase:

A sentence like (1) can be understood in two ways.

(1) *John climbed the highest mountain.*

[it] may mean that John climbed the highest of all mountains. Given that the highest mountain in our world is Mount Everest, (1) understood in this way will be true if John climbed Mount Everest. Following Szabolcsi, I call this the “absolute reading”.

But (1) need not be used to make quite so spectacular a claim. It can also mean that John climbed a higher mountain than anyone else (or anyone else in the contextually salient domain).

⁴¹³ En español tradicionalmente se ha llamado *superlativo* o (*superlativo absoluto*) a formas adjetivales del tipo *intelligentísimo*, *guapísimo*, y se ha reservado *superlativo relativo* para *el más inteligente* o *el más guapo de...*

⁴¹⁴ Según Heine (1997, pág. 109), “[...] one major characteristic of superlatives is precisely that they entail comparisons between at least three different compares or items compared (cf. Andersen 1983:100)”. Sin embargo, en el enunciado *Si solo quedan dos galletas, yo me quedo la más grande* tenemos un superlativo en una clase de referencia compuesta por *solo* dos miembros.

In this usage, which Szabolcsi calls a “comparative reading,” (1) may be true on the grounds of John’s climbing some puny hill like Mount Holyoke, provided that nobody else (relevant) climbed anything higher.

(Heim, 1995, pág. 1)

La elección de la clase de referencia —como ya hemos mostrado— es una cuestión que depende del contexto en que se enmarquen los enunciados y de los factores pragmáticos y relativos a los conocimientos del mundo incorporados por los hablantes. Si, por ejemplo, alguien que se ha ido de pesca con sus amigos dice *Yo cogí el pez más grande* se puede interpretar el enunciado recurriendo, entre otras, a las siguientes clases de referencia: [todos los peces del mundo], [los peces del lago en el que estuvieron pescando], [los peces que cogieron entre todos], etcétera. Las dos primeras categorías serían, por nuestro conocimiento del mundo, clases de comparación cuya activación sería poco probable: parece evidente que el hablante pescó el pez más grande incluido en la categoría [peces que pescaron entre todos los amigos]. Sin embargo, en *Fuimos a comprar helados y yo me pedí el más grande* sí serían posibles y relevantes dos interpretaciones: el más grande que había en la tienda o el más grande del conjunto formado por [los helados comprados entre todos los que fueron a comprar].

En español puede hacerse explícita la clase de comparación del adjetivo superlativo incorporándola a través de la preposición *de* (*El helado más grande del mundo* / *Sus mejores amigos del colegio*), mediante una subordinada (*El helado más grande que haya visto* / *El helado más grande que sea posible*) o a través del neutro *lo* (*Un helado lo más grande posible*).

La diferencia fundamental entre los dos primeros tipos de superlativo (*El helado más grande del mundo* y *El helado más grande que haya visto*) y el tercero (*Un helado lo más grande posible*) reside en que, mientras que en los primeros se “destaca a un individuo concreto de entre un conjunto, en el [tercer tipo] lo que resulta individualizado es el grado más alto de una propiedad o dimensión, que se opone comparativamente al conjunto formado por el resto de grado posible”, (Sánchez López, 2006, pág. 82). La diferencia entre el carácter individualizador o no de unos y otros superlativos está en que se puede hablar de *Un helado lo más grande posible*, pero no de **Un helado más grande que sea posible* o **Un mejor amigo del colegio*.

El significado de los superlativos adjetivales (*Un helado lo más grande que sea posible*) “se acerca al de un elativo” (Sánchez López, 2006, pág. 82), mientras que el

carácter individualizador de los nominales (*El helado más grande de la tienda*) los acerca a los ‘verdaderos’ superlativos, ya que carácter individualizador de estos es una de sus propiedades típicas en lo interlingüístico:

Note that items presented as superlatives tend to be encoded as having unique reference: If I say ‘He is the biggest’, then I am claiming, rightly or wrongly, that there is no other person on earth that fits this description.

In fact, Jensen (1934:111) cites a number of languages where definiteness appears to be the only means of marking superlatives —that is, where an expression of the form ‘X is the big one’ has been grammaticalized to a superlative construction (= ‘X is the biggest’)— .

(Heine, 1997, pág. 126)

La individualización del referente del sustantivo se lleva a cabo “mediante una comparación tácita entre él y los miembros de un conjunto con los que comparte cierta propiedad”, (Sánchez López, 2006, pág.77). La entidad individualizada tiene la característica ‘especial’ de poseer esa propiedad en un grado superior⁴¹⁵ al grado en que la poseen los otros elementos.

Cuando lo que se singulariza es un (sub)conjunto de elementos y no un elemento único, interpretar cuáles son los miembros de ese (sub)conjunto particularizado puede presentar algunos problemas. Así, si a alguien tiene dos lápices se le pide *el lápiz (más) grande*, puede decirse que, simplemente, se establece una comparación directa entre los elementos que en ese momento pueden actuar como referentes de ese lápiz. Para interpretar *el lápiz grande*, en el contexto expuesto, no se necesitaría recurrir a un prototipo de una categoría que actuase como punto de referencia. Simplemente, se asumiría que “if an entity *x* is considered tall given a particular comparison class *C*, then there is some other entity *y* in *C* that is not considered tall and that acts as a sort of standard of comparison”, (Fernández Rovira, 2011, pág. 4). En ese contexto particular parecería evidente cómo establecer qué lápiz se considera *grande* y cuál *pequeño*, al menos para un uso especificativo de los adjetivos.

La vaguedad, por lo tanto, desaparecería y resulta totalmente claro (*preciso*) que, en ese contexto concreto, algo *grande* lo sería exclusivamente por ser más grande que su par.

⁴¹⁵ También se puede individualizar, con el mismo mecanismo, a los que no tienen el grado superior: *El tercer jugador más alto de la historia*.

El problema aparece si hay más de tres⁴¹⁶ elementos y se trata de hacer referencia específica a un grupo de, por lo menos, dos. Así, si alguien tiene cuatro lápices y se le piden *los (más) grandes*, aunque seguiría sin haber necesidad de recurrir a un prototipo de comparación (pues se podrían comparar todos los elementos directamente entre sí), sí se plantearía la duda de si *los (más) grandes* serían los tres más grandes o los dos más grandes. En un contexto ‘general’ que recogiera todos los lápices, hacer referencia a *los lápices grandes* permitiría una interpretación concreta que seleccionaría todos los lápices pertenecientes a la clase (difusa) de [lápices que son relevantemente más grandes que el prototipo (general) de lápiz]. Sin embargo, ante *los lápices más grandes del mundo* surgiría de nuevo el problema de dónde situar el límite numérico para determinar cuántos lápices podrían pertenecer al subconjunto señalado: ¿el 10% más grande?, ¿el 1%?

En un caso como el de *los lápices más grandes del mundo*, en el que dicha clase cuenta con múltiples miembros y estos forman un continuo de tamaños, resultaría imposible saber cómo poner un límite si no hubiera factores contextuales que permitieran deducirlo. Sin embargo, al margen de cuestiones pragmáticas que, a través de la relevancia, guíen a los hablantes hacia una interpretación, la distribución de las propiedades dimensionales de las entidades de una categoría puede, por sí misma, favorecer determinados tipos de interpretaciones y llevar a establecer los límites de las subclases en puntos más o menos precisos.

Así, mientras en el universo mostrado por la figura 52 se necesitarían datos contextuales que permitieran establecer cuántas líneas formarían la clase de las [*líneas largas*], en la figura 53 parece evidente cómo se establecería un subconjunto de ese tipo.

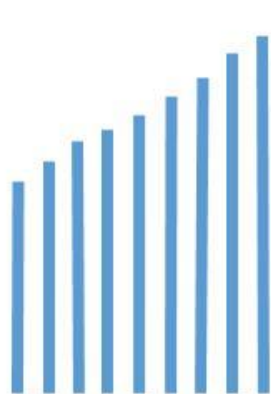


Figura 52. Distribución I.

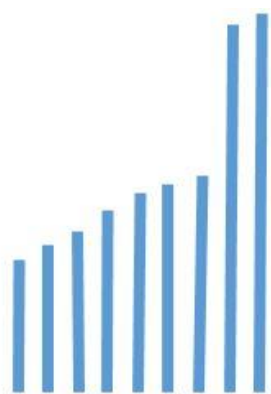


Figura 53. Distribución II.

⁴¹⁶ Si contamos con tres elementos y se habla de *los grandes*, parece evidente que debe ser descartado uno: el más pequeño.

La propia distribución de las dimensiones de las entidades favorece, en la figura 53, una interpretación concreta, aunque dicha interpretación siempre podría verse alterada por cuestiones de carácter pragmático. En el universo de la figura 53 podría considerarse, incluso, que los adjetivos dimensionales *largo* y *corto* tendrían un uso relacional, que separaría al grupo de las [líneas] en dos clases diferentes, tal y como ocurre en *pantalón largo* y *pantalón corto*. Lo mismo podría considerarse para el ejemplo con el que iniciábamos el apartado: si una persona tiene dos lápices y uno es más largo que otro, al referirse a ellos como *el lápiz grande* y *el lápiz pequeño* (debido exclusivamente a sus tamaños relativos) se estaría haciendo un uso de los adjetivos dimensionales identificable con el uso relacional.

El que este uso de los adjetivos se pueda acercar más o menos al comportamiento propio de los adjetivos relacionales depende, en nuestra opinión, del carácter más o menos estable de la clase que se divida en subconjuntos⁴¹⁷. En *De las dos estrellas que vi ayer, la que se movía era la (estrella) grande*, se estaría también particularizando la atención sobre uno de los elementos del universo de dos estrellas creado explícitamente. Dicho conjunto sería de marcado carácter temporal, emanaría de una construcción discursiva *ad hoc* que se ‘diluiría’ conforme evolucionase la conversación, y nunca podría decirse (convencionalmente) que *la estrella grande* era un tipo de estrella. En el caso de los dos lápices que tiene una persona en un momento dado, por cuestiones meramente ontológicas, parecen constituir un conjunto algo más permanente, menos volátil, y permiten el uso de adjetivos con cierto carácter relacional.

3.2.2. Expresiones de medida

Las propiedades con las que se relacionan los adjetivos graduables pueden (o no) ser medibles a través de unidades de medida convencionales. Así, encontramos, por ejemplo, que la LONGITUD se puede tasar en metros, palmos, millas, codos... En cambio, no conocemos ninguna unidad de medida convencional que mida la SIMPATÍA, aunque exista

⁴¹⁷ Los adjetivos relacionales demuestran una mayor estabilidad en el sentido de que se asemejan al sustantivo y relacionan dominios de referencia más nítidos: “no expresan propiamente cualidades, sino que asocian las entidades denotadas por los sustantivos con otros dominios o ámbitos”, (Bosque y Gutiérrez-Rexach, 2009, pág. 624).

la posibilidad de graduar la propiedad y hablar de *gente simpática*, de *gente muy simpática* o de *gente simpatiquísima*. No todas las lenguas poseen estructuras que expresen medidas:

[...] in a language that makes no reference to degrees, we expect measure phrases not to exist. This prediction is upheld in Washo.

(Bochnak, 2013, pág. 3)

En nuestra sociedad, las magnitudes dimensionales sí suelen relacionarse con unidades de medida. Encontramos unidades de medida para proporcionar referencias precisas relativas a la LONGITUD, la PROFUNDIDAD, la ANCHURA, la ALTURA y el VOLUMEN de los objetos. Con las unidades de medida se indica el grado⁴¹⁸ exacto en que se manifiesta una determinada propiedad dentro de un sistema escalar graduado:

A system of measurement is one in which elements of an ordered set of measurements, a scale, are assigned to a domain of entities, based on some property. The goal is for the ordering of the measurements to reflect the degree to which entities in the domain have the property in question.

(Schwarzschild, 2002, pág. 2)

Según Schwarzschild (2002) los sintagmas de medida indican siempre intervalos en una escala, es decir, no hacen referencia simplemente a un punto de una escala, sino que establecen una relación entre dos puntos:

They denote predicates of scalar intervals. *Two ounces* applies to intervals that are twice the size of those that *one ounce* applies to. When a measure phrase is used to modify a noun phrase, it is augmented with a function whose range is scalar intervals.

(Schwarzschild, 2002, pág. 20)

⁴¹⁸ Bosque y Gutiérrez-Rexach (2009, pág. 529) rechazan hablar de *grados* en estos casos: “[...] con el sintagma *tres kilos* no expresamos el ‘grado’ correspondiente a un determinado conjunto de patatas en *tres kilos de patatas*, sino la ‘medida’ de esa cantidad”. Nosotros consideramos que con *tres kilos* se expresa un grado en la escala del peso, que es la propiedad del conjunto de patatas al que se hace referencia.

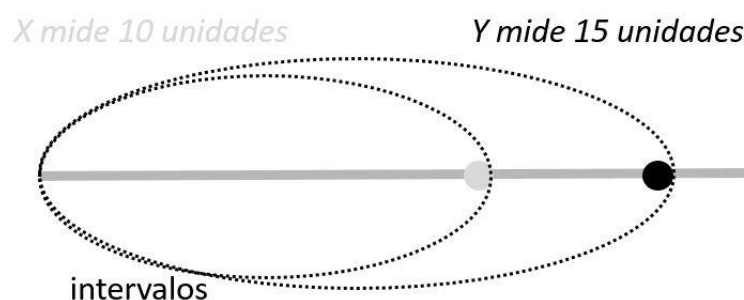


Figura 54. X/Y mide 10/15 unidades.

En una construcción absoluta el intervalo es el que extiende entre el grado cero de la escala y el grado máximo en que se da la propiedad medida en una entidad. El grado cero de una escala suele relacionarse con el punto en que una propiedad no está presente; es un punto que representa la ausencia total de medida. Esto ocurre en la medida de las dimensiones, pues sus escalas son *escalas de razón*. Sin embargo, al medir, por ejemplo, la temperatura en grados centígrados, el cero no representa la ausencia de temperatura, pues es un cero situado arbitrariamente en un punto en el que sí hay algo de calor. Estas escalas se denominan *de intervalo*. Se puede afirmar que un cable de dos metros es el doble de largo que un cable de un metro, pero las medidas asociadas a las escalas de intervalo no permiten este tipo de relaciones matemáticas: una habitación a 40° centígrados no está al doble de temperatura que una a 20°.

3.2.2.1. Expresiones de medida en español

Como señala Sánchez López (2006, pág. 53), “existen en español dos formas de expresar de manera exacta la medida de un objeto o relación: bien utilizando un verbo de medida (*medir, pesar, costar, distar...*), como en *La mesa mide dos metros* o bien utilizando un complemento del nombre como en *una mesa de dos metros de largo*”. Como ya indicamos, en español y en inglés —tal y como apuntan Carey (1978, pág. 276) o Lang (1989)— al menos el miembro positivo del par de adjetivos antónimos dimensionales que nos ocupa puede ser empleado en construcciones de medida en las que se usan unidades métricas, ya sean lineales, cuadradas o cúbicas.

Hablábamos en el apartado 2.2.2.3.1. (*Antónimos polares*) del proceso de metátesis por el cual el término supra de estos pares de adjetivos pasaba a asumir un valor de sustantivo. Así, es posible decir que *X mide 7,4 m de largo*, pero no que **X mide 2,4 m*

de corto. Como recogíamos en su momento, Varo (2007) señala que este término “puede aplicarse a la totalidad de la dimensión (“el *largo* de su cabello”, “el *ancho* de la calle”,...)”⁴¹⁹, es decir, abarca un valor absoluto que abarca toda la escala. [...]” (Varo, 2007, pág. 211).

En lo sintáctico, debemos señalar que en el español actual, los sintagmas de medida pueden ser modificadores de algunos verbos de extensión (*Mide un metro / Tarda dos horas / Pesa un gramo / Dura 5 minutos*), de algunos sintagmas preposicionales (*Dos metros sobre el nivel del mar / Cinco centímetros por encima*), y de algunas construcciones adverbiales (*Varias millas río arriba*), en Sánchez López (2006, pág. 54). Además, como hemos visto en este mismo capítulo —cf. el apartado 3.2.1.2.1. (*La comparación en español*)—, los sintagmas de medida pueden aparecer, además de en construcciones absolutas, en construcciones comparativas: *X mide tres centímetros más que Y*.

Los sintagmas de medida pueden ser una parte de las llamadas *construcciones pseudopartitivas*: sintagmas nominales en los que se indica la cantidad de una sustancia (Selkirk, 1977), más que expresarse de manera exacta la medida de un objeto:

[Las construcciones pseudopartitivas] se caracterizan porque en la cabeza aparece un nombre que expresa medida/cantidad y en la coda un SN escueto, esto es, sin determinante, que debe ser bien un nombre de masa (un litro de agua, un kilo de tomate), bien un plural (un saco de lentejas, un kilo de tomates). La coda indica el tipo de unidades sobre las que se cuantifica, no es un SD que haga referencia a un conjunto delimitado de entidades, como en el caso de las partitivas.

(Demonte y Pérez-Jiménez, 2014, pág. 7)

En el caso que nos ocupa, las cabezas de estas construcciones son sustantivos de medida fija y, en concreto, dimensionales: metros, metros cúbicos, metros cuadrados, kilómetros, yardas o hectáreas, por ejemplo. Las pseudopartitivas se relacionan siempre con *propiedades monotónicas* (Schwarzschild 2002 y 2006, Brasoveanu 2008). Una propiedad es monotónica cuando en el elemento que presenta dicha propiedad hay una relación parte-todo que permite inferir que si, por ejemplo, algo mide tres metros, una

⁴¹⁹ En estos casos estaríamos ante adjetivos que pasarían a ser sustantivos (precedidos de artículo) y que designarían una magnitud en sí, no un mayor o menor grado de una propiedad.

parte de ese ‘algo’ medirá menos de tres metros. Esto no se da, por ejemplo, al hacer referencia a la temperatura de algo o a la inteligencia de alguien⁴²⁰.

In the case of the pseudopartitive, the property which forms the basis for measurement has to be monotonic relative to the given part-whole structure [...]

(Schwarzschild, 2002, págs. 2 y 3)

[...] los nombres que encabezan las pseudopartitivas satisfacen la denominada "generalización de Schwarzschild" (Schwarzschild 2006) de la que se deduce que los nombres de medida en las frases pseudopartitivas solo son aceptables si miden una propiedad que es monotónica con respecto a la cabeza (Brasoveanu 2008). Una expresión pseudopartitiva es monotónica si conserva la pista de la relación parte-todo ("if it tracks the part-whole relation"). Según Schwarzschild (2006, p. 73), específicamente el peso y el volumen son monotónicos con respecto a la relación parte-todo.

(Demonte y Pérez-Jiménez, 2014, pág. 48)

3.3. La vaguedad

Hemos visto a lo largo de los capítulos precedentes cómo la interpretación de un sintagma del tipo de *Un animal cuadrúpedo* apenas necesita de recursos pragmáticos que rellenen los ‘huecos’ que no cubre lo puramente lingüístico⁴²¹. Los enunciados en los que aparecen adjetivos dimensionales, mientras, recurren a procesos pragmáticos para que el intercambio de información entre hablantes y oyentes se pueda dar de forma exitosa. Sin embargo, aunque un enunciado que cuente con un adjetivo dimensional se interprete de forma razonablemente exitosa, es casi imposible que, sin la posibilidad de hacer uso de estructuras de medida, el hablante pueda decirle al oyente cómo son exactamente las dimensiones de una entidad. Así, el enunciado *Ayer vi un gato bastante grande* permite que el oyente se haga una idea de cómo es el gato que vio el hablante, pero, seguramente, el gato ‘imaginado’ por el primero no será exactamente del mismo tamaño que el gato ‘evocado’ por el segundo.

Tanto los ‘huecos’ que deben rellenarse para la interpretación de la explicatura de un enunciado como la falta de exactitud inherente a estos son muestras de una propiedad

⁴²⁰ La escala asociada a la inteligencia no sería monotónica, pero sí de razón, pues el cero representaría una hipotética ausencia total de inteligencia.

⁴²¹ Véase el concepto de EXPLICATURA en el apartado 3.1.1.1.2. (*Explicatura, inferencia y relevancia*).

presente en el lenguaje de manera habitual: la *vaguedad*⁴²². En apartados precedentes hemos abordado el primero de los ‘problemas’; en este profundizaremos en el segundo. A continuación presentaremos el concepto de VAGUEDAD y su relación con lo lingüístico a través de la paradoja del montón.

La paradoja sorites (o *paradoja del montón*, ya que *sorites* en griego equivale a *montón*), atribuida a Eubúlides de Mileto⁴²³, sostiene que si de un pequeño montón de arena se quita uno de los granos que lo forman, la entidad en cuestión seguirá siendo un montón de arena, ya que la diferencia con el montón original será irrelevante. Partiendo de esta premisa, si se repite una y otra vez la sustracción, el resultado deberá ser siempre el mismo, por lo que, necesariamente, se llegará a que cuando solo quede un grano de arena la entidad constituida por este deberá seguir considerándose un montón.

La paradoja reside en el hecho de que nadie aceptaría que un grano de arena (ni dos, ni tres...) formase un montón, pero tampoco parece aceptable la idea de que, en un momento dado, un cambio tan imperceptible como quitar un grano de arena a un montón pudiera resultar determinante para que esa entidad-MONTÓN dejara de concebirse como tal.

The sorites paradox is the name given to a class of paradoxical arguments, also known as little-by-little arguments, which arise as a result of the indeterminacy surrounding limits of application of the predicates involved. For example, the concept of a heap appears to lack sharp boundaries and, as a consequence of the subsequent indeterminacy surrounding the extension of the predicate ‘is a heap’, no one grain of wheat can be identified as making the difference between being a heap and not being a heap. Given then that one grain of wheat does not make a heap, it would seem to follow that two do not, thus three do not, and so on. In the end it would appear that no amount of wheat can make a heap. We are faced with paradox since from apparently true premises by seemingly uncontroversial reasoning we arrive at an apparently false conclusion.

(Hyde, 2014, s. v. *sorites paradox*)

La paradoja presenta, en el fondo, el problema de que el concepto relacionado con la palabra *montón* no es un concepto definido con precisión: nadie ha dicho que para que

⁴²² Conforme a Williams (2015), dentro del ámbito de la indeterminación (*indeterminacy*) han de distinguirse cuatro fenómenos: la *ambigüedad*, la *generalidad*, la *vaguedad* y la *polisemia*. Según Williams (2015, pág. 31), “[a] predicate is vague when the boundaries of its application are indeterminate”.

⁴²³ Eubúlides de Mileto fue un filósofo griego (del s. IV a. C.) perteneciente a la Escuela megárica. Se le atribuye, entre otras, también la popular paradoja del mentiroso: Un hombre dice que miente; si es verdadero, entonces, no miente; y si miente, entonces, es falso que mienta.

algo sea considerado un MONTÓN deba contar con un determinado número de elementos, sino que, en diferentes situaciones puntuales, unos hablantes se han percatado de que otros denominaban *montón*⁴²⁴ a ciertas entidades. A partir de esos usos extensionales, los hablantes han construido un concepto cuyos límites son difusos. Mientras la palabra *cuadrúpedo* se relaciona con un concepto preciso (como sucede al utilizar a un sustantivo discontinuo), la idea asociada a *montón* presenta unos límites vagos, no precisos (como sucede con los adjetivos relativos y, especialmente, con los dimensionales). El problema subyacente, como señalábamos con anterioridad, es el de la vaguedad semántica.

This phenomenon at the heart of the paradox is now recognized as the phenomenon of vagueness [...]).

(Hyde, 2014, s. v. *sorites paradox*)

La idea subyacente en la paradoja sorites se puede reproducir de muchas maneras: podría decirse, por ejemplo, que si una persona de 220 cm de altura es considerada alta, también lo será una que mida un milímetro menos y, por lo tanto, también otra persona que mida un milímetro menos que la segunda, etcétera. Así, se llegaría a que una persona de 120 cm o, incluso, una que midiera un solo milímetro, también debería ser considerada alta. Esto se produce, de nuevo, porque el de ALTO es un concepto cuya interpretación depende de elementos que rodean a su aparición dentro de cada enunciado concreto.

Vagueness [...] is a straightforward consequence of context-dependence of interpretation.

(Bosch, 1983, pág. 1)

Cuando los adjetivos son absolutos o responden a un estándar máximo que pueda aplicarse de forma estricta, las inferencias que dan lugar a la paradoja que hemos analizado no son válidas:

Relative adjectives give rise to the Sorites Paradox. [...] Absolute adjectives do not give rise to the Sorites Paradox. The conclusion, C, does not go through since the induction step, I, for both minimum and maximum standard adjectives is judged to be false, as seen in (8) and (9).

⁴²⁴ “[...] in the acquisition of our native language we get started with partial explanation of the use of words; in the extreme case, these partial explanations are ostensive definitions [...] but the majority of cases we are probably not even given any explicit definition at all, not even an ostensive one. Rather, we have to pick up the use of an expression from the various accidental concrete applications we happen to come across. Now, these are always applications to a limited number of things, always in different contexts”, en Bosch (1983, pág. 1).

- (7) P: A man who is 7 feet tall is tall. T
 I: Any man who is 1 inch shorter than a tall man is tall. T
 C: Therefore, any man who is 3 feet tall is tall. F
- (8) P: A rod that has 10 degrees of bend is bent. T
 I: Any rod that is 1 degree less bent than a bent rod is bent. F
 C: Therefore, any rod that has 0 degrees of bend is bent. ?
- (9) P: A theater in which every seat is occupied is full. T
 I: Any theater with one fewer occupied seat than a full theater is full. F
 C: Therefore, any theater in which half of the seats are occupied is full. ?
 (Husband, 2011, pág. 2)

La vaguedad lingüística no se halla solamente en este tipo de contextos ‘forzados’, ni tampoco exclusivamente en las proposiciones (*Esto es un montón*), sino que está presente también en la mayor parte de los usos que se hacen de las palabras y conceptos simples con los que se opera cotidianamente en los lenguajes naturales:

Though initially identified with the indeterminacy surrounding limits of application of a predicate along some dimension, vagueness can be seen to be a feature of syntactic categories other than predicates. Names, adjectives, adverbs and so on are all susceptible to paradoxical sorites reasoning in a derivative sense.

(Hyde, *SEP*, 2014, s. v. *sorites paradox*)

El lenguaje natural es, en general, vago y, dentro de la lógica tradicional bivalente, el operar con conceptos no totalmente precisos ha supuesto un grave problema, pues no siempre puede determinarse si un enunciado es verdadero o si es falso.

At the core of classical (i.e. standard) logic and semantics is the principle of bivalence according to which every statement is either true or false. This is the principle most obviously threatened by vagueness.

(Williamson, 1994, pág. 1)

El problema de la vaguedad de los adjetivos [...] graduables consiste en que no se puede asignar con toda certeza un valor de verdad a las oraciones en que aparecen. Las expresiones lingüísticas son vagas cuando tienen un significado impreciso, esto es, cuando no proporcionan casi todos los datos necesarios para evaluar si las proposiciones en que aparecen son verdaderas o falsas.

(Sánchez López, 2006, pág. 13)

Para la ‘rigidez’ de la lógica tradicional⁴²⁵ el problema reside en que los términos vagos “can be understood in several ways without being misunderstood”, (Mehlberg, 1958)⁴²⁶.

[...] natural language concepts have vague boundaries and fuzzy edges and [...] consequently, natural language sentences will very often be neither true, nor false, nor nonsensical, but rather true to a certain extent and false, true in certain respect and false in other respects.

(Lakoff, 1972, pág. 458)

Debe quedar claro que el concepto de VAGUEDAD en el que nos centramos en este apartado no es aquel proceso de interpretación pragmática a través del que se obtiene la explicatura de un enunciado. Podemos decir que VAGUEDAD y POLISEMIA/AMBIGÜEDAD son dos fenómenos distintos:

The difference between ambiguity and vagueness is a matter of whether two or more meanings associated with a given phonological form are distinct (ambiguous), or united as non-distinguished subcases of a single, more general meaning (vague). A standard example is *bank* “financial institution” vs. *bank* “land at river edge”, where the meanings are intuitively quite separate; in *aunt* “father’s sister” vs. *aunt* “mother’s sister”, however, the meanings are intuitively united into one, “parent’s sister”. Thus ambiguity corresponds to separation, and vagueness to unity, of different meanings.

(Tuggy, 1993, pag. 273)

Nuestra interpretación de los adjetivos dimensionales se basaba en la idea de que se dice de una entidad que es, por ejemplo, *grande*, cuando dicha entidad es relevantemente mayor que el prototipo de la categoría que deba activarse como fondo. Evidentemente, esta interpretación no permite establecer límites exactos, pues tanto la idea de PROTOTIPO COMPARTIDO DE UNA CATEGORÍA como la propiedad de SER RELEVANTEMENTE DISTINTO en un contexto dado son conceptos vagos y difusos. El prototipo que dos personas puedan manejar de GATO seguramente no sea exactamente igual. Además, cada una de ellas tendrá una ‘sensación’ distinta acerca de qué diferencia de tamaño es relevante. Así, como decíamos más arriba, aunque el enunciado *Ayer vi un gato muy grande* pueda interpretarse

⁴²⁵ Algunos modelos, como el de la *many-valued logic*, el *superevaluationism* o la *lógica difusa* han tratado superar esta bivalencia, a través de zonas de indeterminación o grados de verdad, pero, en todos los casos, las formalizaciones han supuesto un artificio con escaso éxito a la hora de recoger la multitud de variantes que pone en juego la vaguedad de ciertos aspectos del lenguaje natural.

⁴²⁶ Citamos a través de Williamson (1994, pág. 145).

de forma suficientemente precisa para que el intercambio comunicativo pueda considerarse exitoso, las medidas exactas del gato en cuestión no se habrán hecho llegar del hablante al oyente.

Tal vez lo que subyace a toda vaguedad es el hecho de que el ser humano no es omnisciente, y que la información que tiene del mundo (obtenida a través de inputs sensoriales y procesos mentales) es parcial. Tanto las capacidades sensoriales del ser humano como sus capacidades mentales son limitadas, no puede saber todo lo que ocurre en la realidad en todo momento. Así, el hecho de que de un grupo de millones de granos de arena se quite uno de ellos es algo que pasa totalmente inadvertido para cualquier persona debido a sus limitaciones sensoriales. Incluso, si se informase a una persona de que un supuesto montón tenía antes 123.566.778 granos de arena y que después ha pasado a tener 123.566.777, mentalmente tampoco sería esa una información que tuviera ningún tipo de relevancia cognitiva especial.

Estas limitaciones ‘cognitivas’ justifican, tal vez, que no se haya desarrollado de forma natural en el lenguaje un concepto de MONTÓN con unas medidas precisas. Sin embargo, al menos en nuestra cultura, sí podemos manejarnos de manera natural e intuitiva con otros términos que expresan conceptos exactos como el de PAR, DUPLA, TRÍO o QUINTETO, ya que, sensorial y mentalmente, estamos capacitados para operar con ellos. Ante grupos mayores, lo natural, si no se lleva a cabo un cómputo numérico consciente, es referirnos a *varios objetos* o a *unas cuantas cosas*. Desde un punto de vista gramatical, las limitaciones cognitivas se ponen de manifiesto en que a pesar de que existen lenguas que cuentan con un número dual (esloveno, griego clásico, nórdico antiguo...) o trial (casi exclusivamente en lenguas kiway y lenguas austronesias), normalmente las lenguas marcan gramaticalmente solo la diferencia entre lo singular y lo múltiple⁴²⁷.

Como hemos señalado a lo largo de este apartado, los intercambios comunicativos entre humanos operan con frecuencia con un alto grado de vaguedad, y, en concreto, la interpretación de los enunciados en que aparecen adjetivos dimensionales es un proceso de una marcada vaguedad inherente. Nuestro análisis (basado en los PROTOTIPOS y en las DIFERENCIAS RELEVANTES respecto a estos) recurre a conceptos y mecanismos cognitivos cuya ‘imprecisión’ recoge directamente la vaguedad que presenta el lenguaje natural en

⁴²⁷ En algunas lenguas (árabe, serbocroata, hopi, lenguas oceánicas...) el denominado *número paucal* se emplea para hacer referencia a grupos de unos pocos elementos (diferenciándolos de grupos mayores).

sí: sería absurdo plantear una interpretación lingüística basada en cálculos exactos e ideas totalmente delimitadas para dar cuenta de una realidad (los enunciados en los que aparecen adjetivos dimensionales) que se caracteriza, precisamente, por su carácter difuso.

The first thing that strikes a student of numerical adjectives is the fact that the concepts ‘tall’, ‘wide’, ‘old’, ‘low’, ‘short’ etc. are ill-defined: they are fuzzy concepts. The assessment of the value on the dimension-scale ascribed to a given adjective varies from reference set to the reference set, from speaker to speaker, from one moment to the next, and what is more, it’s hardly ever done.

(Rusiecky, 1985, pág. 32)

If classical logic and semantics apply only to perfectly precise languages, then they apply to no language that we can speak.

(Williamson, 1994, pág. 2)

3.4. Conclusión: ¿Cómo se interpreta un adjetivo dimensional?

En este apartado procedemos a recopilar y explicar de forma esquemática los procesos implicados en la interpretación de los enunciados en los que aparecen adjetivos dimensionales. Nos centraremos en enunciados del tipo *El elefante es grande*, y no en enunciados comparativos (*Este elefante es más grande que ese*) o de medida (*El elefante mide dos metros de largo*), pues es en los primeros en los que se manifiestan los procesos lingüísticos y cognitivos a los que hemos dedicado la mayor parte de este tercer capítulo.⁴²⁸

El proceso interpretativo de los enunciados señalados lleva consigo los siguientes subprocesos⁴²⁹:

1. DISCERNIR A QUÉ HACE REFERENCIA EL SUSTANTIVO. La ‘construcción’ del concepto relacionado con el sustantivo al que acompaña un adjetivo no debe limitarse a una ‘definición de diccionario’, sino que deben entrar en juego todos los conocimientos

⁴²⁸ Tampoco recogeremos en este apartado cómo se interpretan los usos especificativos en contextos reducidos, ni los usos relacionados con las proporciones esperadas en los objetos sin una forma típica.

⁴²⁹ Con la siguiente ordenación no queremos expresar en modo alguno que los procesos se lleven a cabo uno después de otro en la sucesión señalada. El orden o la posible simultaneidad de estos procesos quedan fuera de nuestro ámbito de estudio, aunque creemos que sería un campo interesante para una investigación de naturaleza neurolingüística.

enciclopédicos y modulaciones pragmáticas que puedan activarse a la hora de ‘entender’ un nombre en un contexto comunicativo concreto.

El enunciado *La torre es alta* debe activar un concepto de TORRE que pueda enriquecerse con toda la información enciclopédica y contextual disponible.

2. DISCERNIR A QUÉ MAGNITUD HACE REFERENCIA EL ADJETIVO. Como vimos en el apartado 2.4.2.2.2. (*Los modelos de organización conceptual del espacio y los adjetivos dimensionales*), los adjetivos dimensionales, más allá del concepto general con que se relacione cada uno de ellos, pueden hacer referencia a muy distintas magnitudes espaciales de los objetos formando un complejo sistema de oposiciones. Determinar con qué medida concreta de un objeto debe relacionarse un adjetivo dimensional en particular es una cuestión que debe tener en cuenta fundamentalmente su forma, el uso que se les suele dar, su posición típica, su posición en un momento dado, su orientación y la perspectiva del hablante.

En el enunciado *La torre es alta* se entenderá que su ALTURA es la medida vertical que va desde la base de la torre hasta su punto más elevado. Si la torre estuviera caída, la ALTURA podría interpretarse (respecto a su posición ocasional) como una medida vertical o (respecto a su verticalidad prototípica) como una medida horizontal que recorrería la torre longitudinalmente.

3. DISCERNIR RESPECTO A QUÉ CATEGORÍA SE DEBE RELATIVIZAR. Como vimos en el apartado 3.1. (*La clase de referencia*) la interpretación de los enunciados que incluye algún integrante del tipo de adjetivos al que pertenecen los dimensionales requiere que el referente del sustantivo adjetivado se ponga en relación con una de las infinitas categorías a las que pertenece. La elección de la clase de referencia se basa en el principio de la relevancia: se debe ‘activar’ una clase cuyo uso suponga la optimización de la relación entre ‘accesibilidad’ e ‘informatividad’. Así, que una categoría de contraste aparezca explícitamente en un enunciado o que el nivel al que pertenezca sea el nivel de base hace que esta clase de referencia resulte más accesible. Por otro lado, la atribución de una propiedad a un elemento respecto a una categoría de contraste determinada será más informativa cuanto más novedosa y más vinculada con el contexto comunicativo resulte la explicatura que se obtenga de un enunciado.

En el enunciado *La torre es alta* debe establecerse si lo es respecto a [todas las torres del mundo], respecto a [las torres del contexto concreto en que tiene lugar el enunciado], respecto a ['lo humano']...

4. LOCALIZAR EL PROTOTIPO COMPARTIDO. Una vez establecida la clase de referencia, se debe localizar el prototipo principal de esta, que se considera compartido por los hablantes en un contexto comunicativo concreto. En ocasiones (cuando se emplean expresiones de grado) es necesario activar también un prototipo secundario.

Debe establecerse el prototipo compartido de la categoría a que se tome como fondo de contraste en el contexto en que tenga lugar el enunciado *La torre es alta*.

5. PRESTAR ATENCIÓN A LAS EXPRESIONES DE GRADO. Las expresiones de grado, o su ausencia, especifican la posición del elemento adjetivado en la escala relacionada con la dimensión concreta que haya sido activada por el adjetivo. Las expresiones de grado pueden señalar que el elemento al que se refiere el adjetivo se sitúa 'cerca' del prototipo general, 'cerca' del prototipo secundario, 'más allá' de este, en los límites de la escala...

El enunciado *La torre es alta* sitúa a la torre en cuestión (en la escala de ALTURA relativa a la categoría de fondo) dentro de la zona neutra del prototipo de TORRE GRANDE. *La torre es muy grande* 'sacaría' a la torre de dicha zona y la 'acercaría' al (infinito e inalcanzable) polo 'positivo'.

6. CALCULAR QUÉ DIFERENCIA DE TAMAÑO ES RELEVANTE. No cualquier diferencia de tamaño respecto a un prototipo es relevante. Por ello se debe 'calcular' si una diferencia es suficientemente relevante en un contexto determinado para que 'merezca la pena' hacer uso de un estímulo ostensivo y codificarla lingüísticamente. Si el contexto es neutro, lo relevante será, simplemente, lo evidente para los sentidos.

Así, el enunciado *La torre es alta*, en un contexto 'neutro', llevará a la interpretación de que esta resulta de manera evidente para los sentidos más alta que prototipo de la clase activada como fondo de comparación.

7. ACEPTAR LA VAGUEDAD. El empleo de un adjetivo dimensional aporta una información que es imprecisa aunque se lleven a cabo de manera 'correcta' todos los procesos interpretativos. La vaguedad, por lo general, no implica un intercambio comunicativo exitoso, y es asimilada de manera natural por los hablantes.

La torre es alta es un enunciado que no aporta información exacta acerca de la ALTURA de la torre (el prototipo del hablante y el del oyente nunca serán exactamente iguales, lo que uno y otro consideren relevante será ligeramente distinto...), pero se entiende que en el contexto en que se emite un enunciado semejante la precisión no imprescindible y la vaguedad resulta, comunicativamente, aceptable.

SEGUNDA PARTE: PROPUESTA LEXICOGRÁFICA

CAPÍTULO 4. SIGNIFICADO Y LEXICOGRAFÍA

4.1. El “análisis semántico”

La primera parte de esta investigación ha tenido como propósito analizar desde un punto de vista semántico la categoría léxica de los adjetivos dimensionales: fundamentalmente, se ha tratado de explicar cómo deben interpretarse estas palabras para contribuir a dotar de significado a los enunciados en los que aparecen⁴³⁰.

Para esa primera parte hemos optado por la denominación de *análisis semántico* debido a lo restrictivo que podría resultar hacer referencia de manera explícita al concepto de significado léxico. Tradicionalmente, como vimos en el capítulo 1, a la cuestión de qué significan los adjetivos, se ha respondido señalando que, en un mundo concebido ontológicamente como constituido por objetos, eventos y propiedades, los adjetivos son palabras que refieren a estas últimas entidades⁴³¹. Por su parte, Muñiz Rodríguez (1992) ilustra esta concepción del significado del siguiente modo:

El hecho de que la palabra *luna* y la palabra *sol* tengan significado está constituido por su función nominal. Es decir, porque en cuanto a nombres propios, nos remiten a las realidades físicas luna y sol. De esta intuición primigenia se parte para suponer, después, que se puede dar cuenta, de modo similar, de todas las demás expresiones lingüísticas con significado. Así, analizando una oración simple de estructura sujeto-predicado, la función de sujeto sería ejercida por nombres y el predicado designaría propiedades, relaciones y, en general,

⁴³⁰ Además, como parte de esta explicación, se ha especificado también a qué tipo de dimensiones concretas puede hacer referencia cada uno de los miembros de un grupo de adjetivos que hemos seleccionado del español. Este aspecto de los adjetivos tal vez sí pueda identificarse de manera más directa con la concepción ‘tradicional’ del significado.

⁴³¹ Los nombres, por su parte, referirían a objetos, y los verbos, a eventos. Esta concepción respondería a una perspectiva *referencial* (o *denotacional*) del significado. Según las teorías referenciales, el significado de una expresión es ‘la cosa’ del mundo real a la que la expresión se refiere o, desde una aproximación algo más sofisticada, la relación que existe entre esa expresión y su referente. Parece claro que esta teoría resulta poco convincente cuando se trata de palabras que no sean sustantivos concretos, pero, incluso para su aplicación a los sustantivos concretos, no es una teoría, ni mucho menos, libre de problemas. Raramente se ha defendido una teoría referencial pura, pues siempre, a pesar de poderse considerar que el significado de algo es la realidad referida, se entiende, también, que el signo no presenta una relación innata con dicha realidad si los hablantes no actúan de intermediarios. El signo carece de valor alguno alejado de la intención del hablante cuando este transmite información (o, mejor, cuando pretende comunicarse) y, aunque la unión de las palabras con aquello que designan pudiera haberse contemplado en alguna época como una característica natural intrínseca de los objetos, no por ello resultaría innecesario negar el componente mental del signo.

atributos. En la oración *el campo está verde*, el predicado *verde* está en lugar de una propiedad —color— que pertenece al *campo*.

(Muñiz Rodríguez, 1992, pág. 38)

Adoptando esta perspectiva tradicional podría considerarse que un estudio acerca del significado de los adjetivos dimensionales debiera limitarse a señalar, simplemente, a qué propiedades hace referencia cada uno de los adjetivos de la clase de los dimensionales. Con la expresión *análisis semántico* hemos tratado, sin embargo, de dejar claro que nuestro enfoque va más allá de la simple asociación de una palabra con una propiedad, ya que es precisamente una de las características inherentes a la clase del adjetivo la dificultad de establecer dichas asociaciones desde una concepción ‘abstracta’ del lenguaje; es decir, tomando estas palabras de manera aislada e independiente.

Ya cuando Aristóteles habla de las *realidades* con las que están relacionados los símbolos establece una división entre los símbolos *completos* y los *no completos*: considera que algunos signos son independientes y tienen la capacidad de significar por sí mismos; otros, por el contrario, cuando son tomados de forma aislada, carecen de la capacidad de significar y necesitan combinarse con los primeros para que se materialice su naturaleza simbólica. Este era el caso del *rhema* (predicado), que solo unido al nombre cobraba sentido. Esta relación entre predicado y nombre resultaba de especial interés cuando se daba en enunciados en que se afirmaba algo (verdadero o falso) acerca aquello referido por el nombre, pues los estudios gramaticales de Aristóteles eran fundamentalmente un instrumento para el análisis lógico. El nombre, tomado de forma aislada, sí mantenía su capacidad referencial y era, por lo tanto, un símbolo completo. El *rhema*, repetimos, solo adquiriría valor semántico al aparecer en un contexto determinado⁴³².

⁴³² Existe en gran parte de la obra de Aristóteles una cierta indeterminación respecto a si este establece divisiones ontológicas del mundo y sus partes o divisiones lingüísticas acerca de los tipos de palabras que hay y las distintas realidades que estas representan. Esta incertidumbre afecta también a la perspectiva con la que hay que observar el adjetivo dentro de la clasificación aristotélica. Tres son las categorías que siempre están presentes en Aristóteles: la sustancia, la cantidad y la cualidad. La cualidad, que se expresaría por medio del adjetivo, no tiene una existencia independiente de las cosas. Hay muchos objetos de los que puede predicarse *blanco*, pero no hay blanco en el mundo exterior separadamente de las cosas que son blancas. En ese sentido, el adjetivo sería siempre dependiente de la sustancia, que estaría representada, en lo lingüístico, por el nombre (sustantivo).

En Aristóteles hay, pues, una primera formulación de una teoría de los símbolos incompletos o, si se prefiere, una teoría contextual del significado. Esta teoría formal asegura que existen ciertos símbolos que, tomados aisladamente, nada significan. Solamente adquieren un significado propio cuando se combinan con otros símbolos: ese es el caso del *rhema*, del predicado, que por sí solo no constituye una afirmación, sino que precisa de un sujeto del que predicar algo, esto es, decir algo sobre él, verdadero o falso.

(Bustos, 1999, pág. 23)

Desde la Antigüedad, como vemos, se anticipa la naturaleza contextual del adjetivo en contraposición con el sustantivo, que parece llevar asociado un significado pleno e independiente. La asimilación de este hecho llevó a que la semántica dirigiese durante siglos su atención hacia la proposición⁴³³ como unidad mínima significativa en que se expresa el pensamiento de una forma completa, y a que el análisis de las unidades léxicas se centrara, en muchos casos, en estudiar cómo contribuían⁴³⁴ estas (especialmente verbos y adjetivos) a la construcción de las proposiciones.

A pesar de que habría de sustituirse el concepto *proposición*⁴³⁵ por el de *enunciado*⁴³⁶ y de que tendríamos que incluir también el nombre como elemento de naturaleza semántica variable, podemos afirmar que algunas de las ideas básicas presentes en las primeras formulaciones de la naturaleza contextual del significado (de ciertas clases de palabras) son, a grandes rasgos, similares a aquellas en las que se basan las perspectivas semánticas surgidas en las últimas décadas.

⁴³³ “Pero, aunque toda oración tiene significado, no como instrumento de la naturaleza, sino por convención, como ya indicamos, no todas pueden ser denominadas *proposiciones*. Solo denominamos proposiciones a aquellas que entrañan verdad o falsedad. Una plegaria, por ejemplo, es una oración, pero que no es ni verdadera ni falsa”, (Aristóteles [siglo IV a.C.], *Peri Hermeneias*). [Texto incluido en Bustos (1999, pág. 33)]

⁴³⁴ Lyons (1997, pág. 65) distingue entre teorías *verificacionistas* y teorías *de condiciones de verdad*. Las primeras son aquellas en las que “el significado de una expresión, si tiene alguno, está determinado por la verificabilidad de las oraciones o proposiciones que lo contienen”. En las segundas, “el significado de una expresión consiste en su contribución a las condiciones de verdad de las oraciones que la contienen”.

⁴³⁵ En el *Oxford Concise Dictionary of Linguistics* (Matthews, 2007, s. v. *proposition*) se define *proposition* de la siguiente forma: “Whatever is seen as expressed by a sentence which makes a statement. Hence, for example, the same proposition might be said to be expressed by both *I understand French* and, in Italian, *Capisco il francese*. It is a property of propositions that they have true values. Thus this proposition would have the value ‘true’ if the speaker did understand French and the value ‘false’ if the speaker did not”.

⁴³⁶ En el *Oxford Concise Dictionary of Linguistics* (Matthews, 2007, s. v. *utterance*) se define *utterance* (‘enunciado’) como “anything spoken on a specific occasion”. Además, *The Cambridge Dictionary of Linguistics* (Brown y Miller, 2013, s. v. *utterance*) señala lo siguiente: “Utterances produced at different times by the same speaker or by different speakers may relate to one and the same abstract unit. Utterances are said to realize sentences or fragments of sentences and no two spoken utterances are identical”. (Hemos abordado la diferencia entre los conceptos de ENUNCIADO y ORACIÓN en la nota 296).

Para la Lingüística cognitiva el significado es algo que solo puede abordarse a través de los usos ‘reales’ del lenguaje. La ‘utilización’ de las palabras, formando parte de actos comunicativos y no de abstracciones metalingüísticas, permite que se inicie el proceso de atribución e interpretación de sus significados. Desde esta perspectiva, la distinción entre una semántica léxica y una semántica composicional⁴³⁷ se considera, por lo tanto, artificial:

Words do not really have meanings, nor do sentences have meanings: meanings are something that we construe, using the properties of linguistic elements as partial clues, alongside non-linguistic knowledge, information available from context and conjectures regarding the state of mind of hearers and so on.

(Cruse y Croft, 2004, pág. 98)

La primera parte de este trabajo puede decirse, por tanto, que constituye un *estudio del significado* de los adjetivos dimensionales. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la concepción de significado manejada se corresponde, en gran medida, con los presupuestos del paradigma de la Lingüística cognitiva: así pues, nuestro “análisis semántico” presta atención al significado de los adjetivos dimensionales centrándose en el modo como estos se interpretan dentro de los usos reales del lenguaje.

4.2. Concepción del significado

Atendiendo a la concepción del SIGNIFICADO que hemos presentado en el apartado anterior (y que, como hemos dicho, ha servido de base para la primera parte de esta tesis) debemos señalar, en primer lugar, que, para la lingüística cognitiva, existen tres factores fundamentales que determinan la interpretación semántica de una forma léxica: (1) los conocimientos (‘enciclopédicos’) previos de los hablantes, (2) el contexto (en sentido amplio) en que se emiten los enunciados, y (3) la capacidad pragmática de los participantes.

1) Podemos señalar dos teorías como fundamentales en el surgimiento de LA PERSPECTIVA ‘ENCICLOPÉDICA’ DEL SIGNIFICADO: la primera es la *Semántica de marcos* (*frame semantics*) desarrollada por Charles J. Fillmore (1976) (que se relaciona con los *Idealised Cognitive Models* de Lakoff 1987, a los que haremos mención más adelante) y

⁴³⁷ Véase la nota 48.

la segunda es la teoría de los *dominios* (*domains*) de Langacker (1987). La teoría de Langacker es en esencia una teoría epistemológica, acerca del modo en que se organizan los conocimientos sobre el mundo y cómo estos intervienen en el proceso de interpretación de los signos del lenguaje. La teoría de Fillmore, sin embargo, está más encaminada a explicar determinados comportamientos gramaticales (los argumentos o valencias de un verbo, por ejemplo) en función de variaciones de significado interpretables únicamente a partir de sus marcos de referencia⁴³⁸.

La Semántica de marcos se centra en el papel que todo el conjunto de conocimientos asociados con una palabra adquiere en el proceso de creación de significado. Fillmore llama *marco* (*frame*) a una especie de esquematización de las experiencias recurrentes (por *experiencias* entiende las relaciones directas con los objetos, estados o eventos del mundo). Estas esquematizaciones se almacenan en la memoria a largo plazo y suponen una categorización de las experiencias en TIPOS DE EXPERIENCIAS a partir de rasgos generales comunes. Esta categorización ayuda a identificar situaciones y a entender el lenguaje en función de ellas. Tomando de los estudios sobre mecanismos cognitivos de la *Gestalt* los conceptos de *figura* y *fondo*⁴³⁹, Fillmore señala que las experiencias esquematizadas (*marcos*) actúan como fondo de referencia ante el que cobra sentido una figura léxica particular.

Generalmente se toma el ejemplo el marco TRANSACCIÓN o VENTA (cuyo funcionamiento general resulta de sobra conocido) para mostrar cómo solo dentro de una estructura conceptual determinada se pueden entender palabras como *precio*, *comprar*, *garantía*, *vender*, *oferta*... Los marcos son, en cierto modo, el sistema dentro del cual cada elemento aislado cobra sentido.

Los dominios (*domains*) son para Langacker también entidades conceptuales (más o menos complejas) que actúan como fondo ante el que cobran sentido las unidades léxicas. Una sola unidad desencadena la intervención de toda una red de dominios (*domain matrix*) de manera simultánea. Por ejemplo, la palabra *coche* puede activar, entre muchos otros, los siguientes dominios: VEHÍCULOS, OBJETOS FÍSICOS, ESTATUS, MOVIMIENTO, VELOCIDAD, PRECIO, ESPACIO... Estos dominios que ‘rodean’ la palabra *coche* pueden ser

⁴³⁸ *FrameNet* es un proyecto *online* desarrollado por Fillmore consistente en una base de datos cuyo fin es la descripción universal del léxico inglés relacionando las unidades léxicas con los marcos en los que pueden participar.

⁴³⁹ Conceptos que también adaptó al ámbito de la lingüística Talmy (1972).

muy abstractos (como ESTATUS) o muy básicos (como OBJETO FÍSICO). Los dominios más básicos se derivan directamente de nuestra experiencia sensorial primaria con el mundo. Los dominios más complejos, por el contrario, son el resultado de reelaboraciones sucesivas de dominios básicos; es decir, son construcciones cuyos ladrillos son los dominios menos complejos, por lo que en última instancia todo dominio deriva de la experiencia sensomotora.

Todos estos conocimientos que envuelven las expresiones lingüísticas se consideran parte del conocimiento enciclopédico y, por lo tanto, se obtienen fundamentalmente a través de la experiencia social de interacción con individuos y grupos, por un lado, y por medio de la experiencia física con el entorno, por otro. No puede decirse que sea un conocimiento lingüístico; es parte del conocimiento general del mundo con que cuentan los hablantes.

El conocimiento enciclopédico está estructurado: es un sistema de conocimientos con organización radial en que no todos los datos son igual de centrales, es decir, no todos son igual de prominentes al asociarse con el significado de una palabra. Langacker (1987, págs. 158-161) divide en cuatro grupos los componentes que forman la red de conocimientos enciclopédicos: *conocimiento convencional*, *conocimiento genérico*, *conocimiento intrínseco* y *conocimiento característico*.

El CONOCIMIENTO CONVENCIONAL es el conocimiento sobre la información compartida y consensuada por los miembros de una comunidad de hablantes. Lo opuesto a la convencionalidad de un conocimiento es su particularidad: que un conocimiento sea personal y no común a un grupo de hablantes. En el CONOCIMIENTO GENÉRICO se aglutinan aquellos conocimientos relativos a las características que comparten la mayor parte de los elementos de una categoría, los más comunes. Lo normal es que este conocimiento sea compartido, pero no es necesariamente así: poca gente, fuera de una comunidad científica determinada, sabe qué es lo común a un tipo de átomos para que se considere que forman un grupo homogéneo. Lo opuesto al conocimiento genérico es el conocimiento específico, es decir, el conocimiento de lo que hace particular a un elemento individual dentro de una categoría.

Por su parte, el CONOCIMIENTO INTRÍNSECO es el que atañe a las propiedades que son inherentes a una entidad y no relativas a elementos externos no necesarios. La forma de un plátano concreto es un rasgo intrínseco; su precio, en cambio, sería un rasgo extrínseco.

Las peculiaridades intrínsecas suelen ser genéricas (la forma de un plátano concreto es también una particularidad relevante de la categoría [plátano]). Por último, el CONOCIMIENTO CARACTERÍSTICO es aquel que refiere a qué factores hacen a una categoría diferente de las demás (y el grado en que lo hacen) por marcar oposiciones distintivas: el que las peras sean verdes es algo poco característico (no-característico) de la categoría [peras], ya que hay muchas otras frutas de ese color; sin embargo, su forma sí es un elemento diferencial importante.

Cada una de estas propiedades forma un continuo que presenta los siguientes polos: CONVENCIONAL – NO CONVENCIONAL / GENÉRICO – ESPECÍFICO / INTRÍNSECO – EXTRÍNSECO / CARACTERÍSTICO – NO CARACTERÍSTICO. Un conocimiento enciclopédico será más importante cuanto más cerca de los polos que hemos colocado a la izquierda esté. El conocimiento de que los plátanos son curvos está muy a la izquierda en la escala de CONVENCIONALIDAD y en las relativas a ‘LO GENÉRICO’, ‘LO INTRÍNSECO’ y a ‘LO CARACTERÍSTICO’. Por lo tanto, saber que los plátanos son curvos es un conocimiento esencial dentro del conjunto de los conocimientos enciclopédicos relacionados con el concepto plátano. Sin embargo, saber que una persona tuvo problemas con el potasio debido a su consumo excesivo no es, salvo en contextos muy determinados, un conocimiento convencional. Tampoco es algo genérico, es totalmente extrínseco y no es, en absoluto, característico (al menos, para la comunidad general de hablantes): este conocimiento sería un conocimiento poco relevante en la jerarquía de información enciclopédica relativa a PLÁTANO.

2) EL CONTEXTO actúa como una criba que permite que solo algunas de las interpretaciones de una palabra sean posibles y, dentro de estas, favorece unas y dificulta otras. Es decir, el contexto guía el proceso de creación de significados. Por *contexto* de una palabra se entiende el conjunto de factores ajenos a la propia palabra y a los conocimientos generales que acerca de esta influyan en su interpretación. Basándonos en Cruse y Croft (2004, pág. 102), que a su vez, siguen a Clark (1996), podemos establecer distintos tipos de contexto.

Así, el CONTEXTO LINGÜÍSTICO incluiría el *discurso previo* y el *entorno lingüístico inmediato*:

a) El *discurso previo*, que corresponde a todo lo que ha sido dicho con anterioridad a la aparición de una palabra, supone, evidentemente, un factor de gran potencia coercitiva

para la selección de sus significados: si en una conversación sobre problemas con los coches un hablante comenta que la semana anterior se quedó *sin batería*, nadie interpretará que con *batería* este quiera hacer referencia al instrumento musical o a la persona que lo toca.

b) El *entorno lingüístico inmediato* comprende el enunciado en que aparece una palabra. La capacidad de restricción de este factor orienta el modo como se interpreta *batería* en los siguientes enunciados: *Me encantaría aprender a tocar la batería*, *Vino una grúa y me ayudó a recargar la batería*.

Además del contexto lingüístico, el CONTEXTO FÍSICO —entorno físico (visual, auditivo...) que rodea a los hablantes— es decisivo para llevar a cabo una interpretación u otra de una palabra: en un concierto de rock, las referencias a *la batería* serán interpretadas, seguramente, como referencias al instrumento musical (o a una mujer que lo esté tocando).

Por su parte, el CONTEXTO SOCIAL es ‘el tipo de situación’ en que aparece una palabra y las distintas relaciones que se entablan entre los hablantes: en una empresa, el uso de un verbo en imperativo no significa lo mismo entre un jefe y un subordinado que entre dos trabajadores del mismo nivel.

El conocimiento mutuo de los hablantes (lo que se conozca de una persona con la que se está hablando acerca de sus gustos, sus deseos, sus intenciones o sus capacidades) influirá en cómo se interpreten las palabras y en el proceso de selección de las nuestras para que, también, sean entendidas: si un amigo le manda un mensaje a otro preguntándole qué tal *con la batería*, el hecho de que el que envía el mensaje sepa que el que lo recibe está aprendiendo a tocar ese instrumento (y el hecho de que el segundo sepa que el primero lo sabe) dirigirá la interpretación de *batería* hacia el sentido adecuado.

Asimismo, el medio y el género en que se materializa la sustancia lingüística pueden ser determinantes para su interpretación. Si un poema que empieza diciendo *Me duele el corazón* se intuirá, por el género literario al que pertenece, que *corazón* no está haciendo referencia al órgano, sino a un ‘lugar’ que se supone alberga los sentimientos de las personas. El lector tenderá a interpretar el sustantivo de ese modo sin que sea necesario que conozca el estilo del autor ni el tema del poema; condicionado, únicamente, por el género comunicativo en que aparece el enunciado.

3) A pesar de que la PRAGMÁTICA⁴⁴⁰ es un campo de investigación muy amplio y heterogéneo, a la hora de tratar el proceso de generación de significados, nos interesa recordar, fundamentalmente, los principios de cooperación que rigen las conversaciones y guían a los interlocutores hacia la interpretación correcta de los enunciados.

Nosotros en esta investigación entendemos por capacidad pragmática, sobre todo, aquellas habilidades que permiten a un hablante descodificar significados a través de procesos inferenciales basados en la interpretación de las intenciones de otros hablantes. Desde esta perspectiva nos resulta especialmente útil el Principio de la relevancia (al que ya aludimos en el apartado 3.1.1.1.2.), y las Máximas conversacionales de Paul Grice [1957] (1989, págs. 26 y 27). Grice considera que en un intercambio comunicativo se aplican una serie de leyes cooperativas (implícitas) destinadas a que el intercambio llegue a buen puerto. Dentro de nuestra perspectiva, nos interesan especialmente las máximas relacionadas con la informatividad que se espera de los enunciados. La idea que subyace a este tipo de máximas, que Grice [1957] (1989, pág. 26) considera relativas al concepto de cantidad (*quantity maxims*), se podría enunciar del siguiente modo: haz que tu contribución sea la requerida para la finalidad del intercambio conversacional en el que estás implicado.

The category of Quantity relates to the quantity of information to be provided, and under it fall the following maxims:

1. Make your contribution as informative as is required (for the current purposes of the exchange).
2. Do not make your contribution more informative than is required.

(Grice [1957], 1989, pág. 26)

Resulta evidente, tal y como hemos visto con detalle a lo largo de la primera parte de esta investigación, que lo que subyace a la interpretación ‘correcta’ de *un chihuahua pequeño* son, en cierta medida, estas máximas conversacionales que podemos parafrasear como “di solo aquello que sea relevante”: que *un chihuahua pequeño* sea pequeño como

⁴⁴⁰ Desde perspectivas cognitivistas hay un continuo entre la semántica y la pragmática: “no son dos ramas diferentes, sino puntos extremos de un mismo punto de vista, el significado” (Ibarretxe-Antuñano, 2010, pág. 198).

[perro] es informativamente irrelevante, por lo que la interpretación adecuada seguramente sea que el chihuahua en cuestión es pequeño como [chihuahua]⁴⁴¹.

La informatividad de Grice y la relevancia de Sperber y Wilson son por lo tanto, dos factores pragmáticos que en esta investigación consideramos especialmente decisivos para explicar los procesos interpretativos de la clase de palabras que nos ocupa (los adjetivos dimensionales).

La primera parte de esta investigación ha prestado atención a los adjetivos tomando en consideración, especialmente, los tres factores (conocimiento enciclopédico, contexto y participantes) señalados en este apartado: se han abordado cuestiones sintácticas para mostrar la influencia que el contexto lingüístico ejerce en la interpretación de los adjetivos, se ha analizado cómo el conocimiento de las realidades a las que se aplican los adjetivos y las distintas situaciones comunicativas activan unos u otros tipos de interpretaciones, y se ha destacado el peso de la relevancia pragmática a la hora de guiar las interpretaciones adecuadas en los distintos contextos comunicativos posibles.

My contention is that meaning is not a property of words, or even language, per se. Rather, my contention is that meaning arises as a function of the way in which words (and language) are deployed by language users in socioculturally, temporally, and physically contextualized communicative events, which is to say utterances, due to a complex battery of linguistic and non-linguistic processes, in service of the expression of situated communicative intentions.
(Evans, 2009, pág. 22)

En los apartados siguientes prestaremos atención a cómo creemos que debe abordarse el significado más allá de estos factores y, en especial, cuándo (y cómo) ha de ser recogido y fijado en obras lexicográficas.

4.3. El significado y los diccionarios

Habitualmente se pone de manifiesto que la concepción ‘pragmático-enciclopédico-contextual’ del significado, a la que hemos hecho referencia en el apartado anterior, se

⁴⁴¹ Como vimos en el capítulo 3, hay diferentes factores que influyen en el grado de relevancia que pueden presentar las explicaturas de un enunciado.

opone a una concepción tradicional llamada *de diccionario*⁴⁴².

Most people would agree that words have meanings, sometimes multiple meanings. But meaning and dictionary senses aren't the same thing at all. Meanings exist in infinite numbers of discrete communicative events, while the senses in a dictionary represent lexicographers' attempts to impose some order on this babel.

(Atkins y Rundell, 2008, pág. 311)

The numbered lists of definitions found in dictionaries have helped to create a false picture of what really happens when language is used.

(Hanks, 2000, pág. 205)

Como dijimos en los apartados 3.1.1.1.1. (*El significado del nombre como una cuestión contextual*) y 4.2. (*Concepción del significado*), tradicionalmente toda la información acerca del 'mundo' y la carga mental que pudiera acompañar a una palabra se han tratado como cuestiones tangenciales que, en ningún caso, habrían de tenerse en consideración al abordar el significado de la palabra. El significado, desde esta perspectiva 'de diccionario', sería, exclusivamente, una carga de información muy básica que se almacenaría en el lexicón (o *diccionario mental*) de los hablantes acompañando a cada 'entrada mental'.

According to the dictionary view, the core meaning of a word is the information contained in the words definition [...] and this is the proper domain of lexical semantics. [...] In this way, the dictionary model enables lexical semantics to restrict their domain of investigation to intrinsic or non-contextual word meaning, while questions concerning how the outside world interacts with linguistic meaning are considered to fall within the domain of pragmatics, an area that some linguists consider to be external to the concerns of linguistics proper.

(Evans y Green, 2006, pág. 208)

⁴⁴² A este respecto, nos resulta interesante recoger el siguiente comentario de Tyler y Evans (2003, pág. 17): "The distinction between treating lexical items as fully specified versus seeing them as merely prompts for complex conceptual elaboration has been framed by some scholars in terms of a distinction between a dictionary versus an encyclopedic view of word meaning (cf. Haiman, 1980; Langacker, 1987; Wierzbicka, 1988). On this view, linguists who subscribe to the dictionary view of word meaning attempt to identify a restricted and finite set of specifications that constitute the linguistic knowledge properly associated with the lexical entry for a particular lexical item. However, as both Haiman (1980) and Langacker (1987) observe, attempts to restrict and, hence, determine which specifications should be included in a particular lexical entry and which should be excluded is impossible on practical grounds".

Aunque, como hemos señalado, la Semántica cognitiva ofrece una visión más amplia del concepto de significado, se puede asegurar que esta aproximación científica mantiene la distinción entre un conocimiento puramente lingüístico y un entramado de conocimientos conceptuales que subyace a aquel: “It follows that this model takes into account a far broader range of phenomena than purely linguistic phenomena”, (Evans y Green, 2006, pág. 15). Puede decirse, por tanto, que el significado ‘de diccionario’ “is a subset of a more general encyclopaedic knowledge” (Evans y Green, 2006, pág. 207) y que si tomamos una palabra fuera de contexto, esta también está dotada de cierto significado, sin que desaparezca automáticamente su valor como signo para convertirse en un mero significante vacío

Evans y Green (2006, pág. 213) denominan *coded meaning* a este “conventional meaning associated with a particular word or construction”. El *coded meaning* es fruto de un proceso de idealización, una entidad creada a través de una especie de cálculo mental del significado medio de los surgidos sobre la marcha en apariciones contextuales concretas de una determinada palabra. Del mismo modo que cuando se habla de un idioma se está haciendo uso de una abstracción sin existencia real creada a partir de manifestaciones lingüísticas concretas, los *coded-meanings*, que parecen existir más allá del uso del lenguaje, tampoco son significados con existencia real, aunque son parte de los conocimientos generales del mundo con que se relaciona una palabra: al fin y al cabo, saber cuál es el *coded-meaning* de una palabra es una información enciclopédica relativa a esa palabra.

Certainly, there is something like a conventional core meaning for lexical items, but it is rather schematic, and, as a matter of fact, this conventional meaning is an abstraction from the different contexts where that particular word has been encountered before.

(Evans y Green, 2006, pág. 213)

Cruse y Croft (2004, pág. 102 y 103) recurren a una idea similar a la de *coded meaning* cuando hablan de *default construals*. Estos *default construals* estarían “represented in the minds of individuals speakers, but their origin lies outside the individual, in the speech community”, (Cruse y Croft, 2004, pág. 102 y 103). Según Cruse y Croft (2004), “an isolated sign certainly has semantically relevant properties, semantic potential, and these properties have an influence on eventual interpretations, but they are to be distinguished from the interpretations themselves”, (Cruse y Croft, 2004, pág. 99).

Una propuesta lexicográfica deberá ir encaminada a recoger ese *coded meaning* (o *default construal*) asociado con las palabras, tratando de abstraerse de los infinitos modos particulares en que estas se pueden interpretar en cada uno de los usos puntuales del lenguaje.

4.4. Polisemia

Aunque en el apartado precedente hemos mantenido que toda obra lexicográfica se deberá dirigir hacia la carga de información básica adjunta a las unidades lingüísticas⁴⁴³, resulta necesario hacer notar que, por lo general, esa carga es múltiple: suele haber más de una ‘información básica’ asociada a cada forma. A este fenómeno nos referimos cuando hablamos de la *polisemia*⁴⁴⁴.

One of the most fundamental phenomena observed in language is the existence of a diversity of related meanings expressed by the same word form.

(Lewandowska-Tomaszczyk, 2007, pág. 139)

Consideraremos, tal y como hace Geeraerts (1997), que la polisemia es el producto de alteraciones de significado que se vertebran en torno a núcleos prototípicos formando lo que frecuentemente se llama *redes polisémicas*, *redes semánticas* o *redes léxicas*.

Polysemic words consist of a number of radially related categories even though each of the polysemic senses can itself display a complex prototype structure.

(Lewandowska-Tomaszczyk, 2007, pág. 148)

Este fenómeno, a pesar de que pueda registrarse y rastrearse lingüísticamente, es, en esencia, mental: los múltiples significados que presentan las palabras son el reflejo tangible de mecanismos cognitivos subyacentes. Estos mecanismos producen y moldean

⁴⁴³ Retomamos esta cita que ya aducíamos en la primera parte de este estudio: “An isolated sign certainly has semantically relevant properties, semantic potential, and these properties have an influence on eventual interpretations, but they are to be distinguished from the interpretations themselves”, (Cruse y Croft, 2004, pág. 99).

⁴⁴⁴ “That some words have more than one meaning, and that these meanings are related was first observed in ancient Greece [...]. The term “polysemy” was first introduced in nineteenth-century semantics by Bréal (1897) as part of his study on meaning change [...]”, (Lewandowska-Tomaszczyk, 2007, pág. 139).

las redes a partir de un significado original (cuya posición en la red, con el paso del tiempo, puede no ser central y prominente).

Linguistic polysemy patterns reflect and therefore reveal, systematic differences and patterns in the way linguistic units are structured in the mind

(Evans, 2007, *s. v. polysemy*)

Respecto a los mecanismos (que podemos considerar psicológico-lingüísticos) que sirven de base al cambio semántico, y que sirven para explicar desde un punto de vista histórico la evolución y proliferación de los significados asociados a una única forma, “Geeraerts reconoce como necesarios todos los mecanismos clásicos que comienzan a describirse en la semántica preestructural y que continúan con las teorías posteriores (metáforas, metonimias, especialización, cambios peyorativos y meliorativos, etc.)” (Fernández Jaén, 2014, pág. 71).

The central radial category member provides a cognitive model that motivates the noncentral senses. The extended senses clustered around the central category are related by a variety of possible links such as image schema, transformations, metaphor, metonymy, or by partial vis-à-vis holistic profiling of distinct segments of the whole sense.

(Lewandowska-Tomaszczyk, 2007, pág. 148)

Apuntaremos a continuación algunas de las propiedades básicas de los dos mecanismos que consideramos más relevantes a la hora de explicar el caso concreto de la polisemia en los adjetivos dimensionales: la metáfora y la metonimia⁴⁴⁵.

4.4.1. La metáfora

Sin profundizar demasiado en las teorías sobre la metáfora que tanta atención han suscitado desde finales del siglo XX⁴⁴⁶, señalaremos, simplemente, que la función

⁴⁴⁵ Espinosa Elorza apunta que, para muchos lingüistas cognitivos, la distinción entre metáfora y metonimia debe ser gradual, pues entre uno y otro fenómeno hay un *continuum* de casos, (Espinosa Elorza, 2006, pág. 20).

⁴⁴⁶ Como señala Yu (1998, págs. 1 y 2), “in the past few decades [...] the interest of metaphor and the study of its structure, mechanism, function, effect, and cognitive nature have grown rapidly in a broad range of disciplines: linguistics, anthropology, philosophy, psychology, education, sciences, as well as literary criticism and rhetoric [...]”.

(cognitiva) de la metáfora (cognitiva)⁴⁴⁷ es ayudar a conceptualizar de forma más sencilla elementos cuya comprensión resulta poco intuitiva. El desarrollo metafórico permite entender y experimentar un tipo de cosas en términos de otras a través de sus características comunes.

El contacto sensorial con el mundo físico proporciona los conceptos básicos primarios sobre los que construir el entramado metafórico en que vivimos⁴⁴⁸. Todo el sistema conceptual humano es, en última instancia, el producto de cómo se interactúa con el entorno físico-espacial en que habitamos.

[...] the semantic representation coded by language reflects conceptual structure. If the embodiment of experience indeed gives rise to meaning, which is to say, conceptual structure, then the concepts expressed by language should largely derive from our perception of spatio-physical experience. [...] Spatio-physical experience provides much of the fundamental semantic (or conceptual) structure from which other concepts are constructed.

(Tyler y Evans, 2003, pág. 24)

If a primary metaphor is the basis for a given metaphorical blend, this is certainly only the beginning of a process. Primary metaphors constitute counterpart connections which ultimately live inside of larger conceptual complexes.

(Grady, 2005, 1608)

La atención que desde los primeros meses de vida prestan los niños a los objetos, su interacción espacial con sus propios cuerpos⁴⁴⁹ y su movimiento⁴⁵⁰ sirve de base a un

⁴⁴⁷ Como es evidente, no hablamos del concepto tradicional de METÁFORA como una figura literaria o retórica, nos referimos a ella como una ‘figura del pensamiento’. El sistema de pensamiento humano, entendemos, es de carácter metafórico (y esto se refleja frecuentemente en el lenguaje). Se puede dar cuenta del uso de la metáfora como recurso cognitivo “in virtually every aspect of human thought”, (Johnson, 1995, pág. 158).

⁴⁴⁸ “The contemporary theory of metaphor claims that abstract concepts are at least in part understood and expressed metaphorically in spatial terms and that abstract reason is achieved by using certain mechanisms for the perception of spatial relations”, (Yu, 1998, pág. 3).

⁴⁴⁹ “In a general way, the embodied basis for abstract meanings can be seen as inevitable. A child starts life with certain basic abilities and builds on these through experience. Everything the child learns must be based on what she or he already knows”, (Feldman, 2008, pág. 199).

⁴⁵⁰ Así lo señalan los estudios de Jean Mandler (2007, pág. 755): “what is it that infants do pay attention to that sets the stage for interpretation of what they perceive? Although more research is needed to answer this question definitively, researchers do know that motion especially attracts infants’ attention (sometimes even compulsively so), and a few spatial relations are attentional attractors as well”. La propia Mandler (2007) señala que los primeros conceptos de los niños son de naturaleza espacial: “Although there is little direct evidence for the exact nature of the simplified descriptions that characterize infant concepts, the most

nuevo nivel de análisis. Este nuevo nivel de análisis es una redesccripción de la información ‘neutra’ obtenida a través de los sentidos. Constituye la primera creación abstracta y está compuesto de nociones esenciales sobre movimiento y relaciones espaciales⁴⁵¹. Estos primeros conceptos son, al mismo tiempo, la base de otros, cada vez más abstractos y complejos⁴⁵². Cualquier concepto lingüístico (y, en general, simbólico) constituye, por lo tanto, una redesccripción de la información perceptual, ligada, en última instancia, a la experiencia sensomotora a través de sucesivos procesos metafóricos ‘de abstracción’⁴⁵³.

The domain of space provides a particularly clear view of most of the fundamental issues pertinent to language and cognition.

(Herskovits, 1986, pág. 1)

El lenguaje no solo recoge este fenómeno, también lo retroalimenta. Por un lado, esa tendencia innata a conceptualizar lo cognitivamente menos inmediato a través de procesos metafóricos registra múltiples reflejos en todas las lenguas (la polisemia es uno de ellos). Por otro lado, el lenguaje fortalece y encauza esta tendencia natural, pues proporciona a los hablantes conceptos ya ‘envueltos’ en determinadas metáforas que facilitan su

likely candidates all seem to be spatial in nature”, (Mandler, 2007, pág. 748). Más adelante, Mandler (2010, pág. 22) indica claramente que “the conceptual system is founded on spatial information”.

⁴⁵¹ Algunos autores consideran que ya venimos con esta abstracción ‘instalada’ en la memoria filética o de la especie, que es innata y que no necesita ser producida, sino activada.

⁴⁵² En términos mentalistas podemos decir que el contacto con el espacio físico produce unos primeros ‘canales de pensamiento’, cuya fuerza arrastra las experiencias que el cerebro registra como cercanas. Esta es la base física de la metáfora; cuando una experiencia es cognitivamente parecida a otra que ya está grabada claramente en los hablantes, y su procesamiento resulta más costoso, la corriente de sinapsis neuronales con más fuerza ‘arrastra’ la experiencia cercana, ayudando a concebir de forma más sencilla esta nueva experiencia que, por menos frecuente, todavía no cuenta con su propio camino de sinapsis fuertemente arraigadas. Langacker (1987, pág. 100) se refiere a estas experiencias cognitivas como *eventos* y considera que “we can assume that the occurrence of any such event leaves some kind of neurochemical trace that facilitates recurrence”.

⁴⁵³ Las corrientes primarias que desde un principio han facilitado la recurrencia son aquellas que ‘arrastran’ conocimiento del mundo físico, la información fundamental que aparece de forma reiterada en situaciones especiales similares, agrupando las infinitas posibilidades de presentarse la realidad en una serie de categorías basadas en sus rasgos comunes. Esta simplificación de las experiencias para hacerlas unirse en series de ‘tipos de experiencia’ resulta cognitivamente rentable por el problema que supondría concebir cualquier tipo de realidad como una sucesión de fenómenos independientes a la hora de llevar a cabo cualquier tipo de operación lógica. Los procesos de categorización y agrupamiento cognitivo que hemos visto son llevados a cabo a través de procesos ‘tangibles’, de base neuronal, como el Principio de Convergencia Sincrónica: “[...] two cells or systems of cells that are repeatedly active at the same time will tend to become “associated”, so that activity in one facilitates activity in the other”, (Hebb, 1949, pag. 70).

asimilación o, mejor dicho, que facilitan un tipo concreto de asimilación al arrastrar conceptos difusos por cauces cognitivos concretos ya surcados por conceptos anteriores. Heine, Claudi y Hünemeyer (1991) establecen algunos de los principios a través de los cuales se reutilizan viejas estructuras para conceptos más difusos:

[...] concrete concepts are employed to understand, explain or describe less concrete phenomena. In this way, clearly delineated and/or clearly structured entities are recruited to conceptualize less clearly delineated or structured entities, non-physical experiences are understood in terms of physical experiences, time in terms of space, cause in terms of time, or abstract relations in terms of kinetic processes or spatial relations, etc.

(Heine, Claudi y Hünemeyer, 1991, pág. 150)

Dicho de otro modo: “concrete meanings serve as structural templates to denote more abstract meanings”, (Heine, 1997, pág. 36). Dentro del tipo de palabras que analizamos, resulta especialmente evidente que, por estar directamente relacionadas con cuestiones tan concretas como son las espaciales, el hecho de que un mismo adjetivo dimensional pueda aplicarse a muy distintas realidades (objetos, eventos, magnitudes, números...) no es un simple accidente. No es un fenómeno de homonimia resultante de la convergencia azarosa de étimos no relacionados, sino un claro proceso (polisémico) en el que subyace a dichas entidades adjetivadas una base semántica común de origen físico-dimensional. En el capítulo 7 abordaremos los procesos metafóricos concretos que han provocado el surgimiento de redes polisémicas en torno a los adjetivos dimensionales recogidos en nuestra propuesta lexicográfica (capítulo 6).

4.4.2. La metonimia

El mecanismo conceptual que recibe el nombre de *metonimia* “ha empezado a estudiarse con intensidad por los lingüistas cognitivistas solo muy recientemente”, (Barcelona, 2012, pág. 124). Aunque podamos manejarnos con una idea intuitiva respecto a en qué consiste, no podemos afirmar que exista “un concepto de metonimia uniformemente compartido en todos sus extremos por todos los lingüistas [...]”, (Barcelona, 2012, pág. 124).

En términos generales, puede decirse que en la metonimia una entidad está (en lo lingüístico o en lo mental) por otra entidad. A través de la referencia a aquello que se

considera prominente y fácilmente codificable se evoca lo que resulta menos llamativo y, tal vez, menos fácilmente codificable.

Respecto al concepto de prominencia (*salience*, en inglés), debemos señalar que desde perspectivas cognitivistas se considera que “by virtue of their very nature, some entities are better qualified to attract our attention than others and are thus more salient in this sense”, (Schmid, 2007, pág. 120). Para comprender cuáles son las entidades prominentes, resulta bastante clarificadora la siguiente aportación de Benczes (2006):

Langacker (1993: 30; also see Radden and Kövecses 1999) explains that there are three main principles that govern our selection of an entity as being salient: human experience [...], perceptual [...] and cultural [...] factors. Radden and Kövecses (1999: 45) account for these preferences by our anthropocentric view of and interaction with the world. Accordingly, humans take precedence over non-humans, things are viewed from a subjective rather than an objective point of view, concrete objects are regarded as cognitively more salient than abstract entities, things we interact with are chosen over things we do not interact with, and functional things are more important than non-functional things.

(Benczes, 2006, pág. 52)

Si se dice, por ejemplo, que *La Moncloa ha tomado una decisión*, se está empleando algo tan sensorialmente prominente y concreto como es un edificio para evocar (a través de una conexión basada en la ubicación espacial) una entidad más difusa y abstracta: un equipo de gobierno.

[...] an expression's usual referent (i.e. its profile) is invoked as a reference point to establish mental contact with its intended referent (the target). To serve to this purpose effectively, R has to be salient with respect to T

(Langacker, 1995, pág. 28)

Mientras que las metáforas ‘saltan’ de unos dominios conceptuales (porciones coherentes de la experiencia)⁴⁵⁴ a otros y relacionan elementos en principio ‘alejados’, tales como la vida de las personas y los viajes (LIFE IS A JOURNEY); las metonimias se

⁴⁵⁴ A la hora de tratar estos dominios de la experiencia dentro de los que actúa la metonimia se recurre habitualmente a los conceptos de FRAME (Fillmore, 1976 y 1977), IDEALIZED COGNITIVE MODEL de Lakoff (1987), DOMAIN MATRIX (Croft, 1993), FUNCTIONAL DOMAIN (Barcelona, 2011) y SCENARIO (Panther y Thornburg, 1999). Cada uno de estos modelos “provides a way of characterizing the structured encyclopedic knowledge which is inextricably connected with linguistic knowledge [...]. Frames, ICMs and domains all derive from an approach to language as a system of communication that reflects the world as it is construed by humans, rather than as it might be represented from some god's-eye point of view”, (Cienki, 2007, pág. 170).

desarrollan dentro de las mismas segmentaciones de la experiencia: cuando, por ejemplo, se hace referencia a un músico llamándolo *el trombón*, el mecanismo lingüístico-conceptual actúa relacionando entidades del mismo marco experiencial.

[...] metonymy is a cognitive process where one conceptual entity, the vehicle, provides mental access to another conceptual entity, the target, within the same idealized cognitive model.

(Radden y Kövecses, 1999, pág. 21)

Lo que subyace a esta característica es que las metáforas cognitivas tienen una función ‘explicativa’ (ayudan a comprender unas cosas a través de otras), mientras que las metonimias cumplen sobre todo una función referencial (Lakoff y Johnson, 1986, pág. 74). A pesar de ello, es importante resaltar que, al mismo tiempo que lleva a cabo su función referencial, la metonimia también subraya ‘explicativamente’ alguna de las propiedades de lo referido: así, en *fuga de cerebros*, por ejemplo, se hace referencia con un sustantivo concreto a un conjunto inespecífico de personas al mismo tiempo que, con el elemento elegido (el cerebro) como representante de ese conjunto, se destaca una de las propiedades (la inteligencia) del grupo.

The metonymic source projects its conceptual structure onto that of the target, not by means of a systematic matching of counterparts (as in metaphor), but by imposing a conceptual (and linguistic) *perspective* from which the target is activated; this activation entails a shift in (conscious or unconscious) attention from source to target. In [the] example *Proust is tough to read*, the subdomain of PROUST’S LITERARY WORK is activated from the domain of its AUTHOR (in which personhood is a primary subdomain). A metonymic mapping affects the conceptualization of the target, which is now understood from the perspective imposed by the source.[...] In the Proust example, the literary works are activated mainly *as* produced by a given author: The metonymy invites viewing Proust’s literary work primarily as an extension of its author’s personality.

(Barcelona, 2011, pág. 13)

Podemos decir, por lo tanto, que en la metonimia, se combina la ‘comodidad’ cognitiva que supone hacer referencia a entidades prominentes para evocar otras menos prominentes con el aporte comunicativo que supone concentrar en un único elemento las características de una entidad compleja.

Aunque “no existe en la lingüística cognitiva una tipología de metonimias a la vez detallada y comúnmente aceptada” (Barcelona, 2012, pág. 130), sí hay, ya desde Lakoff

y Johnson (1986), múltiples intentos de clasificar sistemáticamente los principales procesos metonímicos existentes. No consideramos necesario entrar a detallar cuáles son dichos procesos fundamentales⁴⁵⁵, pues nuestra aproximación a la metonimia (y a la metáfora) se limita a apuntar tan solo las ideas fundamentales que permiten la comprensión teórica de este mecanismo. Sí señalaremos que, en el espacio lingüístico que nos ocupa, las metonimias conceptuales sobre las que se aplican los adjetivos dimensionales relacionan frecuentemente y de manera bastante sistemática —como se recogerá más adelante en nuestra propuesta lexicográfica— los conceptos de UBICACIÓN y DISTANCIA, por un lado, y la referencia a EVENTOS a través de los OBJETOS PARTICIPANTES en ellos, por otro. En estas metonimias, como explicaremos con detalle en el capítulo 7, se mantienen las características generales que hemos señalado en este apartado sobre el fenómeno: dentro de un mismo dominio conceptual, elementos más prominentes que evocan otros menos prominentes y dirigen la atención hacia un aspecto relevante de estos.

4.5. Polisemia y significados

Aunque pudiera parecer evidente que el significado de un adjetivo dimensional, o de cualquier otro tipo de palabra, varía dependiendo del sentido⁴⁵⁶ con que se emplee, una mirada más analítica nos hace caer en la cuenta de que determinar con cierto rigor cuándo se está ante sentidos distintos de una misma palabra no es una cuestión que se pueda responder de forma sencilla. El mejor modo de tratar la red de sentidos relacionados con una forma léxica no es, desde luego, una cuestión zanjada en el mundo de la lingüística actual:

⁴⁵⁵ Dos de las clasificaciones más completas y relevantes, a las que hace referencia el propio Barcelona (2012, pág. 130), son las de Kövecses y Radden (1998) y Peirsman y Geerarts (2006).

⁴⁵⁶ Consideraremos que los *sentidos* de una palabra son los distintos significados con los que puede emplearse. Algunas palabras solo pueden emplearse con un significado, por lo que tienen un único sentido. Las palabras polisémicas, por definición, presentan varios sentidos. Para la lexicografía, los sentidos son “the numbered meanings into which many headwords are divided in dictionaries”, (Atkins y Rundell, 2008, pág. 263). Estos *sentidos*, ‘sobre el papel’, se convierten en ACEPCIONES: entenderemos por *acepción* “[...] cada uno de los sentidos realizados de un significado, aceptado y reconocido por el uso, que en el diccionario aparece verbalizado por medio de la definición lexicográfica”, (Hernández Hernández, 1991, pág. 133).

One of the problems with previous polysemy networks, as noted by Sandra and Rice (1995), is that there appear to be as many different approaches to how best to model a semantic network as there are semantic network theorists.

(Tyler y Evans, 2001, pág. 104)

Cómo se almacenan en la mente los distintos sentidos asociados a una palabra es un tipo de pregunta que —como señala Dominiek Sandra (1998) en un artículo donde cuestiona las conclusiones a este respecto aportadas por Croft (1998)⁴⁵⁷— puede quedar lejos del ámbito (o del alcance, al menos) de estudio de los lingüistas. Aunque tanto el propio Croft (1998) como Tuggy (2014)⁴⁵⁸ consideran que los análisis lingüísticos e introspectivos pueden sugerir al menos una “pre-expectation or plausible working hypothesis” (Tuggy, 2014, pág. 1); a nosotros, más allá de cuestiones psico o neurolingüísticas, las posibles concepciones de la organización de los significados nos interesarán, fundamentalmente, en la medida en que se puedan poner en relación con cuestiones de carácter lexicográfico. No es nuestra intención, por lo tanto, tratar de explicar el modo como la mente lidia con la polisemia.

Señalaremos a continuación, siguiendo a Tyler y Evans (2001, págs. 98-146), Evans y Green (2006, págs. 333-356) y Evans (2009, págs. 66-69), algunas formas a través de las que, dentro del ámbito de la semántica cognitiva, se ha tratado el fenómeno de la asociación de sentidos distintos con una misma forma léxica. Estas aproximaciones, que en cierto modo combinan aspectos psicológicos con propuestas para la descripción del fenómeno en sí, pueden agruparse en tres corrientes principales.

⁴⁵⁷ “The main thesis of Croft’s article is more or less as follows: mental representations of grammatical and lexical knowledge may be arranged on a continuum of models of increasing generality or abstractness ranging from (1) homonymy (independent entries) through (2) polysemy, and (3) (grammatical) derivation to (4) monosemy (with pragmatic rules). Introspective linguistic data showing grammatical or semantic idiosyncrasy can exclude model (4), or models (3) and (4), or (2), (3) and (4), but data showing generality cannot exclude any of these models from the realm of possibility. In other words, evidence of idiosyncrasy can prove that speakers learn the particulars without necessarily making any generalization, but evidence that a generalization is possible or even adequate does not prove that speakers make that generalization, much less that they fail to learn the particulars on which it is based”, en Tuggy (2014, pág. 2).

⁴⁵⁸ Tuggy (2014) responde al artículo que Sandra (1998), a su vez, había escrito como respuesta a Croft (1998). En este artículo “Dominiek Sandra (1998), writing in response to an article by William Croft (1998), discusses the extent to which linguistic evidence can warrant conclusions about the mental representations which underlie linguistic meanings. Centrally at issue is whether particular linguistic structures are stored separately in the mind or not”, (Tuggy, 2014, pág. 1).

1. LA ENUMERACIÓN DE SENTIDOS (*The sense enumerative perspective* o *full specification approach*). Esta perspectiva considera que todas las variaciones semánticas contextuales son sentidos diferentes convencionalizados en el lexicón (la memoria semántica del hablante). Llevando esta perspectiva hasta el extremo, a cada palabra se le podría atribuir un número infinito de sentidos, ya que siempre cabe la posibilidad de encontrarla en un nuevo contexto que la dotaría de ciertas propiedades especiales. Cada uso sería, en última instancia, un uso único e irrepetible y, por lo tanto, se multiplicarían sin fin los distintos significados aislables:

Adopting a sense-enumerative approach leads, in effect, to infinite polysemy.
(Evans, 2009, pág. 67).

To take a “Sense Enumerative” approach to word meaning would be to sanction an infinite proliferation of word senses stored in memory by language users
(Evans, 2009, pág. 21)

Dentro de esta perspectiva debemos destacar los trabajos de Lakoff (1987) en los que, tras estudiar la preposición inglesa *over*, relaciona con este término hasta veinticuatro significados diferentes. Todos estos significados serían significados convencionales y estarían instanciados en la memoria semántica. Se estructurarían de manera radial en torno a un significado prototípico basado en una representación mental estable de un aspecto del mundo: *an idealised cognitive model*⁴⁵⁹.

Respecto a este tipo de análisis, en que se multiplica la carga semántica asociada a una forma, Evans (2001) señala lo siguiente:

A significant problem with previous approaches is that they fail to distinguish between what is coded by a lexical expression and the information that must be derived from context, background knowledge of the world, and spatial relations in general.
(Tyler y Evans, 2001, pág. 97)

Tuggy (1993) y Evans y Green (2006) consideran que parte del problema está en la no distinción entre *polisemia* y *vaguedad*. Las expresiones vagas pueden concretar su

⁴⁵⁹ En el caso concreto de las preposiciones (como *over*), el *idealised cognitive model* que aporta el sentido prototípico es un esquema de imagen (*image schema*).

significado en los usos puntuales en los que parezcan, pero ese significado no es parte del lexicón asociado con las expresiones en sí⁴⁶⁰. *Thing*, señalan Evans y Green (2006, pág. 340), sería una expresión vaga, que puede usarse para designar muy diversas realidades según el contexto, pero eso no implica que sea polisémica y que cada uno de sus usos posibles esté almacenado en la memoria semántica.

A linguistic expression is vague rather than polysemous if context rather than information stored in semantic memory provides the meaningful detail about the entity in question. [...] Given this distinction, it becomes clear that one of the reasons Lakoff's full specification model results in such a large number of distinct senses is that the model fails to distinguish between polysemy (distinct senses stored in memory) and vagueness (meaning 'filled' by context)

(Evans y Green, 2006, págs. 340 y 341)

2. LA PERSPECTIVA DEL SIGNIFICADO ABSTRACTO SUBYACENTE (*The abstract underlying semantic representation perspective*). Esta perspectiva, en lugar de multiplicar hasta el infinito los diferentes sentidos de una palabra, reduce su significado a una única entidad, aunque muy abstracta y flexible. En este contexto, "what normally are considered senses or meanings are no more than a part of the uses of one invariable meaning", (García Pérez, 2010, pág. 3).

Cruse y Croft (2004) llaman *purport* a la información conceptual asociada a una palabra creada a partir de sus apariciones previas. No es una interpretación abstracta de la palabra ni una de sus interpretaciones concretas, es más bien un material 'en bruto' que forma parte del conjunto de los ingredientes necesarios para la creación de significados mediante el uso real del lenguaje. A partir de este *purport* surge después una interpretación concreta:

Purport is an ingredient of meaning, not a constituent. It cannot be explained, in general, as an abstract or superordinate meaning, which becomes specified in context. Interpretations are not contextual specifications of purports, they are transformations.

(Cruse y Croft, 2004, pág. 101).

⁴⁶⁰ Recordemos que, como señalamos en la primera parte del trabajo, a veces la vaguedad es inherente a una palabra y esta no tiene por qué acabar de concretar de manera precisa cómo es la realidad que designa o describe.

En el proceso de transformación de los *purports* (denominado *construal*) actúan los siguientes restrictores (*constraints*): *human cognitive capacities*, *nature of reality*, *convention* y *context*, en (Cruse y Croft, 2004, págs. 101 y 102)⁴⁶¹.

Polysemy is understood here in a broad sense as a variation in the construal of a word on different occasions of use. [...] We can portray the total meaning potential of a word as a region in conceptual space, and each individual interpretation as a point therein.

(Cruse y Croft, 2004, pág. 109)

El modelo teórico relacionado con esta perspectiva que más repercusión ha alcanzado es el de Pustejovsky (1995, pág. 76), quien habla de *meta-entradas léxicas* (las palabras) relativamente abstractas cuya flexibilidad y capacidad de variación semántica se basa en los roles potenciales —denominados por él *qualia*— asociados a cada meta-entrada⁴⁶². Estos *qualia* proporcionan un armazón estructural sobre el que aplicar mecanismos generativos, transformaciones semánticas, que alteren la denotación de un signo léxico en función del contexto en que aparezca. Los cuatro *qualia* que constituyen el potencial semántico de una palabra se pueden definir de la siguiente forma:

Rol CONSTITUTIVO: La relación entre una entidad y sus partes, es decir, la constitución interna de un objeto.

Rol FORMAL: Aquello que distingue a la entidad en un dominio amplio. Valores posibles para objetos son magnitud, forma, posición, dimensionalidad, color, etc.

Rol TÉLICO: Función inherente o propósito de una entidad.

Rol AGENTIVO: Factores implicados en su origen o creación.

Desde esta perspectiva, no habría un gran número de significados distintos relacionados con una misma forma, sino que cada palabra llevaría asociado un conjunto

⁴⁶¹ En consonancia con esta idea está también el concepto de *MEANING POTENTIAL* (Jens Alwood, 2003), que considera que la noción de *significado de una palabra* es “a function of encyclopaedic knowledge plus knowledge of the way the word has been used in the past”, (Evans, 2007, pág. 131). Alwood (2003, pág. 2) presenta su perspectiva del siguiente modo: “actual meaning on the occurrence level is produced by context sensitive operations of meaning activation and meaning determination which combine meaning potentials with each other and with contextually given information rather than by some simple compositionality operations yielding phrase and sentence meaning from simple type meanings of one of the two traditional kinds”.

⁴⁶² La Teoría de los *qualia* ya aparece tratada en el apartado 2.1.1.3. (*Los adjetivos subsectivos*).

de valores que entrarían en juego según el contexto en que fuera empleada. El significado es, entonces, una entidad versátil y flexible que adapta su forma en lugar de multiplicarse.

Las ideas de Pustejovsky —señala Evans (2009, pág. 68)— han sido especialmente útiles para el tratamiento semántico computacional, pero se ha cuestionado en ocasiones su conexión con el funcionamiento de los mecanismos de creación e interpretación de significado léxico en los procesos cognitivos humanos.

En aquellos casos en que la polisemia, dejando de lado cuestiones genéticas (o etimológicas), se asemeja mucho a la homonimia, la búsqueda de un significado abstracto subyacente puede resultar bastante problemática:

From a purely synchronic point of view, the case of homonymy shows us the difficulty in maintaining only one meaning against all odds, especially in languages in which the etymologies are unknown. In Sm'algyax the sign *lbuun*, for example, has two interpretations: 'whale' and 'quantity', for which, using a strong imagination, it is possible to establish a hypothetical semantic relationship, based on the fact that whales are used for food for the Tsimshian people. But as such a relationship cannot be tested and speakers do not report any sense that the words are related, it is impossible to determine if, in reality, we are faced with only one polysemous linguistic sign or with two different ones.

(García Pérez, 2010, pág. 4)⁴⁶³

3. LA PERSPECTIVA SEMANTICOPRAGMÁTICA (*The semantics + pragmatics approach*)

Desde esta perspectiva se considera que, a pesar de que las palabras presentan contenido semántico, este no está especificado del todo, y es en un contexto determinado donde, a través de principios pragmáticos, se llega a obtener el significado pleno de una expresión. Habría, por lo tanto, una cierta separación entre significados independientes del contexto y significados dependientes del contexto.

Esta perspectiva (ya analizada en apartados precedentes) es la que hemos empleado en la parte de esta investigación destinada a explicar cómo se produce la interpretación de un adjetivo dimensional (capítulos 2 y 3): combinando una cierta carga puramente semántica (presente en los propios adjetivos) con factores a los que podemos referirnos en conjunto, y de un modo general, como *pragmáticos*.

Una vez analizadas estas perspectivas relativas a la concepción de los distintos significados asociados a una misma forma léxica, debemos preguntarnos cómo resuelve

⁴⁶³ El autor toma el ejemplo de Stebbins (2004).

esta cuestión la lexicografía. Es decir, qué visión es pertinente adoptar respecto a la polisemia en el proceso de realización de un diccionario y cómo se adapta dicha visión a ese fin concreto y tangible.

In simple terms, the problem is this:

-Dictionaries typically present words — some words, at any rate — as having several distinct meaning or ‘word senses’. It follows that identifying and describing word senses is what lexicographers are expected to do.

-However, there is little agreement about what word senses are (or even whether they exist). Lexicographers are therefore in a position of having to describe something whose nature is not at all clear.

(Atkins y Rundell, 2008, págs. 263-264)

Como señala van der Meer (2004, pág. 807), “one of the hardest problems torturing practicing lexicographers has always been the question of how to describe the meaning of so-called polysemous words”, cuestión que es, precisamente, “the first stage in the process of building a dictionary, (Atkins y Rundell, 2008, pág. 266).

Aunque parece razonable que el diccionario pretenda diferenciar entre el significado de *profundo* en *mar profundo* y en *pensamiento profundo*, lo que no resulta tan transparente es cuál debe ser el criterio que subyazca a esta diferenciación y permita establecer lo que es lexicográficamente relevante.

Lexicographic relevance is at the heart of all good lexicography, whether mono- or bilingual. For many excellent lexicographers this underlying theory is never made explicit: their intuition tells them what’s worth saying about the headword, once they have scrutinized the corpus evidence. However, personal intuition is difficult to transmit to an apprentice, and notoriously unreliable.

(Atkins y Rundell, 2008, pág. 150)

La lexicografía se enfrenta, como era de suponer, al mismo problema que la lingüística general: “the trouble with word sense disambiguation is word senses (Kilgariff 2006a, pág. 29): there is very little agreement about what word senses are”, (Atkins y Rundell, 2008, pág. 269). La elaboración de diccionarios tampoco cuenta, por lo tanto, con una metodología estandarizada a la hora de separar (*splitting*, en el mundo anglosajón) o agrupar (*lumping*) significados:

After centuries of practical lexicography, there is still hardly any consensus on how to divide the semantics space of a lexical item.

(Van der Meer, 2006, pág. 604)

Algunos autores —Kilgarriff (2008) o Hanks (2000) y (2008)⁴⁶⁴— consideran que no puede haber criterios objetivos para establecer qué es lo lexicográficamente relevante y que, por lo tanto, cualquier aproximación subjetiva a la tarea de agrupar o separar sentidos es igualmente válida.

Some authors, in the domain of semantics or lexicography, maintain that it is impossible to determine lexical meaning and that, as a consequence, the attempt by some researchers to establish a relationship between different word meanings and the lexicographic concept of “sense” is vain because it is unattainable. This drives them, in general, to renounce the search for objective criteria (linguistic tests) for separating sense from subsense and to justify intuition in lexicographic work, so in the end, the classification of word usage is arbitrary, and becomes a question of personal taste.

(García Pérez, 2010, pág. 3)

Diversos autores han propuesto test con los que solventar este problema⁴⁶⁵. Mehl (2013, págs. 4 y 5) divide los tipos de test existentes para detectar los distintos

⁴⁶⁴ Citamos a través de García Pérez (2010, pág. 3), que señala lo siguiente respecto a las ideas de los autores que defienden la subjetividad como único criterio válido en el proceso lexicográfico de agrupación o separación de acepciones: «Kilgarriff (2008: 143), for example, says: “Firstly, any working lexicographer is well aware that, every day, they are making decisions on whether to ‘lump’ or ‘split’ senses that are inevitably subjective: frequently, the alternative decision would have been equally valid”. Also Hanks (2008: 127), indicates: “There is no single correct answer to such questions. The answer is determined rather by the user’s intended application, or is a matter of taste. Theoretical semanticists may be more troubled than language users by a desire for clear semantic hierarchies. For such reasons, lexicographers are sometimes classified into ‘lumpers’ and ‘splitters’: those who prefer — or rather, who are constrained by marketing considerations — to lump uses together in a single sense, and those who isolate fine distinctions».

⁴⁶⁵ Para nuestro estudio resultará especialmente interesante la aproximación al significado de las preposiciones a través de los significados prototípicos presentada por Tyler y Evans (2003) con el nombre de *principled polysemy*. Aunque la propuesta de estos autores no es de carácter lexicográfico, su modelo tiene como objetivo fundamental establecer una metodología clara y lo más objetiva posible para determinar, por un lado, cuándo se está ante significados realmente distintos (en lugar de ante variaciones contextuales resultantes de la vaguedad de las formas léxicas) y, por otro lado, establecer cuál es el significado prototípico o central de una palabra dentro de la red semántica relacionada con esta; cuestiones ambas de evidente relación con lo lexicográfico. El hecho de que para estos autores las preposiciones tengan un significado básico relativo a lo espacial del que pueden derivarse los demás, hacen de esta perspectiva un punto de vista especialmente conectado con el tema que nos ocupa: los adjetivos dimensionales. Tyler y Evans (2003) proponen dos criterios básicos para determinar cuándo una preposición forma una red polisémica, es decir, cuándo cuenta con más de un significado. La primera condición que debe de tener un

significados de las palabras polisémicas en *definitional tests*, *logical tests* y *linguistic tests*. La primera clase de test se remonta a Aristóteles y consiste en tratar de definir una palabra de modo tal que todos sus sentidos ‘quepan’ dentro de esa definición; si no se puede conseguir es porque la palabra es polisémica: “Aristotle offers a test for ambiguity: try to construct a definition that encompasses both meanings and posit an ambiguity only if you fail”, (Sennet, 2015, s. v. *ambiguity*).

Entre los tests lógicos destaca el ideado por Quine (1960), sobre el que García Pérez (2010) señala lo siguiente:

[...] is based on the idea that the affirmation and negation of a word can only be done if two different meanings are opposed. A sentence like *It's a bank* (land at river edge) *but it's not a bank* (financial institution) is not semantically unacceptable, but this sentence is: *I have an aunt* (father's sister) *but I do not have an aunt* (mother's sister). *Bank*, in English would be a polysemic word, but not *aunt*.

(García Pérez, 2010, pág. 6)

Los tests lingüísticos son los *identity tests* o *zeugmatic tests*, empleados fundamentalmente por Lakoff (1970) y Cruse (2004):

The identity test operates on co-ordinated clauses. One word should be used in a co-ordinated clause, where the word should modify two or more units. The test is positive, if the word can be interpreted in two ways, as long as only one interpretation is valid for both units at the same time. This can be illustrated by the following: The sentence “Mary was wearing a light coat, so was Jane” can either be interpreted as both women wearing bright coats (light in terms of colours), or both women wearing coats made of thin fabric (light in terms of weight). If the test has a positive result for polysemy, a reading will invoke one meaning (either bright for both women, or of little weight for both women), not two (bright for Mary, of little weight for Jane). According to the outcome of the test, light is polysemous. Related to the identity

significado para ser considerado distinto y aislable, y no una simple actualización contextual, es no hacer referencia a relaciones espaciales o hacer referencia a relaciones espaciales nuevas: “[F]or a sense to count as distinct, it must involve a meaning that is not purely spatial in nature, and/or a spatial configuration holding between the TR [trajector] and LA [landmark] that is distinct from the other senses conventionally associated with that preposition” (Evans y Green, 2006, pág. 343). Esta condición lleva implícita la idea de que todos los significados de una red polisémica se derivan de un significado básico, y es condición necesaria el establecer cuál es ese significado central o prototípico. El significado prototípico de una preposición es lo que Tyler y Evans llaman su *proto-scene*. Las proto-escenas son las representaciones abstractas de configuraciones espaciales recurrentes en el mundo real que son categorizadas por nuestro procesamiento conceptual. La segunda condición que debe cumplir un significado para ser considerado aislable es que sea independiente del contexto, es decir, que no sea resultado de una inferencia puntual propiciada por un uso concreto: “[T]here must also be instances of the sense that are context independent: instances in which the distinct sense could not be inferred from another sense in the context in which occurs”, (Evans y Green, 2006, pág. 343).

constraint test is the zeugma test: zeugma sometimes occurs when the identity constraint test is performed. The sentence “John and his driving licence expired last Thursday” has a comical effect (a pun or a zeugma) which shows that expire is polysemous.

(Vogel, 2009, en línea)

Ninguna propuesta, sin embargo, ha alcanzado un nivel suficiente de consenso, por lo que ni la lexicografía ni la lingüística general cuentan con criterios mayoritariamente aceptados para establecer cuáles son los distintos significados asociados a una palabra en el lexicón mental (en el caso de los lingüistas) ni cuáles son los distintos sentidos que pueden ‘numerarse’ junto a una entrada de un diccionario (en el caso de los lexicógrafos).

No obstante, si bien la lingüística teórica puede permitirse mantener la cuestión en suspenso, la lexicografía se ve obligada constantemente a tomar decisiones que llevan consigo el compromiso con una cierta concepción del significado léxico. Aunque existen diccionarios de muy diverso tipo⁴⁶⁶, puede decirse que en un diccionario convencional, una entrada suele consistir en “a list of neatly separated, consecutively numbered lexical meanings”, (Geeraerts, 1990, pág. 198)⁴⁶⁷.

Establecer cuáles de los posibles significados asociados con una forma léxica deben aparecer en la lista a la que hace referencia Geeraerts supone una generalización: supone seleccionar una serie de significados que agrupen los potencialmente infinitos sentidos que pueden activarse por los diversos contextos que rodean a una palabra.

[...] dictionaries generalize (that is their job), and from the infinite number of individual situations in which a word appears, lexicographers derive a finite set of LUs which collectively explain how that word contributes to the meaning of all the individual events.

(Atkins y Rundell, 2008, pág. 272)⁴⁶⁸

Aunque es una labor de carácter práctico y tangible, podemos decir que esta labor lexicográfica es análoga a aquella propia de la teoría semántica que consiste en establecer cuáles son los *coded meanings* de las formas léxicas y qué sentidos relativos a estas son inferidos contextualmente de forma puntual.

⁴⁶⁶ Acercándose en lo lexicográfico a la idea lingüística del significado abstracto subyacente, Trujillo (1994) propone un diccionario en que cada palabra cuente con una definición intuitiva y general (que sería su significado), a partir de la cual se explicarían algunos usos concretos.

⁴⁶⁷ Citamos a través de Atkins y Rundell (2008, pág. 271).

⁴⁶⁸ Con “LUs” se refieren a ‘lexical units’.

The reality turns out to be less clear-cut than the picture presented in dictionaries. Corpus data allows us to observe large numbers of real communicative events. These events convey meanings — speakers and writers don't think in terms of dictionary 'senses' — and as Cruse has observed, 'a lexical unit may be justifiably said to have different sense in every distinct context in which it occurs' (Cruse 1986:53).

(Atkins y Rundell, 2008, pág. 273)

Lo que en las entradas de un diccionario por lo general se hace (tradicionalmente y, también, en la actualidad) es recoger los significados que se consideran más convencionalizados, mostrando una lista lineal de usos típicos⁴⁶⁹ acompañando a cada entrada:

[...] la mayoría de estos diccionarios están basados en teorías estructuralistas que postulan un significado basado y definido según unas características suficientes y necesarias, generales y distintivas. Un significado denotativo que no tiene que explicar cuestiones contextuales.

(Ibarretxe-Antuñano, 2010, pág. 197)

The interests of lexicographers are necessarily focused on aspects of word meaning that are strongly supported by stable, mainly conventional constraints, and that have attained some sort of default status. They are more likely to recognize gross distinctions than subtle ones.

(Cruse y Croft, 2004, pág. 111)

Este modelo convierte en discretos y mutuamente excluyentes unos significados que realmente son de carácter continuo: "Dictionaries greatly exaggerate the measure of discreteness of meanings, and are inclined to set clear-cut borders where a closer examination... reveals only a vague intermediate area of overlapping meanings", en (Apresjan, 1973, pág. 9).

Esta forma de hacer diccionarios ha encontrado en la teoría de prototipos (de la que hablamos ya en el apartado 3.1.1.4.) un apoyo basado en la idea de que, tras una serie de significados centrales, hay otros periféricos, y que estos, que se distribuyen de forma continua y difusa, se derivan de los primeros. Dicho de otro modo, desde esta perspectiva, "las palabras introducen, gracias a la actuación de los núcleos prototípicos (en los que se condensan las informaciones fundamentales) un relativo orden conceptual", (Fernández Jaén, 2014, pág. 70) que dan lugar a redes semánticas.

⁴⁶⁹ Recurrir a los *usos típicos* es, en cierto modo y tal y como señala Geeraets (2007, pág. 1166), dirigir una mirada a factores de naturaleza contextual.

En lo lexicográfico, esto debería llevar a la eliminación de la linealidad con la que tradicionalmente trabajan los diccionarios.

Lo primero en lo que podría influir [la lingüística cognitiva] sería en la eliminación de la linealidad total que existe en las microestructuras de algunos diccionarios. Una microestructura desde el modelo cognitivo se plantearía como la organización de los significados de una palabra en torno a redes radiales que tuvieran diferentes niveles semánticos unidos por medio de mecanismos cognitivos como la metáfora o la metonimia [...].

(Ibarretxe-Antuñano, 2010, pág. 200)

It makes the lexicographer's task more manageable, because it allows us to focus on the prototype and its common exploitations, rather than requiring us to predict and account for every possible instantiation of a meaning.

(Atkins y Rundell, 2008, pág. 280)

Los significados centrales, alrededor de los cuales “se organizan los demás significados que componen las redes léxicas” (Ibarretxe-Antuñano, 2010, pág. 199), serían una suerte de significados prototípicos relacionados con una forma léxica: el significado “más representativo, central y frecuente de una categoría”, (Ibarretxe-Antuñano, 2010, pág. 199). Las entradas de los diccionarios que adoptasen esta perspectiva dejarían de considerar como ‘iguales’ todos los significados y se establecería una estructura jerarquizada, con unos significados más centrales o prototípicos y otros más periféricos. Además, cada uno de los significados no centrales podrían marcarse como el resultado de un proceso cognitivo relacionado con el significado básico.

En capítulos posteriores (5 y 7) especificaremos y explicaremos cómo se concretan estas cuestiones relativas a la concepción de la lexicografía por parte de la lingüística cognitiva en nuestra propuesta.

CAPÍTULO 5. JUSTIFICACIÓN DE LA PROPUESTA LEXICOGRÁFICA

En este apartado trataremos de describir y explicar las decisiones adoptadas respecto a la propuesta lexicográfica que se ofrece en el capítulo 6. Esas decisiones afectan especialmente a cuestiones macroestructurales (nómina de términos —lemas— definidos, significados o acepciones que se recogen, orden de presentación de los lemas, etc.) o microestructurales⁴⁷⁰ (relacionadas con la confección y el diseño del artículo lexicográfico)⁴⁷¹.

En primer lugar, debemos señalar que los once adjetivos seleccionados como lema⁴⁷² para encabezar cada artículo⁴⁷³ (*alto, bajo, ancho, estrecho, grande, pequeño, largo,*

⁴⁷⁰ “Todo diccionario se halla construido y organizado en torno a dos ejes fundamentales: una macroestructura, constituido por todas las entradas dispuestas de acuerdo con un determinado criterio ordenador, junto a una microestructura o conjunto de informaciones —también dispuestas de acuerdo con un determinado patrón o patrones— que se ofrecen dentro del artículo lexicográfico”, en Porto Dapena (2002, pág. 135).

⁴⁷¹ Antes de realizar un diccionario existen una serie de aspectos básicos que deben ser tenidos en cuenta por los lexicógrafos (y, tal vez, por los editores); aspectos tales como si el diccionario es ‘on-line’ o ‘de papel’, si es una edición completa o de bolsillo, si los usuarios tienen unas edades y unos conocimientos específicos, si es mono o bilingüe, si trata cuestiones lingüísticas generales o algún sublenguaje determinado, etc. (Atkins y Rundell, 2008, págs. 24-27). Algunas de estas consideraciones resultan irrelevantes a la hora de elaborar nuestra propuesta, pues no es una propuesta que atienda a la ‘editabilidad’ real de un diccionario, sino que busca responder a cuestiones que vinculen lo teórico (la reflexión lingüística) con lo puramente lexicográfico. En cambio, sí creemos que habría de prestarse atención, aunque de un modo superficial, a otras cuestiones; así, en principio, esta propuesta se ajusta al tipo del diccionario monolingüe que cubre un área muy específica del idioma (aunque podría integrarse en una obra mayor). El usuario de este producto lexicográfico sería un adulto, hablante nativo de español y, más que buscar en nuestro ‘diccionario’ respuestas sobre el significado de las palabras (*decoding*), trataría de cerciorarse de que el uso que él hace del lenguaje es el apropiado (*encoding*) y de que las distintas formas en que concibe los significados de unos determinados vocablos se integran en un sistema coherente de relaciones y conexiones semánticas.

⁴⁷² “Cuando las entradas están representadas por palabras variables o flexivas, el diccionario ha de representarlas en una única forma llamada *lema*, que aglutine todas las variantes de flexión”, en Porto Dapena (2002, pág. 136). Dicho de otro modo: “[...] el *lema* es una forma que reúne todas las variantes flexivas”, (Castillo Carballo, 2003, pág. 81). Nuestros lemas recogen, además, las variantes categoriales (adjetivo, sustantivo, adverbio) relacionadas con una forma. Podríamos hablar, por tanto, de un lema o supralema y de lemas categoriales.

⁴⁷³ Entenderemos por *artículo* cada uno de los once desarrollos lexicográficos llevados a cabo a partir de un adjetivo dimensional: “El artículo es la secuencia más pequeña que dentro del diccionario tiene autonomía, y está constituido por una unidad léxica, que representa una serie de formas que se pueden obtener a partir de ella, más el conjunto de informaciones que sobre esta unidad se proporciona [...]”, (Castillo Carballo, 2003, pág. 81).

corto, profundo, superficial y somero) cubren las cinco oposiciones dimensionales básicas que surgieron en el desarrollo del capítulo 2 de la primera parte de esta investigación⁴⁷⁴. Hemos descartado otros como *grueso* o *amplio* debido a que la especificidad de su uso los aleja, en cierta medida, del carácter general que, dentro de lo dimensional, hemos querido conceder a esta propuesta lexicográfica. Sus particularidades se pondrán de manifiesto, eso sí, cuando, tras la presentación lexicográfica, se haga un análisis de la misma y se señalen los contextos de uso y las oposiciones puntuales en que participa cada adjetivo.

A pesar de que la propuesta lexicográfica se centra en los adjetivos dimensionales, los *lemas radicales*⁴⁷⁵ (como *ALT-*) incluyen, en muchos casos, usos sustantivos o adverbiales que también recogemos en el cuerpo⁴⁷⁶ de los artículos, por resultar precisamente este carácter intercategorial una de las características lingüísticamente más interesantes y lexicográficamente más relevantes de la clase de palabras que nos ocupa. Así, podemos decir que se han seleccionado once adjetivos y que, a partir de estos, se han incorporado, además del conjunto de significados adjetivales que se ha considerado pertinente asociar a cada lema categorial adjetivo, usos sustantivos y adverbiales de términos cuya forma es ‘coincidente’ con la de los adjetivos señalados.

A la hora de ordenar estas subentradas dentro de los artículos hemos optado por presentar en primer lugar los adjetivos, debido a que son en realidad el objeto de estudio de esta tesis y a que es precisamente la capacidad de estas palabras para ‘funcionar’ como adjetivos (dimensionales) lo que confiere coherencia semántica a la propuesta. A continuación, hemos incluido, cuando resulta pertinente, los usos sustantivos, por ser en la mayoría de los casos los que mantienen una relación nocional más directa con los adjetivales. Los sublemas adverbiales cierran esta serie siempre que no haya interjecciones, que se sitúan en último lugar por guardar escasa relación con el concepto de lo dimensional.

⁴⁷⁴ De *profundo* contamos con dos antónimos: *somero* y *superficial*, ya que ambos tienen una frecuencia de uso similar y resultan, al menos parcialmente, complementarios a la hora de oponerse a profundo en determinados espacios semánticos.

⁴⁷⁵ Consideramos que un *lema radical* (*ALT-*) es la base morfológica o raíz que engloba los diferentes lemas categoriales —*Alto*, *a* (adj.) o *Alto* (sust.), por ejemplo—, que, a su vez, aglutinan los distintos significados (o acepciones).

⁴⁷⁶ Se entiende por cuerpo o parte definitoria de una unidad léxica “el conjunto de informaciones que sobre esta unidad se proporciona”, (Castillo Carballo, 2003, pág. 81).

Podemos decir, por lo tanto, que, en nuestra propuesta, cada artículo está encabezado por un lema (*lema radical*) y que, dentro de este, hay una serie de *subentradas* dependientes de *sublemas* (*lemas categoriales*) estructurados conforme al concepto de CLASE DE PALABRA⁴⁷⁷:

[...] es cierto que no todos los lemas o entradas se registran de la misma forma en la obra lexicográfica, pues unas se localizan en la macroestructura y otras en el interior de los artículos lexicográficos.

(Castillo Carballo, 2003, pág. 81)

[...] pueden distinguirse dos tipos de entradas: las entradas propiamente dichas, que son las que están sometidas a lematización, esto es, constituyen enunciado o cabecera de artículo, y las subentradas, pertenecientes a la microestructura, esto es, que no están sujetas a lematización.

(Porto Dapena, 2002, pág. 136)

La presentación de las entradas (*subentradas*, en nuestro caso) de un diccionario suele regirse, “en el caso de las palabras flexivas, por una serie de criterios de acuerdo a la categoría gramatical a la que pertenezcan”, (Castillo Carballo, 2003, pág. 81). Sin embargo, nuestros artículos recogen usos pertenecientes a diversas categorías gramaticales que se incluyen jerárquicamente bajo el ámbito del *lema radical* (entrada principal), que responde a la base que comparten las palabras que conforman la familia léxica.

Cada artículo se inicia con un breve apunte sobre el origen etimológico del término en cuestión y su primera documentación como adjetivo tomada de Corominas y Pascual [1980-1991] (2012). Los artículos lexicográficos incluyen además una serie de asociaciones sintagmáticas más o menos lexicalizadas en las que figura alguno de los términos que abren la definición (que se corresponden con los *sublemas categoriales*), asociaciones sintagmáticas que pueden haber experimentado una traslación semántica. A este tipo de asociaciones habitualmente se da la consideración de subentrada, aunque nosotros, como ya hemos dicho, consideramos también subentradas al conjunto de significados que pertenecen a distintas categorías gramaticales:

⁴⁷⁷ A esta noción hemos dedicado el primer capítulo de la primera parte de esta investigación.

[...] la mayor parte de las unidades fraseológicas que se encuentran en los diccionarios [...] conforman las subentradas, en la medida en que son elementos que, del mismo modo que la palabra, el hablante memoriza y repite sin posibilidad de cambio [...]

(Castillo Carballo, 2003, pág. 82)

En cada artículo se ofrece también un listado que recoge las palabras compuestas y derivadas que comparten la raíz del *lema radical* y que, en general, están claramente vinculadas con el valor adjetival. Se cierra el artículo con una nómina de adjetivos (afines) que pueden expresar un significado dimensional próximo al significado nuclear o básico del adjetivo dimensional tratado.

La ordenación de los artículos no sigue el criterio alfabético en el que se suelen basar los diccionarios semasiológicos, sino que se opta al respecto por seguir un criterio onomasiológico (se va desde la idea —DIMENSIONAL— hasta la palabra que expresa ese significado). Partiendo de las relaciones semánticas que se establecen entre estos adjetivos, hemos considerado apropiado colocar tras el adjetivo ‘positivo’ su antónimo polar ‘negativo’⁴⁷⁸, atendiendo a su complementariedad. Además, hemos situado el par *grande-pequeño* en último lugar, debido a que los demás pares de adjetivos, por hacer referencia a ‘realidades’ similares, muestran también, en lo semántico, cierta complementariedad entre sí de la que no participan ni *grande* ni *pequeño*. El orden, finalmente, es el siguiente: 1. ALTO, 2. BAJO (DIMENSIÓN FÍSICA DE LA ALTURA) 3. ANCHO, 4. ESTRECHO (DIMENSIÓN FÍSICA DE LA ANCHURA) 5. LARGO, 6. CORTO (DIMENSIÓN FÍSICA DE LA LARGURA O LONGITUD) 7. PROFUNDO, 8. SOMERO, 9. SUPERFICIAL (DIMENSIÓN FÍSICA DE LA PROFUNDIDAD) 10. GRANDE y 11. PEQUEÑO (DIMENSIÓN FÍSICA DEL TAMAÑO).

Debemos especificar que nuestra propuesta, aunque sería fácilmente trasladable al modo digital, sigue en cierto sentido la perspectiva de la lexicografía *de papel*. Formalmente, cada artículo comienza con el *lema radical*, que ocupa un lugar destacado, y se extiende a lo largo de una serie de páginas. Las subentradas —encabezadas por los correspondientes *sublemas categoriales*, en cursiva— se abren con el término y la indicación de la clase de palabra (entre paréntesis) que ha determinado, precisamente, su ‘autonomía’ como subentrada.

⁴⁷⁸ Estas cuestiones relativas a la polaridad o a la ‘positividad’ o ‘negatividad’ de los adjetivos se trata en el capítulo 2 de la primera parte de esta investigación.

ALT-

Etimología. Del latín ALTUS, A, UM, participio del verbo ALO ('nutrir, alimentar'). 'Grande'. 'Usado como término polar y aplicado a un objeto, expresa una medida vertical o una profundidad superior a la normal'.

1ª documentación. Siglo XI (Corominas y Pascual)

Alto, a (adj.)

I. DIMENSIÓN (FÍSICA)

1. Se aplica a objetos con una verticalidad ocasional cuando su altura es mayor de lo normal o adecuado. Se considera en este caso que la altura es la distancia vertical entre la base del objeto y la elevación máxima alcanzada por este. *Esa roca es muy alta* y *cuesta mucho escalarla*. *El iceberg es menos alto que profundo*.

Figura 55: "ALT-" (*lema radical*) encabeza el primer artículo de nuestra propuesta lexicográfica. Es la primera de las entradas. "*Alto, a* (adj.)" (sublema categorial, adjetivo) es la primera de las subentradas de dicho artículo.

A continuación vamos a dar cuenta de la estructura de los apartados de que se compone cada artículo, prestando atención a algunas cuestiones relativas a la microestructura de las subentradas.

En cuanto a la información referida a la etimología y primera documentación, a pesar de que la propuesta lexicográfica (y el análisis semántico) de los adjetivos dimensionales acometida es de naturaleza sincrónica, hemos considerado oportuno iniciar cada lema con unos datos básicos referidos a la etimología y a su incorporación en la historia del idioma. Asimismo, aunque sin detenernos en un análisis pormenorizado de la evolución de las palabras a lo largo de los siglos, sí creemos que la información etimológica contribuye, en muchas ocasiones, a la comprensión de algunas de las variaciones semánticas que presentan en el lenguaje actual las formas tratadas⁴⁷⁹. Evidentemente, un estudio atento a la evolución de estas palabras e, incluso, de los conceptos con los que se corresponden, sería de enorme interés desde un punto de vista lingüístico, pero excede con claridad los límites de una propuesta lexicográfica de naturaleza sincrónica como es la nuestra.

⁴⁷⁹ La información etimológica sirve también para dar cuenta de la 'rivalidad' que algunos adjetivos han mantenido (o mantienen) con otros adjetivos en determinados periodos, como sucede por ejemplo con la pérdida de vigor en castellano de *longo* (o *luengo*) frente a *largo*.

Como ya hemos indicado, a la hora de abordar el significado de las palabras que nos ocupan hemos establecido, a través de criterios gramaticales, tres grandes bloques a los que hemos llamado *subentradas* (de *sublemas categoriales*): significados de los adjetivos, significados de los sustantivos y significados de los adverbios. Cada subentrada se divide en áreas semánticas (o *espacios semánticos*) que recogen uno o varios significados que describen una ‘porción’ de ese espacio nocional. Los significados, que se agrupan dentro de las áreas semánticas (*espacios*), corresponden a las *acepciones*⁴⁸⁰ que hemos considerado pertinente relacionar (agrupándolas o separándolas) con una forma léxica. Estas acepciones presentan, en ocasiones, variaciones de sentido que no consideramos lo suficientemente diferenciadas (lo suficientemente convencionalizadas) como para llegar a considerarse acepciones independientes, pero sí como para constituir *subacepciones* (facetas semánticas) de una acepción.

En el apartado 4.5. (*Polisemia y significados*) veíamos cómo Ibarretxe-Antuñano (2010) consideraba que la linealidad en la disposición de las acepciones en los diccionarios ‘tradicionales’ era una herencia del estructuralismo en la que no se tenía en cuenta “su estructura interna ni las posibles relaciones entre las mismas”, (Ibarretxe-Antuñano, 2010, pág. 197). Esta autora, como vimos, aboga por una nueva disposición espacial acorde con las bases teóricas de la lingüística cognitiva, en la que las distintas acepciones se distribuyan en torno a un significado central prototípico del que se deriven, tejiendo una estructura como de tela de araña (una *red polisémica radial*), los otros significados que se haya convenido diferenciar.

Normalmente, en la tradición lexicográfica española se ha seguido un criterio etimológico que tiene en cuenta no la relación semántica entre las acepciones o su frecuencia de uso, sino la proximidad de la acepción con respecto al étimo (Garriga Escribano 2003: 107). [...] esta linealidad oculta la naturaleza multidimensional de la estructura semántica de una entrada, tanto de sus acepciones como de las expresiones idiomáticas derivadas de ella, a esta situación se la conoce como el *problema de la linealidad lexicográfica* (Geeraerts 1990).

(Ibarretxe-Antuñano, 2010, pág. 197)

Ibarretxe-Antuñano (2010, pág. 204) expone el ‘funcionamiento’ de una red radial a partir del término *cabeza*:

⁴⁸⁰ Para profundizar en el desarrollo de los procesos metafóricos y metonímicos, véase lo expuesto en los apartados 4.4.1. (*La metáfora*) y 4.4.2. (*La metonimia*).

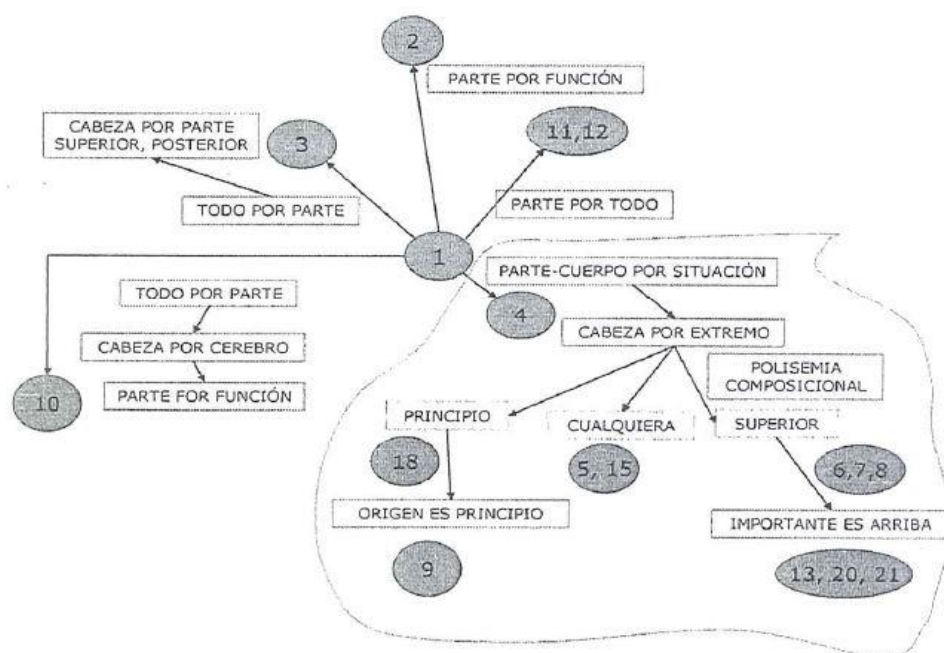


Figura 56: Red radial de *cabeza* (Ibarretxe-Antuñano, 2010, pág. 204).

Otros autores consideran que “even a greater influence of the Cognitive approach could be lexicographically useful” (Geeraerts, 2007, pág. 1169) y que, además de mostrar la red polisémica relacionada con una forma léxica, sería conveniente indicar también los mecanismos que subyacen a esta:

Swanpoel (1992, 1998) and Van der Meer (2000), for instance, argue for devoting more explicit attention to the motivational link between core senses and figurative subsenses. Such motivational links could specifically involve conceptual metaphors in the Lakoffian sense (Van der Meer, Swanepoel), or even image schema (Swanepoel).

(Geeraerts, 2007, pág. 1169)

Nuestra propuesta, si bien no presenta visualmente una estructura radial, sí consta de un tipo de ordenación que, a pesar de su linealidad, recoge en cierto modo el espíritu de la propuesta de Ibarretxe-Antuñano (2010). Cada artículo se inicia con la subentrada adjetival, pues en su funcionamiento como adjetivo consideramos que reside el uso prototípico de la clase de palabras que nos ocupa⁴⁸¹ y, además, cada subentrada se abre con la acepción (o conjunto de acepciones) central para, a continuación,

⁴⁸¹ Creemos importante señalar que el significado semánticamente central no tiene por qué coincidir con el etimológicamente más antiguo.

compartimentadas en áreas semánticas, mostrarse todas las acepciones (y subacepciones) que no son prototípicas. A pesar de la linealidad de nuestra presentación hemos procurado que estas áreas semánticas se ordenen según su proximidad semántica al prototipo, aunque, en algunos casos, la equidistancia de dos o más sentidos respecto al prototipo nos haya llevado a establecer órdenes arbitrarios. En cada área, la subdivisión en acepciones y subacepciones puede concebirse también como las ramificaciones que presentan las estructuras radiales cuya esencia hemos tratado de recoger. La microestructura de cada entrada en nuestra propuesta, es, por lo tanto, la siguiente:

Entrada

Lema

Sublema categorial: adjetivo, nombre o adverbio.

I. ESPACIO SEMÁNTICO

1. Acepción

1b. Subacepción

Figura 57. Microestructura de cada entrada

Ibarretxe-Antuñano (2010) —al igual que, como hemos indicado, Swanpoel (1992, 1998) y Van der Meer (2000)— considera importante que un diccionario indique los procesos cognitivos que llevan a que una forma léxica presente un conjunto de significados distintos. A pesar de que en ocasiones hemos señalado que algunos usos son figurados⁴⁸² o, simplemente, que unos son la *extensión* de otros, una mayor precisión a la hora de señalar los mecanismos que subyacen a cada ampliación semántica nos parece una cuestión que, si bien es relevante en un estudio lingüístico (y, de hecho, es información que recogemos en el capítulo 7), resultaría excesivamente informativa en un diccionario no especializado y concebido, en principio, ‘en papel’.

⁴⁸² Ibarretxe-Antuñano (2010) señala que, en un diccionario, “las marcas de transición semántica como la de *figurado* son problemáticas porque incluyen bajo una misma etiqueta cualquier extensión semántica sin tener en cuenta el mecanismo que la haya causado (metáfora, metonimia, etc.)”, (Ibarretxe-Antuñano, 2010, pág. 197).

[En el diccionario que propongo] algunas de las marcas como [...] las de figurado desaparecerían. [Este tipo de marca] sería substituida por una caracterización mucho más precisa como, por ejemplo, el nombre de la metáfora o metonimia conceptuales. Este procedimiento tendría varias consecuencias positivas. Una podría ser que se diferenciarían los mecanismos cognitivos que provocan las extensiones semánticas. Hasta ahora la etiqueta de figurado no distingue estos casos, aunque mayoritariamente se refieren a casos metafóricos (Porto Dapena 2002: 254). Otra consecuencia sería que, utilizando los medios actuales del hipertexto, se podrían analizar después las áreas en las que intervendrían estos mecanismos cognitivos, ya que se podrían identificar a través de sus etiquetas. En cualquier caso, la inclusión de estas etiquetas [...] dependería del tipo de público al que estuviera dirigido el diccionario, pudiendo substituirse también por una explicación de dichas metáforas o metonimias.

(Ibarretxe-Antuñano, 2010, pág. 201)

Por su parte, cada una de las acepciones (o subacepciones) de nuestra propuesta presenta una definición⁴⁸³ que intenta conjugar la imprescindible claridad lexicográfica con la coherencia del tratamiento teórico ofrecido en la primera parte de la tesis.

Cuando lo definido es un adjetivo, estas definiciones son lo que Seco (2003, pág. 35) llama *definiciones impropias*: “no son definiciones en metalengua del contenido, sino en metalengua del signo”. Las definiciones, en estos casos, aportan información sobre el uso del signo, y son para Seco (2003, pág. 34) más explicaciones que verdaderas definiciones. Esto se mostraría en el hecho de que, en estos casos, lo definido no puede ser sustituido por la definición:

La sustitución de *misericordioso* por su definición académica, en un texto como *Es misericordioso con los que sufren*, nos daría este otro texto, en modo alguno equivalente: **Es dícese del que se conduele y lastima con los trabajos ajenos, con los que sufren*.

(Seco, 2003, pág. 35)

Así, en definiciones de adjetivos que, como las nuestras, se inician con *dícese* o *aplícase*, solo el elemento que funciona como especificador del nombre (en nuestro caso *objeto, entidad, aquel...*) es “intercambiable por la palabra-entrada” (Seco, 2003, pág. 36). Así, Seco señala que aquello que tiene capacidad de sustituir a la palabra entrada

⁴⁸³ Atkins y Rundell (2008) señalan que el término *definition* “is a misnomer. It implies that word’s meaning can be precisely (and definitively) isolated and pinned down”, (2008, pág. 407). Además, recuerdan que Samuel Johnson, autor de *The Plan of a Dictionary of the English Language* (1747), y Sinclair (1987a), responsable del primer diccionario inglés basado en un corpus —COBUILD (Sinclair, 1987b)—, prefieren el término *explanation*. Atkins y Rundell (2008, pág. 407) consideran que *explanation* supone “a more realistic description of what lexicographers actually do”.

misericordioso sería exclusivamente *que se conduce y lastima con los trabajos ajenos*. En este tipo de definiciones subyace la necesidad de señalar ‘sobre’ qué se aplican los adjetivos y cuál es su significado propio:

Ante un adjetivo como *mistagógico*, el redactor sabe que esta voz *significa* ‘que pretende revelar alguna doctrina oculta o maravillosa’, pero al mismo tiempo sabe que esta voz *se dice solamente* de un discurso o un escrito. Lo primero sería una verdadera definición; lo segundo sería tan solo una explicación sobre el uso de la voz. Pero, al considerar necesario no omitir ninguna de las dos informaciones, el redactor reúne las dos dentro de un predicado unitario bajo la forma de la segunda (<<explicación>>): justo la que es semánticamente secundaria. (Seco, 2003, pág. 36)

Para salvar este problema Seco (2003, pág. 37) propone “separar por medio de un punto las dos informaciones. Blandengue: <<blando, suave. Dícese de personas>>”. Nuestras definiciones de adjetivos mantienen, sin embargo, la estructura que critica Seco (2003, págs. 34-37), ya que, aunque comprendemos y valoramos su aportación teórica respecto a la naturaleza propia o impropia de esta clase de definiciones, creemos que responde a una fórmula convencionalizada⁴⁸⁴ lo suficientemente clara como para que el hecho de que la definición en su conjunto no sea un sustituto válido de la palabra definida no suponga un problema de interpretación.

Además, estas definiciones⁴⁸⁵ (de adjetivos y otras clases de palabras) se suelen complementar en nuestra propuesta con uno o más ejemplos⁴⁸⁶ de uso que aparecen

⁴⁸⁴ Seco señala que esta clase de definiciones ‘irregulares’ son frecuentes “en un amplio sector de la lexicografía, dentro del cual figuran todos los diccionarios españoles, encabezados por el de la Academia” (Seco, 2003, pág. 34).

⁴⁸⁵ Como señala Porto Dapena (2014, pág. 16), SIGNIFICADO y DEFINICIÓN son dos conceptos muy ligados entre sí, “aun cuando luego existan definiciones que más que al significado, noción de naturaleza lingüística, atienden a las características de las realidades indicadas por medio de las palabras estudiadas en el diccionario, cuando no a las puras funciones que estas, al carecer de significado, desempeñan en la lengua de que forman parte”. En nuestra propuesta, figuras y ejemplos, contribuyen a la delimitación del significado sin formar parte, al menos en sentido estricto, de las definiciones.

⁴⁸⁶ Ibarretxe-Antuñano (2010), respecto al tratamiento tradicional de los ejemplos en los diccionarios, señala lo siguiente: “Aunque la función de los ejemplos en un diccionario es fundamental tanto como ilustración del contenido sintáctico o como transmisor de datos sociales y culturales (Lara 1992: 10), es decir, por sus funciones sintagmáticas, paradigmáticas y pragmáticas (Martin 1989: 601), los ejemplos son también escasos en diccionarios como el *DRAE*. Una de las posibles razones que explica esta escasez es la base teórica estructuralista en la que se basan, que da mucha más importancia al sistema (la lengua, el significado abstracto) que al uso concreto (el habla, la realización del significado)”, (Ibarretxe-Antuñano, 2010, pág. 197).

marcados en cursiva. En algunas ocasiones los ejemplos se toman de corpus u obras lexicográficas (sin que hayamos considerado necesario especificar su procedencia), pero también se acude a presentar ejemplos ‘inventados’, basados en la propia competencia lingüística del investigador⁴⁸⁷.

Como hemos visto en apartados precedentes, desde la perspectiva a través de la que concebimos el significado, este no puede desvincularse de los usos reales del lenguaje. El presentar las palabras dentro de enunciados concretos que las doten de cierto contexto de uso creemos que supone una ayuda relevante para acercarse de forma intuitiva al ‘funcionamiento’ (semántico, sintáctico y pragmático) de los términos dentro de la lengua.

Si se tiene en cuenta que la lingüística cognitiva es una teoría del lenguaje basada en el uso, los datos empíricos que ilustren cada uno de los significados de [las] entradas léxicas no son secundarios sino indispensables, por lo que deben de estar presentes.

(Ibarretxe-Antuñano, 2010, pág. 201)

Tras los ejemplos, las acepciones muestran entre corchetes, cuando se estiman oportunas, breves notas sobre cuestiones gramaticales (especialmente cuando estas son semánticamente relevantes), que también consideramos necesarias dentro la perspectiva del significado de que hace uso nuestra investigación y, concretamente, nuestra propuesta lexicográfica.

Muchas veces las definiciones [de los diccionarios ‘tradicionales’] incluyen rasgos de uso (marcas semánticas, connotativas, usos típicos); otras veces mezclan datos relativos al significado, al sentido y a la acepción, que según algunos autores no deberían incluir los diccionarios (véase Hernández Hernández, 1991; Trujillo 1994). La lingüística cognitiva al tomar un punto de vista enciclopedista del significado justifica la inclusión de estos elementos, es más, no se comprendería una definición que no incluyera este tipo de datos, ya que, se considerarían imprecisas.

(Ibarretxe-Antuñano, 2010, págs. 199 y 200)

[O]tra de las posibles insuficiencias [de los diccionarios ‘tradicionales’] se encuentra en la escasa información gramatical que, a veces como en el *DRAE*, se limita a dar información

⁴⁸⁷ Como señalan Atkins y Rundell (2008, pág. 455), respecto al uso de ejemplos, en la mayoría de los diccionarios “attribution is rare”. Respecto al origen de estos, Atkins y Rundell (2008, pág. 455) apuntan que frecuentemente los ejemplos proceden “from a range of sources (authentic texts, the lexicographer’s imagination, or some combination of the two)”.

descriptiva sobre la categoría, el régimen preposicional o argumental del lema, pero sin considerar que las construcciones también pueden aportar significado (Alarcón 2009).

(Ibarretxe-Antuñano, 2010, págs. 197)

Hemos descartado, generalmente, los significados excesivamente especializados o técnicos, apartados del uso común, aquellos empleos semánticos propios del español americano (la competencia lingüística del investigador está anclada en los modos lingüísticos del español europeo) y las acepciones en desuso.

I. APLAZAMIENTO

1. Retardación del cumplimiento de algún tipo de compromiso u obligación. *No me dice que no, pero me va dando largas. Su intención es dar largas al asunto.* [Véase la asociación sintagmática DAR LARGAS]

Figura 58. “Aplazamiento” es uno de los espacios semánticos (que hemos ordenado con números romanos) relacionados con la subentrada *Largo, a (adj.)*. Los números arábigos ordenan cada una de las acepciones dentro de cada espacio.

1. Se aplica a un evento cuando dura más de lo que se considera normal o adecuado. El pueblo está muy cerca, pero el viaje es largo porque el tren va muy despacio.

1b. Se dice también de aquello que lleva asociado un evento cuando este dura más de lo que se considera normal o adecuado. Es un libro muy largo: pasa de mil páginas. Una canción más larga que algunos discos. Fue una decisión muy larga que requirió pensar mucho.

Figura 59. Dentro de una las acepciones relacionadas con un espacio semántico puede haber subacepciones. Consideramos que la acepción (o significado) ‘principal’ corresponde a la acepción *a*, por lo que, cuando hay subacepciones, estas se ordenan a partir de la letra *b*.

El bloque dedicado estrictamente a los adjetivos se encabeza con el *(sub)lema adjetivo* en su forma singular, con el femenino (presente en todos los casos que se trate de un adjetivo de dos terminaciones) acompañando al masculino. Este bloque se inicia con el área que hemos denominado *dimensión (física)*, puesto que, además de constituir el ámbito prototípico de estos adjetivos, su dimensionalidad es el criterio en que nos hemos basado para agrupar el conjunto de palabras que estamos tratando. Dicho de otro modo: compartir un área semántica (dentro de la subentrada adjetival) referida a la dimensión física es lo que hace, precisamente, que una palabra forme parte de nuestra

investigación. La *dimensión (física)*, como área dentro del bloque adjetival, es, por lo tanto, un apartado nocional común a todos los lemas adjetivos de nuestra propuesta lexicográfica.

Las acepciones relativas a la dimensión física se ilustran con figuras en las que se muestra (mediante una flecha) a qué dimensión de los objetos está haciendo referencia el adjetivo en cuestión. Estas figuras complementan en ocasiones la parte escrita de las definiciones, ya que reflejan en muchos casos propiedades prototípicas relativas a la forma de los objetos a los que se suelen aplicar unos u otros adjetivos. Además, aunque, dependiendo de cuál sea su clase de comparación, cualquier objeto puede ser considerado, por ejemplo, tanto *grande* como *pequeño*, hemos tratado de que en los pares de adjetivos opuestos se trasmita, al menos comparativamente, la característica propia del polo con que se relacionan.

Cada figura cuenta con una nota (o leyenda) explicativa en la que, además, suele aportarse información que ayuda a entender cómo se relaciona un adjetivo con otros similares o cómo este puede ‘convertirse’ en otro según las características de los objetos a los que se refieren.

No todas las entradas léxicas, gobernadas por un *lema radical*, presentan un bloque dedicado a los sustantivos. Como vimos en el capítulo 2 de la primera parte de esta tesis, muchas formas adjetivales, especialmente las ‘negativas’, no disponen de aquello con lo que cuentan muchos adjetivos positivos: la capacidad de actuar como nombres que hagan referencia a una faceta dimensional en sí⁴⁸⁸. En ocasiones, eso sí, los sustantivos relacionados con adjetivos dimensionales dejan de presentar un valor puramente dimensional y hacen referencia a objetos (entidades) concretos⁴⁸⁹. Estos casos se dan tanto en sustantivos masculinos como femeninos, sin que la diferencia de género gramatical pueda considerarse una variación flexiva sino una cuestión lexicalizada. Por ello, en el bloque dedicado a los sustantivos estos aparecen lematizados de tal forma que se separan los nombres masculinos y los femeninos. Debemos aclarar que, a pesar de que en todos los casos, se sigue una ordenación alfabética, el sustantivo femenino debería preceder al masculino, hemos optado por invertir dicho orden basándonos en una cuestión de

⁴⁸⁸ Así, cuando empleamos en un discurso *el alto del árbol* se está utilizando *alto* como sinónimo de *altura*. No existe un sentido análogo a este en *bajo*.

⁴⁸⁹ Sí puede hablarse de que alguien *vive en un bajo*.

relevancia: las formas masculinas, como veremos, presentan en todos los casos mayor conexión con lo estrictamente dimensional y sus significados son más frecuentes.

En algunos casos hemos empleado también figuras para complementar las definiciones de algunas de las acepciones sustantivas, especialmente en los casos en que, a pesar de estar asociadas con lo dimensional, esta relación no supone la ‘sustantivación’ directa de un sentido adjetival, sino que implica una referencia a un nuevo aspecto espacial o físico vinculado con los objetos que no había sido tratado en el apartado previo.

En el bloque dedicado a los adverbios la ordenación de las áreas semánticas ha correspondido, como en los casos anteriores, a la mayor o menor vinculación de las acepciones con lo (literalmente) espacial y, especialmente, con lo dimensional. Así, en primer lugar aparecen las acepciones relacionadas con las cuestiones dimensionales y después se recogen las que se relacionan con el mundo físico pero que no presentan ya un carácter puramente dimensional. Por último, se definen las acepciones relativas a cuestiones menos ‘tangibles’, aunque sean, en su mayor parte, metáforas que surgen de lo físico y acaban designando realidades más abstractas⁴⁹⁰.

En el apartado dedicado a las asociaciones sintagmáticas⁴⁹¹ hemos tomado fundamentalmente como referencia las que se incorporan en el [DUE] (Moliner [1967], 2008), bajo las entradas correspondientes a los adjetivos dimensionales. No obstante, debido al carácter difuso⁴⁹² de estas categorías, hemos decidido no entrar a dilucidar si estamos ante colocaciones⁴⁹³ (dos términos que conviven sintagmáticamente pero son

⁴⁹⁰ En uno de los lemas hay un cuarto bloque en el que se recoge un uso como interjección de la forma analizada.

⁴⁹¹ Según Corpas (1996), las colocaciones, las locuciones y los enunciados fraseológicos constituyen “las tres esferas fraseológicas” (Ruiz Gurillo, 2001, pág. 35). Ruiz Gurillo señala que aunque tradicionalmente (principalmente por parte de los lingüistas soviéticos) se ha considerado la fraseología como una disciplina “autónoma de otras ramas de la lingüística como la lexicología”, hoy en día, “una vez superado el aislamiento al que fue necesario someterla para observar sus peculiaridades”, se considera más apropiado “partir de una concepción interdisciplinar de la misma” (Ruiz Gurillo, 1998, pág. 11). En la misma línea, Corpas (2000, pág. I) señala que “los últimos diez años han supuesto un desarrollo sin precedentes de la fraseología” y “la que una vez fuera tímida rama de la lexicología ha pasado a convertirse en una disciplina propia e independiente”.

⁴⁹² Ynduráin Hernández (1955, pág. 104) habla, refiriéndose a una posible distinción entre locuciones, modismos y refranes, de una “amplia zona de interferencia entre unos y otros núcleos idiomáticos”.

⁴⁹³ En las colocaciones se produce un fenómeno de selección léxica: una palabra tiene capacidad para combinarse, más allá de cuestiones sintácticas, con un limitado grupo de unidades. Puede decirse, por lo tanto, que “las colocaciones se distinguen de los sintagmas libres en que violan la propiedad paradigmática que concierne a la selección”, (Alonso Ramos, 2010, pág. 5). Estas restricciones léxicas “forman parte de

independientes semánticamente⁴⁹⁴: *desempeñar un cargo, prohibir terminantemente*), locuciones⁴⁹⁵ (que son fijas y suelen tener un valor idiomático metafórico⁴⁹⁶: *cortar el bacalao*), enunciados fraseológicos⁴⁹⁷ (que constituyen actos de habla por sí mismos: *de tal palo tal astilla*) o, simplemente, formas de coaparición frecuente que podemos decir que están relativamente lexicalizadas⁴⁹⁸.

Estas asociaciones sintagmáticas se organizan conforme al orden alfabético y solo aparecen numeradas cuando alguna de estas asociaciones presenta varias acepciones. La propia lematización de las asociaciones trata de resultar ilustrativa respecto a su uso

nuestro conocimiento tácito de la lengua”, (Escandell, 2007, pág. 154). Un hablante sabe que, por ejemplo, tras *acérrimo* puede emplear *enemigo* o *adversario*, pero no *contrincante*: “lo importante, en consecuencia, es que estas restricciones léxicas forman parte de nuestro conocimiento tácito de la lengua, y no de nuestro conocimiento de la realidad”, (Escandell, 2007, pág. 154).

⁴⁹⁴ “La propiedad sintagmática que concierne la composicionalidad no está violada en el caso de las colocaciones”, (Alonso Ramos, 2010, pág. 5). Es decir, las colocaciones “no anulan la autonomía relativa de las unidades que se combinan; por eso se dice que la interpretación de las expresiones así formadas es plenamente composicional (es decir, es una interpretación derivada de los significados de cada unidad y de la manera en que se combinan de acuerdo a reglas sintácticas)”, (Escandell, 2007, pág. 155). Además, las colocaciones “suelen admitir diferentes tipos de modificaciones formales”, (Escandell, 2007, pág. 156); así, puede hablarse de una *lucha encarnizada*, pero también de *luchar encarnizadamente*. Igualmente de un *castigo* puede decirse que es *severo*, pero también que es *bastante severo*.

⁴⁹⁵ Las locuciones, “también llamadas *modismos, frases hechas, expresiones fijas*, etc.” (Ruiz Gurillo, 2001, pág.11), son “sintagmas fijos [...] que no permiten la modificación, la sustitución, la adición de complementos o cualquier otra alteración de la estructura”, (Ruiz Gurillo, 2001, pág.19) Es decir, son “combinaciones fijas y no composicionales de unidades léxicas” (Escandell, 2007, pág. 156). Mientras las colocaciones operan “con clases más o menos extensas de sinónimos y de unidades con significados relacionados” (*acérrimo defensor, acérrimo partidario, fan acérrimo...*), las locuciones deben reproducirse ‘tal cual son’ y “empleando únicamente la prueba de la sustitución podemos identificar estas combinaciones”, (Ruiz Gurillo, 2001, pág.11). Así, por ejemplo, *tomar el pelo* no es equivalente a *tomar el vello* o a *tomar el cabello*, (Escandell, 2007, pág. 156). En ocasiones contienen, además, “palabras diacríticas o anomalías estructurales que actúan como índices de su fijación”, (Ruiz Gurillo, 2001, pág. 19).

⁴⁹⁶ El significado del conjunto “no se puede prever a partir de la combinación de sus partes de acuerdo con las pautas que marca la gramática” (Escandell, 2007, pág. 156). Así, el significado de la locución *cortar el bacalao* no puede deducirse de la combinación de los significados de *cortar* y *el + bacalao*: “Este sintagma es, además de fijo, idiomático: su significado no se deduce de la suma de sus partes tomadas por separado o en conjunto” (Ruiz Gurillo, 2001, págs. 19 y 20). El significado de estas locuciones “debe, pues, aprenderse de manera individual, es decir, como si se tratara del significado de una unidad léxica simple”, (Escandell, 2007, pág. 156).

⁴⁹⁷ Los enunciados fraseológicos suelen dividirse en paremias y fórmulas rutinarias: “Las paremias son refranes, proverbios o sentencias, como *En casa del herrero, cuchillo de palo* o *No por mucho madrugar amanece más temprano*. Las fórmulas rutinarias son patrones estereotipados de interacción social, como *¡Parece mentira!*, *¡Qué aproveche!* o *El gusto es mío*, que se asocian a situaciones comunicativas concretas”, (Escandell, 2007, págs. 159 y 169).

⁴⁹⁸ Como señala Escandell (2007, pág. 157), “la estabilidad de una combinación es una cuestión de grado”.

lingüístico. Tanto las definiciones como los ejemplos los hemos tomado directamente del *DUE*, aunque, tal y como hemos procedido en general, hemos obviado los usos excesivamente especializados o los que no son propios del español europeo actual.

Engrosan los grupos de derivados y compuestos aquellos términos que comparten con el adjetivo dimensional (sublema adjetivo) el lema radical (*ALT-*, por ejemplo) que da pie al artículo lexicográfico en su conjunto⁴⁹⁹. En este caso, se han tomado como referencia el *DUE* y el Corominas y Pascual [1981-1991] (2012).

Por último, en la parte final de la entrada lexicográfica se recoge la nómina de adjetivos dimensionales que presentan un significado similar al de los casos prototípicos de cada artículo⁵⁰⁰. Este apartado dedicado a los ADJETIVOS AFINES⁵⁰¹ recopila, por lo tanto, sinónimos absolutos o contextuales de los adjetivos dimensionales cuando estos presentan el sentido básico con el que hemos trabajado en esta investigación. Frecuentemente estamos ante aplicaciones especializadas de un concepto en determinados ámbitos o usos que refieren a determinadas clases de objetos. Estos adjetivos que integran esta nómina se han tomado, fundamentalmente, del *DRAE*, el *DUE* y de Corrales Zumbado (1977).

⁴⁹⁹ El artículo *ALT-* o hemos incluido las formas del tipo *alzar* (derivado del sup. lat. *ALTIARE*, de *ALTUS*) ya que en ese caso concreto solo hemos atendido al radical *ALT-* y no a las derivaciones dentro del latín: *ALTUS* > *ALTIARE* (> *alzar*).

⁵⁰⁰ Es decir, a las acepciones adjetivales que hacen referencia a la mayor o menor presencia relativa de una característica concreta relacionada con la extensión en un objeto.

⁵⁰¹ Con este nombre (*adjetivos afines*) nos referiremos a ellos en el apartado 7.2.4., en el que explicamos cómo se han tratado en la propuesta estas palabras.

CAPÍTULO 6. PROPUESTA LEXICOGRÁFICA

ALT-

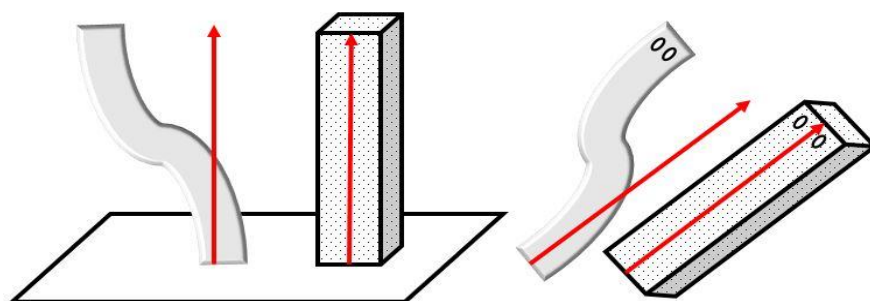
Etimología. Del latín ALTUS, A, UM, participio del verbo ALO ('nutrir, alimentar'). 'Grande'. 'Usado como término polar y aplicado a un objeto, expresa una medida vertical o una profundidad superior a la normal'.

1ª documentación. Siglo XI (Corominas y Pascual)

Alto, a (adj.)

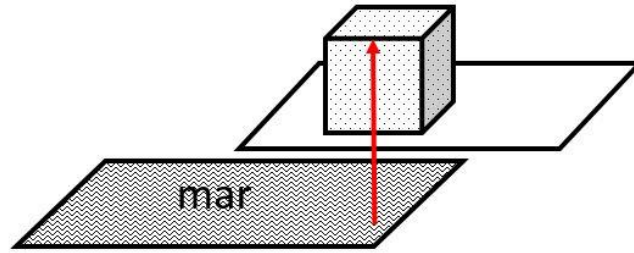
I. DIMENSIÓN (FÍSICA)

1. Se aplica a objetos con una verticalidad ocasional cuando su altura (distancia vertical entre la base del objeto y la elevación máxima alcanzada por este) es mayor de lo normal o adecuado. *Esa roca es muy alta y cuesta mucho escalarla. El iceberg es menos alto que profundo.*
2. Se aplica a objetos con una verticalidad inherente cuando su altura (distancia vertical entre la base del objeto y la elevación máxima alcanzada por este en su posición típica) es mayor de lo normal o adecuado. *Se ha caído una torre muy alta. Juan es muy alto, pero siempre va encorvado.*



Dimensiones a las que hacen referencia *alto* I-1 (adjetivo) y *alto* I-2 (adjetivo) en dos objetos con una verticalidad ocasional (a la izquierda) y en dos objetos con una verticalidad inherente (a la derecha).

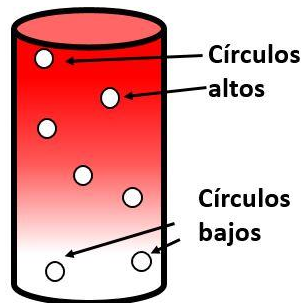
3. Se aplica a accidentes geográficos con una altitud (distancia vertical entre el nivel del mar y el punto más elevado alcanzado por el accidente geográfico) mayor de lo normal o adecuado. *Las mesetas se reparten por todo el continente asiático; destaca el Tíbet, en el centro de Asia, que es la meseta más alta del mundo.*



Dimensión que se relaciona con *alto* I-3 (adjetivo).

II. UBICACIÓN

1. Se aplica a aquello que se produce o se encuentra en una posición más elevada de lo normal o adecuado. *Me gustan las casas con los techos altos. Desde el mar se veían las explosiones altas de los fuegos artificiales.*



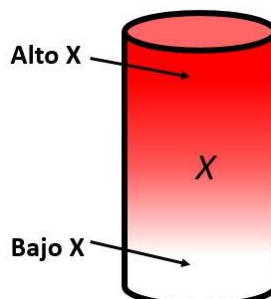
Entidades a las que se hace referencia con el uso de *alto* recogido en II-1(adjetivo).

III. DESPLAZAMIENTO-UBICACIÓN

1. Se aplica a eventos asociados con el desplazamiento de un objeto cuando este alcanza o cruza una zona más elevada de lo normal o adecuado. *El portero realizó un saque de puerta muy alto y el balón cayó con mucha fuerza. Pegó un salto tremendo y, aunque remató hacia abajo, fue un disparo alto, que pasó por encima del larguero. Fue un disparo un poco alto: 3 centímetros por encima del centro de la diana.*
- 1b. Por extensión, se aplica también a los propios objetos desplazados o causantes del desplazamiento cuando este alcanza o cruza un punto más elevado de lo normal o adecuado. *En voleibol los balones bajos se reciben con los antebrazos unidos al frente a la altura de la cintura y los altos con los dedos, por encima de la cabeza.*

IV. UBICACIÓN DE UNA PARTE RESPECTO A UN TODO

1. Se aplica a la parte más elevada de una entidad que se divide según su elevación. *Finalmente, el índice de calidad general que integra veintitrés parámetros, se considera bueno en el Tajo y el curso alto del Guadiana.*



Parte de la entidad a la que se hace referencia con el uso de *alto* recogido en la acepción IV-1 (adjetivo).

- 1b. Por extensión, se aplica también a entidades relacionadas con dicha zona. *Había composiciones redactadas en alto aragonés.*

V. TONO

1. Se aplica a una emisión sonora cuando es aguda, es decir, cuando el número de vibraciones por segundo que produce es elevado. *Me molestan las voces altas.*

1b. Por extensión, se aplica a la fuente sonora que produce sonidos más agudos que los de otras fuentes sonoras de la misma clase. *En todos los cortes Paul Desmond toca el saxo alto con su sonido fluido y elevado.*

VI. VOLUMEN

1. Se aplica a una emisión sonora más intensa de lo normal o adecuado. *Soltó un grito tan alto que le oyeron todos los vecinos.*

VII. UBICACIÓN TEMPORAL DE UNA PARTE DENTRO DE UN TODO

1. Se aplica a la parte más antigua de aquello que puede dividirse según sus etapas de desarrollo. *El relato trataba la oscura historia de iniciación de un adolescente en el mundo caballeresco de una imprecisa y misteriosa alta edad media.* [Notas de uso: adjetivo antepuesto].

VIII. CANTIDAD O INTENSIDAD

1. Se aplica a propiedades o eventos cuando son más intensos o abundantes de lo normal o adecuado. *Realizó un entrenamiento de muy alta intensidad física. Me*

mandó una foto de alta resolución. Como se ha puesto de moda lo sano, las ventas de tofu ahora son muy altas.

IX. ALTURA (SENTIDO FIGURADO)

1. Se aplica a aquello que es relativamente importante o está relacionado con los niveles superiores dentro de una estructura jerárquica. *Se mueve muy bien en las altas esferas para medrar. Solo se dirige a los altos cargos.*
2. Se aplica a aquello que es espiritual, intelectual o, en general, sofisticado. *La existencia de clases literarias, de una alta literatura y otra baja cobra nuevos bríos con la modernidad.*
3. Se aplica a aquello que alcanza un valor (numérico o similar) elevado dentro de una escala. *Me pusieron una nota muy alta en el examen.*

Alto (sustantivo)

I. DIMENSIÓN

1. Medida de la distancia vertical entre la base y la elevación máxima alcanzada por un objeto con una verticalidad ocasional. *El alto de la roca es de tres metros.*
2. Medida de la distancia vertical entre la base y la elevación máxima que alcanza un objeto con una verticalidad inherente en su posición típica. *El alto de la torre caída es de 30 metros.*

II. DISTANCIA-UBICACIÓN

1. Medida de la distancia vertical que media entre la ubicación de un objeto (o el desarrollo de un evento) y el plano de tierra o cualquier otra superficie tomada como referencia. *El globo está a 200 metros de alto. La explosión se produjo a cuarenta metros de alto.* [Notas de uso: con este significado, *alto* aparece integrado como segundo término tras un cuantificador y un sustantivo de medida: *muchos metros de alto* o *cien metros de alto*; CUANT + SUST DE MEDIDA + *de* + *alto*]



Distancia a la que se hace referencia con el uso de *alto* recogido en el espacio semántico II (sustantivo).

III. ACCIDENTE GEOGRÁFICO

1. Terreno elevado respecto al circundante. *Se subió a un alto para contemplar el paisaje.*

Alta (sustantivo)

I. MEMBRESÍA

1. Ingreso de un nuevo miembro en un cuerpo, en una asociación o en algún tipo de cuenta o registro. *Últimamente ha habido muchas altas en el Ateneo.*
 - 1b. Por extensión, la persona que ingresa como nuevo miembro en un cuerpo, en una asociación o en algún tipo de cuenta o registro. *Las altas del equipo posaron para los periodistas.*
 - 1c. Por extensión, el documento que acredita dicho ingreso. *Guardan las altas en un cajón.*
2. Capacitación médica de una persona para reincorporarse a la vida activa tras un periodo de convalecencia. *El médico no quiere darme el alta todavía.* [Nota de uso: generalmente dependiendo de los verbos *dar*, *tener* y *estar*].

Alto (adverbio)

I. UBICACIÓN

1. Se aplica a aquello que se produce o se encuentra en una posición más elevada que de lo normal o adecuado. *Las estrellas brillan alto.*

II. DESPLAZAMIENTO-UBICACIÓN

1. Se aplica a un evento que lleva asociado el desplazamiento de un objeto cuando este alcanza o cruza un punto más elevado de lo normal o adecuado. *Saltó muy alto y cogió una de las manzanas del árbol. Pegó un salto tremendo y remató alto: el balón se fue rozando el larguero.*

III. ORIENTACIÓN

1. Se aplica a eventos que llevan asociada la orientación de un objeto cuando dicha orientación es de abajo arriba o se dirige hacia un punto más elevado de lo normal o adecuado. *Miró alto y vio las estrellas. Apunta alto, que el portero es muy bajito. Apuntó un poco alto esperando que la gravedad acabara por dirigir la flecha hacia la diana.*

IV. TONO

1. Se aplica a un evento que lleva consigo una emisión sonora cuando esta es aguda. *En relación a los hombres, las mujeres cantan alto.*

V. VOLUMEN

1. Se aplica a un evento que lleva consigo una emisión sonora cuando esta es más intensa de lo normal o adecuado. *Los latinos siempre hablan alto.*

VI. ALTURA (SENTIDO FIGURADO)

1. Se aplica a un evento consistente en realizar una valoración numérica (o similar) cuando esta es elevada. *Ese profesor tiene muchos alumnos porque puntúa alto.*

ASOCIACIONES SINTAGMÁTICAS

A ALTAS HORAS: A hora avanzada: *El suceso ocurrió a altas horas de la madrugada.*

ALTA FRECUENCIA: Se llama así a la de las ondas de frecuencia comprendida entre tres y treinta megaciclos por segundo, como las usadas en telecomunicación. También, a la de las ondas sonoras que pasan el límite audible.

ALTA MAR: El mar fuera del puerto o a considerable distancia de la costa.

ALTA TENSIÓN: Tensión eléctrica superior a unos 650 voltios.

ALTA TRAICIÓN: Traición que pone en peligro la seguridad de la nación.

ALTO HORNO: Horno moderno en que se reducen los minerales de hierro.

ALTOS Y BAJOS: Poderosos y humildes

CÁMARA ALTA: Senado.

CON LA FRENTE [MUY O BIEN] ALTA [O, MENOS FRECUENTEMENTE, ERGUIDA O LEVANTADA]: Sin avergonzarse: ‘Ve con la frente bien alta y sin preocuparte por nada’.

DE ALTO COPETE: Encumbrado: noble o de alta categoría.

EN ALTO: Sin tocar en el suelo o a bastante distancia de él.

EN VOZ ALTA: Sin reservas, abierta o públicamente.

LO ALTO (1): Parte superior o más elevada: ‘En lo alto de aquella montaña’.

LO ALTO (2): Espacio situado por encima del sitio donde se está: ‘Tirar una pelota a lo alto’.

LO ALTO (3): El cielo o las cosas de él: ‘Pensar en lo alto. Un castigo que viene de lo alto’.

MONTE ALTO: El que está poblado de árboles.

NOCHE ALTA: La que está ya avanzada.

POR ALTO [PASAR POR ALTO UNA COSA]: No mencionarla o referirse a ella. No tenerla en cuenta, por ejemplo para reprender o castigar a alguien por ella. Callar, desentenderse, omitir.

POR TODO LO ALTO: A lo grande. Con mucho lujo o rumbo: ‘Han puesto un piso [o hicieron una boda] por todo lo alto’.

Derivados

ALTANERO, ALTANERÍA, ALTAR, ALTILLO, ALTITUD, ALTURA, ENALTECER, ENALTECEDOR, ENALTECIMIENTO, EXALTAR, EXALTACIÓN, EXALTADO, EXALTAMIENTO

Compuestos

ALTAVOZ, ALTIBAJA, ALTÍMETRO, ALTIPLANICIE, ALTISONANTE, ALTITONANTE, ALTORRELIEVE [ALTO RELIEVE], CONTRALTO

Adjetivos dimensionales (+ALTURA)

CRECIDO, CRECIDA: Se aplica a aquello que ha alcanzado una altura mayor de lo normal o adecuado. *El pasto estaba muy crecido y el viento lo meneaba rítmicamente de un lado para otro.*

ELEVADO, ELEVADA: Se aplica a aquello que se muestra levantado sobre la tierra. *Estaban los dos sobre un monte elevado, altísimo, con nieves en la cima y primavera en las laderas.*

EMINENTE: Se aplica a aquello que descuella entre lo que lo rodea. *Polifemo, por alto que fuese, no podía tener proporción en la altura con un monte eminente.*

ESPIGADO, ESPIGADA (1): Se aplica a las personas con una estatura mayor de lo normal y un cuerpo estilizado. *Que se lo pregunten a su hermano, un tipo espigado con pelo de cepillo y maneras diplomáticas.*

ESPIGADO, ESPIGADA (2): Se aplica a los árboles nuevos cuyo tronco es fino pero presenta una altura mayor de lo normal. *Su vestido de encaje se ceñía al cuerpo con toda naturalidad, como los líquenes de un árbol espigado.*

GANSO, GANSA: Se aplica a las personas corpulentas y con una estatura mayor de lo normal. *De pequeño llegué a hacer un personaje de plastilina bastante ganso, de un palmo de alto más o menos, y currado hasta el infinito.*

GIGANTESCO, GIGANTESCA: Se aplica a las personas con una estatura mucho mayor de lo normal *Advertí que una sombra alta, casi gigantesca, venía hacia mí.*

LARGO, LARGA: Se aplica a las personas con una estatura mayor de lo normal o adecuado. *Uno de los primeros líderes universitarios, un tipo largo y flaco, algo descolorido, soltaba sus arengas encaramado en uno de los bancos del patio de Letras.*

PROMINENTE: Se aplica a aquello que sobresale respecto lo que está a su alrededor. *A su orilla se halla la corte del tirano, escarpada y muy alta, construida sobre un monte prominente al que ellos mismos llaman Calavernio.*

TALLUDO, TALLUDA: Se aplica a los niños que han alcanzado una estatura mayor de lo normal. *Su hijo es bastante más talludo de lo que cualquiera habría esperado.*

BAJ-

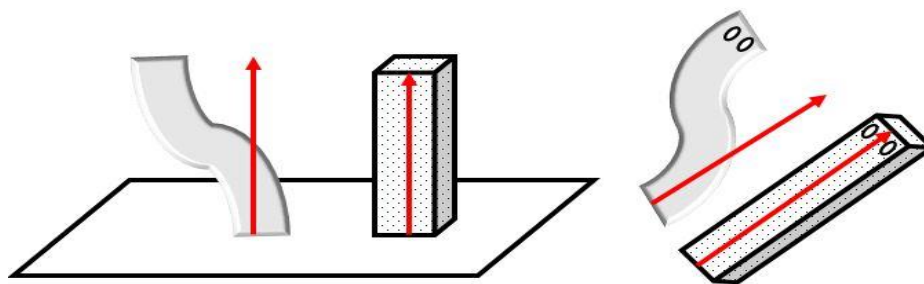
Etimología. Del latín vulgar BASSUS ‘gordo y poco alto’.

1ª documentación. Siglo XIII (Corominas y Pascual)

Bajo, a (adj.)

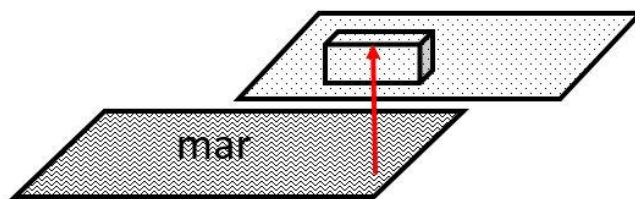
I. DIMENSIÓN (FÍSICA)

1. Se aplica a objetos con una verticalidad ocasional cuando su altura (distancia vertical entre la base del objeto y la elevación máxima alcanzada por este) es menor de lo normal o adecuado. *Esa roca es muy baja y cuesta poco escalarla.*
2. Se aplica a objetos con una verticalidad inherente cuando su altura (distancia vertical entre la base del objeto y la elevación máxima alcanzada por este en su posición típica) es menor de lo normal o adecuado. *Se ha caído una torre muy baja. Juan es muy bajo, aunque siempre va muy estirado.*



Dimensiones a las que hacen referencia *bajo* I-1 (adjetivo) y *bajo* I-2 (adjetivo) en dos objetos con una verticalidad ocasional (a la izquierda) y en dos objetos con una verticalidad inherente (a la derecha).

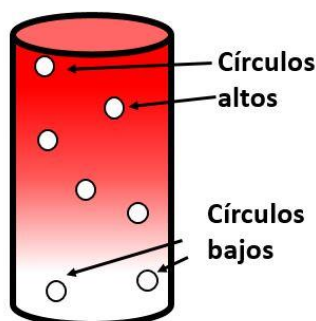
3. Se aplica a accidentes geográficos con una altitud (distancia vertical entre el nivel del mar y el punto más elevado alcanzado por el accidente geográfico) menor de lo normal o adecuado. *Comparado con los otros de la cordillera, es un monte bastante bajo.*



Medida a la que hace referencia *bajo* I-3 (adjetivo).

II. UBICACIÓN

1. Se aplica a aquello que se produce o se encuentra en una posición menos elevada de lo normal o adecuado. *La luz de la ciudad se reflejaba en las nubes bajas. Desde el mar se veían a lo lejos las explosiones bajas de los fuegos artificiales.*



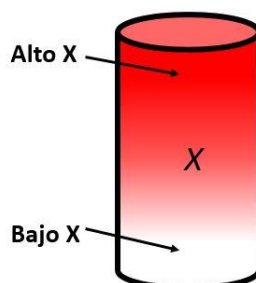
Entidades a las que se hace referencia con el uso de *bajo* recogido en la acepción II-1 (adjetivo).

III. DESPLAZAMIENTO-UBICACIÓN

1. Se aplica a eventos asociados con el desplazamiento de un objeto cuando este alcanza o cruza una zona menos elevando de lo normal o adecuado. *El portero realizó un saque de puerta muy bajo y casi lo intercepta un delantero rival con la cabeza. Fue un golpe bajo: le dio en el pubis. Fue un saque bajo que pasó por debajo de la red.*
 - 1b. Por extensión, se aplica también a los propios objetos desplazados o causantes del desplazamiento cuando este alcanza o cruza un punto menos elevando de lo normal o adecuado. *En voleibol los balones bajos se reciben con los antebrazos unidos al frente a la altura de la cintura y los altos con los dedos, por encima de la cabeza.*

IV. UBICACIÓN DE UNA PARTE RESPECTO A UN TODO

1. Se aplica a la parte menos elevada de una entidad que se divide según su elevación. *Finalmente, el índice de calidad general que integra veintitrés parámetros, no se considera bueno en el curso bajo del Guadiana.*



Parte de la entidad a la que se hace referencia con el uso de *bajo* recogido en la acepción IV-1 (adjetivo).

- 1b. Por extensión, se aplica también a entidades relacionadas con dicha zona. *El 67% de los encuestados confesaron comunicarse habitualmente en bajo aragonés.*

V. TONO

1. Se aplica a una emisión sonora cuando es de tono grave, es decir, cuando el número de vibraciones por segundo que produce es reducido. *Con los sonidos bajos todo vibra.*

- 1b. Por extensión, se aplica a la fuente sonora que produce sonidos más graves que los de otras fuentes sonoras de la misma clase. *Últimamente hacen folclore con saxo bajo y batería, sin crear nada nuevo.*

VI. VOLUMEN

1. Se aplica a una emisión sonora menos intensa de lo normal o adecuado. *Hablaba tan bajo que nadie lo oía.*

VII. UBICACIÓN TEMPORAL DE UNA PARTE DENTRO DE UN TODO

1. Se aplica a la parte más moderna de aquello que puede dividirse según sus etapas de desarrollo. *Es extraño que no se mencione en esta lista a la serpiente, el animal diabólico por excelencia, ni a la liebre, que desde la baja edad media es el demonio popular de las zonas rurales europeas. El término morcilla es voz de origen incierto que bien podría provenir del bajo latín “morrellus”. [Notas de uso: adjetivo antepuesto].*

VIII. CANTIDAD O INTENSIDAD

1. Se aplica a propiedades o eventos cuando son menos intensos o abundantes de lo normal o adecuado. *Realizó un entrenamiento de muy baja intensidad física. Me mandó una foto de baja resolución. Como se ha puesto de moda lo sano las ventas de tocino ahora son muy bajas.*

IX. ALTURA (SENTIDO FIGURADO)

1. Se aplica a aquello que es relativamente poco importante o está relacionado con los niveles inferiores de poder dentro de una estructura determinada. *Los altos directivos articulan los sueños de la organización y los bajos directivos se acercan más a la realidad.*
2. Se aplica a aquello que es poco espiritual, intelectual o, en general, poco sofisticado. *Solo lee baja literatura. Siempre anda con sus bajos pensamientos.*
3. Se aplica a aquello que tiene un valor (numérico o similar) poco elevado dentro de una escala. *Me pusieron una nota muy baja en el examen.*

Bajo (sustantivo)

I. ACCIDENTE GEOGRÁFICO

1. Sitio o lugar hondo. *Un camión de doble eje empantanado en un bajo del camino impedía el paso.*
2. Elevación del fondo de los mares, ríos y lagos navegables, que impide flotar a las embarcaciones. *El barco quedó encallado en un bajo de arena cuando se acercaba a la isla.*

II. PARTE DE UN TODO

1. Dobladillo de la parte inferior de la ropa. *Los bajos del pantalón destacaban porque tenían el color del interior de la prenda.*
2. Piso a la altura del suelo en los edificios que tienen dos o más alturas. *Vivía en un bajo porque tenía vértigo.* [Notas de uso: a veces, PISO BAJO o PLANTA BAJA]
3. Piso que queda por debajo del nivel de la calle. *El incendio se inició en los bajos de la discoteca.* [Notas de uso: normalmente en plural]

4. Parte inferior externa de la carrocería de un vehículo. *Los badenes dañaron los bajos del camión.* [Notas de uso: normalmente en plural]
5. Zona genital humana. *Le dieron un golpe y le destrozaron los bajos.* [Notas de uso: normalmente en plural]

III. TONO

1. La más grave de las voces humanas y la persona que la produce. *Karajan salió acompañado de los cuatro solistas, la contralto griega Agnes Baltsa, la soprano norteamericana Katheleen Battle, el tenor sueco Goesta Winbergh y el bajo holandés Robert Battle.*
2. Instrumento que produce los sonidos más graves de la escala general (especialmente instrumento eléctrico de cuatro cuerdas similar a una guitarra) y la persona que lo toca. *Para que la banda suene más contundente conviene meter algún bajo.*

Baja (sustantivo)

I. MEMBRESÍA

1. Salida de un miembro de un cuerpo, de una asociación o de algún tipo de cuenta o registro. *En el equipo se han producido muchas bajas por lesión.*
 - 1b. Por extensión, el documento que acredita dicha salida. *Guardan las bajas en un cajón.*
 - 1c. Por extensión, la persona que sale de una asociación o de algún tipo de cuenta o registro. *Sergio es baja para el partido.*
2. Incapacitación médica de una persona para reincorporarse a la vida activa por estar convaleciente. *Lleva un mes de baja por gripe.* [Nota de uso: generalmente con los verbos *dar* o *darse de*, *estar*, *ser*, *tener*].

II. DESAPARICIÓN

1. Muerte de una persona o pérdida de algún tipo de bien material producida durante una guerra o una batalla. *La escuadrilla regresó sin bajas. Durante los tres primeros años de guerra hubo ingentes bajas.*
 - 2b. Por extensión, persona que muere o bien que se pierde como combatiente durante una guerra o una batalla. *El soldado John es baja, Señor.*

Bajo (adverbio)

I. UBICACIÓN

1. Se aplica a aquello que se produce o se encuentra en una posición menos elevada de la normal o adecuada. *El sol brillaba bajo.*

II. DESPLAZAMIENTO-UBICACIÓN

1. Se aplica a eventos que llevan asociado el desplazamiento de un objeto cuando este alcanza o cruza una zona menos elevado de lo normal o adecuado. *Saltó muy bajo, pero cogió una de las manzanas del árbol. Sacó bajo y la pelota no superó la red.*

III. ORIENTACIÓN

1. Se aplica a eventos que llevan asociada la orientación de un objeto cuando dicha orientación es de arriba abajo o se dirige hacia un punto menos elevado de lo normal o adecuado. *Miró bajo y vio sus zapatos. Apunta bajo, que el portero es muy alto. Apuntó un poco bajo esperando que el viento ascendente acabara por dirigir la flecha hacia la diana.*

IV. TONO

1. Se aplica a un evento que lleva consigo una emisión sonora cuando esta es grave. *En relación a las mujeres, los hombres cantan bajo.*

V. VOLUMEN

1. Se aplica a un evento que lleva consigo una emisión sonora cuando esta es menos intensa de lo normal o adecuado. *Los europeos del norte hablan bajo.*

VI. ALTURA (SENTIDO FIGURADO)

1. Se aplica a un evento consistente en realizar una valoración numérica (o similar) cuando esta es poco elevada. *Ese profesor puntúa bajo.*

ASOCIACIONES SINTAGMÁTICAS

CAER MUY BAJO: Perder la dignidad; hacer algo vergonzoso o humillante.

CÁMARA BAJA: Congreso.

CARMÍN BAJO: El hecho mezclando yeso mate y cochinilla.

CAUSAR BAJA: Producir una vacante en el cuerpo a que se pertenece por muerte, cesantía, etc.

DE BAJA ESTOFA: Expresión frecuente, aplicada a persona o gente despreciable o soez.

ESTAR [O IR] UNA COSA DE [O EN] BAJA: Estar perdiendo valor o ir teniendo menor estimación.

DE BAJA RALEA: Despreciable, de mal vivir.

JUGAR A LA BAJA: Especular en la bolsa contando con la baja de los valores.

MONTE BAJO: El de matorrales.

ORO BAJO: Oro de baja ley.

POR LO BAJO (1): En voz baja.

POR LO BAJO (2): En secreto.

POR LO BAJO (3): En el cálculo de cantidades, expresa una cantidad mínima dentro de lo probable: ‘A la manifestación asistirían, calculando por lo bajo, unas cinco mil personas’.

Derivados

ABAJO, BAJERO, BAJEZA, BAJÍO, BAJURA

Compuestos

ALTIBAJO, BAJAMAR, BAJORRELIEVE [BAJO RELIEVE], CABIZBAJO, CONTRABAJO, CONTRABAJÓN, CONTRABAJONISTA, CULIBAJO, DEBAJO

Adjetivos dimensionales (-ALTURA)

CHAPARRO, CHAPARRA: Se aplica a la persona rechoncha y de tamaño o estatura inferior a lo normal. *Yo me acerco hasta distinguir a un pequeño hombrecito, chaparro, bigotón y bastante entrado en años y carnes.*

CHATO, CHATA: Se aplica a aquello que tiene menos relieve, longitud o elevación de lo normal o adecuado. *Eres muy renacuajo, si yo estuviera contigo tendría que andar siempre con tacos chatos.*

CHICO, CHICA: Se aplica a las personas que son de estatura o tamaño menor de lo normal. *Su novio es bastante chico, pero muy resultón.*

ENANO, ENANA: Se aplica a aquello que es diminuto en su especie. *El dueño era un hombre bastante enano y regordete pero con un gran sentido del humor.*

DIMINUTO, DIMINUTA: Se aplica a las personas que son muy pequeñas o de muy escasa estatura. *Un hombre diminuto fijaba sus ojos oscuros de pequeño cerdo satisfecho en la cámara.*

MENUDO, MENUDA: Se aplica a aquello que más pequeño, chico o delgado de lo normal o adecuado, en especial se aplica a las personas. *Tampoco se puede comer pipas, hija - dijo una chica menudita y muy mona de una agencia.*

PEQUEÑO, PEQUEÑA: Se aplica a aquello que es de poca altura o tamaño. *Un hombre pequeño y gordo me está cortejando.*

RENACUAJO, RENACUAJA: Se aplica a los niños de pequeño tamaño o de estatura inferior a lo normal. *Mara, que nació muy renacuaja, ya está por encima de la media en altura.*

RETACO, RETACA: Se aplica a las personas rechonchas y de tamaño o estatura inferior a lo normal. *En los cómics el mutante canadiense es bastante retaco, pero Hugh mide casi metro noventa.*

ANCH-

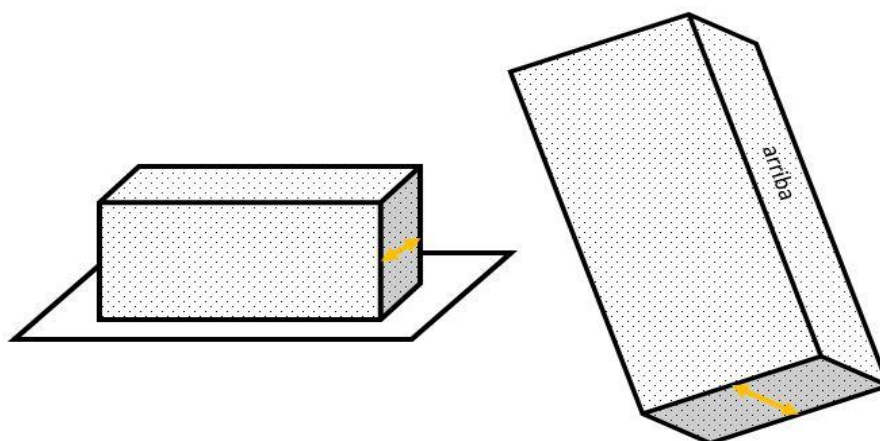
Etimología. Del latín AMPLUS (‘de gran extensión, espacioso’). Los cultismos derivados de este étimo latino (*amplio, amplo, ampliar*, etc.) se incorporan al idioma a partir del siglo XV.

1ª documentación. Siglo XIII (Corominas y Pascual)

Ancho, a (adjetivo)

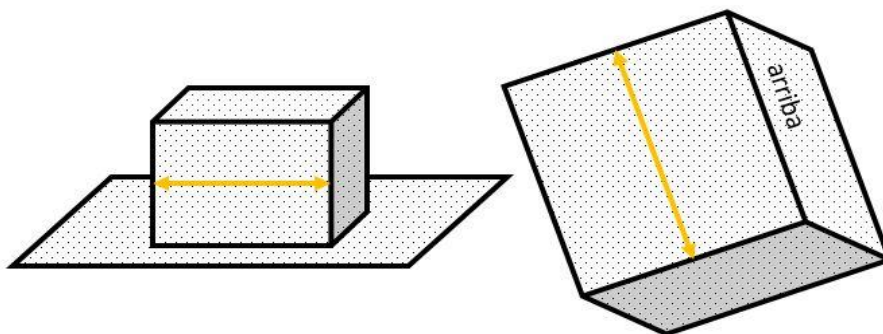
I. DIMENSIÓN (FÍSICA)

1. Se aplica a objetos con una verticalidad intrínseca u ocasional cuando la medida del lado horizontal menos extenso es mayor de lo normal o adecuado. *El fútbol era muy ancho y los jugadores rivales no llegaban a darse la mano.*

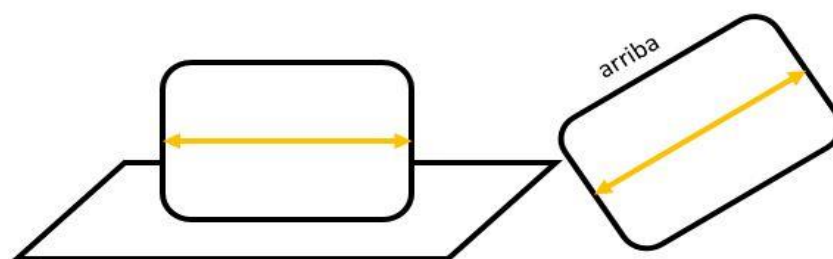


Dimensión que se relaciona con *ancho* —I-1 (adjetivo)— en un objeto tridimensional con una verticalidad intrínseca y un lado horizontal claramente preponderante (a la derecha) y con una verticalidad ocasional y un lado horizontal claramente preponderante (a la izquierda). En estos casos los objetos pueden ser *altos, largos y anchos*.

2. Se aplica a objetos con una verticalidad intrínseca u ocasional cuando la medida del lado horizontal más extenso (o del único, en objetos bidimensionales) es mayor de lo que se considera normal o adecuado. *Esta bolsa de aseo es más ancha; en ella cabe el cepillo eléctrico. La ventana era muy ancha y en su alfeizar cabían muchas macetas.*

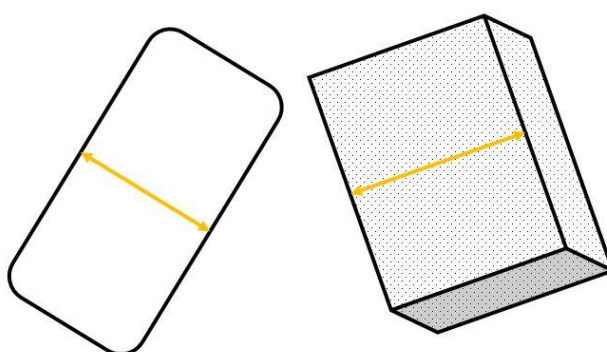


Dimensión que se relaciona con *ancho* —I-2 (adjetivo)— en un objeto tridimensional con una verticalidad intrínseca y sin lados horizontales que sean claramente preponderantes (a la derecha) y con una verticalidad ocasional y sin lados horizontales claramente preponderantes (a la izquierda). En estos casos los objetos pueden ser *altos*, *anchos* y *profundos*.



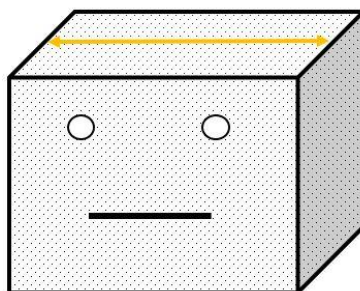
Dimensión que se relaciona con *ancho* —I-2 (adjetivo)— en un objeto bidimensional con una verticalidad intrínseca (derecha) u ocasional (izquierda).

3. Se aplica a objetos no orientados cuando la medida del segundo lado más extenso es mayor de lo que se considera normal o adecuado. *El taco de madera que lleva en la mano es muy ancho.*

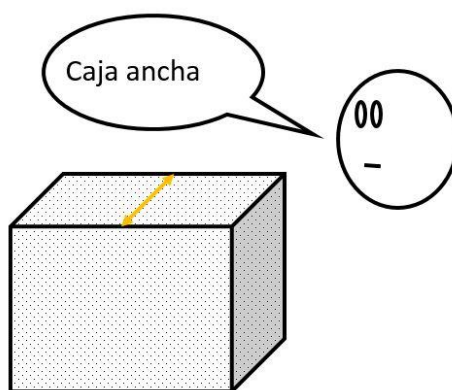


Dimensión que se relaciona con *ancho* —I-3 (adjetivo)— en un objeto sin orientación. En este caso los objetos son *largos*, *anchos* (y *profundos*, si son tridimensionales).

4. Se aplica a objetos con una frontalidad intrínseca u ocasional cuando la medida paralela a su lado frontal es mayor de lo que se considera normal o adecuado. *Una televisión muy ancha.*

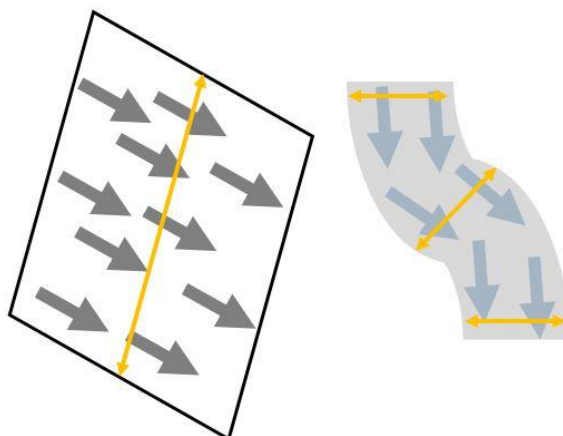


Dimensión que se relaciona con *ancho* —I-4 (adjetivo)— en un objeto con frontalidad intrínseca.



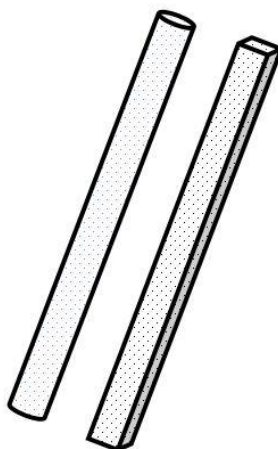
Dimensión que se relaciona con *ancho* —I-4 (adjetivo)— en un objeto con una frontalidad ocasional, atribuida por su posición respecto al observador-hablante.

5. Se aplica a objetos o espacios con una direccionalidad intrínseca cuando su longitud, perpendicular a dicha direccionalidad, es mayor de lo normal o adecuado. *El pasillo era ancho y podía atravesarse con los brazos en cruz.*



Dimensión que se relaciona con *ancho* Ancho —I-5 (adjetivo)— en un en objetos con una direccionalidad intrínseca.

6. Se aplica a objetos cilíndricos o con una dimensión claramente preponderante, cuando el área de su sección transversal es mayor de lo normal o adecuado. *La columna era muy ancha en la base y se estrechaba a medida que subía.*



Objeto cilíndrico alargado (izquierda) y objeto con una dimensión claramente preponderante (derecha).

7. Se aplica a objetos de gran tamaño. *¿Por qué negar a los haitianos en la República Dominicana las oportunidades que, con todo derecho, tantos dominicanos van a buscar por ese ancho mundo que, por fortuna, cada día va siendo menos ajeno? Por informes recibidos de los indios, Balboa tuvo noticia de la existencia de un ancho mar, y con una partida de sesenta y siete compañeros, se lanzó a cruzar selva y montañas para ir en su búsqueda.* [Notas de uso: generalmente antepuesto].

II. ESPACIO (FÍSICO)

1. Se aplica a objetos que recubren o están alrededor de algo cuando no se ajustan a ello. *El sombrero te viene ancho. La funda del estuche está algo ancha.* [Notas de uso: generalmente con *venirle/estarle/quedarle* A ALGUIEN)]

1b. Se aplica a objetos que, ubicados en un lugar, disponen de espacio más que suficiente. *Cuando la gente se fue de vacaciones estábamos muy anchos en la oficina.* [Notas de uso: generalmente con *estar*]

III. ESPACIO (SENTIDO FIGURADO)

1. Se aplica a aquel que se siente libre de un agobio o sin sensación de presión. Desahogado. *Me he quedado ancho después de terminar los deberes. Le dije lo que pensaba y me he quedado ancho.* [Notas de uso: generalmente con *estar, sentirse* o *quedarse*]

- 1b. Se aplica a aquel que no se muestra lo afectado o preocupado que debiera tras algún evento. *Le dije que le iba a despedir y se quedó tan ancho. He aparcado en el paso de cebra y me he quedado tan ancho.* [Notas de uso: generalmente con *quedarse tan*]
2. Se aplica a aquel que se siente puntualmente satisfecho de sí mismo: ufano. *Desde que le dieron el premio está muy ancho. Qué ancho está con su ordenador nuevo.* [Notas de uso: generalmente con *estar* o *ponerse*]
3. Se aplica a aquello que es excesivo para la capacidad, los méritos o los intereses de alguien. *Ese cargo le viene ancho.* [Notas de uso: generalmente con *venirle A ALGUIEN*]

Ancho (sustantivo)

I. DIMENSIÓN

1. Medida del lado horizontal menos extenso en los objetos con una verticalidad intrínseca u ocasional. *El ancho del fútbol no permitía que los rivales se dieran la mano.*
2. Medida del lado horizontal más extenso (o único) en los objetos con una verticalidad intrínseca u ocasional. *El ancho de la caja hacía imaginar lo que contenía. Midió el ancho de la ventana para ver cuántas macetas cabían.*
3. Medida del segundo lado más extenso en los objetos no orientados. *El ancho del taco de madera era tal que no se pudiera coger con una mano.*
4. Medida paralela al lado frontal de los objetos con una frontalidad inherente u ocasional. *El ancho de la televisión nos obligaba a girar la cabeza.*
5. Medida perpendicular a la direccionalidad de los objetos o espacios con una direccionalidad intrínseca. *El ancho del pasillo permitía atravesarlo con los brazos en cruz.*
6. Medida del área de la sección transversal de los objetos cilíndricos o con una dimensión claramente preponderante. *Se empeñó en medir el ancho del palo de billar.*

ASOCIACIONES SINTAGMÁTICAS

A LO ANCHO: En la dirección de la anchura de la cosa de que se trata: ‘Mide cinco metros a lo ancho’.

A TODO LO ANCHO: Expresión menos usada que todo a lo ancho, del mismo significado: ‘Se tiende la red a todo lo ancho del río’.

A MIS [TUS, ETC.] ANCHAS: Con *estar, obrar, quedarse o sentirse*: Sin sentirse cohibido, con entera libertad. Se usa frecuentemente con *despacharse*: ‘Todavía no he tenido ocasión de despacharme a mis anchas con él’.

DOBLE ANCHO: Ancho extraordinario de las telas, aproximadamente doble que el corriente.

TODO A LO ANCHO [A TODO LO ANCHO]: En toda la anchura de la cosa de que se trata: ‘Había un árbol tumbado todo a lo ancho de la carretera’.

Derivados

ANCHAR, ANCHURA, ANCHURÓN, ANCHUROSO, ENANCHAR, ENSANCHAR, ENSANCHADOR, ENSANCHAMIENTO, ENSANCHE

Compuestos

ANCHICORTO, BOQUIANCHO, CABECIANCHO, CARIANCHO, ENTREANCHO

Adjetivos dimensionales (+ANCHURA)

AMPLIO, AMPLIA: Se aplica a aquello que tiene el tamaño o la anchura suficientes para albergar o permitir el paso de algo de forma holgada. *El conde salió por el amplio pasillo hacia el salón, empujando pausadamente su silla de ruedas.*

CORPULENTO, CORPULENTA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño general o un grosor mayor de lo normal. *Dijeron haber visto a la corpulenta criatura con forma de simio, acechando una tarde de la semana pasada, tras el velo de musgo negro que cuelga de altos cipreses en las cenagosas orillas de Turner River Road.*

DESAHOGADO, DESAHOGADA: Se aplica a aquello que tiene el tamaño o la anchura suficientes para albergar o permitir el paso de algo de forma holgada. Especialmente a prendas de vestir. *El oráculo me sugirió que me vistiera de blanco y con falda desahogada para que no mostrara mis protuberancias y contornos.*

DILATADO, DILATADA: Se aplica a aquello que presenta una anchura mayor de lo normal. *Me dijo después la mujer que seguramente el sangrado se debió a que tenía la vena muy dilatada.*

ESPACIOSO, ESPACIOSA: Se aplica a aquello que tiene el tamaño o la anchura suficientes para albergar o permitir el paso de algo de forma holgada. *El Murano, que mide 4,76*

metros de longitud y sólo 1,69 de altura, es muy espacioso por dentro, con gran profusión de huecos para guardar todo tipo de objetos.

HOLGADO, HOLGADA: Se aplica a aquello que tiene el tamaño o la anchura suficientes para albergar o permitir el paso de algo sin estrecheces. *La blusa le venía muy holgada y el pantalón, demasiado corto, no pudo abrochárselo.*

VASTO, VASTA: Se aplica a los espacios que son amplios o extensos. *Vamos hacia atrás, al revés, empujados por la vasta pradera flotante en la que desovan anguilas enormes como serpientes.*

ESTRECH-

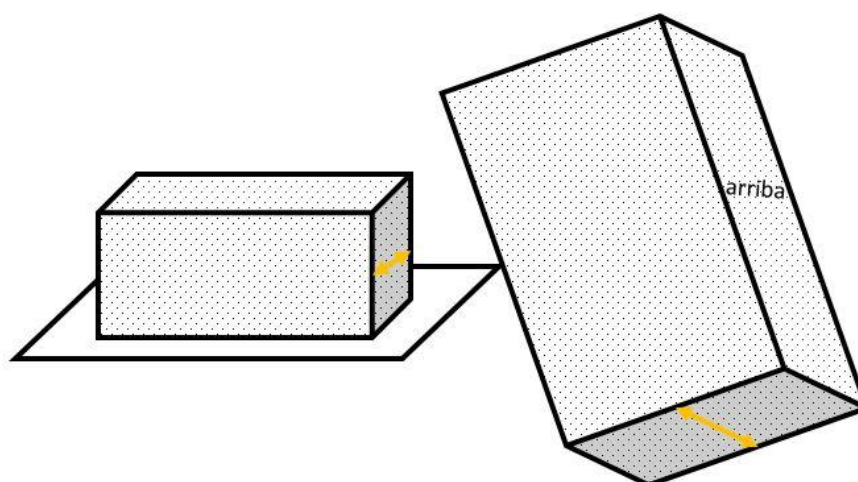
Etimología. Del latín *STRĪCTUS*, participio de *STRĪNGĒRE* (‘estrechar’). Compitió con *angosto* (del latín *ANGŪSTUS*); el español europeo mostró predilección por *estrecho*, mientras que en leonés y en el español americano se prefirió *angosto*.

1ª documentación. Siglo XIII (Corominas y Pascual)

Estrecho, a (adjetivo)

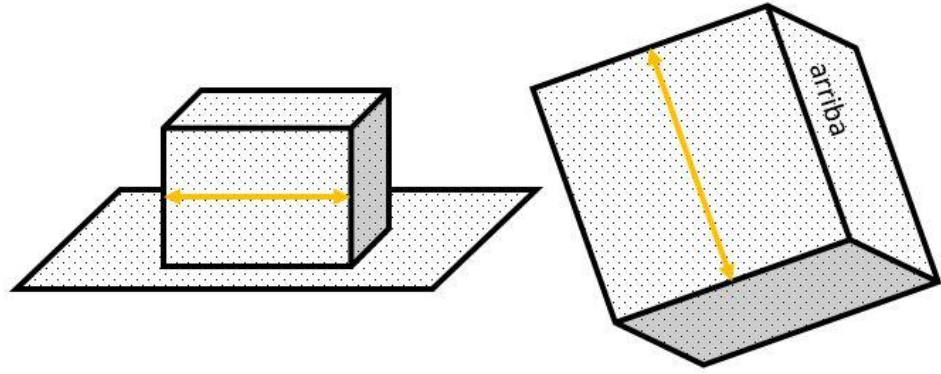
I. DIMENSIÓN (FÍSICA)

1. Se aplica a objetos con una verticalidad intrínseca u ocasional cuando la medida del lado horizontal menos extenso es menor de lo normal o adecuado. *El fútbol era muy estrecho y los jugadores rivales chocaban involuntariamente sus cabezas.*

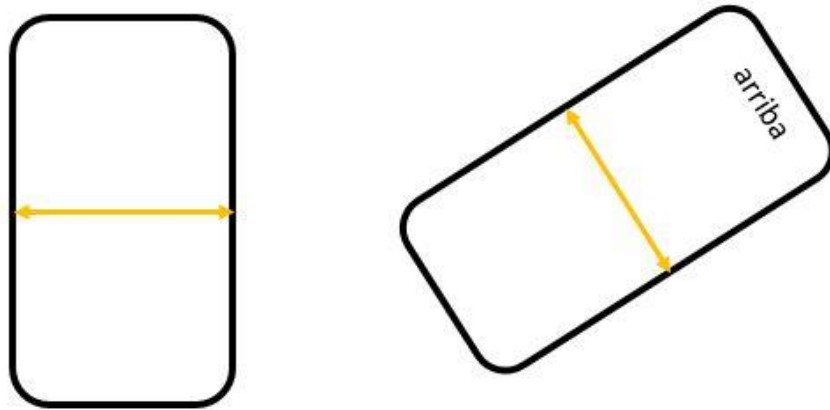


Dimensión que se relaciona con *estrecho* —I-1 (adjetivo)— en un objeto con una verticalidad intrínseca y un lado horizontal claramente preponderante (a la derecha) y con una verticalidad ocasional y un lado horizontal claramente preponderante (a la izquierda). En estos casos los objetos pueden ser *altos/bajos*, *largos/cortos* y *anchos/estremos*.

2. Se aplica a objetos con una verticalidad intrínseca u ocasional cuando la medida del lado horizontal más extenso (o del único, en objetos bidimensionales) es menor de lo que se considera normal o adecuado. *Esta bolsa de aseo es más estrecha; en ella no cabe el cepillo eléctrico. La ventana era muy estrecha y no permitía que entrara una persona gorda.*

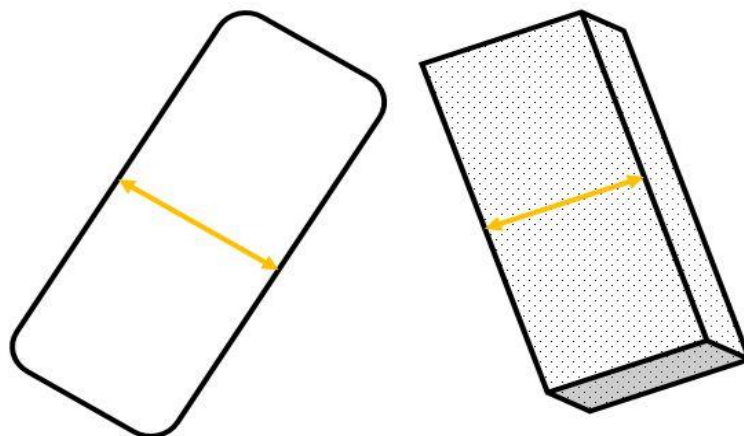


Dimensión que se relaciona con *estrecho* —I-2 (adjetivo)— en un objeto tridimensional con una verticalidad intrínseca y sin lados horizontales claramente preponderantes (a la derecha) y con una verticalidad ocasional y sin lados horizontales claramente preponderante (a la izquierda). En estos casos los objetos pueden ser *altos/bajos*, *anchos/estrechos* y *profundos/poco profundos*.



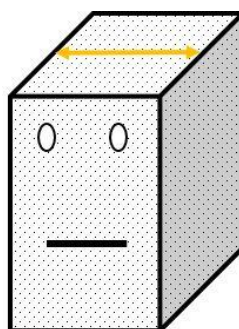
Dimensión que se relaciona con *estrecho*—I-2 (adjetivo)— en un objeto bidimensional con una verticalidad intrínseca (a la derecha) y con una verticalidad ocasional (a la izquierda).

3. Se aplica a objetos no orientados cuando la medida del segundo lado más extenso es menor de lo que se considera normal o adecuado. *Un terrón de azúcar muy estrecho.*

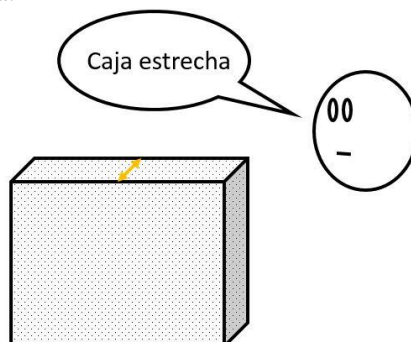


Dimensión que se relaciona con *estrecho* —I-3 (adjetivo)— en un objeto sin orientación. En este caso los objetos pueden ser *largos/cortos*, *anchos/estrechos* (y *profundos/poco profundos*, si son tridimensionales).

4. Se dice de los objetos con una frontalidad intrínseca u ocasional cuando la medida paralela a su lado frontal es menor de lo que se considera normal o adecuado. *Una lavadora muy estrecha.*

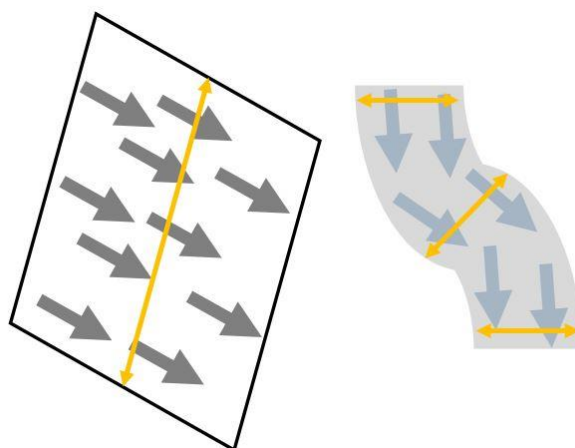


Dimensión que se relaciona con *estrecho* —I-4 (adjetivo)— en un objeto con una frontalidad intrínseca.



Dimensión que se relaciona con *estrecho* —I-4 (adjetivo)— en un objeto con una frontalidad ocasional, atribuida por su posición respecto al observador-hablante.

5. Se aplica a objetos o espacios con una direccionalidad intrínseca cuando su longitud, perpendicular a dicha direccionalidad, es menor de lo normal o adecuado. *El pasillo era estrecho e íbamos rozando las paredes con los hombros.*



Dimensión que se relaciona con *estrecho* —I-5 (adjetivo)— en un objeto con una direccionalidad intrínseca.

II. ESPACIO (FÍSICO)

1. Se aplica a objetos que recubren o está alrededor de algo cuando se ajustan demasiado a ello. *El sombrero te viene estrecho. La funda del estuche queda algo estrecha.* [Notas de uso: generalmente con *venirle/estarle/quedarle* A ALGUIEN]
- 1b. Se aplica (con *estar*) a objetos que no tienen espacio suficiente. *Siempre le dije a la comunidad académica que no estamos estrechos, sino mal distribuidos.*
- 1c. Se aplica aquello que difícilmente permite algún cambio. *Su inglés tiene un estrecho margen de mejora.* [Notas de uso: generalmente con *margen de* + EVENTO-CAMBIO].

III. ESPACIO (FIGURADO)

1. Se aplica a relaciones cercanas o íntimas. *El estrecho parentesco entre Sitio y Lugar es probablemente más directo en lengua latina y en sus derivados que en el alemán.*
- 1b. Por extensión se aplica también a aquello que está implicado en las relaciones cercanas o íntimas. *Llamó a quien las autoridades han identificado como el 'Hombre del Overol', estrecho amigo y socio de 'Don Efra'.*

IV. ADECUACIÓN

1. Se aplica a entidades que se presentan de manera insuficiente o muy justa. *Anda un poco estrecho de dinero por dejarse llevar por la pasión de las compras. En*

las entregas de la cartografía por departamentos no estamos estrechos de tiempo.

V. CONDICIÓN HUMANA

1. Se aplica a las personas que muestran rigidez en las ideas o principios, particularmente, respecto a las relaciones sexuales. *Es muy estrecho y todo tiene que estar como a él le gusta. Está desesperado porque su novia es muy estrecha.*
2. Se aplica a las personas que son miserables o tacañas. *Es un tío muy estrecho y nunca va a hacer nada por ti.*

Estrecho (sustantivo)

I. ACCIDENTE GEOGRÁFICO

1. Paso angosto comprendido entre dos tierras y por el cual se comunica un mar con otro. *Hace unos trece mil años la especie humana pasó de Asia a América del Norte a través de lo que hoy es el estrecho de Bering, que entonces era un pasillo de tierra y hielo.*

Derivados

ESTRECHAR, ESTRECHURA, ESTRECHAMIENTO, ESTRECHEZ, ESTRECHÓN

Adjetivos dimensionales (-ANCHURA)

AJUSTADO, AJUSTADA: Se aplica a las prendas que quedan prietas. *Visten un ponchito de lana ordinaria, de colores tristes, un pantalón ajustado que sólo llega a media pierna y unas ojotas.*

ANGOSTO, ANGOSTA: Se aplica a aquello que es escasamente amplio. *Ante mí se abría un pasillo angosto que iba a morir a una sala en forma de semicírculo.*

APRETADO, APRETADA: Se aplica a las prendas que quedan prietas. *Lleva vaqueros apretados, una camiseta y gafas de sol.*

DELGADO, DELGADA: Se aplica a aquello que tiene un grosor menor de lo normal o adecuado. *Al finalizar guardó el laúd en su estuche, prendió una rama delgada de mirra y destapó una botella de vino del Rhin.*

FINO, FINA (1): Se aplica a aquello que es delgado. *Se enroscó estrechamente a mí, hechos enredadera sus largas piernas y sus finos brazos.*

FINO, FINA (2): Se aplica a las personas que son delgadas, esbeltas y de facciones delicadas. *Estaba casado con la “Plasedes de Manuel”, una mujer alta y fina, bastante apañada.*

JUSTO, JUSTA: Se aplica a aquello que no tiene el tamaño o la anchura suficientes para albergar o permitir el paso de algo de forma holgada. *Con una falda justita negra o un pitillo negro y taconazos tiene que quedar genial*

PRIETO, PRIETA: Se aplica a las prendas que quedan ajustadas. *Recuerdo que el hombre-toro de la camiseta prieta estaba guardando un walkie-talkie en una mochila.*

LARG-

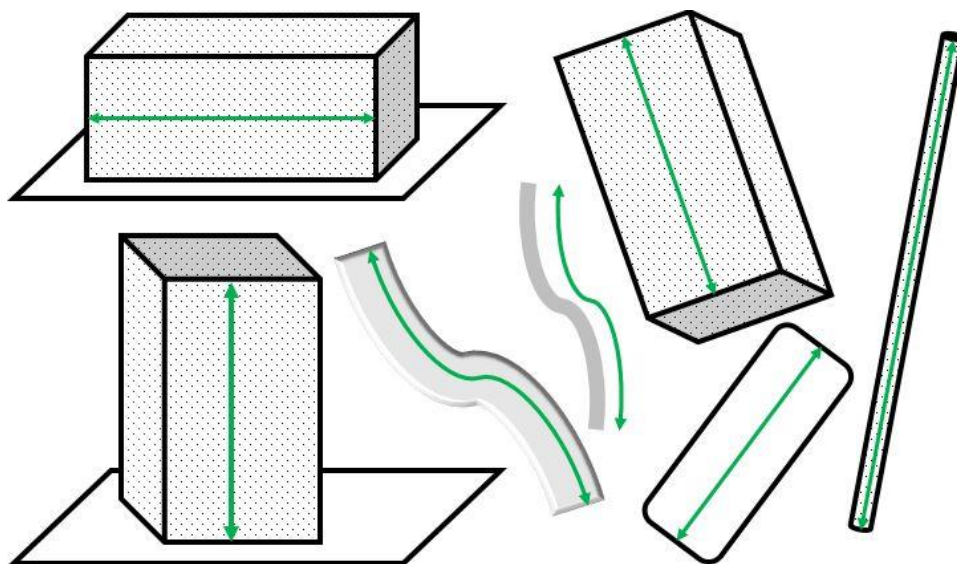
Etimología. Del latín LARGUS ‘abundante, considerable’, ‘liberal, generoso’. Hubo de competir con *luengo* ‘largo’ (del latín LŎNGUS ‘largo’), al que acabó desplazando. Aparece el adjetivo *luengo* desde los primeros textos romances, aunque a partir del siglo XVI, en español empieza a perder vitalidad y cede su espacio a *largo*.

1ª documentación. Orígenes del idioma (Corominas y Pascual)

Largo, a (adj.)

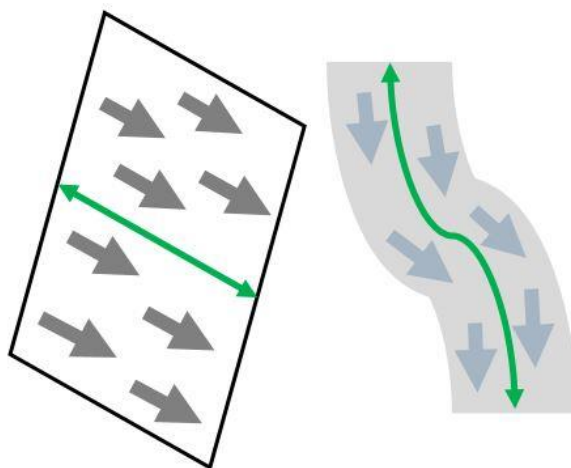
I. DIMENSIÓN (FÍSICA)

1. Se aplica a objetos cuando una de sus medidas es preponderante y mayor de lo que se considera normal o adecuado. *El sofá era muy largo y me pude tumbar en él con los brazos extendidos. La botella era muy larga y no entraba en el botellero. El jugador de baloncesto no tuvo problemas para dormir porque la cama era muy larga. El folio era muy largo. En la mano tenía dibujadas unas líneas muy largas. El túnel era muy margo, pero se cruzaba rápido.*



Dimensión que se relaciona con *largo* —I-1 (adjetivo)— en objetos con una dimensión preponderante respecto a las demás. Aunque estos objetos tuvieran una cara frontal, o se situasen frente a un observador, por el hecho de contar con un lado claramente preponderante, este podría relacionarse siempre con su LONGITUD.

2. Se aplica a entidades con una direccionalidad intrínseca cuando su longitud, paralela a dicha direccionalidad, es mayor de lo normal o adecuado. *El pasillo es muy largo y uno se cansa si lo atraviesa rápido. Las estalactitas son muy largas y hay que agacharse. El camino es largo y curvo. Los camellos son ideales para recorrer largas distancias por el desierto. El recorrido previsto para mañana es muy largo.*



Objetos con una direccionalidad intrínseca. La dimensión que se relaciona con *largo* —I-2 (adjetivo)— es paralela a su direccionalidad.

3. Se aplica a medidas que se consideran subjetivamente prolongadas. *Recorrió tres largos kilómetros bajo una lluvia incesante.* [Notas de uso: generalmente antepuesto]

II. DESPLAZAMIENTO-DISTANCIA

1. Se aplica a eventos asociados con el desplazamiento de un objeto cuando este cubre una distancia o un trayecto más extenso de lo normal o adecuado. *El pueblo está muy lejos, por lo que el viaje fue muy largo. El pueblo está muy cerca, pero es un viaje muy largo por las vueltas que hay que dar para llegar. El central del equipo realiza muchos pases largos a los delanteros.*

1b. Por extensión, se aplica también a los propios objetos desplazados o causantes del desplazamiento cuando este es más extenso de lo normal o adecuado. *Los equipos pequeños abusan de los balones largos a los delanteros.*

III. FORMA

1. Se aplica a los objetos que son alargados, es decir, que tienen una dimensión claramente preponderante respecto a las otras. *Para este salón necesitamos una mesa larga; ni redonda, ni cuadrada.*

IV. APROXIMACIÓN

1. Se aplica a una expresión de medida o cantidad para indicar que esta se queda ligeramente corta. *Con aquello al hombro, que pesaba sus veinte kilos largos, llegué hasta la calle de Alcalá.*

V. DURACIÓN

1. Se aplica a un evento cuando dura más de lo que se considera normal o adecuado. *El pueblo está muy cerca, pero el viaje es largo porque el tren va muy despacio.*

1b. Se dice también de aquello que lleva asociado un evento cuando este dura más de lo que se considera normal o adecuado. *Es un libro muy largo: pasa de mil páginas. Una canción más larga que algunos discos. Fue una decisión muy larga que requirió pensar mucho.*
2. Se aplica a un evento o a un periodo de tiempo cuando este se percibe subjetivamente como muy duradero. *Estuve sin poder respirar un largo minuto. Ha sido una larga tarde: hemos hecho muchísimas cosas.*

VI. CANTIDAD O INTENSIDAD

1. Se aplica a aquello que es abundante, intenso o frecuente. *Lo consiguió tras largos intentos. Estuvo largas tardes esperándole: las de todos los fines de semana durante siete años. Un cirujano de larga experiencia siempre ofrece más seguridad. Hacía largo tiempo que no le veía. Estuvo ausente largos años: unos cincuenta, creo. Largo de palabra. Largo de explicaciones. Largo en trabajar.*

VII. CONDICIÓN HUMANA

1. Se aplica a las personas generosas. *Es un hombre muy largo (en dar).*
2. Se aplica a las personas astutas. *Es un tío muy largo, así que ten cuidado con él.*

***Largo* (sustantivo)**

I. DIMENSIÓN

1. Medida de la más extensa de las dimensiones de un objeto cuando esta es claramente preponderante respecto a las otras. *Midieron el largo de la valla siguiéndola y contando sus pasos.*

2. Medida paralela a la direccionalidad de los objetos. *Caminaba al tiempo que con sus pasos calculaba el largo del pasillo.*
3. Reducción a partir de *largometraje*. *Tras un par de cortometrajes se ha lanzado a rodar su primer largo.*

Larga (sustantivo)

I. PIEZA

1. Pedazo de suela o de fieltro que ponen los zapateros en la parte posterior de la horma para que salga más largo el zapato. *Le puso largas a los zapatos para que no le quedaran pequeños.*

II. APLAZAMIENTO

1. Retardación del cumplimiento de algún tipo de compromiso u obligación. *No me dice que no, pero me va dando largas. Su intención es dar largas al asunto.* [Véase la asociación sintagmática DAR LARGAS]

Largo (adverbio)

I. UBICACIÓN

1. Se aplica a aquello que se produce o se encuentra en una posición relevantemente más lejana de lo que se considera normal o adecuado. *Vive muy largo de aquí y da pereza ir a visitarlo.*

II. DESPLAZAMIENTO-DISTANCIA

1. Se aplica a eventos asociados con el desplazamiento de un objeto cuando dicho objeto alcanza (respecto a su origen) un punto más lejano de lo normal o adecuado. *El portero sacó largo y los delanteros lucharon por el balón.*

Largo (interjección)

1. Se utiliza para ahuyentar o echar violentamente a alguien de un lugar. *¡Largo! ¡Largo de aquí!*

ASOCIACIONES SINTAGMÁTICAS

A LA CORTA O A LA LARGA: Significa que la cosa de que se trata ocurrirá más pronto o más tarde.

A LA LARGA: Después de pasar tiempo o de ocurrir todo lo que tiene que ocurrir: ‘A la larga te alegrarás de haberlo hecho’.

A LO LARGO (1): Longitudinalmente: ‘Partir un listón a lo largo’.

A LO LARGO (2): Siguiendo una cosa o el borde de una cosa en sentido longitudinal: ‘Una fila de árboles a lo largo del paseo. Las tropas formaron a lo largo del trayecto de la comitiva’. Junto con *ir*, *pasar*, etc., significa marchando por el camino que se expresa: ‘Fuimos a lo largo de la vía del tren’.

A LO LARGO (3): A lo lejos: ‘Se veían a lo largo las velas de los barcos’.

A LO LARGO DE: Durante: ‘El cielo se irá despejando a lo largo del día’.

A TODO LO LARGO [o todo a lo largo]: En toda la longitud de la cosa de que se trata: ‘Pusieron guirnalda a todo lo largo de la calle’.

CUAN LARGO: Todo lo largo que.

DAR LARGAS: Retrasar deliberadamente con pretextos o promesas el hacer o resolver alguna cosa: ‘No me dice que no, pero me va dando largas. Su intención es dar largas al asunto’. [Véase LARGA (sustantivo)]

DE LARGO (1): Desde mucho tiempo antes: ‘Eso viene de largo’.

DE LARGO (2): Con vestidos que llegan hasta los pies.

IR UNA COSA PARA LARGO: Faltar mucho tiempo para que se realice: ‘La boda va para largo’.

LARGO DE LENGUA: Maldiciente o imprudente en lo que dice.

LARGO DE MANOS (1): Propenso a golpear a otros.

LARGO DE MANOS (2): Se dice del que acostumbra a hurtar o robar.

LARGO Y TENDIDO: Con *hablar* o verbo equivalente, mucho: ‘Me habló largo y tendido de sus proyectos’.

LUZ LARGA: En un automóvil, la que ilumina más distancia.

MANO LARGA [O MANOS LARGAS] (1): Propensión a golpear, particularmente a los niños.

MANO LARGA [O MANOS LARGAS] (2): Inclínación al hurto.

MUY LARGO ME LO FIAIS [ME LO FÍAS, ETC.]: Expresión con que se muestra desconfianza de que se realice algo que se anuncia o promete con mucha anticipación.

PARA LARGO V. *ir una cosa para largo*.

PASAR DE LARGO: Pasar por cierto sitio o por donde está una persona sin entrar o sin detenerse: ‘Venía en dirección a mi casa, pero pasó de largo. Me vio, y pasó de largo’.

PONER [O PONÉRSELE] LOS DIENTES LARGOS A ALGUIEN: Despertar en él o concebir él mismo vivo deseo de una cosa.

PONER[SE] DE LARGO: Vestir por primera vez una joven vestidos de mujer o celebrar una fiesta a la que se da carácter de inauguración de su vida de sociedad.

PONERSE DE TIROS LARGOS: Muy bien vestido, como para una fiesta o una ocasión solemne: ‘Se puso de tiros largos para ir a visitar al tío de su novia’.

PUESTA DE LARGO: Evento en el que una joven viste por primera vez vestidos de mujer o se presenta en sociedad.

TODO LO LARGO QUE: Con *caer*, *estar tumbado* o expresiones equivalentes y el verbo *ser* al final: Con el cuerpo tocando en toda su longitud con el suelo o el sitio de que se trata: ‘Estaba tumbado en la arena todo lo largo que era’.

Derivados

ALARGAR, ALARGADERA, ALARGADO, ALARGADOR, ALARGAMIENTO, ALARGUE, LARGOR, LARGURA, LARGUEADO, LARGUEZA, LARGUERO, LARGUIRUCHO, LARGAR, LARGUEADO

Compuestos

CARILARGO, CUELLILARGO, LARGOMETRAJE, LARGOMIRA, LENGÜILARGO, MANILARGO, PASILARGO, PATILARGO, PELILARGO, PIERNILARGO, RABILARGO, ZANQUILARGO

Adjetivos dimensionales (+LONGITUD)

PROLONGADO, PROLONGADA: Se aplica a aquello que tiene una longitud mayor de lo normal o adecuado. *Como la prolongada cuerda de la guitarra, cuando la mente recibe el ataque con la más ligera agitación, lo único que le queda por hacer es vibrar.*

CORT-

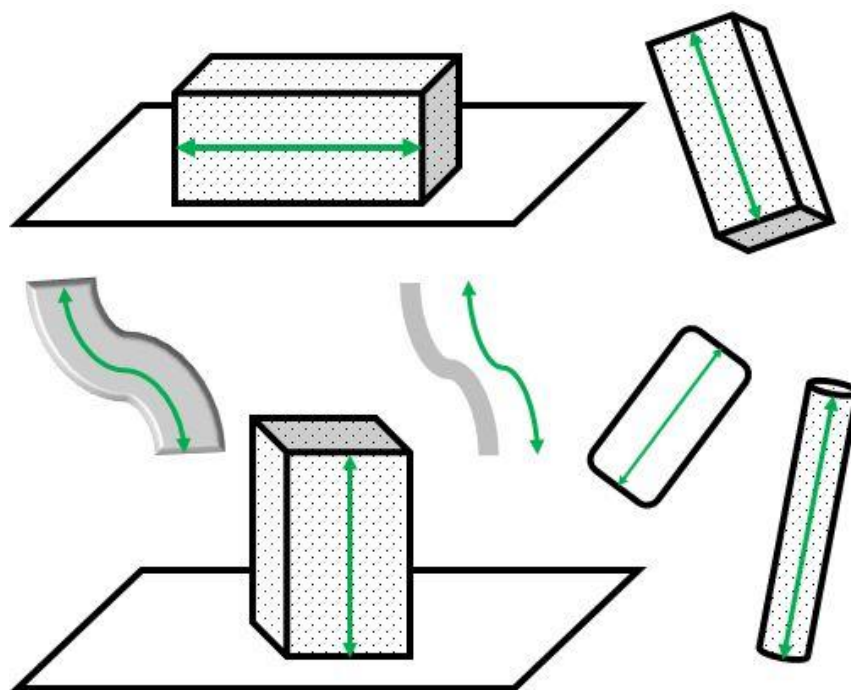
Etimología. Del latín CŪRTUS ‘truncado’, ‘cortado’, ‘incompleto’.

1ª documentación. Siglo XI (Corominas y Pascual)

Corto, a (adj.)

I. DIMENSIÓN (FÍSICA)

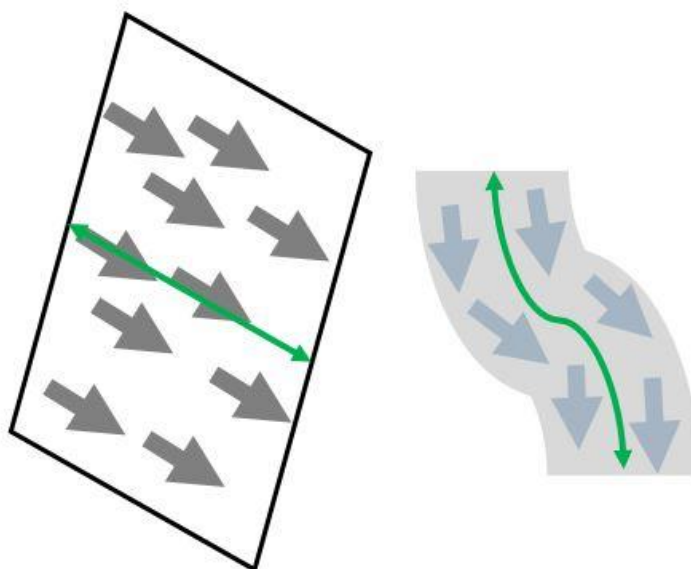
1. Se aplica a objetos cuando una de sus medidas es preponderante pero menor de lo que se considera normal o adecuado. *El sofá era muy corto y no me pude tumbar en él con los brazos extendidos. Aunque era una botella alargada, en el botellero se veía claramente que era más corta que las otras. El jugador de baloncesto tuvo problemas para dormir porque la cama era corta. En la mano tenía dibujadas unas líneas muy cortas.*



Dimensión que se relaciona con *corto* —I-1 (adjetivo)— en objetos con una dimensión preponderante respecto a las demás. Aunque estos objetos tuvieran una cara frontal, o se situasen frente a un observador, por el hecho de tener un lado claramente preponderante, este tendería a relacionarse siempre con su longitud.

2. Se aplica a entidades con una direccionalidad intrínseca cuando su longitud, paralela a dicha direccionalidad, es menor de lo normal o adecuado. *El pasillo es*

muy corto y se atraviesa en dos pasos. Las estalactitas son muy cortas, así que deben ser relativamente recientes. El camino es corto pero muy curvo. No hacen falta camellos para recorrer distancias cortas por el desierto.



Objetos con una direccionalidad intrínseca. La dimensión que se relaciona con *corto* —I-2 (adjetivo)— es paralela a su direccionalidad.

3. Se aplica a medidas que se consideran subjetivamente poco prolongadas. *Apenas dieciséis cortos kilómetros separan estos dos países escandinavos.* [Notas de uso: generalmente antepuesto]

II. DESPLAZAMIENTO-DISTANCIA

1. Se aplica a eventos asociados con el desplazamiento de un objeto cuando este cubre una distancia o un trayecto menos extenso de lo normal o adecuado. *El pueblo está muy cerca, por lo que el viaje fue muy corto. Por los túneles el viaje es bastante corto. El central del equipo realiza muchos pases cortos a los laterales.*
 - 1b. Por extensión, se aplica también a los propios objetos desplazados o causantes del desplazamiento cuando este es menos extenso de lo normal o adecuado. *Juegan siempre con balones cortos para mantener la posesión.*

III. DURACIÓN

1. Se aplica a un evento cuando dura menos de lo que se considera normal o adecuado. *El pueblo está muy lejos, pero el viaje es corto porque el tren va muy deprisa.*

1b. Se dice también de aquello que lleva asociado un evento cuando este dura menos de lo que se considera normal o adecuado. *Me gustan las novelas cortas que se leen en un par de horas. Como sus canciones son tan cortas sus discos apenas duran veinte minutos.*

2. Se aplica a un evento o a un periodo de tiempo cuando este se percibe subjetivamente como poco duradero. *Nos dejaron vernos solo durante cinco cortos minutos.*

IV. CANTIDAD O INTENSIDAD

1. Se aplica a aquello que es poco abundante, escaso. *Su corta experiencia lo inhabilita para el cargo. La ración es corta. Un café corto.*

V. CONDICIÓN HUMANA

1. Se aplica a las personas poco inteligentes. *Es un hombre muy corto y hay que explicárselo todo siete veces.*
2. Se aplica a las personas tímidas. *Es muy corto y le cuesta mucho conocer chicas.*
3. Se aplica a las personas parcas en palabras. *Es muy corto y apenas sabemos qué tal habla nuestro idioma.*

Corto (sustantivo)

I. DIMENSIÓN

1. Reducción a partir de *cortometraje*. *Prefiere rodar dos o tres cortos antes de lanzarse a hacer largometrajes.*

Corto (adverbio)

I. DESPLAZAMIENTO-UBICACIÓN

1. Se aplica a aquellos eventos asociados con el desplazamiento de un objeto cuando dicho objeto alcanza (respecto a su origen) un punto menos lejano de lo normal o adecuado. *En el tenis me gusta sacar corto, haciendo una especie de dejada.*

ASOCIACIONES SINTAGMÁTICAS

A LA CORTA O A LA LARGA: Significa que la cosa de que se trata ocurrirá más pronto o más tarde.

ATAR [EN] CORTO A ALGUIEN: Obligarle con severidad a hacer lo que debe.

DE CORTO [IR DE, PONER(SE) DE]: Aplicado a los niños muy pequeños, ya con vestidos que no les cubren los pies.

CORTO DE VISTA (1): Miope.

CORTO DE VISTA (2): Poco perspicaz.

LUZ CORTA: En un automóvil, la que ilumina menos distancia.

NI CORTO NI PEREZOSO: Se usa para indicar que alguien obra con decisión o descaro en determinada circunstancia: ‘Como se había equivocado, ni corto ni perezoso dio marcha atrás hasta llegar al desvío’.

ONDA CORTA: Onda hertziana de menos de 50 m de longitud.

QUEDARSE CORTO (1): Hablando de un disparo o de quien lo hace, quedarse más acá del blanco.

QUEDARSE CORTO (2): Hacer, coger, etc., de una cosa menos de lo necesario o conveniente: ‘Te quedaste corto en la provisión de gasolina’.

QUEDARSE CORTO (3): Decir, a pesar de decir mucho, menos de lo que la cosa de que se trata merece: ‘Me hablaron muy mal de esto, pero aún se quedaron cortos’.

TELÓN CORTO: Telón que se coloca momentáneamente muy cerca de la embocadura, dejando espacio para que algún o algunos actores tengan una breve actuación, por ejemplo diciendo algo al público.

Derivados

ACORTAR, CORTAR, CORTA, CORTABLE, CORTADA, CORTADURA, CORTANTE, CORTE, ENTRECORTAR, ENTRECORTADURA, ENTRECORTADO, RECORTAR, RECORTADO, RECORTADURA, RECORTE

Compuestos

ALICORTAR, ALICORTO, CORNICORTO, CORTABOLSAS, CORTACALLOS, CORTACÉSPED, CORTACIGARROS, CORTACIRCUITOS, CORTACORRIENTE, CORTAFRÍO, CORTAFUEGO, CORTALÁPICES, CORTAPIÉS, CORTAPLUMAS, CORTAPUROS, CORTAVIENTO, CORTOCIRCUITAR, CORTOCIRCUITO [CORTO CIRCUITO], CORTOMETRAJE, CUELLICORTO, LENGÜICORTO, MANICORTO, PASICORTO, PATICORTO, PELICORTO, P(I)ERNICORTO

Adjetivos dimensionales (-LONGITUD)

CHATO, CHATA: Se aplica a aquello que tiene menos relieve, longitud o elevación de lo normal. *Tenía una cresta ósea en forma de casco, como su pariente el *Corythosaurus*, pero más chata y ancha.*

PROFUND-

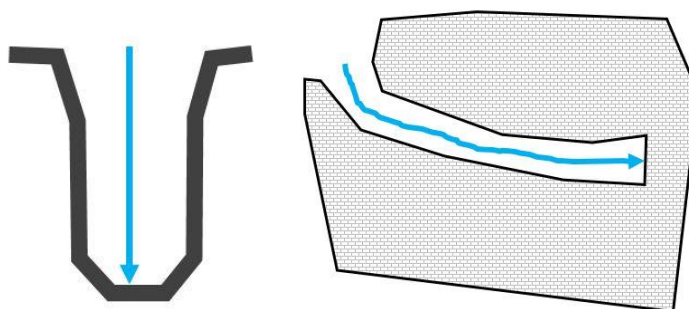
Etimología. Del latín PROFŪNDUS, étimo que también tuvo que servir de referencia para la creación de *hondo* (siglo XIII).

1ª documentación. Siglo XIV (Corominas y Pascual)

Profundo (Adjetivo)

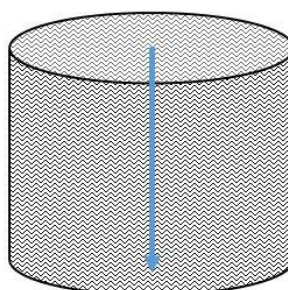
I. DIMENSIÓN (FÍSICA)

1. Se aplica a recipientes o cavidades cuando el espacio o trayecto que separa la abertura del fondo es mayor de lo normal o adecuado. *La cueva es tan profunda que en su fondo no hay luz. El jarrón era muy profundo y las flores casi no asomaban.*



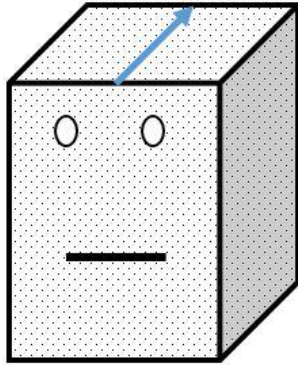
Dimensión que se relaciona con *profundo* —I-1 (adjetivo)— en un recipiente (izquierda) y en una cavidad (derecha).

2. Se aplica a una masa líquida cuando la medida vertical que va de la superficie al fondo es mayor de lo normal o adecuado. *Este barco solo puede navegar en ríos muy profundos.*

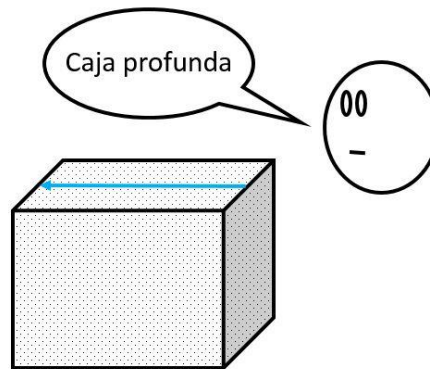


Dimensión que se relaciona con *profundo* —I-2 (adjetivo)— en una masa líquida.

3. Se aplica a los objetos con una frontalidad intrínseca u ocasional cuando la medida perpendicular a su lado frontal es mayor de lo que se considera normal o adecuado. *El ordenador es antiguo y tiene una pantalla muy profunda.*

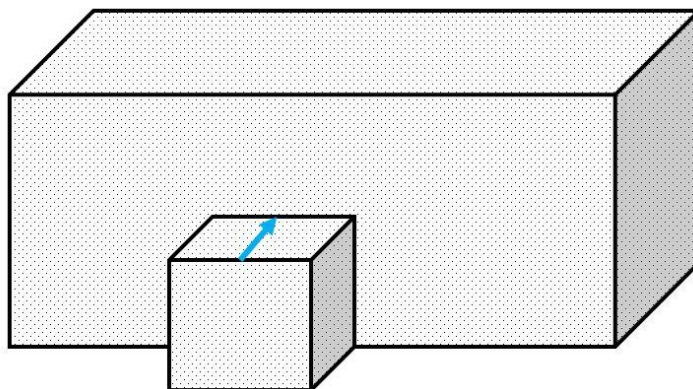


Dimensión que se relaciona con *profundo* —I-3 (adjetivo)— en un objeto con una frontalidad inherente. Este objeto tendría también un *ancho* y un *alto*. Si una de sus dimensiones fuera preponderante, esta podría pasar a ser la *longitud* del objeto.



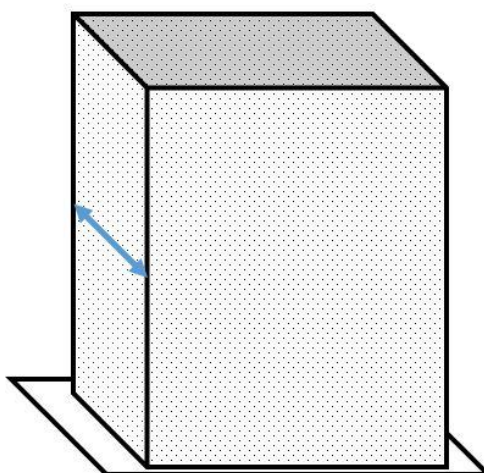
Dimensión que se relaciona con *profundo* —I-3 (adjetivo)— en un objeto con una profundidad ocasional. Sobre este objeto podrían aplicarse los adjetivos *profundo*, *ancho* y *alto*. Si una de las dimensiones fuera claramente preponderante, podría pasar a ser la *longitud* del objeto.

4. Se aplica a los objetos que se sitúan contiguos a una pared (o a una superficie similar) cuando la medida perpendicular a esta es mayor de lo normal o adecuado. *Quiero estanterías muy profundas para que no sobresalga ningún libro.*



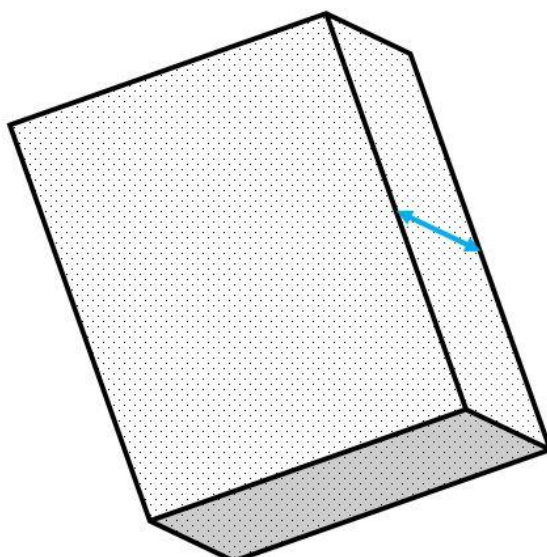
Dimensión que se relaciona con *profundo* —I-4 (adjetivo)—. Este objeto tendría también un *ancho* (perpendicular a la profundidad) y un *alto*. Si una de las dimensiones fuera claramente preponderante, podría pasar a ser la LONGITUD del objeto.

5. Se aplica a objetos orientados verticalmente cuando la menor de sus medidas horizontales es mayor de lo normal o adecuado. *Uno de los monolitos de la construcción prehistórica es bastante profundo.*



Dimensión que se relaciona con *profundo* —I-5 (adjetivo)— en un objeto orientado solo verticalmente: dimensión del lado horizontal menos extenso. El objeto es también *alto* (o *largo*) (en vertical) y *ancho* (en horizontal). Cuanto más parecida sea la forma del objeto a la de una lámina, más habitual será que en vez de a PROFUNDIDAD se recurra al concepto GROSOR.

6. Se aplica a objetos no orientados cuando la menor de sus medidas es mayor de lo normal o adecuado. *En la película 2001 hay un monolito que flota cerca de Júpiter y que no es muy profundo, al menos comparado con los de la construcción prehistórica.*

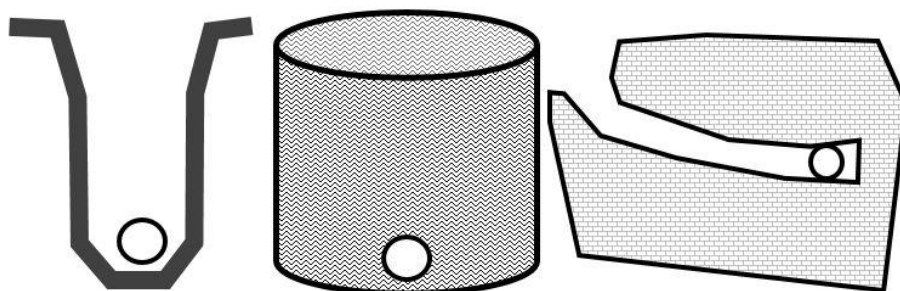


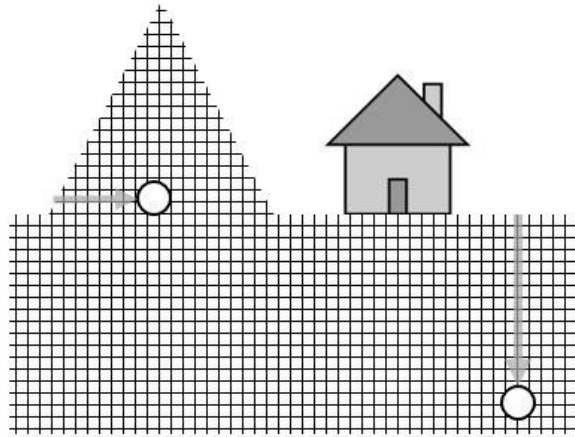
Dimensión que se relaciona con *profundo* —I-6 (adjetivo)— en un objeto no orientado. El objeto tendría también un *largo* (la mayor de sus medidas) y un *ancho* (la intermedia). Cuanto más parecida sea la forma del objeto a la de una lámina, más habitual será que en vez de a PROFUNDIDAD se recurra al concepto GROSOR.

7. Se aplica a un terreno de difícil tránsito, debido a su extensión y espesura. *El bosque era muy profundo y les llevó horas atravesarlo.*

II. UBICACIÓN

1. Se aplica a aquello que se produce o se encuentra dentro una entidad en una posición más alejada de lo regular con respecto a la superficie o abertura de esta. *Perforarán el hielo antártico para encontrar yacimientos profundos. En el 2012 se abrirá un túnel en la montaña para localizar las vetas más profundas. Los vulcanólogos no detectaron explosiones profundas que indicaran un cambio de comportamiento. Esas semillas son de germinación profunda.*



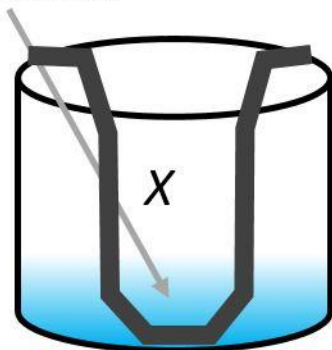


Ubicación a la que hace referencia *profundo* —II-1 (adjetivo)— en un recipiente (arriba a la izquierda), en una masa de agua (arriba en el centro), en una cavidad (arriba a la derecha) y en masas sólidas (abajo).

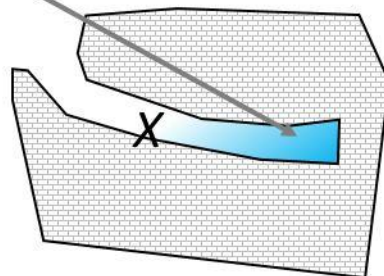
III. UBICACIÓN DE UNA PARTE RESPECTO A UN TODO

1. Se aplica a la parte más alejada de la abertura o superficie de un recipiente, una cavidad o una masa líquida. *La exploración del mar profundo ha constituido en las cuatro últimas décadas uno de los mayores desafíos para la ciencia y la tecnología modernas.*

X profundo



X profundo



Parte de un todo a la que hace referencia *profundo* —III-1 (adjetivo)— en un recipiente (izquierda), en una masa de agua (izquierda, superpuesto) y en una cavidad (derecha).

IV. UBICACIÓN DE UNA PARTE RESPECTO A UN TODO (SENTIDO FIGURADO)

1. Se aplica a la parte de una entidad que está más relacionada con su esencia y, en especial, a la parte de un territorio que presenta menos influencia del mundo exterior. *Esas cosas todavía pasan en la España profunda. La ética romántica será decisiva para llegar al alma profunda de las masas sociales.*

1b. Por extensión, se aplica a entidades relacionadas con dicha parte. *Está en andaluz profundo, pero se entiende bien.*

V. DESPLAZAMIENTO-UBICACIÓN

1. Se aplica a eventos asociados con el desplazamiento de un objeto cuando este alcanza el fondo de una cavidad o penetra en algo hasta un punto más hondo de lo normal o adecuado. *Perforación profunda. Movía una y otra vez las caderas, penetrándola con largas y profundas embestidas.*

1b. Por extensión, se aplica también a los propios objetos desplazados o causantes del desplazamiento cuando este alcanza el fondo de una cavidad o penetra en algo hasta un punto más hondo de lo normal o adecuado: *raíces profundas.*

VI. SONIDO (UBICACIÓN EN SENTIDO FIGURADO)

1. Se dice de un sonido o algún tipo de emisión que, por su resonancia, parece proceder del fondo de una gran cavidad. *Su voz profunda imponía respeto.*

VII. PROFUNDIDAD (SENTIDO FIGURADO)

1. Se aplica a lo que está relacionado con la esencia de las cosas y, especialmente, de lo humano. *Son poemas profundos: llenos de sentimientos. Pensamientos profundos sobre el sentido de la vida. Un cambio profundo en el organigrama técnico.*
2. Se aplica a aquello que se manifiesta de un modo más intenso de lo regular: *profundo silencio, profunda oscuridad.*

2b. Por extensión, se aplica a aquello que presenta de forma intensa o muy arraigada las propiedades típicas con que se asocia: *un profundo admirador de los andaluces, un profundo enamorado de la naturaleza.*

Profundo (adverbio)

I. DESPLAZAMIENTO

1. Se dice de una acción que lleva asociado un desplazamiento de un objeto cuando este alcanza el fondo de una cavidad o penetra en algo hasta un punto más hondo de lo normal o adecuado. *Respira profundo. Él la cogía de las caderas y embestía profundo.*

Derivados

PROFUNDIDAD, PROFUNDIZACIÓN, PROFUNDIZAR

Adjetivos dimensionales (+PROFUNDIDAD)

ABISMAL: Se aplica a aquello que tiene una gran profundidad y resulta insondable. *Alguien enterró la llave en el fondo de un lago abismal.*

HONDO: Se aplica a aquello que tiene una gran profundidad. *Crecí creyendo que si hacías un agujero muy hondo llegabas a China.*

INSONDABLE: Se aplica aquello que, por su profundidad u otro motivo, presenta un fondo que resulta inalcanzable. *Lo demás fue preguntar el poeta y extenderse en detalles el campesino sobre la leyenda de una laguna insondable cuyas aguas escondían el secreto de crímenes terribles.*

SOMER-

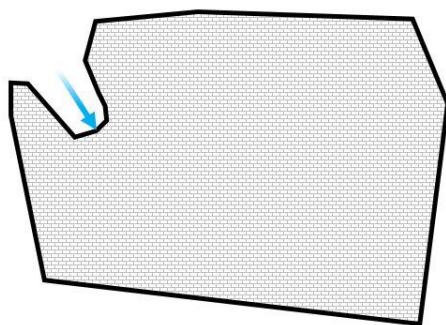
Etimología. La forma (derivada de un étimo SUMMARIUS) que desde las primeras etapas del idioma sustituyó a los términos procedentes de SUMMUS (‘más alto’) como adjetivo.

1ª documentación. Siglo XIII

Somero (adj.)

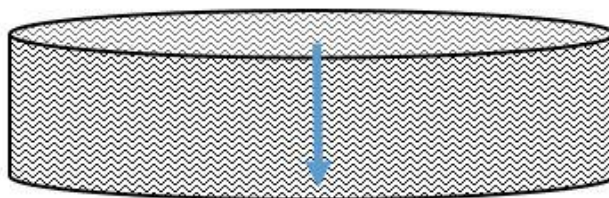
I. DIMENSIÓN (FÍSICA)

1. Se aplica a cavidades cuando el espacio que separa la abertura del fondo es menor de lo normal o adecuado. *De igual forma, numerosas cuevas someras del Valle de Teotihuacán fueron sitios de extracción de toba y tezontle.*



Dimensión con que se relaciona *superficial* —I-1 (adjetivo)— en una cavidad.

2. Se aplica a una masa líquida cuando la medida vertical que va de la superficie al fondo es menor de lo normal o adecuado. *Este barco no puede navegar en aguas someras. México cuenta con recursos petroleros sustantivos en el mar somero y profundo del Golfo de México.*

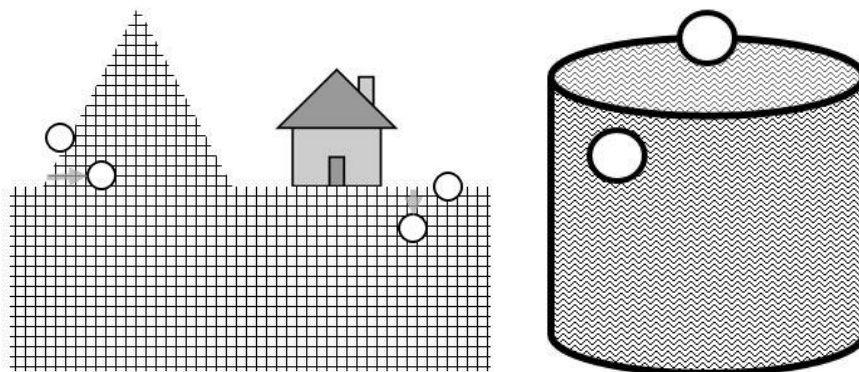


Dimensión con que se relaciona *somero* —I-2 (adjetivo)— en una masa líquida.

II. UBICACIÓN

1. Se aplica a aquello que se produce o se encuentra en la superficie, o una posición menos alejada de lo regular con respecto esta, de una entidad. *La diversidad ha*

sido ligeramente superior en comunidades de algas someras. Las grandes vetas someras, abiertas a todo esfuerzo laborioso, se han agotado. Las profundidades de captura del recurso camarón nailon disminuyeron a medida que aumentó la latitud siendo la operación de pesca más somera.



Ubicación a la que hace referencia *somero* —II-1 (adjetivo)— en una masa sólida (izquierda) y en una masa líquida (derecha).

III. DESPLAZAMIENTO-UBICACIÓN

1. Se aplica a eventos asociados con el desplazamiento de un objeto cuando este se queda en la superficie de algo o penetra en ello hasta un punto menos hondo de lo normal o adecuado. *Estos electrodos están diseñados para penetración somera, lo que permite usarlos en uniones con embotamiento deficiente.*
- 1b. Por extensión, se aplica también a los propios objetos desplazados o causantes del desplazamiento cuando este se queda en la superficie de algo o penetra en ello hasta un punto menos hondo de lo normal o adecuado: *radar somero.*

IV. PROFUNDIDAD (SENTIDO FIGURADO)

1. Se aplica a lo que no alcanza la esencia de las cosas. *Nos dio una somera descripción del lugar. Es inaceptable creer que basta un conocimiento somero de esas cosas.*

Adjetivos dimensionales (-PROFUNDIDAD)

SUPERFICIAL (1): Se aplica a cavidades cuando el espacio o trayecto que separa la abertura del fondo es menor de lo normal o adecuado. *El policía "afortunadamente salió ileso, con una herida superficial en la frente", indicó García.*

SUPERFICIAL (2): Se aplica a una masa líquida cuando la medida vertical que va de la superficie al fondo es menor de lo normal o adecuado. *Prefiere las zonas con aguas muy superficiales, donde puede remover el fango del fondo.*

SUPERFICIAL

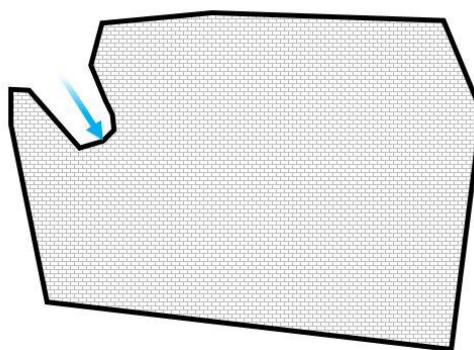
Etimología. El sustantivo *superficie*, tomado del latín SUPERFÍCIES, y el adjetivo *superficial* (de SUPERCIĀLIS) están genéticamente relacionados con el término FACIES ‘forma general, aspecto’, ‘rostro, fisonomía’, que dio lugar a las formas *faz*, *face*, *haz* (‘cara, rostro’), documentadas desde los primeros textos.

1ª documentación. Siglo XV

Superficial (adj.)

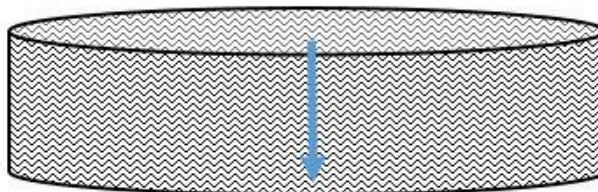
I. DIMENSIÓN (FÍSICA)

1. Se aplica a cavidades cuando el espacio o trayecto que separa la abertura del fondo es menor de lo normal o adecuado. *La herida es superficial y los órganos no están afectados. Las cavidades de los huesos son de diversas especies: se ha llamado fosa a una cavidad profunda e irregular; una impresión es una cavidad superficial.*



Dimensión con que se relaciona *superficial* —I-1 (adjetivo)— en una cavidad.

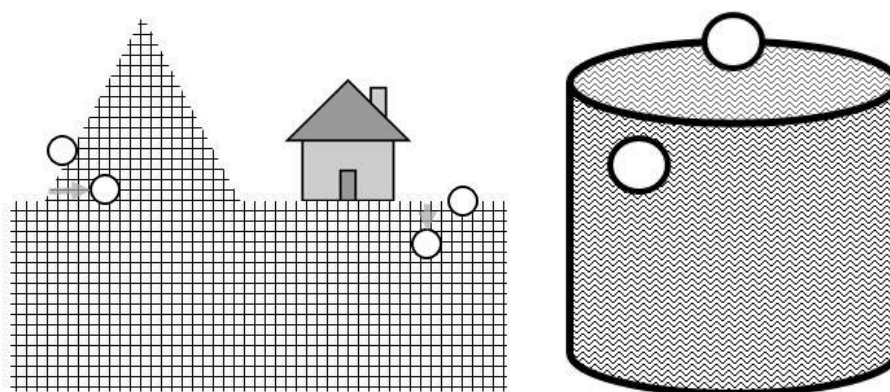
2. Se aplica a una masa líquida cuando la medida vertical que va de la superficie al fondo es menor de lo normal o adecuado. *Prefiere las zonas con aguas muy superficiales, donde puede remover el fango del fondo. Archelon ischyros de hasta 3 metros de largo vivían en el mar superficial que cubría mucho de lo que es ahora el oeste de Estados Unidos.*



Dimensión con que se relaciona *superficial* —I-2 (adjetivo)— en una masa líquida.

II. UBICACIÓN

1. Se aplica aquello que se produce o se encuentra en la superficie, o una posición menos alejada de lo regular con respecto a esta, de una entidad. *Las aguas superficiales pueden estar fluyendo constantemente como los ríos o estar en reposo como los lagos y lagunas. Un pirsin superficial. El wólfram afloraba en vetas superficiales, en calicatas poco profundas y la gente se lanzaba a por él con pico, pala y pistola. El tiempo que tarda el eco de una explosión superficial en alcanzar los micrófonos indica la profundidad de cualquier capa de roca en particular.*



Ubicación a la que hace referencia *superficial* en una masa sólida (izquierda) y en una masa líquida (derecha).

III. DESPLAZAMIENTO-UBICACIÓN

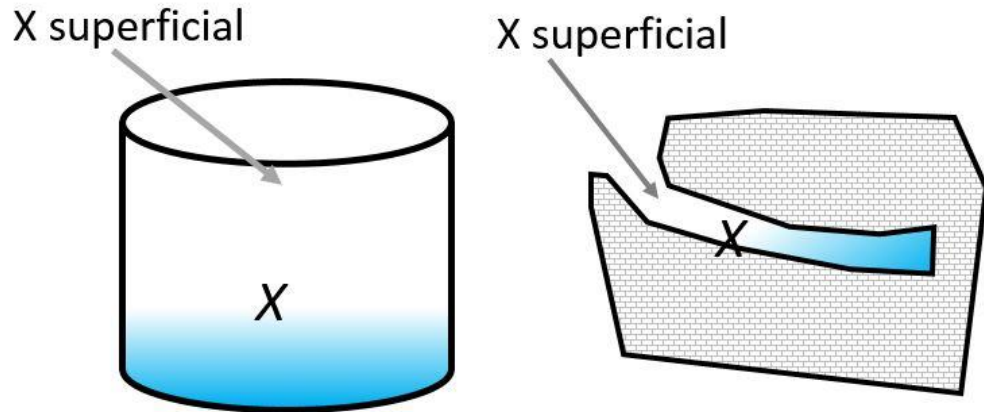
1. Se aplica a eventos asociados con el desplazamiento de un objeto cuando este se queda en la superficie de algo o penetra en ello hasta un punto menos hondo de lo normal o adecuado. *Después de unos minutos de fricción, la vulva se abrirá naturalmente para permitir una penetración superficial.*

1b. Por extensión, se aplica también a los propios objetos desplazados o causantes del desplazamiento cuando este se queda en la superficie de algo o penetra en ello hasta un punto menos hondo de lo normal o adecuado. *El radar superficial buscaba dimensionar y analizar la información correspondiente a la zona de grietas identificada en las inmediaciones de la base.*

IV. UBICACIÓN DE UNA PARTE RESPECTO A UN TODO

1. Se aplica a la parte más cercana a la abertura o superficie de una cavidad o una masa líquida. *La temperatura del agua en el mar superficial del Pacífico*

Ecuatorial sigue aumentando. Una vez se terminaron los minerales que se encontraban en la cueva superficial se pensó que se había agotado todos los minerales de esta y fue hasta el año 2000 donde se hicieron nuevas exploraciones más profundas para determinar si esta ya no contaba con más minerales.



Parte de un todo a la que hace referencia *superficial* —IV-1 (adjetivo)— en una masa de agua (izquierda) y en una cavidad (derecha).

V. PROFUNDIDAD (SENTIDO FIGURADO)

1. Se aplica a aquello que no está relacionado con la esencia de las cosas, sentimientos o pensamientos. *Nos dio una descripción superficial del lugar. Es inaceptable creer que basta un conocimiento superficial de esas cosas. Un amor superficial.*
2. Se aplica a aquello que presenta de forma frívola o carente de fundamento las propiedades típicas con que se asocia. *Es un conocedor superficial de la obra de Lorca: solo ha leído algunos poemas. Es una persona superficial que solo piensa en el dinero. Es una novela muy superficial que apenas dice nada.*

Derivados

PROFUNDIDAD, PROFUNDIZACIÓN, PROFUNDIZAR

Adjetivos dimensionales (-PROFUNDIDAD)

SOMERO (1): Se aplica a cavidades cuando el espacio que separa la abertura del fondo es menor de lo normal o adecuado. *De igual forma, numerosas cuevas someras del Valle de Teotihuacán fueron sitios de extracción de toba y tezontle.*

SOMERO (2): Se aplica a una masa líquida cuando la medida vertical que va de la superficie al fondo es menor de lo normal o adecuado. *México cuenta con recursos petroleros sustantivos en el mar somero y profundo del Golfo de México.*

GRAN / GRANDE

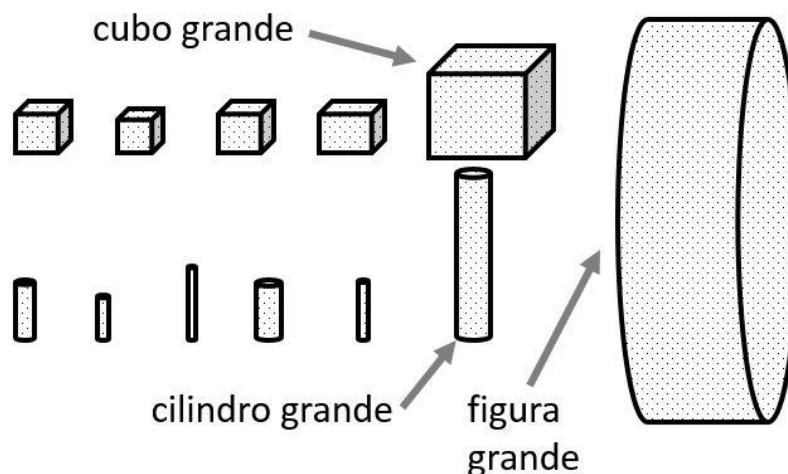
Etimología. Del latín GRANDIS ‘grandioso’, ‘de edad avanzada’. La forma *gran* es resultado de una apócope de *grande*.

1ª documentación. Orígenes del idioma (Corominas y Pascual)

Gran(de) (adj.)

I. DIMENSIÓN (FÍSICA)

1. Se aplica a objetos cuyo tamaño es mayor de lo normal o adecuado. *Dibujó en la playa una figura grande para que se viera desde el cielo. La roca era muy grande y tras ella se escondieron muchos soldados.*



Objetos grandes —I-1 (adjetivo)—.

- 1b. Por extensión, se aplica también a aquello que se relaciona con objetos cuyo tamaño es mayor de lo normal o adecuado. *Los grandes terratenientes de Groenlandia no son demasiado importantes dentro de la sociedad inuit.*

II. DIMENSIÓN (SENTIDO FIGURADO)

1. Se aplica a aquello que tiene especial importancia o relevancia dentro de un ámbito determinado. *Aunque solo tiene dos empleados y la sede está en un garaje, es una gran empresa del sector.*
2. Se aplica a aquello que presenta de forma marcada las cualidades típicas con que se asocia. *Considero que es una gran novela. Algunos la consideran una gran escritora. Necesitamos un gran abogado.*

3. Se aplica a aquello que es positivo o beneficioso. *Ha sido un gran año para la jota aragonesa. La bajada de impuestos ha sido una gran noticia para la industria. Creo que ha sido un gran acuerdo para ambas partes.*
4. Se aplica a aquello que es bueno en un sentido moral. *Es una gran mujer que ayuda siempre a los demás. Ha sido una gran acción por tu parte. Parece mala persona, pero alberga grandes sentimientos.*

III. EDAD

1. Se aplica a los seres vivos que han alcanzado la edad adulta. *Durante el verano, trepada a un cedro, comiendo terrones de azúcar con limón, los veía llegar cuando la casa estaba cerrada y las personas grandes aún consagradas al rito de la siesta. Cuando sea grande, seré lexicógrafo.* [Especialmente en el lenguaje infantil]

IV. ADECUACIÓN FÍSICA

1. Se aplica a aquello que recubre o está alrededor de una cosa cuando no se ajusta a esta. *El sombrero te viene grande. La funda del estuche está algo grande.* [Notas de uso: generalmente con *venirle/estarle/quedarle* A ALGUIEN/ALGO]

V. ADECUACIÓN (SENTIDO FIGURADO)

1. Se aplica a aquello que es excesivo para la capacidad, los méritos o los intereses de alguien. *Le viene grande el cargo. El examen de nivel C1 le viene un poco grande. Creo que le viene grande el calificativo.* [Notas de uso: generalmente con *venirle/estarle/quedarle* A ALGUIEN/ALGO]

VI. DURACIÓN

1. Se aplica a un periodo de tiempo inespecífico o a un evento cuando dura más de lo normal o adecuado. *Llevo ya un rato grande esperándote. Hicimos una pausa grande para retomar fuerzas.*

VII. CANTIDAD O INTENSIDAD

1. Se aplica a propiedades o eventos cuando se dan más intensa o abundantemente de lo normal o adecuado. *Realizó un entrenamiento de gran intensidad física. Me mandó una foto de gran resolución. Como se ha puesto de moda lo sano las ventas de tofu ahora son muy grandes. Pegó un grito tan grande que lo oyeron hasta en Zamora. Una pena muy grande. Unos disturbios muy grandes.*

1b. Por extensión, se aplica a las entidades que presentan sus propiedades típicas de manera más intensa o abundante de lo normal o adecuado. *Se escuchó un ruido grande y raro. No te fíes de él, que es un gran sinvergüenza.*

VIII. CONDICIÓN HUMANA

1. Se aplica a personas que resultan graciosas por absurdas o extravagantes. *Es grande este hombre: ahora se le ocurre que empecemos por el final.*

1b. Por extensión se aplica también a eventos que resultan graciosos por absurdos o extravagantes. *¡Qué grande lo de que pretendieras empezar por el final!*

Grande (sustantivo)

I. DIMENSIÓN (SENTIDO FIGURADO)

1. Persona de muy elevada jerarquía o nobleza. *Es una acomplejada que sueña con casarse con un grande.*

ASOCIACIONES SINTAGMÁTICAS:

A GRANDES RASGOS: Sin detalles.

A LO GRANDE: Con mucho lujo, gastando mucho dinero o espléndidamente: ‘Han hecho una boda a lo grande. Vivió a lo grande mientras le quedó dinero’.

EN GRANDE (1): Aplicado a la manera de comerciar y, por extensión, a otras cosas, al por mayor o en grandes cantidades: ‘Se dedica al comercio de vinos en grande’.

EN GRANDE (2): Muy bien o con mucho bienestar: ‘Lo pasamos en grande. Vive en grande’.

EN GRANDE (3): Con mucho regalo: ‘Le tratan en grande’.

GRANDE DE ESPAÑA: Título anejo al de algunos nobiliarios, que confiere ciertos privilegios; por ejemplo, el de poder cubrirse o sentarse delante de los reyes.

GRANDES ALMACENES: Gran establecimiento comercial con numerosas secciones.

SEMANA GRANDE: Semana Santa.

Derivados

AGRANDAR, ENGRANDAR, ENGRANDECER, ENGRANDECIMIENTO, GRANDEZA, GRANDIOSO, GRANDIOSIDAD, GRANDÓN, GRANDOR, GRANDOTE, GRANDULLÓN, GRANDURA

Compuestos

GRANDÁNIME, GRANDEVO, GRANDÍFLORO, GRANDILOCUENTE, GRANDILOCUENCIA, GRANDÍSONO, GRANDISONAR

ADJETIVOS DIMENSIONALES (+TAMAÑO)

ABULTADO, ABULTADA: Se aplica a aquello que posee un volumen mayor de lo normal o adecuado por estar hinchado o papujado. Convexo, grande, grueso, hinchado, hueco, papujado, voluminoso. *También se trata de un "deficiente" el encargado de proponer a la víctima cambiar una estampita, un billete de 10.000 pesetas que saca de un sobre bastante abultado, por uno verde de 1.000.*

AGIGANTADO, AGIGANTADA: Se aplica a aquello que alcanza un tamaño mucho mayor de lo normal. *Tajaron su cuerpo y procedieron a extirpar de él las vísceras y privilegiar su corazón, desmesuradamente crecido, de inmediato guardado en un cofre y al día siguiente operado con el fin de verificar si el agigantado tamaño del órgano ocultaba un milagro.*

BESTIAL: Se aplica a aquello que posee un tamaño mucho mayor de lo normal o notablemente superior a las dimensiones humanas. *Es un edificio bestial con cien pisos y diez ascensores.*

BUENO, BUENA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño (intensidad o importancia) mayor de lo normal. *Yo eché mano de un buen trozo de pollo y seguí adelante.* [Notas de uso: generalmente antepuesto] [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación positiva]

CICLÓPEO, CICLÓPEA: Se aplica aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal o notablemente superior a las dimensiones humanas. *Saliendo de Las Palmas por la autovía del norte, la GC 810, a 3 km se encuentra el ciclópeo acantilado de El Rincón.*

COLOSAL: Se aplica aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal o notablemente superior a las dimensiones humanas. *El nuevo concepto de shows, como el EFX que presentan en el colosal hotel MGM (el más grande del mundo con 5 mil y tantas habitaciones) está desplazando en el gusto masivo a los del estilo detallado antes.*

CONSIDERABLE: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mayor de lo normal o adecuado. *Sus dos torreones se ven imponentes ante la ausencia de algún edificio considerable.*

CORPULENTO, CORPULENTA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño (o un grosor) mayor de lo normal o adecuado. *Don Ubaldo Zamacois, acurrucado detrás de un haya corpulenta, vio cómo la mujer se zafaba del abrazo de Indalecio.*

CRECIDO, CRECIDA: Se aplica a aquello que alcanza un tamaño mayor de lo normal o adecuado. *Tajaron su cuerpo y procedieron a extirpar de él las vísceras y privilegiar su corazón, desmesuradamente crecido, de inmediato guardado en un cofre y al día siguiente operado con el fin de verificar si el agigantado tamaño del órgano ocultaba un milagro.*

DILATADO, DILATADA: Se aplica a aquello que presenta temporalmente un tamaño mayor del que tiene habitualmente. *Tenía el ojo abierto y la pupila dilatada.*

DESARROLLADO, DESARROLLADA: Se aplica a aquello que alcanza un tamaño mayor de lo normal o adecuado a través de su crecimiento natural. *La antropomorfización de la nube de lluvia sería la causa (no por remota menos cierta) por la que las sacerdotisas cretenses exhiben sus desarrollados pechos durante sus ceremonias religiosas, tanto cuando manejan serpientes, como cuándo saltan sobre el toro.*

DESCOMUNAL: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal o notablemente superior a las dimensiones humanas. *Cuando estaba a punto de gritar para avisar al joven rubio, una de las manos descomunales tapó también su boca y su nariz.*

ENORME: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal o adecuado. *Ella, con mucha paciencia y una enorme sonrisa, sale al paso del tema.*

EXORBITANTE: Se aplica a aquello que tiene un tamaño extraordinariamente mayor de lo normal. *Convirtió al nieto de los Salinas en un animal con una exorbitante cabeza.*

EXTENSO, EXTENSA: Se aplica a aquello que tiene una superficie mayor de lo normal o adecuado. *Me gusta errar en la extensa pradera; cuando lo hago, me siento libre.*

FENOMENAL: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal. *Por desgracia, el romanticismo de la escena quedó oculto tras un fenomenal trasero que ocupaba toda la pantalla.* [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación positiva]

FORMIDABLE: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal. *Unos hombres malos se han llevado a mi padre —dice la niña, mientras enormes lagrimones comienzan a brotar de sus bellos y formidables ojos.* [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación positiva]

GIGANTE: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal o notablemente superior a las dimensiones humanas. *La marca de lujo francesa ha instalado una cama gigante en su boutique de la calle New Bond.*

GIGANTESCO, GIGANTESCA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal o notablemente superior a las dimensiones humanas. *Es imposible no fijarse en sus gigantescos ojos.*

HERMOSO, HERMOSA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mayor de lo normal. *Hincó con rabia el tenedor en un hermoso trozo de rosbif que navegaba en una salsa espesa y grasienta.* [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación positiva] [Notas de uso: frecuentemente se emplea de manera irónica]

INCONMENSURABLE: Se aplica a aquello que tiene un tamaño extraordinariamente mayor de lo normal o notablemente superior a las dimensiones humanas. *El paisano sintió la enormidad de aquellos inconmensurables pechos aprisionados en el sostén de talla especial como el agua que fuese a desbordar la presa.*

INGENTE: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal. *Los objetos amontonados formaban contra la pared una ingente montaña, en la que apenas podían distinguirse las patas de una silla, los cuernos de un perchero, los mullidos de una yunta y algunas cazuelas y palanganas desportilladas.*

INMENSO, INMENSA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal o adecuado. *Kyaiktiyo Pagoda es una inmensa roca recubierta de oro gracias a los fieles devotos del budismo.*

MASTODÓNTICO, MASTODÓNTICA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal o notablemente superior a las dimensiones humanas. *En lo que antaño*

fue la Real Fábrica de Tabacos de Málaga, un edificio mastodóntico que siente en sus espaldas las inminentes olas del Mediterráneo, extraña encontrarse carteles con la grafía chirriante del Este europeo.

MAYÚSCULO, MAYÚSCULA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal. *Cita al periodista al lado de una mayúscula cola a las puertas de un hipermercado para ser fotografiado junto a ella.*

MONSTRUOSO, MONSTRUOSA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal o notablemente superior a las dimensiones humanas. *En una llanura cubierta de hierba, esta monstruosa roca de 1.804 metros de altura sobresale como si alguien hubiera cerrado de golpe su puño a través de la corteza terrestre.* [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación negativa]

MONUMENTAL: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal o notablemente superior a las dimensiones humanas. *Lo que más me impresionó fue imaginarme cómo carajo podía el cerebro generar tal cantidad de energía para que esas monumentales piernas se movieran.*

POTENTE: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mayor de lo normal. *Un potente peñasco.*

SEÑOR, SEÑORA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mayor de lo normal. *No era un departamentito, era una señora casa, al punto que, al asumir la presidencia (ambos, porque ese día no la asumió sólo Perón), se instalaron allí durante varios meses.* [Notas de uso: antepuesto] [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación positiva]

SOBERANO, SOBERANA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mayor de lo normal. *El paso de una mujer de andar muy cadencioso, gracioso y vivo, con un soberano trasero, pero proporcional para una mulata de caramelo, lo animó, y mucho.* [Notas de uso: antepuesto] [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación positiva]

SOBERBIO, SOBERBIA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mayor de lo normal. *Irguió aún más sus soberbios pechos y trazó una sonrisa que al curioso le recordó la llegada de la primavera.* [Notas de uso: generalmente antepuesto] [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación positiva]

TAMAÑO, TAMAÑA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mayor de lo normal. *Siempre me he preguntado como un cuerpo tan pequeño es capaz de sostener tamaña cabeza.* [Notas de uso: generalmente antepuesto] [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación negativa]

TOCHO, TOCHA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño o mayor de lo normal. *Me veo supertocha en algunos espejos.* [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación negativa]

TREMENDO, TREMENDA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho mayor de lo normal. *Por unos instantes Lope lo observó, como midiéndolo, moviendo su tremenda cabeza, más ancha que el torso de un hombre fuerte, para todos los lados.*

VASTO, VASTA: Se aplica a aquello que tiene una superficie mayor de lo normal o adecuado. *Vamos hacia atrás, al revés, empujados por la vasta pradera flotante en la que desovan anguilas enormes como serpientes.*

VOLUMINOSO, VOLUMINOSA: Se aplica a aquello que tiene un volumen mayor de lo normal o adecuado. *El embrión interior se confecciona en este caso en la cabeza del*

adepto que se hace muy voluminosa (los sabios taoístas aparecen con cabezas inverosímilmente grandes en la iconografía para marcar esta habilidad).

PEQUEÑ-

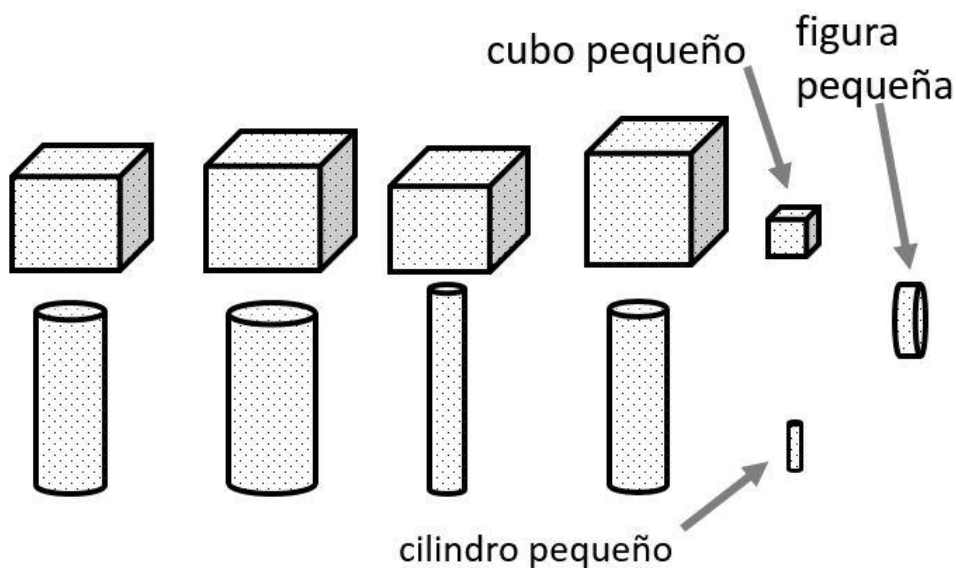
Etimología. Según Corominas y Pascual (*s. v.*), se trata de una palabra que resulta de una creación expresiva, común en varias lenguas romances (*pequeno* en portugués o *pikinnu* en sardo antiguo). Se relaciona, a su vez, con otras formaciones semejantes para la expresar la idea de la pequeñez en otros idiomas; pertenece a la vasta y ramificada colección de expresiones romances de la idea de pequeñez (it. *pìccolo*, *piccìno*, fr. *petit*, sard. *pithinnu*, gasc. *pouninn*, etc.). El término ha competido a lo largo de la historia con otra voz de creación expresiva, presente también en distintas lenguas romances, (*chico*).

1ª documentación. *Cid* (h. 1140) (Corominas y Pascual)

Pequeño (adj.)

I. DIMENSIÓN (FÍSICA)

1. Se aplica a objetos que tienen un tamaño menor de lo normal o adecuado. *La roca era muy pequeña y tras ella no podía esconderse nadie.*



Objetos pequeños —I-1 (adjetivo)—.

- 1b. Por extensión, se aplica también a aquello que se relaciona con objetos que tienen un tamaño menor de lo normal o adecuado. *Los pequeños terratenientes poseen una gran porción del país.*

II. DIMENSIÓN (SENTIDO FIGURADO)

1. Se aplica a aquello que tiene poca importancia o relevancia dentro de un ámbito determinado. *Las pequeñas empresas no pueden competir con esos precios.*

III. EDAD

1. Se aplica a los seres vivos de corta edad. *Como los de su edad ya estaban a otra cosa, él jugaba con los niños pequeños. Mi perro todavía es pequeño para saber traer el periódico.*

IV. ADECUACIÓN FÍSICA

1. Se aplica a aquello que debe recubrir o estar alrededor de una cosa cuando no tiene el tamaño suficiente para ello o queda demasiado ajustado. *El sombrero te viene pequeño. La funda del estuche está algo pequeña.* [Convenirle/estarle/quedarle A ALGUIEN/ALGO)]

V. ADECUACIÓN (SENTIDO FIGURADO)

1. En sentido figurado se aplica a algo que es insuficiente para la capacidad, los méritos o los intereses de alguien. *Le viene pequeño el cargo. El examen de nivel B1 le viene un poco pequeño.*

VI. DURACIÓN

1. Se aplica a un periodo de tiempo inespecífico cuando dura menos de lo normal o adecuado. *Llevo solo un rato pequeño esperándote.*

VII. CANTIDAD O INTENSIDAD

1. Se aplica a propiedades o eventos cuando se dan menos intensa o abundantemente de lo normal o adecuado. *Como se ha puesto de moda lo sano las ventas de tofu ahora son muy pequeñas. Se produjeron temblores de pequeña intensidad.*

1b. Por extensión, se aplica a las entidades que presentan sus propiedades típicas de manera más intensa o abundante de lo normal o adecuado. *Lanzó un pequeño grito que nadie pudo oír. Tiene el corazón lleno de muchas penas pequeñas.*

VIII. CONDICIÓN HUMANA

1. Se aplica a las personas que son mezquinas o innobles. *Es un tipejo pequeño, incapaz de sentir nada bueno.*

ASOCIACIONES SINTAGMÁTICAS

EN PEQUEÑO (1): Se aplica como frase calificativa a las cosas que son reproducción o imitación de otras en tamaño más pequeño: ‘Un Escorial en pequeño’. También, en sentido figurado: ‘Un Napoleón en pequeño’.

EN PEQUEÑO (2): De poca importancia: ‘Tiene un negocio de exportación en pequeño’.

LETRA PEQUEÑA: Parte de un documento escrito en un cuerpo de letra menor que suele pasar inadvertida: ‘Antes de contratar cualquier póliza de seguro es conveniente leer la letra pequeña’.

PEQUEÑA PANTALLA: Televisión.

Derivados

EMPEQUEÑECER, EMPEQUEÑECIMIENTO, PEQUE, PEQUEÑAJO, PEQUEÑARRA, PEQUEÑITO, PEQUEÑEZ, PEQUEÑUELO

Compuestos

PEQUEÑOBURGUES

ADJETIVOS DIMENSIONALES (-TAMAÑO)

CHICO, CHICA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño menor de lo normal o adecuado. *Me metí en un coche muy chico con unos amigos, íbamos al Estadio Azteca.*

COMPACTO, COMPACTA: Se aplica a aquello construido o ensamblado de forma tal que ocupa un volumen menor de lo normal. *Buscamos un coche compacto con motor de gasolina para uso diario.*

DIMINUTO, DIMINUTA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho menor de lo normal o notablemente inferior a las dimensiones humanas. *Una vez que todo está difuminado, Kim consigue mostrar una nariz diminuta y respingada.*

ENANO, ENANA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho menor de lo normal o notablemente inferior a las dimensiones humanas. *En el avión le indicaron un asiento enano junto a la ventanilla.* [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación negativa]

EXIGUO, EXIGUA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño o extensión menor de lo normal o adecuado. *Tomamos la sopa tibia porque parecía que no iba a romper nunca el hervor debido a lo exiguo de las llamas.* [Notas de uso: frecuentemente empleado con magnitudes y cantidades]

IMPERCEPTIBLE: Se aplica a aquello que tiene un tamaño notablemente inferior a las dimensiones humanas. *Un trozo de menos de 2 mm se contará como medio, mientras que cualquier trozo imperceptible de menos de 1mm no se considerará.*

INAPRECIABLE: Se aplica a aquello que tiene un tamaño o notablemente inferior a las dimensiones humanas. *¿Desperfectos? Ninguno, salvo alguna raya inapreciable en la pantalla.*

ÍNFIMO, ÍNFIMA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho menor de lo normal o notablemente inferior a las dimensiones humanas. *El calor del verano disuelve las líneas de la habitación y un insecto ínfimo me recorre el pensamiento.* [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación negativa]

INSIGNIFICANTE: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho menor de lo normal o notablemente inferior a las dimensiones humanas. *Vivían en completa armonía y todos cubrían su boca con un lienzo a fin de no tragarse y matar a algún animalillo insignificante.* [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación negativa]

INVISIBLE: Se aplica a aquello que tiene un tamaño notablemente inferior a las dimensiones humanas. *La infinita divisibilidad del continuo que va desde el elefante al insecto invisible.*

IRRISORIO, IRRISORIA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño menor de lo normal. *Un plato irrisorio de olivas nos costó nada menos que dos euros.* [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación negativa]

MENUDO, MENUDA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño menor de lo normal o adecuado. *Poner un sistema con instalación no me compensa, aquí hace calor un mes o dos, como mucho, y es una casa menudita.*

MICROSCÓPICO, MICROSCÓPICA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño notablemente inferior a las dimensiones humanas. *Me recuerda a un compañero de instituto que es largo y grande, pero tiene una cabeza microscópica.*

MÍNIMO, MÍNIMA: Superlativo de *pequeño*. *Ostentaba, bajo escotes pronunciados, unos pechos mínimos que el sostén levantaba como si fueran dardos envenenados.*

MINÚSCULO, MINÚSCULA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño mucho menor de lo normal o adecuado. *Cada vez que cerraba los ojos, la veía con el top y los pantaloncitos minúsculos de su pijama.*

PARVO, PARVA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño menor de lo normal o adecuado. *Con la plasticidad de los viejos recuerdos, veo a la fiera hembra agitándose en el parvo escenario ante un público familiar tan curioso como paciente.*

RECOGIDO, RECOGIDA: Se aplica a aquellos lugares que tienen un tamaño menor de lo normal. *Está enclavado en un lugar encantador un rincón muy recogido de Punta Carretas.* [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación positiva]

REDUCIDO, REDUCIDA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño menor de lo normal o adecuado. *La forma de la caja del mismo era ovalada, con cuatro ruedas y un reducido asiento para el cochero.*

RENACUAJO, RENACUAJA: Se aplica a los niños de pequeño tamaño o escasa estatura. *Mara, que nació muy renacuaja, ya está por encima de la media en tamaño.*

RIDÍCULO, RIDÍCULA: Se aplica a aquello que tiene un tamaño menor de lo normal o adecuado. *Fuimos en un cochecito ridículo pero muy chulo que nos llevó muy bien y apenas consumimos nada de gasolina.* [Notas de uso: frecuentemente se emplea con una connotación negativa]

LILIPUTIENSE: Se aplica a aquello que tiene un tamaño notablemente inferior a las dimensiones humanas. *La pérdida de la región más próspera, la Cisjordania, en la*

Guerra de los Seis Días, le dejó un reino liliputiense de 20.000 kilómetros cuadrados de desierto.

CAPÍTULO 7. EXPLICACIÓN DE LA PROPUESTA LEXICOGRÁFICA

7.1. Introducción

Este capítulo tiene por objetivo dar cuenta de los criterios adoptados (y de sus repercusiones) a la hora de llevar a cabo la propuesta que hemos ofrecido en las páginas precedentes (capítulo 6: *Propuesta lexicográfica*). Esta reflexión nos servirá, fundamentalmente, para arrojar luz sobre las cuestiones lingüísticas que se han tenido en consideración y justificar las decisiones lexicográficas (micro y macroestructurales) que se han adoptado.

Abordaremos las motivaciones que subyacen a los procesos de agrupación y separación de acepciones en cada caso concreto y trataremos de hacer explícitos los recursos empleados para tratar de conjugar la transparencia requerida por las definiciones de un diccionario y la complejidad de algunos de los conceptos referidos a los significados de los adjetivos (y otras clases de palabras) que hemos manejado a lo largo de la primera parte de esta investigación⁵⁰².

Además, con la intención de contextualizar y, de algún modo, completar nuestra propuesta, haremos referencia a adjetivos (*amplio, grueso, fino...*) que, si bien no hemos considerado oportuno tratar en un artículo independiente, sí resultan necesarios a la hora de presentar de un modo coherente el sistema de oposiciones adjetivales que hemos agrupado bajo el concepto de DIMENSIÓN.

Tras abordar las cuestiones estructurales generales (apartado 7.2.) y las relativas a cada artículo de la propuesta (apartado 7.3.), el capítulo se cerrará con una conclusión (apartado 7.4.) en la que trataremos analizar si las posibles tendencias comunes del conjunto de palabras que hemos tratado nos permiten considerar que nos hallamos ante un fenómeno de polisemia regular (*regular polysemy*).

⁵⁰² A lo largo de este apartado recordaremos, a grandes rasgos, en qué consisten estos conceptos, pero evitaremos, en la medida de lo posible, profundizar de nuevo en los contenidos ya tratados en detalle en la primera parte de este trabajo.

7.2. Cuestiones generales

7.2.1. Las definiciones de las acepciones dimensionales

7.2.1.1. Características básicas de los adjetivos dimensionales

Como señalamos en la primera parte de esta investigación, los adjetivos dimensionales poseen, al menos en su sentido dimensional básico, dos características fundamentales: son (cuantitativamente) subsectivos y son graduables.

Entendemos que los adjetivos dimensionales son *subsectivos* porque las cualidades con las que estos se relacionan se presentan de forma diferente (concretamente, en un grado que, en términos absolutos, puede ser mayor o menor) dependiendo de dos cuestiones: cuál sea el objeto cuyo nombre aparezca relacionado con un adjetivo y cuál sea la clase de referencia respecto a la que deba ser relativizado ese objeto. Así, el tamaño de un *elefante grande* es distinto al de una *araña grande* y, dependiendo del contexto, también puede valorarse si un elefante es *grande* para tener un mes o para ser un elefante adulto. En suma, hay distintos objetos de muy distintos tamaños de los que se puede decir que son grandes y, además, hay distintos fondos de contraste (según el contexto en que se produzcan los enunciados) respecto a los que un mismo objeto puede ser, o no, *grande*.

Consideramos, además, que son *graduables* porque el hecho de tener una propiedad dimensional puede darse con mayor o menor intensidad. Un elefante es considerado *grande* en relación a otros que no lo son; sin embargo, dentro del conjunto de los [elefantes grandes], los puede haber *más o menos grandes*.

Ambas propiedades son consecuencia del hecho de que estos adjetivos implican una comparación (generalmente implícita): al interpretar un adjetivo dimensional es necesario, por un lado, saber qué elementos se están comparando (lo que se relaciona con la subsectividad) y, por otro, qué implica la atribución de la propiedad asociada con el adjetivo en cuestión a uno de los elementos comparados (lo que se relaciona con graduabilidad).

Los adjetivos graduables requieren algún punto de referencia, aunque no esté explicitado. Si decimos de alguien que es delgado, lo estamos comparando de algún modo con alguna norma vigente en la comunidad o en un determinado grupo. [...]

(Di Tullio, 2010, pág. 193)

La primera de las cuestiones planteadas se puede parafrasear de este modo: *¿respecto a qué es algo* (por ejemplo) *grande*? Esta cuestión, como vimos en la primera parte de este estudio, se interpreta, para cada enunciado concreto, a través de mecanismos pragmáticos⁵⁰³. La segunda cuestión responde a la pregunta *¿qué implica que algo sea* (por ejemplo) *grande*? En la primera parte llegamos a la conclusión de que el criterio para establecer si un elemento pertenece a una de las subclases relacionadas con un adjetivo dimensional (la subclase, por ejemplo, de los [elefantes grandes], que estaría dentro de la de [los elefantes]) se basa en si la diferencia (apreciada sensorialmente) respecto al prototipo (socialmente compartido) de la clase en cuestión es o no relevante. Así, se dirá de un gato que es *grande* (respecto a [los gatos]) si es, en lo sensorial, relevantemente más grande que el prototipo de gato que el hablante considere como el prototipo compartido.

Debemos recordar que, como ya observábamos en la primera parte de la tesis, en contextos específicos lo relevantemente distinto puede tener características especiales (y no ceñirse a lo visualmente relevante) y, además, el modelo (o medida) de comparación puede ser uno contextualmente especificado y diferente del prototipo general. El ejemplo de las modelos que debían ‘encajar’ en determinadas prendas nos proporcionaba un contexto con un estándar de relativización establecido de forma artificial donde cualquier diferencia respecto a dicho estándar podía ser considerada relevante.

7.2.1.2. Cómo recogen normalmente los diccionarios estas características y cómo las hemos recogido nosotros.

Aunque la necesidad de una clase de referencia no es una cuestión que suela aparecer de manera explícita en la microestructura de los diccionarios, sí hay algunos, como el *Diccionario histórico* (DH) o el *Diccionario del español actual* (DEA), que recogen sistemáticamente dicha idea⁵⁰⁴: en estas obras, adjetivos como *grande*, *largo*, *estrecho*,

⁵⁰³ Se trataría de un proceso pragmático que requiere de un enriquecimiento contextual para ser interpretado en su correcta medida. En estos casos, siguiendo a Escandell (2014, pág. 127), “es necesario completar la información obtenida como resultado del proceso de descodificación con otras representaciones que provienen de fuentes extralingüísticas”.

⁵⁰⁴ En el *DRAE* o en el *DUE* sí se recoge en algunos casos esta idea, aunque no de manera sistemática. Así, por ejemplo, en el primero, *corto* es definido del siguiente modo: “Dicho de una cosa: Que es pequeña en comparación con otras de su misma especie” (*DRAE*, 2001, s. v. *grande*). En el *DUE*, en cambio, de

etc. incorporan en su definición información acerca de la necesidad de relativizarlos respecto a los “seres que forman serie con el nombrado”:

GRANDE: Que ocupa más espacio o superficie de lo normal o de lo corriente en seres que forman serie con el nombrado.

PEQUEÑO: Que ocupa menos espacio o superficie de lo normal o de lo corriente en seres que forman serie con el nombrado.

LARGO: Que tiene más longitud (medida lineal) de la normal o adecuada o de la que tienen otros seres que forman serie con el nombrado.

(DEA, 2009, s. v. *grande, pequeño y largo*)

ALTO: adj. Que tiene mayor medida vertical de la normal o de la que tienen otros seres que forman serie con el nombrado.

ANCHO: adj. Que tiene más anchura la normal o de la que tienen otros seres que forman serie con el nombrado.

BAJO: adj. Que tiene menor medida vertical de la normal o de la que tienen otros seres que forman serie con el nombrado.

(*Diccionario histórico [DH]*, 1960-1996 [Consultado en línea el 26 de junio de 2015], s. v. *alto, ancho, bajo*)

Así, empleando los conceptos y formas a los que se recurre en los casos citados, podemos decir que un *chihuahua grande* será grande dependiendo de qué se considere, en un contexto determinado, que forma ‘serie con el ser nombrado’: un chihuahua puede ser grande dentro de ‘la serie’ de [los chihuahuas], dentro de la de [los perros] o dentro de infinitas ‘series’ posibles.

Sí es frecuente (aunque no suele manifestarse de un modo sistemático), no obstante, que en los diccionarios⁵⁰⁵, a la hora de definir la clase de palabras que nos ocupa, se haga mención, de uno u otro modo, a unas medidas *normales* (o *corrientes, comunes, regulares, ordinarias...*), concepto —el de NORMALIDAD— que podemos poner fácilmente en relación con la idea, presentada por nosotros en la primera parte de esta investigación (y recuperada más arriba), de que la comparación implícita de los usos absolutos de un adjetivos se lleva a cabo respecto al prototipo de una clase.

estrecho se dice que es aquello que es “[d]e menos anchura que la ordinaria o que otras cosas de la misma clase” (DUE, 2008, s. v. *estrecho*) y de *pequeño* que es aquello “[...] de poco tamaño o de menos tamaño que el de otras cosas de la misma especie” (DUE, 2008, s. v. *pequeño*).

⁵⁰⁵ En diccionarios de otras lenguas encontramos también esta clase de referencias. Así, se menciona la “misura ordinaria” (*Lo Zingarelli* 2015, 2015, s. v. *grande*), el “average size” (*Longman*, 2009, s. v. *big*) o la “moyenne [taille]” (*Le Petit Robert*, 2012, s. v. *grand, grande*).

GRANDE: Que ocupa más espacio o superficie de lo normal o de lo corriente en seres en seres que forman serie con el nombrado.

(DEA, 2009, s. v. *grande*)

GRANDE: Que supera en tamaño, importancia, dotes, intensidad, etc., a lo común y regular.

(DRAE, 2001, s. v. *grande*)

ESTRECHO: De menos anchura que la ordinaria [...].

(DUE, 2008, s. v. *grande*)

El hecho de que la diferencia que implique la aplicación a una entidad de la propiedad relacionada con un adjetivo pueda darse respecto a factores ‘artificialmente’ establecidos y no respecto a la normalidad dentro de una serie de cosas no es una cuestión a la que se haga referencia en las obras consultadas. Los modelos del ejemplo al que hemos recurrido en varias ocasiones podrían ser consideradas *anchas*, pero no porque fueran más anchas de lo normal (fuera cual fuera la serie de referencia de la que se toma el concepto de NORMALIDAD), sino porque se habría establecido artificialmente una anchura-patrón para que ‘encajasen’ perfectamente en determinadas prendas.

La idea de que la diferencia respecto al prototipo debe ser relevante no aparece recogida tampoco en los diccionarios que hemos consultado, ya sea por una cuestión conceptual o por una cuestión de ‘armonía’ lexicográfica. Recordemos que en el ejemplo de los modelos cualquier diferencia respecto al patrón establecido sería relevante. Fuera de ese contexto, en un entorno ‘neutro’, las diferencias respecto al prototipo contextualmente activado las consideraríamos relevantes —y así lo mostramos en el apartado 3.1.1.5. (*Lo relevantemente distinto*)— cuando resultasen sensorialmente evidentes.

En nuestras definiciones hemos optado por hacer explícita la idea de NORMALIDAD, aunque sin hacer referencia, evidentemente, al concepto de PROTOTIPO que subyace —al menos, desde nuestro punto de vista— a dicha idea. Además, hemos atendido también el hecho de que en algunos casos (como en el de los modelos) es la necesidad de responder a determinadas ‘demandas’ puntuales lo que hace que las cosas sean consideradas *grandes*, *estrechas*, *profundas*, etc., dependiendo de su ADECUACIÓN. Así, por tanto, cuando en las definiciones de nuestra propuesta lexicográfica se alude a “lo normal o

adecuado”, son los conceptos que acabamos de señalar —NORMALIDAD y ADECUACIÓN— los que esperamos que contribuyan a perfilar el significado del adjetivo⁵⁰⁶.

Por otro lado, hemos optado por no hacer una mención explícita a la necesidad de una clase de referencia, ya que consideramos que es un concepto que consideramos implícito a la idea de NORMALIDAD: las dimensiones de las cosas son *normales* siempre que esas cosas se nos muestren como representantes de una categoría. Así, podemos decir que una araña es *de tamaño normal* solo si se pone en relación con la categoría de las arañas (o con otra categoría contextualmente activada). Dicho de otro modo: la normalidad solo existe en relación con una categoría determinada de cosas⁵⁰⁷.

La idea de que la diferencia respecto a la normalidad debe ser relevante no aparece de forma explícita en nuestras definiciones y, como hemos señalado, tampoco en las obras consultadas⁵⁰⁸. Si bien creemos que a la hora de estudiar y describir cómo funcionan estos adjetivos esta referencia a la RELEVANCIA es imprescindible, pensamos que esta es una cuestión psicolingüística que no tiene cabida dentro del contexto estrictamente lexicográfico. Creemos, además, que la idea de NORMALIDAD lleva consigo un alto grado de vaguedad, y ello permite que se recojan dentro de los límites difusos de ese concepto las ligeras variaciones dimensionales que pudieran darse respecto a un prototipo: realmente, decir que algo es *más grande de lo normal* es muy parecido a decir que algo es *relevantemente más grande que el prototipo de la clase que actúa como fondo*. La evidente vaguedad de la NORMALIDAD —repetimos— permite que en las definiciones se transmita la idea de que no cualquier variación de tamaño es relevante y que no hay unos

⁵⁰⁶ En algunos casos en los que la redacción de las definiciones corría el riesgo de volverse excesivamente complejas hemos englobado los conceptos de normalidad y adecuación bajo el de regularidad. Así, en ocasiones se habla de “lo regular”, expresión que, creemos, se relaciona con la normalidad de las cosas o con su ajuste a determinados fines concretos.

⁵⁰⁷ Aunque hemos mantenido la referencia ‘relativizadora’ en las definiciones, hemos empleado adjetivos relativos dentro de estas de forma ‘natural’: Así, en una de las definiciones se recoge que *largo* “se aplica a aquello que es abundante, intenso o frecuente”. Es obvio que si algo es, por ejemplo, *frecuente*, lo es en relación a otras cosas (de frecuencia ‘normal’), del mismo modo que lo son las cosas *grandes* (en relación a las cosas de tamaño ‘normal’). Sin embargo, *frecuente* no es el elemento definido, sino que es parte de una definición, por lo que, en esos casos, sí nos parece adecuado emplear los adjetivos que forman parte de las definiciones de forma ‘natural’, es decir, con su sentido relativo inherente no explicitado.

⁵⁰⁸ En el *Dizionario Devoto Oli della Lingua Italiana* (2004-2005, s. v. *grande*) encontramos la siguiente definición de *grande*: “1. Che supera notevolmente i valori o le dimensioni i le proporzioni consuete”. La idea de NOTABILIDAD que presenta esta definición se relaciona con la idea de RELEVANCIA a la que aludimos nosotros a lo largo de esta investigación.

límites fijos que marcar como fronteras, sino que es una cuestión que concierne a la competencia pragmática de los usuarios de la lengua.

Como existe una zona de indeterminación para su aplicación, los adjetivos graduables son vagos e implícitamente comparativos.

(Di Tullio, 2010, pág. 193)

7.2.1.3. Cómo se tratan en nuestra propuesta otras cuestiones generales relativas a los adjetivos dimensionales

7.2.1.3.1. Usos ‘absolutos’ o relativos a lo humano

En las definiciones de la propuesta lexicográfica no se ha hecho mención explícita a aquel uso de los adjetivos dimensionales que en la primera parte de esta investigación denominamos *absoluto* o *relativo a lo humano*: decíamos en el apartado 2.3.2. (*Problemas con la subsectividad*) que, por ejemplo, aunque una galaxia sea mucho más pequeña que la mayoría de las galaxias, no sería raro que dijésemos de ella que es *muy grande*, ya que lo sería en comparación con las magnitudes con las que habitualmente nos manejamos. Ese uso de *grande* no sería realmente absoluto, sino que estaría ‘activando’ algo así como la categoría de las [cosas que nos resultan habitualmente manejables] como fondo de contraste.

Las definiciones en nuestra propuesta podrían, por lo tanto, haber contado con un complemento a “lo normal o adecuado” que fuera algo así como “o a aquellas magnitudes con las que suelen manejarse los hablantes” o “o aquello abaricable por lo humano”. Finalmente, hemos decidido prescindir de este ‘apéndice’ debido, en primer lugar, a que consideramos que hacer una referencia explícita a este concepto de LO HUMANAMENTE MANEJABLE podría oscurecer la definición en vez de arrojar luz sobre ella. Además — como ya hemos apuntado — consideramos que la idea de MANEJABILIDAD —o de ADECUACIÓN A LO HUMANO— forma también una categoría que puede actuar como fondo de comparación: las galaxias nos parecen grandes porque su tamaño no entra dentro de las magnitudes que para nosotros son ‘normales’ en la serie de [las cosas manejables].

Aunque los hablantes tiendan a pensar en clases ‘naturales’ cuando tienen que llevar a cabo algún tipo de categorización consciente, la de las [cosas ‘manejables’] es, inconscientemente, una clase de cosas que el hablante tiene incorporadas y que explica

que comprenda de forma totalmente intuitiva enunciados como *las galaxias son enormes*. Dejar “lo normal o adecuado” como único elemento de relativización permite, creemos, la activación de las capacidades inherentes de los hablantes a la hora de establecer el fondo de contraste contextual adecuado, ya sea este una categoría ‘típica’ y claramente delimitada, como la de [los elefantes], o una categoría extraña y difusa, como la de [las cosas manejables].

7.2.1.3.2. La expectativa de proporcionalidad

Para los objetos que no tienen una forma típica, como decíamos en el capítulo 3 de la primera parte de esta investigación, las diferencias relevantes para que un objeto pueda ser calificado con un adjetivo dimensional, pueden establecerse con respecto a la idea de EXPECTACIÓN DE PROPORCIONALIDAD ENTRE LAS PARTES DE UN OBJETO, en vez de respecto a una categoría de referencia: en este caso, los usos de los adjetivos dimensionales —tal y como indicábamos en su momento— se relacionan más con el concepto de FORMA que con el de TAMAÑO.

Como veremos, a pesar de que, en teoría, este es un uso que puede darse con cualquier adjetivo, solo hemos considerado oportuno —por los motivos que se explicarán en el apartado 7.3.5.3— establecer una acepción relativa a la FORMA DE LOS OBJETOS en el artículo que dedicamos a *largo*.

7.2.1.3.3. Estructuras ‘marcadas’

Conviene, por otro lado, señalar que nuestras definiciones no se recogen todas las estructuras lingüísticas en las que pueden aparecer adjetivos dimensionales. Así, en un enunciado como *Mi coche es más grande que el suyo, aunque ambos son muy pequeños*, el sentido de *grande* no se corresponde con el de algo que tiene un tamaño “mayor de lo normal o adecuado”.

Como decíamos en los apartados 3.1. (*La clase de referencia*) y 3.1.1. (*¿Cómo se establece la comparison class?*), en estas estructuras es siempre necesaria una *noción comparada* o *base de la comparación*. El adjetivo *grande* tiene, en casos como el del ejemplo que acabamos de emplear, la función de fijar cuál es la noción comparada: establecer que lo que se está comparando es el grado en que son grandes *esos* dos coches.

Asimismo, la pregunta *¿Cómo es de grande tu coche?*⁵⁰⁹ tampoco implica que el coche por el que se pregunta sea “mayor de lo normal o adecuado”. De nuevo, *grande* ‘sirve’, simplemente, para especificar de qué se está hablando: acerca de qué magnitud se requiere información.

Como hemos advertido, somos conscientes de que las definiciones que manejamos no se adaptarían a estos usos, pero consideramos que los adjetivos dimensionales no presentan, en este aspecto, nada especial que no permita que los usos señalados se integren de manera natural en los conocimientos lingüísticos generales de los hablantes. A estos corresponde el coherente lo que saben de su idioma con los rasgos aportados por una (siempre limitada) explicación lexicográfica. Lo mismo ocurre cuando uno de los adjetivos tratados aparece acompañado de expresiones de grado: en la interpretación de *grande* en *muy grande* debe integrarse la definición correspondiente con la competencia lingüística (y comunicativa, podría decirse) que se presupone a los hablantes.

7.2.2. Objetos, entidades y eventos

En las definiciones que componen los artículos de nuestra propuesta lexicográfica hemos empleado *objeto* para hacer referencia a todo tipo de realidades físicas, incluidas las personas y, en general, los seres animados⁵¹⁰.

Al hacer referencia a *entidades*⁵¹¹ hemos querido recoger realidades que, aunque puedan tener su representación o correlato tangible, no son, en sí, de carácter material. Dentro de las entidades hemos considerado casos como el DINERO, los IDIOMAS o los conceptos territoriales (aunque en este último caso su adscripción a la clase de los objetos también habría sido posible). En ocasiones hemos empleado *entidades* de manera algo más flexible, dando cabida también a la clase de los objetos, aunque nunca de manera

⁵⁰⁹ De una pregunta del tipo *¿Cómo es de pequeño tu coche?* sí podría inferirse, como vimos en la primera parte de esta investigación, que implica que el coche en cuestión es de un tamaño “menor de lo normal o adecuado”.

⁵¹⁰ En *WordNet* se define *object* (s. v. *object*) precisamente respecto a *entidad*, que se sitúa por encima en su clasificación ontológica: “a tangible and visible entity; an entity that can cast a shadow”, [https://wordnet.princeton.edu/, página consultada el 2 de julio de 2015].

⁵¹¹ En *WordNet* se define *entity* (s. v. *entity*) como “that which is perceived or known or inferred to have its own distinct existence (living or nonliving)” [https://wordnet.princeton.edu/, página consultada el 2 de julio de 2015].

exclusiva, sino conjuntamente con las ‘cosas’ menos tangibles a las que hacíamos referencia.

Hemos considerado, en cambio, que son *eventos*⁵¹² todas las cosas ‘que suceden’, ‘que tienen lugar’⁵¹³... sin limitar las definiciones a las clases de eventos que componen dicha categoría según sus propiedades aspectuales:

Con el término *evento* se alude a cualquier tipo de ‘situación’ o ‘acontecimiento’ denotado por un predicado. Se toma como término neutro, frente a *situación*, que parece contar con un “sabor” más estático, y frente a *acontecimiento*, dotado de una connotación más dinámica. *Evento* engloba, pues, acciones (acontecimientos llevados a cabo voluntariamente por un sujeto agente), procesos (acontecimientos desencadenados espontáneamente o causados por una fuerza externa al proceso) y estados (situaciones que se mantienen a lo largo de un periodo).

(De Miguel, 1999, pág. 2979)

El concepto de ‘evento’ (*event*), en su interpretación amplia (Pustejovsky 1988, 1991), se entiende como categoría general que consta de cuatro clases aspectuales de predicados (Vendler 1967): ‘estados’ (*states*): *saber, adorar, estar...*; ‘actividades’ o ‘procesos’ (*activities-process* [...]): *pasear, correr, leer...*; ‘realizaciones’ (*accomplishments*): *destruir, comprar, pintar un cuadro...*; ‘logros’ (*achievements*): *llegar, encontrar, morir...* Según una interpretación más estricta, los ‘estados’ están excluidos de la categoría de ‘evento’.

(Fernández Leborans, 1999, págs. 2426 y 2427)

En las definiciones de algunos sustantivos, debemos señalar, no se indica explícitamente que hagan referencia a eventos, sino que, directamente, se habla de los eventos en sí. Por ejemplo, en la definición de la acepción I-1 de *alta*, se dice que es el “ingreso de un nuevo miembro [...]”, sin que hayamos considerado necesario señalar que el sustantivo *ingreso* hace referencia un evento de determinadas características.

En ocasiones, para evitar definiciones excesivamente complejas, o, precisamente, para llevar a cabo una referencia ontológicamente ‘abierta’, hemos empleado el demostrativo *aquello* (“Se aplica a aquello que...”), que puede sustituir tanto a objetos como a entidades y/o eventos. Hemos empleado también *aquel* (“Se aplica a aquel que...”) cuando hemos querido dejar claro que un sentido de un adjetivo se aplica únicamente a personas (y no a otra clase de objetos).

⁵¹² En *WordNet* se considera que *event* (s. v. *event*) es “something that happens at a given place and time” [<https://wordnet.princeton.edu/>, página consultada el 2 de julio de 2015].

⁵¹³ En algunas definiciones hemos hecho referencia a cosas “que se producen...”. En dichas ocasiones, se alude también a la noción de EVENTO.

7.2.3. El tratamiento de las asociaciones sintagmáticas

A pesar de que nuestra propuesta se centra en los usos ‘independientes’ del conjunto de palabras que nos ocupa, hemos recogido también una serie de asociaciones sintagmáticas, aunque, como ya dijimos en el capítulo (5) dedicado a la justificación de la propuesta, nos hemos limitado a tomar los casos más comunes, centrándonos, sobre todo, en aquellos en los que el adjetivo experimenta algún cambio de significado sustancial⁵¹⁴.

Al margen de cuestiones conceptuales relativas a si lo tratado son locuciones o colocaciones (cuestión a la que también se hizo mención en el capítulo 5), creemos necesario señalar que, aunque somos conscientes de que este apartado de la propuesta podría ser tratado con mayor profundidad, hemos preferido privilegiar el uso ‘independiente’ de los adjetivos dimensionales que nos ocupan. Las asociaciones sintagmáticas que recogemos son exclusivamente aquellas que aparecen también en *DUE*⁵¹⁵, obra de la que, además, tomamos la mayor parte de las definiciones. Hemos optado, por lo tanto, por limitarnos a apuntar, casi de forma testimonial, algunas asociaciones sintagmáticas ya que, como hemos explicado con anterioridad, no son esta clase de fenómenos los que centran nuestra atención. Además, se da la circunstancia de que las cuestiones fraseológicas son por sí mismas un campo de estudio de tal envergadura que una aproximación que no fuera a contar con la profundidad y la amplitud requeridas no serviría, seguramente, para aportar información valiosa acerca del fenómeno. Consideramos, por lo tanto, que la relación entre los adjetivos dimensionales y las asociaciones sintagmáticas requiere de un minucioso estudio particular, al margen del acercamiento general que en esta oportunidad proponemos.

Cuando en apartados posteriores analicemos cada artículo de la propuesta por separado, no nos detendremos en análisis de las decisiones tomadas en la elaboración del apartado dedicado a las asociaciones sintagmáticas, pero sí trataremos puntualmente

⁵¹⁴ En este caso hemos seguido de cerca los criterios adoptados por María Moliner en su *DUE*.

⁵¹⁵ La única asociación que hemos añadido ha sido *a altas horas*, pues recoge una concepción temporal basada en la verticalidad que nos resultaba especialmente interesante y porque, además, hemos observado cómo *alta*, con el sentido en que aparece (en nuestra opinión, exclusivamente) en *a altas horas*, se recoge frecuentemente en los diccionarios como una de las acepciones adjetivales ligadas a la palabra.

cuestiones relativas a esas asociaciones si las consideramos de ayuda para la comprensión global de la propuesta o de acepciones particulares.

Ibarretxe-Antuñano (2010, pág. 200) considera importante “la inclusión de la fraseología dentro de cada una de las acepciones correspondientes, y no al final del artículo, como una subentrada”. Si bien en los casos en los que se ha perdido el carácter composicional de las expresiones pudiera ser una labor bastante complicada (¿con qué acepción debería asociarse *pelo* y *tomar* en *tomar el pelo*?), sí es cierto que hay asociaciones en que los conceptos relacionados con las palabras se mantienen ‘activos’:

Por ejemplo, la expresión *tener las manos atadas* tiene unos elementos y una construcción en concreto y no los podemos cambiar por otros, no podemos decir *tener los pies atados* o *tener las manos amarradas*, porque no solamente la expresión resultaría extraña sino que perdería parte del sentido que tiene. Sin embargo, la asociación conceptual que subyace a esta expresión, es decir, la relación metonímica entre la mano como parte del cuerpo y la capacidad de obrar de la misma no solamente está presente en esta expresión sino que se manifiesta en otras expresiones como *echar una mano*, *tender una mano*, *mano de santo*, *hacerlo con las manos*, etc.

(Ibarretxe-Antuñano, 2010, pág. 201)

La dificultad que supondría en algunos casos la recuperación de los valores semánticos con que se asocian (o se asociaban en origen) algunos de los elementos de ciertas expresiones de las que participan adjetivos dimensionales hace que la tarea de vinculación entre formas lexicalizadas y acepciones que propone Ibarretxe-Antuñano (2010) quede muy lejos de nuestra somera aproximación a este aspecto lingüístico. No obstante, no ponemos en cuestión el valor y el interés que, tanto en lo lingüístico como en lo lexicográfico, presenta la aproximación ofrecida.

7.2.4. El tratamiento de los adjetivos afines

En este apartado —que se sitúan al final de cada artículo— se recogen los adjetivos que presentan un significado similar o afín (al menos en determinados contextos) al de las acepciones centrales de cada adjetivo tratado. Se recogen, por lo tanto, adjetivos que también hacen referencia a una mayor o menor altura, longitud, profundidad, etc. en los objetos físicos.

El principal problema con el que ha habido que lidiar para la confección de estos apartados es que la capacidad que demuestran *grande* y *pequeño* y, en general, todos los adjetivos relativos al concepto holístico de TAMAÑO, para relacionarse con cualquier magnitud provoca que casi todos ellos puedan considerarse sinónimos contextuales de cualquiera de los adjetivos que recogemos en la propuesta. El que un objeto presente una dimensión especialmente desarrollada lleva consigo que tenga también (si el resto de sus dimensiones son ‘normales’) un volumen o un área mayor de la esperable. Así, no hay mucha diferencia entre *Una torre muy alta* y *Una torre muy inmensa*, entre *Una cueva muy profunda* y *Una cueva enorme*, entre *Una línea muy corta* y *Una línea muy chica* o *Un sofá muy ancho* y *Un sofá muy grande*. Este fenómeno se acentúa cuando la dimensión especialmente desarrollada coincide con la dimensión preponderante del objeto: una farola ancha puede ser pequeña si su ALTURA (que es su dimensión preponderante) no es muy pronunciada; sin embargo, si una farola es muy alta será más fácil que esta se conciba también como grande.

En el caso de los adjetivos que se relacionan con *alto* y *bajo*, especialmente cuando estos se aplican a seres humanos (entidades de una dimensión claramente preponderante), no está claro si el concepto que subyace a estos es exactamente el de ALTURA (o ESTATURA) o el de TAMAÑO. Al hablar de personas es habitual que de alguien con mucha ALTURA se diga que es *grande*, independientemente de que su cuerpo sea más o menos grueso⁵¹⁶. Recordemos que, además, la elevación vertical se asocia cognitivamente con la idea de MÁS y que, por lo tanto, “desde la perspectiva de los seres humanos, hay una estrecha relación entre altura, volumen y tamaño [...]”, (Santos Domínguez y Espinosa Elorza, 1996, pág. 68). ALTURA y TAMAÑO son, por tanto, conceptos que, especialmente ante determinadas formas, se solapan con frecuencia. En la mayoría de los casos que recogemos en los apartados dedicados a los adjetivos afines hemos situado los adjetivos referentes a la ALTURA-TAMAÑO de las personas ‘dentro’ de los apartados *Adjetivos dimensionales* (+ ALTURA) o (- ALTURA)—, aunque hemos tratado de señalar también, en las definiciones en que lo hemos considerado oportuno, que la dimensión vertical no es la única propiedad que puede activarse con el uso de estos adjetivos. En general, cualquier

⁵¹⁶ En los artículos dedicados a *alto* y *bajo* muchos de los adjetivos que recogemos como similares a su significado prototípico se hace referencia a conceptos que, en sentido estricto, se relacionan más con el tamaño que con la altura.

adjetivo que se relacione con una dimensión particular y con el tamaño en general lo recogeremos en el apartado de adjetivos afines de la dimensión particular correspondiente⁵¹⁷.

En algunas de las definiciones de los apartados *Adjetivos dimensionales (+ tamaño)* y *(- tamaño)* se hace alusión a la idea de que las entidades adjetivadas deben entenderse respecto a las ‘dimensiones humanas’⁵¹⁸. Aunque es una idea que en principio considerábamos incluida en “lo normal o adecuado”, hemos decidido activarla explícitamente debido a que algunos adjetivos parecen más cercanos a esa forma de entender el TAMAÑO que a la que pone en relación un objeto con una clase más o menos ‘natural’. Esta circunstancia, además de su posible uso expresivo, son factores que provocan que en algunos casos los adjetivos de tamaño no acaben de casar con la idea de ADECUACIÓN. Cuando se da esta circunstancia hemos tomado la decisión de definir los conceptos haciendo referencia únicamente a las diferencias respecto a “lo normal” (o respecto a ‘lo humano’).

En los apartados que dedicamos a los adjetivos afines a *ancho* y *estrecho* hemos recogido también aquellos hacen referencia a la AMPLITUD de una entidad a la hora de albergar otra en su interior: al primero de los usos que ubicábamos en el área semántica *Espacio (físico)*. Consideramos que son usos lo suficientemente próximos a las acepciones prototípicas de *ancho* y *estrecho* como para que resulte pertinente que se recojan. Los adjetivos que cuentan con un sentido similar a la subacepción metonímica quedan, precisamente por suponer un claro paso hacia cuestiones menos directamente relacionadas con la ANCHURA de los objetos, fuera del apartado⁵¹⁹.

⁵¹⁷ Algunos adjetivos, como *chico*, *enano* o *diminuto*, aparecen tanto en el artículo *baj-* como en *pequeñ-*, dependiendo de si se aplican a personas u objetos.

⁵¹⁸ Véanse los apartados 2.3.2. y 7.2.1.

⁵¹⁹ En los apartados que dedicamos a los adjetivos afines a *largo* y *corto* no hemos recogido aquellos (*extenso*, *amplio*, *dilatado*, *reducido*...) que podrían relacionarse con la LONGITUD siempre que se entendiera el referente del sustantivo adjetivado como una línea. Así, al hacerse referencia a la *amplia* / *dilatada* / *extensa* / *reducida carrera profesional* de alguien, se está relacionando el sustantivo (*carrera*) con un evento que, como ocurre frecuentemente, puede entenderse como una línea (en el tiempo). Algo similar ocurre con el sentido que presenta *abismal* en una *diferencia abismal*, ya que, a pesar de que puede considerarse afín a *grande* (o a *amplio*), se trata de un uso de los que nosotros entendemos como metafóricos: la entidad de la que se dice que es abismal se concibe como física (y vacía) sin serlo realmente. Este tipo de casos —repetimos— no aparecen recogidos en el apartado dedicado a los adjetivos afines por no estar directamente relacionados con entidades físicas reales.

7.2.5. Cuestiones sintácticas generales

Aunque es una cuestión que se sitúa en los límites de lo lexicográfico, y, de hecho, no aparece recogida de manera explícita en nuestra propuesta, debemos señalar que, en lo sintáctico, la posición (pre o postnominal) de los adjetivos dimensionales favorece interpretaciones estrictamente dimensionales, los postnominales, o metafóricas, los antepuestos⁵²⁰. En *Un alto ejecutivo*, por ejemplo, entenderemos seguramente que el ejecutivo en cuestión pertenece a la clase de los ejecutivos importantes, pero nada sabremos respecto a su altura. Estaríamos ante lo que llamábamos un uso intensional. Lo contrario pasaría en *Un ejecutivo alto*: estaríamos ante un ejecutivo que, dentro de la clase de [los ejecutivos], pertenecería al subconjunto de los que son [altos]. Ambos adjetivos pueden aparecer en un mismo sintagma (*Un alto ejecutivo bajo*), y resultaría sencillo distinguir cómo debería interpretarse cada uno.

Además, la función de cópula se asocia, al igual que la posición postnominal del adjetivo, más naturalmente con los usos literales: ante *Ese jugador es grande*, sin la intervención de un contexto determinado, lo ‘natural’ es pensar que *grande* hace referencia al tamaño del jugador, igual que ocurría en *Un jugador grande*. Al hablar de *Un gran jugador*, en cambio, la tendencia es a que no se interprete el adjetivo de forma dimensional, sino a través de los conceptos metafóricos asociados con el TAMAÑO.

Estas cuestiones se imbrican con otras propiedades semánticas asociadas a la anteposición o postposición de los adjetivos (especificación, explicación, subsección, intersección, objetividad, subjetividad...), propiedades ya examinadas pormenorizadamente a lo largo de la primera parte de esta investigación.

7.2.6. Adjetivos ‘metafóricos’ y adjetivos ‘metonímicos’

Aunque sea un tipo de ‘distorsión’ lingüística que se manifiesta con cierta regularidad⁵²¹ y que permite una interpretación bastante intuitiva, consideramos necesario aclarar que, a pesar de que en esta investigación se habla frecuentemente de *adjetivos*

⁵²⁰ Recordemos el apartado 2.1.2.2. (*Cuestiones sintácticas relativas a los intensionales*).

⁵²¹ Nótese, por ejemplo, que se habla de *nombres contables* e *incontables* para hacer referencia a los sustantivos que se relacionan con entidades que se pueden, o no, contar.

metafóricos y metonímicos, realmente se está haciendo referencia a casos en los que los mecanismos conceptuales de la metáfora y la metonimia actúan sobre los sustantivos y las entidades, y no sobre los propios adjetivos o las propiedades con que se relacionan.

Un *saxo alto* es un saxo con un sonido alto (‘agudo’), pero, por metonimia, se alude al sonido a través del instrumento que lo produce. Solo una vez ‘activada’ metonímicamente la referencia al sonido a través de la palabra *saxo* se dice de este que es *alto*: el adjetivo, en sí, no es metonímico; lo es la referencia implícita a una entidad a través de la referencia explícita a otra⁵²². Un *rato largo*, por otro lado, es un rato que dura mucho tiempo; las entidades abstractas (como el tiempo) suelen concebirse metafóricamente como objetos concretos que son espacialmente medibles y que pueden, por lo tanto, ser ‘literalmente’ *cortos o largos*. Solo una vez entendido el tiempo como un objeto, se dice de él que es *largo*: hay una metáfora cognitiva a la hora de entender el tiempo como un objeto, pero no al atribuir a dicho objeto la propiedad de SER LARGO.

A pesar de que, repetimos, en estos casos, las metáforas y las metonimias ‘caen’ realmente sobre las entidades-nombres y no sobre las propiedades-adjetivos, en esta investigación hablaremos de *adjetivos metafóricos y metonímicos* (o de *usos metafóricos/metonímicos* de los mismos) en casos análogos a los señalados.

7.3. Cuestiones relativas a cada artículo

En este apartado trataremos de explicar, de forma específica para cada uno de los artículos, las decisiones tomadas en la propuesta lexicográfica que vertebra la segunda parte de esta investigación. Dejaremos al margen, eso sí, aquellas cuestiones que ya hayan sido tratadas cuando en apartados precedentes dábamos cuenta de las cuestiones de carácter general.

Las explicaciones serán más exhaustivas en los primeros casos tratados, ya que muchos de los criterios empleados son comunes a toda la propuesta y preferimos presentarlos una única vez. La explicación de cada artículo debe completarse, por lo tanto, recuperando aquellas cuestiones que ya hayan sido abordadas en los artículos precedentes y sea procedente volver a considerar. Del mismo modo, a la hora de explicar el tratamiento de los antónimos ‘negativos’ de cada par de adjetivos, no repetiremos las

⁵²² La identificación de *alto* con AGUDO, sería, por otra parte, de carácter metafórico.

cuestiones abordadas en el tratamiento de los correspondientes ‘positivos’, sino que explicaremos exclusivamente aspectos que les sean propios de manera ‘exclusiva’.

Cuando lo estimamos conveniente, hacemos apuntes de carácter interlingüístico, diatópico y/o diacrónico que ayuden a ‘situar’ los usos del español europeo actual dentro de un contexto (lingüístico, físico y temporal) con el que se facilite y enriquezca su asimilación.

7.3.1. El artículo *alt-*

7.3.1.1. *Alto/a* (adjetivo): dimensión (física)

Como explicábamos en la primera parte de esta investigación (cf. los apartados 2.4.2.2.1 y 2.4.2.2.2.), a los objetos se les puede atribuir un ‘arriba’ y un ‘abajo’ a través de una concepción de la VERTICALIDAD basada en aspectos absolutos⁵²³ o en aspectos inherentes a los propios objetos. Una roca en la playa, por ejemplo, consta de una parte a la que se llama *arriba* cuya ubicación depende exclusivamente del eje vertical que se constituye (mentalmente) en relación a la dirección de la fuerza de la gravedad. Una torre y una persona, en cambio, presentan un *arriba* inherente: la parte más elevada en el eje vertical cuando el objeto se encuentra en su posición de equilibrio típica. Si una torre se cayera, o si una persona se tumbase, podría hablarse de una *parte de arriba* (inherente) de estos objetos que no coincidiría con su *parte de arriba* (absoluta) ‘puntualmente’ establecida a través del eje vertical.

A partir de los conceptos de VERTICALIDAD ABSOLUTA y VERTICALIDAD INHERENTE, hemos diferenciado, para el caso de *alto/a*, dos sentidos que podemos considerar los prototípicos del adjetivo: uno para objetos con una “verticalidad ocasional” (como las rocas de una playa) y otro para los objetos con una “verticalidad inherente” (como las torres o las personas).

⁵²³ Recordemos que, debido a la fuerza de la gravedad, el eje vertical es el más fácil y directamente asociable a valores absolutos.

En ambos casos hemos hecho referencia a “la base del objeto” y a la “elevación máxima” que alcanza este⁵²⁴. Lo que entendemos por *base* del objeto no es una parte del mismo, sino el plano en que este se apoya o desde el que surge⁵²⁵. De manera análoga, la “elevación máxima” que alcanza el objeto es una altura en el espacio, que no necesariamente coincide con el ‘lugar’ preciso donde se sitúa su límite superior. Hemos evitado hacer referencia a las partes de los objetos como puntos desde (y hasta) los que considerar la ALTURA ya que, según la forma de estos, la distancia entre dichos puntos no siempre se puede identificar con la DISTANCIA VERTICAL:

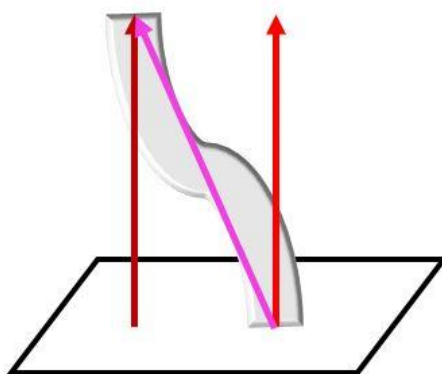


Figura 60. ALTURA en objeto ‘curvo’.

En la figura 60 se muestra cómo la ALTURA (marcada por las flechas roja y granate) no es, en objetos con formas que no siguen el eje vertical, coincidente con la distancia entre sus ‘puntos extremos’ (distancia que aparece acotada con la flecha rosa). En la definición se ha tomado como *altura* de esta clase de objetos lo marcado por la flecha roja debido, exclusivamente, a que lo marcado por la granate era más difícil de recoger en un texto de manera clara y sencilla, pero ambas “medidas verticales” coinciden con el concepto de ALTURA que manejamos en las dos acepciones de *alto* vistas hasta el momento.

⁵²⁴ En el contexto del significado del adjetivo *alto*, Mulier (2009, pág. 48) apunta que “expresar la extensión de un cuerpo consiste en denotar la distancia vertical del mismo desde su base —el contacto con la superficie— hasta su punto más elevado”.

⁵²⁵ Con la referencia a una base de apoyo o desde la que surge algo buscamos dejar fuera de la definición casos como los de las estalactitas, las cortinas o los vestidos (vistos en la primera parte de la investigación) que, si bien están dotados de una verticalidad, resulta poco adecuado decir de ellos que son *altos* (o *bajos*) porque no poseen una base desde la que elevarse, sino que se descuelgan desde una sujeción ubicado arriba (en alto).

El uso de flechas de un solo sentido⁵²⁶ en la figura de la propuesta se debe a que, como ya señalamos, la ALTURA es una dimensión que, prototípicamente, responde a una direccionalidad ‘de abajo arriba’. Aunque de objetos como una roca en una playa no se puede decir que crezcan o se desarrollen ‘hacia arriba’ (como sí puede decirse de las personas o, en el momento de su construcción, de las torres), el hecho de que necesiten un punto de apoyo los pone en relación con esta direccionalidad ‘ascendente’, aunque sea, simplemente, activando la idea de OPOSICIÓN a la fuerza de la gravedad. Debemos aclarar que aquello que intuitivamente consideramos el ‘apoyo’ de un objeto no siempre es su apoyo real: cuando una roca está parcialmente enterrada bajo aquello que se toma como plano-base (la superficie terrestre) su verdadero apoyo se produce en lo subterráneo⁵²⁷. Sin embargo, la identificación del plano superficial con una resistencia que ‘empuja’ a los objetos desde abajo se muestra, desde un punto de vista cognitivo, como el mecanismo ‘universal’ que da sustento a los objetos⁵²⁸.

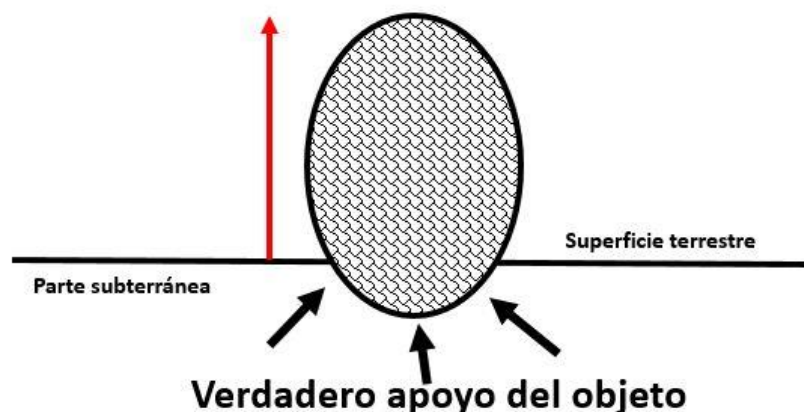


Figura 61. La altura se concibe identificando la base terrestre como punto de apoyo de los objetos, aunque ahí no se encuentre su apoyo real.

También sería posible hablar de la ALTURA de objetos que flotasen y no necesitasen de un punto de apoyo (una columna de humo que surge de un volcán) ni de contacto (una

⁵²⁶ En otras figuras empleamos flechas de doble sentido.

⁵²⁷ Normalmente tendemos a considerar que, por ejemplo, un árbol, se apoya sobre el plano que establecemos como base, aunque realmente su apoyo venga de un punto subterráneo y no de lo que podríamos llamar *el suelo*. Lo mismo suele ocurrir con edificios, torres y la mayor parte de las construcciones.

⁵²⁸ Seguramente, por analogía con el modo en que nos apoyamos sobre una base los humanos.

columna de humo que, una vez cortado el flujo de ceniza de un volcán, se quedase estática un metro por encima del cráter⁵²⁹) con una superficie terrestre. El hecho de que en ocasiones la DIRECCIONALIDAD con que identificamos la ALTURA pueda no ser real es lo que nos ha hecho dejar ese concepto fuera de la definición, sin renunciar a buscar su activación ‘abstracta’ a través de la orientación de las flechas de las figuras que nos han servido como ejemplos visuales en la propuesta.

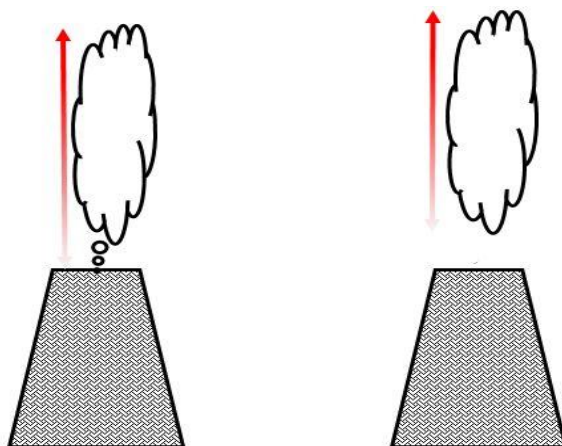


Figura 62. ALTURA del humo de un volcán. La orientación prototípicamente ascendente del concepto —ALTURA— se difuminaría.

Las figuras que ilustran *alto* en la propuesta son más altas que las que ilustran *bajo*, ya que, aunque en términos absolutos no se puede representar *lo alto*, si hemos pretendido que, al menos en términos relativos, haya cierta coherencia visual entre los pares de antónimos escogidos. Además, debemos señalar que en la figura que acompaña a las definiciones hemos empleado el recurso de dotar de ojos a los objetos para, por analogía con las formas humanas, tratar de transmitir la idea de que tienen una ‘parte de arriba’ inherente⁵³⁰.

Dentro del apartado (o espacio semántico) *Dimensión (física)* se recoge también un uso del adjetivo *alto* relativo a los accidentes geográficos⁵³¹. En este caso, el adjetivo se

⁵²⁹ Este caso se asemejaría al de las estalactitas, pero el hecho de no presentar una verticalidad descendente, permitiría, en el caso de la columna de humo, seguir recurriendo al concepto de ALTURA para su descripción.

⁵³⁰ En ocasiones este recurso nos servirá para dotar a los objetos de FRONTALIDAD, aunque en esta ocasión ese concepto nos resulta irrelevante.

⁵³¹ En el DUE (s. v. *accidente*) se recoge el siguiente significado de *accidente geográfico*: “Cada uno de los elementos de un lugar geográfico que le dan su configuración: ríos, montañas, cabos, etc.”.

pone en relación con el concepto ALTITUD⁵³², concepto que se entiende de manera similar a como entendíamos ALTURA en los objetos con una verticalidad ocasional: la distancia vertical entre una base y el punto más alto alcanzado por el objeto. Sin embargo, la ALTITUD tiene como base convencionalizada el nivel del mar y no el plano sobre el que se apoyan (o parecen apoyarse) las entidades⁵³³. Una montaña, por lo tanto, podría ser *alta* de dos ‘maneras’ distintas: en relación al concepto ALTURA (desde su base) y en relación a su ALTITUD (desde el nivel del mar).

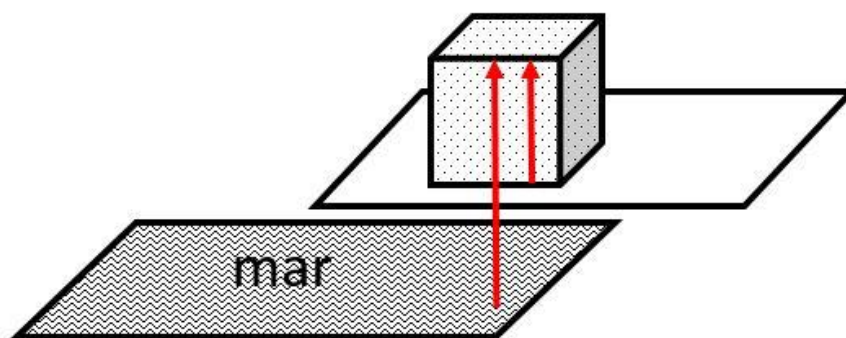


Figura 63. ALTITUD (flecha de la izquierda) y ALTURA (flecha de la derecha) de un accidente geográfico.

7.3.1.2. *Alto/a* (adjetivo): ubicación

Más allá de los usos dimensionales, pero todavía dentro de lo físico (propiedades físicas), adjetivos como *alto* cuentan frecuentemente con otros significados totalmente convencionalizados. El primero que hemos recogido es aquel en que el adjetivo pasa a acompañar a los nombres de objetos que se encuentran alejados del suelo, es decir, que se encuentran a cierta altura.

El sintagma *una cueva alta* [...] puede designar una cueva situada en la parte alta de una montaña, o bien, una cueva en la que la distancia entre el suelo y el techo es considerable.
(Bosque, 1985, pág 69)

⁵³² ALTITUD puede entenderse como un concepto referido a la ubicación de algo (*La altitud del estadio hace que a los atletas les cueste obtener oxígeno*) o a la dimensión (*La montaña tiene 6000 metros de altitud*). Es en el segundo de los sentidos vistos al que nos referimos en esta investigación cuando hacemos referencia al concepto ALTITUD y empleamos la palabra (*altitud*) asociada a este.

⁵³³ Algunos diccionarios, como el *DRAE* o el *DUE*, especifican que *alto* se aplica también a personas. En este y en otros casos similares no hemos considerado necesario aportar esa información.

Así, los *techos altos* o las *nubes altas* no son objetos que posean una altura mayor de lo normal o adecuado, sino que son objetos que se encuentran a una altura mayor de lo normal o adecuado: desde un punto dimensional, lo que sería realmente *alta* sería la distancia (concebida como una entidad) entre dos puntos. Por un proceso metonímico, se aplicaría el adjetivo a uno de los dos puntos (el marcado por el objeto ‘de arriba’: la *nube*, el *techo*) directamente. Dicho de otro modo, con el nombre del objeto (*nube*, *techo*) se hace referencia metonímicamente a su ubicación y la ubicación se entiende en relación a un punto, es decir, como una distancia que, al ser considerada como una línea vertical, puede ser más o menos *alta*.

Podríamos haber optado por considerar una subacepción el caso en el que *alto* no hace ya referencia a la ubicación de un objeto, sino a la ubicación en la que tiene lugar un evento. Las explosiones del ejemplo que hemos empleado en la propuesta (*Desde el mar se veían las explosiones altas de los fuegos artificiales*) son eventos que tienen lugar a determinada altura, pero no objetos que estén a esa altura.

Hemos decidido finalmente no hablar de objetos ni de eventos y recurrir a *aquello* para poder recoger dentro de la misma acepción las ideas de DÓNDE SE ENCUENTRA ALGO y de DÓNDE SE PRODUCE ALGO.

Al emplear el concepto ELEVACIÓN hemos sido premeditadamente ambiguos, pues no establecemos respecto a qué se considera que algo está o sucede en una “posición elevada”. En unos casos esa elevación puede ser respecto al mar (relacionándose con el concepto de ALTITUD), en otros, respecto a una superficie que actúa como base (relacionándose con el concepto de ALTURA). Además, puede relacionarse también con la posición de los hablantes o con un punto que se tome como referencia: un paracaidista podría cambiar su referente de *corrientes de aire altas* y *corrientes de aire bajas* según fuera descendiendo, tomándose a sí mismo (y a su trayectoria) como punto de referencia. El uso de un concepto como el de ELEVACIÓN dota a la definición de la acepción que acabamos de analizar de la flexibilidad necesaria para que el lector pueda adaptar los casos descritos en la entrada léxica a un amplio espectro de ‘realidades contextuales’.

7.3.1.3. *Alto/a* (adjetivo): desplazamiento-ubicación

Si la trayectoria que sigue un objeto en el espacio se concibe como una línea se puede tomar un punto, o un conjunto de puntos, de dicha línea y, metonímicamente, hacer referencia a su elevación⁵³⁴ en el espacio: podría decirse de una trayectoria-línea que es *alta* si el punto más alto alcanzado por esta, o una parte considerable de la misma, se encontrase en una posición elevada. Estaríamos ante el caso recogido en el apartado *Alto (adjetivo): ubicación*.

Las trayectorias que siguen los objetos pueden asociarse con el evento que genera su desplazamiento y, por lo tanto, de forma metonímica, el adjetivo puede relacionarse con el sustantivo ligado a dicho evento. Así, en *un saque de puerta alto* el adjetivo se aplica directamente al nombre eventual. El evento en cuestión (*el saque de puerta*) implica el desplazamiento de un balón y su trayectoria-línea sería, en sentido estricto, lo que realmente tendría una ubicación elevada.

En las definiciones de la propuesta hemos recogido estas ideas, pero hemos evitado hablar de *trayectorias* o *líneas* y, simplemente, se ha hecho referencia al “desplazamiento” de un objeto, con la idea de que dicho concepto sea procesado, como sucede de manera natural, a través del recurso cognitivo de la trayectoria-línea.

Hablábamos más arriba de “un punto” o de “un conjunto de puntos” como referencia a la elevación de una línea, ya que puede entenderse tanto que una trayectoria-línea es *alta* según la ubicación de su punto más elevado como que lo es según la elevación de la mayor parte de la misma. Así, si el vuelo de una cometa alcanza durante un instante un punto muy alto, pero la mayor parte de dicho vuelo transcurre a ras de suelo, puede considerarse que es un vuelo *alto*, al estimar que el punto de altura máxima marca la altura de la trayectoria-línea, o que no lo es, si se considera que la elevación ‘mayoritaria’ de los puntos marca la altura⁵³⁵. En la definición de nuestra propuesta lexicográfica hemos empleado los verbos *cruzar* y *alcanzar* para que ambas posibilidades queden recogidas

⁵³⁴ De nuevo, no especificamos respecto a qué se mide dicha elevación: puede ser el punto de inicio del desplazamiento u otra referencia.

⁵³⁵ Un problema similar —como vimos en el apartado 2.4.2.2.7. (*Algunas consideraciones sobre la forma de los objetos*)— puede darse también con los objetos físicos no dinámicos: frecuentemente se habla de la ALTURA de un edificio especificándose si se tiene en cuenta o no su antena. Además de porque no sea una parte intrínseca del edificio, puede decirse que un motivo para llevar a cabo dicha especificación es si se toma ‘el grueso’ del edificio como referencia, o el punto más alto alcanzado por una parte ‘excepcional’ del mismo.

explícitamente: que una trayectoria transcurra (mayoritariamente) alta o que llegue (puntualmente) alto.

Aunque la ambigüedad del concepto ELEVACIÓN y la referencia vaga a lo que resulta “adecuado” nos permite no hacer explícito este uso, a través de los ejemplos pretendemos mostrar casos en que la trayectoria de un objeto no es ‘hacia arriba’, pero, aun así, se puede considerar *alta* si *alcanza* a un punto situado más arriba de ‘lo adecuado’ (*Fue un disparo un poco alto: 3 centímetros por encima del centro de la diana*) o *cruza* una zona situada por encima de una referencia que marque la adecuación (*Pegó un salto tremendo y, aunque remató hacia abajo, fue un disparo alto, que pasó por encima del larguero*).

En ocasiones, como se recoge en la subacepción del significado que estamos tratando, es el nombre de los propios objetos que son desplazados o el de los objetos que causan el desplazamiento lo que va acompañado de un adjetivo. Aunque trataremos el tema con mayor profundidad cuando abordemos acepciones similares de *largo*, la posibilidad de que un uso sea resultado metonímico del otro o que ambos deriven de terceros no es, en este caso, una cuestión transparente a la que se pueda dar solución dentro de los límites sincrónicos de nuestro estudio.

7.3.1.4. *Alto/a* (adjetivo): ubicación de una parte respecto a un todo

El uso de *alto* que nos ocupa, y que Bosque (1985, pág. 67) recoge en alemán, ruso y en la mayoría de las lenguas romances, presenta un carácter meronímico: se emplea, fundamentalmente, para clasificar las partes de un objeto según su ubicación en el eje vertical: una parte de un todo se ubica verticalmente con respecto a ese todo. Así, el *curso alto (del río)* es un merónimo del *curso (del río)* cuyo significante está situado por encima⁵³⁶ del resto del elemento holónimo: *El curso alto del río* sería equivalente a *la parte alta del curso del río* o a *la parte del curso del río situada más arriba*.

⁵³⁶ En estos casos, la ALTURA puede ser un concepto que aparezca ‘contaminado’ por las representaciones cartográficas: una parte de un territorio puede considerarse *alta* porque se sitúa convencionalmente en la parte de arriba de los mapas, es decir, en la parte más septentrional, y no porque esté a mayor altitud geográfica que el resto del territorio. A veces, en casos similares el adjetivo tiene un sentido temporal, similar al de *alta* en *Alta Edad Media*, pero se aplica al nombre de un territorio según la antigüedad de su adscripción a un dominio político determinado.

Debemos señalar que es frecuente que estos usos de los adjetivos queden fijados, generalmente⁵³⁷ en posición prenominal, en nombres propios: *Alto Duero*, *Alto Nilo*, *Alto Aragón*.

Además, como se recoge en la subacepción correspondiente, los adjetivos tratados también se utilizan de manera metonímica para clasificar otras clases de entidades, fundamentalmente lingüísticas, según su relación con las partes del objeto al que hacíamos referencia. El *alto aragonés* es la variedad de aragonés que se habla en la parte alta de una entidad concreta (que, en este y en muchos otros casos similares, es un territorio). Debemos señalar que, en ocasiones, cuando *alto* se aplica a una lengua, no resulta del todo claro si el adjetivo se relaciona con una parte de un todo según su ubicación o interfieren otras cuestiones de carácter diafásico o diacrónico, como sucede con *alto alemán*.

Resulta imposible mantener una interpretación meronímica del adjetivo en los enunciados en que aparece como cópula: *El curso del río es alto*. Sí podría hablarse de *La parte del curso del río que es alta*, pero el hecho de que se necesite recurrir a explicitar que el referente es una parte del todo pone de manifiesto que en esta clase de estructuras el adjetivo ha perdido su función ‘meronimizadora’ y mantiene solo la ‘ubicadora’. Lo mismo ocurre cuando se busca que el sentido ‘meronizador’ se mantenga en estructuras comparativas: sería raro *Este curso del río es más alto que aquel*, pero no *Esta parte del curso del río es más alta que aquella*.

En teoría, sería posible hacer referencia a *El curso más alto del río* o a *El curso muy alto del río*. Sin embargo, no son frecuentes estas estructuras. Creemos que, aunque el adjetivo relacional en el español actual, cuando está junto al sustantivo, se pospone, los adjetivos, en estos casos vistos, tienen una naturaleza relacional⁵³⁸ (restrictiva) y parece haberse convencionalizado que *alto*, *medio* y *bajo* son las partes en las que se dividen ‘oficialmente’ las entidades según su elevación. Así, los tipos ‘estandarizados’ de partes de entidades no son *las más altas*, *las bastante altas* o *las tremendamente altas*. Son, exclusivamente, las *altas*, *bajas* y *medias*.

⁵³⁷ No siempre se ubica el adjetivo en este lugar: La *Rioja Alta* y la *Rioja Baja*. Además, se documentan gentilicios como *riojabajeño*/*riojalteño*.

⁵³⁸ Véase el apartado 1.2.3.2., dedicado a esta clase de adjetivos.

7.3.1.5. *Alto/a* (adjetivo): tono

Bosque (1985, pág. 68) señala que en las lenguas latinas es frecuente la abstracción metafórica de *alto* (y *bajo*) hacia entidades sonoras en que se vincula el eje vertical con el tono (grave o agudo).

Cuando *alto* se aplica a un tono, tal vez podríamos recuperar la cualidad de FRECUENCIA⁵³⁹ DE VIBRACIÓN DE ONDA para explicar que un sonido con mucha frecuencia de vibración es *alto* y, con poca, es *bajo*. Un hablante medio seguramente no sea consciente de que existe dicha relación y, de hecho, es posible que no sea esta la explicación del origen de este uso. La identificación de lo agudo con ARRIBA y de lo grave con ABAJO seguramente parta de la sensación de ligereza que, por sinestesia, producen los primeros sonidos y la de volumen físico y pesadez que producen los segundos⁵⁴⁰.

Por un proceso metonímico bastante reconocible, como se indica en la subacepción correspondiente, se puede hablar de instrumentos o cantantes *altos* si el sonido típico que producen es agudo en relación a otros con los que formen serie.

7.3.1.6. *Alto/a* (adjetivo): volumen

Aunque este es un sentido de *alto* que podría haberse incluido dentro de la idea de INTENSIDAD que se recoge en acepciones que trataremos más adelante⁵⁴¹, hemos considerado conveniente su separación debido a que se relaciona con un tipo de realidad más o menos tangible (una propiedad física) como es el sonido. Así, tanto los usos relativos al tono como los relativos al volumen del sonido suponen, en nuestra propuesta, un punto intermedio entre el mundo físico y realidades más abstractas⁵⁴².

⁵³⁹ La FRECUENCIA es un concepto que aparecerá más adelante, aunque en la definición queda recogido dentro del de ABUNDANCIA.

⁵⁴⁰ Para el origen de los términos *grave*, *leve* y *agudo* en español, véase Corominas y Pascual [1981-1991] (2012, s. v. *grave*, s. v. *leve* y s. v. *agudo*).

⁵⁴¹ También, como hemos dicho, podría haberse incluido este uso referido al tono dentro de las acepciones relacionadas con la FRECUENCIA (concepto que, a su vez, está muy relacionado con el de INTENSIDAD).

⁵⁴² Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996, pág. 65) señalan que este uso se documenta ya en el *Poema de Mio Cid* (“Los del mio Çid a altas voces llaman”, v. 35). Además, apuntan que el concepto de ALTURA se relacionaba antiguamente también con la intensidad de los colores: Covarrubias (1611) define *bermejo* como “cabello y barba de color rojo muy subido”.

7.3.1.7. *Alto/a* (adjetivo): ubicación temporal de una parte dentro de un todo

Es frecuente que, en lo interlingüístico⁵⁴³, se empleen adjetivos como *alto* o *bajo*⁵⁴⁴ para hacer referencia a nociones temporales. Estas palabras no mantienen, en dichos casos, su valor dimensional: no transmiten, normalmente, la idea de que un tiempo se extienda a lo largo de un lapso determinado, sino que sitúan ese tiempo en una zona dentro de un todo; esto es, lo ubican. En español, germanismos como *Alta edad media* o *Alta antigüedad* no hacen referencia a la dimensión de esas etapas históricas, sino a su posición en una línea temporal que fluye, como un río, desde una zona elevada hacia otra más baja⁵⁴⁵.

Existe un caso que parece contradecir esta tendencia: el de expresiones como *altas horas de la mañana / tarde / noche, altas horas del día, alta noche...* La explicación, tal vez, reside en la interpretación que se hace de estas entidades como seres vivos que crecen a lo largo del tiempo⁵⁴⁶.

Debemos señalar que a pesar de que la manera como vemos el espacio parece ser semejante en todas las culturas⁵⁴⁷ no está tan claro que exista una conceptualización de ese espacio común a todas ellas⁵⁴⁸. Resulta evidente que la forma en que el espacio sirve

⁵⁴³ A lo largo de este capítulo, como ya hemos visto, hacemos referencia con cierta frecuencia a lo interlingüístico y recogemos algunos ejemplos concretos de distintas lenguas para mostrar cómo determinados aspectos subyacen a la polisemia y pueden ser compartidos interculturalmente.

⁵⁴⁴ Como señala Bosque (1985, pág. 65), “los adjetivos *alto* y *bajo* se emplean figuradamente en muchos contextos y en lenguas muy diferentes”.

⁵⁴⁵ En estos casos *alto* y *bajo*, tendrían un valor adverbial eventivo y podrían sustituirse por *temprano* y *tardío*, respectivamente. Así se pone de manifiesto en el carácter de las denominaciones de *Early Middle Ages* (en inglés), de *Haut Moyen Âge* y *Moyen Âge tardif* (en francés), o de *Frühmittelalter*, *Hochmittelalter* o *Spätmittelalter* (en alemán), por ejemplo.

⁵⁴⁶ En este ejemplo de Mesonero Romanos (1837) parece reconocerse esta idea de crecimiento “Porque él corre las calles desde que amanece Dios hasta las *altas horas* de la noche”, en REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CORDE) [en línea]. *Corpus diacrónico del español*. <<http://www.rae.es>> [Fecha de la consulta: 25/06/2015].

⁵⁴⁷ Del mismo modo que parece serlo, según lo visto en apartados anteriores, el modo de ver los colores.

⁵⁴⁸ “The universalist view of spatial concepts continues to dominate linguistics and cognitive science (e.g. Lyons 1977; Talmy 1983), but has been shown to be insufficient by a number of researchers (mainly from the Cognitive Research Group of the Max Planck Institute at Nijmegen) working on languages of the Australian and Pacific region”, (Haspelmath, 2001, pág. 568). Recordemos, en este sentido, que en

de base metafórica para la interacción con otras realidades menos primarias no es necesariamente coincidente en todas las lenguas. Así, aunque el uso de adjetivos dimensionales para otro tipo de realidades (sobre todo, como veremos, temporales)⁵⁴⁹ es muy frecuente en las lenguas de nuestro entorno (también en otras más alejadas⁵⁵⁰), no parece ser este uso metafórico un universal lingüístico, y ya un ilustre antiuniversalista como Benjamin Whorf⁵⁵¹ dio cuenta de ello al estudiar la lengua hopi:

[...] our idea of space has also the property of acting as a surrogate of non-spatial relationships like time, intensity, tendency, and as a void to be filled with imagined formless items, one of which may even be called 'space'. Space as sensed by the Hopi would not be connected mentally with surrogates, but would be comparatively pure, unmixed with extraneous notions.

(Whorf, [1939], dy41, pág. 93)

No todas las lenguas, por tanto, codifican las mismas metáforas de origen espacial. Sin embargo, debemos considerar que estos procesos metafóricos basados en lo espacial pertenecen a lo que Grady (1997) denomina *metáforas primarias*: metáforas cuya base no es cultural, sino que surgen de forma casi inmediata de experiencias subjetivas de base física que son compartidas en todas las culturas. Estas características hacen de esta clase de metáforas asociaciones potencialmente universales, aunque puedan no materializarse en todas las lenguas o hacerlo de formas muy distintas entre sí.

apartados anteriores hacíamos referencia a distintos modelos de concebir las relaciones espaciales entre dos objetos.

⁵⁴⁹ “[...] son muchísimas las lenguas que utilizan unidades léxicas y morfológicas de significado espacial, que proyectan a una dimensión temporal entre otros usos figurados”, (Bosque, 1985, pág. 63).

⁵⁵⁰ Bosque (1985) —tras estudiar los usos figurados de algunos adjetivos dimensionales en español, catalán, vasco, portugués, italiano, francés, rumano, inglés, alemán, holandés, árabe, turco, urdú, chino, japonés, ruso, servo-croata, finés, suahili, yoruba, akán, y nchumuru— señala, por ejemplo, que “los adjetivos de tamaño y longitud poseen sentidos figurados en casi todas las lenguas que hemos estudiado”, (Bosque, 1985, pág. 78).

⁵⁵¹ En estudios más recientes, no parece haber consenso acerca de si las referencias temporales a través de conceptos espaciales son, o no, universales. Yu (1998, pág. 86) señalaba lo siguiente: “It seems that the TIME AS SPACE metaphor has a universal status. But this status has not received adequate support in the form of systematically worked-out evidence across languages”. Fauconnier y Turner (2008, pág. 4) se muestran algo ambiguos al respecto: “Time as space is a deep metaphor for all human beings. It is common across cultures, psychologically real, productive, and profoundly entrenched in thought and language”. Sinha (2014), en cambio, rechaza la universalidad de este proceso metafórico tomando como ejemplos algunas lenguas amazónicas de las que dice (2014, pág. 195), al menos del amondawa, poderse sacar conclusiones similares a las que Whorf [1939] extrae a partir del hopi (aunque sin las implicaciones deterministas de este).

The emergence of a potentially universal conceptual metaphor does not, of course, mean that the linguistic expressions themselves will be the same in different languages that possess a particular conceptual metaphor.

(Kovecses, 2015, pág. 5)

Primary metaphors are part of our cognitive unconscious, inherent to the human being, a consequence of the nature of the brain, the body and the world we live in. We acquire them automatically and cannot avoid them. In the same way as physical experiences are universal, so are primary metaphors. But, in spite of being universal, they are learnt and so each culture filters and adapts them in a different way.

(Ortiz, 2011, pág. 1569)

7.3.1.8. *Alto/a* (adjetivo): cantidad o intensidad

A pesar de que “not every language has a MORE IS UP metaphor” —(Lakoff, 1993, pág. 35)—, la asociación de ARRIBA con MÁS o MUCHO y de ABAJO con MENOS o POCO se asienta en una base experiencial subjetiva que hace de ella, como señala Kovecses (2015, pág. 6), una metáfora primaria⁵⁵².

Esta metáfora se basa en el hecho de que “if you add more of a substance or of physical objects to a container or pile, the level goes up”, (Lakoff, 1980, pág.16). Esta elevación vertical se da de forma recurrente cuando se produce un aumento en la cantidad de cualquier sustancia u objeto, por ello tendemos a identificar los dos fenómenos⁵⁵³ y la idea de MÁS CANTIDAD⁵⁵⁴ ‘dispara’ la idea de MÁS ALTURA⁵⁵⁵.

⁵⁵² La ‘fuerza’ de esta metáfora puede constatarse en el hecho de que, aunque no todas las lenguas expresen la relación señalada, sí puede decirse que, al menos, ninguna presenta la relación contraria: “There are other languages in which MORE IS UP and LESS IS DOWN, but none in which the reverse is true”, (Lakoff, 1993, pág. 34).

⁵⁵³ Para comprender este y el resto de casos referidos resulta oportuno recordar el Principio de Convergencia Sincrónica: “[...] two cells or systems of cells that are repeatedly active at the same time will tend to become ‘associated’, so that activity in one facilitates activity in the other”, (Hebb, 1949, pág. 70). Es decir, si hay dos experiencias que suelen darse simultáneamente, cuando se dé solo una de ellas, no solo se activará el sistema neuronal que las registra (o produce), también se activará el sistema relacionado con el otro proceso que frecuentemente se ha desarrollado en paralelo.

⁵⁵⁴ Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996, pág. 56) señalan que, en español, la propia palabra *suma* pone de manifiesto que dicha operación se concibe como un amontonamiento de entidades, pues proviene de *summam* ‘lo más alto’.

⁵⁵⁵ Para expresar un aumento de cantidad es también frecuente la metáfora “LINEAR SCALES ARE PATHS”. Según Lakoff (1993), “[w]e can see this in expressions like: *John is far more intelligent than Bill. John’s intelligence goes way beyond Bill’s. John is way ahead of Bill in intelligence.* The metaphor maps the starting point of the path onto the bottom of the scale and maps distance traveled onto quantity in general. What is particularly interesting is that the logic of paths maps onto the logic of linear scales”, (Lakoff, 1993, pág. 2). En español, a través del aprovechamiento de la misma metáfora, se registran usos como *Las ventas*

Una de las características de la interacción entre el hombre y su entorno es que ciertos tipos de experiencia están frecuentemente correlacionados, es decir, la aparición de uno de los fenómenos lleva consigo la presencia del otro y en nuestro sistema conceptual tienden a identificarse. Así, aunque la correlación entre MÁS CANTIDAD DE ALGO y una subida física parta de lo material, encontramos que, incluso, al hacer referencia a conceptos más abstractos o a eventos, suele recurrirse también a expresiones como *Ha subido la fuerza* o *Las ventas han bajado*⁵⁵⁶, en que se alude a un incremento de la intensidad y de la frecuencia de un evento, respectivamente.

Esta metáfora se basa en la activación metonímica de la noción de cantidad mediante la noción de un grado de verticalidad, debido a su frecuente asociación experiencial. [...] Esta reiterada conexión experiencial entre verticalidad (altura) y cantidad lleva a una conexión abstracta —metafórica— entre ellas, en contextos en los que verticalidad y cantidad ya no están realmente asociadas.

(Barcelona, 2012, pág.135)

En nuestra cultura, la expresión de diversas magnitudes a través de escalas en las que explícitamente ARRIBA equivale a MÁS recoge y retroalimenta esta metáfora conceptual. En español, como ocurre en lo interlingüístico, la ABUNDANCIA/ESCASEZ⁵⁵⁷ (*altas dosis*), la INTENSIDAD (*alta tensión*) o la FRECUENCIA⁵⁵⁸ (*bajas ventas*) también suelen ser proyectadas en un marco de referencia mental que funciona como una escala y es bastante habitual que explícitamente se aluda al *nivel* marcado (metafóricamente, en la escala) por esa clase de realidades: *un alto nivel de aceptación, el bajo nivel de las ventas*. No estaría claro, sin embargo, si, por ejemplo, en *ventas altas* se consideraría que las ventas se

han avanzado o *Las libertades han retrocedido*. No podemos aseverar, sin embargo, que esta concepción metafórica implique el empleo de adjetivos del tipo *largo/corto*.

⁵⁵⁶ Bosque (1985, pág. 67) señala que “el adjetivo inglés *high* y el alemán *hoch* poseen una productividad mayor que nuestro *alto*, y su uso, menos literario, los ha convertido en simples adjetivos de grado”.

⁵⁵⁷ Santos Domínguez y Espinosa Elorza señalan que “desde los primeros textos castellanos queda patente que la dimensión vertical se asocia con la cantidad [...] Por ejemplo, en el *Poema de Mio Cid* encontramos: “de veinte *arriba* ha moros matado” (v. 2455), expresado con SUPRA en la Vulgata: “omnem masculum ab uno mense, et supra” (Números 3, 15)” (1996, pág 56)

⁵⁵⁸ Debemos señalar que el concepto de FRECUENCIA, en nuestra definición, queda subsumido en la extensión del concepto ABUNDANCIA/ESCASEZ.

ajustan a una dimensión y que esta dimensión es *alta* o que las ventas son un punto⁵⁵⁹ que se sitúa ‘*arriba*’.

Expresiones como *crecimiento de las ventas* harían sospechar que se conciben del segundo modo. Además, aunque pueda decirse que existe una metonimia que lleva a que *ventas altas* signifique *nivel alto de ventas* y que, por definición, el nivel es una ‘marca’ unidimensional que puede subir o bajar (pero no puede crecer), también es cierto que es frecuente escuchar que *el nivel de ventas ha aumentado*, por lo que la metonimia habría tomado el camino contrario y *nivel* habría pasado entenderse como una entidad con una dimensión que puede crecer o menguar.

Hay, por lo tanto, cuatro posibilidades que permitirían explicar cómo los hablantes relacionan LAS VENTAS con el concepto de ALTURA en enunciados del tipo de los recogidos más arriba:

- 1) Con *las ventas* se busca hacer referencia al NIVEL (en sentido estricto: como algo sin dimensión) DE LAS VENTAS: Entonces las ventas tendrían una UBICACIÓN.
- 2) Con *las ventas* se busca hacer referencia al NIVEL (como algo con dimensión que puede aumentar o disminuir) DE LAS VENTAS: Entonces las ventas tendrían una DIMENSIÓN.
- 3) Con *las ventas* se busca hacer referencia a LAS VENTAS EN SÍ, como algo con una dimensión que puede crecer o disminuir.
- 4) Con *las ventas* se busca hacer referencia a LAS VENTAS EN SÍ como algo con una posición más o menos elevada.

La cuarta opción parecería la más alejada de la idea que el AUMENTO DE ALGO supone, por analogía con la acumulación de elementos físicos, una SUBIDA DEL TAMAÑO DE ‘ESE ALGO’. Sin embargo, encontramos representaciones gráficas de ventas (y de realidades de todo tipo) que recogen (y fomentan) esta concepción metafórica:

⁵⁵⁹ Esta concepción es la que subyace a la explicación de Bosque (1985) acerca del adjetivo inglés *low* y (de una de las acepciones) del español *bajo*: “En inglés no sería posible aplicar [este adjetivo] a una persona porque, frente a *bajo*, *low* no designa la escasa distancia que existe entre los dos extremos de un objeto en su dimensión vertical sino que sitúa a este en su conjunto en la parte inferior de una determinada escala física o figurada (cf. Por tanto nuestro *bajo nivel* con ingl. *low*/*short level)”, (Bosque, 1985, pág. 68).



Figura 64. Gráfico de ventas I.

Así, en representaciones como las de la figura 64 las ventas parecen tener una posición (que no necesariamente debe relacionarse con el concepto NIVEL). En la figura 65, en cambio, las ventas sí se conciben como una entidad con dimensión (que crece por acumulación) y se correspondería con la tercera de las posibilidades que recogíamos y, en el caso de que se estuvieran representando niveles, con la segunda:

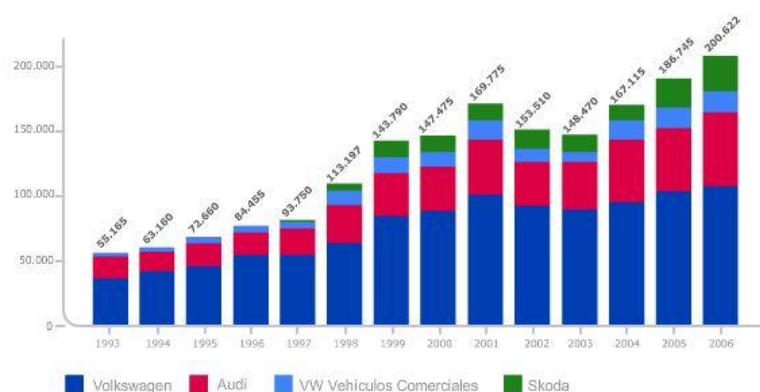


Figura 65. Gráfico de ventas II.

Por último, la figura 66 recogería la primera de las opciones listadas más arriba. La dimensión de la entidad medida tendría un tamaño que aumentaría por acumulación y este se asociaría con un nivel:



Figura 66. Gráfico de ventas III.

El que encontremos frecuentemente estas distintas clases de representación gráfica de las VENTAS parece un indicio de que esa clase de realidades se conciben de las cuatro formas referidas. La manifestación de cada uno de estos gráficos favorece, además, que se interiorice la manera de entender la realidad de las cosas en un sentido y otro.

La metáfora que subyace a un enunciado lingüístico de este tipo es, por lo tanto, difícil de determinar con exactitud y de manera general. Obtener de los propios hablantes la información acerca del modelo del que hacen uso en cada contexto concreto parece una tarea que, debido a lo intuitivo de los usos lingüísticos y a lo difuso de las metáforas que subyacen a estos, habría de presentar escasas posibilidades de éxito.

7.3.1.9. *Alto/a* (adjetivo): altura (sentido figurado)

La distinción entre ARRIBA y ABAJO es muy frecuente en usos metafóricos relativos a cuestiones (fundamental, aunque no totalmente) subjetivas: las relacionadas con estados de ánimo, con la moral o con lo que se considera importante. En estos casos, de nuevo, la aparición de adjetivos del tipo de *alto* y *bajo* no basa su ‘mecanismo’ metafórico en hacer referencia a propiedades dimensionales, sino a la ubicación (superior o inferior) de unas entidades respecto a otras.

Recogeremos a continuación, siguiendo a Lakoff y Johnson (1980, págs. 14-17), algunas de las metáforas que se ajustan a lo que hasta aquí hemos expresado y prestaremos atención a lo que estos autores consideran “speculative notes over their posible experiential basis”, (Lakoff y Johnson, 1980, pág. 19):

LA FELICIDAD SE SITÚA ARRIBA Y LA TRISTEZA SE SITÚA ABAJO: “Physical basis: Drooping posture typically goes along with sadness and depression, erect posture with a positive emotional state⁵⁶⁰”, (Lakoff y Johnson, 1980, pág. 15).

LO CONSCIENTE SE SITÚA ARRIBA Y LO INCONSCIENTE, ABAJO: “Physical basis: Humans and most other mammals sleep lying down and stand up when they awaken”, (Lakoff y Johnson, 1980, pág. 15).

SALUD Y VIDA SE SITÚAN ARRIBA Y LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE, ABAJO: “Physical basis: Serious illness forces us to lie down physically. When you’re dead, you are physically down”, (Lakoff y Johnson, 1980, pág. 15).

EL CONTROL Y LA FUERZA SE SITÚAN ARRIBA Y EL SOMETIMIENTO, ABAJO: “Physical size typically correlates with physical strength, and the victor in a fight is typically on top”, (Lakoff y Johnson, 1980, pág. 15).

Los casos que hemos visto hasta ahora son potencialmente universales debido a lo profundamente subjetivo del tipo de experiencia en que se basan: son metáforas primarias. Las que recogemos a continuación son metáforas complejas; constituidas a partir de las primarias:

UN ALTO⁵⁶¹ ESTATUS SE SITÚA ARRIBA Y UN BAJO ESTATUS, ABAJO: “Social and physical basis: Status is correlated with (social) power and (physical) power is UP”, (Lakoff y Johnson, 1980, pág. 16). Bosque (1985, pág. 66) señala que “nuestros *alta posición* o *alto cargo* se pueden traducir casi literalmente a lenguas muy diferentes”.

LO BUENO SE SITÚA ARRIBA Y LO MALO, ABAJO: “Physical basis for personal well-being: Happiness, health, life, and control — the things principally characterize what is good for a person — are all UP”, (Lakoff y Johnson, 1980, pág. 1). Hay una conceptualización también de la calidad de las cosas (en sentido amplio) relacionada también con arriba y abajo: ARRIBA se relaciona frecuentemente con lo espiritual y lo intelectual y ABAJO con lo instintivo⁵⁶².

⁵⁶⁰ Kovecses (2015, pág. 5) señala que esta metáfora puede encontrarse en lenguas tan alejadas genéticamente y tan poco relacionadas entre sí como el mandarín, el inglés y el húngaro.

⁵⁶¹ En este caso vemos que, en ocasiones, resulta muy difícil abandonar la concepción metafórica basada en la posición vertical.

⁵⁶² Bosque (1985, pág. 66): “En español, y también en otras lenguas, el adjetivo *superior* es equivalente figurado de *mejor*”. Por otro lado, Bosque (1985, pág. 70) señala lo siguiente: “Nuestros informantes nativos de vasco, servocroata, árabe, finés y las lenguas africanas citadas [suahili, yoruba, akán, y nchumuru] rechazaban o encontraban poco natural en su idioma combinaciones como *alta/baja calidad* o

El significado figurado del adjetivo *alto* es el resultado de una transformación metafórica, generalizada en muchas culturas, que consiste en utilizar el alejamiento que un objeto experimenta respecto del sujeto en el plano vertical como vehículo lingüístico de una valoración positiva o intensiva.

(Bosque, 1985, pág. 66)

En español, estas metáforas dan lugar a expresiones como: *ánimo bajo*, *bajos pensamientos*, *bajas pasiones*, *altos ejecutivos*, *alto mando*... Estas expresiones situarían un tipo de entidades por encima o por debajo de otras de la misma clase, atendiendo a la identificación de la alegría, de lo consciente, de lo espiritual, de lo sano y vivo, de lo poderoso, del estatus importante y de, en general, LO BUENO, como ‘entidades’ ubicadas en lo alto; por encima de otras que no son tan buenas.

Dentro del área semántica (de nuestra propuesta lexicográfica) que hemos llamado *Altura (sentido figurado)* distinguimos tres acepciones de *alto* (que —insistimos— habría que entender como referencias a la ubicación de las entidades, más que a su dimensión): una primera que recogería la idea de CONTROL y ESTATUS⁵⁶³ dentro de algún tipo de jerarquía (explícita o implícita), una segunda que agruparía los usos relativos a lo INTELECTUAL y ESPIRITUAL⁵⁶⁴ y una última relacionada con el VALOR una clase muy especial de entidades: los números. La conceptualización de estas últimas entidades — los números—, además de con la idea general de que ARRIBA es BUENO, puede relacionarse también con la idea de que ARRIBA EQUIVALE A MÁS (ya sea de forma directa, o mediada por el concepto de ESCALA): “It is common in many languages to refer to numbers using a vertical metaphor (“a high number”, “a low number”)", (Santiago, Román y Ouellet, 2011, pág. 62).

alto/bajo rendimiento". Además, el sentido “despectivo o despreciativo” de *bajo* “se extiende a las lenguas romances y a las germánicas”, (Bosque, 1985, pág. 70).

⁵⁶³ Resulta revelador de esta forma de concebir la ALTURA el hecho de que, en español, se emplee la palabra *alteza* para hacer referencia o dirigirse a la figura política más importante del Estado. Además, verbos como *ensalzar* o *exaltar* se relacionan etimológicamente con la idea de PONER EN UNA POSICIÓN ELEVADA a alguien o algo. Mientras, *derrocar*, evoca la idea contraria: ECHAR AL SUELO.

⁵⁶⁴ Como señalan Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996, pág. 61), esta concepción de la verticalidad se lexicaliza ya en el siglo XV en el adjetivo *abyecto* (y en el sustantivo *abyección*), “procedente del latín ABJECTUS ‘bajo, humilde’, que, a su vez, se remite a ABJICERE echar abajo’.

7.3.1.10. *Alto* (sustantivo): dimensión

Como vimos en el apartado 2.4.2.3. (*La relación jerárquica ‘de orden’ entre los grados*), es frecuente que la forma ‘positiva’ de un par de adjetivos se pueda emplear como un sustantivo con el que nombrar una dimensión en sí; no a la mayor o menor presencia de la propiedad con que se vincula. Esto ocurre con las acepciones de *alto* que recogemos en este espacio semántico: pueden considerarse variantes sinonímicas de *altura*.

Las dos acepciones que recogemos aquí se corresponden con las dos primeras acepciones de *alto* como adjetivo de dimensión física que aparecen al principio del artículo: *La roca es alta* y *El alto de la roca* (= *La altura de la roca*) / *La torre es alta* y *El alto de la torre* (= *La altura de la torre*). En aquel espacio semántico se encuentra también un uso adjetival de *alto* relativo a los accidentes geográficos, pero para esa clase de entidades, aunque también sería posible emplear *alto* como sustantivo (con el sentido de medida entre el punto más elevado de algo y el nivel del mar), creemos que la existencia de los sustantivos *altitud* (*La altitud de la montaña*) y *altura* (*La altura de la montaña*) restringen el uso de *alto* (*El alto de la montaña*) como sinónimo de *altitud* a contextos más específicos.

7.3.1.11. *Alto* (sustantivo): distancia-ubicación

Como sustantivo, *alto* cuenta también con una extensión desde lo puramente dimensional hacia lo relacionado con la ubicación de entidades. En este caso concreto, *alto* (*Está a tres metros de alto*) hace referencia a la distancia vertical entre el lugar en que se sitúa un objeto o en que se produce un evento y un punto de referencia (que suele ser la misma superficie sobre la que se sitúan los hablantes).

Este sentido de *alto* —sinónimo de *altura*— se ajusta con frecuencia a un esquema estructural (CUANTIFICADOR + UNIDAD DE MEDIDA + *de* + *alto/altura*), tal y como indicamos en las notas de uso referidas a esta acepción.

7.3.1.12. *Alto* (sustantivo): accidente geográfico

Este espacio semántico cuenta con una única acepción: aquella en la que un terreno que está más alto que el circundante pasa, a través de un proceso metonímico evidente,

a ser, en sí, *un alto*. Este es el único caso del artículo *Alt-* en el que podemos decir que *alto* se ha convertido en el nombre de un objeto (sustantivo concreto). El resto de los usos nominales hace referencia siempre a entidades de carácter abstracto. En *alta* (sustantivo) sí encontraremos también usos en los que el referente tiene un carácter concreto.

7.3.1.13. *Alta* (sustantivo): membresía

Bajo el espacio semántico *membresía* recogemos una acepción y dos subacepciones relacionadas con un evento: aquel relativo al miembro entra a formar parte de una asociación y el registro concreto de dicha incorporación. En el primer sentido que recogemos *alta* hace referencia al mencionado evento en sí. Las dos subacepciones de que consta son procesos metonímicos que parten de dicho evento (siguiendo una dirección aparentemente inversa a aquella que en el apartado 4.4.2. (*La metonimia*) señalábamos como habitual en los procesos metonímicos) para pasar a hacer referencia a objetos concretos relacionados con este: las personas que ingresan cuando se produce un *alta* y el documento en el que se registra por escrito que se han producido dichas *altas*.

El concepto de *ALTA* que se recoge en la segunda acepción cuenta con un sentido también relacionado con el de *MEMBRESÍA*, aunque algo diferenciado de los usos anteriores: podría decirse que el *alta* es en estos casos algo así como una capacitación que puede otorgar un médico o poseer un (ex)paciente para ‘hacer vida normal’.

7.3.1.14. *Alto* (adverbio): ubicación

La primera acepción adverbial que presenta nuestra propuesta es aquella que se relaciona con el espacio semántico relativo a la *UBICACIÓN* de eventos. Aunque el uso adverbial modifica, por definición, a verbos (y, por lo tanto, podríamos limitarnos a hacer referencia a “aquello que se produce” (es decir, a eventos verbales de naturaleza procesual), hemos considerado conveniente recoger la posibilidad de aplicar esta acepción a entidades que, simplemente, “se encuentran” en un lugar. Enunciados como *Las ventanas estaban alto y no pudimos llegar* recogerían este uso adverbial, aunque el hecho de que a algunos hablantes consultados les resultasen extrañas dichas construcciones y prefirieran en ese contexto el empleo de *alto* como adjetivo (*Las*

ventanas estaban altas...), nos ha llevado a obviar estas estructuras en los ejemplos aportados en la propuesta. Aquellos hablantes a los que sí les resultase gramatical un enunciado como el señalado encontrarían en la definición ‘cobijo’ para ese sentido adverbial⁵⁶⁵.

7.3.1.15. *Alto* (adverbio): desplazamiento-ubicación

Este uso del adverbio *alto* es análogo al uso adjetival recogido bajo la misma etiqueta de espacio semántico (*desplazamiento-ubicación*). Los verbos a los que se aplica se relacionan con eventos que llevan asociado un desplazamiento que puede ser considerado *alto* si el objeto desplazado alcanza determinada cota o pasa por encima de algún tipo de referencia. En este caso, por motivos obvios, no nos encontramos con subacepciones de origen metonímico cuyos referentes sean los objetos desplazados o aquello que causa su desplazamiento.

7.3.1.16. *Alto* (adverbio): orientación

Esta acepción de *alto* como adverbio es similar a la que recogemos bajo la etiqueta de *desplazamiento-ubicación*; la diferencia entre ambas reside en que, mientras en aquel caso el verbo con el que se relacionaba *alto* refería a un desplazamiento, en este caso hace referencia a la orientación de un objeto. Es cierto que el objeto orientado frecuentemente se vincula con el desplazamiento de una entidad, pero no es estrictamente con ese evento (sino con el objeto en sí) con lo que relaciona el adverbio. Así, en *Apuntó alto con su arma* no se está empleando el adverbio para indicar que se vaya a enviar *alto* un proyectil, sino que el arma en sí se orienta en una determinada dirección o por encima de un determinado punto de referencia.

Es posible hablar de un uso adjetival análogo a este, es decir, de un uso que se relaciona con la dirección en la que apunta o a la que se dirige algo: sería el caso de los

⁵⁶⁵ Una búsqueda en CREA de las secuencias *estaban alto* y *están alto* no ofrece ningún resultado. Se registran casos en internet, especialmente en textos del español americano, si bien hay registros más ocasionales del español europeo, como el siguiente: “Antes solo tenían acceso a los grandes secretos quienes *estaban alto* en el escalafón, pero ahora quienes están en la base de la organización pueden colarse por rendijas digitales”. ABC (1/7/2013), <http://www.abc.es/internacional/20130701/abci-topos-201306282135.html> [Fecha de consulta: 25/6/2015].

adjetivos *alto* (y *bajo*) en enunciados como *Camina con la cabeza alta* (o *Camina con la mirada baja*). No siempre es sencillo saber si realmente el elemento del que se habla está orientado hacia un punto o está ubicado, al menos parcialmente, ligeramente más arriba (o abajo) de lo que se espera de él. Al hablar de un perro que camina *con el rabo bajo*, *con la cabeza baja* o *con la mirada baja*, ambas perspectivas podrían justificarse. En nuestra propuesta hemos optado por considerar estos usos de *alto* (y *bajo*) (*la cabeza alta / baja*, *el rabo bajo / alto*) como pertenecientes a las acepciones adjetivales relacionadas con la ubicación. El caso de *mirada baja* podría relacionarse también con la acepción adjetival de *desplazamiento-ubicación*, aunque, en sentido estricto, debiera asociarse la mirada con conceptos como PROYECCIÓN o CAPTACIÓN más que con DESPLAZAMIENTO.

7.3.1.17. *Alto* (adverbio): tono

En los usos de *alto/a* como adjetivo había una acepción relativa al tono de un sonido: en esos casos —decíamos— un *sonido alto* era lo mismo que un *sonido agudo*. Como adverbio, *alto* se puede aplicar a los eventos que implican la emisión de un sonido para indicar que este es agudo: se considera que alguien canta *alto* si el sonido que emite al cantar es agudo.

7.3.1.18. *Alto* (adverbio): volumen

Como en el caso anterior (*tono*), podemos emplear *alto* como adverbio para indicar que el sonido que produce una emisión responde a unas características determinadas. En este caso dichas características son relativas al volumen del sonido: se considera que alguien canta *alto* si el sonido que produce al cantar es un volumen elevado⁵⁶⁶.

7.3.1.19. *Alto* (adverbio): altura (sentido figurado)

Como vimos en los usos adjetivales del espacio semántico *altura* (*sentido figurado*), en los números ocurre que, por un lado, estos se relacionan con la idea de que ARRIBA EQUIVALE A MÁS (ya sea, decíamos, de forma directa, o mediada por el concepto de

⁵⁶⁶ Espinosa Elorza (2008, pág. 129) señala que, con este sentido, “[...] el adjetivo *baxo* (<BASSUS ‘gordo, poco alto’) se utiliza como adverbio en el siglo XIII (*quando te fablare baxo nol creas*, *General Esstoria*, *CORDE*) [...]”

ESCALA) y, por otro, enlazan también con la metáfora cognitiva que vincula ARRIBA con lo POSITIVO. Al aplicar el adverbio *alto* a un verbo que hace referencia a la acción de puntuar o valorar algo se indica que el número (o similar) que se otorga corresponde a un valor elevado.

7.3.2. El artículo *baj-*

En la explicación de la propuesta lexicográfica relativa a los adjetivos ‘negativos’ nos detendremos —como explicamos más arriba— únicamente en las decisiones adoptadas cuando estas no sean análogas a las de sus antónimos. La explicación de cómo se ha decidido, por ejemplo, dividir en tres acepciones los usos de *bajo* como adjetivo puramente dimensional es la misma que la empleada para los casos correspondientes de *alto*, por lo que creemos más adecuado no volver sobre el tema. Señalaremos, eso sí, los casos en los que *bajo* presenta particularidades que no han sido abordadas en los apartados dedicados al artículo *alt-*.

7.3.2.1. *Bajo* (sustantivo): accidente geográfico

Como nombre de accidente geográfico *bajo* presenta dos acepciones. La primera la podemos considerar paralela al uso de *alto* como nombre de esta misma clase de entidades: si *un alto* era un terreno elevado, *un bajo* es, con este valor, un terreno hundido respecto al circundante. La segunda acepción de *bajo* hace referencia a una elevación del terreno que, situada bajo la superficie de una masa de agua, supone un obstáculo para la navegación.

7.3.2.2. *Bajo* (sustantivo): parte de un todo

En este apartado creemos conveniente señalar que, aunque las acepciones meronímicas de *bajo* no encuentran su acepción correspondiente en *alto*, sí muestran cierta relación en el diminutivo lexicalizado *altillo* (que recogemos en el apartado dedicado a las formas derivadas del artículo *alt-*).

Como vemos en la propuesta lexicográfica, *bajo* (o *bajos*) cuenta, como sustantivo, con una gran productividad (de evidente origen metonímico) y hemos diferenciado hasta

cinco acepciones diferentes a la hora de identificar ese nombre con la parte de un todo situada a menor altura que las otras.

7.3.2.3. *Baja* (sustantivo): desaparición

Aunque relacionado con el espacio semántico que hemos denominado *membresía*, *baja* tiene en nuestra propuesta lexicográfica un apartado diferenciado (*desaparición*) en el que se recogen los usos relativos al evento consistente en la pérdida de personas o bienes materiales en un contexto bélico. Por metonimia, se habla también de *bajas* para hacer referencia directamente a las personas que mueren durante una guerra o a aquellas que son heridas y no pueden, a consecuencia de ello, seguir participando en la contienda.

7.3.3. El artículo *anch-*

7.3.3.1. *Ancho/a* (adjetivo): dimensión (física)

Como explicábamos con detalle en el apartado 2.2.2.2. (*El parámetro dimensional*), la ANCHURA es un concepto cuya aplicación a los objetos depende, en mayor medida que la de otros conceptos similares, de la forma de estos (sobre todo, de los tamaños relativos a sus partes), de sus características intrínsecas y de la posición de los hablantes. Esto supone que el número de acepciones correspondientes al espacio semántico de la DIMENSIÓN FÍSICA sea, en el caso de *ancho/a*, especialmente nutrido.

La influencia de las proporciones relativas de los objetos se aprecia en las dos primeras acepciones, en que a dos objetos similares se les atribuye una anchura situada en partes distintas de los mismos. El fundamento que marca esa desigualdad se basa en la manifestación o no de una dimensión preponderante respecto a las otras: en los objetos (con verticalidad) que ofrecen una dimensión horizontal claramente preponderante, esta tiende a identificarse con la LONGITUD, y la dimensión horizontal restante se convierte en la ANCHURA. En aquellos objetos que, manteniendo en el resto de los aspectos las mismas características, no presentan, sin embargo, una dimensión preponderante, es el lado de mayor longitud el que pasa a identificarse con la ANCHURA del objeto.

Hemos evitado hacer referencia explícita a la idea de las DIMENSIONES PREPONDERANTES, señalando en la parte escrita de las definiciones únicamente que *ancho* es un adjetivo que puede aplicarse tanto al mayor de los lados horizontales de un objeto

con verticalidad como al menor de estos. Sin embargo, a través de los dibujos que ilustran cada acepción sí hemos tratado de transmitir esta idea, mostrando, en el primero, un objeto con un lado que destaca sobre el otro; en el segundo, un objeto con dos lados de dimensiones similares.

La tercera acepción recoge el caso en que un objeto no cuenta con una verticalidad (intrínseca o puntualmente atribuible) ni con una frontalidad. En esos casos, es el segundo lado más extenso el que se identifica con la ANCHURA del objeto, pues el mayor de ellos se identifica con su LONGITUD (o con su ALTURA, si por contar con un lado claramente preponderante se establece una analogía con la forma humana y su verticalidad prototípica). El ejemplo empleado debía ilustrar un caso en el que no pudiéramos atribuir ni puntual ni intrínsecamente una verticalidad al objeto cuyo nombre se debía acompañar del adjetivo *alto*. Hemos recurrido a un taco de madera, debido, precisamente, a lo ‘orientativamente’ neutro del concepto, y lo hemos situado en la mano de un hablante para que tampoco transmita la idea de estar en una posición fija que le dote de una verticalidad ocasional.

Debemos señalar que en los objetos laminares⁵⁶⁷ —a los que dedicábamos el apartado 2.4.2.2.2.5 (*Objetos laminares y objetos bidimensionales*)—, estén o no verticalmente orientados, la menor de sus dimensiones suele considerarse su GROSOR, y se habla de *planchas de metal gruesas, finas o delgadas*...

La cuarta acepción, que queda ya fuera de los que podríamos considerar usos prototípicos, se aplica a los objetos con una orientación horizontal. Esta orientación puede ser, como vimos en el apartado 2.4.2.2.2. (*Los modelos de organización conceptual del espacio y los adjetivos dimensionales*), inherente al objeto u ocasional. Cuando la orientación es inherente se considera que el objeto orientado tiene por sí mismo una ‘cara’, una parte frontal (culturalmente atribuida). En el caso de la orientación ocasional es la posición hablante-observador la que atribuye una orientación al objeto según su perspectiva visual⁵⁶⁸. De una televisión, por ejemplo, se dice que tiene una parte frontal.

⁵⁶⁷ Como apuntábamos en la nota 245, hablamos de *objetos laminares* siguiendo a Corrales Zumbado (1977). Consideraremos laminares aquellos objetos macizos de forma de lámina.

⁵⁶⁸ Como vimos en el apartado 2.4.2.2.1. (*Organización conceptual del espacio*), en ocasiones estos conceptos se entremezclan y es frecuente que de un objeto se diga que presenta una orientación intrínseca precisamente porque habitualmente los hablantes lo observan desde una perspectiva determinada.

De una caja, sin embargo, no suele decirse que tenga una cara, pero la situación del hablante respecto a ella puede atribuirle una especie de frontalidad que, en nuestra cultura⁵⁶⁹, se dirigiría hacia el hablante. Véase el apartado 2.4.2.2.3. (*Modelo relativo: influencia de la perspectiva del observador*).

En la quinta acepción se recogen entidades por las que suelen transitar objetos con una dirección (aunque no necesariamente un sentido) determinada. A pesar de que una alfombra ‘normal’ —como ya hemos indicado en otras ocasiones— no puede ser considerada, en principio, *más ancha que larga* (debido a que para esa clase de objetos son las dimensiones relativas de sus lados lo que determina qué se relaciona con la LONGITUD y qué con la ANCHURA), sí suele darse el caso de que las alfombrillas que se sitúan en las puertas de las casas tengan esa característica —la de ser más anchas que largas—: su marcada direccionalidad las dota de una ANCHURA (y una LONGITUD) que no es dependiente de sus proporciones.

La sexta acepción recogida en nuestra propuesta lexicográfica es aquella en la que los objetos tienen una dimensión absolutamente preponderante respecto a las demás: la rama de un árbol, por ejemplo. En estos casos la ANCHURA es un concepto relativo al área del corte transversal de los objetos, aunque resulta de más natural aplicación cuando los objetos en cuestión son huecos y por ellos transita o fluye algún tipo de entidad: una tubería por la que corre el agua, por ejemplo. Como vimos en el apartado 2.4.2.2.6., cuando los objetos son macizos es más frecuente emplear el adjetivo *grueso*⁵⁷⁰ o *gordo* (y *fino*⁵⁷¹ o *delgado* frente a *estrecho*). También es más frecuente recurrir a estos adjetivos cuando los objetos son pequeños, aunque sean macizos. *Gordo*, por otro lado, parece preferirse para entidades blandas⁵⁷². Creemos necesario recordar que, tal y como señalábamos en el apartado 2.4.2.2.4. (*Objetos vacíos y el caso de amplio*), el adjetivo

⁵⁶⁹ Recordemos los modelos *face-to-face* y *single-face* de los que hablábamos en la primera parte de esta investigación, véase el apartado 2.4.2.2.3. (*Modelo relativo: Influencia de la perspectiva del observador*).

⁵⁷⁰ En lo metafórico, se considera que es *grueso* el “entendimiento o talento oscuro, confuso y poco agudo: *Son unas ideas tan gruesas que no te entiendo*” —(Becerra Hiraldo, 2000, pág. 392)— y que son *gruesas* las personas que son rudas o groseras, (Becerra Hiraldo, 2000, pág. 392).

⁵⁷¹ En lo metafórico *fino* se opondría también a *grueso* y para su definición el DRAE (s. v. *fino*) utiliza adjetivos como *delicado*, *sutil*, *cortés*, *astuto*, *sagaz*. Cuando se aplica a un sentido, se está indicando que este está muy desarrollado: *Tiene un oído muy fino*.

⁵⁷² Estas afirmaciones se basan en los estudios de Corrales Zumbado (1977), Lang (1989) y Galeote (1994), que presentábamos en el capítulo 2.4.2.2.6. de esta tesis (Objetos en los que una de sus dimensiones es totalmente preponderante y objetos unidimensionales).

*amplio*⁵⁷³ (emparentado etimológicamente con *ancho*) se relaciona de forma ‘especializada’ con espacios huecos o vacíos destinados a cobijar entidades (estáticas o en movimiento): *un pasillo amplio, un coche amplio...* El adjetivo *amplio* —como indicábamos también en ese apartado— puede oponerse a *pequeño* o a *estrecho*, según las características de la entidad calificada.

La última de las acepciones de *ancho/a* recogidas bajo el espacio semántico *dimensión (física)* presenta un uso restringido a las expresiones: *ancho mar* y *ancho mundo*. Estas expresiones podrían ser tratadas como asociaciones sintagmáticas, pero aunque en la mayor parte de los casos el adjetivo aparece antepuesto tanto a *mundo* como a *mar*, no puede decirse que estemos ante estructuras totalmente fijas⁵⁷⁴.

Mientras que las flechas empleadas en *alto* y *bajo* responden a una direccionalidad relacionada con el concepto de CRECIMIENTO o SUBIDA en el eje vertical (o de OPOSICIÓN a la gravedad), las que utilizamos para ilustrar las acepciones de *ancho* que acabamos de analizar no están orientadas: son flechas que cuentan con una punta en cada extremo debido a que el concepto de ANCHURA no se concibe, en principio, como adscrito un único sentido, sino que se entiende, creemos, como dos fuerzas opuestas que parten del centro (respecto a la ANCHURA) de los objetos.

7.3.3.2. *Ancho/a* (adjetivo): espacio (físico)

Decíamos en el apartado 2.4.2.2.2.6. (*Objetos en los que una de sus dimensiones es totalmente preponderante y objetos unidimensionales*) que *ancho* y *estrecho*, aunque pueden emplearse para calificar todo tipo de objetos, tienden a relacionarse con el esquema de imagen del CONTENEDOR, por lo que suelen hacer referencia a entidades que se conciben como capaces de albergar (estática o dinámicamente) algo dentro de sí. La acepción principal dentro del área semántica *Espacio (físico)* recoge esta idea: el adjetivo

⁵⁷³ Trataremos cuestiones metafóricas relativas a *amplio* en el análisis dedicado al artículo lexicográfico de *estrecho*.

⁵⁷⁴ En CREA aparece *ancho mundo* en 39 ocasiones. De *mundo ancho*, en cambio, se recogen únicamente 10 casos. De estos 10 casos, además, debemos señalar que en 7 de ellos *ancho* se coordina con *ajeno* y 8 son ejemplos del español americano. Por otro lado, en CREA se recogen 14 casos de *ancho mar* y solo 1 caso de *mar ancho*, (coordinado con *salvaje*). REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CREA) [en línea]. *Corpus de referencia del español actual*. <<http://www.rae.es>> [26/06/2015].

se relaciona con un sustantivo cuyo referente es capaz de albergar de forma holgada algo en su interior.

La primera evolución metonímica que podemos señalar respecto a estos adjetivos es aquella en que el adjetivo pasa a relacionarse con el contenido dentro de un continente, en vez de al continente en sí: *Tiene unos reservados para grupos grandes en los que ahí sí que estamos anchos / Siempre le dije a la comunidad académica que no estamos estrechos, sino mal distribuidos*. Esta idea es la que se recoge en la subacepción con que cuenta el área semántica *Espacio (físico)*.

7.3.3.3. Ancho/a (adjetivo): espacio (sentido figurado)⁵⁷⁵

En este espacio semántico el sentido de las dos primeras acepciones es una extensión metafórica de la metonimia vista en el apartado precedente: la holgura de la que disfruta alguien dentro de un CONTENEDOR pasa de ser una cuestión física a ser una sensación psicológica. Si alguien se siente *ancho*, se siente libre de constricciones, expansivo... Becerra Hiraldo⁵⁷⁶ (2000, pág. 395) propone tres acepciones relacionadas con esta idea:

1) Orgulloso, envanecido. Ú. m. con los verbos *estar*, *sentirse*, *ponerse*, *quedarse*: *Soltó un disparate y se quedó tan ancho*.

2) Desahogado. Libre de un agobio, opresión o represión: *Ya le ha dicho todo lo que quería decirle y me he quedado ancho*.

3) (*Estar*, *Ponerse*). Ufano. Satisfecho de sí mismo: *Me he puesto muy ancho después de acabar el trabajo*.

Nuestra propuesta no difiere mucho de la arriba recogida, aunque lo que en Becerra Hiraldo (2000, pág. 395) es la primera acepción, para nosotros es, con la definición adaptada según nuestro criterio, una subacepción de la que para él es la segunda.

⁵⁷⁵ En la mayor parte de las lenguas las metáforas de horizontalidad —con la excepción del paso de lo físicamente *largo / corto* a lo temporalmente *largo / corto*— son, en general, “menos productivas que las de tamaño y verticalidad”, (Bosque, 1985, pág. 75). Además, respecto a las magnitudes horizontales, nos encontramos con que el sistema es complejo en lo interlingüístico, por lo que “es difícil buscar correspondencias directas de unas lenguas con otras”, (Bosque, 1985, pág. 75).

⁵⁷⁶ Becerra Hiraldo (2000) se basa en las definiciones que aparecen en el *DRAE*, el *DUE* y el *DEA* para llevar a cabo una propuesta relativa a algunos de los usos metafóricos de una serie de adjetivos de origen dimensional.

El último sentido adjetival de *ancho* que recogemos es aquel en el que se establece una analogía entre la adecuación de las medidas de una prenda (o de algún tipo de CONTENEDOR) a las medidas de una persona y la adecuación de determinado trabajo o cargo a las capacidades o méritos de alguien. Así, igual que una chaqueta puede quedarle grande a una persona, un trabajo demasiado difícil o importante también puede no ser adecuado para ella: no sería un trabajo ‘de su talla’.

7.3.3.4. *Ancho* (sustantivo): dimensión

Tal y como ocurriría con *alto*, y con varios de los adjetivos ‘positivos’ recogidos en la propuesta, *ancho* puede recoger, como sustantivo, el mismo concepto al que hace referencia *anchura*. En este caso concreto, nos encontramos con seis acepciones que se corresponden, una a una, con las seis acepciones diferenciadas para el uso adjetival prototípico⁵⁷⁷.

7.3.4. El artículo *estrech-*

7.3.4.1. *Estrecho/a* (adjetivo): espacio (físico)

La acepción de *estrecho* recogida en esta área semántica⁵⁷⁸ cuenta con dos subacepciones, mientras que *ancho* solo contaba con una. Esta no correspondencia entre uno y otro se debe a que la asociación *estrecho margen* cuenta con un opuesto que hace uso de otro adjetivo dimensional: *amplio margen*.

Aunque su coaparición se limita casi totalmente al sustantivo *margen*, este adjetivo puede relacionarse con las escalas de magnitud: al hablar de *un amplio margen* (o de *un estrecho margen*) se está dirigiendo la atención hacia el espacio que queda entre dos puntos de una escala. La idea de MARGEN se relaciona con “holgura, espacio para un acto o suceso” (*DRAE*, s. v. *margen*), por ello tiene cabida precisamente el adjetivo *amplio* y,

⁵⁷⁷ Veremos, en el apartado dedicado a los usos como sustantivo de *largo*, que de *ancho* puede entenderse que hay también un uso específico relativo a las dimensiones de una piscina.

⁵⁷⁸ Hemos recogido esta acepción dentro de espacio (físico) y no de espacio (figurado) porque consideramos que, aunque se emplee de manera metafórica, *margen* hace (en su sentido recto) referencia a una realidad tangible que puede ser literalmente *ancha*, *amplia*, *estrecha*... Sería el caso contrario al de, por ejemplo, *un rato largo*.

aunque tal vez podría emplearse también *ancho*, resultarían muy extraños otros⁵⁷⁹; se trata de preferencias combinatorias como las que hemos mostrado a propósito del adjetivo *grueso*, que —recordemos— se relaciona, sobre todo, con objetos macizos. Cuando se dice que algo tiene un *margen de mejora amplio* se está indicando cómo es la distancia que separa el punto al que llega su CALIDAD en un momento dado del punto hasta el que esta podría llegar. Del mismo modo, un *margen de beneficios* representa el espacio ‘vacío’ que queda entre los gastos y los ingresos.

En lo metafórico, además, cuando se dice que una persona es de *criterio amplio* o de *espíritu amplio* se está señalando que su criterio o su espíritu tienen AMPLITUD, es decir, “capacidad de comprensión intelectual o moral”, (Becerra Hiraldo, 2000, pág. 396); una idea que, fácilmente, podemos relacionar con el concepto de CONTENEDOR⁵⁸⁰.

7.3.4.2. *Estrecho/a* (adjetivo): espacio (figurado)

Esta área semántica recoge una sola acepción: aquella que tiene un sentido similar a *cercano* y que se aplica exclusivamente, a través de un proceso metafórico bastante transparente, a relaciones de amistad o parentesco⁵⁸¹. Por metonimia, es posible aplicar también el adjetivo a las personas que forman parte de esas relaciones.

Las acepciones que relacionábamos con el espacio figurado en *ancho* no encuentran en *estrecho* su correlato negativo, aunque sí existe cierta relación conceptual con la acepción recogida bajo la etiqueta ADECUACIÓN que veremos en el apartado 7.3.4.3.

⁵⁷⁹ En CREA encontramos *margen amplio* en 6 ocasiones. *Margen ancho*, sin embargo, no aparece documentado. De *amplio margen* hay 188 casos, frente a los 2 de *ancho margen*. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CREA) [en línea]. *Corpus de referencia del español actual*. <<http://www.rae.es>> [26/06/2015].

⁵⁸⁰ Algunas lenguas refieren a los objetos anchos de modo similar a como en español se habla de las cosas amplias. Así, “combinaciones como *criterio amplio*, *perspectivas amplias* y estructuras similares son posibles en la mayor parte de las lenguas” estudiadas por Bosque (1985, pág. 75): “En ruso *shirokiy* significa ‘ancho’ y ‘amplio’ y, al igual que el español, posee también el sentido de ‘general’ o ‘no específico’ como en *shirókaya pública* (“público amplio”). El alemán usa “amplio temperamento” (*weites Gemüt*) y en chino es posible hablar de *visión amplia* o *ancha* en sentido figurado, como en nuestra propia lengua. [...] tanto el alemán *engstirnig* como el inglés *narrow-minded* se acercan a nuestro *de conciencia estrecha*. Nuestra informante servocroata prefería “inteligencia estrecha” (*uska pamet*) a “inteligencia corta” y usaba *uski pogled* (“de estrecha mirada”) para nuestro *de cortas miras*” (Bosque, 1985, págs. 75 y 76). Además, debemos señalar que, en español, la coaparición de *amplia* con *sonrisa* hace referencia a “una sonrisa franca en que intervienen todas las facciones de la cara”, (Becerra Hiraldo, 2000, pág. 396).

⁵⁸¹ “Los usos de *estrecho* en el sentido de ‘cercano’ (parentesco, amistad, etcétera) generales en la Rumanía, son también posibles en las lenguas eslavas”, (Bosque, 1985, pág. 76).

7.3.4.3. *Estrecho/a* (adjetivo): adecuación (figurado)

Este uso metafórico de *estrecho* se relaciona con el esquema de imagen CONTENIDO-CONTINENTE al que hemos hecho referencia en apartados precedentes. En este caso, la sensación de no ‘caber’ en una prenda o de estar incómodo en algún tipo de contenedor que no es lo suficientemente grande se relaciona con la escasez de algún tipo de recurso y su consecuente limitación de la libertad de acción para la persona que la sufre. *Estrecho* se relaciona en esta acepción, por lo tanto, con el concepto de CANTIDAD y de SUFICIENCIA (o ADECUACIÓN) de dicha cantidad. La sensación contraria se puede expresar, en estructuras análogas, con el adjetivo *sobrado/a*: *Estoy sobrado de tiempo, Voy sobrada de dinero*.

7.3.4.4. *Estrecho/a* (adjetivo): condición humana

Hemos etiquetado como *condición humana* aquellos espacios semánticos que recogen acepciones relativas a rasgos de personalidad. En cuestiones de este tipo, *estrecho* se relaciona fundamentalmente con el concepto de INTRANSIGENCIA, especialmente en el plano sexual. Becerra Hiraldo emplea el ejemplo *No te hagas la estrecha y dame un beso* y define este sentido del adjetivo como “de mente o de costumbres rígidas”, (2000, pág. 393). De nuevo, la metáfora parece relacionarse con la idea de constricción, de falta de flexibilidad o libertad para la acción.

Creemos relevante señalar el hecho de que, en español, un adjetivo como *estricto*, que al igual que *estrecho* proviene del participio pasivo latino *strictus* (de *stringere*: ‘apretar’, ‘comprimir’)⁵⁸², ha conservado únicamente su sentido figurado, perdiendo el dimensional⁵⁸³.

⁵⁸² Nos encontramos ante lo que se denomina un *doblete léxico*: un término culto (*estricto*) que se incorpora más tarde al idioma y un término patrimonial o vulgarismo (*estrecho*). Por lo general, el cultismo presenta un significado más abstracto. Otro ejemplo llamativo es el doblete léxico formado por *menudo* ‘más pequeño que lo normal’ y el cultismo *minuto* (sustantivo, pequeña porción de tiempo). Véase Alatorre (2002, págs. 80-83).

⁵⁸³ Usos análogos a los de *estricto* en español los encuentra Bosque (1985, pág. 76) en italiano (donde *stretto* sirve para hablar de *una porta stretta* y de *una stretta necessita*) o en alemán (donde *im engerem Sinn* significa ‘en sentido estricto’).

También, como recogemos en la propuesta lexicográfica, hay un uso de *estrecho* relacionado con la MISERIA (espiritual, digamos) o la TACAÑERÍA cuyo origen puede vincularse metafóricamente con el concepto de AMPLITUD y la capacidad de una persona para expandirse y, de algún modo, abrirse a los demás.

7.3.4.5. *Estrecho* (sustantivo): accidente geográfico

Por un proceso metonímico evidente, los pasos estrechos que unen un mar con otro separando (ligeramente) dos porciones de tierra, han pasado a ser denominados *estrechos*, recategorizándose en sustantivo lo que previamente era un uso adjetival prototípico.

7.3.5. El artículo *largo*-

7.3.5.1. *Largo/a* (adjetivo): dimensión (física)

La LONGITUD es una magnitud que, como decíamos en el apartado 2.4.2.2.2. (*Los modelos de organización conceptual del espacio y los adjetivos dimensionales*), se puede aplicar a cualquier dimensión básica de los objetos, independientemente de su orientación, siempre que esta sea preponderante. Así, por lo tanto, se dirá que es *largo* cualquier objeto en que esa magnitud preponderante sea relevantemente mayor que la del prototipo de la clase que actúa como fondo (o mayor de lo adecuado en un contexto concreto). Este es el sentido de *largo* que se recoge en la primera de las acepciones, sentido que podemos considerar el centro semántico del artículo.

En las figuras se recoge el hecho de que la LONGITUD no tiene por qué identificarse con una línea recta, sino que puede ‘recorrer’ los objetos siguiendo sus ‘curvas’. Además, en uno de los ejemplos se habla de la longitud de un túnel, mostrándose así que no debe entenderse necesariamente que los objetos sean entidades macizas.

La segunda de las acepciones recoge, como ocurría en la quinta de *ancho* (*adjetivo*), el caso de los objetos con una direccionalidad intrínseca: mientras la ANCHURA —decíamos— debía entenderse como la dimensión perpendicular a dicha direccionalidad, la LONGITUD debe entenderse como la paralela a ella. Los ejemplos recogen la idea de que, en este caso, tampoco nos encontramos ante una línea necesariamente recta (la longitud de un camino curvo) y de que hay objetos (como una estalactita) claramente situados en el eje vertical que, por no presentar un punto de apoyo ni un crecimiento

‘hacia arriba’ son concebidos como largos (o cortos) en vez de como altos (o bajos). Cuando un objeto presenta una verticalidad prototípica, sí suele recurrirse a *alto*, pero debemos especificar que, como ya señalamos en la primera parte de la investigación, si esos objetos son claramente más pequeños que una persona normal y/o tienen una dimensión claramente preponderante respecto a las otras, es también posible recurrir a *largo* para describirlos.

Además, bajo la idea de DIRECCIONALIDAD se recogen usos de *largo* en que los nombres a los que se aplica el adjetivo hacen referencia a realidades de carácter abstracto (por eso en la definición se habla de *entidades*, y no de *objetos*) como las distancias, los recorridos, las rutas, los itinerarios... Si bien estas entidades pueden tener una vinculación muy estrecha con el mundo físico, no puede decirse que sean físicas en sí, por lo que el referirse a ellas como *largas* o *cortas* implica que se da el paso cognitivo de concebirlas como realidades tangibles (líneas entre dos puntos, fundamentalmente) y que, por lo tanto, el aplicar a los nombres de estas entidades adjetivos dimensionales es un uso metafórico de los mismos.

La tercera acepción recoge un uso de los adjetivos dimensionales en los que estos acompañan a una unidad de medida para valorar subjetivamente la longitud de aquello a cuya longitud se hace referencia mediante dichas unidades. Puede hablarse de manera ‘aséptica’ de *una cosa que mide seis metros*, pero si se dice de ese objeto que *mide seis largos metros* se está valorando sus dimensiones. Evidentemente, los metros son siempre igual de largos, pero calificarlos como *largos* en un contexto determinado expresa que la entidad que mide seis metros es considerada subjetivamente larga.

Podría decirse que al hablar de un *largo pasillo* también se está haciendo una valoración subjetiva, pues un mismo pasillo puede ser para unas personas largo y para otras no⁵⁸⁴. La diferencia entre los casos con un matiz de subjetividad y el que recogemos en la tercera acepción de *largo* (*dimensión física*) reside en que en esta oportunidad el adjetivo no se aplica a entidades físicas, sino a las unidades de medida con que se expresa la longitud de estas. En realidad, calificar como *larga* o *corta* una medida concreta (un metro, por ejemplo) no aporta absolutamente nada objetivo, pues la propia medida denota

⁵⁸⁴ Es cierto que, como señalábamos en la primera parte de esta investigación, el adjetivo antepuesto se emplea en ocasiones como un desencadenante de la subjetividad que se opondría a la supuesta objetividad del adjetivo pospuesto (aunque, evidentemente, por muy objetivo que se pretenda ser, un *pasillo largo* puede no ser *largo* para todo el mundo).

precisión (objetividad) en sí. En cambio, al hablar de si un pasillo es *largo* la difusa relación entre objetividad y subjetividad puede ser una cuestión de grado, al hablar de si tres kilómetros son *largos* solo una apreciación plenamente subjetiva basada en la experiencia del hablante es posible.

Por otro lado, podría plantearse la posibilidad de usos análogos a *largos kilómetros* en otros pares de adjetivos dimensionales. Sin embargo, el hecho de que las dimensiones en sí se conciben generalmente como líneas explica la poca naturalidad de secuencias como *tres anchos centímetros*, *tres altos metros* o *dos profundos kilómetros*. El tamaño, en teoría, sí admitiría estructuras lingüísticas de este tipo, ya que no posee el carácter lineal que generalmente se asocia con la LONGITUD. Sin embargo, hacer referencia a una piscina de *ocho grandes metros cúbicos* o de un terreno de *cincuenta grandes hectáreas* no es tan frecuente como lo es hablar de esos *largos kilómetros*.

7.3.5.2. *Largo/a* (adjetivo): desplazamiento-distancia

La acepción que recogemos en este apartado es de origen metonímico: el adjetivo dimensional se aplica a un evento cuando el desplazamiento de un objeto relativo a dicho evento cubre una distancia (o recorre una trayectoria) que puede considerarse *larga*. El proceso metonímico va, pues, de la trayectoria recorrida por un objeto al evento relativo a su desplazamiento.

La subacepción, por su parte, recoge el caso en que con el nombre de un objeto se hace referencia a los eventos que producen su desplazamiento. Este uso englobaría usos como el de un jugador de tenis que *ha dispuesto de tres bolas de partido* o el de un futbolista que *ha lanzado tres balones al área*. De esos balones podríamos, además, decir que han sido *balones largos*. Cuando el adjetivo dimensional se aplica directamente al objeto estamos, por lo tanto, ante una metonimia doble: primero, con el nombre del objeto se hace referencia al evento asociado a él, y, una vez recuperado interpretativamente dicho evento, debe recorrerse el camino que lleva hasta la trayectoria del objeto. Podría argumentarse también que el proceso que lleva desde *balón largo* hasta la trayectoria del balón es directo, es decir, que no está mediado por el evento. En nuestra opinión, aunque esta es una opción posible, creemos que el proceso cognitivo que supondría referirse a

una trayectoria a partir de una referencia explícita a un objeto sería demasiado complejo si se prescindiese de la activación del evento ‘intermedio’⁵⁸⁵.

Algo similar ocurre cuando con *luces largas*⁵⁸⁶ se hace referencia a la capacidad de proyección lumínica (desplazamiento, al fin y al cabo) de los dispositivos a los que (también por metonimia) llamamos *luces*: en estos casos, como se recoge también en la definición de 1b, los objetos (las luces) son los “causantes del desplazamiento” (de la luz).

En este espacio semántico (*desplazamiento-distancia*) no recogemos una acepción relativa a la subjetividad, pues no encontramos usos vinculados a realidades cuya longitud esté convencionalizada o sea precisada a través de unidades de medida. Como hemos explicado ya en el apartado dedicado al primer espacio semántico de *largo*, a pesar de que entre *Ha sido un largo viaje* y *Ha sido un viaje largo* pueda haber una diferencia de matiz basada en la mayor subjetividad aportada por el adjetivo antepuesto (o por el relieve entonativo o acentual que se le aplique al adjetivo), no creemos propio de un diccionario establecer diferencias basadas en el nivel de subjetividad con que se hace referencia a las características dimensionales de los objetos. Como explicábamos en la primera parte de esta investigación, los dimensionales son conceptos vagos, con límites difusos, y el uso de adjetivos relativos a dicho concepto lleva consigo de forma casi inevitable cierto grado de subjetividad y ciertas connotaciones valorativas.

7.3.5.3. *Largo/a* (adjetivo): forma

Esta acepción de *largo* recoge usos en los que este adjetivo deja de relacionarse con la idea de que una entidad es más larga que otras con las que forman serie, y pasa a relacionarse con sustantivos cuyos referentes son objetos *alargados*, es decir, objetos que responden a una determinada forma. Esa forma se caracteriza por presentar una dimensión preponderante respecto al resto de dimensiones que componen el objeto. Las propias dimensiones del objeto serían algo así como la clase de comparación: véase el apartado

⁵⁸⁵ Por otro lado, existen casos, como el de *El billete* [de tren] *más largo que yo pueda encontrar* (DEA, s. v. *largo*), que presentan también un proceso metonímico doble bastante evidente, pero son ejemplos en los que recurrir al evento es imprescindible, pues el referente del sustantivo adjetivado (el billete de tren) no es de carácter dinámico.

⁵⁸⁶ *Largas* se comporta, en este contexto, como un adjetivo relacional, pero no por ello cambiarían los mecanismos cognitivos que subyacen a su uso.

3.1.2 (*Adjetivos dimensionales para hacer referencia a la forma de los objetos*) de la primera parte de esta investigación.

Estos usos de los adjetivos se suelen dar cuando se aplican a nombres de objetos que no tienen una forma típica (o, al menos, no una única forma típica) y puede tomarse como relevante una información vinculada a las proporciones del objeto: una mesa rectangular es ‘tan típica’ como una cuadrada o una redonda, por lo que interpretar *Esa mesa es larga* (ejemplo que empleamos en la propuesta) con el sentido de ‘Esa mesa es alargada’ (y no redonda ni cuadrada) podría ser relevante en un contexto dado.

Este uso de los adjetivos puede darse, en principio, también con otros adjetivos dimensionales, pero, mientras que algunos (*profundo, ancho, alto*) se relacionan con tipos de objetos muy particulares, están muy influidos por la perspectiva de los hablantes y su orientación intrínseca (*profundo, ancho*), presentan una vinculación directa con una direccionalidad concreta (*alto* y la VERTICALIDAD) o dependen de cuestiones relativas a las diferencias de tamaño entre los lados que pueden ser muy sutiles (*profundo, ancho*), el adjetivo *largo* se relaciona directamente con la clara preponderancia de una de las dimensiones de un objeto.

Independientemente de cuál sea el tipo de objeto, de su posición, de su orientación o de la perspectiva del hablante, cualquiera de sus dimensiones, si es claramente preponderante, puede concebirse como su LONGITUD. Esto es lo que hace, creemos, que sea mucho más frecuente el uso de *largo* como un adjetivo de forma que el uso de cualquiera de los otros adjetivos dimensionales de un modo similar. Como decíamos en la primera parte de la tesis, un enunciado como *En el espacio flota una ancha (o estrecha) masa de gas* nos proporcionaría ciertos rasgos relativos a la forma de dicha entidad, pero no tendríamos una idea holística sobre sus proporciones. Por el contrario, si la masa de gas fuera *larga*, el concepto de DIMENSIÓN PREPONDERANTE con el que se asocia generalmente la longitud sí aportaría una información que podría esclarecer cuál es, a grandes rasgos, la forma de la masa gaseosa.

En nuestra propuesta lexicográfica presentamos, basándonos más en las cuestiones relativas al uso real de una palabra que hemos apreciado que a la posibilidad teórica de su empleo con dicho uso, una acepción relativa a la forma de los objetos únicamente en el artículo dedicado a LARG-. El adjetivo *corto*, a la hora de activar la idea de FORMA tendría exactamente el mismo efecto que *largo*, ya que, respecto a las cuestiones

‘internas’ de los objetos, activa las mismas clases de proporcionalidad: la existencia de una dimensión claramente preponderante respecto a las demás. La diferencia entre *largo* y *corto* es exclusivamente ‘externa’, ya que se distinguen por relacionarse con posiciones opuestas en la escala de longitud: una ‘por encima’ del prototipo y otra ‘por debajo’ de este. Así pues, en lo relativo a la forma, ambos adjetivos podrían emplearse con el sentido de ‘alargado’, pero, seguramente por ser más el miembro menos marcado del par, es el adjetivo positivo (*largo*) el que parece haberse ‘apropiado’ ‘en exclusiva’ de dicha función.

7.3.5.4. *Largo/a* (adjetivo): aproximación

Largo y *corto* parecen poder funcionar como acotadores o especificadores de magnitudes: situados inmediatamente después de la expresión de una cantidad, pueden indicar que realmente no se alcanza, aunque por poco, la cantidad indicada (*una hora corta*) o que se sobrepasa ligeramente (*dos kilos largos*)⁵⁸⁷. Aunque en la siguiente cita no aparece *corto* como ejemplo de aproximativos defectivos, sí que figura *largo* dentro de la categoría de los aproximativos (excesivos, en este caso):

Dentro de los que apuntan a un valor cercano al introducido por el elemento al que modifican, es decir, de los de aproximación, es posible distinguir tres clases [de aproximativos] dependiendo del intervalo de la escala al que se asocien (J. García-Medall, 1993): (a) aproximativos neutros: aquellos que pueden referir tanto a un valor superior como a uno inferior al denotado por el elemento modificado (cfr. *alrededor de veinte canciones, aproximadamente siete cazadores, unos mil afectados, más o menos quince juicios*, etc.); (b) aproximativos defectivos: los que señalan a un valor inferior (cfr. *casi tres días, prácticamente cien concejales, cuatro metros escasos*, etc.); (c) aproximativos excesivos: aquellos que aluden a un valor superior (cfr. *un kilómetro largo, tres horas y pico*, etc.).

(González Rodríguez, 2008, pág. 112)

7.3.5.5. *Largo/a* (adjetivo): duración

Lo primero que debemos señalar es que lo espacial sirve frecuentemente de base⁵⁸⁸ metafórica para concebir y manejar un concepto difuso, pero tremendamente decisivo,

⁵⁸⁷ En el *DRAE* (s. v. *largo*): 8. adj. Dicho de una cantidad: Que excede de lo que realmente se dice. U. m. en pl. *Tiene cincuenta años largos*.

⁵⁸⁸ “As a rule, we express time in terms of space but not space in terms of time”, (Radden, 2011, pág. 1).

como es el del TIEMPO⁵⁸⁹. Como la concepción del tiempo en términos espaciales es una metáfora cognitiva muy productiva (no solo en español, también desde una perspectiva interlingüística⁵⁹⁰), conviene que prestemos atención a cómo se establece en términos generales la relación entre el TIEMPO y el ESPACIO.

Al igual que ocurría con la forma de concebir las relaciones espaciales, existen también distintos modelos a través de los que entender las relaciones temporales. Todas las culturas (y lenguas) humanas emplean al menos uno de ellos.

Languages tend to provide a range of spatial configurations that may be exploited for temporal relations. The main distinctions are based on the oppositions of static vs. dynamic relations and non-deictic vs. deictic relations.

(Radden, 2011, pág. 13)

Un criterio básico para diferenciar ‘perspectivas temporales’ se fundamenta, como se señala en la cita anterior de Radden, en si se concibe el tiempo como algo que se mueve

⁵⁸⁹ Lakoff y Johnson (1999, pág. 139) señalan, incluso, que es virtualmente imposible conceptualizar el tiempo sin hacer uso de metáforas. Para Sinha (2014, pág. 184) “it is difficult, if not impossible, to think of and talk about time without employing metaphors, and many of these have as their source domain space and spatial motion”. Yu (1998, pág. 84) señala igualmente que “it seems that time cannot be approached directly or literally, without getting onto the vehicle of a spatial metaphor”. Puede considerarse también que es una necesidad comunicativa la que lleva a recurrir a metáforas, más que la propia conceptualización subjetiva del tiempo en sí. Según esta perspectiva, “we need metaphors to speak about time in the same way that we need metaphors to speak about other internal states such as emotions or thoughts”, (Radden, 2011, pág. 2). En esta línea estaría la idea de San Agustín —que tomamos de Yu (1998, pág. 84), y este, a su vez, toma de Keshavmurti (1991, pág. 35)—: “What is time? I know what it is if no one asks me what it is; but if I want to explain it to someone who has asked me, I find that I do not know”. Gale (1968, pág. 4) señala al respecto que “Augustine’s perplexity is due to the fact that we both have an experiential awareness of time and know the correct use of temporal language but are mysteriously reduced to silence when we try to verbalize this understanding”.

⁵⁹⁰ El sistema preposicional de las lenguas, por ejemplo, se entiende, desde algunas perspectivas, como un sistema de significados metafóricos de origen espacial. Así lo hacen, entre otros, Lakoff (1987), Bassols (1992) o Evans y Tyler (2003). La idea que subyace a esta concepción es que, aunque hay preposiciones que han evolucionado desde otras categorías léxicas, una preposición prototípica tiene como origen un significado que “pone en relación dos elementos en el espacio” —(Bassols, 1992, pág. 238)— y a través de procesos metafóricos “estas relaciones se aplican luego al tiempo”, (Bassols, 1992, pág. 238). Debemos señalar que otros autores no entienden que el significado de las preposiciones sea de origen espacial sino que consideran que su significado es de naturaleza abstracta: “otra cosa es que, por conveniencias metodológicas, se emplee una terminología locativa, pero esa es una cuestión metalingüística”, (Morera, 1981, pág. 43).

Otro ejemplo de la traslación de lo espacial a lo temporal lo encontramos en los adverbios de lugar y su frecuente ‘salto’ de lo espacial a lo temporal: *antes del miércoles, después del verano...*

respecto a las entidades del mundo o si son las entidades del mundo las que se desplazan por el tiempo. En nuestra cultura encontramos ambas opciones: en el enunciado *La planta está muy enferma y no creo que llegue a la primavera* se está considerando que esa planta se desplaza por el tiempo (que permanece estático) hacia el futuro. Si se dice *Cuando llegue la primavera seguro que la planta mejora*, la metáfora de desplazamiento físico que se emplea es la contraria⁵⁹¹ y el tiempo se presenta como un ente dinámico.

De modo similar a como, basándonos en Levinson (2003), diferenciábamos —en el apartado 2.4.2.2.2.— el modelo relativo y el intrínseco en las relaciones espaciales, dentro del modelo temporal estático pueden establecerse relaciones respecto a los hablantes o respecto a elementos que se consideran orientados en el tiempo: estaríamos ante *deictic* y *non-deictic relations*, dependiendo de si son *ego-based* o *time-based*, respectivamente, (Radden, 2011, pág. 13). Igual que decíamos que un edificio suele presentar una cara frontal, puede considerarse que una semana presenta también una orientación. Así, algo puede suceder *antes* o *después* de un determinado periodo⁵⁹² (modelo estático relativo a entidades orientadas: *The week after Christmas*) igual que un objeto puede estar *tras* o *frente a* un edificio (sin que importe la perspectiva del hablante).

Dentro del modelo estático relativo a nosotros, el tiempo puede concebirse como una sucesión intrínsecamente ordenada de periodos o como una sucesión a la que la perspectiva del hablante concede una ordenación: el empleo de una u otra concepción es lo que subyace a la distinción que puede establecerse entre *the week ahead of us* de *next*

⁵⁹¹ Lakoff y Johnson (1980, págs. 42-44) señalan que en inglés también se hace uso de estas dos perspectivas: una basada en la idea de que “TIME IS A MOVING OBJECT” y otra basada en que “TIME IS STATIONARY AND WE MOVE THROUGH IT”. Esto se comprueba en expresiones del tipo *The time for action has arrived* o *We’re approaching the end of the year*, respectivamente. Bosque (1985, pág. 68) señala que “como ha observado Ch. Fillmore [1975], los procedimientos que solemos para hablar del tiempo son con frecuencia irregulares e incluso antagónicos. Unas veces lo representamos como si se moviera hacia nosotros, como en *La semana que viene*, *El mes entrante*, *Cuando llegue el verano*, y otras, como si nos moviéramos nosotros sobre él: *Cuando lleguemos al verano*, *Entramos en Abril*, *A ver cómo acabamos el año*”.

⁵⁹² Las lenguas que en lo físico, dentro del modelo relativo, emplean una relación *single face* (de la que hablamos en el apartado 2.4.2.2.3), a la hora de situar algo temporalmente mantienen este modelo. Así, mientras para nosotros pasado mañana está ‘detrás’ de mañana, para los hablantes de estas lenguas está ‘frente’ a mañana: “Thus, a later day of the week is viewed by Hausa speakers as being in front of an earlier day”, (Radden, 2011, pág. 15). En nuestra cultura, especialmente si concebimos el tiempo como algo dinámico, “times receives a front-back orientation, facing in the direction of motion, just as any moving object would”, (Lakoff y Johnson, 1980, pág. 42).

week. En la segunda expresión parece haber un orden prefijado en que los hablantes se encuentran con los periodos de tiempo. En la primera, la referencia a una semana en particular se establece a partir de la orientación de los hablantes (que se supone que miran hacia el futuro⁵⁹³).

Las relaciones de carácter dinámico conciben el tiempo como algo en movimiento. Para expresar dicho movimiento los hablantes pueden, de nuevo, buscar una referencia externa que esté ‘orientada’ en lo temporal (*the week following Christmas*) o tomarse a sí mismos como referencia (*la semana que viene*).

La siguiente tabla, tomada de Radden (2011, pág. 13) muestra de forma esquemática las distintas formas de concebir el tiempo que hemos visto:

Types of spatio-temporal relations:

static relations		dynamic relations
non-directed relations: regions time spheres	directed relations: sequences sequences of time	directed relations: motion moving time
non-deictic relations: time-based	(a) <i>the week after Christmas</i>	(b) <i>the week following Christmas</i>
deictic relations: ego-based	(c) <i>the week ahead of us</i> (d) <i>next week</i>	(c) <i>coming week</i>

Tabla 3. Tomada de Radden (2001, pág. 13)

Estas distintas concepciones espaciales no tienen en sí una relación directa con los adjetivos dimensionales, pero sí la tiene la metáfora que subyace a ellas: la idea de que EL TIEMPO ES UNA LÍNEA: “we think of the passage of time as linear, i.e. as being unidimensional”, (Radden, 2011, pág. 3).

La línea en sí es infinita, no se puede decir que sea larga o corta. Si puede, sin embargo, subdividirse (en tramos o puntos) y se pueden situar ‘sobre’ ella eventos⁵⁹⁴. La idea de que se pueden particularizar puntos de la línea temporal se hace explícita, por ejemplo, en inglés: “by using the zero-dimensional preposition *at*, as in *at this moment*”,

⁵⁹³ Como veremos, en la mayor parte de las culturas, el futuro es algo que está frente a las personas y el pasado está tras ellas.

⁵⁹⁴ Aunque entraríamos en un terreno ontológico que, sobre todo en lo interlingüístico, puede ser terriblemente complejo, entenderemos aquí por *evento* cualquier tipo de “cosa que sucede” (DRAE, consulta en línea en enero de 2015), independientemente de que esos sucesos puedan ser concebidos y codificados en cada lengua particular como acciones, estados o procesos.

(Radden, 2011, pág. 3). La distancia entre dos puntos temporales puede, evidentemente, concebirse como más o menos *larga* (o *corta*), de modo similar a como se concibe el espacio que dista entre dos ciudades o entre dos estaciones de una vía de tren. Las subdivisiones (no puntuales) de la línea temporal son los periodos de tiempo (como los minutos, las semanas, los milenios, ‘un tiempo’, ‘un rato’), que también pueden ser más o menos *largos*. Los eventos se conciben como entidades⁵⁹⁵ que se sitúan ordenadamente a lo largo de esa línea temporal. Estas entidades, como los objetos físicos, tienen límites y, por lo tanto, también dimensiones: ser más o menos *largas* o *cortas*.

Time as experience is made up of the properties of events, which have two basic, perceptible aspects: duration and succession (or sequential order). Duration is temporal extension. Succession is temporal position.

(Sinha, 2014, pág. 185)

La línea temporal de la que hacemos uso en todos estos casos suele ser una línea horizontal⁵⁹⁶ que viene desde detrás de nosotros y continúa por delante⁵⁹⁷.

A line has of necessity an orientation in space. Of the three geometrical axes, the horizontal axis with its front-back orientation captures our experience of time better than either the vertical or the lateral axis. The frontal axis conforms with our frontal vision when standing upright and moving forward. Its motivation for notions of time derives from the unbounded nature of passing time: the time-line we trace in front of us and behind us is infinite. The vertical axis, with its up-down orientation, is determined by the force of gravity toward the earth. Vertical motion is therefore bounded by the surface of the earth and hence is less suited to express the infinity of passing time (see Haspelmath 1997: 22). The lateral axis is defined relative to the frontal axis and has no independent properties of its own: it is therefore hardly made use of in expressing notions of time.

(Radden, 2011, pág. 4)

⁵⁹⁵ “A race, for example, in an event, which is viewed as a discrete entity. The race exists in space and time, and it has well-defined boundaries”, (Lakoff y Johnson, 1980, págs. 30 y 31).

⁵⁹⁶ La orientación horizontal de la línea temporal es, probablemente, universal, aunque algunas lenguas pueden hacer uso también de otras orientaciones: “The front-back orientation is probably universally applied in expressing notions of time and is the predominant pattern of oriented time in Western cultures. Eastern cultures, on the other hand, tend to make much more use of vertically oriented time”, (Radden, 2011, pág. 4)

⁵⁹⁷ A la hora de representar esta línea sobre el plano, si seguimos las conclusiones del estudio de Walker (2015), será más probable que se considere que el movimiento (ya sea el del tiempo en sí o el de las entidades sobre este) se produzca de izquierda a derecha, incluso e culturas en las que la escritura tiene la dirección contraria. Esto se debe a que la gente “expect to see, or prefer to see, lateral movement (real or implied) in a left to right direction, rather than a right to left direction”, (Walker, 2015, pág. 111).

En la mayor parte de las culturas que hacen uso de esta orientación horizontal⁵⁹⁸, el futuro es algo que está frente a las personas y el pasado queda tras ellas:

The pattern predominantly found across languages is that of the future being in front of the observer and the past being behind the observer.

(Radden, 2011, pág. 15)

Algunas lenguas, entre ellas el aimara, el malagasi o el griego clásico, sitúan el pasado frente a las personas y el futuro detrás de ellas, basándose en la metáfora de que lo que se conoce es lo que se puede ver y lo que se desconoce es lo que permanece oculto: “Thus, in Malagasy past events are expressed as being ‘in front of the eyes’ and future events as ‘behind’”, (Radden, 2011, pág. 15).

La orientación horizontal⁵⁹⁹ de la línea temporal no es, sin embargo, la única posibilidad y en muchas lenguas asiáticas el tiempo, aparece como una línea vertical.

In many East Asian languages, among them Mandarin Chinese, Southern Min, Korean, and Japanese, but not in Vietnamese, an earlier time in a sequence of times is sometimes described as UP and a later time as DOWN. [...] Since the past is earlier than the future, the past is also described as UP [...] and the future is described as DOWN [...].

(Radden, 2011, pág. 15)

Volviendo a nuestra propuesta lexicográfica, todo lo visto acerca de cómo se concibe el tiempo en nuestra cultura está asociado al sentido que recogemos como primera

⁵⁹⁸ Aunque es más frecuente en lenguas asiáticas, en nuestro entorno también puede darse una concepción vertical del tiempo. Así, por ejemplo, en inglés “it is used with traditions passed down to the present and new things rising up into the future. [*This legacy will go down into the future, This tradition has lasted down to this day, A new Harry Potter movie is coming up*]”, (Radden, 2011, pág. 10). En esta línea, Lakoff y Johnson (1980, pág. 16) señalan lo siguiente: “Foreseable future events are up”. Como ejemplo ponen, entre otros enunciados, *What’s coming up next week?* y *All up coming events are listed in the paper*. Sobre la ‘verticalidad del tiempo’, Bosque (1985, pág. 67) señala que “la edad de una persona no se mide en español en la escala vertical sino en la horizontal. No es *alta* o *baja* sino *corta* o *avanzada* (pero cf. **larga*). En alemán puede ser ‘alta’ (*hohes Alter*), en francés puede ser ‘baja’ (*une âge base*) y en holandés puede ser ‘alta’ (*hoog*) o ‘baja’ (*laag*). La edad puede ser también ‘alta’ en japonés, fines, chino, [...] y urdu, entre otras lenguas”. Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996, pág. 65) apuntan que en otras épocas sí se recoge este uso en español y, por ejemplo, en 1730 escribe Feijoo lo siguiente: “[...] yo extraño que en tan alta edad no se atribuya el desliz antes a flaqueza de la razón que a imbecilidad corporal”.

⁵⁹⁹ Tampoco el carácter lineal del tiempo, concebido horizontal o verticalmente, es universal: “The major models include time as linear, time as cyclic, and time as spiral”, (Yu, 1998, pág. 85).

acepción (y su subacepción correspondiente) del espacio semántico DURACIÓN⁶⁰⁰. En primer lugar, se muestra el uso del adjetivo aplicado directamente a eventos y, en segundo, los usos aplicados a objetos que llevan típicamente asociado el desarrollo de algún tipo de evento. Los eventos, como hemos señalado, se entienden como entidades situadas a lo largo de la línea temporal. Dependiendo de la ‘porción’ de línea temporal que ‘ocupen’ (es decir, de su duración) serán más o menos *largos*.

Además, hemos recogido, en la segunda acepción, sentidos que presentan la particularidad de aplicarse a eventos subjetivamente percibidos (ya sea por cuestiones negativas, como el aburrimiento, o por circunstancias positivas, como el aprovechamiento del tiempo) como prolongados. De nuevo, los adjetivos que hemos considerado subjetivos son solo aquellos que se aplican a unidades de medida (minutos, horas, días, años...) o a periodos de tiempo que son algo así como porciones temporales de dimensiones fijas⁶⁰¹ (mañanas, tardes...).

Es cierto que son muy frecuentes enunciados como *La película se me ha hecho larga* o *Sus novelas me resultan largas* en los que el adjetivo se aplica directamente a los nombres de unas entidades (que se relacionan con eventos). En estos casos, la carga de subjetividad recae en las estructuras semicopulativas aspectuales (*se me ha hecho* y *me resultan*), y no es por lo tanto una propiedad atribuible (al menos no más que en su uso habitual) a los adjetivos en sí.

Podría decirse de una casa, por ejemplo, que a alguien *le resulta oscura* o que a alguien esa casa *se le hace grande* cuando se queda solo en ella. Los adjetivos, en sí, mantendrían el grado de subjetividad habitual que se relaciona con los conceptos vagos y difusos, y resultaría inadecuado considerar que estos adjetivos cuentan, basándonos en los dos ejemplos vistos, con un sentido de carácter subjetivo diferenciado del ‘normal’. Son, por lo tanto, el tipo de estructura sintáctica y el contexto comunicativo los factores

⁶⁰⁰ Como señalan Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996, pág. 66), este salto de lo físico a lo temporal se documenta ya en la Edad Media (con la forma medieval *luengo*, que será reemplazada más tarde por *largo*). Así, en la *General Estoria* (372) de Alfonso X se habla de un “luengo tiempo”.

⁶⁰¹ Es cierto que una tarde puede ser objetivamente más larga o corta según la época o la latitud, por ejemplo. No nos referimos a periodos basados en cuestiones móviles como la salida y puesta de sol o la hora del almuerzo, sino que consideramos que estos periodos pueden contemplarse como poseedores de unas duraciones que, manteniéndose fijas, pueden percibirse como más o menos largas.

que determinan el grado de subjetividad que se aplica a estos enunciados, por lo que el fenómeno resultaría ajeno a las cuestiones lexicográficas que nos atañen.

7.3.5.6. *Largo/a* (adjetivo): cantidad o intensidad⁶⁰²

Aunque son conceptos que, como veremos más adelante, se asocian más frecuentemente con los pares *grande / pequeño* y *alto / bajo*, debemos señalar que, en ocasiones, con *corto* y *largo* se puede hacer referencia también a la idea de ABUNDANCIA/ESCASEZ, INTENSIDAD y FRECUENCIA⁶⁰³.

La acepción de *largo* que hemos definido como relativa a estos conceptos puede parafrasearse, en la mayor parte de los casos, empleando el adjetivo *mucho*: así, *largos intentos* tiene un significado, si no igual, sí muy similar, al de *muchos intentos*. *Largas tardes*, *larga experiencia* o *largo tiempo*, son, en los ejemplos que hemos empleado en la propuesta, casos en que la sustitución de *largo* por *mucho* también es perfectamente posible.

Esta relación de la LONGITUD con la ABUNDANCIA puede ‘activarse’ cuando se dice que alguien “hace en abundancia lo que significa el verbo o la palabra verbal con que se junta: *Es un hombre muy largo; largo en trabajar; largo en alcances*”, (Becerra

⁶⁰² Debemos aclarar que muchos de los usos de *largo* que hemos considerado metafóricos no lo son genéticamente, por lo menos si atendemos a la evolución semántica de este adjetivo desde el latín hasta el siglo XV. Durante dicho periodo, el camino recorrido por *largo* ha sido justamente el inverso al habitual: de un significado más o menos abstracto ha surgido un sentido dimensional muy concreto: “«Largo» solo a partir del siglo XV comenzó a significar ‘largo’. Antes había significado ‘abundante’, ‘generoso’ y ‘ancho’, como en las otras lenguas románicas, según explica Corominas”, (Corrales Zumbado, 1977, pág. 128). A partir de ese siglo *largo* (‘largo’) empieza a desplazar a *luengo* (‘largo’) de las expresiones de dimensión física.

Esta situación permite elaborar dos hipótesis: que los significados ‘abstractos’ se han mantenido durante los últimos siglos junto al significado dimensional, o que, una vez desaparecidos estos, el adjetivo dimensional *largo* ha desarrollado nuevos sentidos metafóricos coincidentes con aquellos con los que se relacionaba en origen. Aunque la primera hipótesis parece más plausible, no por ello debemos dejar de señalar que los hablantes actuales, probablemente, entiendan los sentidos abstractos de *largo* tomando de algún modo como base conceptual su sentido físico. En todo caso, no hemos de soslayar que la competencia de *luengo* y *largo*, en gran medida, habría de suponer un trasvase de significados de un adjetivo a otro; en el caso del castellano, los significados de *luengo* los asimila *largo*.

⁶⁰³ En el *DRAE* (s. v. *largo*) esta idea se correspondería con la siguientes acepciones de *largo*: 4. adj. Copioso, abundante, excesivo. *Largo de palabra, de explicaciones* 5. adj. Dilatado, extenso, continuado. *Un cirujano de larga experiencia*. 6. adj. Pronto, expedito, que hace algo en abundancia. *Este oficial es largo en trabajar*.

Hiraldó, 2000, pág. 392). Las coapariciones del adjetivo con otros nombres para expresar una idea similar aparecen recogidas también en el apartado de asociaciones sintagmáticas que, tomadas del *DUE*, recopilamos en nuestra propuesta.

7.3.5.7. *Largo/a* (adjetivo): condición humana

A la hora de caracterizar rasgos de personalidad, *largo*, al igual que *corto*, se relaciona con las cualidades intelectuales o aptitudes de una persona. El par ‘positivo, además, se relaciona con el concepto de generosidad⁶⁰⁴. Becerra Hiraldó (2000, pág. 392) recoge dos acepciones que se corresponden con estos sentidos:

- 1) Liberal, dadivoso: *Es un hombre muy largo en dar*
- 2) Pronto, expedito, listo, astuto: *Es un tío muy largo. Ten cuidado con él.*

Hemos mantenido el sentido relativo a la generosidad al margen de la acepción relacionada con la ABUNDANCIA O INTENSIDAD porque, sin la especificación del aspecto en el que alguien puede ser considerado *largo*, parece existir la posibilidad de que el adjetivo se asocie automáticamente (‘por defecto’) con dicha idea. Debemos aclarar, en cualquier caso, que enunciados como *Es largo en trabajar*, *Es largo (en dar)* o *No es nada tonto; es muy largo* resultan bastante extraños, al menos, en las variedades peninsulares menos marcadas en la actualidad⁶⁰⁵.

7.3.5.8. *Largo* (sustantivo): dimensión

En este apartado de la propuesta hemos recogido dos sentidos de *largo* como sustantivo que pueden identificarse con LONGITUD. Aunque este fenómeno, como hemos señalado, es frecuente en los adjetivos ‘positivos’, debemos aclarar que —tal y como se

⁶⁰⁴ *Largo* conserva, por lo tanto, otro de los significados “de su étimo latino LARGUS [...] ‘generoso’, ‘dadivoso’”, en Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996, pág. 66).

⁶⁰⁵ La búsqueda de *largo en trabajar* o *largo en dar* en el CREA no arroja ningún resultado. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CREA) [en línea]. *Corpus de referencia del español actual*. <<http://www.rae.es>> [Fecha de la consulta: 27/06/2015]. Por otra parte, los resultados que ofrece la búsqueda de la secuencia *largo en trabajar* en red remiten, de un modo u otro, a este ejemplo tomado del *DRAE* (*Este oficial es largo en trabajar*). La búsqueda en CORDE de *largo en trabajar* no arroja resultados, mientras que de *largo en dar* ‘dadivoso’ se recogen 7 casos, encuadrados cronológicamente entre 1530 y 1673. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CORDE) [en línea]. *Corpus diacrónico del español*. <<http://www.rae.es>> [Fecha de la consulta: 27/06/2015].

recogía en la nota 270— *longitud*, que se relaciona en lo etimológico con el adjetivo *longo* (*luengo*) es un sustantivo que ha venido a ocupar la posición que, respecto a *largo*, le correspondería a *largura*.

En el *DUE* (s. v. *largo*) se recoge un uso de *largo* definido como la “dimensión mayor de una piscina”. Este uso quedaría, según nuestra perspectiva, subsumido en las dos acepciones de *largo* como sustantivo que hemos presentado, aunque es cierto que, en un contexto marcado por la presencia de una piscina, es normal (como ocurriría en otros contextos análogos con otros objetos) que se hable del *largo* y del *ancho* de esta sin necesidad de especificar a qué objeto hacen referencia dichos conceptos. Sí encontramos más motivos, sin embargo, para, en el mismo contexto presentado por Moliner, separar *largo* como un predicado nominal. Así, *Hacerse cinco largos* sería un enunciado en el que el sustantivo estaría haciendo referencia a un evento acotado: el de cruzar la piscina longitudinalmente de un extremo a otro. Creemos, en cualquier caso, que estos usos son totalmente coherentes con cuestiones lingüísticas generales y, por lo tanto, de significado totalmente deducible dentro del empleo normal de la lengua.

Además, recogemos un uso de *largo* en el que esta palabra se emplea “como reducción de *largometraje*”. Debemos señalar que la especificación de que una obra es un *corto* es mucho más frecuente, tal vez por considerarse el largometraje el formato ‘no marcado’ de hacer cine.

7.3.5.9. *Larga* (sustantivo): dimensión

De *larga*, como sustantivo, recogemos dos acepciones claramente diferenciadas: una relativa al calzado y otra en la que el nombre femenino se asocia con la idea de APLAZAMIENTO. Esta segunda acepción aparece en el discurso frecuentemente con el verbo *dar* (*dar largas*), y así se recoge tanto en la definición como en el apartado dedicado a las asociaciones sintagmáticas.

7.3.5.10. *Largo* (adverbio): ubicación

El significado de este uso adverbial de *largo*, poco frecuente entre una gran proporción de los hablantes, es el mismo que el de *lejos*, mucho más generalizado.

La asociación sintagmática *de largo* (*Eso viene de largo*), aunque tiene un sentido metafórico temporal, sí es de uso algo más frecuente y comparte espacio con *de lejos* (*Eso viene de lejos*), de igual significado literal y metafórico⁶⁰⁶. Además, como veremos en el apartado 7.3.5.12., la interjección *largo* se relaciona también con el uso adverbial que recogemos en este apartado.

7.3.5.11. *Largo* (adverbio): desplazamiento-distancia

Vimos más arriba, también bajo la etiqueta semántica *desplazamiento-distancia*, usos de *largo* como adjetivo que podían asociarse a sustantivos que expresaban eventos: *un saque largo* o *un viaje largo*, por ejemplo. En la acepción que recogemos en este apartado, *largo* puede, con el mismo sentido que entonces, emplearse como un adverbio que modifica directamente un verbo relacionado con el desplazamiento de un objeto. Así, aunque no encontramos con tanta asiduidad casos como *viajar largo* (que sí se documenta en red, en varios textos argentinos⁶⁰⁷), sí son frecuentes otros como *sacar largo*.

No creemos que pueda identificarse directamente este uso del adverbio con el que recogíamos en el apartado anterior como sinónimo de *lejos*. Si bien las asociaciones *sacar largo* y *sacar lejos* podrían tener, fuera de contexto, un significado similar, creemos que *sacar largo* forma serie con *saque largo* y *balón largo*; expresiones en las que no se hace referencia a la ubicación del objeto desplazado sino a la medida de la trayectoria relacionada con su desplazamiento: a la distancia recorrida. *Sacar lejos*, en cambio, sí expresaría la ubicación final de un objeto desplazado y por ello admite que se especifique respecto a qué queda lejos el objeto: *sacó lejos de dónde quería*. *Sacó largo* es, en este sentido, una construcción ‘independiente’ que no necesita una referencia ‘externa’: requiere de un punto de partida (implícito en la propia acción modificada) y de una zona de destino.

⁶⁰⁶ Una búsqueda en CREA permite comprobar la diferencia de frecuencia entre la secuencia *viene de lejos*, que arroja 65 ocurrencias, y *viene de largo* (adverbio), que arroja tan solo 3 casos. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CREA) [en línea]. *Corpus de referencia del español actual*. <<http://www.rae.es>> [Fecha de la consulta: 27/06/2015].

⁶⁰⁷ “El primer obstáculo que aparece a la hora de hacer un viaje es la plata. Que es necesaria, no lo vamos a negar ni lo vamos a descubrir. Sin embargo, no siempre se necesita de mucho dinero para poder *viajar largo*”, en <https://tresalavuelta.wordpress.com/2014/08/26/viajar-mucho-y-gastar-poco-algunos-tips/> [consultado el 21 de junio de 2015].

7.3.5.12. *Largo* (interjección)

El carácter especial de las interjecciones y el hecho de que solo contemos con un uso de este tipo (no solo en lo que refiere particularmente a *largo*, sino en general, en la propuesta) nos ha llevado a considerar innecesario establecer un espacio semántico diferenciado en que incluir esta acepción. Creemos, en cualquier caso, que se relaciona con la idea de UBICACIÓN y, concretamente, con el uso adjetival que identificábamos con *lejos*: cuando en vez de simplemente *largo* se utiliza la expresión *largo de aquí* resulta bastante evidente que lo que se está exigiendo a alguien es que se aleje. Así, *largo*, como interjección, persigue un efecto perlocutivo semejante al de *vete de aquí*.

7.3.6. El artículo *cort-*

7.3.6.1. *Corto/a* (adjetivo): condición humana

Para cuestiones relativas a la personalidad, *corto* puede utilizarse, tanto como un modo de referir a una persona poco inteligente como para aludir a una persona tímida. Estos significados, además del referente al paradigma físico, los encontramos claramente diferenciados en el siguiente comentario encontrado en foro de una web⁶⁰⁸: *Soy un poco corto; no es que sea bajito, que lo soy, ni que no sea muy avisado, que tampoco lo soy, lo que quiero decir es que soy vergonzoso...*

Basándose en el *DRAE*, el *DUE* y el *DEA*, Becerra Hiraldo (2000, pág. 399) propone, respecto a las ideas que acabamos de señalar, las siguientes acepciones de *corto*:

- 1) De escaso talento o poca instrucción: *Si no has entendido el chiste, es que eres muy corto.*
- 2) Tímido, encogido. Apocado, encogido, pusilánime, tímido o vergonzoso: *No conseguirás que se lo diga, porque es un poco corto.*
- 3) Poco hablador o poco expresivo y que, en general, hace menos de lo conveniente cuando se trata de realizar actos de atención o cortesía o de relacionarse de cualquier forma con otras personas: *Es corto y de pocas palabras.*

⁶⁰⁸ En <http://pordescargadirecta.com/foro/hablando-todo-un-poco/2-bienvenid-s-al-foro/108/>, consultado el 12 de marzo de 2012.

En nuestra propuesta hemos decidido recoger, tal y como hace Becerra Hiraldo, una acepción relativa a la PARQUEDAD, diferenciándola del concepto de TIMIDEZ, pues son fenómenos que no tienen por qué estar relacionados. Debemos señalar, por otro lado, que el uso de *corto* como sinónimo de *tímido* es desconocido por muchos hablantes y que está más extendido en el español europeo actual el adjetivo *cortado* a la hora de caracterizar como tímido a alguien⁶⁰⁹.

7.3.7. El artículo *profund-*

Uno de los esquemas de imagen fundamentales que resulta de la interacción con el mundo es el (pre)concepto de CONTINENTE o CONTENEDOR y CONTENIDO. La idea de que algunas cosas presentan un ‘dentro’ y un ‘espacio externo’ y de que algunas pueden albergar dentro de sí objetos o sustancias sirve de base cognitiva para el desarrollo metafórico de muchas relaciones espaciales y conceptos de carácter abstracto⁶¹⁰. En lo físico, por ejemplo, puede decirse que una ciudad está *en una región* o que una persona está *en un bosque*, haciéndose uso de una preposición (*en*) cuyo valor básico es el de situar una entidad-contenido dentro de otra entidad-continente. Fuera de lo espacial, se emplea la misma preposición para hacer referencia, por ejemplo, a un evento que ha ocurrido *en marzo*, a una persona que está *en coma*, o para indicar que alguien está *en una situación peligrosa*, o, en inglés, que alguien está *in love*. Como vemos, el tiempo, los estados mentales o emocionales y las situaciones también pueden ser concebidos como CONTENEDORES dentro de los que se sitúan otras entidades.

We are physical beings, bounded and set off from the rest of the world by the surface of our skins, and we experience the rest of the world as outside us. Each of us is a container, with a bounding surface and an in-out orientation. We project our own in-out orientation onto other physical objects that are bounded by surfaces. Thus we also view them as containers with an inside and an outside. [...] even when there is no natural physical boundary that can be viewed as defining a container, we impose boundaries — marking off territory so that it has an inside and a bounding surface — whether a wall, a fence, or an abstract line or plane. There are few human instincts more basic than territoriality. Human purposes typically

⁶⁰⁹ Como señala Mulier (2009, pág. 44), y se recoge también en el *DUE*, estos significados de *corto* solo aparecen en estructuras con el verbo copulativo *ser*, frente al uso de *cortado* que admite las dos cópulas (*ser* / *estar*).

⁶¹⁰ “The CONTAINER schema defines the most basic distinction between IN and OUT”, (Lakoff, 1987, pág. 271).

require us to impose artificial boundaries that make physical phenomena discrete just as we are: entities bounded by a surface. — Metaphors We Live By

(Lakoff y Johnson, 1980, págs. 29 y 30)

Johnson (1987) recoge una serie de ejemplos del inglés con los que muestra lo productiva que es en lo lingüístico esta metáfora:

Consider for example only a few of the many *in-out* orientations that might occur in the first few minutes of an ordinary day. You wake *out* of a deep sleep and peer *out* from beneath the covers *into* your room. You gradually emerge *out* of your stupor, pull yourself *out* from under the covers, climb *into* your robe, stretch *out* your limbs, and walk *in* a daze *out* of your bedroom and *into* the bathroom. You look *in* the mirror and see your face staring *out* at you. You reach *into* the medicine cabinet, take *out* the toothpaste, squeeze *out* some toothpaste, put the toothbrush *into* your mouth, brush your teeth, and rinse *out* your mouth. At breakfast you perform a host of further *in-out* moves—pouring *out* the coffee, setting *out* the dishes, putting the toast *in* the toaster, spreading *out* the jam on the toast, and on and on.

(Johnson, 1987, pág. 331)

El esquema de imagen del CONTENEDOR es la base metafórica que justifica en muchos casos el uso de adjetivos del tipo de *profundo*⁶¹¹ o *superficial*. En lo temporal, por ejemplo, los periodos de tiempo pueden ser concebidos como entidades que albergan sucesos u otras secuencias temporales dentro de sí. Así, según el tiempo ‘avanza’ en la noche, puede llegar la *noche profunda*: Bosque (1985, pág. 67) hace notar que en alemán se emplea *bis tief in der Nacht* (‘hasta profundo en la noche’) y en ruso *do glubokoy nochi* (‘hasta la noche profunda’)⁶¹².

Nuestro propio cuerpo es frecuentemente concebido como un CONTENEDOR⁶¹³, especialmente como un contenedor de emociones:

[...] in our overall conceptual system we have the general metaphor: The body is a container for the emotions.

- He was *filled* with anger.
- She couldn't *contain* her joy.
- She was *brimming* with rage.

⁶¹¹ Bosque (1985, pág. 70) señala que en algunas de las lenguas africanas por él estudiadas adjetivos como *profundo* parecen carecer de valores figurados.

⁶¹² El que este adjetivo suela aplicarse a la noche tal vez esté relacionado con el hecho de que, como ocurre en las lenguas germánicas actuales y ha ocurrido en otras lenguas (véase el italiano *cupo*, que pasó de significar ‘profundo’ a significar ‘oscuro’ o ‘sombrio’), el adjetivo *profundo* puede relacionarse con la oscuridad, que es una característica propia de la noche y que va en aumento según esta avanza.

⁶¹³ “We understand our own bodies as container”, (Lakoff, 1987, pág. 271).

- Try to get your anger *out of your system*.

(Lakoff, 1987, pág. 383)

Esto explicaría que, frente a lo *superficial*, se emplee *profundo* con un sentido cercano a lo intensivo al referirse a *un dolor profundo*⁶¹⁴, *una pena profunda*⁶¹⁵, *una profunda preocupación* o al indicarse que *someone is deeply worried*... “[...] aunque los sustantivos que admiten dicho adjetivo varíen de una lengua a otra”, (Bosque, 1985, pág. 71).

La idea de PROFUNDIDAD puede relacionarse también con lo oculto y lo sombrío, y, a partir de ahí, teniendo en cuenta que el cuerpo y la mente pueden concebirse como CONTENEDORES, puede relacionarse también con lo inconsciente: lo consciente ‘se ve’; lo inconsciente, no.

[...] the metaphorical use of *deep* most often [...] refers to something that is not visually accessible. In the literal use of *deep* we have a spatial determination, but of something that generally cannot be seen from the surface. What is deep may become visible if we dig down far enough, but then, from that new vantage point, the thing is no longer deep. *Profundity*, in the metaphorical use of *depth*, is of something that is hidden from view.

(Harrell, 1992, pág. 20)

Estas asociaciones podrían dar cuenta de la frecuente coaparición de *profundo* con *sueño*, que resulta “totalmente natural en servocroata, finés, inglés, alemán, holandés, todas las lenguas romances, japonés, árabe, turco y ruso”, (Bosque, 1985, pág. 71). También pueden explicarse así las referencias a sentimientos profundos, como cercanos a la parte más inconsciente y arraigada de la personalidad, aunque, al mismo tiempo, esta concepción entronca con la idea de que en lo profundo parece estar “the *underlying* nature of things”, (Gellert, 2002, pág. 82).

Nos detendremos a continuación en las acepciones que, a partir de algunas de las ideas expuestas, hemos recogido en la propuesta lexicográfica.

⁶¹⁴ Bosque (1985, pág. 70) señala que sus informantes de turco, ruso, chino, finés y vasco aceptaban construcciones análogas a *dolor profundo* solamente si este dolor era anímico, es decir, si era algo así como una pena o aflicción.

⁶¹⁵ En estos casos es frecuente usar el adjetivo *hondo*, de igual significado.

7.3.7.1. *Profundo/a* (adjetivo): dimensión

Como vimos en el apartado 2.4.2.2.2.4. (*Objetos ‘vacíos’ y el caso de amplio*), el concepto prototípico de PROFUNDIDAD se identifica con una dimensión ‘negativa’ orientada ‘hacia abajo’ en objetos que pueden ser entendidos como CONTENEDORES.

Únicamente las dos primeras acepciones que presentamos en nuestra propuesta recogen esta idea, y la primera de ellas ya muestra un caso ligeramente distinto: el de una cavidad horizontal que, si bien tiene un ‘espacio negativo’ y puede ser concebida como un contenedor, no presenta una PROFUNDIDAD orientada ‘hacia abajo’.

A partir de ese punto, las acepciones guardan cierta conexión con el sentido prototípico, lo que justifica el uso metafórico del concepto, pero se alejan bastante, incluso antes de abandonar lo dimensional, del sentido que hemos considerado central.

Dentro del espacio semántico DIMENSIÓN recogemos los casos en los que, por la orientación de los objetos, la perspectiva de los hablantes o la presencia de otro objeto que actúa como fondo, se activan las ideas de SUPERFICIE y FONDO. Estas nociones se relacionan con los CONTENEDORES, aunque en estos objetos la profundidad no sea necesariamente ni ‘vacía’ ni ‘hacia abajo’: *pantalla profunda, estantería profunda...*

A continuación, se muestran los casos en que la PROFUNDIDAD se identifica con uno de los lados de los objetos según sus dimensiones relativas: aquello que no es el ALTO o el LARGO ni el ANCHO. En uno de los ejemplos hemos recurrido la película *2001: Una odisea del espacio* (Kubrick, 1968) porque en ella aparece un monolito flotando en el espacio (es decir, sin orientación de ningún tipo), y nos resultaba complicado encontrar un objeto que presentase claramente las características exigidas. En estos casos, como se aprecia en la doble flecha de las figuras, la PROFUNDIDAD es un concepto sin orientación.

Finalmente, hemos incluido una acepción de marcado carácter metafórico que podemos considerar en el límite de lo dimensional: el caso en el que *profundo* se aplica a nombres como *bosque* o *selva*. Creemos que en este uso subyace cierta conexión con el esquema del CONTENEDOR, ya que un continente prototípico puede asociarse con lo especialmente ‘cerrada’ y oscura que resulta una zona intrincada.

7.3.7.2. *Profundo/a* (adjetivo): ubicación

En este apartado se recogen usos de carácter metonímico análogos a los que vimos para *alto* cuando dicho adjetivo se relacionaba con el concepto UBICACIÓN. En este caso, el adjetivo *profundo* pasa de aplicarse a objetos que son profundos a atribuirse a entidades que se ubican o se desarrollan a cierta profundidad.

En estos usos entendemos que hay unos objetos que actúan como contenedores, pero el hecho de que la idea de CONTENER ALGO cuando ese ‘algo’ es un evento pueda resultar algo extraña nos ha llevado a señalar, simplemente, que es dentro de algún tipo de entidad donde “se encuentra” o “se produce” aquello a cuyo nombre acompaña el adjetivo.

Del mismo modo que en muchos casos el concepto ALTURA se medía respecto al plano de tierra, se considera que algo es o está *profundo* cuando se sitúa o produce más alejado de la ‘superficie’ del contenedor (es decir, del límite entre DENTRO y FUERA de la entidad-continente) de lo normal o adecuado (lo *regular*, en la definición que hemos empleado en este caso).

7.3.7.3. *Profundo/a* (adjetivo): ubicación de una parte respecto a un todo

De nuevo recogemos un uso de *profundo* que también encuentra su correlato en *alto*: aquel en el que, por un proceso metonímico, el adjetivo pasa a unirse a un nombre para establecer como referente de la asociación una parte concreta del objeto designado por ese nombre.

Desde el punto de vista teórico, serían posibles y coherentes usos en los que el adjetivo *profundo* indicase de algo que está relacionado con esa parte de un todo. Sin embargo, más allá de lo metafórico, no hemos encontrado usos como los apuntados y consideramos que, en cualquier caso, si hablásemos de *algas profundas*, que fueran consideradas *profundas* por estar en la parte profunda del mar, también podríamos entender que esos objetos estarían, simplemente, en “una posición más alejada de lo regular con respecto a la superficie o abertura de aquello que los contiene”, por lo que perfectamente se trata de un sentido subsumible en las acepciones recogidas en el apartado anterior. Repetimos que, desde un punto de vista estrictamente teórico y abstracto, encontraríamos motivos para establecer una subacepción dentro de este apartado, pero, por cuestiones prácticas, relativas al uso real de la lengua y a la claridad

lexicográfica, hemos preferido no generar una nueva subacepción para recoger los casos descritos.

7.3.7.4. *Profundo/a* (adjetivo): ubicación de una parte respecto a un todo (sentido figurado)

Para los sentidos figurados sí hemos creado una subacepción relativa a la asociación de entidades con la parte profunda de los ‘contenedores’. Así, *el andaluz profundo* es el andaluz que se habla en la parte profunda de Andalucía, pero esa “parte profunda” es *profunda* en sentido metafórico: el adjetivo se aplica, fundamentalmente, a aquellas zonas geográficas que, dentro de otra zona mayor, se muestran culturalmente más aisladas (y son, por tanto, más genuinas) del resto del mundo. En estos casos, *profundo* tiene un significado similar al de *tradicional*.

También es frecuente hablar del *corazón profundo* o del *alma profunda* recurriendo a un uso meronímico del adjetivo: se selecciona la parte de un todo más identificada con la esencia de este. Hemos decidido unificar ambos usos en una misma acepción pues, aunque más extendido, el uso relativo a los territorios mantiene, creemos, el vínculo con la idea de ESENCIA SUBYACENTE.

7.3.7.5. *Profundo/a* (adjetivo): desplazamiento-ubicación

En este apartado hemos contemplado la posibilidad de que un evento implique el desplazamiento de un objeto y este llegue, o bien a una zona que, sin más, puede calificarse como *profunda*, o a la parte profunda de un todo. Este segundo sentido es al que hacemos referencia cuando en la definición hablamos de *fondo*.

Los sentidos que recogemos en este apartado son análogos a los que vimos en *largo* (*un saque largo / un balón largo*) y *alto* (*un saque alto / un balón alto*): el adjetivo se aplica metonímicamente a un evento y, según nuestra perspectiva, por un proceso metonímico doble, también al objeto desplazado o causante del desplazamiento⁶¹⁶.

⁶¹⁶ Debemos señalar que, en ámbito deportivo (fútbol, baloncesto...), se emplea también el concepto de PROFUNDIDAD de manera metafórica para hacer referencia (directa o a través de una metonimia) a desplazamientos que ‘penetran’ en la defensa o el campo rival: *Pase profundo, balón profundo, extremos profundos*. La especificidad de estos usos hace que no hayamos considerado apropiado incluirlos en la propuesta lexicográfica.

7.3.7.6. *Profundo/a* (adjetivo): sonido (ubicación en sentido figurado)

En ocasiones, *profundo* se aplica a entidades sonoras, en un uso que podría considerarse cercano a la sinestesia: aparentemente, se estaría atribuyendo una cualidad dimensional, relacionada con lo tangible y lo visible, a algo que se capta mediante el sentido del oído. Sin embargo, más que ante un mecanismo sinestésico, creemos que nos encontramos ante un proceso metonímico en que el hecho de que un sonido parezca venir de una ubicación profunda permite que se pase a calificar como *profundo* el sonido en sí. No es, entonces, que de algún modo el sonido en sí dé la sensación de contar con cierta PROFUNDIDAD, sino que, en nuestra opinión, este parece llegar desde el fondo de una cavidad y la asociación entre lo sonoro y lo tangible se lleva a cabo de manera indirecta: SONIDO → ORIGEN DEL SONIDO → PROFUNDIDAD EL ORIGEN DEL SONIDO.

7.3.7.7. *Profundo/a* (adjetivo): profundidad (sentido figurado)

Nuestro proceso de identificación de sentidos nos ha llevado a considerar, en primera instancia, que hay un uso de *profundo* de carácter intensional: aquel que marca que algo se manifiesta de manera intensa, como ocurre en *profunda oscuridad* o *profundo silencio*. Por otro lado, hemos considerado que hay también un uso de *profundo* que se relaciona, como vimos más arriba, con la esencia de las cosas, con su fondo: *cambio profundo*, *pensamiento profundo*.

Aunque en la propuesta lexicográfica hemos decidido separar estos sentidos en dos acepciones, encontramos que, en lo lingüístico y en lo conceptual, la frontera entre ambas ideas es bastante difusa: un *dolor profundo* podría, simplemente, considerarse que es un dolor intenso, pero también que es un dolor relacionado con la esencia del ser. Es frecuente que las dos ideas se solapen y entremezclen. Además, según se centre la atención en unos u otros ejemplos, una característica puede implicar la otra o mostrarse como una idea independiente. ¿Un *amor profundo* es simplemente intenso o es un amor muy arraigado en la persona? ¿Es lo mismo? ¿Podría hablarse de un *profundo amor superficial*?

En la propuesta hemos preferido aducir los ejemplos más claros y hemos obviado los más ambiguos, ya que resulta realmente delicado decantarse por una u otra opción. Un

hipotético usuario del diccionario, creemos, encontraría siempre respuesta o ‘acomodo’⁶¹⁷ para usos similares de *profundo* en una u otra acepción, dependiendo del enunciado concreto en que apareciese el término y de las características de los conceptos manejados por el hablante.

En la subacepción con la que cuenta una de las acepciones hemos decidido recoger tanto la idea de INTENSIDAD como la de ESENCIALIDAD (a través del concepto ARRAIGO), por lo que dicha subacepción lo sería realmente de cualquiera de las acepciones presentadas.

Existen casos como *noche profunda* o *profundo sueño*, en los que el hecho de que las entidades en cuestión puedan presentar con gran intensidad o arraigo sus propiedades típicas se relaciona con ideas algo más abstractas relacionadas con el esquema de imagen del CONTENEDOR, para *noche*, o con la VINCULACIÓN DE LO PROFUNDO CON LO INCONSCIENTE, para *sueño*. De nuevo, hemos evitado emplear esos ejemplos por considerar que presentan, simultáneamente, rasgos propios de distintas acepciones.

7.3.7.8. *Profundo/a* (adverbio): desplazamiento

De nuevo, en el uso de *profundo* como adverbio, recogemos la posibilidad meronímica de que un objeto llegue a una parte profunda de un todo (a su fondo) o de que, simplemente, alcance una parte situada a cierta profundidad. Como hemos visto a lo largo de la propuesta, el adjetivo *profundo* está estrechamente identificado con el concepto de CONTENEDOR, por lo que, al contrario que los otros adjetivos, su uso activa la idea de límite, de tope. Eso hace que, con frecuencia, los usos de *profundo* estén vinculados con una parte final de algún tipo de cavidad, con su fondo, y este es un nexo que no encuentra correspondencia con los usos habituales de *alto*⁶¹⁸ ni, sobre todo, *largo* o *ancho*.

⁶¹⁷ Hablamos de *respuesta* y *acomodo* considerando que hay dos usos básicos de un diccionario: consultar un significado desconocido y consultar cómo se estructuran conceptos sobre los que el hablante tiene una idea difusa. En el primer caso, el hablante encontraría *respuesta* a la pregunta “¿qué significa esta palabra?” En el segundo, el concepto vago que el hablante maneja de una palabra encuentra *acomodo* en uno de los compartimentos estancos que constituyen el diccionario.

⁶¹⁸ Sí hemos recogido usos de *alto* de carácter meronímico.

7.3.8. El artículo *somer-*

Profundo cuenta con dos antónimos básicos: *somero* y *superficial*. Estos adjetivos son de uso poco común (especialmente, *somero*) y, frecuentemente —como vimos en los apartados 2.4.2.3. (*La relación jerárquica ('de orden') entre los grados*) y 2.4.2.2.2.4. (*Objetos 'vacíos y el caso de amplio'*)— prefiere hablarse de entidades “poco profundas” antes que recurrir a estos dos adjetivos.

Recogemos en nuestra propuesta tanto *somero/a* como *profundo/a* debido a que su relevancia es similar y, al menos parcialmente, se complementan en la oposición a *profundo*.

7.3.8.1. *Somero/a* (adjetivo): dimensión (física)

Mientras las acepciones centrales de *profundo* se relacionaban, entre otros objetos, con recipientes, *somero* es aplicable solo a cavidades y, sobre todo, según la exploración hecha en distintas bases de datos⁶¹⁹, a masas líquidas.

De nuevo, desde un punto de vista teórico, cabría esperar un uso de *somero* que hiciese referencia a una parte de un todo: un uso en el que el *mar somero* fuera una parte de un mar, y no un mar con escasa profundidad. No encontramos que este sea, sin embargo, un uso relevante del adjetivo. Sí hemos registrado, en cambio, usos meronímicos de *profundo* en el artículo dedicado a dicho adjetivo.

7.3.8.2. *Somero/a* (adjetivo): profundidad (sentido figurado)

Somero parece entrar en oposición con *profundo*, en este espacio semántico concreto, solo en lo relativo a la esencia de las cosas: se emplea para indicar que algo no se desarrolla por completo, limitándose a sus primeras fases o, recurriendo a otro adjetivo dimensional similar, quedándose en lo *superficial*.

⁶¹⁹ Nos referimos a búsquedas realizadas en CREA, en el corpus de *Molinolabs* y en Google (en mayo de 2015).

7.3.9. El artículo *superficial*

7.3.9.1. *Superficial* (adjetivo): dimensión (física)

Superficial, como *somero*, no se emplea apenas para hacer referencia a recipientes. Su uso se relaciona, fundamentalmente, a partir de las combinaciones con las masas de agua (acepción 2) y con las heridas (acepción 1).

7.3.9.2. *Superficial* (adjetivo): ubicación de una parte respecto a un todo

En *superficial* sí recogemos un uso meronímico en que el adjetivo se aplica a una entidad para referir a una de sus partes. Así, igual que el *mar profundo* podría hacer referencia a una parte del mar, la *cueva superficial* es la parte de una cueva más cercana a su superficie.

7.3.9.3. *Superficial* (adjetivo): profundidad (sentido figurado)

Mientras *profundo* parecía relacionarse con el concepto de INTENSIDAD, *somero* y *superficial* parecen contar con usos relativos a LO ESENCIAL de las cosas. Dentro de ese ámbito, podemos señalar que, mientras *somero* aporta el matiz de algo incipiente (‘poco desarrollado’), *superficial* adquiere además un significado connotativo para hacer referencia a lo que resulta ‘frívolo’.

7.3.10. El artículo *gran/grande*

7.3.10.1. *Gran(de)* (adjetivo): dimensión (física)

La acepción prototípica de *grande* se diferencia de otras acepciones dimensionales ya analizadas en que, en principio, no hace referencia a una dimensión concreta de un objeto, sino a los conceptos holísticos de ÁREA o VOLUMEN o, de manera más general, TAMAÑO.

El hecho de que el TAMAÑO sea un concepto relativo al volumen o al área hace que si un objeto destaca, por ejemplo, por su altura, y mantiene el resto de sus dimensiones dentro de la ‘regularidad’, dicho objeto presentará necesariamente un volumen o un área

también mayor de lo normal. Dicho de otro modo, cualquier objeto que, manteniendo sus otras medidas dentro de la ‘normalidad’, destaque por ancho, por profundo, por alto o por largo tiene, necesariamente, más volumen o área que el resto de los objetos con los que forma serie.

En la figura que acompaña a la definición hemos tratado de ilustrar el hecho de que el tamaño es una cuestión relativa a lo que se establezca como categoría de contraste de un objeto en un contexto determinado. Por ello, se muestran dos elementos que destacan por su tamaño respecto a otros con los que, por su forma, se puede considerar que constituyen una serie. Además, se presenta un elemento que contrasta con todos los demás y que ‘obliga’, para su interpretación, a que se abandone una categorización basada en la forma de los objetos: solo se puede decir de él (en el reducido universo de objetos que hemos creado) que es *grande* o *pequeño* como figura, pero no de manera relativa a una forma determinada (como se hace en los otros dos casos mostrados).

En la primera parte de la investigación señalábamos que el que un nombre aparezca acompañado de un adjetivo relativo no implica que sea la categoría vinculada con el nombre en cuestión aquella que deba activarse como fondo de contraste: así, podemos hablar de una *mujer alta* que lo es como persona, no (solamente) como mujer. Decíamos, también, que la tendencia natural es, eso sí, a buscar en el nombre adjetivado la clase de referencia. Esa es la tendencia que pretendemos activar en los ejemplos visuales que acompañan a las definiciones de *grande* y *pequeño*: esperamos que se interprete *cubo grande* y *cilindro grande* respecto a la categoría de los [cubos (que aparecen dibujados)] y a la de los [cilindros (que aparecen dibujados)], respectivamente. Cualquier otra interpretación, aunque teóricamente posible, sería bastante improbable.

La subacepción que presentamos dentro del espacio semántico DIMENSIÓN (FÍSICA) recoge los casos en que el adjetivo se aplica a objetos que no son grandes, pero que están asociados a algo que sí lo es. Así, los *grandes terratenientes* son terratenientes que poseen, por definición, tierras grandes. En el ejemplo de los terratenientes groenlandeses hemos tratado de mostrar que, en estos casos, la idea de tamaño no se mezcla, necesariamente, con la de importancia.

7.3.10.2. *Gran(de)* (adjetivo): dimensión (sentido figurado)

Bosque (1985, pág. 72) señala que en las lenguas por él estudiadas, las metáforas que parten de la idea de tamaño son (“junto con las de cantidad”) las más frecuentes. La metáfora fundamental relativa al TAMAÑO relaciona este con la IMPORTANCIA (*SIZE IS IMPORTANCE*) y con ‘LO BUENO’, en general (*BIGGER IS BETTER*); conceptos que, entre sí, están también metafóricamente conectados⁶²⁰.

A pesar de que Lakoff y Johnson (1980, pág. 22) consideran que la identificación *bigger is better* es de origen cultural, Bosque (1985, pág. 72) apunta que en su estudio comparativo no ha encontrado “ningún idioma en el que la palabra *grande* no signifique también figuradamente ‘importante’, ‘notable’, ‘destacado’, ‘insigne’ u otro valor parecido”. Grady (1999, págs. 134-174), que considera la relación entre TAMAÑO e IMPORTANCIA una metáfora primaria, también encuentra motivos para considerarla propia de todas las lenguas y culturas. Hermanson (2006), por su parte, aduce una muestra de esta relación metafórica a través de los siguientes casos de la lengua zulú:

Size [...] may be used metaphorically, with the complementary conceptual metaphors Big is Important and Small is Insignificant being invoked so that the nouns *inkunzi* (bull), *inkosi* (chief) refer to something big or somebody important; *intaba* (mountain) refers to something big, tall or high.

(Hermanson, 2006, pág. 40)

Las acepciones⁶²¹ que presentamos en la propuesta recogen estas tendencias generales para el caso específico del español, en el que *grande* se relaciona, desde nuestro punto de vista, con cuatro acepciones fundamentales. Aunque los límites entre unos y otros casos son, en ocasiones, bastante difusos, lo que parece subyacer a todos los casos son las ya mencionadas ideas, más o menos abstractas, de ‘CONSIDERACIÓN POSITIVA e IMPORTANCIA.

⁶²⁰ A su vez, esto se relaciona con las ideas comentadas anteriormente sobre la relación entre lo que está arriba y los conceptos de CONTROL y BUENO.

⁶²¹ Siguiendo a Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996, pág. 69), podemos decir que la primera de las acepciones que presentamos en nuestra propuesta se relaciona con un uso de *grande* recogido ya en el *Poema de Mio Cid* (v. 6): “grandes cuidados” [‘graves preocupaciones’]. La segunda se documenta en el *Libro de los estados* (245): “muy grant caçador”.

7.3.10.3. *Gran(de)* (adjetivo): edad

El uso de adjetivos de tamaño para hacer referencia a la edad⁶²² tiene una evidente relación con el desarrollo de (muchos de) los seres vivos. En español, por ejemplo, es frecuente decir de un niño que es *pequeño* para señalar que es muy joven.

Bosque (1985, pág. 73) apunta que la combinación *edad grande* es posible en inglés (*great age*) y en chino. En ruso (*máliy vósrast*) y en turco se usa algo análogo a *edad pequeña* para expresar lo que en español sería *corta edad*⁶²³. En estos casos, el concepto de TAMAÑO sirve de base metafórica para la idea de CANTIDAD: una persona puede tener muchos/pocos años de edad).

Sin embargo, la acepción del español que recogemos en este espacio semántico presenta la característica de que el adjetivo se aplica a nombres que hacen referencia a personas o animales para así activar la relación entre TAMAÑO y EDAD (*La casa estaba cerrada y las personas grandes aún consagradas al rito de la siesta*). No recoge, en cambio, aquellos casos en que el adjetivo se aplica directamente a una palabra relacionada con el concepto EDAD (*Una persona de gran edad*), ya que, como hemos señalado, en casos como este último *gran* se relaciona con la idea de CANTIDAD o de ABUNDANCIA, y no relaciona directamente TAMAÑO con CRECIMIENTO EN EL TIEMPO⁶²⁴. *Gran edad*, por lo tanto, deberá ocupar el mismo espacio semántico que, por ejemplo, *grandes ventas*.

⁶²² En otras lenguas, los adjetivos relacionados con el tamaño, de modo similar a como lo hacían *alto* y *bajo*, se emplean también como forma de ubicar una porción de tiempo dentro de un periodo superior al que pertenece esta: “En inglés se emplea *small hours* (lit. “horas pequeñas”) y también *wee hours* (lit. “horas diminutas”) con el significado de ‘muy temprano’. Hemos encontrado el mismo uso en servocroata (*sitni časovi*, lit. “horas menudas” y también en finlandés. [...] El rumano emplea *ziua mare* (lit. “día grande”), como el francés *grand jour*, para designar el mediodía. En esta última lengua se usa incluso *au petit jour* con el significado de ‘al amanecer’ [...]”, (Bosque, 1985, pág. 73). Como el propio Bosque (1985, pág. 73) señala, el origen de estos usos está, tal vez, en una concepción del día como un ser vivo (una concepción “antropomórfica”, para Bosque) que, tras nacer con un tamaño pequeño, este va aumentando a lo largo del tiempo hasta su plenitud.

⁶²³ Este uso de *corta* formaría parte, en nuestra propuesta, del espacio semántico que hemos denominado CANTIDAD O INTENSIDAD, y se relacionaría con el primero de los conceptos indicados en dicha etiqueta.

⁶²⁴ Por otro lado, aunque quede fuera de los márgenes de nuestra propuesta lexicográfica, debemos señalar que el hecho de hablar de *personas mayores* o de *menores de edad*, y el que se diga que *una persona es mayor / menor que otra*, es también una traslación metonímica de significado que va de lo dimensional (a través de los superlativos de tamaño heredados del latín) a lo temporal.

7.3.10.4. *Gran(de)*: (adjetivo): adecuación física

La acepción que se incluye en este apartado recoge una relación de tamaño entre dos entidades: una que se concibe como un CONTENEDOR y otra que se concibe como su CONTENIDO. En la mayor parte de los usos el contenedor es una prenda de ropa o calzado (aunque también pueden ser, por ejemplo, una mesa o una cama) y el contenido una persona que es su usuario.

Como se indica en la propuesta, la estructura con la que se ponen en relación uno y otro elemento presenta cierto grado de fijación, aunque el espacio verbal lo puede ocupar cualquiera de estos tres vocablos: *estar*, *venir* o *quedar*. Debemos recordar que encontrábamos acepciones muy similares a esta en los casos de *ancho* y *estrecho*.

7.3.10.5. *Gran(de)* (adjetivo): adecuación (sentido figurado)

Cuando los adjetivos de tamaño se relacionan con cargos, responsabilidades, desafíos, reconocimientos y, en general, con algo que deba valorarse respecto a las capacidades, intereses o merecimientos de una persona, podemos decir que se da una traslación metafórica desde el uso ‘físico’ (al que se hacía referencia en el apartado anterior) hacia lo abstracto. La adecuación entre CONTENIDO y CONTINENTE ya no es estrictamente de TAMAÑO; la adecuación tiene que ver, de nuevo, con los conceptos de IMPORTANCIA y ‘POSITIVIDAD’: cuanto mejor y más importante es lo que se concibe como un CONTINENTE, más grande se entiende que es este. Al mismo tiempo, cuanto más preparada y valiosa sea una persona, más capacidad tiene para ocupar el espacio de dicho CONTINENTE, ya que esas cuestiones se asocian con el TAMAÑO.

7.3.10.6. *Gran(de)* (adjetivo): duración

En lo interlingüístico, los periodos de tiempo y los eventos también se describen frecuentemente como más o menos *grandes* (o *pequeños*), según su duración. Así, se puede hablar de *a big period of time* y se puede hacer *une petite pause*.

La proyección temporal de las metáforas de tamaño se percibe también en expresiones como la rumana *în mic* (lit. “en pequeño”), *en breve*, *en resumen*, o la alemana *über ein kleines* (lit. “sobre un pequeño”), de igual significado. También el italiano usa metáforas de tamaño [...] en expresiones como *è gran tempo che* (cf. Nuestro *hace mucho tiempo que...*), aunque es

posible que se trate de un fenómeno más general que no hay que relacionar directamente con expresiones temporales.

(Bosque, 1985, pág. 73)

El español también permite describir como *grandes* o *pequeños* los periodos de tiempo y los eventos, dependiendo de su duración. Así, puede hablarse de *un rato grande* o de *una pausa pequeña*⁶²⁵.

7.3.10.7. *Gran(de)* (adjetivo): cantidad o intensidad

Al igual que —tal y como hemos visto al analizar el artículo de *alto*— ocurría con la VERTICALIDAD, es frecuente también que el TAMAÑO se relacione con la ABUNDANCIA⁶²⁶ y la INTENSIDAD. Así, en lo interlingüístico, esta metáfora cognitiva permite aludir a cuestiones relativas a la acumulación de elementos físicos (o concebidos como físicos: *big data*), pero también a otras relativas a la INTENSIDAD (*pequeño sonido*⁶²⁷, *gran fuerza*)⁶²⁸ o a la de repetición de eventos (*ventas pequeñas*), cuestión esta (la repetición de eventos) que en la definición de nuestra propuesta queda subsumida bajo el concepto de ABUNDANCIA.

Debemos señalar que, en español, “los adjetivos de tamaño expresan cuantificación de grado con sustantivos que se usan también como adjetivos, como en *un embustero colosal* o en *eres un gran tonto*”, (NGLE, 2010, pág. 924). Es cierto que, en estos casos, esa cuantificación puede entremezclarse con la idea que apunta Ivanov⁶²⁹ (1979, pág. 158) acerca de que en lo interlingüístico, lo pequeño, a veces se emplea para dotar de cierta afectividad a aquello a lo que se aplica: *Un pequeño sinvergüenza*. En algunos casos

⁶²⁵ Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996, pág. 68) señalan que en el *Poema de Mio Cid* (v. 1932) se habla ya de “una grand ora”.

⁶²⁶ Santos Domínguez y Espinosa Elorza (1996, pág. 68) señalan que este sentido de *grande* se documenta ya en el *Poema de Mio Cid* (v. 2705): “Mandaron cargar las acémilas con grandes aueres a nombre”.

⁶²⁷ Respecto al volumen del sonido, Bosque (1985, pág. 73) señala que en catalán el adjetivo *petit* “se usa como adverbio con el sentido de ‘en voz baja’, al igual que la expresión *de petites*, de idéntico significado”.

⁶²⁸ Kazumi Koike (2000) habla de *adjetivos funcionales* cuando “indicando valores como los de dimensiones físicas, cantidad o intensidad, no cumplen otro papel que el de intensificar cualitativa o cuantitativamente el sustantivo con el que se combinan”, (Koike, 2000, pág. 322).

⁶²⁹ Es frecuente que *pequeño*, además de poder servir para hacer referencia a lo poco importante o a ‘lo malo’, tenga también, según Ivanov (1979, pág. 158), un valor afectivo “generalizado en muchas lenguas”, (Bosque, 1985, pág. 74). [Citamos la obra de Ivanov a través de Bosque (1985)].

opuestos, a los vistos, como *gran mamaracho*, tal vez, además de un claro sentido intensional, haya además un matiz de desafección o incluso de desprecio; lo cual entronca, a su vez, con el concepto de IMPORTANCIA que recogíamos en las acepciones agrupadas bajo la etiqueta de *dimensión (sentido figurado)*, especialmente con la segunda de ellas.

En nuestra propuesta, hemos considerado que estos y otros adjetivos, son resultado, simplemente, de procesos metonímicos que conectan las entidades con sus propiedades típicas: un *gran tonto* presenta las propiedades típicas de esa clase de manera especialmente acentuada. Estos son los usos de *grande* que se recogen en la subacepción con que cuenta el apartado séptimo del artículo. Lo que diferencia esta acepción de la II-2 es que en la segunda se habla de las *cualidades* de las entidades, por lo que engloba cuestiones relativas a la ‘POSITIVIDAD’ con que se dan unas características, más que a la INTENSIDAD de estas.

Por otro lado, creemos importante apuntar que los números, además de poder situarse en una escala vertical, pueden concebirse también de modo que su VALOR esté directamente asociado con su TAMAÑO, “in which case the metaphor should be rephrased as more is big”, (Santiago, Román y Ouellet, 2011, pág. 62). Así, se habla de *un número muy grande* o de *small numbers*. Hemos evitado, siguiendo el criterio que para esta clase de usos ‘ambiguos’ hemos adoptado en apartados anteriores, emplear ejemplos cuyo ‘cobijo’ se encuentre a medio camino entre la acepción relativa a la CANTIDAD O INTENSIDAD y la relativa a la IMPORTANCIA.

7.3.10.8. *Gran(de)*: adjetivo: condición humana

Grande se relaciona menos frecuentemente que *pequeño* con características de personalidad. Para el adjetivo ‘positivo’ hemos recogido un uso que creemos de carácter irónico, pero que está bastante asentado en el español peninsular actual: aquel en el que se dice de alguien que es *grande* cuando es “gracioso por absurdo o extravagante [...]: *Es grande este hombre, ahora se le ocurre que empecemos por el final*”, (Becerra Hiraldo, 2000, págs. 392 y 393). Además, las propias acciones que son absurdas o extravagantes pueden también ser consideradas *grandes*, tal y como se recoge en la subacepción.

Aunque es frecuente que se exclame de una persona que es muy grande (*¡Qué grande eres!*), en esos casos no consideramos que estemos ante usos relativos a los rasgos de personalidad, sino relativos a la importancia o a la ‘positividad’ del individuo en cuestión.

Formarían parte, por lo tanto, del segundo espacio semántico establecido para *grande* como adjetivo y, en concreto, con la acepción relativa a las cualidades de las entidades.

7.3.10.9. *Gran(de)* (sustantivo): dimensión (sentido figurado)

Una vez más, el TAMAÑO se reinterpreta como aquello que se estima más o menos IMPORTANTE o BUENO. Así, *un grande* es una persona de alta posición social. En el apartado dedicado a las asociaciones sintagmáticas se recoge el título de *Grande de España*, en que el concepto de GRANDEZA se relaciona, según Becerra Hiraldo (2000, pág. 393), con “bondad, excelencia moral”.

7.3.11. El artículo *pequeñ-*

7.3.11.1. *Pequeño/a* (adjetivo): dimensión (sentido figurado)

Dentro de los sentidos que hemos considerado de origen dimensional, pero de carácter figurado, *grande* contaba con cuatro acepciones, mientras que *pequeño* presenta solo una. La que comparten los dos adjetivos es aquella relativa al concepto de IMPORTANCIA: *una gran empresa / una pequeña empresa*.

Grande presentaba, dentro del espacio semántico tratado, usos relativos a las propiedades típicas de una entidad, al concepto moral de BUENO y a aquello que se considera, de manera abstracta, como POSITIVO. Sin embargo, aunque es frecuente decir de una buena novela que es una *gran novela*, no es frecuente hablar de una *pequeña novela* para indicar que es de poca calidad. Tampoco es frecuente encontrar un uso análogo al de *Ha sido un gran año* en que con un adjetivo dimensional se muestra la ‘negatividad’ de algo. Por último, de una de una acción caritativa puede decirse que es una *gran acción*, pero definir una acción como *pequeña* por ser moralmente mala resultaría extraño. Si es más normal aplicar *pequeño*, en lo moral, a una persona, pero esa acepción pertenece, desde nuestro punto de vista, al espacio semántico de la CONDICIÓN HUMANA.

7.3.11.2. *Pequeño* (adjetivo): condición humana

Respecto a los rasgos de personalidad, Becerra Hiraldo (2000, pág. 393) relaciona con *pequeño* las siguientes acepciones (que nosotros, en algunos casos, hemos incluido en el espacio semántico de (poca) *importancia*):

- 1) Abatido y humilde, como contrapuesto a poderoso y soberbio: *No te hagas el pequeño.*
- 2) De poca importancia: *Es un pequeño hombre.*
- 3) Mezquino o innoble. Incapaz de sentimientos o acciones nobles y generosas o de grandes pasiones; capaz de humillarse adulando o lisonjeando; inclinado a obrar inspirado por pequeñas pasiones, como la envidia o el resentimiento: *Es un pequeñoburgués.*

Debido a que, como hemos dicho, algunos de los sentidos aportados por Becerra Hiraldo (2000) los consideramos propios de otro espacio semántico, finalmente nuestra propuesta para *pequeño* cuenta con una sola acepción relativa a los rasgos de personalidad, y no podemos considerar que esta sea, en absoluto, opuesta a la acepción que proponíamos para *grande* en el apartado análogo.

7.4. Conclusión

Parece claro que, como hemos comprobado tanto en la explicación de la propuesta lexicográfica como en la propuesta en sí, las similitudes que presentan parte de las redes polisémicas de algunos de los adjetivos dimensionales que hemos tratado nos permiten considerar que estamos, al menos parcialmente, ante un caso de lo que Atkins y Rundell (2008) llaman *regular polysemy*⁶³⁰:

⁶³⁰ También recibe el nombre de *systematic polysemy*, *semantic transfer*, *regular meaning shift*, *semi-productive polysemy* o *lexical implication rules*, en Atkins y Rundell (2008, pág. 139).

Some polysemous words have a particular relationship with others in their ‘lexical set’, in that several of their meanings seem to parallel each other. Certain specific semantic components result in sets of words behaving lexicographically in a very similar way. This is known as ‘regular polysemy’⁶³¹.

(Atkins y Rundell, 2008, pág. 139)

El ejemplo del inglés con el que Atkins y Rundell (2008, pág. 139) ilustran esta idea es el que se da, por metonimia, en las palabras que, aunque en un principio hacen referencia a un continente, pueden pasar a designar también el contenido de ese continente. Este proceso, que es muy habitual (si no universal) en lo interlingüístico, se da con frecuencia en español: se puede decir tanto que *Juan tiró las latas a la basura* como que *Juan se comió dos latas*. En el primer enunciado, *lata* haría referencia a un continente; en el segundo, al contenido.

La idea de que hay una sistematicidad surge del hecho de que este mismo proceso polisémico se reproduce, de manera más o menos regular, en el conjunto de palabras formado por aquellas que designan un continente: en muchos casos similares puede sustituirse también la referencia al contenido por la referencia al continente. Así, en español, se puede decir que alguien se ha bebido *tres vasos* (de agua), que se ha fumado *dos paquetes* (de tabaco), que se ha tomado *dos botellas* (de leche), que le han inyectado *dos ampollas* (de una medicina) o que ha consumido *dos bombonas* (de gas).

Como hemos explicado ya, tanto en la primera como en la segunda parte de esta investigación, en los adjetivos dimensionales se da un ‘juego’ relativo a la distribución de los conceptos de ALTURA, LONGITUD, ANCHURA y PROFUNDIDAD en su aplicación a los cuerpos bi y tridimensionales. Este ‘juego’, que depende de la verticalidad de los objetos, las proporciones entre los lados, su direccionalidad, su orientación y la perspectiva del observador, nos permite decir que, en ciertos sentidos dimensionales, estos adjetivos (dejando *grande* y *pequeño* al margen) son, como es bastante previsible, complementarios entre sí.

Al margen de esta complementariedad, encontramos también, como hemos dicho, cierta regularidad cuando analizamos los desarrollos polisémicos de los adjetivos. Sin embargo, como se aprecia en la tabla 4 (que solo recoge usos adjetivales compartidos por

⁶³¹ Con *lexical set* Atkins y Rusell (2008, pág. 139) se refieren a un “group of words similar in meaning that belong to the same wordclass”.

más de un par de adjetivos), el grado de sistematicidad que presentan las extensiones de significado adjetivales no es especialmente elevado.

	ALTO/ BAJO	ANCHO/ ESTRECHO	LARGO/ CORTO	PROFUNDO/ SOMERO- SUPERFICIAL	GRANDE/ PEQUEÑO
UBICACIÓN	<i>Techos altos</i>			<i>Yacimientos profundos</i>	
UBICACIÓN PARTE-TODO	<i>El curso alto del río.</i>			<i>En el mar profundo</i>	
DESPLAZAMIENTO	<i>Un saque alto</i>		<i>Un pase largo</i>	<i>Perforación profunda</i>	
ADECUACIÓN		<i>Me queda ancho</i>			<i>Me queda grande</i>
DURACIÓN			<i>Un viaje largo</i>		<i>Un rato grande</i>
CANTIDAD O INTENSIDAD	<i>Alta resolución</i>		<i>Largos intentos.</i>		<i>Grandes disturbios</i>

Tabla 4. Extensiones polisémicas adjetivales compartidas por varios pares de adjetivos. Las extensiones que son exclusivas de un par determinado no aparecen en la tabla.

Los conceptos que presentan mayores analogías son la PROFUNDIDAD y la ALTURA. Los paralelismos que encontramos en su red polisémica se deben a la orientación o direccionalidad intrínseca con que se relacionan estos conceptos y a que ambos presentan un ‘punto de partida’ prototípico (el suelo u otra superficie). El hecho de que la ALTURA sea prototípicamente una dimensión que ‘crece’ desde el suelo opuesta a la gravedad y el que la PROFUNDIDAD ‘se desarrolle’ típicamente ‘hacia dentro’ de las superficies, facilita saltos metonímicos que permiten hablar de los objetos en relación a su posición respecto a estas medidas orientadas: de su UBICACIÓN (absoluta o meronímica). Así, se puede hacer referencia a la *parte alta* o a la *parte profunda* de los objetos y referirse a entidades que están *en lo alto* o *en lo profundo* de algo. Sin embargo, concebir cuál es la *parte larga / ancha* de una cosa o cuáles son las entidades que están *en lo largo / ancho* de algo requeriría de un contexto muy específico: en principio, la LONGITUD y la ANCHURA no ‘crecen’ desde ni hacia ningún punto concreto, por lo que son de escasa utilidad a la hora de ubicar entidades.

El desarrollo polisémico más frecuente es, como se aprecia en la tabla, el relativo al desplazamiento de los objetos. En ese ámbito el par *largo / corto* ‘se une’ a *alto / bajo* y *profundo / superficial-somero*. En los tres casos estamos ante la concepción de un desplazamiento como una línea medible. Dependerá de si esta línea ‘crece’ hacia arriba, ‘penetra’ en una superficie o, simplemente, ‘se extiende’ en el espacio el que se relacione con la ALTURA, la PROFUNDIDAD o la LONGITUD, respectivamente.

También el desarrollo metafórico que une lo dimensional con los conceptos de intensidad o cantidad es compartido por tres pares de adjetivos. Esta metáfora tiene su origen, como ya hemos apuntado, en el hecho de que la acumulación de entidades lleva consigo cierta ocupación espacial. Resulta esperable, por lo tanto, que esta acumulación se asocie con el crecimiento VERTICAL (*alto/bajo*) y con el TAMAÑO (*grande/pequeño*). Su relación con el par prototípicamente horizontal *largo / corto* viene determinada por el hecho de que estos adjetivos se pueden vincular a cualquier dimensión siempre que esta sea claramente preponderante. Así, aunque “al igual que en el caso de la verticalidad, podemos aplicar una escala a la dimensión horizontal” y, por ejemplo, “la adición se puede entender [...] horizontalmente, ya en la dimensión longitudinal o en la lateral” (Santos Domínguez y Espinosa Elorza, 1996, pág. 67), es, creemos, la vinculación entre LONGITUD y PREPONDERANCIA la que favorece que el par *largo / corto* se relacione con más naturalidad que *ancho / estrecho* con la idea de ACUMULACIÓN.

Dentro de lo físico, el carácter ‘holístico’ del par *grande/pequeño* no favorece que se emplee respecto a ubicaciones o desplazamientos. Sin embargo, el hecho de que el tiempo se conciba como un objeto, permite que, como sucede en muchos de los usos rectos de los adjetivos, se pueda calificar como *grande o pequeña* una entidad que destaca (positiva o negativamente) por una de sus dimensiones específicas; en este caso, su LONGITUD.

El tamaño (*grande / pequeño*) se relaciona también con el par *ancho / estrecho* en torno a la idea de adecuación de un CONTENIDO respecto a un CONTINENTE (que no activa la idea de PROFUNDIDAD, propia de los contenedores). Estos casos presentan la particularidad de desarrollarse en contextos muy específicos, ya que en la mayor parte de los casos relacionan personas, por un lado, y prendas o estancias, por otro.

Por último, debemos aclarar que, aunque los rasgos de personalidad son un contenido semántico que se presenta en muchas de las redes polisémicas de los adjetivos que hemos tratado, no consideramos, debido a la gran variedad de aspectos o dimensiones semánticas con que se relacionan, que podamos establecer analogías entre unos y otros desarrollos. Nos limitaremos, por lo tanto, a recordar que estas extensiones son frecuentes, sin aventurarnos en el establecimiento de analogías respecto al modo en que lo dimensional se vincula a lo personal en unos y otros casos.

Respecto a los usos sustantivos presentes en nuestra propuesta lexicográfica las coincidencias se dan, fundamentalmente, en el hecho, ya señalado a lo largo de esta investigación, de que los pares adjetivos ‘positivos’ son, frecuentemente también el nombre de las dimensiones en sí (*Medir el largo del camino*, *Medir el alto de la torre*). De los usos sustantivos que hacen referencia a otra clase de entidades no encontramos vías sistematizadas que permitan establecer una regularidad semántica.

Finalmente, los usos adverbiales están en todos los casos ligados directamente a usos adjetivales, por lo que las analogías que puedan establecerse entre estas extensiones polisémicas serán similares a las que hemos trazado ya a propósito de los adjetivos.

Conclusiones

En la primera parte de esta investigación (*Análisis semántico de los adjetivos dimensionales*) hemos tratado de explicar cuál es la manera en que los adjetivos dimensionales (del español) influyen en los procesos de codificación e interpretación de los enunciados de que forman parte.

En el primer capítulo (*Caracterización del adjetivo*) hemos buscado acotar nuestro objeto de estudio y mostrar que los adjetivos dimensionales del español constituyen un grupo de palabras que es posible particularizar a través de aspectos exclusivamente lingüísticos. Esta particularización se ha basado en el análisis y la aplicación de los criterios que interlingüísticamente se consideran más adecuados a la hora de aislar una clase de palabras en una lengua concreta para, posteriormente, ‘etiquetarla’ como perteneciente a las categorías universales de sustantivo, verbo o adjetivo.

La identificación de unas y otras unidades como pertenecientes a las clases de palabras señaladas se fundamenta, primero, en la posibilidad de diferenciar en cada lengua distintas categorías léxicas según sus propiedades sintácticas y morfológicas. Los grupos resultantes de la aplicación de este criterio morfosintáctico reciben, después, el nombre de *adjetivo*, *sustantivo*, *verbo*, etc., dependiendo de cuestiones de carácter (fundamentalmente) semántico. Al margen de que en español haya palabras cuya adscripción a la clase adjetival pueda resultar un tanto problemática, mediante la aplicación de los criterios morfosintácticos y semánticos a los que hacíamos referencia, hemos alcanzado a constatar que, efectivamente, en nuestra lengua existe una clase de palabras que se puede identificar claramente con el concepto interlingüístico de adjetivo, y que, dentro de este, se sitúan ‘cómodamente’ aquellos adjetivos que podemos definir como *dimensionales*.

Una vez perfilado el objeto de estudio que nos ocupa, en el segundo capítulo (*Los adjetivos dimensionales: subsectividad, gradación y polaridad*) hemos abordado las características fundamentales de los adjetivos dimensionales desde un punto de vista relativamente abstracto; esto es, independiente de su uso en enunciados particulares. Los adjetivos dimensionales, cuando se emplean con un sentido estrictamente dimensional, presentan como una de sus características principales la de ser subsectivos, pues expresan

propiedades cuyas características dependen críticamente de aquella entidad a la que atribuyen una propiedad. La subsectividad de los adjetivos dimensionales es, tal y como establecemos en el capítulo 2, de carácter cuantitativo: una propiedad dimensional (por ejemplo, ser alto) cuenta con múltiples maneras específicas de ‘concretarse’ en las distintas entidades del mundo, según el grado objetivo que presente en cada caso del concepto dimensional con el que se relaciona (por ejemplo, la altura).

No existe, sin embargo, una manera absoluta en que pueda darse una propiedad dimensional: así, lo que normalmente se entiende por *Una jirafa muy alta* es muy distinto de lo que se entiende por *Un pingüino muy alto*, ya que, en cada caso, la propiedad que subyace al adjetivo *alto/a* debe ‘adaptarse’ (dándose en un mayor o menor grado absoluto) a las características de lo adjetivado, sin que exista un criterio general a partir de cual se pueda considerar *alta* cualquier entidad existente. La graduabilidad es, precisamente, otra de las características fundamentales de los adjetivos dimensionales. Esta característica no solo se hace explícita cuando son distintos tipos de objetos (pingüinos y jirafas, por ejemplo) los que se ponen en relación con una propiedad dimensional, sino que, dentro de una misma clase de cosas, una misma propiedad puede también darse en un mayor o menor grado: *Una jirafa alta* y *Una jirafa muy alta*.

Hemos señalado ya, por lo tanto, dos características de los adjetivos dimensionales: las propiedades con que se asocian no son absolutas, sino relativas, y su ‘presencia’ en los objetos admite grados. Ambas propiedades se relacionan directamente con una misma cuestión: la interpretación de un adjetivo dimensional dentro de un enunciado concreto exige una comparación entre entidades.

La relación entre subsectividad y comparación se manifiesta en el hecho de que —contrariamente a lo que hemos dicho— no es exactamente que el referente del sustantivo sea uno u otro lo que determina cómo (en qué grado absoluto) se aplica un adjetivo a una entidad, sino que el factor verdaderamente determinante es con qué clase de cosas debe ponerse en relación dicho referente. Los ejemplos que hemos empleado para explicar la subsectividad ‘funcionan’ porque hemos tratado de que se entienda intuitivamente que en *Una jirafa muy alta* se está considerando que una jirafa concreta es muy alta en relación a la categoría de [las jirafas] en general, pero esto no tendría por qué ser así; del mismo modo, hemos pretendido que se interpretara que, al decir de un pingüino que es *alto*, se considerase que este lo es dentro de la clase de [los pingüinos], aunque esa no fuera la

única interpretación posible. La clase de cosas con la que se compara el referente de un sustantivo adjetivado (y no la identidad del referente en sí) es lo que realmente determina la propiedad que hemos llamado *subsectividad*: un pingüino concreto puede ser *un pingüino alto* como [pingüino] o como [ave], pero seguramente no se pueda decir de él que sea *alto* como [animal]. La propiedad de ser alto se adapta, como hemos dicho, a la clase de cosas con que se relaciona el referente del sustantivo adjetivado, pero no al referente en sí.

La graduabilidad está también intrínsecamente relacionada con la comparación: el hecho de que una propiedad dimensional pueda darse con distintas ‘intensidades’ implica que unos objetos pueden presentar un grado mayor o menor de dicha propiedad que otros. Así, cuando de dos objetos altos se dice que *uno es más alto que otro*, lo que se compara es el grado en que dos entidades presentan la propiedad de ser altas.

Otra de las características fundamentales de los adjetivos dimensionales tratada en el segundo capítulo de la investigación es que estos se estructuran, lingüística y cognitivamente, en pares de antónimos polares. Para su estudio, resulta muy útil entender estos pares de antónimos y las propiedades con las que se relacionan recurriendo al concepto de escala. Las escalas que asociamos a cada uno de los pares de adjetivos dimensionales cuentan con un cero absoluto (que se relacionaría con la ausencia de una propiedad dimensional), pero carecen de un punto máximo (ya que cualquier dimensión puede aumentarse, al menos en teoría, hasta el infinito). En estas escalas la parte más cercana al punto que identificamos como el cero se asocia con el adjetivo ‘negativo’ (*bajo, pequeño, corto...*) y la parte más lejana, en cambio, se identifica con el ‘positivo’ (*alto, grande, largo...*). Cada escala se relaciona con una propiedad (por ejemplo, la altura) y con una clase de cosas (por ejemplo, [las jirafas]); ‘sobre’ unos y otros puntos de la escala se pueden situar ordenadamente todos los miembros de la clase (todas las jirafas) atendiendo al grado en que posean la propiedad representada escalarmente (la altura, en este caso). Entre las partes ‘positiva’ (donde se situarían las *jirafas altas* —como jirafas—) y ‘negativa’ (donde se situarían las *jirafas bajas* —como jirafas—) de estas escalas existe una zona intermedia en que se sitúa aquello que no pertenece a ninguna de las dos partes opuestas de la escala: aquello que podemos definir como dimensionalmente ‘mediano’ porque no es *ni alto ni bajo* o *ni grande ni pequeño*, etc. (*las jirafas de estatura normal* —como jirafas—). El concepto general de escala y la idea de que existe un área

intermedia o ‘neutra’ que las ‘divide’ en una parte ‘positiva’ y otra ‘negativa’ son, como veremos más adelante, dos factores fundamentales para entender las cuestiones que se tratan en el capítulo 3 de nuestra investigación.

Debemos hacer notar, antes de centrarnos en el contenido del tercer capítulo, que en el capítulo 2 se ha llevado a cabo una sistematización de los conceptos (dimensionales) que se ponen en relación con los distintos usos posibles de los adjetivos que expresan dimensión en español. Cada uno de esos usos se basa en al menos uno de los tres tipos de modelos cognitivos (absoluto, relativo e inherente) que estructuran nuestro modo de relacionarnos con el espacio físico. El adjetivo *alto*, por ejemplo, puede asociarse con la referencia constante que nos proporciona la fuerza de la gravedad, por lo que, si se entiende que un objeto es alto atendiendo a dicha fuerza, se estará haciendo uso de un modelo absoluto de concepción espacial: esto es lo que ocurre cuando se dice que es *alta*, por ejemplo, una roca.

Otros objetos, en cambio, por tener una verticalidad intrínseca (debido a que cuentan con una posición de equilibrio típica), se pueden definir como *altos* sin que exista la necesidad de tener en cuenta la referencia de la gravedad: así, cuando de un árbol que se ha caído se dice que es *alto*, se está entendiendo su altura a través de un modelo inherente (al propio objeto).

La situación relativa de un observador-hablante respecto a una entidad puede determinar también el concepto con el que se relacionen algunas de sus dimensiones: si observamos una caja, podemos decir que su anchura es la medida horizontal del lado que ‘mira’ hacia nosotros y su profundidad, en cambio, la medida horizontal de la cara perpendicular a esta. Los conceptos de profundidad y anchura se estarían entendiendo, en ese caso, a través de un modelo relativo (al observador-hablante: nosotros).

Como analizamos en detalle en el capítulo 2, dependiendo de cuestiones inherentes a los objetos (su orientación intrínseca, su forma, su posición de equilibrio prototípica...), de factores relativos a los hablantes (la perspectiva desde la que observan un objeto, su interacción con este...) o de elementos naturales (como la dirección constante que ‘traza’ en nuestro entorno la fuerza de la gravedad); los adjetivos dimensionales se relacionan con unas u otras partes de los objetos, según se adopte uno u otro modelo de observación. Por otro lado, cuestiones como que un objeto ‘crezca’ en un sentido determinado o que se identifique con el esquema de imagen del contenedor o con el del camino son factores

que también es necesario considerar a la hora de relacionar un concepto dimensional general con una parte específica de un objeto.

Una vez caracterizados los adjetivos dimensionales a través de los criterios señalados, hemos dedicado el capítulo 3 —*La interpretación de los adjetivos subsectivos (dimensionales)*— a explicar cómo ‘participan’ en el uso real del lenguaje: cómo contribuyen a que, a partir de los enunciados de los que forman parte, se pueda producir entre los hablantes un intercambio comunicativo ‘exitoso’.

Tal y como ya advertimos, emplear un adjetivo dimensional supone (normalmente) establecer una comparación (implícita o explícita) entre el referente del sustantivo al que acompaña el adjetivo y otras entidades con las que forma serie. Resulta evidente que en *Esta jirafa es más alta que aquella* hay una comparación entre el grado de altura que presentan dos objetos. No es tan evidente, sin embargo, que en *Esta jirafa es alta* también deba ponerse en relación el grado de altura de distintas entidades. La clase de entidades que actúa como ‘fondo’ de contraste, lo que entendemos como *comparison class*, debe ser inferida en cada contexto comunicativo concreto para que el enunciado en que participa un adjetivo dimensional tenga sentido.

Los objetos con que nos manejamos habitualmente son miembros de infinitas clases de cosas: una jirafa, por ejemplo, pertenece a la clase de los [mamíferos], a la de los [rumiantes]..., pero también a otras menos ‘intuitivamente accesibles’, como la clase de las [cosas que no son azules]. Nos encontramos, por lo tanto, con el problema de que para la interpretación de un adjetivo dimensional es necesario ‘seleccionar’ una (y solo una) clase de comparación de entre las infinitas clases ‘disponibles’. En un primer análisis podría entenderse que es ‘lingüísticamente evidente’ que, por su presencia explícita en el sintagma, al hacerse referencia a *Una jirafa alta* se está poniendo en relación a una jirafa particular con la clase de [las jirafas]. Este razonamiento, a pesar de que, como veremos, tiene cierta base ‘lógica’, no explicaría, sin embargo, casos como *Vino a mi casa un fontanero altísimo*. En este enunciado, para que su interpretación sea la adecuada, la altura del fontanero en cuestión seguramente deba ponerse en relación con una clase que no ha sido explícitamente activada: la de [las personas]. De manera similar, si se dice *Me gustan las ballenas porque son muy grandes*, aunque pueda no estar claro si debe relativizarse *grande* respecto a, por ejemplo, [los animales] o [los animales marinos], lo que sí puede darse por seguro es que dicha relativización no se establecerá respecto a la categoría que

aparece mencionada (la de [las ballenas]). Por otro lado, debe tenerse en cuenta que el concepto asociado a una palabra puede presentar variaciones dimensionales en distintos contextos: es posible que, por ejemplo, en determinada zona de África las jirafas sean mayores que el resto, por lo que la interpretación de *jirafa alta* tendría allí ciertas particularidades (consecuencia de las particularidades de la clase [jirafa] en ese contexto) que no será posible inferir directamente de la definición ‘de diccionario’ que acompaña al concepto general de jirafa.

La ‘activación’ de una u otra categoría de referencia respecto a la que interpretar los adjetivos se basa, desde nuestro punto de vista, en cuestiones de carácter pragmático: hablantes y oyentes tratan (colaborativamente) de codificar y decodificar interpretaciones lo más relevantes posible. La búsqueda de la relevancia (concepto relativo a la interpretación de enunciados que se basa en la optimización de la relación entre coste cognitivo y riqueza informativa) entrelaza factores psicológicos y lingüísticos. Así, el que una categoría aparezca, como veíamos en el capítulo 3, de forma explícita en un enunciado, o que pertenezca a lo que se generalmente se denomina *nivel de base* de una taxonomía, son factores que contribuyen a que su activación como fondo de contraste resulte poco costosa. Sin embargo, no cualquier categoría cuya activación resulte ‘fácil’ puede automáticamente tomarse como *comparison class*, pues debe tenerse en cuenta también el grado de informatividad con que cuente la explicatura resultante: en un contexto determinado, *Vi una jirafa muy alta* seguramente solo resulte informativo si se entiende que la jirafa “muy alta” lo es en relación a [las jirafas]; interpretar que lo fuera respecto a [los animales] sería poco informativo, ya que todos los hablantes, en principio, comparten el conocimiento de que las jirafas son animales altos. Hablantes y oyentes tienden, por tanto, a maximizar la información y minimizar los procesos cognitivos: la elección de la clase de referencia que suponga una explicatura más relevante (y, por ello, más adecuada) será aquella que optimice la relación entre ‘costes’ (cognitivos) y ‘ganancias’ (informativas).

El proceso de interpretación de un adjetivo dimensional no termina con la adecuada ‘activación’ de una clase de cosas que actúe como fondo de comparación. Además, debe determinarse qué implica pertenecer a una subclase concreta de la *comparison class*: la de [las (jirafas) altas], la de [las (jirafas) bajas], la de [los (animales) grandes]... Algunos autores recurren, por ejemplo, al concepto de media para explicar esta cuestión: desde

este punto de vista una jirafa sería *alta* si, simplemente, tuviera una altura superior a la de la media de la clase que actuase como referencia. Desde nuestra perspectiva, sin embargo, para explicar cómo se adscribe una entidad a una u otra de las subclases señaladas es necesario recuperar la idea de zona intermedia a la que hacíamos referencia más arriba.

Las entidades que se consideran ‘medianas’ se situarían, en las escalas que describíamos más arriba, dentro de la zona intermedia. Esta zona intermedia es un área que se desarrolla alrededor del punto de la escala que ocupa el prototipo (compartido) de cada clase que se active como fondo. Así, por ejemplo, en torno al punto de la escala que ocupe el prototipo de jirafa se constituirá la zona intermedia relativa a la altura de la clase de [las jirafas]. En el área de la escala que rodea al prototipo (y que, junto al propio prototipo, constituye la zona neutra o intermedia) se recogen todos los casos en que las entidades presentan una diferencia dimensional respecto al prototipo que no resulta relevante. En contextos no marcados entendemos que una diferencia dimensional en relación al prototipo es relevante solo si resulta sensorialmente evidente. Cuando se marca, por ejemplo, que se ha visto *una jirafa alta*, es porque la entidad de la que se habla presenta una diferencia de tamaño (frente al prototipo de la clase que actúa como *comparison class*) que resulta ‘indudable’ para los sentidos. La entidad en cuestión se percibe como un elemento ‘anómalo’ dentro de su clase y se debe ubicar fuera de la zona neutra (en la zona ‘positiva’) de la escala relativa a la altura (de las [jirafas], en nuestro ejemplo). Del mismo modo que nadie especificaría, en principio, que ha visto *un coche con ruedas*, pues los coches prototípicos tienen ruedas, nadie aclararía tampoco que ha visto *una jirafa de estatura normal*. La referencia a la *estatura normal* resultaría informativamente irrelevante, pues la normalidad dimensional se le presupone al propio uso del sustantivo *jirafa* sin adjetivar del mismo modo que el tener ruedas es una propiedad que se relaciona ‘por defecto’ con el concepto coche. Si se habla, simplemente, de *una jirafa*, deberá interpretarse que ese ejemplar es igual o irrelevantemente distinto del prototipo de jirafa que se supone que comparten los hablantes: el ejemplar en cuestión estará ubicado en la zona neutra de la escala dimensional relativa a la altura de las jirafas.

Los conceptos cognitivos de diferencia sensorialmente evidente o de prototipo compartido presentan cierto grado de vaguedad e imprecisión o, cuando menos, cierto grado de subjetividad. Este hecho, creemos, no supone un factor que debilite nuestra propuesta, sino que, simplemente, en la vaguedad y subjetividad de dichos conceptos

mentales subyace la imprecisión propia del uso de adjetivos dimensionales en el lenguaje natural. Aunque en el capítulo 3 recogemos también casos en los que los adjetivos dimensionales se usan de manera precisa (*Una jirafa tan alta como la que vimos ayer / Una jirafa de 4,53 m de alto*⁶³²), el uso más habitual de los adjetivos dimensionales (*Una jirafa alta*) se distingue por ser inherentemente vago: aquello que se transmite con el uso de estos adjetivos es considerablemente difuso. En nuestra propuesta —repetimos— empleamos conceptos cognitivos vagos porque creemos que es justamente el ‘manejo’ mental de estos conceptos lo que en realidad explica que el lenguaje sea impreciso. Debemos aclarar, sin embargo, que los participantes en intercambios comunicativos habitualmente aceptan esta vaguedad ‘informativa’, pues en pocas ocasiones resulta ‘rentable’ una ‘inversión’ elevada en precisión: cuando una persona comunica a otra que ha visto *una jirafa grande*, la idea vaga de cómo es esa jirafa es suficiente para que el intercambio informativo pueda considerarse exitoso.

Una vez analizadas en la primera parte de la investigación las características de los adjetivos dimensionales, en la segunda parte (*Propuesta lexicográfica*) hemos desarrollado un modelo de cómo creemos que deberían recogerse en un diccionario los distintos significados de un grupo de palabras (*alto, bajo, ancho, estrecho, grande, pequeño, largo, corto, profundo, superficial y somero*) que consideramos representativo de la clase. Este grupo de palabras está constituido por aquellos adjetivos que han ‘surgido’ al analizar con qué conceptos dimensionales básicos pueden relacionarse los objetos según los modelos (inherente, relativo y absoluto) a los que hacemos referencia en el capítulo 2.

Antes de presentar la propuesta lexicográfica en sí hemos dedicado un primer capítulo (capítulo 4: *Significado y lexicografía*) a abordar cuestiones relativas a los conceptos de significado que manejamos en la primera y segunda parte de la tesis. Desde la perspectiva adoptada en la primera parte, el significado es algo intrínsecamente relacionado con (1) los usos reales de las palabras en el lenguaje, con (2) las informaciones de carácter enciclopédico potencialmente activables y con (3) las capacidades pragmáticas de los hablantes. Hasta el capítulo 4 nuestra aproximación semántica a los adjetivos dimensionales se ha basado en analizar la relación entre estas palabras y los procesos de

⁶³² En estos casos, como hemos advertido a lo largo de la investigación, *alto* es un sustantivo con un valor igual al de *altura*.

codificación/interpretación de enunciados. Sin embargo, es fácil comprender que esta concepción del significado no resulta muy apropiada si lo que se pretende es realizar una obra que, básicamente, consiste en relacionar una serie de significados (materializados ‘sobre el papel’ a través de definiciones) con unas formas léxicas. Se puede decir que en el capítulo 4 tratamos de explicar cómo hemos adaptado nuestra concepción del significado, que, en principio, es opuesta a la concepción conocida como ‘de diccionario’, a la realización de, precisamente, un diccionario.

En la segunda parte de la investigación prestamos especial atención al hecho de que entre la información enciclopédica relativa a una palabra hay una serie de contenidos semánticos básicos y señalamos que, precisamente, son estos contenidos los que deben centrar la atención del lexicógrafo. Esta concepción ‘simplificada’ del significado no resuelve, sin embargo, el problema de la polisemia: suele haber varios contenidos semánticos básicos asociados con una palabra formando un continuo de fronteras difusas. El problema se agrava cuando se toma conciencia de que no existen, ni en el ámbito de la lingüística general ni en el de la lexicografía, unos criterios estandarizados (objetivos) con los que separar y agrupar los significados básicos en apartados semánticos (que en un diccionario reciben el nombre de *acepciones*). La labor de relacionar discretamente formas y significados queda, en gran medida, al arbitrio de los lexicógrafos. En el capítulo 5 (*Justificación de la propuesta lexicográfica*) explicamos que entre los miembros del grupo de palabras que nos ocupa se recogen todas las oposiciones dimensionales que hemos considerado fundamentales a la hora de describir la mayor parte de los objetos. Son precisamente estos sentidos dimensionales de los adjetivos los que dotan de una especial homogeneidad semántica a nuestra propuesta.

Entre las acepciones que constituyen cada uno de los artículos de nuestro diccionario (capítulo 6: *Propuesta lexicográfica*) se encuentran, además de los sentidos dimensionales (físicos) a los que acabamos de hacer referencia, significados de carácter metafórico más o menos alejados de estos, así como los relativos a los sustantivos y adverbios derivados emparentados con las formas adjetivales tratadas. Los artículos parten, por lo tanto, de los significados puramente dimensionales de estos adjetivos para recoger, más adelante, sentidos que se relacionan con propiedades cada vez más abstractas y desligadas del mundo físico. Posteriormente, en cada artículo se presentan también aquellos casos en los que los adjetivos cuentan con formas homónimas

recategorizadas como sustantivos o adverbios; estos, a su vez, presentan también una serie de acepciones cuya relación con lo dimensional es variable. La propuesta recoge, además, asociaciones sintagmáticas, derivados y compuestos relativos a los adjetivos dimensionales que encabezan cada artículo, así como una serie de adjetivos que cuentan con un sentido similar a aquellos que se han considerado centrales (los dimensionales más ‘básicos’) en cada caso.

A través de la propuesta lexicográfica se puede apreciar que existe cierta homogeneidad dentro de las redes polisémicas constituidas en torno a la clase de los adjetivos dimensionales. Así, por ejemplo, es frecuente que estas palabras se relacionen, además de con lo puramente dimensional, con aspectos relativos a la ubicación (*techos altos, vetas profundas*) o el desplazamiento (*viaje largo, saque alto*) de los objetos. Además, se da un tipo de abstracción metafórica relativamente frecuente que conecta los conceptos dimensionales con las ideas de intensidad, cantidad o frecuencia (*ventas altas, gran fuerza, largos intentos*). Por otro lado, aunque de un modo poco homogéneo, la mayor parte de los adjetivos pueden vincularse con cuestiones abstractas relacionadas con rasgos que podemos describir como relativos a aspectos típicamente ‘humanos’ (*una persona muy corta, un poema muy profundo, un tipo muy superficial*). Entre los pares ‘positivos’ (*largo, grande, etc.*) y los negativos (*corto, pequeño, etc.*) también se observan diferencias semánticas que contribuyen a dotar de cierta regularidad la evolución semántica de la clase en su conjunto: los ‘positivos’ presentan habitualmente una forma recategorizada como sustantivo con la que se hace referencia a un concepto dimensional (*Necesito medir el largo del armario*). Las características señaladas permiten considerar que, como se apunta en el capítulo 7, el grupo de palabras tratado presenta, al menos parcialmente, una polisemia regular cuyo estudio conjunto resulta (también en lo metafórico) semánticamente justificado.

En el capítulo 7 (*Explicación de la propuesta lexicográfica*), se ha tratado de explicar, en primer lugar, cómo se han adaptado los aspectos semánticos abordados en la primera parte de la investigación a los artículos que constituyen nuestro diccionario. Así, por ejemplo, la idea de que en la mayor parte de los usos de los adjetivos dimensionales es necesaria su relativización respecto al prototipo de la clase que actúa como referencia se concreta en las definiciones con una alusión a “lo normal”; alusión que, creemos, activa de modo natural y accesible la idea de prototipicidad. Además, en el capítulo 7 tratamos

también de explicar los procesos metafóricos y metonímicos que subyacen a las ampliaciones de significado que constituyen cada uno de los núcleos diferenciables en una red polisémica. Desde nuestra perspectiva (coincidente con la hipótesis cognitivista más extendida), todos los significados ‘periféricos’ se derivan de una serie de sentidos ‘centrales’ a partir de procesos progresivos en los que lo abstracto, para que resulte más manejable, se vincula a lo concreto. A lo largo del capítulo 7 rastreamos, por lo tanto, los procesos cognitivos que explican cada una de las acepciones aplicando los principios lingüísticos y psicológicos que hemos considerado más adecuados a cada caso.

La segunda parte de esta investigación tiene, en cierto modo, unas características opuestas a aquellas propias de los capítulos 1, 2 y 3. Si en la primera parte se buscaba analizar el proceso comunicativo a través del cual los hablantes ‘reales’ lidian (como emisores o como receptores) con los enunciados para intercambiar ciertas informaciones, en la segunda mitad llevamos a cabo un proceso de abstracción lingüística en el que, a partir de las restricciones que marca la elaboración de una propuesta lexicográfica, desvinculamos, en gran medida, el lenguaje de su uso real y lo contemplamos como un objeto de estudio ‘aislado’. Dicho de otro modo, mientras que en los capítulos 2 y (sobre todo) 3 la ‘unidad (final) de análisis’ la constituye el enunciado, a partir del capítulo 4 es la palabra por sí misma aquello que ha pasado a convertirse en el centro de nuestra atención.

Desarrollar una perspectiva de carácter puramente léxico y, sobre todo, de carácter lexicográfico ha supuesto, en cierto sentido, ‘renunciar’ a manejar parte de la información resultante de diseccionar el funcionamiento semántico-pragmático de los enunciados (contemplados desde la introspección del investigador). La necesidad de centrarse en aquello que se entiende como el significado básico relativo a cada forma, así como la claridad y sencillez que requiere un diccionario dirigido al público general, lleva consigo rebajar el grado de abstracción de nuestra investigación y dirigirnos hacia cuestiones de carácter algo más ‘tangible’. Ambas perspectivas —la relativa a los enunciados y la relativa a las palabras y lo lexicográfico— suponen, creemos, dos niveles de análisis semántico que resultan complementarios a la hora de abordar en profundidad y con cierta sistematicidad ese grupo de palabras que en nuestra investigación responden a la denominación de *adjetivos dimensionales del español*.

Bibliografía citada

- Alarcón, P. (2009). *Aplicación de herramientas descriptivas de la Lingüística Cognitiva al estudio de la polisemia de pasar*. Tesis Doctoral. Chile: Universidad de Concepción.
- Alarcos Llorach, E. (1999). *Gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa.
- Alatorre, A. (2002). *Los 1001 años de la lengua española*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Alcaraz Varó, E. y Martínez Linares, M. A. (1997). *Diccionario de lingüística moderna*. Barcelona: Ariel.
- Almela Pérez (2000). El orden AS/SA: la solución está en conflicto. En G. Wotjak (Ed.), *En torno al sustantivo y adjetivo en el español actual*. Frankfurt: Vervuert / Madrid: Iberoamericana, (pp. 293-310).
- Alonso, A. y Henríquez Ureña, P. (1964). *Gramática castellana* (20ª ed.). Buenos Aires: Losada.
- Alonso Ramos, M. (2010). No importa si la llamas o no colocación, descríbela. En C. Mellado *et al.* (Eds.), *Nuevas propuestas para el español y el alemán*. Berlín: Frank & Timme, (pp. 55-80).
- Alcina, J. y Blecuá, J. Mª. (1975). *Gramática española*. Barcelona: Ariel.
- Alwood, J. (2003). *Meaning potentials and context: some consequences for the analysis of variation in meaning*. Goteburgo: Gothenburg papers in theoretical linguistics. Göteborgs Universitet.
- Åqvist, L. (1981). Predicate Calculi with Adjectives and Nouns. *Journal of Philosophical logic*, 10, (pp. 1-26).
- Andersen, P. K. (1983). *Word Order Typology and Comparative Constructions*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company.
- Apresjan, J. D. (1973). Regular Polysemy. *Linguistics*, 142, (pp. 5-39).
- Apresjan, J. D. (1974). *Leksičeskaja semantika: sinonimičeskie sredstva jazyka*. Moscú: Nauka.
- Arutjunova, N. D. (1987). Anomalii i jazyk: k probleme jazykovej “kartiny mira”. *Voprosy jazykoznanija*, 3, (pp. 3-19).

- Arutjunova, N. D. (1988). *Tipy jazykovyx značenij: Ocenka. Sobytie. Fakt*. Moscú: Nauka.
- Arutjunova, N. D. (1999). *Jazyk i mir čeloveka*. Moscú: Yazyki russkoi kul'tury.
- Athanasiadou, A. (2001). The conceptualization and the construal of the concept of Width in English. En E. Németh (Coord.), *Cognition in Language Use*. Antwerp: IPRA, (pp. 1-11).
- Atkins, B. T. S. y M. Rundell. (2008). *The Oxford Guide to Practical Lexicography*. Nueva York: Oxford University Press.
- Bache, C. (1978). *The Order of Premodifying Adjectives in Present-Dat English*. Odense: Odense University Press.
- Báez San José, V. y M^a. P. Garcés Gómez (1998). Criterios iniciales para la elaboración de un diccionario de los adjetivos calificativos en español. En N. Delbecque y C. de Paepe (Eds.), *Estudios en Honor del Profesor Josse de Kock, con motivo de su jubilación*. Lovaina: Leuven University Press, (pp. 29-48).
- Barcelona, A. (2011). Reviewing the properties and prototype structure of metonymy. En R. Benczes, A. Barcelona y F. J. Ruiz de Mendoza Ibáñez (Eds.), *Defining Metonymy in Cognitive Linguistics. Towards a consensus view*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company, (pp. 7-58).
- Barcelona, A. (2012). La metonimia conceptual. En I. Ibarretxe-Antuñano y J. Valenzuela (Dirs.), *Lingüística cognitiva*. Barcelona: Anthropos, (pp. 123-156).
- Baker, M. C. (2003). *Lexical Categories. Verbs, Nouns, and Adjectives*. Cambridge: Cambridge Studies in Linguistics.
- Bartsch, R. y Vennemann, T. (1972). Relative adjectives and comparison. *UCLA Papers in Syntax*, 2, (pp. 107-197).
- Bassols De Climent, M. (1992). *Sintaxis latina*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Beck, D. (2002). *The Typology of Parts of Speech Systems: The Markedness of Adjectives*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Bello, A. [1847] (2004). *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Madrid: EDAF.
- Benczes, R. (2006). *Creative Compounding in English. The Semantics of Metaphorical and Metonymical Noun-Noun Combinations*. Amsterdam: John Benjamins

- Publishing Company.
- Berlin, B. y Kay, P. (1969). *Basic Color Terms: Their Universality and Evolution*. Berkeley: University of California Press.
- Berlin, B., Breedlove, D. E. y Raven, P.H. (1974). *Principles of Tzeltal Plant Classification: An Introduction to the Botanical Ethnography of a Mayan-Speaking People of Highland Chiapas*. Nueva York: Academic Press.
- Bhat, D. N. S. (1994). *The Adjectival Category. Criteria for differentiation and identification*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company.
- Bierwisch, M. (1967). Some semantic universals of German adjectivals. *Foundations of Language*, 3, (pp. 1-36).
- Bierwisch, M. (1971). On classifying semantic features. En D. D. Steinberg y L. A. Jakobovits (Coord.), *Semantics: Interdisciplinary Reader in Philosophy, Linguistics and Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press, (pp. 411-435).
- Bierwisch, M. y Lang, E. (Eds.) [1984] (1989). *Dimensional Adjectives. Grammatical Structure and Conceptual Interpretation*. Berlín: Springer.
- Bierwisch, [1984] (1989). The Semantics of Gradation. En M. Bierwisch y E. Lang (Eds.), *Dimensional adjectives: Grammatical structure and conceptual interpretation*. Nueva York: Springer-Verlag, (pp. 71-261).
- Bisang, W. (2001). Word Classes. En Jae Jong Song (Ed.), *The Oxford handbook of Linguistic Typology*. Oxford: Oxford University Press, (pp. 280-302).
- Bloomfield, L. (1933). *Language*. Chicago: The University Chicago Press.
- Bochnak, M. R. (2013). The Non-Universal Status of Degrees: Evidence from Washo. En S. Keine y S. Slogget (Eds.), *Proceedings of the North-East Linguistic Society (NELS) 42*. Amherst: GLSA, (pp. 79-92).
- Bolinger, D. (1967). Adjectives in English: Attribution and Predication. *Lingua*, 18, (pp. 1-34).
- Bolinger, D. (1977). *Meaning and form*. Londres: Longman.
- Bosch, P. (1983). "Vagueness" is Context Dependence: A Solution to the Sorites Paradox. En T. T. Ballmer, y M. Pinkal (Eds.), *Approaching Vagueness*. Ámsterdam: North-Holland, (pp. 189-210).
- Bosque, I. (1985). Usos figurados de los adjetivos que denotan dimensiones físicas. En

- Philologica hispaniensia: in honorem Manuel Alvar*, Vol. 2. Madrid: Gredos, (pp. 63-80).
- Bosque, I. (1990). *Las categorías gramaticales*. Madrid: Síntesis (1ª edición).
- Bosque, I. (1993). Sobre las diferencias entre los adjetivos relacionales y los calificativos. *Revista argentina de lingüística*, 9, (pp. 9-48).
- Bosque, I. y Gutiérrez-Rexach, J. (2009). *Fundamentos de sintaxis formal*. Madrid: Akal.
- Bosque, I. (2014). *Las categorías gramaticales*. Madrid: Síntesis (2ª edición).
- Bessong, G. (1992). Reflections on the history of the study of universals: The example of the partes orationis. En M. Kefer y Van der Auwera (Eds.), *Meaning and Grammar: Cross-linguistic perspectives*. Berlín: De Gruyter, (pp. 4-16).
- Braine, M. D. S. (1976). Children's first words combinations. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 41(1).
- Brasoveanu, A. (2008). Measure Noun Polysemy and Monotonicity: Evidence from Romanian Pseudopartitives. En A. Schardl, M. Walkow y M. Abdurrahman (Eds.), *Proceedings of the 38th Meeting of the North East Linguistic Society*. Massachusetts: GSLA-UMASS, (pp. 139-150).
- Bright, W. (1957). *The Karok Language*. Berkeley: University of California Press.
- Broekhuis, H. (1999). *Syntax of Dutch. Adjectives and Adjective Phrases*. Tilburg: University of Tilburg.
- Brown, R. y Lenneberg, E. (1954). A study in language and cognition. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 49, (pp. 454-462).
- Brown, R. (1958). How a thing be called? *Psychological Review*, 65, (pp. 14-21).
- Brucart, J. M. (1999). La estructura del sintagma nominal: Las oraciones de relativo. En I. Bosque y V. Demonte (Dir.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, vol. I. Madrid: Real Academia Española / Espasa Calpe. (pp. 395-522)
- Bull, W. E. (1954). Spanish adjective position: the theory of valence classes. *Hispania*, 37, (pp. 32-38).
- Bustos Guadaño, E. (1999). *Filosofía del lenguaje*. Madrid: UNED.
- Cabredo Hofherr, P. (2010). Adjectives. An introduction. En P. Cabredo Hofherr y O. Matushansky (Eds.), *Adjectives. Formal analyses in syntax and semantics*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company, (pp. 1-28).
- Cabredo Hofherr, P. y Matushansky, O. (Eds.) (2010): *Adjectives. Formal analyses in*

- syntax and semantics*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company.
- Campbell, R. y Wales, R. (1970). The study of language acquisition. En J. Lyons (Ed.), *New Horizons in Linguistics*. Harmondsworth: Penguin, (pp. 242-260).
- Carey, S. (1978). The child as word learner. En M. Halle, J. Bresnan y G.A. Miller, G.A. (Eds.), *Linguistic theory and psychological reality*. Cambridge: The MIT Press, (pp. 264-293).
- Carnap, R. [1932] (1993). La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje. En A. J. Ayer, *El positivismo lógico*. Madrid: FCE, (pp. 67-88).
- Castillo Carballo, M^a A. (2003). La macroestructura del diccionario. En A. M^a. Medina Guerra (Coord.), *Lexicografía española*. Barcelona: Ariel, (pp. 79-101).
- Caviglia, S. y Malcuori, M. (2007). Las oraciones de relativo en la interfaz gramática-discurso. En V. Bertolotti, S. Caviglia, S. Costa, M. Grassi, M. Malcuori, y M^a. D. Muñoz Nuñez, *Estudios de lingüística hispánica*. Cádiz: Universidad de Cádiz, (pp. 43-70).
- Černý, J. (1998). *Historia de la lingüística*. Cáceres: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.
- Chafe, W. L. (1970). *Meaning and the Structure of Language*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Cienki, A. (2007). Frames, Idealized Cognitive Models, and Domains. En D. Geeraerts y H. Cuyckens (Eds.), *The Oxford Handbook of Cognitive Linguistics*. Oxford: Oxford University Press, (pp. 170-187).
- Chierchia, G. y McConnell-Ginet, S. (1990). *Meaning and Grammar. An Introduction to Semantics*. Cambridge: The MIT Press.
- Cifuentes Honrubia, J. L. (1992). Teoría de prototipos y funcionalidad semántica. *Estudios de Lingüística Universidad de Alicante (ELUA)*, 8, (pp. 133-177).
- Cinque, G. (2010). *The Syntax of Adjectives. A Comparative Study*. Cambridge: The MIT press.
- Clark, R. L. (1970). Concerning the Logic of Predicate Modifiers. *Noûs*, 4, (pp. 311–335).
- Clark, H. H. (1973). Space, time, semantics, and the child. En T. E. Moore (Ed.), *Cognitive Development and the Acquisition of Language*. Nueva York y Londres: Academic Press, (pp. 27-63).

- Clark, H. y Clark, E. (1977). *Psychology and language: an introduction to psycholinguistics*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.
- Clark, H. H. (1996). *Using Language*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CORDE: *Corpus diacrónico del español*. Véase: Real Academia Española. Banco de datos (CORDE).
- Corpus de referencia del español actual*. Véase: Real Academia Española. Banco de datos (CREA).
- Corpus diacrónico del español*. Véase: Real Academia Española. Banco de datos (CORDE).
- Corominas, J. y Pascual, J. A. [1981-1991] (2012). *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid, Gredos, [edición electrónica].
- Corpas Pastor, G. (1996). *Manual de fraseología española*. Madrid: Gredos.
- Corpas Pastor, G. (Ed.) (2000). *Las lenguas de Europa: Estudios de fraseología, fraseografía y traducción*. Albolote: Comares.
- Corrales Zumbado, C. (1977). *El campo semántico “dimensión” en español*. Santa Cruz de Tenerife: Publicaciones del Aula de Cultura del Excelentísimo Cabildo Insular de Santa Cruz de Tenerife.
- CREA: *Corpus de referencia del español actual*. Véase: Real Academia Española. Banco de datos (CREA).
- Cresswell, M. J. (1976). The semantics of degree. En B. Partee (Ed.), *Montague Grammar*, (pp. 261-292). Nueva York: Academic Press.
- Croft, W. (1984). Semantic and pragmatic correlates to syntactic categories. En D. Testen, V. Mishra y J. Drogo (Eds.), *Papers from the Parasession on Lexical Semantics, Twentieth Regional Meeting of the Chicago Linguistic Society*. Chicago: Chicago Linguistic Society, (pp. 53-71).
- Croft, W. (1986). *Categories and relations in syntax: The clause-level organization of information*. [Tesis doctoral no publicada: Stanford University]
- Croft, W. (1991). *Syntactic categories and grammatical relations: The cognitive organization of information*. Chicago: University of Chicago Press.
- Croft, W. (1993). *Syntactic Categories and Grammatical Relations: The cognitive Organization of Information*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Croft, W. (1993). The role of domains in the interpretation of metaphors and metonymies.

- Cognitive Linguistics*, 4, (pp. 335–370).
- Croft, W. (1998) Linguistic evidence and mental representations. *Cognitive Linguistics*, 9(2), (pp. 151-173).
- Croft, W. (2000). Parts of speech as language universals and as language-particular categories. En P.M. Vogel y B. Comrie (Eds.), *Approaches to the typology of word classes*. Berlín: De Gruyter, (pp. 65-102).
- Croft, W. y Cruse, D. A. (2004). *Cognitive Linguistics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cruse, D. A. (1977). A note on the learning of colour names. *Journal of Child Language*, 4, (pp. 305-311).
- Cruse, D. A. (1979). Three Classes of Antonym in English. *Lingua*, 38, (pp. 281-292).
- Cruse, D. A. (1980). Antonyms and gradable complementaries. En D. Kastovsky (Ed.), *Perspektiven der lexikalischen Semantik*. Bonn: Bouvier Verlag, (pp. 14-25).
- Cruse, D. A. (1986). *Lexical Semantics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cruse, D. A. y Togia, P. (1995). Towards a cognitive model of antonymy. *Lexicology*, 1, (pp. 113-141).
- Cruse, A. (2004). *Meaning in language: An introduction to semantics and pragmatics*. Oxford: Oxford University Press.
- Cuervo, R. J. (1994). *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- D'Introno, F. (1979). *Sintaxis transformacional del español*. Madrid: Cátedra.
- De Miguel, E. (1999). El aspecto léxico. En I. Bosque y V. Demonte (Dirs.), *Gramática descriptiva de la lengua española, vol. II*. Madrid: Real Academia Española / Espasa Calpe, (pp. 2977-3060).
- DEA: *Diccionario del español actual*. Véase: Seco, M., Ramos, G., Andrés, O. (1999).
- Demonte, V. (1999). El adjetivo. En I. Bosque y V. Demonte (Dirs.), *Gramática descriptiva de la lengua española, vol. I*. Madrid: Real Academia Española / Espasa Calpe. (pp. 129-218).
- Demonte, V. (2000). Configuración e interpretación de los adjetivos del español: Un enfoque minimalista. En G. Wotjak (Ed.), *En torno al sustantivo y adjetivo en el español actual*. Frankfurt: Vervuert / Madrid: Iberoamericana, (pp. 261-274).
- Demonte, V. (2008). Meaning-form correlations and adjective position in Spanish. En L.

- McNally y Ch. Kennedy (Eds.), *Adjectives and adverbs. Syntax, Semantics and Discourse*. Oxford: Oxford University Press, (pp. 71-100).
- Demonte, V. y Pérez-Jiménez, I. (2014). *Construcciones partitivas y pseudopartitivas en español: concordancia híbrida y variación en la interficie sintaxis-semántica* (Manuscrito no publicado). ILLA-CCHS Consejo Superior de Investigaciones Científicas; UAH y ILLA-CCHS-CSIC. [Recuperado de http://www.lineas.cchs.csic.es/lycc/sites/lineas.cchs.csic.es/lycc/files/construcciones_partitivas_y_pseudopartitivas_en_espanol.pdf]
- Devoto, G. y Oli, G. C. (2004-2005). *Vocabolario della lingua italiana, a cura di Luca Serianni e Maurizio Trifone*. Florencia: Le Monnier.
- DH: *Diccionario Histórico de la Lengua Española*. Véase: Real Academia Española (1960-1996).
- Di Tullio, A. (2010) [2005]. *Manual de gramática del español*. Buenos Aires: Waldhuter.
- Diccionario de la lengua española*. Véase: Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2001).
- Diccionario de uso del español*. Vease: Moliner, M^a [1967] (2008).
- Diccionario del español actual*. Véase: Seco, M., Ramos, G., Andrés, O. (1999).
- Diccionario Histórico de la Lengua Española*. Véase: Real Academia Española (1960-1996).
- Dirven, R. y Taylor, J. (1988). Conceptualization of vertical space in English: The case of *Tall*. En B. Rudzka-Ostyn, *Topics in Cognitive Linguistics*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company, (pp. 379-402).
- Dixon, R. M. W. (1977). Where have all the adjectives gone? *Studies in language*, 1, 19-80. [Reimpreso en Dixon, R. M. W. (1982). Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company.]
- Dixon, R. M. W. (1982) *Where have all the adjectives gone? And other essays in Semantics and Syntax*. La Haya: Mouton De Gruyter.
- Dixon, R. M. W. (2004). Adjective Classes in Typological Perspective. En R. M. Dixon y A. Y. Aikhenvald (Eds.), *Adjective Classes. A cross-linguistic typology*. Oxford: Oxford Linguistics, (pp. 1-49).
- Dixon, R. M. W. y Aikhenvald A. Y. (2004) (Eds.). *Adjective Classes. A cross-linguistic typology*. Oxford: Oxford Linguistics.

- Dixon, R. M. W. (2010). *Basic Linguistic theory. Volume 2*. Oxford: Oxford University Press.
- Dizionario Devoto Oli della Lingua Italiana*. Véase: Devoto, G. y Oli, G. C. (2004-2005).
- DRAE: Diccionario de la lengua española*. Véase: Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2001).
- DUE: Diccionario de uso del español*. Véase: Moliner, M^a [1967] (2008).
- Ehrlich, E. H. (1975). *Schaum's outline of English grammar*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Ekberg, L. (1997). The mental manipulation of the vertical axis. How to go from “up” to “out”, or from “above” to “behind”. En M. Verspoor *et al.* (Eds.), *Lexical and Syntactical Constructions and the Construction of Meaning*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company, (pp. 69–88).
- Elvira, J. (2015). *Lingüística histórica y cambio gramatical*. Madrid: Síntesis.
- Escandell, M^a. V. (2004). *Fundamentos de semántica composicional*. Madrid: Ariel.
- Escandell, M^a. V. (2006). *Introducción a la pragmática* (2^a ed.). Madrid: Ariel.
- Escandell, M^a V. (2014). *La comunicación. Lengua, cognición y sociedad*. Madrid: Akal.
- Escribano, J. L. G. (2008-2009). La “semántica de prototipos” y el predicado típico. *Archivum: Revista de la Facultad de Filología*, (pp. 58-59).
- Espinal, M^a T., Macià, J., Mateu, J. y Quer, J. (2014). *Semántica*. Madrid: Akal.
- Espinosa Elorza, R. M^a. (2006). *La Metáfora: Controvertido mecanismo en los procesos de cambio lingüístico*. Ponencia presentada en el *Seminario de Lengua Española: La Semántica en la Confección de un Diccionario Histórico* (dirigido por José Antonio Pascual, 24-28 de julio), en la Fundación Duques de Soria.
- Espinosa Elorza, R. M^a. (2008). La semántica en los procesos de cambio categorial: las palabras gramaticales en un diccionario histórico. En M^a. P. Garcés (Ed.), *Diccionario histórico: nuevas perspectivas lingüísticas*. Frankfurt-Madrid: Iberoamericana, (pp. 115-148).
- Espinosa Elorza, R. M^a. (2010). *Procesos de formación y cambio en las llamadas ‘palabras gramaticales’*. San Millán de la Cogolla: Cilengua
- Evans, V. y Green, M. (2006). *Cognitive Linguistics: An Introduction*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Evans, V. (2009). *How words mean? Lexical Concepts, Cognitive Models, and Meaning Construction*. Oxford: Oxford University Press.

- Fauconnier, G. (1994). *Mental Spaces: Aspects of Meaning Construction in Natural Languages*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fauconnier, G. (1997). *Mappings in Thought and Language*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fauconnier, G. y Turner, M. (2003). Polysemy and Conceptual Blending. En B. Nerlich, V. Herman, Z. Todd y D. Clarke (Eds.), *Polysemy: Flexible Patterns of Meaning in Mind and Language*. Berlín: Mouton de Gruyter, (pp. 79-94).
- Fauconnier, G. y Turner, M. (2008). Rethinking Metaphor. En R. Gibbs (Ed.), *Cambridge Handbook of Metaphor and Thought*. Cambridge: Cambridge University Press, (pp. 53-66).
- Feldman, J. (2006). *From molecule to Metaphor*. Cambridge: The MIT Press.
- Fernández Jaén, J. (2014). *Principios fundamentales de semántica histórica*. Madrid: Arco libros.
- Fernández Leborans, M^a. J. (2003). *Los sintagmas del español. I. El sintagma nominal*. Madrid: Arco
- Fernández Leborans, M^a. J. (1999). La predicación: Las oraciones copulativas. En I. Bosque y V. Demonte (Dirs.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, vol. II. Madrid: Real Academia Española / Espasa Calpe, (pp. 2357-2460).
- Fernández Ramírez, S. (1986). *Gramática española. 3.1. El nombre (volumen preparado por José Polo)*. Madrid: Arco/Libros.
- Fernández Rovira, R. (2011). Incremental Resolution of Relative Adjectives: A DRT-based Approach. Proceedings of the Workshop "Constraints in Discourse", en línea.
[<https://staff.fnwi.uva.nl/r.fernandezrovira/papers/2011/relative-cid2011.pdf>]
- Fillmore, Ch. J. (1971). *The Santa Cruz lectures on deixis*. Bloomington: Indiana University Linguistics Club.
- Fillmore, Ch. J. (1975). An alternative to checklist theories of meaning. En: C. Cogen (Ed.), *Proceedings of the First Annual Meeting of the Berkeley Linguistics Society*. Berkeley: Berkeley Linguistics Society, (pp. 123-131).
- Fillmore, Ch. J. (1976). Frame semantics and the nature of language. En *Annals of the New York Academy of Sciences: Conference on the Origin and Development of Language and Speech*, 280, (pp. 20-32).

- Fillmore, Ch. J. (1977). Scenes-and-frames Semantics. En A. Zambolli (Ed.), *Linguistic Structure Processing*. Amsterdam: North Holland Publishing Company, (pp. 55 – 82).
- Flanagan, P. J. (2014). *A Cross-Linguistic Investigation of the Order of Attributive Adjectives*. Tesis Doctoral. Lancaster: Edge Hill University.
- Fortis, J. M. (2010). *Space in Language*. Conferencia presentada en el Leipzig Summer School 2010, Leipzig.
[http://www.eva.mpg.de/lingua/conference/2010_summerschool/pdf/course_materials/Fortis_1.FIGURE_GROUND_FRAMES.pdf]
- Gale, R. M. (1968). *The language of time*. Londres: Routledge and Kegan Paul
- Galeote, M. Á., (1994). *La adquisición de los adjetivos dimensionales y la estructura del significado léxico*. Tesis Doctoral dirigida por Herminia Peraita Adrados. Madrid: UNED. Departamento de Psicología básica.
- Galeote, M. Á., Peraita Adrados, H. y Checa Ponce, E. (1999). Adult performance in naming spatial dimensions of objects. *The Spanish Journal of Psychology*, 2, (pp. 39–54).
- García Márquez, G. (1996). *Prólogo al Diccionario Clave. Diccionario de uso del español actual*. Madrid: SM.
- García-Medall, J. (1993). Sobre *casi* y otros aproximativos. *Dicenda*, 11, (pp. 153-70).
- García Pérez, R. (2010). Lexical Polysemy: Lexicographic Implications. *Linguistik online*, 42.
- Garriga Escribano, C. (2003). La microestructura del diccionario: las informaciones lexicográficas. En A. M^a. Medina Guerra (Coord.), *Lexicografía española*. Barcelona: Ariel, (pp.103-126).
- Geckeler, H. (1997). Réflexions sur le champ lexical adjectival des dimensions spatiales du français. En *L'Organisation lexicale et cognitive des dimensions spatiales et temporelles. Actes d'EUROSEM 1996*. Reims: Presses Universitaires de Reims, (pp. 95–106).
- Geeraerts, D. (1990). The Lexicographical Treatment of Prototypical Polysemy. En S.L. Tsohatzidis (Ed.), *Meaning and prototypes*. Londres: Routledge, (pp. 195-210).
- Geeraerts, D. (1997). *Diachronic Prototype Semantics. A contribution to Historical Lexicology*. Oxford: Oxford University Press.

- Geeraerts, D. (2007). Lexicography. En D. Geeraerts y H. Cuyckens (Eds.), *The Oxford Handbook of Cognitive Linguistics*. Oxford: Oxford University Press, (pp. 1160-1174).
- Geeraerts, D. (2008). Prototypes, stereotypes and semantic norms. En G. Kristiansen y R. Dirven, (Eds.), *Cognitive Sociolinguistics: Language Variation, Cultural Models, Social Systems*. Berlín: De Gruyter, (pp. 21–44).
- Gellert, M. (2001). *Fate of America: An Inquiry into National Character*. Dulles: Potomac Books
- Gelnarová, J. (2008). *Sintagma sustantivo + adjetivo en unidades libres, compuestas y fraseológicas*. Tesina. Masarykova Univerzita.
[http://is.muni.cz/th/74427/ff_m/diplomecka_acabada.pdf]
- Gibson, M. I. (2078). *A syntactic and semantic analysis of Russian comparative sentences*. Tesis inédita de doctorado. Washington: University of Washington.
- Gili Gaya, S. (1943). *Curso superior de sintaxis española*. Barcelona: Vox (13ª ed.)
- Givón, T. (1970). Notes on the semantic structure of English adjectives. *Language*, 46, (pp. 816-837).
- Givón, T. (1984)/(2001) *Syntax: A Functional-typological Introduction, Volume 1*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company. [Reedición: Givón, T. (2001). *Syntax: An Introduction, Volume 1*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company.].
- Gnutzman, C. (1974). Zur Graduierbarkeit von Adjektiven in Englischen. *Linguistische Berichte*, 31(74), (pp. 1-12).
- Goddard, C. y Wierzbicka, A. (2007). Semantic primes and cultural scripts in language learning and intercultural communication. En S. Farzad y G. B. Palmer (Eds.), *Applied Cultural Linguistics: Implications for second language learning and intercultural communication*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company, (pp. 105–124).
- Goede, K. (1989). Language acquisition and development of children's «bigger» and «more» judgements. En M. Bierwisch y E. Lang (Eds.), *Dimensional adjectives: Grammatical structure and conceptual interpretation*. Nueva York: Springer-Verlag, (pp. 419-432).
- Gombrich, E. (1978). *The Story of Art*. Londres: Phaidon.

- Gómez Torrego, L. (2010). *Gramática didáctica del español*. Madrid: Ediciones SM.
- González Rodríguez, R. (2008). Sobre los modificadores de aproximación y precisión. *ELUA*, 22, (pp. 111-128).
- González Rodríguez, R. (2010). Consecuencias gramaticales de la estructura de las escalas adjetivales. *Verba*, 37, (pp. 123-148).
- Goy, Anna. (2002). Grounding meaning in visual knowledge. En K. R. Coventry y P. Olivier (Eds.), *Spatial Language. Cognitive and Computation Perspectives*. Dordrecht: Kluwer Academic, (pp. 121–145).
- Grady, J. E. (1997). *Foundations of Meaning: Primary Metaphors and Primary Scenes*. Tesis doctoral. Department of Linguistics, University of California, Berkeley.
- Grady, J. E. (2005). Primary metaphors as inputs to conceptual integration. *Journal of Pragmatics*, 37, (pp. 1595–1614).
- Greimas, A. J. (1966). *Sémantique structurale*. Paris: Librairie Larousse.
- Grice, H. P. [1957] (1989). *Studies in the way of words*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gross, D., Fischer, U. y Miller, G. (1989). Antonymy and the Representation of Adjectival Meanings. *Memory and Language*, 28, (pp. 93-106).
- Hadlich, R. L. (1971). *A Transformational Grammar of Spanish*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Haiman, J. (1980). The Iconicity of Grammar: Isomorphism and Motivation. *Language* 56, (pp. 515-540).
- Hallonsten Halling, P. (2009). On the Universality and Variation of the Adjective Category. *Lund student's papers*. [Recuperado de <https://lup.lub.lu.se/student-papers/search/publication/2540703>]
- Hanks, P. W. (2000). Do word meanings exist? *Computer and Humanities*, 34, (pp. 205-215).
- Hanks, P. W. (2008). *Do word meanings exist?* En T. Fontenelle (Ed.), *Practical lexicography. A reader*. Oxford: Oxford University Press, (pp. 135–151).
- Hansen, F. (1945). *Gramática histórica de la lengua castellana*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Hansen, M. P. (2011). Adjectives in Hueyapan Nahuatl: Do They Exist? And If So, What Kind of Adjectives Are They? *Kansas Working Papers in Linguistics*, 32, (pp. 8-19).

- Harrell, J. B. (1992). *Profundity: A Universal Value*. The Pensilvania State University.
- Haspelmath, M. (1997). *From Space to Time. Temporal Adverbials in the World's Languages*. Munich-Newcastle: LINCOM Europa.
- Haspelmath, M. (2007). Pre-established Categories don't Exist: Consequences for Language Description and Typology. *Linguistic Typology*, 11.1, (pp. 119-132).
- Haspelmath, M. (2012). *Theories of Everything. UCLA Working Papers in Linguistics*, 17, (pp. 109-130).
- Hatzivassiloglou, V. y Wiebe, J. M. (2000). Effects of adjective orientation and gradability on sentence subjectivity. *Proceedings of the 18th International Conference on Computational Linguistics*. New Brunswick: ACL.
- Haviland, J. B. (1979). Guugu Yimidhirr Sketch Grammar. En R. M. W. Dixon y B. Blake (Eds.), *Handbook of Australian Languages Vol I*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company, (pp. 26–180).
- Hebb, D. O. (1949). *The organization of Behavior. A Neuropsychological Theory*. Nueva York: Lawrence Erlbaum Associates.
- Heider, E. R. (1971). Focal colour areas and the development of colour names. *Developmental Psychology*, 4, (pp. 447-455)).
- Heider, E. R. (1972). Universals in colour naming and memory. *Journal of Experimental Psychology*, 93, (pp. 10-20).
- Heim, I. (1985). *Notes on Comparatives and Related Matters*. Austin: University of Texas.
- Heim, I. (1995). *Notes on superlatives*.
[Recuperado de: <http://semanticsarchive.net/Archive/TI1MTlhZ/Superlative.pdf>]
- Heine, B., Ulrike, C., y Hünemeyer, F. (1991). From cognition to grammar. Evidence from African languages. En E. C. Traugott y B. Heine (Eds.), *Approaches to Grammaticalization: Volume I. Theoretical and methodological issues*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company, (pp. 149-188).
- Heine, B. (1997). *Cognitive foundations of grammar*. Nueva York: Oxford University Press.
- Heit, E. y Barsalou, L.W. (1996). The instantiation principle in natural categories. *Memory*, 4, (pp. 413-451).
- Hellan, L. (1981). *Towards an Integrated Analysis of Comparatives*. Tuebingen: Guenter

- Narr Verlag.
- Hengeveld, K. (1992). *Non-verbal predication: theory, typology, diachrony*. Berlín: De Gruyter.
- Hermanson, E. A. (2006). *Metaphor in Zulu*. Stellenbosch: Sun press.
- Herskovits A. (1986). *Languages and Spatial Cognition. An Interdisciplinary Study of the Prepositions in English*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hernández Hernández, H. (1991). Sobre el concepto de “acepción”: revisiones y propuestas. *Voz y Letra*, 2, (pp. 127-141).
- Hernanz, M^a. L. y Brucart. J. M^a. (1990): *La sintaxis. 1. Principios teóricos. La oración simple*. Barcelona: Crítica.
- Hyde, D. (2014). Sorites Paradox. En E. N. Zalta (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Winter 2014 Edition).
[<http://plato.stanford.edu/archives/win2014/entries/sorites-paradox/>]
- Hill, C. (1982). Up/down, front/back, left/right: a contrastive study of Hausa and English. En J. Weissenborn y W. Klein (Eds.) *Here and There: Cross-linguistic Studies on Deixis and Demonstration*. Amsterdam: John Benjamins Publishing Company, (pp. 13-43).
- Hill, D. (1997). Finding your way in Longgu: Geographical Reference in a Solomon Language. *Cognitive Anthropology Research Group at the Max Planck Institute for Psycholinguistics*, 21, (pp. 101-125).
- Hoepelman, J. (1986). *Action, Comparison and Change: Study in the Semantics of Verbs and Adjectives*. Tübingen: Niemeyer.
- Hopper, P. J. y Thompson, S. A. (1984). The discourse basis for lexical categories in universal grammar. *Language*, 60, (pp. 703-752).
- Hollostén, H. P. (2009). *On the Universality and Variation of the Adjective Category*. Tesis doctoral. Lund University.
- Huddleston, R. y Pullum, G. K. (2002). *The Cambridge Grammar of the English Language*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Husband, E. M. (2011). Severing scale structure from the adjective. *LSA Annual Meeting Extended Abstracts 1*. [Recuperado de:
<http://elanguage.net/journals/index.php/lsameeting/article/viewArticle/1464>]
- Hutchinson, L. G. (1993). The logic of relative adjectives. En M. Eid y G. Iverson (Eds.),

- Principles and Predication: The Analysis of Natural Language*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company, (pp. 105-118).
- Ibarretxe-Antuñano, I. (2010). Lexicografía y Lingüística Cognitiva. *Revista Española de lingüística aplicada*, 23, (pp. 195-214).
- Ivanov, V. V. (1979). La semiótica de las oposiciones mitológicas de varios pueblos. En J. M. Lotman y la Escuela de Tartu, *Semiótica de la Cultura*. Madrid: Cátedra, , (pp. 159-172).
- Jackendoff, R. (1977). *X-Bar Syntax: A Study of Phrase Structure*. Cambridge: The MIT Press.
- Jensen, H. (1934). Der steigende Vergleich und sein sprachlicher Ausdruck. *Indogermanische Forschungen*, 52, (pp. 108-139).
- Johnston, J. R. (1985). Cognitive prerequisites: the evidence from children learning English. En D.I. Slobin (Ed.), *The crosslinguistic study of language acquisition*, vol. 2. Hillsdale: Erlbaum, (pp. 961-1004).
- Johnson, M. (1987). *The body in the mind: The bodily basis of meaning, imagination, and reason*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Johnson, M. (1995). Why metaphor matters to philosophy. *Metaphor and symbolic activity*, 10, (pp. 157-162).
- Johnson, S. (1747). *The plan of a Dictionary of the English Language*. Londres: J. & P. Knapton.
- Juilland, A. y Roceric, A. (1972) *The Word as a linguistic unit*. La Haya: Mouton De Gruyter.
- Kamp, H. (1975). Two Theories About Adjectives. En E. L. Keenan, (Ed.) *Formal semantics of Natural Language. Papers from a colloquium sponsored by the King's College Research Centre*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kamp, H. y Partee, B. (1995). Prototype theory and compositionality. *Cognition*, 57, (pp. 129-191).
- Keenan, E. L. y Stabler, E. P. (2003). Linguistic invariants and language variation. *12th International Congress on Logic Methodology and Philosophy of Science*, Oviedo.
- Keffer y Van der Auwera (1992). *The Typology of Adjectival Predication*. Berlín: De Gruyter.

- Katz, J. J. (1972). *Semantic Theory*. New York: Harper y Row Publishers.
- Kearns, K. (2007). Telic senses of deadjectival verbs. *Lingua*, 117(2), (pp. 26-66).
- Kennedy, C. (1999a). Gradable adjectives denote measure functions, not partial functions. *Studies in the Linguistic Sciences*, 29(1), (pp. 65-80).
- Kennedy, C. (1999b) [1997, tesis]. *Projecting the adjective: The syntax and semantics of gradability and comparison*. Nueva York: Garland Press.
- Kennedy, C. (2000). *Scalar Representations in Natural Language Semantics*. Northwestern University Project Summary.
[Recuperado de: <http://semantics.uchicago.edu/kennedy/docs/career.pdf>]
- Kennedy, C. (2003). *First steps towards a semantics of measurement*. Northwestern University. [Recuperado de: http://semantics.uchicago.edu/kennedy/classes/nu/471/F03/H1_scales.pdf]
- Kennedy, C. (2007). Vagueness and grammar: The semantics of relative and absolute gradable adjectives. *Linguistics and Philosophy*, 30, (pp. 1-45).
- Kennedy, C. (2012). *Two Kinds of Subjectivity*. Chicago: The University of Chicago Press. [Recuperado de: <http://semarch.linguistics.fas.nyu.edu/Archive/mRjYzExM/twokindsofsubjectivity.pdf>]
- Kennedy, C. y McNally, L. (2005). Scale Structure, Degree Modification, and the Semantics of Gradable Predicates. *Language*, 81, (pp. 345-381).
- Kennedy, C. y McNally, L. (2010). Color, context, and compositionality. *Synthese*, 174, (pp. 79-98).
- Keshavmurti, Sri. (1991). *Space and time*. Nueva Delhi: Sterling Publishers.
- Kilgarrieff, A. (2008). I don't believe in word senses. En T. Fontenelle (Ed.), *Practical lexicography. A reader*. Oxford: Oxford University Press, (pp. 135–151).
- Kleiber, G. (1995). *La semántica de los prototipos. Categoría y sentido léxico*. Madrid: Visor libros.
- Klein, H. (1997). *Adverbs of Degree in Dutch*. Groningen: Groningen Dissertations in Linguistics.
- Klein, E. (1980). A Semantics for Positive and Comparative Adjectives. *Linguistics and Philosophy*, 4, (pp. 1-45).
- Klein, E. (1991). Comparatives. En A. von Stechow y D. Wunderlich (Eds.), *Semantik:*

- Ein Internationales Handbuch der Zeitgenössischen Forschung*. Berlin: Walter de Gruyter, (pp. 673-691).
- Koike, K. (2000). Adjetivos intensificadores: adjetivos funcionales y funcionalizaciones de los adjetivos léxicos. En G. Wotjak (Ed.), *En torno al sustantivo y adjetivo en el español actual*. Frankfurt: Vervuert / Madrid: Iberoamericana, (pp. 321-330).
- Kovecses, Z. (2015). *Where Metaphors Come From: Reconsidering Context in Metaphor*. Oxford: Oxford University Press.
- Kreitzer, A. (1997). Multiple levels of schematization: a study in the conceptualization of space. *Cognitive Linguistics*, 8(4), (pp. 291–325).
- Kripke, S. (1972). *Naming and Necessity*. Cambridge: Harvard University Press.
- Lakoff, G. (1972). Hedges: a study in meaning criteria and the logic of fuzzy concepts. En P. M. Perantean, J. N. Levi y G. C. Phares (Eds.), *Papers from the 8th Regional Meeting*. Chicago: Chicago Linguistics Society, (pp. 183-228).
- Lakoff, G. (1987). *Woman, fire and Dangerous Things: What Categories Reveal About the Mind*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1980). *Metaphors we live by*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Lakoff, G. (1993). The Contemporary Theory of Metaphor. En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1999). *Philosophy in the Flesh: The Embodied Mind and Its Challenge to Western Thought*. Nueva York: Basic Books.
- Lamíquiz, V. (1973). *Lingüística española*. Sevilla: Universidad de Sevilla. Secretariado de Publicaciones.
- Lang, E. (1989). The Semantics of Dimensional Designation of Spatial Objects. En M. Bierwisch y E. Lang (Eds.), *Dimensional Adjectives. Grammatical Structure and Conceptual Interpretation*. Berlín: Springer, (pp. 263-417).
- Lang, E. (1993). The meaning of German projective prepositions. A two-level approach. En C. Zelinsky-Wibbelt (Ed.), *The Semantics of Prepositions from Mental Processing to Natural Language Processing*. Berlín: De Gruyter, (pp. 249–291).
- Lang, E. (2001). Spatial dimension terms. En M. E. Haspelmath *et al.* (Eds.), *Language Typology and Language Universals. An International Handbook*. Berlín: De Gruyter, (pp. 1251-1275).

- Langacker, R. W. (1987). *Foundations of Cognitive Grammar, vol.1: Theoretical prerequisites*. Palo Alto: Stanford University Press.
- Langacker, R. W. (1993). Reference-point constructions. *Cognitive Linguistics*, 4, (pp. 1-38).
- Langacker, R. W. (1995). Raising and Transparency, *Language*, 71.1, (pp. 1-62).
- Lapesa, R. (1975). La colocación del calificativo atributivo en español. En *Homenaje a la memoria de D. Antonio Rodríguez-Moñino*. Madrid: Castalia, (pp. 343-359).
- Lara, L. F. (1992). El discurso en el Diccionario. En G. Wotak (Ed.), *Estudios de lexicología y metalexicología del español actual*. Tübinga: Max Niemeyer, (pp. 1-12).
- Larson, R. y Segal, G. (1995). *Knowledge of Meaning*. Cambridge: The MIT Press
- Laserson, P. (1999). Pragmatic Halos, *Language*, 75, (pp. 522-551).
- Leach, E. (1964). Anthropological Aspects of Language: Animal Categories and Verbal Abuse. En E.H. Lenneberg (Ed.), *New Directions in the Study of Language*. Cambridge: The MIT Press, (pp. 23-63).
- Leech, G. y Svartvik, J. (1975). *A Communicative Grammar of English*. Londres: Longman.
- Lehrer, A. y Lehrer, K. (1982). Antonymy. *Linguistics and Philosophy*, 5, (pp. 483-501).
- Lehrer, A. (1985). The influence of semantic fields on semantic change. Berlín: De Gruyter.
- Leisi, E. (1975). *Der Wortinhalt: Seine Struktur im Deutschen und Englischen*. Heidelberg: Quelle & Meyer.
- Lenz, R. (1925). *La oración y sus partes: estudios de gramática general y castellana*. Madrid: Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos.
- Leonetti, M. (1999). El artículo. En I. Bosque y V. Demonte (Dir.), *Gramática descriptiva de la lengua española, vol. I*. Madrid: Real Academia Española / Espasa Calpe, (pp. 787-890).
- Lessmöllmann, A. (2002). *Form im Raum. Formadjektive und Formkonzepte*. Hamburgo: Universität Hamburg.
- Levanova, A. Y. y Tribushinina, E. S. (1998). Kognitivnyj aspekt semantiki perceptivnyx atributov anglijskogo jazyka. En M. Y. Ryabova (Ed.), *Semiotičeskie problemy*

- lingvistiki*. Kemerovo: KemSU, (pp. 101-105).
- Levanova, A. Y. y Tribushinina, E. S. (2002). Osnovy obrabotki jazykovoj informacii: na materiale anglijskix perceptivnyx prilagatel'nyx. En *Novoe v lingvistike i metodike prepodavanija inostrannyx yazykov*. San Pertersburgo: VITU, (pp. 117-119).
- Levinson, S. C. (2003). *Space in Language and Cognition, Explorations in Cognitive Diversity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lewandowska-Tomaszczyk, B. (2007). Polisemy, Prototypes, and Radial Categories. En D. Geeraerts y H. Cuyckens (Eds.), *The Oxford Handbook of Cognitive Linguistics*. Oxford: Oxford University Press, (pp. 139-169).
- Lewis, Ch. y Short, Ch. (1879). *A Latin Dictionary. Founded on Andrews' edition of Freund's Latin dictionary. Revised, enlarged, and in great part rewritten by. Charlton T. Lewis, Ph.D. and. Charles Short, LL.D.* Oxford: Clarendon Press.
- Linde-Usiekniewicz, J. (2000). Określenia wymiarów w języku polskim. Varsovia: Wydział Polonistyki Uniwersytetu Warszawskiego.
- Linde-Usiekniewicz, J. (2002). Dimension terms in Polish. En H. Weydt (Ed.), *Langue–Communauté–Signification. Approches en Linguistique Fonctionnelle. Actes du XXVème Colloque International de Linguistique Fonctionnelle*. Frankfurt: Peter Lang, (pp. 217–221).
- Linde-Usiekniewicz, J. (2002) *Oxford Pwn English Polish Dictionary*. Oxford: Oxford University Press.
- Litvintseva, T. I. (2004). *Sposoby vyraženia normy i kognitivnogo nolja èmpirijnyx priznakov v anglijskom jazyke* (Tesis doctoral inédita). Kemerovo State University.
- Lo Zingarelli 2015. Vocabolario della lingua italiana*. Véase: Zingarelli, N. (2015).
- Longman Dictionary of Contemporary English*. Véase: Mayor, M. (2009)
- López García, Á. (1998). *Gramática del español III. Las partes de la oración*. Madrid: Arco/Libros
- López García, Á. (2010). *Gramática cognitiva para profesores de español L2*. Madrid: Arco/Libros.
- Luján, M. (1980). *Sintaxis y semántica del adjetivo*. Madrid: Cátedra.
- Luján Martínez, E. R. (2000). Sobre los orígenes de los comparativos indoeuropeos en –

- teros. *Revista española de Lingüística*, 30, (pp. 77-102).
- Lyons, J. (1969). *Introduction to Theoretical Linguistics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lycan, W. G. (2008). *Philosophy of language; a contemporary introduction*. Londres: Routledge.
- Lyons, John (1971). *Introducción a la lingüística teórica*. Versión española de R. Cerdà. Barcelona: Teide.
- Lyons, J. (1977a). *Semantics. Vol. 1*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lyons, J. (1977b). *Semantics. Vol. 2*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lyons, J. (1995). *Linguistic Semantics: An Introduction*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lyons, J. (1997). *Semantica lingüística. Una introducción*. Barcelona: Paidós ibérica.
- Mandler, J. M. (2007). *On the Origins of the Conceptual System*. San Diego: American Psychologist University of California.
- Mandler, J. M. (2010). The spatial foundations of the conceptual system. *Language and Cognition*, 2(1), (pp. 21–44).
- Marcos Marín, F. (1980). *Curso de gramática española*. Madrid: Cincel.
- Marín, R. (2004). *Entre ser y estar*. Madrid: Arco/Libros.
- Martín, J. (2009). A Constructionist Approach to Adjectival Interpretative Properties. En J. Collentine, M. García, B. Lafford y F. Marcos Marín, *Selected Proceedings of the 11th Hispanic Linguistics Symposium*. Somerville: Cascadilla Proceedings Project.
- Martin, R. (1989). L'exemple lexicographique dans le dictionnaire monolingue. En F. J. Hausmann, O. Reichmann, E. Wiegand y L. Zgusta, *Wörterbücher. Dictionaries. Dictionnaires, Ein Internationale Handbuch zur Lexicographie*. Berlín: De Gruyter, (pp. 599-607).
- Matthews, P. H. (2007). *The Concise Oxford Dictionary of Linguistics*. Oxford: Oxford University Press.
- Matthews, P. H. (2014). *The Positions of Adjectives in English*. Oxford: Oxford University Press.
- Mayor, M. (2009). *Longman Dictionary of Contemporary English*. Londres: Longman Publishing Group.

- McConnell-Ginet, S. (1973). *Comparative constructions in English: A syntactic and semantic analysis* (Tesis doctoral inédita). Rochester: University of Rochester.
- McNally, L. (2006). Lexical representation and modification within the noun phrase. *Recherches Linguistiques de Vincennes*, 34, (pp. 91-206).
- Meermann, H. (1994). Gib mir bitte die nörd-liche Tasse, *MPG Spiegel*, 16, (pp. 4-6).
- Mehl, S. (2013). *Thinking linguistically about keywords: polysemy, semantic change and divergent identities. The Keywords Project*. Pittsburgh: University of Pittsburgh.
- Mehlberg, H. (1958). *The Reach of Science*. Toronto: Toronto University Press.
- Miller, G. y Johnson-Laird, P. N. (1976). *Language and Perception*. Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press,
- Moliner, M^a [1967] (2008). *Diccionario de uso del español*, Edición electrónica. Madrid: Gredos. [DUE]
- Moliner, M^a (2013). *Gramática básica del español*. Madrid: Gredos.
- Molinolabs. Corpus Molinero*. Molino de ideas. (Dirigido por E. Basterrechea).
[<http://www.molinolabs.com/corpus.html>]
- Montague, R. (1970). *English as a formal language*. En B. Visentini *et al.* (Eds.), *Linguaggi nella Societa et nella Technica*. Milan: Edizioni di Communita, (pp. 188-221).
- Montague, R. (1974). *Formal Philosophy: Selected Papers of Richard Montague*. New Haven: Yale University Press.
- Morera Pérez, M. (1981). *Estructura semántica del sistema preposicional del español moderno y sus campos de usos*. Puerto del Rosario: Servicio de Publicaciones del excelentísimo Cabildo Insular de Fuerteventura.
- Mühlhäusler, P. (2001). Universals and typology of space. En M. Haspelmath *et al.* (Eds.), *Language Typology and Language Universals: An International Handbook (Vol. 1)*. Berlín: De Gruyter, (pp. 568-574).
- Mulier, U. (2009) *Análisis semántico – sintáctico de cuatro adjetivos de dimensión: alto, bajo, largo y corto*. (Tesina dirigida por Renata Enghels). Universiteit Gent. Faculteit Letteren en Wijsbegeerte.
- Muñiz Rodríguez, V. (1992). *Introducción a la filosofía del lenguaje II. Cuestiones semánticas*. Barcelona: Anthropos.
- Murphy, M. L. (2003). *Semantic Relations and the Lexicon: Antonymy, Synonymy, and*

- Other Paradigms*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Navas Ruiz, R. (1963). *Ser y estar: Estudio del sistema atributivo del español*. Acta Salmanticensia. Filosofía y Letras, 17, 3. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- NGLE: *Nueva gramática de la Lengua Española*. Véase: Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2009).
- NGLE, *Manual: Nueva gramática de la Lengua Española. Manual*. Véase: Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2010).
- Nikolaeva, T. M. (1983). Kačestvennye prilagatel'nye i otaženie "kartiny mira". En L. N. Smirnov, (Ed.), *Slavjanskoe i balkanskoe jazykoznanie. Problemy leksikologii*. Moscú: Nauka, (pp. 235-244).
- Nueva gramática de la Lengua Española*. Véase: Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2009).
- Nueva gramática de la Lengua Española. Manual*. Véase: Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2010).
- Ortiz, M. J. (2011). Primary metaphors and monomodal visual metaphors. *Journal of Pragmatics*, 43, (pp. 1568–1580).
- Pancheva, R. y Tomaszewicz, B. M. (2012). Cross-linguistic Differences in Superlative Movement out of Nominal Phrases. En N. Arnett y R. Bennett (Eds.), *Proceedings of the 30th West Coast Conference on Formal Linguistics*. Somerville: Cascadilla Proceedings Project, (pp. 292-302).
- Pander Maat, H. (2006). Subjectification in gradable adjectives. En A. Athanasiadou, C. Canakis y B. Cornillie. (Eds.), *Subjectification: Various Paths to Subjectivity*. Berlín: De Gruyter, (pp. 279-322).
- Panther, K. U. y Thornburg, L. (1999). The potentiality for actuality metonymy in English and Hungarian. En K. U. Panther y G. Radden (Eds.), *Metonymy in Language and Thought*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company, (pp. 333–357).
- Panther, K. U. y Radden, G. (2011). *Motivation in Grammar and the Lexicon*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company.
- Paoli, F. (1999). Comparative Logic as an Approach to Comparison in Natural Language. *Journal of Semantics*, 16(1), (pp. 67-96).
- Paradis, C. (1997). *Degree Modifiers of Adjectives in Spoken British English*. Lund: Lund University Press.

- Paradis, C. (2005). Towards a theory of lexical meaning as ontologies and construals, *Axiomathes*, 15, (pp. 541-573).
- Paradis, C. y Willners, C. (2006). Antonymy and negation. The boundedness hypothesis. *Journal of Pragmatics*, 38, (pp. 1051–1080).
- Parcherie, E. (1991). Aristote et Rosch: un aire de famille? En D. Dubois (Ed.), *Sémantique et Cogniñon*. París: CNRS, (pp. 279-294).
- Parsons, T. D. (1970). An Analysis of Mass Terms and Amount Terms, *Foundations of Language*, 6, (pp. 362-388).
- Parsons, T. D. (1968). *A semantics for English*. Chicago: University of Illinois.
- Partee, B. (2010). Privative adjective: subsective plus coercion. En R. Bauerle, U. Reyle y T. Zimmermann (Eds.), *Presuppositions and Discourse: Essays Offered to Hans Kamp*. Bradford: Emerald, (pp. 273–285).
- Pedro Hispano [Petrus Hispanus] [c. 1230] (1986). *Tractatus: llamado después Summulae logicales*. L. M. de Rijk, (Ed.) Traducción de Mauricio Beuchot. Ciudad de México: UNAM
- Peirsman, Y. y Geerarts, D. (2006). Metonymy as a prototypical category, *Cognitive Linguistics*, 17(3), (pp. 269-316).
- Peters, I y Peters, W. (2000). The Treatment of Adjectives in SIMPLE: Theoretical Observations. En *Proceedings of the Second International Conference on Language Resources and Evaluation* (3). Atenas: European Language Resources Association, (pp. 1385-1390).
- Petit Robert 2012* (2011). Obra colectiva. París: Le Robert.
- Piera, C. (2009). Una idea de la palabra. En E. de Miguel (Ed.), *Panorama de lexicología*. Barcelona: Ariel, (pp. 25-49).
- Počepcov, O. G. (1990). Jazykovaja mental'nost: sposob predstavlenija mira. *Voprosy jazykoznanija*, 6, (pp. 110-122).
- Porto Dapena, J. A. (2002). *Manual de técnica lexicográfica*. Madrid: Arco/Libros.
- Porto Dapena, J. A. (2014). *La definición lexicográfica*. Madrid: Arco/Libros.
- Portolés, J. (2004). *Pragmática para hispanistas*. Madrid: Síntesis.
- Prince, E. (1990). Syntax and discourse: a look at resumptive pronouns. En K. Hall *et al.* (Eds.), *Proceedings of the Sixteenth Annual Meeting of the Berkeley Linguistics Society*, (pp. 282-497).

- Pustejovsky, J. (1988). The Geometry of Events. En C. Tenny (Ed.), *Studies in Generative Approaches to Aspect. Lexicon Project Working Papers 24*. Cambridge: The MIT Press.
- Pustejovsky, J. (1991). The Syntax of Event Structure, *Cognition*, 41, (pp. 47-81).
- Pustejovsky, J. (1995). *The generative lexicon*. Boston: The MIT Press.
- Putnam, H. (1970). Is Semantics Possible? *Metaphilosophy*, 1, (pp. 187-201).
- Putnam, H. (1975). Mind, Language and Reality, *Philosophical Papers*, vol. 2. Cambridge: Cambridge University Press.
- Quine, W. (1960). *Word and Object*. Cambridge: The MIT Press.
- Quirk, R., Greenbaum, S., Leech, G. y Svartvik, J. (1985). *A Comprehensive Grammar of the English Language*. Londres: Longman.
- Radden, G. y Kövecses, Z. (1999). Towards a theory of metonymy. En K.U. Panther y G. Radden (Eds.), *Metonymy in Language and Thought*. Amsterdam: John Benjamins Publishing Company, (pp. 17–59).
- Radden, G. (2011). Spatial time in the West and the East. En M. Brdar, M. Omazic, V. Pavicic Takac, T. Gradecak-Erdeljic y G Buljan (Eds.), *Space and Time in Language*. Frankfurt: Peter Lang, (pp. 1-40).
- Radford, A. (1988). *Transformational Grammar: A First Course*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rakhilina, E. V. (2000). *Kognitivnyj analiz predmetnyx imen: semantika i sočetaemost'*. Moscú: Russkie slovari.
- Rastier, F. (1991). *Sémantique et recherches cognitives*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Real Academia Española. Banco de datos (CORDE) [en línea]. *Corpus diacrónico del español*.
- Real Academia Española. Banco de datos (CREA) [en línea]. *Corpus de referencia del español actual*.
- Real Academia Española (1960-1996). *Diccionario Histórico de la Lengua Española*. Madrid: Imprenta Aguirre. [DH] [Versión en línea: <http://web.frl.es/DH.html>]
- Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2009). *Nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa. [NGLE]
- Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2010).

- Nueva gramática de la lengua española. Manual.* Madrid: Espasa. [NGLE, Manual]
- Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española (2001). *Diccionario de la lengua española*, 22ª ed. Madrid: Espasa. [Versión en línea que presenta enmiendas incorporadas hasta 2012: <http://www.rae.es/recursos/diccionarios/drae>]. [DRAE]
- Reddy, M. J. (1979). The conduit metaphor: a case of frame conflict in our language about language. En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and thought*, (pp. 284-297). Cambridge: Cambridge University Press.
- Reichenbach, H. (1947). *Elements of Symbolic Logic*. Nueva York: Macmillan & Co.
- Rice, K. (1989). *A grammar of Slave*. Berlín: De Gruyter.
- Ringo, E. W. (1954). The position of the noun modifier in colloquial Spanish. En H. R. Kahane y A. Pietrangeli (Eds), *Descriptive studies in Spanish grammar*. Urbana: The University of Illinois Press, (pp. 50-72).
- Rips, L. J. y Turnbull, W. (1980). How big is big? Relative and absolute properties in memory. *Cognition*, 8, (pp. 145-174).
- Robins (2000). *Breve historia de la Lingüística*. Madrid: Cátedra.
- Robins, R. H. (1989/1997) [1967]. *A short History of Linguistics*. Nueva York: Routledge.
- Rodríguez Ramalle, T. Mª (2005). *Manual de sintaxis del español*. Madrid: Castalia Universidad.
- Rohrer, T. (2006). Image Schemata in the Brain. En B. Hampe (Ed.), *From Perception to Meaning: Image Schemas in Cognitive Linguistics*. Berlín: De Gruyter.
- Romero Sangüesa, Mª. I. (1994). Los sintagmas adjetivos y la gramática de Montague. *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos, Vol. 1*. Madrid: Sociedad española de estudios clásicos, (pp. 733-738).
- Ronat, M. (1975). Une contrainte sur l'effacement du nom. *Recherches linguistiques*, 3, (pp. 111-142). [Reeditado en Ronat, M. (1977), (pp. 177-215 de la traducción Castellana)]
- Rosch, E. H. (1972). Universals in color naming and memory. *Journal of Experimental Psychology*, 93(1), (pp. 10-20).
- Rosch, E. H. (1973). Natural categories. *Cognitive Psychology*, 4(3), (pp. 328-50).
- Rosch, E. (1975). Cognitive reference points. *Cognitive Psychology*, 7, (pp. 532-47).

- Rosch, E. y Mervis, C. B. (1975). Family Resemblances: Studies in the Internal Structure of Categories. *Cognitive Psychology*, 7(4), (pp. 573–605).
- Rosch, E., Mervis, C. B., Gray, W. D., Johnson, D. M. y Boyes-Bream, P. (1976). Basic Objects in Natural Categories. *Cognitive Psychology*, 8, (pp. 382-439).
- Rotstein, C. y Winter, Y. (2004). Total adjectives vs. partial adjectives: Scale structure and higher-order modifiers. *Natural Language Semantics*, 12, (pp. 259-288).
- Rubin, E. (1915). *Synsoplevede figurer, studier i psykologisk analyse*. Tesis doctoral. Copenhagen y Christiania: Gyldendalske Boghandel, Nordisk Forlag A/S.
- Ruiz Gurillo, L. (1998). *La fraseología del español coloquial*. Barcelona: Ariel.
- Ruiz Gurillo, L. (1998) *Las locuciones en español actual*. Madrid: Arco/Libros.
- Rusiecki, J. (1985). *Adjectives and Comparison in English: a Semantic Study*. Londres: Longman.
- Ruzin, I. G. (1994). Kognitivnye strategii imenovanija: modusy percepcii i ix vyraženie v jazyke. *Voprosy jazykoznanija*, 6, (pp. 79-100).
- Šabes, V. J. (1989). *Sobytie i tekst*. Moscú: Vysšaja škola.
- Sáez del Álamo, L. Á. (1999). Los cuantificadores: las construcciones comparativas y superlativas. En I. Bosque y V. Demonte (Dirs.), *Gramática descriptiva de la lengua española, vol. I*. Madrid: Real Academia Española / Espasa Calpe, (pp. 1129-1208)
- Sánchez Ferlosio, R. (2009). *“Guapo” y sus isótopos*. Barcelona: Destino.
- Sánchez López, C. (1999). Los cuantificadores. En I. Bosque y V. Demonte (Dirs.), *Gramática descriptiva de la lengua española, vol. I*. Madrid: Real Academia Española / Espasa Calpe, (pp. 1025-1128)
- Sánchez López, C. (2006). *El grado de adjetivos y adverbios*. Madrid: Arco/Libros.
- Sandra, D. y Rice, S. (1995). Network analyses of prepositional meaning: mirroring whose mind –the linguist’s or the language user’s? *Cognitive Linguistics*, 6(1), (pp. 89–130).
- Sandra, D. (1998) What linguists can and can’t tell you about the human mind: A reply to Croft. *Cognitive Linguistics*, 9(4), (pp. 361-378).
- Santiago, J., Román, A. y Ouellet, M. (2011). Flexible Foundations of Abstract Thought: A Review and a Theory. En A. Maas y T. Schubert (Eds.), *Spatial dimensions of social thought*. Berlín: De Gruyter, (pp. 39-108).

- Santos Domínguez, L. A. y Espinosa Elorza, R. M^a. (1996). *Manual de Semántica Histórica*. Madrid: Síntesis.
- Sapir, E. (1944). Grading: A Study in Semantics. *Philosophy of Science*, 11, (pp. 93-116). Reimpreso en Mandelbaum, D. G. (Ed.). (1968): *Selected Writings of Edward Sapir*. Berkeley: University of California Press.
- Schachter, C. (1985). Parts-of-speech systems. En T. Shopen (Ed.), *Language typology and syntactic description: Clause structure. Volume 1*. Cambridge: Cambridge University Press, (pp. 3-61).
- Schmid, H. J. (2007). Entrenchment, Salience, and basic levels. En D. Geeraerts y H. Cuyckens (Eds.), *The Oxford Handbook of Cognitive Linguistics*. Oxford: Oxford University Press, (pp. 117-138).
- Schmidt, R. (1972). *L'adjetive de relation en français, italien, anglais et allemande*. Göppingen: Alfred Kümmerle.
- Schwarzschild, R. (2002). The grammar of measurement. En B. Jackson (Ed.), *Proceedings of SALT XII*. Ithaca: CLC Publications, (pp. 225-245).
- Schwarzschild, R. (2006). The role of dimensions in in the syntax of Noun Phrases. *Syntax*, 9(1), (pp. 67-110).
- Seco, M. (1994). *Gramática esencial del español*. Madrid: Espasa.
- Seco, M., Ramos, G., Andrés, O. (1999). *Diccionario del español actual*. Madrid: Aguilar. [DEA]
- Seco, M. (2003). *Estudios de lexicografía española*. Madrid: Gredos.
- Selkirk, E. (1977). Some remarks on noun phrase structure. En P.W. Culicover, T. Wasow y A. Akmajian (Eds.), *Formal Syntax*. Londres: Academic Press, (pp. 285-316).
- Sennet, A. (2015) Ambiguity. En E. N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Spring 2015 Edition).
[<http://plato.stanford.edu/archives/spr2015/entries/ambiguity/>].
- Sera, M. y Smith, L. B. (1987). Big and little: “nominal” and relative uses. *Cognitive Development*, 2, (pp. 89-111)
- Serra, M. (2013). *Comunicación y lenguaje. La nueva neuropsicología cognitiva*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Serradilla Castaño, A. (2002). “BIEN” + adjetivo como perífrasis de superlativo en español. Particularidades semánticas y sintácticas. *Verba*, 33, (pp. 215-233).

- Seuren, P. A. M. (1973). The comparative. En F. Kiefer y N. Ruwet (Eds.), *Generative Grammar in Europe*. Dordrecht: Reidel, (pp. 528–564).
- Siegel, M. E. A. [(1976) (1979)] (1980). *Capturing the adjective*. Outstanding Dissertations in Linguistics. Nueva York: Garland.
- Sinclair, J. M. (1987a). (Ed.). *Looking up: An account of the COBUILD Project in Lexical Computing*. Londres: Collins.
- Sinclair, J. M. (1987b). (Ed.). *Collins COBUILD English language dictionary*. Londres: Collins.
- Sinha, Ch. (2014). Is space-time metaphorical mapping universal?: Time for a cultural turn. En L. Filipović y M. Pütz (Eds.), *Multilingual Cognition and Language Use Processing and typological perspectives*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company, (pp. 183-202).
- Šramm, A. N. (1979). *Očerki po semantike kačestvennyx prilagatel'nyx*. San Petersburgo (Leningrado): Nauka.
- Sobejano, G. (1970) [1956]. *El epíteto en la lírica española*. Madrid: Gredos.
- Solt, S. (2014). *An Alternative Theory of Imprecision*. Berlín: Zentrum für Allgemeine Sprachwissenschaft.
- Sperber, D. y Wilson, D. (1986). *Relevance: Communication and cognition*. Harvard: Harvard University Press / Blackwell.
- Sperber, D. y Wilson, D. (2004). La teoría de la relevancia. *Revista de Investigación Lingüística*. Vol. VII, (pp. 237-286). Aparecido originalmente en L. Horn y G. Ward (Eds.), *The Handbook of Pragmatics*. Oxford: Blackwell, (pp. 607-632)
- Spitzová, E. (1977). Posición del adjetivo calificativo en el español moderno. *Études romanes de Brno*, 9, (pp. 135-150).
- Spitzová, E. (2001). *Morfología española*. Brno: Masarykova Univerzita.
- Stassen, L. (2008). Predicative Adjectives. En Dryer, Matthew S. y Haspelmath, Martin (Eds.) *The World Atlas of Language Structures Online*. Leipzig: Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology.
- Stebbins, T. (2004). Polysemy, Homonymy and Sense Modulation in Sm'algyax'. *International Journal of Lexicography*, 17, (pp. 1-32).
- Stolz, C. (1996). *Spatial Dimensions and Orientation of Objects in Yucatec Maya*. Bochum: N. Brockmeyer.

- Suzuki, T. (1970). An essay on the anthropomorphic norm. En R. Jakobson y S. Kawamoto (Eds.), *Studies in General and Oriental Linguistics*. Tokyo: TEC, (pp. 552-556).
- Swanpoel, P. (1992). Linguistic motivation and its lexicographical application. *South African Journal of Linguistics*, 10, (pp. 49-60).
- Swanpoel, P. (1998). Back to basics: Prepositions, schema theory, and the explanatory function of the dictionary. En T. Fontenelle, P. Hiligsmann, A. Michiels, A. Moulin, and S. Theissen (Eds.), *Euralex'98 Proceedings*. Lieja: Université de Liège, Département d'anglais et de néerlandais, (pp. 655-66).
- Syrett, K. L., Bradley, E., Kennedy, C. y Lidz, J. (2005). Shifting standards: Children's understanding of gradable adjectives. Paper presented at the LSA Annual Meeting, poster presented at GALANA at the University of Hawai', Manoa, 2004.
- Szabolcsi, A. (1986). Comparative Superlatives. En N. Fukui, T. Rapoport y E. Sagey (Eds.), *MIT Working Papers in Linguistics* 8. Cambridge: The MIT Press, (pp. 245-266).
- Talmy, L. (1972). *Semantic structures in English and Atsugewi*. Tesis doctoral. Department of Linguistics, University of California, Berkeley.
- Taylor, J. R. (1992). Old problems: Adjectives in Cognitive Grammar. *Cognitive Linguistics*, 3(1), (pp. 1-35).
- Teller, P. (1969). Some Discussion and Extension of Manfred Bierwisch's Work on German Adjectivals. *Foundations of Language*, 5(2), (pp. 185-217).
- Teodorescu, A. (2006). Adjective Ordering Restrictions Revisited. En D. Baumer, D. Montero, y M. Scanlon (eds.), *Proceedings of the 25th West Coast Conference on Formal Linguistics*. Somerville: Cascadilla Proceedings Project, (pp. 399-407).
- Topolinska, Z. (1975). An attempt toward a syntactic description and semantic interpretation of the so-called grammatical category of degree. *Linguistica Silesiana*, 1, (pp. 55-62).
- Trask, R. L. (1995). *Language: The Basics*. Londres: Routledge.
- Tribushinina, E. (2006a). *Absolute and relative adjectives*. Tesis doctoral inédita. Vrije Universiteit. Ámsterdam.
- Tribushinina, E. (2006b). Cognitive reference points in the semantic description of perception adjectives. En: Lushnikova, G. I. y Prokhorova, L. P. (Eds.), *Concept*

- and Culture: Proceedings of the Second International Conference*. Prokopievsk: Poligraph-Center, (pp. 1032-1045).
- Tribushinina, E. (2008). *Cognitive reference points. Semantics beyond the prototypes in adjectives of space and colour*. Utrecht: LOT.
- Tribushinina, E (2010). Vantages on Scales: A Study of Russian Dimensional Adjectives. *Language Sciences*, 32(2), (pp. 241-258).
- Trubetzkoy, N. S. [1939] (1976). *Principios de Fonología*. Madrid: Cincel.
- Trujillo, R. (1994). El Diccionario frente a la Semántica. En H. Hernández et al. (Eds.), *Aspectos de lexicografía contemporánea*. Barcelona: VOX, (pp. 73-93).
- Truswell, R. (2009). Attributive Adjectives and Nominal Templates. *Linguistic Inquiry*, 40(3), (pp. 525-533).
- Tuggy, D. (1993). Ambiguity, polysemy, and vagueness. *Cognitive Linguistics*, 4(3), (pp. 273-290).
- Tuggy, D. (1999) Linguistic evidence for polysemy in the mind: a response to William Croft and Dominiek Sandra. *Cognitive Linguistics*, 10, (pp. 343-348).
- Turner, M. (1991). *Reading Minds. The Study of English in the Age of Cognitive Sciences*. Princeton: Princeton University Press.
- Tyler, A. y Evans, V. (2001). *Reconsidering prepositional polysemy networks: The case of over*. [<http://www.vyvevans.net/over.pdf> – Publicado en una versión diferente en *Language*, 77(4), (pp. 724–765).]
- Tyler, A. y Evans, V. (2003). *The Semantics of English Prepositions. Spatial Scenes, Embodied Meaning and Cognition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ulan, R. (1972). Some features of basic comparative constructions. *Stanford Working Papers on Language Universals*, 9, (pp. 117-62).
- Ulan, R. (1978). Towards a typology of substantival possession. En J.H. Greenberg (Ed.), *Universals of Human Language*, vol. 4. Palo Alto: Stanford University Press, (pp. 11-49).
- Van Rooij, R. (2011). Vagueness and linguistics. En G. Ronzitti, *Vagueness: A guide*, (pp. 123-170). Nueva York: Springer.
- Vandeloise, C. (1986b). L'avant/l'arrière et le devant/le derrière. *Revue Québécoise de Linguistique*, 16(1), (pp. 281-308).
- Vandeloise, C. (1988). Length, width and potential passing. En Rudzka-Osty, *Topics in*

- Cognitive Linguistics*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company, (pp. 403–428).
- Varo Varo, C. (2007). *La semántica léxica*. Madrid: Arco libros.
- Van der Meer, G. (2000). Core, subsense, and the New Oxford Dictionary of English. En U. Heid, S. Everet, E. Lehmann y C. Rohrer (Eds.), *Euralex 2000 Proceedings*. Stuttgart: Institut für Maschinelle Sprachverarbeitung, (pp. 419-431).
- Van der Meer, G. (2004). On Defining: Polisemy, Great Meanings and “Great Simplicity”. En S. Vessier (eds.), *Euralex 2004 proceedings*. Lorient: Université de Bretagne-Sur, (pp. 807-815)
- Van der Meer, G. (2006). It’s about Time: On Coherence and Simplicity in Dictionary Entries, *English Studies*, 87, (pp. 602-616).
- Vendler, Z. (1967). Verbs and Times. *The Philosophical Review*, 66(2), (pp. 143-160).
- Vendler, Z. (1968). *Adjectives and Nominalizations*. La Haya: Mouton De Gruyter.
- Vilinbakhova, E. L. (2013). The notion of stereotype in language study. En *History and Philosophy of the Language Sciences*, en línea. [<http://hiphilangsci.net/about/>]. [<http://hiphilangsci.net/2013/05/22/the-notion-of-stereotype-in-language-study/>]
- Vogel, P. M. y Comrie, B. (Eds.). (2000). Frontmatter. En *Approaches to the Typology of Word Classes*. Berlín: De Gruyter, (pp. I-XIV).
- Vogel, A. (2004). *Swedish Dimensional Adjectives*. Serie: Stockholm studies in Scandinavian philology, 36. Stockholm: Acta Universitatis Stockholmensis.
- Vogel, A. (2009). A cognitive approach to opposites: The case of Swedish levande 'alive' and död 'dead'. *Varieng 3 “Approaches to Language and Cognition”*. [<http://www.helsinki.fi/varieng/journal/volumes/03/>]
- Von Stechow, A. (1984). Comparing Semantic Theories of Comparison, *Journal of Semantics*, 3, (pp. 1-77).
- Walker, P. (2015). Depicting visual motion in still images: Forward leaning and a left to right bias for lateral movement. *Perception*, 44(2), (pp. 111-128).
- Wertheimer, M. (1938). Numbers and numerical concepts in primitive peoples. En W.D. Ellis (Ed.), *A Source Book of Gestalt Psychology*. Nueva York: Hartcourt, (pp. 265-273).
- Weydt, H. y Schlieben-Lange, B. (1998). The meaning of dimensional adjectives: Discovering the semantic process. *Lexicology*, 4(2), (pp. 199-236).

- Whorf, B. [1939] (1941). *The relation of habitual thought and behaviour to language*. En L. Spier *et al.* (Ed.), *Language, culture, and personality. Essays in memory of Edward Sapir*. Menasha: Sapir Memorial Publication Fund, (pp. 75-93).
- Wierzbicka, A. (1971). The deep or semantic structure of the comparative. En A. von Stechow (Ed.), *Linguistische Berichte*, (pp. 39-45). Braunschweig: Viewig.
- Wierzbicka, A. (1972). *Semantic Primitives*. Frankfurt: Athenaeum.
- Wierzbicka, A. (1985). *Lexicography and conceptual analysis*. Ann Arbor: Karoma Publishers.
- Wierzbicka, A. (1988). *The semantics of grammar*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company.
- Wierzbicka, A. (1990). The meaning of color terms. Semantics, culture, and cognition. *Cognitive Linguistics*, 1(1), (pp. 99–150).
- Wierzbicka, A. (1996). *Semantics: Primes and Universals*. Oxford: Oxford University Press.
- Wierzbicka, A. (2000). Lexical prototypes as a universal basis for cross-linguistic identification of “parts of speech”. En Vogel, P. M. y Comrie, B. (Eds.), *Approaches to the typology of word classes*. Berlín: De Gruyter, (pp. 285-318)
- Williams, A. (2015). *Arguments in Syntax and Semantics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Williamson, T. (1994). *Vagueness*. Londres: Routledge.
- Wienold, G. y Rohmer, U. (1997). On implications in lexicalizations for dimensional expressions. En K. Yamanaka y T. Ohiro (Eds.), *The Locus of Meaning*. Tokyo: Kurosho, (pp. 143–185).
- Wisniewski, E. J. (1998). Property instantiation in conceptual combination. *Memory and Cognition*, 26(6), (pp. 1330-1347).
- Wisniewski, E. J. y Love, B. C. (1998). Relations versus properties in conceptual combination. *Journal of Memory and Language*, 38, (pp. 177-202).
- WordNet. *A lexical database for English*. Princeton University (2010). [<http://wordnet.princeton.edu>]
- Wyer, S. (1992). *Colour and Language: Colour Terms in English*. Tubinga: Narr.
- Ynduráin Hernández, F. (1955). Refranes y frases hechas en la estimativa literaria del siglo XVII. *Archivo de Filología aragonesa*, 7, (pp. 103-130).

- Ynduráin Muñoz, D. (1971). *Análisis formal de la poesía de Espronceda*. Madrid: Taurus.
- Yoneoka, J. (1992). Adjectives and circularity. *Kumamoto Gakuen Setsuritsu 50 Shunen Kinen Ronshu*, (pp. 389-413).
- Yoon, Y. (1996). Total and partial predicates and the weak and strong interpretations. *Natural Language Semantics*, 4, (pp. 217–236).
- Yu, N. (1998). *The Contemporary Theory of Metaphor. A perspective from Chinese*. Ámsterdam: John Benjamins Publishing Company.
- Zingarelli, N. (2015). *Lo Zingarelli 2015. Vocabolario della lingua italiana*. Bologna: Zanichelli.